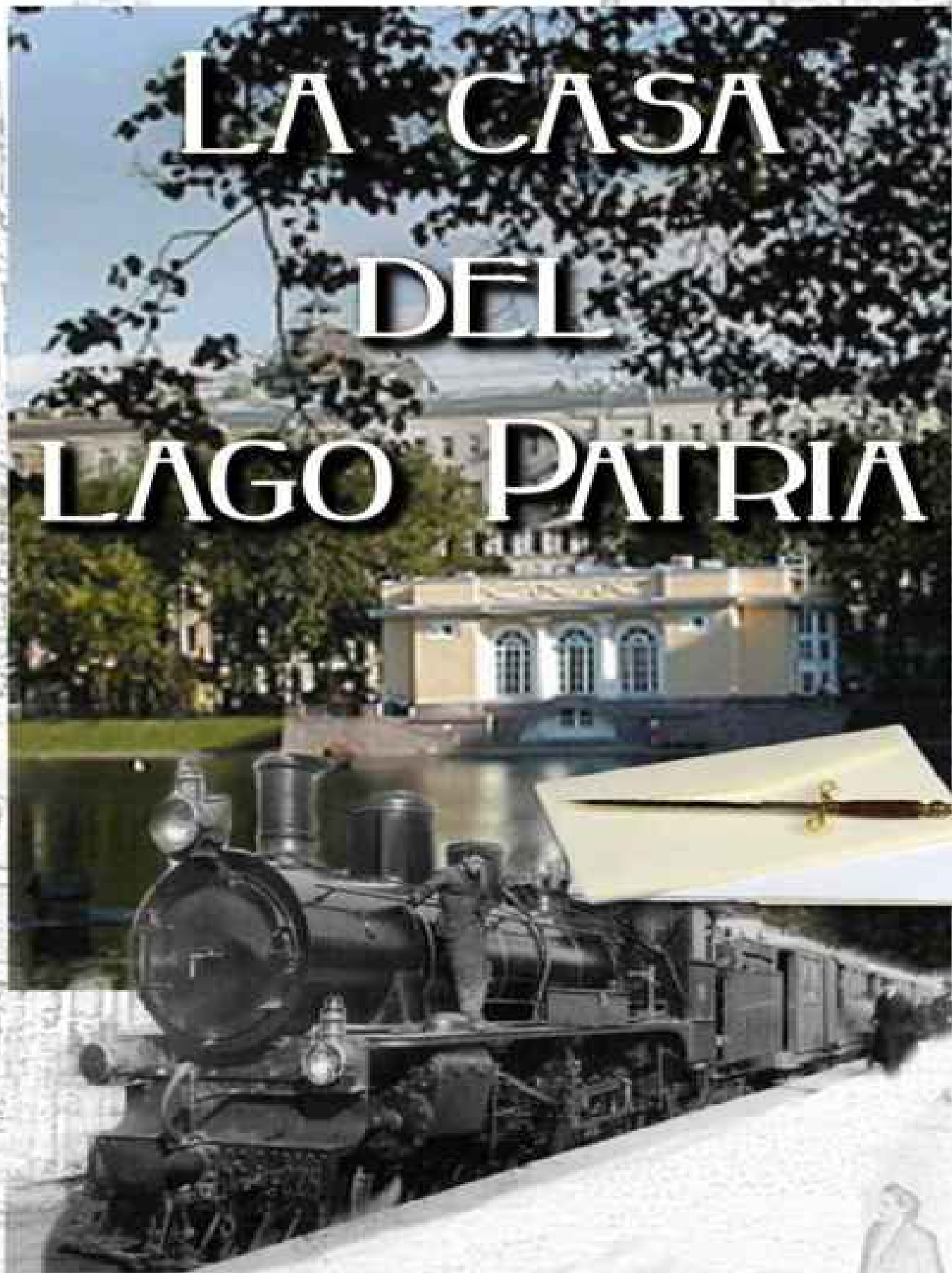


# LA CASA DEL LAGO PATRIA



**Federico Correa**



© Federico Correa Gil de Biedma 2012

A mi madre,  
siempre a ella

# Agradecimientos

Es de gran ayuda para mí contar con la opinión de grandes lectores sobre mi manuscrito. De unos y de otros extraigo ideas que sirven de gran ayuda para pulir escenas, personajes y situaciones. Por ello quiero agradecer a todos aquellos que me han dedicado su tiempo para que La Casa del Lago Patria viera la luz:

A mis hermanos, Isabel, Paz y Antonio. A mis buenos amigos; Esther Pintama, Isabel Ripoll, Ana Barrón, Lali Valls, Toñi Del Burgo, Geraldine Valdivia, Begoña Lasa, Luis Del Burgo, Gema Jaén, Paloma Prados, Montse García y José Miguel Pascual. A todos ellos mis más sincero agradecimiento y gratitud por su constante apoyo.

A John Hayward.

Quiero aclarar que todas las situaciones, personajes, lugares y circunstancias que se desarrollan en la novela responden únicamente a mi imaginación.

**Bruno Hayward**

**1925-1955**

**1**

**Madrid**

**1952**

No serían más de las cinco de la mañana cuando Bruno Hayward abrió los ojos. Tardó unos segundos en darse cuenta del lugar en el que se encontraba. ¿Estaría soñando? Unos

fuertes golpes y un insistente timbre, que provenían de la puerta de entrada, llamaron su atención. No, no lo había soñado, todo lo que veía era tan real como incomprensible. Las dos lámparas del salón se encontraban tiradas sobre la alfombra, una junto a él, encendida, la otra apagada. Los golpes se repetían, ahora con más intensidad.

Poco a poco, aguantándose las ganas de vomitar y con la cabeza dándole vueltas, se puso en pie.

—¡Abra, policía!

“¿Policía?”

De camino hacia la puerta miró en torno. Lo que sus ojos le mostraban y su aturdida cabeza le traducía, le dejó sin respiración. Las paredes estaban salpicadas de sangre. Un enorme charco junto al lugar donde había estado tumbado unos segundos antes brillaba con la luz del techo. Se miró las manos, estaban tan manchadas como su pijama.

“Pero...”

Un grito desgarrador salió de su garganta.

—¡Nora!

Corrió hacia su dormitorio. Esa era su intención inicial, pero el fuerte dolor de cabeza y el intenso mareo le hicieron perder el equilibrio al pisar en la alfombra, arrastrando en su caída un armario con puertas de cristal y platos en su interior.

El ruido de la vajilla al caer llegó hasta el exterior.

—¡Policía! ¡¡Abra la puerta!!— los gritos fueron acompañados de golpes cada vez más intensos. Bruno entendió que estaban tirando la puerta abajo, pero ahora

tenía otras preocupaciones.

Se incorporó más lento de lo que hubiese deseado, apoyándose en las paredes del pasillo llegó a su dormitorio.

—¡Nora!— gritó nada más entrar.

Inmóvil, bajo el dintel de la puerta, recorría con la mirada el desorden que reinaba en su habitación. Todo estaba revuelto, la cama deshecha, con manchas de sangre en el lugar que le gustaba ocupar a su mujer. Las paredes salpicadas, la mesilla de noche de Nora volcada junto con la pequeña luz.

“¿Qué está pasando?”

Su cabeza era incapaz de enviarle una mínima información que pusiera algo de sentido a toda esa locura. Tras revisar el baño, salió corriendo hacia el cuarto de su hija. El corazón amenazaba con salirse del pecho. No, no estaba preparado para ver lo que su imaginación le proyectaba.

Abrió la puerta de golpe.

—¡Teresa!

La cama también deshecha, y vacía.

“Al menos no hay ni rastro de sangre”

Los golpes de la puerta, que esta vez sí que amenazaban con echarla abajo, captaron de nuevo su atención. Aturdido y con paso cansino, anduvo los pocos metros que le separaban de ella y abrió. Varios agentes de policía y algunos vecinos ocupaban lo que su vista alcanzaba a ver. Detrás de ellos, Aparicio el conserje, elevado sobre las puntas de sus zapatos se esforzaba en no perder detalle.



Con el puño aún en el aire, tras dar el último golpe con los nudillos, el policía le miraba de hito en hito, posando la vista en sus manos y en las manchas del pijama.

—Señor, los vecinos nos han alertado debido a fuertes golpes y gritos que partían de su vivienda— señaló el agente.

La pertenencia de Bruno a una de las familias consideradas por los agentes como de bien, junto con la localización de su vivienda en el barrio de Salamanca, de alto nivel social, impidió que fuese sacado en volandas y arrastrado al furgón de la policía que esperaba frente al portal.

Bruno permaneció en silencio mirando al agente, su cabeza buscaba algo que contestar. No sabía a que ruidos se referían sus vecinos y menos aún los gritos que aseguraban haber oído y que provenían de su propia casa. Pero en cuanto entrasen sabía que su vida iba dar un giro completo, a no ser que se le ocurriera alguna explicación plausible a la desaparición de su mujer, su hija y al estado en que se encontraba su vivienda. A todo esto habría que añadir su propio aspecto.

No, no tenía ni la más remota idea de lo sucedido. Por lo que a él respecta se encontraba soñando. Un sueño complicado, sin duda. Una auténtica pesadilla de que esperaba despertar de un momento a otro. Se echó a un lado y dejó pasar a los agentes.

Ese momento no llegó.

Bruno Hayward fue detenido unas horas después. Como

él había supuesto, su vida iba a cambiar como nunca antes hubiese podido imaginar. El escenario encontrado por la policía le puso en una situación más que complicada. Lo que acentuó aún más si cabe su condición de culpable fue su silencio. No pudo aportar ni un solo dato que explicara, al menos en parte, lo sucedido. Ni siquiera el paradero de su mujer y de su hija.

Desde el instante en que apagó la luz tras dar un beso de buenas noches a Nora no contaba con ningún recuerdo que añadir.

“¿Apagué la luz?”

No, ningún recuerdo, nada que añadir.

Hasta que un día, años después, recibió una carta. Una carta que iba a dar un vuelco a su vida, la chispa que necesitaba para salir del profundo agujero en el que continuaba cayendo desde aquella fatídica noche en la que su mujer e hija desaparecieron sin motivo aparente.

# 2

## Madrid

### 1925-1936

John Hayward estaba feliz. Unas pocas horas antes, su esposa Candela había dado a luz a su primogénito. Le llamarían Bruno, en recuerdo de su suegro fallecido el año anterior. El recién nacido inauguraba la segunda generación de los Hayward en España. Su abuelo, Martin, había llegado

a Madrid, desde Londres, a finales del siglo pasado en un viaje de negocios durante el cual conoció a la que meses más tarde se convirtió en su mujer, Maura.

El parto no había sido muy complicado en opinión de su madre. La sensación del propio John era diferente, los gritos de Candela eran para él como gritos de impotencia, de su propia incapacidad para aliviar, aunque fuese levemente, los dolores de su mujer. Otros gritos, esta vez de su hijo, cambiaron la expresión de angustia por una feliz sonrisa. Todo había pasado.

—A tus veinticuatro años ya eres papá. Felicidades, hijo— exclamó Martin con una copa en la mano.

—Y tú, abuelo— apuntó mientras se fundía en un abrazo con su padre.

Con un ligero levantamiento de ceja, el abuelo Martin señaló en dirección a su mujer, que se abrazaba emocionada a Francisca, el ama de llaves.

—Madre, no llores— John recorrió los pocos metros que le separaban de ella.

Maura se volvió aún con lágrimas en los ojos.

—Soy tan feliz hijo, tan feliz.

El sonido de la puerta del dormitorio al abrirse generó un súbito silencio en la familia, todos lo presentes se giraron en dirección a ella. Cuando el doctor salió acompañado de la comadrona, John, sus padres, la doncella, que en ese momento volvía de atender el timbre de la puerta, junto con el ama de llaves, avanzaron hasta rodearles pendientes de lo que tuvieran que contar.

—Todo ha salido bien, la madre y el niño se encuentran en perfecto estado...

—¡Es un niño!— exclamó la abuela Maura.

—Sí, un precioso bebé —continuó la comadrona— ahora la madre necesita descansar ¿no es así doctor?

John no necesitaba oír más, abandonó el grupo y en un par de pasos se acercó a la puerta que despacio, muy despacio, fue abriendo a la vez que asomaba lentamente la cabeza con temor a despertar a su mujer.

—Pasa, John. Bruno y yo te estamos esperando— indicó Candela a la que el cansancio no le había impedido dibujar una enorme sonrisa en su rostro.

El pequeño Bruno vivió en esa casa durante sus primeros once años de vida. Asomado en cualquiera de los balcones del salón o del comedor, podía contemplar el Retiro. Su lugar preferido era la habitación en la que su padre se sentaba a leer. Junto a la ventana se ponía de rodillas, apoyaba la cabeza entre los barrotes, y, agarrado a ellos, contemplaba el enorme patio interior que albergaba las caballerizas y el garaje. Cada mañana a las seis y media, Bruno abría los ojos como si tuviese un despertador en su cabeza, y cuando oía que John se marchaba a trabajar, saltaba de la cama, evitando hacer ruido abandonaba la habitación. Arrastrando los pies por el amplio pasillo avanzaba todo lo rápido que podía cuidando de que el crujir de la madera no le delatase. No sería la primera vez que Francisca con ese fino oído del que se vanagloriaba tener, le

descubría a escasos metros de su destino.

La sala de lectura.

Una vez en ella se sentía a salvo, las mullidas alfombras que cubrían el suelo ahogaban sus pasos. Una vez instalado entre los barrotes de la ventana, contemplaba como su padre aparecía en el patio, y a continuación subía al coche, o al carruaje, según el día, tras saludar a Manuel, mientras éste empujaba la enorme puerta de acceso a la calle, al menos a Bruno le parecía gigante. Desde su escondite podía distinguir las volutas de humo que partían del pitillo que fumaba su padre. Segundos después le veía partir rumbo a uno de los despachos de abogados más prestigiosos de Madrid, Hayward & Corona, del que era socio junto al abuelo Martin. Pero antes de llegar sabía que haría una parada en un lugar muy especial para el pequeño Bruno.

De vuelta a su habitación, y con el mismo sigilo que le había llevado a la sala de lectura, imaginaba cual iba a ser la primera parada que su padre iba a realizar esa mañana, como muchas otras. Él le contaba que solía detenerse en la otra empresa familiar, a la que le unía un sentimiento muy diferente del que le podía provocar la oficina; una moderna fábrica de juguetes situada en la calle de Regueros, que había adquirido unos pocos meses antes de que él naciera. No le costaba imaginarse a su padre dar una vuelta por las instalaciones y saludar a los empleados de cada planta, con los que le gustaba reunirse de vez en cuando para conocer de primera mano la situación personal de cada uno de ellos, poco después pondría rumbo a la calle Gran Vía, dónde tenía

el despacho.

Una de las pasiones favoritas de Bruno era acompañar los sábados a su padre a la fábrica de juguetes. Con nostalgia se acuerda de un Renault, como el primer coche en el que subió, y después un Cadillac, aunque este último a su padre no le duró mucho. John siempre se quejó de que consumía demasiado, se lo devolvió al vendedor al que se lo había comprado unos meses antes. El siguiente fue un Ford. Entre uno y otro el medio de transporte más utilizado y emocionante fue el carruaje.

Con el paso del tiempo los recuerdos de Bruno se perdían entre nebulosas, sin embargo, había dos que difícilmente podría olvidar. Uno, cada vez que su padre abría un pequeño armario en su despacho de la fábrica. Sabía que estaba a punto de recibir un nuevo juguete. John lo escondía detrás de él, sonriente tomaba asiento junto Bruno sin dejar de contemplar la cara de curiosidad de su hijo. Momentos después le entregaba el paquete en silencio sin decirle en que consistía, quería observar si Bruno era capaz de comprender como funcionaba y hasta que punto podía hacer disfrutar a otros chicos de su edad, como si estuviera poniéndolo a prueba. Al juguete, no a su hijo que ya había dado muestras de ser un crío muy espabilado.

El segundo recuerdo era de esos que se queda grabado en la mente de un niño para toda la vida. Fue impactante, como si para el pequeño Bruno hubiera un antes y un después de la mañana de ese sábado.

De ese maldito sábado.

Bruno nunca lo olvidaría. Motivos no le faltaban. Ese día iba a ser muy especial, pero no de la forma que a él le hubiese gustado que fuera. Como todos los días, excepto en domingo, su padre salía a primera hora a realizar su recorrido habitual.

Él no se lo iba a perder.

En torno a las diez de la mañana, Candela montó en el carruaje junto con sus hijos Antonia y Bruno. En esta ocasión les acompañaba Pepo, hijo de Manuel que se había convertido en el mejor amigo de Bruno. Iban a pasar el día fuera, celebrarían el cumpleaños de la niña en un restaurante, con su comida favorita, macarrones con tomate, y después irían al cine.

No era ese el único motivo por el cuál ese sábado Candela iba a la fábrica. John quería que diese su visto bueno a la nueva tienda de juguetes que iban a inaugurar a un par de manzanas de distancia. Aunque su hijo mayor contaba ya ocho años, a ella no le quedaban tan lejanos los días en los que compartía muñecas con sus primas. Conservaba a buen recaudo algunas de ellas en el desván. Pronto cumpliría los veintinueve y la fábrica le traía gratos recuerdos.

Por el camino los niños asomaban la cabeza por las pequeñas ventanas del carruaje señalando aquí y allá, divertidos. Era un soleado día de primavera, pero a estas horas de la mañana aún hacía frío, por ese motivo había preparado unas mantas que les cubrieran las piernas durante



el trayecto, pero con el constante movimiento de los niños era misión imposible. No le importaba, verles tan felices le hacía sentirse bien.

Sin embargo, sí que había algo que a Candela le agobiaba cada día más. Algo que poco a poco iba en aumento; el tráfico de Madrid. Comenzaba a ser insoportable tanto coche de un lado a otro y ya qué velocidades!

“¿Dónde iremos a parar con tanto tráfico?”

Antonia era la primera vez que visitaba la fábrica teniendo consciencia de dónde iba, acababa de cumplir cuatro años. Entre ambos partos Candela había sufrido dos abortos. De las anteriores visitas, la pequeña no guardaba ningún recuerdo. Cuando su madre le regaló una muñeca unos pocos días atrás, le susurró muy bajito en su oído:

—Tengo un secreto ¿Quieres saber de qué se trata?

Secreto, palabra mágica que atrae la atención de todos los niños y no tan niños. Antonia asintió repetidas veces, en silencio, sin soltar la muñeca que tanta ilusión le había causado

—La muñeca la ha hecho papá.

Su primera reacción fue fruncir el entrecejo, luego levantó los hombros y subió las cejas como si acabara de comprender lo que eso significaba. Miró a su padre que leía el periódico y sonrió.

—¿Quieres que vayamos el sábado al lugar dónde papá hace las muñecas?

¡Cómo para decir qué no! Desde ese momento, su

nueva muñeca, Eva, de Evarista, pasó a ser su tesoro más querido, del que a duras penas se desprendía para irse a dormir.

Bruno seguía recordando ese maldito sábado.

Los caballos fueron los primeros en advertir que algo sucedía. Sus relinchos y nerviosismo avisaron a Manuel, el cochero, que trabajaba para el abuelo Martín “de toda la vida” como decía Bruno a sus ocho años. Un par de manzanas antes de llegar detuvo el carruaje. Una columna de humo se elevaba entre los edificios.

—¿Manuel, qué sucede?— quiso saber Candela asomando la cabeza justo en el momento en que divisó el humo gris y un par de coches de bomberos les adelantaron haciendo sonar sus campanas.

“Dios mío” exclamó para sí al comprobar el lugar de procedencia del fuego.

Sin esperar a que Manuel respondiese se volvió hacia los tres pequeños.

—Quiero que no os mováis de aquí ¿entendido?— ordenó lo más serio que pudo mirándoles fijamente— Obedeced a Manuel en todo lo que os diga. Vuelvo enseguida.

Sabiendo que la situación no estaba para bromas, los tres pequeños asintieron en silencio. Bruno miró a su hermana, la cogió de la mano y volvió de nuevo la vista satisfecho hacia su madre como diciendo, “ya la tengo”. Antonia, con su mano libre, apretó aún más, si cabe, a

Evarista contra su pecho y puso morritos. Pepo se pegó a su mejor amigo, el único que siempre le había defendido cuando en la calle o en el colegio los demás niños se metían con él. El motivo eran sus zapatos. Uno, el derecho, con alza para compensar la longitud diferente de sus piernas con las que Pepo había venido al mundo. Simplemente era eso, ser distinto a los demás chicos de su edad.

—Manuel, quédese con los niños, voy a ver qué sucede.

Con la mano izquierda en la cabeza, sujetando el sombrero y la derecha recogiendo la falda, Candela salió corriendo. Dobló por la primera calle a la derecha, recorrió la manzana esquivando como podía a la gente que atónita levantaba la vista en dirección a la columna de humo. La siguiente calle a la izquierda era la de Regueros. La juguetería estaba justo enfrente. Nada más asomar la cabeza llevó las manos a la cara.

—¡¡No!!

Sentía como su corazón comenzaba a latir más y más rápido.

De la primera planta de la fábrica partía una enorme nube de humo negro junto con pequeñas llamaradas, que se elevaba hacia el cielo.

—Señora, no puede pasar— advirtió un policía sujetándola por los hombros.

—¡Hay personas trabajando ahí dentro! ¡Mi marido, empleados!— exclamó apartando al agente. No le sirvió de mucho, otros dos policías le cerraron el paso un par de

metros más adelante. Uno de ellos le señaló un grupo al otro lado del cordón policial. Candela siguió con la mirada la indicación.

—¡Gracias!— asintió feliz mirando al policía mientras corría en esa dirección— ¡John! ¡John!

Al llegar junto a su marido se abrazó a él. No pudo evitar que se le escapasen unas lágrimas.

—¿Estás bien?— preguntó aún asustada.

—Sí, muy bien. No te preocupes.

—¿Los demás? ¿Algún herido?

—A Juan y a Pedro se los han llevado al hospital por precaución, estaban algo intoxicados por el humo. Voy a hacerles una visita.

—Te acompañaré— convino pasando sus manos por la cara— Perdona las lágrimas, pero me imaginé que...

—Mira...— le cortó su marido mientras elevaba levemente la barbilla señalando a unos pocos metros de ella —...no eres la única que llora.

Ahí estaba Bruno, se había escapado de Manuel en cuanto vio que su madre se perdía por la primera esquina. Conocía bien dónde estaba, era la misma calle dónde cada sábado desayunaba con su padre después de visitar la fábrica. El cochero, ante la duda de seguirle o permanecer con la pequeña Antonia y su hijo, optó con buen criterio por esta última opción.

Quieto, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, su cabeza apuntando al cielo y con dos regueros de lágrimas recorriendo su cara, Bruno Hayward observaba como ardía la

fábrica de juguetes.

Su fábrica de sueños.

La principal preocupación de John y su familia, con el abuelo Martin al frente, durante los meses siguientes al incendio, fue recolocar a los treinta y cinco empleados mientras duraba la reconstrucción de la fábrica. Para llevar a buen puerto sus planes contaron con la colaboración de varios clientes de su despacho de abogados y la creación de un nuevo puesto de trabajo en sus cinco jugueterías. Ahora se podían llevar todos los juguetes adquiridos en sus tiendas, también admitían otros no hechos por ellos, para ser arreglados. De esta manera diez de sus técnicos se repartieron por las diferentes jugueterías.

La reconstrucción no iba a ser fácil, otro incendio de menor nivel que el anterior, posiblemente provocado en opinión del jefe de bomberos, retrasó durante varios meses las obras que se llevaban a cabo. A lo que hubo que añadir la orden de detener los trabajos hasta que se realizase una inspección del ayuntamiento que diera el visto bueno a la reconstrucción, ya que se consideraba que dos incendios tan seguidos eran motivo de sospecha.

John estaba de acuerdo con el punto de vista del inspector del ayuntamiento.

—No somos usted y yo los únicos que pensamos de ese modo, el jefe de bomberos llegó a la misma conclusión pero no supo señalar ningún culpable ¿Y usted? ¿Sabría decirme de quién podemos sospechar, inspector?— quiso saber sin la

más mínima sorna en su comentario.

Como respuesta recibió una fría mirada y un leve gesto de cabeza mientras el funcionario se calaba el sombrero y abandonaba la fábrica. John le observó mientras se alejaba. Algo le decía que sus palabras habían tenido un efecto con el que no contaba. Quizá sólo fuesen suposiciones de un hombre alterado por los acontecimientos. Posiblemente no tendría importancia.

O quizás sí.

Con el objeto de no perder ni momento y vigilar las obras, fueron numerosos los días que John y varios de sus empleados pasaron la noche en el Hotel Paris en la Puerta del Sol. Siempre había alguien de guardia en la fábrica, no se podían permitir otro incendio.

Sin embargo, no sería un fuego, provocado o no, lo que daría al traste con la fábrica de los sueños de Bruno.

Al fin llegó el día esperado, no el deseado por John que era inaugurar en la Navidad de 1935. No pudo ser a causa de esa inspección y se vio obligado a no abrir sus puertas hasta primeros de febrero del año siguiente. Como parte de la celebración, los Hayward invitaron a los empleados con sus respectivas esposas al Cine Palacio de la Música donde proyectaban la película La Pequeña Coronela, de la famosa y jovencísima actriz Shirley Temple.

La alegría no iba a durar mucho...

—¿Qué sucede John?— quiso saber Candela, unos días

después, al observar el gesto sombrío de su marido después de una larga jornada de trabajo.

—Se nos va de las manos Cande— sentado en su sillón favorito, el padre de Bruno se frotaba los cansados ojos.

—¿Otra vez?— más que una pregunta, se trataba de una afirmación.

John asintió en silencio mientras encendía un cigarrillo con parsimonia.

Otra vez.

En los escasos cuatro meses que la fábrica de juguetes llevaba abierta de nuevo, diez fueron las huelgas generales convocadas por los sindicatos entre sus trabajadores, que se vieron obligados a secundarlas por temor a represalias. En numerosas ocasiones John y Martin se reunieron con los empleados para comprobar si tenían alguna queja sobre su jornada laboral, condiciones o cualquier otro asunto. Excepto en la última reunión, dos días atrás, nadie mostró su descontento por situación alguna. Ese día, dos de los últimos empleados en ser contratados acusaron a los Hayward de abusar de todos ellos, de explotarles. Aquella reunión terminó entre golpes. Algo que ni a John ni a Martin les hizo las más mínima gracia, ni siquiera cuando fueron defendidos por sus empleados, y los dos alborotadores expulsados a empujones y algún que otro puñetazo.

Desde ese día, la fábrica abría sus puertas con varios de sus cristales rotos, a todo ello había que añadir hoy otra huelga más, esta vez se trataba de una convocatoria general.

—Entre todos nos van a llevar a la guerra— murmuró

el abuelo Martin mirando por la ventana.

—¡Te he oído! ¡No digas eso ni en broma! ¿Me oyes?— exclamó su mujer, Maura, mientras hacía punto con gesto alterado. Llevaba inquieta varias semanas, sabía que a su marido no le faltaba razón.

—Los extremistas están poniendo a este país contra las cuerdas— insistió Martin— tanto los de un lado como los de otro. No sé dónde vamos a ir a parar.

No iban a tardar mucho en descubrirlo.

El timbre de la puerta, primero, y el ruido de unos pasos nerviosos, después, atrajeron la atención de los presentes en la sala de lectura. La puerta se abrió de golpe.

—¡Han asesinado a Calvo Sotelo!— Benigno, fiel amigo de Martin, entraba casi sin aliento, seguido de su esposa.

—¿Cómo dices? ¿Estás seguro, Benigno?

—Sí, amigo mío. La noticia corre como la pólvora. En la madrugada de ayer encontraron su cadáver en el depósito del cementerio del Este.

—Es la venganza por el asesinato de Sáez de Tejada— concluyó Martin, cabizbajo.

Dos días más tarde comenzaba la Guerra Civil española. Las noticias de los diferentes levantamientos se iban sucediendo. Madrid se preparaba para resistir el más que inminente ataque de los sublevados.

Los Hayward trasladaron el despacho de abogados a la calle Velázquez, más próxima a su casa que la Gran Vía, con el objeto de estar junto a su familia y evitar transitar por la



ciudad.

—No me gustaría una España fascista, papá— señaló John días después durante una charla familiar.

—Recuerda que a tu tía María la asesinaron por ser monja y a tus tíos de Barcelona, con los niños...—exclamó Maura con la voz entrecortada al recordar como un grupo de campesinos armados por los sindicatos entraron en la finca de su hermano, cerca de Barcelona, tras incendiar la casa asesinaron a tiros a cada miembro de la familia y del servicio.

—Sí, mamá, lo sé, tampoco quiero eso.

—A mi no me gusta que me gobiernen con un golpe de estado, hijo, pero tengo muertos en los dos bandos. Lo único que quiero es vivir en paz y que esta maldita guerra termine cuanto antes.

Estas conversaciones se sucedían cada día. La guerra se iba alargando más de lo inicialmente esperado. Las noticias que llegaban en las primeras semanas apuntaban en esa dirección, Madrid sería tomada en breve, debido a la poca organización existente, explicaba el abuelo Martin a su familia.

—Ojalá termine todo esto cuanto antes— rogó Maura. Ya sumaban más de quince los familiares muertos.

Sin embargo, lo que apuntaba a una conquista inmediata de la capital, se retrasó debido a que las tropas de Franco que procedían de África, en lugar de continuar hacia Madrid se desviaron hacia Toledo con la intención de unirse a las tropas que defendían el Alcázar. Madrid aprovechó para

organizarse y enfrentarse al inminente asedio. Con el paso de los meses la escasez de alimentos iba haciendo mella en la población. El miedo se iba apoderando de la gente. Grupos de milicianos recorrían los barrios buscando afines al mando sublevado. Bastaba con el chivatazo de un descontento para que en plena noche sacaran de su casa al sospechoso para ser darle el temido paseo.

Los Hayward no iban a ser menos.

Serían las tres de la mañana cuando unos fuertes golpes, seguidos de no menos enérgicos gritos levantaban de la cama a la familia Hayward. Francisca, el ama de llaves, fue la primera en alcanzar la puerta.

—¡Se lo han llevado! ¡Se lo han llevado!— gritaba Maura al entrar en la casa— ¡Se han llevado a tu padre!— con la cabeza sobre el pecho de su hijo no dejaba de llorar.

—¿Quién se lo ha llevado?— quiso saber mientras ponía sus manos en los hombros de su madre para separarla suavemente.

—Vinieron hace una hora en nombre de la Guardia Civil, decían. Se lo han llevado detenido, hijo.

—¿Han dicho de qué le acusaban?

—¡De estar con los sublevados! ¿Se han vuelto locos?— exclamaba Maura fuera de sí.

Asomados tras la puerta de su habitación, los pequeños Bruno y Antonia escuchaban las explicaciones de la abuela Maura. Minutos después, John abandonó la casa acompañado de su madre camino de la comisaría.

Ni esa noche, ni la siguiente, ni ninguna otra noche

durante los siguientes años, nadie les supo dar una explicación alguna del destino que había corrido Martin Hayward.

Nadie. Ni un solo dato.

Nada.

Un mes después de que se llevaran al abuelo, mientras la familia de John se encontraba cenando, unos gritos y golpes que provenían del descansillo les hicieron prestar atención a lo que sucedía junto a la puerta de su casa.

—¡Alto!— se oyó una enérgica voz, segundos después varios disparos, y silencio.

John dejó la servilleta junto al plato y se puso en pie.

—Quedaos aquí—indicó a su familia— voy a ver qué sucede.

—John por favor no...

Más golpes, esta vez en la puerta de su casa interrumpieron la súplica de Candela. Francisca permaneció con los pequeños, que asustados miraban de un lado a otro sin soltar la cuchara de la sopa de su mano que descansaba, con el pequeño puño bien apretado, sobre la mesa.

John abrió la puerta. Al reconocer a dos de los que allí se encontraban, comprendió que su situación se podía volver peligrosa.

No se equivocaba.

—¡Ese es!— con el brazo estirado un individuo moreno con mirada amenazante señalaba en su dirección.

—¿Estás seguro?— uno de los Guardia Civiles que le

acompañaban se volvió hacia el delator.

—Sí, ese es el fascista, el explotador—convino su compañero— Trabajamos para él.

—¡Sois unos malditos desagradecidos!— soltó Candela fuera de sí. Había seguido a su marido, y agarrada a su brazo observaba a los dos antiguos empleados de la fábrica de juguetes.

John puso el brazo delante de su mujer para evitar que empeorara las cosas.

—No te preocupes. Seguro que se trata de un malentendido. Entra en casa y cierra la puerta— tras estas palabras dio dos besos a su mujer y se dispuso a acompañar a la Guardia Civil.

En esta ocasión fue Candela la que se presentó en casa de su suegra. Juntas acordaron hacer una visita a la comisaría en busca de información. Lo único que encontraron fue un muro infranqueable en el agente de la entrada.

—Señora, es posible que su marido regrese es unas horas, si todo ha sido un error como dicen ustedes, o que pase la noche en el calabozo. Váyanse a dormir.

—¡Le exijo...!— exclamó Maura enfurecida.

No llegó a terminar la frase. La mano de su nuera sobre el antebrazo tirando de ella le convenció que quizá fuese lo mejor para los intereses de su hijo no agravar aún más la situación.

A la mañana siguiente John no había regresado. Candela y Maura se acercaron de nuevo a la comisaría. El cada vez más rápido e intenso latido de sus corazones les

hacía revivir lo mismo de las últimas treinta noches; la espera del abuelo Martin.

Regresaron tal y como habían salido.

Asustadas y sin información.

—No estoy dispuesta a perder a mi marido y a mi hijo, Cande— señaló Maura al salir de casa otra mañana más camino de la comisaría.

La familia Hayward había contactado con todos aquellos que les podían ayudar a encontrar a Martin. Unos se mostraron esquivos, no querían problemas, otros no fueron capaces de aportar la más mínima información que indicara donde podía estar retenido.

Ambas sabían que esa gente no iba a hacer más por John.

—Sigue detenido, señoras. Les vuelvo a repetir lo mismo que ayer y antes de ayer y el día anterior. Mañana será juzgado. Son muchos los detenidos y no damos abasto —señaló molesto el oficial— Ahora si me permiten seguir con mi trabajo...

Las dos mujeres regresaron de nuevo a la mañana siguiente. Esta vez sí que tendrían noticias de John que ya llevaba cuatro noches encerrado en los calabozos. Después de varias horas de espera abrieron la puerta de la maloliente y sucia habitación donde aguardaban.

—Sígueme— ordenó el agente sin levantar la vista de unos papeles.

Nerviosas y agarradas del brazo siguieron al hombre

cabizbajas. Ambas pensaron que las iban a echar a calle. No sería la primera vez. Pero hoy le juzgaban y no tenían la más mínima intención de irse así como así.

Lo primero que vieron fue a dos hombres abrazados. Uno de frente sonriendo, al que Candela conocía bien. Otro de espaldas, el hombre por el que llevaban cuatro días enteros sentadas en la apestosa sala de espera. Un tercero se mantenía al margen, mirándoles.

—¡John!— exclamó corriendo hacia su marido.

—¡Candela! ¡Madre! ¿Pero qué hacéis aquí?

Fuera del cuartelillo, camino de un bar cercano, John les contó que gracias a los testimonios de Marcial, su hombre de confianza en la fábrica de sueños de Bruno, y a su hijo Gabriel, que también trabajaba en ella, le habían soltado sin cargo alguno, pero no sin reproches.

—Te estaremos vigilando Hayward— amenazó uno de los individuos que le había delatado.

—Perdéis el tiempo con él —intervino Marcial— somos muchos los que estamos en deuda con el señor Hayward y su familia.

—Sois unos rastreros— apuntó el otro delator.

Marcial agarró por el cuello al último que había hablado aprovechando que estaban en el pasillo del cuartel y lo empujó contra la pared. Mientras, su hijo Gabriel le hacía un gesto a otro individuo para que se mantuviera al margen.

—Por tu bien, procura que no les pase nada a ninguno de la familia de don John —escupió a medio centímetro de su cara mientras le presionaba la garganta con su antebrazo— o

de lo contrario ninguno de los dos encontraréis un lugar donde esconderos ¿Estamos?

Por respuesta obtuvo silencio y una mirada que le pareció reflejar si no miedo, sí respeto. Pero sobre todo, que estaba ante alguien de quién debería guardarse bien las espaldas.

—Déjalo, Marcial, no merece la pena— intervino John.

—Sé lo que me digo— afirmó clavando la mirada en el individuo que acaba de soltar. Momento que aprovechó éste para estirar su chaqueta y junto con su compañero encaminarse hacia la salida. Tras recorrer un par de metros, se volvió:

—Esto no quedará así

—De ti depende, recuerda lo que te he dicho. Avisados estáis los dos—Marcial hizo un especial énfasis en *los dos*.

Mientras tomaban café el que fuera encargado de la fábrica de juguetes tomó la palabra:

—La guerra es mala cosa. Al final pagarán más inocentes que culpables. Están juzgando a la gente sin criterio y...

En ese momento Marcial se dio cuenta de que la familia Hayward aún buscaba al abuelo Martin, sin resultado alguno.

—Señora, si puedo hacer algo por su marido, si me entero de dónde está...

—Lo sé, lo sé— cortó Maura colocando su mano sobre el brazo del encargado.

La vuelta a casa fue todo lo feliz que se puede esperar de una situación de este tipo. La felicidad distaba mucho de ser completa, faltaba uno de la familia. El abuelo Martín.

Para los dos pequeños tener de vuelta a su padre fue todo un acontecimiento. A pesar de que no contaban con información concreta de lo que sucedía, captaban la ansiedad y angustia en los rostros de su madre y de la abuela. Incluso Francisca no era capaz de disimular la tristeza y constantemente, pañuelo en mano, se secaba las lágrimas sin saber que era observada por los pequeños de la casa. Si una cosa tenían clara a pesar de las excusas que les daban cuando preguntaban por su padre, era que algo iba mal.

Muy mal, de eso estaban seguros.

Durante los días que John estuvo detenido, Bruno siguió asomado a los barrotes de la ventana de la sala de lectura imaginando que su padre hablaba con Manuel y fumando un cigarrillo esperaba dentro del coche a que éste abriera la puerta. Sin embargo, con lo único que se encontró, durante estos días, fue con el saludo de Manuel. Desde el primer momento, desde hacía varios años, supo que Bruno les observaba cada mañana desde la ventana del primer piso.

Tras el recibimiento que Antonia y Bruno hicieron a su padre al volver de la comisaría, el pequeño tomó la palabra.

—Papá ¿Por qué te llevó la Guardia Civil?

—¡Son los mismos que se han llevado al abuelo!— exclamó Maura, aún asustada por la suerte que hubiera podido correr su hijo— aunque esta vez iban de uniforme.

—Madre, por favor..



La abuela abandonó el salón para no tener que soltar todo el odio que llevaba dentro. Mañana volvería a la calle a continuar con la búsqueda de su marido.

—Verás hijo, estamos en guerra y en estos momentos las personas no atienden a razones. O estás en un bando o estás en otro.

Bruno y Antonia asistían en silencio a las explicaciones que su padre intentaba darles sin mucho éxito. La voz de Francisca avisando que la comida estaba en la mesa puso punto y final a la conversación, que John y Candela sabían que otro día continuaría. Bruno se iba a encargarse de ello. A sus once años las preguntas no cesaban.

“O estás en un bando o estás en otro”, estas palabras se quedarían grabadas en su mente durante mucho tiempo.

Después de comer, los niños se fueron a jugar a sus habitaciones. Maura, John y Candela se quedaron en el salón. Aún resonaban en sus cabezas las palabras que Marcial les había dicho antes de despedirse de ellos.

—Si pueden salir de Madrid, háganlo. Esos dos individuos pueden volver a intentarlo y si no estamos mi hijo o yo no sé qué puede ocurrir.

—Jamás me iré sin saber dónde está mi marido— apuntó Maura convencida con los brazos agarrados al chal y cruzados sobre el pecho.

Con la taza de café en la mano, Candela daba vueltas y vueltas con la cucharilla, sopesando si continuar con el tema de conversación de la mañana. Quizá Marcial tuviera

razón y debían plantearse salir de Madrid hasta que todo terminase. John la leyó el pensamiento.

—Es posible que estéis más seguros, los niños y tú en Salamanca, con tus padres— propuso.

Candela miró a Maura buscando apoyo. Su idea no pasaba por tener que separarse de su familia. Era lo más importante que le había sucedido y no quería renunciar a ello. Maura se la quedó mirando, tras dar un último sorbo a su té y andar los dos metros que las separaban tomó asiento junto a ella.

—Candela, yo no voy a dejar de buscar a mi marido— tomó la mano de su nuera entre las suyas— Mi sitio está aquí. Si algún día le encuentro, aunque nada más me entreguen su cuerpo, te prometo que una vez que le haya dado cristiana sepultura me uniré a vosotros. Pero antes no, no puedo— concluyó en un hilo de voz.

La decisión de partir hacia Salamanca la tomaron esa misma noche en la que John fue puesto en libertad. Encerrado en la sala de lectura buscaba la manera de poner a su familia a salvo. Podía cobrarse algunos favores, pero no era su primera opción, quería que la partida de los suyos se desarrollase con la mayor discreción posible.

El principal obstáculo con el que se encontraban era la salida de Madrid, a pesar de que no había, hasta el momento, mucha organización entre los diferentes aliados que defendían la ciudad. Un coche con su mujer y los niños llamaría la atención, sin duda.

Sin embargo, la solución la tenía en su propia casa.

Dos pequeños golpes en la puerta le devolvieron a la realidad.

—¿Si? pasa por favor.

—Don John...— Manuel entró con el semblante serio, parecía no ser portador de buenas noticias.

Con un gesto John le indicó que se acercara y tomase asiento junto a él. El cochero llevaba casi una década con su familia. Primero trabajó para el despacho del abuelo Martin, pero cuando su mujer, Francisca quedó embarazada, Manuel se instaló en casa de John. Cuando ella volvió a sus tareas como ama de llaves y cocinera, su marido pasó a encargarse del carruaje primero y más tarde de los coches, para los que tenía unas manos extraordinarias. No había reparación que se le escapara.

Manuel y Francisca habían sido padres tardíos, ella contaba, en ese momento, los treinta y cinco y él se acercaba a los cuarenta. Hoy, más de una década después, continúan trabajando para la familia Hayward en la que se sienten como parte de ella. Así se lo hacen saber a menudo a pesar de que Manuel y su mujer insisten en que su lugar es otro, y están contentos así.

—¿Sucede algo, Manuel?

—No, no es nada grave, veré— no había manera de que se tutearan, John lo dejó por imposible, permitiendo que se expresara como mejor se sintiese— Bruno me ha dicho que tienen intención de viajar a Salamanca.

—Sí, pensaba comentároslo cuando tuviera alguna idea

de cómo y cuando hacer el viaje.

—Yo tengo una que en estos tiempos que corren puede ayudar..— dejó a medio terminar su propuesta con la vista fija en las puntas de sus zapatos.

Algo le sucedía al bueno de Manuel y John estaba dispuesto a averiguarlo cuanto antes. Se puso en pie, seguido de la mirada del cochero se hizo con la botella de whisky, tras rellenar dos vasos, tomó asiento de nuevo.

—Cuéntame esa idea, viniendo de ti seguro que se trata de algo imposible de rechazar. Te escucho, pero antes Pruébalo— propuso cruzando una pierna y dando un sorbo.

El trago de Manuel fue algo más largo, lo necesitaba.

—Bien, creo que tengo la manera de poder salir hacia Salamanca en coche, pero tiene que hacerse rápido, muy rápido —apuró su segundo trago— no más tarde de un par de días.

—Las autoridades aconsejan abandonar Madrid debido a problemas de abastecimientos, pero temo los controles de... — John intentó intervenir si mucho éxito.

—Sí, sí, eso dicen, pero de noche todos los gatos son pardos. Puedo conseguir un salvoconducto de la CNT, a la que pertenezco por mi padre, para que nos dejen pasar y no tener problemas— expuso de corrido sin apenas tomar aire.

Al terminar apuró su último trago. En silencio se quedó mirando a John, como un escolar espera una reprimenda de su profesor por alguna acción realizada y confesada.

John se le quedó mirando a su vez sopesando lo que acaba de escuchar. Hasta el momento era lo más parecido a

un plan que tenían. El éxito o no dependería de la calidad del salvoconducto.

—¿Podrás conseguirlo? Parece una gran idea— convino John incorporándose.

—¿Eh? Sí, sí creo que sí —respondió como distraído— esta noche saldré a buscar a la persona adecuada. Mañana, o en unas horas, si todo sale bien lo tendré.

—Dime, sé que hay algo más que te preocupa.

—Decía que estoy afiliado a la CNT..

—Sí, te oí, no tengo nada contra los sindicatos, Manuel.

—Sabe que son los que le vinieron a buscar con la Guardia Civil y pensé que quizá no querría saber de mí o que pondría el grito en el cielo.

John cogió los vasos de la mesa y se acercó al mueble bar.

—Sé que esos dos individuos trabajaban en la fábrica y pertenecen a la CNT y que por motivos que desconozco destilan un odio intenso hacia mi persona, pero eso nada tiene ver contigo.

La puerta de la sala de lectura se abrió.

—He acostado a los niños...—dijo Candela—...disculpado, no sabía que estabais hablando— miró a los dos hombres y regresó sobre sus pasos

—Señora— Manuel se puso en pie.

—No, no, pasa Cande. Creo que Manuel nos va a proporcionar la solución al viaje a Salamanca.

El cochero abandonó la habitación unos minutos después. Pasada la media noche regresó feliz con el salvoconducto en la mano. John, Candela y Francisca no se habían movido de la sala de lectura, ansiosos aguardaban su regreso. Mientras esperaban habían llegado a un par de conclusiones que deseaban compartir con Manuel. A la primera de ellas accedió, igual que lo hizo su mujer unos minutos antes. Su hijo Pepo se uniría al grupo de partida. A la segunda, aunque él insistió, Francisca no dio su brazo a torcer. Ella no se movería de la casa. Sería más útil a los señores si continuaba en Madrid, a pesar del dolor que le suponía separarse de su pequeño. Faltaba preguntar a María, la doncella. Deberían acelerar los preparativos del viaje todo cuanto fuese posible, no había tiempo que perder.

Dos días más tarde partían de Madrid, Candela, Antonia, Bruno, Pepo y María, que no había querido dejar sola a su señora con los niños. El cochero les llevaría a Salamanca y como desconocían las dificultades que Manuel se podía encontrar a su vuelta, decidieron que quedaría a su elección el momento más oportuno para regresar, suponiendo que fuese posible su vuelta. El desarrollo de los acontecimientos marcaría los pasos a seguir.

Para los pequeños no dejaba de ser una aventura. Iban a pasar unos días en casa de los abuelos. Jugarían con sus primos a los que hacía tiempo que no veían, su nerviosismo se palpaba en sus caritas sonrientes. Candela se esforzaba en parecer feliz por el viaje, pero no era fácil, dejaba en Madrid a John.

“Serán unos días o unas pocas semanas a lo sumo. Después, volveremos a Madrid y estaremos todos juntos de nuevo. Será como hacer una visita a mis padres, además hace tiempo que no ven a sus nietos y con lo rápido que crecen...” se decía para animarse.

Los meses pasaron.

Y los años.

# 3

## **Madrid-Salamanca**

### **1936-1939**

Habían acordado despedirse en la propia casa sin salir al portal, ni agitar los brazos en alto. Menos aún dar muestras públicas de que la partida del coche no era una partida más, diaria, durante la cual el cochero trasladaba a la familia a cualquier sitio, quizá al cine, que permanecían abiertos, o al Pardo. Cualquier cosa antes que dejar la más mínima pista que indicara a quién les viese despedirse que no había nada de rutinario en esa salida, si no un viaje, una huída de uno de los epicentros de la guerra, Madrid. En esos



momentos se pensaba que en la capital no tardaría en desatarse una feroz ofensiva y no menos encarnizada defensa de la ciudad.

Ese era el sentir de los habitantes de Madrid.

No se equivocaban. Les esperaban más de dos años de asedio.

Hasta el momento de la partida, John continuaría con la rutina diaria en el bufete de abogados, donde iba cada mañana. Trabajo no le faltaba, si acaso clientes con dinero para pagar por su defensa. En ocasiones aceptaba encargarse de algún juicio a pesar de que sabía que no le iban a pagar por ello. No era el suyo un bufete que cobrara bajos emolumentos, precisamente, pero entendía, a título personal, que la vida a veces pone en situaciones complicadas a personas que nada han hecho para encontrarse ante ellas. Situaciones, muchas veces, creadas por la usura de unos pocos a los que nada les detendría con tal de ir enriqueciéndose a costa de los más desfavorecidos. En estas ocasiones o contaban con un buen abogado, o lo perderían todo.

John lo era y de lo buenos.

Lo aprendió todo del mejor, de su padre. Ni éste ni los demás socios veían con buenos ojos la faceta altruista de John. Más que nada porque la vida que llevaban se la podían permitir gracias a sus clientes y los éxitos conseguidos con las interminables horas dedicadas a su trabajo. Se podía echar una mano o atender algún caso puntual, pero no como

norma. Acordaron aceptar asuntos de este tipo, cuando así surgiesen, uno o dos al año, como máximo.

Ahora las cosas estaban cambiando. El concepto de justicia había dejado de tener la consideración de algo que se imparte. Desde hacía unos meses, cada vez un mayor número de pequeños grupos la tomaban por su mano sin que nadie hiciera nada por evitarlo y menos aún por celebrar juicios justos.

Él sabía muy bien de lo que hablaba. El abuelo Martin había desaparecido gracias a la acción de uno de estos grupos. Con el paso de los meses, este fue el caso al que John y Maura dedicaban con empeño la mayor parte del día. El resto, el abogado asistía a algunos juicios que debían tener la condición de no ser políticos. Delitos de faltas, robos, herencias. Era la única posibilidad de que la justicia pudiera asomar la cabeza en la sala del juzgado. Aunque le costara reconocerlo, ejercer su profesión le servía como válvula de escape. Era una forma de recargar pilas para iniciar de nuevo la búsqueda de su padre. Su madre no lo veía de este modo.

Maura...

La abuela Maura recorría cada comisaría, cada cuartel de Madrid, unas veces sola, otras, acompañada de su hijo. Buscaba en los registros de desaparecidos, analizaba cada fotografía, cada hoja colgada en los tablones de anuncios que pudiera contener cualquier información que le indicase el paradero de Martin. Cuando terminaba el recorrido, que le llevaba varias semanas, volvía a empezar de nuevo. Los

libros con fotografías de personas desaparecidas iban engordando y ella los estudiaba como si fuera la primera vez.

Nada, ni el menor rastro de su marido.

Visitó los diferentes hospitales una y otra vez, con la esperanza de que alguien lo hubiera encontrado malherido y le hubiese llevado a urgencias o que se hubiera escapado y no supiera dónde se encontraba o quién sabe, quizá le estaban cuidando y como puede que no llevara documentación, los doctores desconocerían de quién se trataba, o quizás...

Cada día que pasaba, a Maura se le agotaban los argumentos que le daban un mínimo de esperanza de encontrar al abuelo Martín. Aún así no pensaba desistir. Tener noticias suyas era lo que le daba fuerzas para levantarse cada mañana.

Ese fue su día a día durante los siguientes tres largos años.

El día de partida había llegado.

—Niños, quiero que estéis en silencio— ordenó Candela vuelta hacia atrás en el coche cuando vio que se acercaban a un puesto de control, pasado El Pardo— ¿Entendido?— los tres asintieron moviendo levemente sus cabezas. María, la doncella, apenas logró esbozar una suave sonrisa de ánimo.

Convinieron que no sería apropiado viajar en un coche tan reluciente como el suyo. Esa mañana, unas horas antes de salir, Manuel y John se dedicaron a hacer todo lo contrario

a lo que el cochero se afanaba cada día. Mancharon el coche, lo ensuciaron, incluso lo rallaron. Manuel aflojó uno de los focos delanteros ante la atenta mirada de John.

—A la vuelta lo volveré a dejar como nuevo— señaló sonriente.

—No lo dudo Manuel, no lo dudo.

La vestimenta de todos lo que partían hacia Salamanca pasó un examen similar al del Ford. Nada de ropa con aspecto de recién estrenada. Ni sombreros, ni corbatas, ni joyas. Incluso Evarista sufrió algún retoque, que su mamá Antonia no vio con buenos ojos. Pero todo fuese por jugar a los disfraces. Todas las precauciones serían pocas en cuanto les parasen en algún control.

Ese momento no tardó en llegar.

—¡Alto!— un miliciano con el fusil colgado del hombro y el brazo levantado se situó en medio de la carretera.

Manuel detuvo el vehículo. Otros dos compañeros se acercaron por la derecha y husmearon en el interior del coche.

—¡Camarada, dame buenas noticias y dime que venceremos!— exclamó Manuel sacando la cabeza fuera de la ventanilla con el puño en alto.

Antes de contestar, el miliciano acomodó su fusil apuntando al interior del vehículo y se acercó a paso lento. Parecía que se trataba de camaradas, pero debía asegurarse, aún quedaban muchos amigos de los fascistas en Madrid y ese coche seguro que pertenecía a alguno de ellos. Manuel aprovechó el lento caminar del hombre para, discretamente,

hacerse con el salvoconducto y agitarlo en el aire.

Candela se esforzaba en dibujar lo más parecido a una mueca que sus labios eran capaces de mostrar. Su bonita sonrisa, por forzada que fuera, pareció agradar a los dos individuos que, pegados en el cristal de su ventana, no perdían detalle de las dos mujeres.

El que parecía ser el jefe, al reconocer el sello de la CNT estampado en la hoja que le mostraba el conductor del coche, se relajó.

—Salud, camarada— repuso al fin.

Tomó entre sus manos la hoja que Manuel le ofrecía. La leyó atentamente y sonrió.

—A partir de aquí no podemos protegeros, los fascistas pueden aparecer en cualquier lugar, aunque con suerte no encontraréis ninguno hasta más allá de la sierra.

—Ahí nos dirigimos camarada.

—Así que el coche este era de tu jefe ¿eh?— apuntó señalando el salvoconducto.

—Como dices, era. En el lugar que está ahora mismo no le hace falta— soltó Manuel entre risas que fueron seguidas por los tres milicianos.

El que parecía el jefe dio media vuelta. Agitando el fusil en el aire ordenó a sus hombres situados unos metros más al fondo que les dejasen pasar el control.

—Camarada...— con el brazo extendido y la mano abierta Manuel le pedía la hoja.

Este se quedó mirándola unos instantes, después la dobló por la mitad y se la entregó al cochero.

Tras despedirse, deseándose la mejor de las suertes para combatir a los rebeldes, Manuel aceleró. Nadie de los que iban en el coche dijo una sola palabra hasta unos minutos después. Ni siquiera los niños que hasta un momento antes del llegar al control no habían parado de hablar. El miedo pasado aún se reflejaba en sus serios semblantes. Si algo bueno les acompañaba era el tiempo. No había nubes y la temperatura era más alta de lo que en los primeros días de noviembre suele ser habitual en Madrid.

—No quiero ni saber lo que pone en ese hoja, Manuel  
— Candela rompió el incómodo silencio— pero sea lo que sea me alegro que nos haya servido para que nos dejaran pasar. Gracias.

El cochero le dedicó una sonrisa.

—No tiene porqué dármelas, señora.

Mientras conducía, Manuel se acordó de su padre. A él fue a quién le pidió dos noches atrás el salvoconducto. No fue fácil explicarle que lo quería para poner a la familia de John a salvo. Iría con ellos hasta Salamanca con Pepo.

—¿A salvo dices?— el padre de Manuel le miró fijamente, era hombre de la vieja escuela— Somos nosotros los que tenemos que estar a salvo de ellos. Te explotan hijo, y aún no te has dado cuenta. Eres un infeliz y serás un maldito esclavo toda tu puñetera vida.

—Francisca, Pepo y yo somos como de su familia. Nos tratan muy bien y nos...

—No, no me interesa lo que me vas a contar. ¡Ahora es

el momento de que paguen por todo ¿O es que no lo ves?!— exclamó su padre elevando más y más la voz.

—Soy yo el que debe pagarles, hazlo por mí y por tu nieto.

Su padre era un hombre tozudo, muy tozudo, pero sabía reconocer, al menos cuando se encontraba a solas, que su nieto, su querido Pepo, estaba muy contento en aquella casa. Cogió un papel con el membrete del sindicato y lo firmó. Después tomó otro y tras escribir durante unos minutos y estampar su rúbrica le entregó ambos a su hijo.

—Este te lo dejo para que lo rellenes como quieras. Lo hago por Pepo— aclaró camino de la puerta del salón de su casa que abandonó sin despedirse de su hijo.

Manuel permaneció con la vista fija unos instantes en el hueco de la puerta por el que su padre había salido segundos antes. Tenía la amarga sensación que esa noche sería la última vez que le iba a ver. Volvió la vista hacia los documentos que tenía entre manos.

Sonrió.

—Será orgulloso...—murmuró para sí.

El suave, rítmico y conocido taconeo de unos zapatos le hizo levantar la cabeza.

—No le tomes en serio, hijo— pidió Carmen, su madre.

De pie junto a la puerta observaba como el tozudo de su marido se alejaba camino del dormitorio

—Es buena persona y sólo quiere lo mejor para ti— con sus pequeñas y arrugadas manos entrelazadas buscaba la comprensión de su hijo.

—Lo sé, madre. Pero tanto odio no es bueno.

—Cuídate y ponte a salvo. ¿Sabes? Pepo nos habla maravillas de Bruno y su familia, yo les estoy muy agradecida, Manuel— puso sus manos sobre la cara de su hijo.

—Nosotros también madre, pero papá...

—Pierde cuidado por él. Sé que está orgulloso de ti, hijo. Pero ya sabes que es un cabezota redomado.

La batalla de la defensa de Madrid comenzó dos días después de que Candela y los suyos atravesaran el control republicano. Ellos no lo sabían, pero de no haberlo cruzado ese día, ni el salvoconducto aportado por el padre de Manuel les hubiese servido para continuar el viaje.

En Salamanca les esperaban los padres de Candela, Lorenzo y Rafaela, que aún vivían en la vieja casa encima de la joyería que regentaba su padre, a un par de manzanas de la Plaza Mayor, dónde ella se crió. La alegría por la vuelta no fue todo lo feliz que hubieran deseado.

—¿Fermín? ¿Está en el taller?— preguntó Candela nada más acomodarse y dejar a los niños con María y Manuel repartiendo el equipaje en sus habitaciones.

En los rostros de Lorenzo y Rafaela apareció de nuevo el dolor que se había instalado en ellos cuando, unas semanas atrás, les comunicaron que su hijo Fermín había sido abatido por el ejército nacional en una emboscada frente al Palacio Episcopal, donde estaba instalado el centro de mando del general Franco.



—Pero ¿qué hacía allí?— quiso saber Candela, con un hilo de voz.

—Dicen que un grupo de republicanos armados intentó entrar en el Palacio —apuntó su padre.

—¿Fermín con un arma atacando el Palacio?— repitió incrédula— Eso no es posible.

—Pienso como tú, hija —intervino Rafaela— pero es lo que nos dijeron en la Guardia Civil.

—Nos entregaron su cuerpo cosido a balazos y le enterramos junto a la familia— indicó su padre.

Les dejó hablar, lo hacían despacio, como si les costase pronunciar cada palabra. Los pensamientos de Candela iban de atrás hacia delante...

Atrás, cuando de pequeña corría con su hermano por la Plaza Mayor, jugando al escondite, o cuando una Navidad se le cayó encima a Fermín un enorme muñeco de nieve y no podía quitárselo de encima.

Hacia delante, ahora, frente a sus padres. Llorando las dos mujeres, Lorenzo haciendo esfuerzos por no dejar salir una lágrima. Hablaban y ella escuchaba. Algo más iban a decirle.

—Nos interrogaron durante horas, hija. Querían saber si somos republicanos— dijo al fin su madre.

—¿Os hicieron algo?— Candela no quería ni imaginar lo que les podía haber sucedido.

Rafaela tenía a su hija agarrada de la mano. Ambas observaban a Lorenzo, que se había levantado y permanecía de pie con la mirada perdida frente a la ventana del salón.

—No, hija. Tu tío nos sacó de ahí— respondió su madre, viendo que su marido parecía estar a kilómetros de distancia.

—¿El tío Francisco?

—Sí, ahora es presidente de la Diputación.

—¿Qué dice de la muerte de Fermín?

Lorenzo y Rafaela intercambiaron sus miradas y asintieron. Él tomó asiento en una butaca frente a ellas. Antes de hablar se aclaró la garganta. Lo que diría a continuación le iba gustar a su hija lo mismo que les gustó a ellos la primera vez que lo escucharon.

Nada.

—Dijo que lo dejemos pasar..

—¿Cómo?— Candela se puso en pie con el rostro desencajado— ¿Que lo dejemos pasar?

Durante los siguientes minutos, Rafaela y Lorenzo se esforzaron en hacer comprender a su hija que el tío Francisco no pretendía que quedara en el olvido la muerte de Fermín, sino que le diéramos tiempo para investigar qué había sucedido. Aunque la investigación oficial no dejaba lugar a dudas.

Mientras tanto, Bruno, Pepo y Antonia, con Eva entre sus brazos, investigaban la casa de los abuelos de Salamanca, como así los llamaban. La pequeña era la primera vez que visitaba la ciudad. Los últimos años fueron sus abuelos, junto con el tío Fermín, los que preferían desplazarse hasta Madrid.

Para Bruno no se trataba de la primera vez. Había visitado esa casa en un par de ocasiones, y eso le confería cierto conocimiento, y por tanto, poder, a la hora de investigar las habitaciones y algún que otro lugar secreto.

En una casa como esa lo primero a lo que se podía jugar era a las escondidas, y quién si no Bruno, lo iba a proponer. A Pepo le tocó buscar a los dos hermanos pasillo arriba, pasillo abajo. Subir y bajar las escaleras le costaba más, así que dio por hecho que no se habían escondido en el piso de abajo, y que permanecerían dónde él se encontraba. En alguna habitación tenían que estar.

Había acertado a medias. Bruno bajó los escalones despacio, evitando que la madera crujiere. Si Pepo bajaba le oiría perfectamente, tenía toda la planta para esconderse en cuando oyera su arrítmico caminar.

Desde el lugar en el que se hallaba escondido podía ver el ir y venir de María, junto con Manuel y Visi, la señora que trabajaba con sus abuelos y que le había llenado de babas con tanto beso, cuando le vio llegar unas horas antes. Se encontraba justo detrás de las escaleras, lugar idóneo para escuchar a su madre hablar con sus abuelos. Su tono parecía desconsolado.

“Algo le ocurre a mamá”

Optó por cambiar su escondite por otro más cercano a la puerta. Con curiosidad al principio y triste, muy triste después, escuchó como el abuelo Lorenzo hablaba de la muerte de su tío Fermín, su padrino.

Su cabeza hacía esfuerzos por entender los sucesos

que estaban afectando a su familia en los últimos tiempos.

“¿Porqué nos pasa esto?”

Unas semanas antes se habían llevado a su abuelo Martin, aún soñaba con las palabras de la abuela Maura cuando histérica entró en su casa diciendo que se habían llevado al abuelo. Más tarde a su padre, pero su madre y la abuela le habían encontrado gracias a Marcial. Ahora el tío Fermín. Sentado en el suelo, junto a la puerta del salón, con las rodillas pegadas al pecho, Bruno lloraba en silencio.

“O estás en un bando o estás en otro”

Las palabras de su padre se repetían una y otra vez en su cabeza.

La puerta del salón se abrió de repente.

Las miradas de madre e hijo se encontraron, como buscándose. Bruno se secaba las lágrimas mientras, despacio, se incorporaba.

—¿Nos has oído hablar?— quiso saber Candela con sus brazos sobre los hombros de él. Observaba la infinita tristeza que reflejaba el rostro de su hijo.

Bruno asintió.

—¿En qué bando estamos, mamá?— preguntó sin saber muy bien lo que significaba y menos aún las posibles opciones que se pudieran plantear a su pregunta.

—No hay bandos, hijo. Estamos en guerra en los dos bandos. ¿Lo entiendes?

Bruno la miró en silencio unos instantes, como si buscara en su cabeza algo que le permitiera decir que lo entendía, que estaba todo claro. Su abuelo, su padre, su tío,

ahora todo tenía sentido.

Pero no. No entendía nada.

Sólo se le ocurrió una pregunta. Sencilla.

—Si no hay bandos, entonces ¿Por qué peleamos?

Las noticias que llegaban a casa de Lorenzo y Rafaela, a través del tío Francisco, indicaban que los bombardeos sufridos los últimos meses en Madrid se habían incrementado con el asalto a la ciudad. Sentado en el sillón favorito de su padre, con una pierna sobre otra, informaba de las noticias que acababan de recibir en el cuartel, como quién se sabe dueño de la atención de los presentes. Se sentía importante.

—No durará mucho más, Candela. No te preocupes. En unas semanas verás como...

—¿Qué no me preocupe?!— con los ojos exageradamente abiertos miraba a su tío, que daba vueltas tranquilamente con la cucharilla a su taza de café— Mi marido, mi suegra, la mujer de Manuel, y ojalá mi suegro haya aparecido, aunque no tengo muchas esperanzas, siguen ahí ¿Y dices que no me preocupe?! Estáis bombardeando zonas civiles, de paso de la gente a su trabajo o a la cola de racionamiento.

Candela se puso en pie sin saber muy bien a dónde dirigirse. Pensar que Madrid estaba sufriendo una encarnizada guerra le impedía dormir cada noche y ya iba casi para un mes. Ahora su tío le venía con esas.

—Quiero decirte que la guerra terminará pronto. En breves fechas podrás volver, si así lo deseas, con John.

“Ojalá tenga razón”

—Lo siento, tío. Sé que estamos en guerra y muere gente. Lo único que deseo que esto termine cuanto antes.

—Habrá terminado todo mucho antes de lo que esperas — concluyó sonriente Francisco.

El presidente de la diputación se equivocó en su pronóstico.

La guerra llegó a su fin mucho más tarde de lo que Candela podía esperar. Lo que en principio apuntaba a una pobre defensa de la ciudad se convirtió en un asedio que duró más de dos años desde la predicción del Francisco. Candela se lo recordaba a su tío en cada ocasión que se le presentaba.

No todo iban a ser malas noticias. Durante un periodo de algo más de calma, y gracias a información facilitada por Francisco, Manuel pudo regresar a Madrid. Era año nuevo. Parte del viaje en tren hasta casi la entrada a la capital. A partir de ahí como pudo llegó hasta la casa de John, junto al Retiro, dos semanas después de partir de Salamanca.

Mientras tanto, Antonia, Pepo y Bruno hacían una vida más o menos normal. Esa era la intención de Candela y sus padres, pero era difícil que se abstraieran de todo lo que sucedía a su alrededor. El ambiente de guerra era imposible de esquivar. A finales de noviembre, apenas unas semanas después de llegar a Salamanca, los tres pequeños comenzaron a ir al colegio, situado a unos pocos minutos andando desde la casa de los abuelos.

Bruno y Pepo, a pesar de llevarse casi dos años de diferencia, asistían a la misma clase. Siempre iban juntos a todos los lados, al patio, en el recreo a jugar. Se sentaban en el mismo pupitre, lo compartían todo.

Bueno, todo, todo, no.

Lenita tenía muy claro que su preferido era Pepo. Se conocieron un día, los tres, antes de entrar en el colegio. El de las chicas estaba situado justo enfrente del de los chicos. Acababan de dejar a Antonia en la puerta. Como siempre le ocurría cuando otros chicos de su edad le conocían, lo primero que les llamaba la atención era su cojera.

—¿De qué os reís?— Bruno y Pepo se volvieron.

Una niña de unos diez años “o alguno más”, pensaron, se encaraba con tres chicos mayores que ella. Al que tenía más cerca le propinó un empujón.

—¿Qué haces, estás loca?— exclamó el chico mientras intentaba no perder el equilibrio agarrándose a sus amigos.

—¿Os creéis muy graciosos? ¿Eh?.

En Madrid, Bruno era el que defendía siempre a Pepo, pero éste había aprendido ya la lección. Si te acobardas, te pasan por encima y tu vida se convertiría en un infierno, como así le sucedía hasta que Bruno le enseñó que no debía temer a nadie de la escuela, menos aún si había chicas delante.

Ese era uno de esos momentos.

Pepo se acercó con sus pasos desiguales, despacio, pero serio. Bruno detrás. La chica se giró hacia los dos amigos al seguir la mirada de los tres chicos. Pepo casi pierde

el equilibrio al ver esa cara tan llena de pecas de la pelirroja que le estaba defendiendo. Las chicas guapas siempre le hacían sentirse diferente, era en esos momentos cuando más se maldecía por su maldita cojera. Se sentía inferior, casi humillado. Pero esta chica le sonreía, como nunca antes lo había hecho ninguna otra.

“¡Qué chica más guapa!, seguro que se ha fijado en Bruno”.

Pepo no era consciente de que resultaba muy atractivo a las chicas. Esos rizos rubios le hacían muy interesante. Hasta que se ponía a andar, decía siempre él. Un leve empujón de su amigo le despertó y dio un par de pasos más.

Los tres chicos se miraban entre sí, no perdían detalle del pequeño corrillo que se iba formando a su alrededor. Además el chico cojo les sacaba media cabeza.

—¡Niños a clase!— Agustín, el bedel, asomaba la cabeza por la puerta que daba al patio— ¡Venga que llegáis tarde!

—Vámonos— apuntó uno de ellos.

Pepo, Bruno y Lenita se les quedaron mirando.

—No deberías meterte en problemas por mí culpa, pero gracias...— logro decir atropelladamente mientras con un leve gesto señalaba a los tres muchachos que se perdían por el interior del colegio.

—No tienes que dármelas, no me gustan esos niñatos— convino sonriente. A Pepo le pareció la sonrisa más bonita que había visto en su vida.

—Venga chicos, que se hace tarde— de nuevo Agustín



les avisaba de la hora. La clase estaba a punto de comenzar.

Pepo se había quedado callado con la boca medio abierta mirando a la chica que había dado la cara por él. Ella mantenía su sonrisa.

—Pepo...— dijo Bruno, poniendo su mano en el hombro — tenemos que irnos.

—¿Eh? Sí, sí claro, yo...

Sin dejar de mirarla y arrastrado por su amigo entró a regañadientes en el patio. Bruno observó que desde ese preciso instante, la mirada de Pepo había cambiado. Estaba como ausente, en clase se quedaba con la vista fija en un punto concreto. De su cara se había apoderado una sonrisa bobalicona.

Como no podía ser de otra manera, al día siguiente, media hora antes de que Agustín apareciese vociferando llamándoles a clase, ya se encontraban los dos junto con Antonia, frente a la puerta del colegio esperando a que la chica pelirroja hiciese su aparición.

Pepo fue el primero en verla.

La verdad fue que Bruno le había dado con el codo para que mirase un imponente coche negro unos metros más adelante. Ambos seguían con la mirada al chófer que tras rodear el vehículo abrió la puerta trasera. Desde su posición Pepo pudo intuir, más que ver, como unos rizos pelirrojos aparecían de repente, para acto seguido, volver a desaparecer tras la puerta. Esta vez fue Bruno el que recibió el aviso con el codo de su amigo.

—Mira...—murmuró.

Lenita, tras despedirse de alguien que permanecía en el interior del vehículo y posteriormente del chófer, se encaminó hacia el colegio, pero en lugar de cruzar hacia el de las chicas continuó por la misma acera en dirección al de los chicos.

—Parece que busca a alguien— apuntó Bruno.

Bastó ese comentario para que las manos de su amigo comenzaran a sudar.

—¿Tú crees?

—Sí, mira, a ese de ahí.

Un chico que ambos dedujeron era de algún curso superior se acercó sonriente a Lenita. Estuvieron hablando durante unos minutos que a Pepo se le antojaron eternos. Su sonrisa inicial había desaparecido. En su lugar un rictus triste, de “más de lo mismo”.

Antonia no perdía detalle de la cara de su hermano, ni de la de su amigo, que para ella era casi como otro hermano más.

—¿Te gusta esa chica?— quiso saber.

Pepo respondió con un escueto levantamiento de hombros.

Se acercaba la hora de entrar a clase. Dentro de poco tiempo aparecería el bedel por la puerta llamando a los rezagados. Los tres se pusieron en pie, pero antes debían acompañar a Antonia a su colegio. Con las manos en los bolsillos y los hombros caídos, Pepo avanzaba maldiciéndose por haberse creado ilusiones.

Una vez más.

—¡Hola!

Ambos se giraron despacio. Lenita estaba parada, sonriente, mirándoles. Se hizo el silencio durante unos instantes, en lo cuales la más pequeña curioseaba las expresiones de los más mayores. Al final no pudo más.

—Hola, yo soy Antonia ¿tú quién eres?— preguntó interesada con sus ojitos bien abiertos, mirando a la chica de los rizos pelirrojos.

—Yo soy Lenita, amiga de Bruno y Pepo.

—Ah, ¿Entonces tú eres la chica que le gusta a Pepo?

La cara del aludido fue cambiando de color, de amarillento a rojo oscuro. Intentó decir algo para salir de la vergüenza que estaba pasando pero era incapaz de articular palabra alguna. Comenzó a tartamudear como si fuese un motor intentando arrancar. Los tres, Lenita, Bruno y Antonia le miraban esperando algún comentario, pero a pesar de tener la boca medio abierta nada partía de ella.

—Yo...

De improviso, las expresiones de los cuatro niños y las de aquellos que se encontraban junto a los colegios, se tornaron serias, el pánico fue poco a poco apoderándose de todos ellos. Las sirenas que alertaban de la cercanía de aviones enemigos se dejaron oír, histéricas. El sonido ronco de los motores incrementaba el pánico de la gente que corría en busca de algún lugar para refugiarse.

Los cuatro niños permanecían quietos, con sus caras apuntando al cielo.

—¡Ahí!— Bruno señaló un avión sobre el horizonte.

—¡¡Chicos!! ¡¡Venid aquí, vamos!!— Agustín agitaba frenéticamente su mano —¡Poneos a cubierto!

No se lo pensaron más. Bruno y Antonia delante, seguidos de Pepo y Lenita, que no quería dejar atrás a su nuevo amigo, comenzaron a correr.

—¡Venga! ¡Rápido!

—Pero yo soy chica— repuso Antonia señalando a Agustín la puerta de su colegio— No nos dejan...

—No te preocupes por eso ahora— exclamó el bedel— ¡Bajad por ahí al gimnasio! ¡Corred!

Sentados, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas recogidas contra el pecho, decenas de alumnos y profesores, junto con algunos padres, esperaban el cese de las sirenas, cuyo aullido les ponía más nerviosos que la presencia de los propios aviones. Los llantos de los niños llenaban el gimnasio. Lo que en un principio se tomaron como un juego, se convirtió en angustia y miedo cuando vieron las expresiones de los mayores. Los más pequeños sienten que sucede algo malo aunque no sepan explicar lo que es.

Unos minutos después se hizo la calma.

Las sirenas enmudecieron. Los llantos no.

Nadie se movía. Los que no lloraban permanecían en silencio mirando hacia el techo como si pudiesen ver lo que sucedía más allá, en el cielo. Su imaginación se encargaría de mostrarles las imágenes de los aviones volando amenazadores sobre sus cabezas.

Un cuarto de hora más tarde, el bedel se puso en pie.

—No os mováis— ordenó Agustín— voy a ver si podemos salir.

Poco a poco se incorporó, a paso lento fue acercándose a la puerta. Más despacio aún la abrió como si temiese encontrar algo al otro lado para lo que no estuviese preparado.

Asomó la cabeza.

Ahí estaba Paco, su compañero, corriendo a voz en grito.

—¡Han bombardeado en Puente Ladrillo!— el grito de Paco se coló en el interior del gimnasio— ¡Han bombardeado en Puente Ladrillo!

Los profesores y los padres se miraron entre ellos. Ese barrio no estaba lejos de donde se encontraban.

—Podemos salir— Agustín abrió la puerta de par en par.

Para los cuatro pequeños fue una aventura, pero para Pepo fue algo difícil de olvidar, no por las bombas y el miedo pasado, sino porque Lenita mantuvo apoyada su cabeza en su hombro y permaneció agarrada a su brazo mientras estuvieron en el gimnasio. Fue su primer bombardeo juntos, pero no sería el último. Hasta el fin de la guerra sufrieron dos más, nada comparado con el constante asedio sobre Madrid, que ni Pepo ni Bruno fueron conscientes del mismo hasta su vuelta.

Desde ese día Pepo y Lenita pasaron juntos la mayor parte del tiempo del que disponían. Unos minutos antes de

entrar a clase y otros más después, al salir, mientras esperaban a que vinieran a recogerla. Bruno les dejaba solos. Le gustaba ver contento a su mejor amigo, pero no podía evitar sentir cierto cosquilleo junto al pecho. Tenía que reconocer que Lenita le gustaba desde el primer día que la vio encarándose con aquellos chicos. Sin embargo, a pesar de que creía que disimulaba bastante bien, al menos Pepo no se había dado cuenta de sus sentimientos, a su hermana no pudo engañarle.

—¿A ti también te gusta, verdad?— Antonia miraba a su hermano agarrada de su mano.

Iban camino de casa después de despedirse de Pepo y Lenita junto a la puerta del cole. Bruno le pasó la mano por la cabeza y como respuesta le ofreció una media sonrisa junto con una mirada melancólica. Su hermana captó el mensaje sin dificultad.

—No te preocupes, yo no tengo novio aunque hay un chico que me gusta... un poco — confesó.

Había algo más que le preocupaba a Bruno. Cierto que Lenita le gustaba, pero había descubierto que había muchas chicas más y ésta era de su amigo. Lo otro a lo que continuaba dando vueltas en la cabeza era al tema de la guerra. A su padre John y al abuelo Martin se los habían llevado los que llamaban de la República, significase lo que significase eso. A su querido tío Fermín lo habían matado unos que eran los nacionales. El hermano de la abuela Rafaela, el tío Francisco, que es militar, era de ellos...

¿entonces? Otra vez volvían a su cabeza las palabras de su padre

“O estás en un bando o estás en otro”

“¿Cuál es mi bando?”

No iba a tardar muchos días más en averiguar que otra persona se hacía preguntas similares. Alguien a quién le sucedía lo mismo que a él. Bruno se encontraba recién llegado del colegio. Dejó a su hermana escaleras arriba camino de su habitación. Él había ido a la cocina a por un vaso de leche. A la vuelta escuchó cómo la conversación, que había bajado de tono cuando Antonia y él entraron en casa, volvía a subir de nuevo. Se acercó al salón, escondido detrás de la puerta oía a su madre tan alterada como no recordaba haberla oído antes.

—¿Cómo te atreves a decir que mi hermano estaba avisado?— Candela miraba enfurecida a su tío Francisco.

—Todos sabíamos con el tipo de gente que andaba y ya sabes el dicho—apuntó convencido— desde que vives en Madrid no tienes ni idea de lo que sucede aquí.

Candela se había puesto en pie. La actitud de su tío le hacía perder los estribos y no era una sensación que le gustara, pero no se iba a callar.

—¿Así que me estás diciendo que habéis matado a mi hermano, al hijo de tu hermana, por sus ideas? ¿Ese es el motivo?— plantada a un par de metros de él le desafiaba con la mirada— No has tenido bastante con reconocer que no hubo ningún ataque al Palacio Episcopal y que por lo visto

Fermín estaba en un grupo al que se le dio el alto y huyó...

—Si se hubiese identificado...— apuró el último sorbo de su taza de café.

—¿Cómo no iba a huir de un pelotón de militares?! ¿Eh? No tienes ni idea de lo que es la libertad de expresión, tío, ni puñetera idea.

—En guerra no hay libertad de expresión. Todos debemos estar unidos para combatir al...

—¿En guerra, dices? ¿Si la gana el Frente Nacional habrá, entonces, libertad de expresión? ¿Qué sabrás tú de eso? La única libertad de expresión que conoces es la que coincide con tu superior— señaló tras el sofá que ocupaban sus padres, que asistían en silencio a la discusión

—¡No te permito que me hables en ese tono!— el militar se puso en pie.

Bruno escuchaba alucinado la discusión y no menos impresionado por la actitud de su madre delante del tío Francisco, todo un militar condecorado.

—Por favor...— la voz de la abuela Rafaela se dejó oír.

Candela no había dicho su última palabra.

—¡Claro que no, Tío! ¡Tú no eres quién para permitirme nada! Por mí os podéis ir a la mierda tú, tus argumentos y tus permisos— exclamó Candela dejando salir toda la rabia que llevaba dentro camino de la puerta del salón.

—Pero hija no te vayas así— Lorenzo, en pie, miraba hacia el lugar que unos segundos antes ocupaba su hija.

Candela pasó junto a Bruno, al que no vio. Era



consciente de que su hermano Fermín siempre se interesó por las asociaciones de izquierda, que daba la cara por lo que él consideraba justo, pero eso no le convertía en un asesino ni en nada parecido. Era muy buen chico, algo alocado, sí, pero buena gente. No haría mal a nadie, de eso no le cabía la menor duda

Posiblemente, pensaba camino de la cocina, mi hermano debía de haber sido más consciente de la situación que estamos viviendo y no poner en peligro ni a él ni a mis padres, quizá en eso el tío no esté del todo equivocado. Pero no puedo con esa estúpida suficiencia, de estar cargado de razón. De ese creerse superior por ser militar.

Bruno observó a su madre mientras se alejaba. Al menos no era el único que no entendía nada. Aguantó unos minutos más escuchando las voces de su tío a sus abuelos sobre la educación, las mujeres y otras cosas más que no comprendió y que tampoco le preocupaban. El sonido del timbre de la puerta le hizo salir de su escondite y encaminarse a abrir. Era Pepo con su boba sonrisa, se le veía feliz, por fin, y eso era lo único que importaba.

Las visitas del tío Francisco a casa de su hermana se hicieron cada vez más espaciadas. El café de casi todas las tardes dejó pasar semana a semana al de los viernes. Fue así hasta el verano del 37. Unas semanas antes Candela se había incorporado como voluntaria de la Cruz Roja en un colegio que se había habilitado como hospital, para atender a los heridos que llegaban de distintos frentes, entre ellos el de

Madrid.

De esta manera fue obteniendo noticias de primera mano de lo que acontecía en la capital. La conquista de la ciudad, tan anunciada por su tío, se hacía esperar. Mientras llegaba ese día había decidido colaborar de alguna manera con los heridos, de esa forma, estando ocupada tanto física como mentalmente, los días discurrían a mayor velocidad. La idea de hacerse voluntaria de la Cruz Roja partió de su hija, Antonia, una mañana a primeros de junio, en una conversación "entre chicas".

Era domingo antes de ir a misa, Antonia recorría el pasillo de la casa arriba y abajo una y otra vez. Al pasar por delante de la puerta del salón se detenía y, como distraídamente, lanzaba una mirada a su madre que esperaba en el sofá a que los abuelos se arreglaran para ir a la iglesia.

Candela sonreía al ver pasar a su hija con Evarista, que ya había recibido las primeras costuras en una pierna, cogida de un brazo y que llevaba a rastras. Al observarla mientras se detenía unos breves instantes bajo el dintel, creyó oír cómo le dedicaba un suave suspiro antes de desaparecer de nuevo.

Serían ya cinco o seis las veces que se repetía la misma escena cuando Candela, presa de la curiosidad, se dirigió a su hija.

—Antonia ¿sucede algo?

¡Pues claro que sucedía! Una no va estar como tonta arriba y abajo sin un motivo. Por fin su madre se había dado

cuenta y la había llamado. No quería sacar un tema cómo ese así, sin más. Era cosa de chicas.

Antonia entró en el salón en silencio, esta vez con Eva pegada al pecho. De un pequeño salto tomó asiento junto a su madre, cruzó sus pequeñas piernas, y suspiró.

—Cuando te gusta un chico ¿Qué hay que hacer? Por que ellos sólo hacen tonterías delante de nosotras y a mí me gusta uno que está siempre callado.

Candela pasó el brazo por los hombros de su hija y sonrió para sí. Empezaba pronto, a los siete años recién cumplidos, con esas preocupaciones.

—Lo que se puede hacer es hablar con él. Puede que después ya no te guste.

Antonia frunció el ceño, extrañada. Se sentó de lado hacia su derecha y levantando la barbilla miró a su madre.

—Si él no habla conmigo, ¿Cómo le voy a hablar yo?— quiso saber con los brazos cruzados— si yo fuera Lenita...

—Dile que te acompañe.

—Pero si es mayor— apuntó cómo si su madre no se enterase de nada.

—Por eso te lo digo, como es mayor, puede ayudarte. Mira —Candela se puso en pie— mañana os acompaño al colegio y lo solucionamos.

“Ya va siendo hora de conocer a la famosa Lenita”

—La madre de Lenita va siempre de blanco y lleva una cruz roja, es enfermera y cura a los heridos y me va a dejar ir con ella cuando termine el colegio— soltó de corrido.

Al día siguiente, Candela esperó junto con Bruno, Pepo y Antonia la llegada del coche de Lenita, la niña que había robado el corazón a los tres pequeños. Al verla saltar del coche y salir corriendo con los rizos al aire, rebotando, como si fuesen estrechos y largos muelles, feliz, con una gran sonrisa dibujada en su boca, en dirección hacia donde se encontraban, no pudo por menos que sonreír. No le costó comprender porqué se sentían tan contentos junto a ella y su familia con quién habían ido a merendar a su casa en un par de ocasiones.

—¡Hola! Tu debes ser Lenita —Candela salió a su encuentro— Me han hablado mucho de ti. Soy la madre de Antonia y Bruno y una buena amiga de los padres de Pepo.

Si Lenita se sorprendió con la presentación de Candela no lo demostró, pero Antonia se dio cuenta de que su expresión, durante unos breves instantes, cambió.

Tras saludar a Lenita, Candela se encaminó hacia el coche. Ese día conoció a la madre de la pelirroja, Josefina, una rica y joven viuda, con la que entabló una amistad que perduraría con los años. Fueron las diferentes visitas que le hizo a Josefina en el hospital, algunas de ellas acompañada de Antonia, las que le convencieron de incorporarse a la Cruz Roja para trabajar codo con codo con su nueva amiga.

Esos años quedarían marcados para siempre en la cabeza de Antonia. De mayor tenía muy claro lo que quería ser; médico. Pero no un médico cualquiera. Le gustaba el trabajo de su madre y el de la mamá de Lenita con los heridos, pero envidiaba al hombre que entraba en la

habitación con su bata blanca, miraba una hoja, luego al soldado que estaba en la cama, y sin más ya sabía lo que había que hacer.

Estaba decidida; sería médico de heridos.

Para Bruno también fue especial ese verano. A finales de agosto, en una fiesta en casa de Lenita, conoció a su prima, Nora. "Casi tan guapa o más que Lenita" decía a su madre y a sus abuelos. En esos momentos estaba muy lejos de sospechar lo que se escondía detrás de esos ojos oscuros como la noche. La sonrisa y la suave pero firme mirada de Nora hacían que Bruno se sintiera cada día más identificado con Pepo, sus distracciones y su boba sonrisa. Nora había llegado a la vida de Bruno tal y como desaparecería veintitrés años después.

De repente.

La suya fue una relación en etapas, algunas cortas, pero intensas.

Como sus vidas.

Los cuatro amigos pasaron juntos algo menos de dos años hasta su vuelta a Madrid. La estancia en Salamanca fue de aquellas que se quedan grabadas en la mente para toda la vida. Bruno conoció a la chica con la que se podía jugar a lo que sea, y hablar de todo. No había que hacer planes con Pepo por un lado y con ellas por otro. Los cuatro juntos eran capaces de divertirse, incluso a veces también iba Antonia y no les molestaba. A pesar de todo, la felicidad no era

completa. Con el paso del tiempo iba siendo más consciente de que vivían tiempos de guerra, no sólo por los bombardeos que sufrieron sino por la cantidad de heridos y de ambulancias, de enfermeros y enfermeras que transitaban por Salamanca. Sin embargo, aún no sabía en que bando estaba. Cuando lo quiso preguntar en su casa, nadie le respondió algo claro. Decían cosas como que todos eran hermanos y que las guerras nunca son buenas.

Ya, pero, o estás en un bando o estás en otro.

Tendría que decidirse antes de volver a ver a su padre.

—¡Don John! ¡Don John!— los gritos de Manuel al entrar en la casa se colaron hasta el salón. Casi sin aire, se detuvo unos segundos antes de compartir el motivo de su excitación.

John se quedó mirando al cochero aguardando a que retomara aliento. Maura apartó su labor y dejó caer las gafas, sujetas por un fino collar alrededor del cuello. Francisca, al oír los gritos de su marido, se acercó corriendo desde la cocina, donde preparaba una sopa de arroz.

—¿Te encuentras bien cariño?— se interesó la cocinera apoyando una mano en la espalda de su esposo.

Manuel asintió con la cabeza.

—Franco ha entrado en Madrid. ¡La guerra ha terminado!

Maura comenzó a llorar, el abuelo Martin llevaba más de dos años desaparecido. John se acercó a consolarla.

—Madre, se acabó— murmuró con las manos en la cara

de ella mientras intentaba que levantase la cabeza y le mirara a los ojos— Ahora podremos saber algo más sobre el paradero de papá y los niños volverán a casa.

Por respuesta, Maura bajó y subió lentamente la cabeza. Su cara dibujó un esbozo de sonrisa.

Dos meses más tarde, a primeros de junio, la familia Hayward se reúne de nuevo en la casa de John y Candela junto al Retiro. El reencuentro fue una mezcla de lágrimas y risas, de alegría y de emociones guardadas, de miedos disipados. La alegría al volver a Madrid fue sustituida por angustia y horror al comprobar el aspecto desolador con el que les había recibido la ciudad. Por la cabeza de Candela, de María la niñera, de Bruno, Pepo y Antonia, que no habían abierto la boca desde que entraron en la capital, ensimismados como estaban contemplando la ciudad, pasaban todo tipo de imágenes que les mostraban la suerte que podían haber corrido John y los abuelos.

Tras los primeros días, con los ánimos más calmados, flotaba en el aire el velo de tristeza con que Maura salía cada mañana a recorrer las comisarías y cuarteles. Un par de días a la semana, acompañada de Manuel o de John visitaba los cementerios, en busca de Martín. Las últimas palabras de su marido aún las recordaba como si fuese ayer:

—No te preocupes Maura, estaré de vuelta antes de lo que crees.

Maura había visto todos y cada uno de los libros de desaparecidos durante la guerra. Casi se los sabía de

memoria. Esa mañana, acompañada de John se acercó, una vez más al cementerio de Vallecas. No estaba dispuesta a perder la esperanza.

—Mira hijo— Maura señaló un libro que acababa de dejar un hombre mayor sobre la mesa. Era cómo otros que había ojeado en otras ocasiones, pero más grueso,

—¿Podemos?— preguntó John al hombre.

—¿Eh? Sí, claro, yo sólo soy el sepulturero— afirmó mientras se disponía a abandonar las pequeñas oficinas del cementerio.

—Disculpe ¿puedo hacerle una pregunta?

—Dígame señora— con el sombrero entre las manos esperaba la pregunta de la mujer.

—¿Trabajaba usted aquí en octubre del 36?

—Sí, señora.

—A mi marido se le llevaron el día uno y desde entonces nadie ha sabido decirme nada de él —apuntó con voz temblorosa— Hay muchas fosas comunes en las que no se sabe quién está enterrado dentro.

—Así es. Hemos tenido muchos entierros y poco tiempo para ello, pero yo siempre he apuntado todo lo que hacía — afirmó señalando el libro— Recogía la documentación y objetos personales de los fallecidos...

—Asesinados...— cortó Maura.

—Señora, yo...

—Disculpe, sé que es su trabajo.

—Verá ¿me permite?— pidió extendiendo su mano hacia John, que sostenía el libro. Con un gesto les instó a



que le acompañasen a una habitación contigua.

Durante la siguiente hora estuvieron repasando ese libro y varios más, carnets y expedientes ordenados minuciosamente por el sepulturero. No sólo eso, también era capaz de documentar el lugar dónde se encontraba el cuerpo enterrado del propietario de cada informe que había en sus archivos.

Cuando llevaban revisado más de la mitad del cuarto libro, el hombre mayor pronunció suavemente las palabras que Maura deseaba oír desde hacía mucho tiempo.

Demasiado.

—Martin Hayward...aquí. Lo llevaron al Alto de Extremadura...— murmuró mientras ojeaba unos pequeños papeles que le entregó a la mujer.

—¿A la cheká del Alto de Extremadura?— más que una pregunta de John se trataba de una afirmación. Era el lugar donde eran interrogados los detenidos y juzgados en un procedimiento sumarísimo.

El hombre asintió.

Se puso en pie, con andares cansados se acercó a un armario del que extrajo una caja. Tras sentarse de nuevo, con gesto ceremonioso, levantó la tapa y extrajo unas gafas y un collar.

—Martin...—con los ojos cargados de lágrimas, Maura leía las notas— Sí, es de mi marido...—susurró emocionada al coger los objetos que el sepulturero le entregaba.

—Lo lamento, señora.

—Gracias, no sabe usted lo que significa para mí y mi

familia haber encontrado a mi marido— aseguró con una triste sonrisa trazada en su cara— Gracias, de verdad.

La búsqueda de la abuela Maura había concluido. No sería hasta noviembre cuando pudo trasladar los restos de su marido al cementerio de La Almudena. Martin aún llevaba puesto el jersey que ella le había tejido el invierno anterior a su desaparición, y un pañuelo con sus iniciales en el bolsillo de la chaqueta.

# 4

## Madrid

### 1955

Ese día volví a casa como cualquier otro. Nada había cambiado durante los últimos años. Bueno, algo sí. Parecía que la prensa y la gente se empezaban a olvidar de mí. Me habían puesto un duro apelativo; *Bruno, el asesino*.

Durante los primeros años... ¿Cuántos han pasado ya desde ese día...? tres años, más de mil noches, la mayoría de ellas en vela. La mitad en la cárcel. Para mí es como si hubiesen transcurrido décadas. Acabo de cumplir los treinta pero mi aspecto podría ser el de un hombre con los cincuenta cumplidos.

Como cada día al volver del despacho, Loreto salió a recibirme. Nunca se perdonará que aquella maldita noche fuese su día libre.

—Yo tenía que haber estado en casa, tenía que haber estado...—repetía una y otra vez.

—No digas eso. Hubiese sido más normal que yo me hubiera despertado con el jaleo que debió armarse. Quién sabe lo que hubiese sido de ti si te hubiesen encontrado durmiendo junto a Teresa.

—Pero señor, dijeron que usted fue envenenado o que tomó algo que le dejó inconsciente.

Sí, eso dijeron, pero el fiscal apostó una historia inverosímil; una vez que me deshice de los cuerpos de mi mujer y de mi pequeña, volví a casa y me tomé lo que quiera que fuese para quedarme dormido. No supieron dar una explicación, un motivo que me hubiera llevado a actuar de aquel modo. “Sólo importan los hechos” repetían reiteradamente.

Mi defensa estaba perdida de antemano, sería más justo afirmar que ser el hijo del secretario del Gobernador Civil de Madrid me facilitó las cosas. John, mi padre, fue

contratado unos meses después de finalizar la guerra.

Nuestra guerra.

El despacho de abogados no daba para mucho, y el otro era un trabajo seguro y bien remunerado. Cuando me licencié en Derecho abrí de nuevo el bufete con un éxito mayor del esperado, al menos en sus inicios. Después...

Después todo se torció.

Gracias a mi padre y a sus contactos conseguimos que se revisara el juicio por manifiestas irregularidades en el procedimiento. Conseguí que me declarasen inocente por falta de pruebas. Inocente, yo sabía que lo era, puede que el juez también, sin embargo, el titular de la prensa del día siguiente rezaba lo siguiente: "*Bruno el asesino, en libertad*" debajo, una foto mía mirando a la cámara. Al menos dejaron al margen a mi padre. Me reincorporé al despacho, a pesar de todo los casos empezaron a llegar. Casos de difícil defensa, casos imposibles.

Casos como el mío.

—Buenas noches, señor— la amable voz de Loreto me recibió al abrir la puerta.

—Buenas noches ¿Cómo has pasado el día?— realicé la pregunta de cada noche, sabiendo que la respuesta sería positiva.

Le entregué el abrigo y me encaminé al salón no sin antes recoger el correo que aguardaba en el aparador, bajo un gran espejo que compramos Nora y yo un día en que...

Nora...

Mejor no pensar en ello. Había decidido no volver a beber más, no de esa forma compulsiva, incluso agresiva conmigo mismo. Dejé la chaqueta y la corbata sobre el respaldo de una silla y me desabroché el botón del cuello de la camisa. Con paso distraído me dirigí hacia el mismo lugar de todas las tardes, un comfortable butacón donde me dejé caer con el pequeño paquete de cartas sobre el regazo. Las dos primeras las tiré a la papelera, aún recibía misivas con insultos y amenazas. Lo que más me indignaba era que nadie se había preocupado de buscar a Nora y a nuestra hija Teresa, nadie. Todo se redujo a intentar convencer a quién quisiera escuchar que yo las había matado. Las otras tres cartas, eran facturas.

—Señor, hoy por la mañana el conserje me entregó esta carta— Loreto entraba en el salón con un sobre rectangulado en la mano. Al acercarse pude comprobar que los bordes eran unas líneas azules y rojas.

—Gracias— dije estirando el brazo  
“¿Qué será esto?”

Era un sobre de esos que venían por avión pero sin matasellos. Lo abrí como si temiera hacerle daño. Del interior extraje una pequeña hoja. Nada más leer las pocas líneas que venían en ella mi corazón comenzó a latir desbocado. Sentí como mis dedos comenzaban a humedecerse. La carta escrita a mano parecía reflejar una nerviosa letra de mujer, pronto entendí que iba a iniciarse algo que en los últimos años nadie, ni siquiera yo, le había dedicado un mínimo tiempo: la búsqueda de mi familia. Era la primera pista, por

insignificante que pudiera parecer, que se refería a mi mujer y a mi hija, en presente.

Hoy.

No todo el mundo pensó como yo. Llamé por teléfono a Marcelo, un buen amigo de la policía. Sí, a pesar de todo aún mantenía amigos en la policía, lo único que conseguí fue que me invitara a abandonar la búsqueda.

—Déjalo estar, Bruno —me aconsejó el inspector— Será cosa de algún gracioso que quiere jugar contigo.

Quizá Marcelo llevara razón. ¿Por qué alguien después de tres largos años me iba a enviar una carta así? No tengo respuesta para ello, de la misma forma que tampoco tengo ninguna otra motivación en la vida. Si se trata de un gracioso, le encontraré, pero si el remitente es alguien que sabe lo que pasó con mi mujer y mi hija no me puedo permitir el lujo de dejarlo pasar. No, por pequeña que sea la pista, la quiero seguir.

Me lleve dónde me lleve.

Leer la carta provocó en mí un estado de ansiedad que me dificultaba la respiración. Cuando por fin logré serenarme, volví a comenzar de nuevo. Sí, no había duda, la persona que había escrito estas líneas había estado o estaba cerca de Nora. ¿Estaría viva? Ojalá...

Mis ojos volvieron al primer renglón.

Otra vez.

*"Donde estamos no llegan noticias, pero nos han dicho por lo que usted ha pasado. Nora está viva, su hija también,*

*pero no pueden volver. No la dejarían, si lo intenta, Teresa lo pagará, seguro. No hable con nadie de esta carta. Quiere que la perdone. Cuando ella pueda escri...”*

¿Qué la perdone? ¿A Nora? ¿Qué tengo que perdonarla?

Terminaba bruscamente, como si alguien o quizá la persona que la fuese a entregar se la hubiera quitado de las manos, con prisas. El papel estaba arrugado y sucio, muy sucio. En la parte superior dos pequeñas muescas, muy próximas una a la otra, como si hubiera sido arrancado de unas anillas. Varios círculos de grasa transparentaban la hoja, no así el sobre, limpio, como recién comprado.

Sería difícil describir mis sensaciones en ese momento. Felicidad, rabia, dolor, tristeza, pena. Cada vez que releía la carta pasaba por cada uno de esos estados.

¿Por dónde empezar?

¿Por dónde...?

Un ruido agudo como un repicar de campanas me despertó. Abrí los ojos todo lo que daban de sí, debí quedarme dormido unos minutos. Quieto, con los brazos estirados a lo largo de los reposabrazos de la butaca, intentaba, no sin esfuerzo, ralentizar mi ritmo respiratorio. Tardé unos segundos en reconocer el lugar y la procedencia de ese sonido. Se trataba del timbre de la puerta. Los pasos de Loreto y su sombra reflejada en los cristales esmerilados de la doble puerta del salón, así me lo confirmaron.

La voz de mi hermana Antonia llegó hasta mis oídos. Tres o cuatro días por semana se dejaba caer por casa, para



comprobar de primera mano que cenaba bien. Se había convertido en toda una mujer, muy atractiva, como nuestra madre, Candela. Tanto, que cuando las veían juntas la gente las tomaba por hermanas. Está embarazada. Esperó a casarse hasta que me pusieron en libertad. Decía que no tenía cuerpo para pensar en bodas al ver lo que yo estaba sufriendo. A veces creo que lo pasó casi peor que yo.

Hace un par meses celebramos su licenciatura en Medicina. Sólo unas pocas mujeres, valientes como ella, se licenciaron este año con Antonia. Aún nos reímos cuando recordamos cómo durante años su empeño no era ser médico normal, como ella decía, sino médico de heridos, como los que conoció en Salamanca.

Médico de heridos...

A veces pienso que soy su primer paciente.

—¡Bruno!— exclamó nada más abrir la puerta del salón. Es como un torbellino alegre por dónde quiera que vaya.

—Antonia...— musité poniéndome en pie.

Tras dejar su abrigo sobre el respaldo del sofá se acercó sonriente, como siempre, a estamparme dos sonoros besos y darme un abrazo.

—¿Pero qué te ha pasado?— me miraba de arriba a abajo.

“¿Qué me ha pasado?”

Seguí su mirada. No tenía más que bajar mi barbilla y comprobar cómo se había formado una marca de sudor en el pecho que se deslizaba casi hasta el ombligo. Puso sus manos

en mis hombros mientras me escrutaba con ojos preocupados.

Yo buscaba algo que responder, algo rápido, algo coherente. Al fin separé los labios y lo que de ellos salió fue la misma conclusión a la que llegué cuando, de repente, abrí los ojos unos minutos antes.

—Debí quedarme dormido.

—Me ha dicho Loreto que hace poco más de una hora que llegaste—apuntó mientras ambos tomábamos asiento de nuevo. Yo en mi butacón, ella a mi derecha, en la esquina de un amplió sofá.

“¿Una hora?”

Tenía la sensación de haber estado muy lejos de allí. De despertar de un profundo sueño, tan profundo que dudaba si aún continuaba envuelto en él.

—Has tenido una pesadilla, seguro. ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien— respondí nada convencido.

Algo daba vueltas en mi cabeza...

Eso era... ¡La carta!

Señalé el sucio papel de color indefinido sobre la mesa. Antonia siguió la indicación de mi dedo índice.

Me quedé observándola mientras sus ojos recorrían cada renglón, cada letra. Hizo lo mismo que yo, al terminar volvió al principio, pero antes de leer de nuevo me miró. Con su mano sobre mi rodilla leyó la carta al menos dos veces más. Al concluir llevó sus manos a la cara y comenzó a llorar. Dejé que se desahogara. Sabía que lloraba por Nora, por

Teresa, por nuestros padres, por ella, y lloraba por mí.

Por mi inocencia y la de todos nosotros.

—¡Están vivas!— exclamó con la voz entrecortada—  
¡Bruno, ahora sabrán que lo que decías era la verdad!—  
Pero... ¿Qué quiere decir con que la perdones?

En mi cara se formó una mueca extraña, apenas una media sonrisa. Sí, sé que no las he matado, pero la gente cree lo que quiere creer y una carta como esta no variará su forma de pensar. Así lo comprobé al llamar a Marcelo.

—No lo sé. Sólo se trata de una carta, Antonia. Para nosotros confirma mi versión de lo sucedido aquella noche, pero dudo que sirva de algo más ¿Si es alguna broma macabra de esos que me envían amenazas?

—Sí es así, lo olvidamos, pero hasta que llegue ese momento, al menos yo me lo tomaré como una pista ¿Y si están vivas, Bruno? ¡Por Dios! ¡¿Si están vivas?!

Sonreí. Esta es mi hermana.

—Pienso como tú, quería asegurarme de que no me había vuelto loco. Gracias.

Esta vez sí que mi boca dibujó mi mejor sonrisa.

Antonia se acomodó en el amplio sofá. Tan amplio que a veces a algunas personas les quedan las piernas colgando si se colocan pegadas junto al respaldo. Fui yo el que lo probé antes de comprarlo, mido en torno al uno ochenta y cinco, más alto que la media. Algo en lo que caí cuando ya estaba el sofá instalado en casa. Nora encargó bastantes cojines de diferentes tamaños para que todo el mundo se pudiera sentir cómodo.

Mi hermana es más alta de lo normal en las mujeres. Ella dice que no, pero estoy convencido de que sigue creciendo. Desde aquellos años de adolescencia, justo al volver de Salamanca, cuando di un importante estirón, y ella aún tardó unos años en dar el suyo, juraría que no ha parado de crecer. Debe rondar el metro setenta.

Con un par de cojines en la espalda se acomodó, apoyada sobre el reposabrazos.

—Bruno, sé que habrás dado vueltas y vueltas a esta carta— posó su mirada en el blanco sobre que la contenía— pero, entonces ¿Dónde nos deja esto?

No le faltaba la razón. En la última hora la había releído en varias ocasiones pero me quedé dormido. Soñando. Poco a poco imágenes sueltas se formaban en mi cabeza. Me veía atado sin poder hacer nada mientras unas figuras sin rostro golpeaban primero y se llevaban, después, a Nora y Teresa. Yo sólo podía gritar y gritar.

—¿Bruno?— con un chasquido de sus dedos mi hermana me devolvió al presente de nuevo— ¿Qué piensas? dime.

Me puse de pie lentamente. Pasé las manos por mi cabeza con los dedos entre el pelo. Antes de responder me acerqué a la puerta del salón y pedí a Loreto un par de vasos y una jarra de agua. De vuelta hacia el butacón miré a mi hermana. Esperaba ansiosa mi respuesta. Como hermano cuatro años mayor siempre me vio como alguien coherente, seguro y con soluciones a cada pregunta que se le ocurriera por complicada que ésta pudiera parecer.

Nada más lejos de la realidad.

—No sé bien cómo responderte. Nos deja más o menos donde estábamos antes de recibirla. Durante estos años sabes que casi no he luchado, me he dejado llevar— expuse con la mirada perdida en algún punto de la alfombra— Sé que no les hice nada, pero...

—Siempre te hemos creído.

—Sí, sí, lo sé. Me refiero a que durante el año y medio que estuve en prisión no dejaba de darle vueltas al argumento del fiscal.

—¡No digas eso ni en broma!— Antonia tiró con rabia de la manga de mi camisa hacia ella— Tú no les hiciste nada ¿Por qué dices eso?

El picaporte del salón nos avisó de la llegada de nuestra jarra de agua. Más tarde le dejaré la carta a Loreto. En mi ausencia siguió durmiendo en casa y cuidando de ella. Turnaba este trabajo con ayudas puntuales a mis padres. Cuando dejó los vasos y abandonó el salón continué:

—Al no encontrar ninguna explicación, en la cárcel empecé a leer acerca de la amnesia, olvidos concretos, doble personalidad. Ese tipo de cosas, ya sabes— di un largo trago antes de continuar— ¿Y si las maté, me deshice de sus cuerpos y a continuación, sin acordarme de nada, avisé a la policía?

Mi hermana me miraba con los ojos como platos, la boca a medio abrir. Puso su mano sobre mi antebrazo.

—Si has llegado a pensar eso, entiendo que lo has pasado mucho peor de lo que me imaginaba, Bruno.

Intentabas buscar una explicación que nadie te ha dado, por dura que fuera —me miraba con ternura— Pero sabes que es absurdo, es una tontería. ¿Has olvidado la revisión del juicio, cuando el forense dijo que todo parecía un montaje?

—Sí, lo sé, pero el fiscal...

—¡El fiscal era un impresentable! —exclamó furiosa— El forense dijo que la sangre de las paredes y del suelo no había sido producida por ninguna salpicadura, sino que la habían arrojado intencionadamente. ¿Lo recuerdas?

Llené de nuevo el vaso.

—Claro que lo recuerdo, pero aún así me dejaron en libertad por...

—¡Porque era un montaje Bruno, un puñetero montaje!

—...falta de pruebas —apuré otro largo trago— Esta carta, de ser verdad, elimina mis dudas ¿entiendes?

—Me alegro entonces. No quiero que tu cabeza pierda el tiempo pensando tonterías —señaló sonriente.

—Quedan un par de preguntas que hacernos, Antonia ¿Quién? y ¿Por qué? Averiguando las respuestas llegaremos hasta donde estén Nora y Teresa.

—Lo descubriremos, hermanito.

El agradable aroma de una sopa de cocido junto con ruidos de platos llegó hasta nosotros. Loreto se preparaba para entrar y poner la mesa para mi cena.

Antonia se puso en pie.

—Debo irme, si no Jesús sospechará que estoy con otro —dijo sonriente antes de fundirse en un largo abrazo

conmigo— ¿Sabes? esa carta ha sido la mejor noticia de los últimos años, pero no se lo digas a mi marido— concluyó contenta.

La acompañé hasta la puerta en silencio. Mi cabeza seguía dando vueltas a la carta.

—No tiene fecha —solté.

Antonia me miró como si no entendiera a qué me refería.

—La carta. No tiene fecha.

—No me había fijado— noté un atisbo de preocupación en su voz— Por cierto ¿Se lo has comentado a papá y a mamá?

—No, aún no.

Mi hermana se marchó tras despedirse de Loreto y de mí. De vuelta al salón iba pensando en ese detalle en el que no había caído antes, la fecha. Podía haber sido escrita en cualquier momento y en cualquier lugar. No llevaba dirección, ni matasellos, ni ningún dato que me pudiera aportar alguna pista.

Nada. Sólo un papel grasiento y un sobre blanco y limpio.

Demasiado limpio.

Después de cenar, antes de que se llevara los platos, le enseñé a Loreto la carta que ella me había traído. Lo primero que mostró fue una lógica extrañeza por compartir con ella un correo de índole privado. Cogió el papel despacio, como si temiera romperlo. Mientras leía llevó una mano a la boca. Le

dejé que se tomara su tiempo, volví a mi butacón y me encendí un pitillo.

—¿La señora y la pequeña están vivas?— preguntó con voz entrecortada al devolverme la hoja— ¿Verdad?

—Sé lo mismo que tú, Loreto. Lo que pone ahí. Mañana bajaré a la conserjería y hablaré con Aparicio, no quiero hacerlo ahora, es tarde, y que el sobre se convierta en la comidilla de los vecinos. Quiero que seamos discretos.

—Por supuesto— dijo con los ojos cargados mientras sacaba un pañuelo— Perdone, señor, no puedo ni imaginarme lo mal que lo han pasado usted y su familia, pero yo...

—No me vuelvas a decir que tenías que haber estado esa noche en casa ¿eh? —apunté con intención de quitarle dramatismo al asunto.

—No, ya sé qué no me deja que diga eso...— intentó trazar una sonrisa mientras recogía los platos, era incapaz de estarse de brazos caídos—...yo...daría lo que fuera por verlas entrar por la puerta. Cuente conmigo para lo que sea, para lo que sea— repitió saliendo del salón con la bandeja de la cena en las manos.

La siguiente hora la dediqué a dejar que mi cabeza fuera asimilando el impacto que la carta había tenido en mí. Hasta este momento no había pensado en mi entorno. A ellos también les había afectado, y mucho, todo lo que ocurrió desde aquella noche hasta el día de hoy, pasando por mi puesta en libertad y el seguimiento que hizo un sector de la prensa de lo acontecido. A parte de mi mujer y de mi hija,



hubo alguien que sufrió lo indecible, tanto a nivel afectivo como profesional.

Recuerdo con tristeza aquella conversación.

—Me llegan noticias referentes a los casos que tratas en el despacho. La mayoría de ellos se refieren a clientes que son acusados de traidores al régimen— me dijo una tarde mi padre en los primeros años de mi carrera profesional.

No lo dijo con un tono acusador, ni siquiera molesto, sino preocupado por las circunstancias del momento y las posibles consecuencias que pudiera acarrear a la familia si al despacho le colgaban el San Benito de amigo de los rojos. O de los republicanos, o cualquier etiqueta que dificultara nuestro día a día, o más aún, que se la colgaran a mi padre. Como secretario del Gobernador Civil de Madrid no podía permitirse este tipo de rumores.

—¿Por qué dices eso?— pregunté con extrañeza, cierto que algunos de los clientes eran acusados de cargos importantes, pero para eso estamos los abogados. Al menos eso me enseñó él— Sólo hago mi trabajo, papá.

—Lo sé, Bruno, lo sé. Pero te pido discreción y que distribuyas esos casos entre nuestros amigos.

—¿Te ha supuesto algún problema con el gobernador? No quisiera que...

—No, no, en absoluto. Tu defensa en favor del sepulturero, que tan acertadamente trabajó durante la guerra, así como todo lo documentado en cada enterramiento, fue muy valorado por el gobernador— señaló mi padre con la mano en el picaporte a punto de abandonar

mi despacho— Recuerda que gracias a esa documentación pudo localizar a su hermano.

A pesar de las palabras de mi padre sé que el apodo de *El Asesino* le afectó mucho más a él y a mi madre que a mí. Con los ojos cerrados, sentado en mi cómodo butacón y con un whisky en la mano, al que apenas le había dado dos pequeños tragos, permití que mi cabeza me fuera llevando de un lado a otro. De Nora a Lenita, que fue la persona que me presentó a mi mujer hace ya una eternidad. A Pepo, que no se ha separado de mí desde el primer momento. No pude evitar una sonrisa al ver su imagen en mi cabeza. Gracias a él, y a mi padre, el despacho continuó abierto y funcionando. Algunos fines de semana los dedica, desde hace un par años, a una de sus pasiones favoritas cómo es la de ser corresponsal deportivo. Ha intervenido en varias retransmisiones en la radio, y escrito crónicas para diferentes diarios.

Sin saber muy bien por qué mi mente hace una parada en una persona para la que debo ser lo más cercano al demonio: mi suegra, Sonia. Se volvió a casar un par de años antes de...

...de aquel día.

Su reacción cuando se enteró de lo sucedido fue sorprendente. No porque destilara odio en su mirada, en cada gesto, en cada palabra que saliera de su boca sino porque nunca quiso saber mi versión de los hechos. Jamás habló directamente conmigo, aprovechaba cualquier

momento del juicio para insultarme y golpearme si me ponía a tiro de sus puños. Incluso las dos veces que se acercó a la prisión para hablar conmigo sólo fue para desahogarse. La primera de ellas, la escuché en silencio. Podía entender su frustración. La segunda, en cuanto vi que su intención era continuar con los gritos e insultos, me levanté dejándola con la palabra en la boca.

Lo extraño de nuestra relación es que, tal y como veo las cosas, me comporté muy bien con Sonia. Varios de esos clientes a los que mi padre se refería eran enviados por ella o venían en su nombre. Apenas perdí dos casos, que ya estaban perdidos antes de comenzar cada juicio. Fueron muchas las tardes en las que Sonia, con el pretexto de hacerme otro retrato, y Nora, me venían a recoger al despacho y se quedaban un rato esperando a que terminase, dibujando. Había que reconocer que la fama que le precedía desde Salamanca estaba bien ganada, hacía unos retratos extraordinarios. Por mi parte sé que yo no tenía secretos con mi esposa y como pude comprobar ella tampoco los tenía con su madre. Con amargura recuerdo que ese era uno de nuestros motivos preferidos de discusión. Esta era la imagen que mi mente mantenía en mi cabeza. Los tres en mi despacho del bufete. Sonia dibujando, mientras tomábamos una copa. Escena que se repitió muchas veces.

Demasiadas.

A la mañana siguiente bajé a primera hora a la conserjería, quería hablar con Aparicio antes de que

comenzase su jornada. Le esperé sentado en las escaleras desde donde podía divisar la puerta de su casa. Mi plan de hoy consistía en hablar con mis padres y con Pepo para que me dieran su versión desde fuera. Saber si veían absurdo o no tomar la carta en consideración. Antonia ya me había dado su apoyo incondicional.

Consulté mi reloj. Pasaban unos minutos de las siete de la mañana. Me estaba sucediendo algo que durante la noche no había conseguido que ocurriera; quedarme dormido. Mi mente releía una y otra vez cada renglón de la carta. Una mezcla de alegría y de temor, de felicidad y de nerviosismo incontrolado me impidió dormir durante toda la noche. Quería gritar a los cuatro vientos que mi mujer y mi hija estaban vivas. ¡Sí, vivas! ¿Pero dónde?

“Algo se mueve. Creo que soy yo. ¿Quién me empuja?”

—Señor. Don Bruno ¿Se encuentra bien?

Abrí los ojos de repente y agarré la mano que sentía sobre mi hombro, esperándome encontrar en la sala de interrogatorios.

—No, ya les he dicho que no sé...

—Señor...

En lugar de los policías que se iban turnando según la hora del día o de la noche, me encontré con Aparicio.

—Sí, sí, perdóneme. Le esperaba, quería...—me levanté despacio, muy despacio, mi brazo izquierdo y mi hombro estaban completamente dormidos. Sentía la cara entumecida. Miré el reloj. Las siete y media.

—¿Ha ocurrido algo, señor?— el conserje me

observaba con preocupación.

No recordaba haberle visto así. Siempre iba con el pelo pegado, imagino que con la laca de su mujer. No le queda mucho, por ello hace auténticos esfuerzos en conseguir dividir su cráneo en dos. Delante, una frente despejada. Detrás del mechón de pelo, de no más de cinco dedos de ancho, un amplio cogote reluciente. Sin embargo, hoy aún no se había peinado, y llevaba lo que en unos minutos sería una fina capa de pelo bien fijada al cuero cabelludo totalmente revuelta, que le caía sobre la oreja derecha. No pude impedir que mi vista se detuviera en su pelo más tiempo del que hubiese deseado.

—No, no, Aparicio. Lamento haberle asustado— dije desviando la mirada de su cabeza sin lograr evitar que se diera cuenta de mi indiscreción y se afanara en colocar, sin éxito alguno, el largo mechón en el sitio que a su juicio, debería ocupar.

—Disculpe— manifestó algo ruborizado dándose suaves palmadas en la cabeza.

—No se preocupe. A mi también se me cae— repuse por decir algo.

Si había algo que me sobraba era precisamente pelo, pero no supe salir del paso de otra manera. Los dos nos encontrábamos de pie, desde su posición, a la altura de mi barbilla, no le facilitaba la visión de mi cabeza quizá por eso se limitó a elevar una ceja.

—Si lo dice el señor.

—Le entretengo un minuto. Verá, ayer Loreto me

entregó una carta que usted...

—Sí, sí, me acuerdo perfectamente. Fue después de la siesta, justo antes de volver a abrir el portal. Un chico me dijo que se la entregase a usted, mejor dicho, primero me preguntó si usted vivía aún en la finca...

—Aún...—musité para mí.

—El chico no era de por aquí, de eso estoy seguro— continuó olvidado ya por completo de su mechón de pelo, que había vuelto a su posición inicial colgando junto a la oreja.

—¿Le dio algún dato o hizo algún comentario que nos pueda dar una pista de...?

Hablar con Aparicio no es tarea sencilla pero siempre se me olvidaba. En cuanto cree adivinar como continuará una frase, la termina él y si se trata de una pregunta no permite que se la plantee al completo.

—¡Claro, don Bruno! ¿Por quién me ha tomado?— preguntó mientras se subía los pantalones justo por debajo de su oronda tripa— ¿Quién te ha dado esto chaval? Le dije serio al chiquillo, pero no supo responderme nada. Insistía que le habían dado unos céntimos por entregar el sobre.

—Si vuelve a ver al chiquillo intente averiguar algo más, si es posible.

Tras insistir que lo dejase todo en sus manos, que se encargaría de localizar al muchacho y me informaría de lo que hubiese averiguado, me despedí de él.

Me hubiera gustado ir directamente al

despacho de mi padre, pero no había vuelto por ahí desde que salí de prisión y no me parecía buena idea. Opté por ir al bufete, desde allí le llamaría y de paso podría hablar con Pepo.

Pepo, para los amigos. Don José María, para los demás.

Fui dando un paseo. Madrid amaneció con un cielo totalmente despejado, aunque durante la noche había helado. La acera estaba peligrosa y muchos de los coches parados con sus dueños en el interior intentando arrancarlos. No serían más de las ocho y media cuando entré en el despacho. Mi abrigo lo dejé en el perchero. El suelo de madera crujía bajo mis pies. A través del cristal central de la puerta del despacho de Pepo, vi una luz que me confirmaba que mi viejo amigo estaría sentado tras su mesa.

La luz y el olor a café.

Golpeé la puerta un par de veces con los nudillos y entré. Efectivamente, ahí estaba. No se encontraba solo. Frente a él, la primera chica que nos robó el corazón a los dos y con quién se casó años más tarde; Lenita. Se había convertido en lo que ya apuntaba en el colegio, una mujer de extraordinaria belleza, diferente, con ese pelo rojizo oscuro, su cara pecosa y esos ojos tan verdes. Hoy iba vestida de chica de la Cruz Roja. Era voluntaria, como su madre y la mía lo fueron en Salamanca, el uniforme le quedaba como un guante. No era una actividad diaria, sino de un par de días a la semana y cuando hubiese alguna urgencia también podían contar con ella. El resto de la semana, lo dedicaba a su casa y a cuidar de los dos pequeños.

—¡Bruno!— Lenita vino hacia mí como si hiciese años que no nos viéramos.

Me abrazó y recibí dos sonoros besos de la mujer de mi amigo. Si hay algo que pudiese destacar de esta entrañable pareja, es su compenetración. Pepo aporta cordura, razonamiento, medida y, Lenita, bueno, Lenita todo lo contrario, ánimo, locura, felicidad y sobre todo empuje, mucho empuje.

—No traes buena cara, Bruno. ¿No has dormido bien?  
— quiso saber, mientras analizaba mi rostro— ¿Café?

—Sí, sí gracias, lo necesito.

Tomé asiento frente a ella al otro lado de la mesa de mi amigo, crucé las piernas y busqué en el bolsillo interior de la chaqueta la carta que recibí la tarde anterior. La saqué y sin decir nada extraje el pequeño y sucio papel. Lo extendí sobre mi pierna. Al levantar la vista comprobé como cada lento movimiento mío estaba siendo observado por dos pares de ojos.

—¿Te sucede algo, amigo mío?— preguntó Pepo mientras se incorporaba en su butaca con los codos sobre la mesa— Pareces preocupado.

Dejé el papel sobre la mesa para que cualquiera de los dos lo leyera primero. Entre nosotros no había preferencias, éramos un grupo de amigos. De muy buenos amigos. Con Antonia y Jesús, seis.

“¿Seis?”

Hace tiempo que la suma daba cinco. En ocasiones yo no permitía que el grupo lo formase más de uno, yo. Era la



única forma de compadecerme y poder beber a gusto. Pero esto se había acabado. Si necesitaba una motivación para salir adelante, del todo, ésta podía ser ese papelito que esperaba sobre la mesa a cualquiera de mis dos amigos.

Estaba claro quién de ellos iba a ser el más rápido.

Lenita se hizo con papel en cuanto dejó mi café sobre la mesa.

—¡Dios mío...Bruno!— soltó al dar una primera lectura a la carta.

Me miró con la boca medio abierta y volvió a leer. Al terminar le acercó el papel a Pepo que esperaba ansioso algún comentario. Lenita se sentó en el borde de su silla, puso sus manos en mi cara y me besó varias veces. Luego se abrazó a mí juntando su cuerpo contra el mío. Sentí en ella pequeños y cortos espasmos. Lenita lloraba en mi hombro. Sólo unas pocas lágrimas durante unos pocos segundos, al término de los cuales se separó.

—Perdóname— dijo sorbiendo la nariz— no he podido evitarlo. Sé que no son precisamente mis lágrimas lo que necesitas en estos momentos. Pero pensar que Nora y Teresita pueden estar vivas...

Dedicamos media mañana a hablar de lo que podía significar la carta y de si nos daba alguna pista para empezar a actuar. Mi amigo es un buen investigador, así lo había demostrado en varios de los casos en los que hemos intervenido. Aunque, como dice siempre, tiene una espina clavada. No haber podido averiguar el paradero de mi mujer

y de mi hija. Quizá por eso noté un leve brillo en sus ojos cuando dio por terminada la lectura del sucio papel.

Podría sacarse esa espina.

Sería más exacto afirmar que podríamos sacarnos esa espina, los dos. Al menos en parte, sé que será imposible extraerla del todo y así olvidar.

No, no voy a olvidar.

Ni quiero.

Lenita se marchó al Hospital de la Princesa una hora después de mi llegada, más tarde iría a atender un comedor público. Nosotros, era justo reconocer que andábamos muy despistados. La irritación de Pepo fue aumentando por momentos.

—¡Me cago en el comisario de las narices! ¡Cómo esta carta sea verdad y encontremos a tú mujer y a tú hija, no voy a parar hasta meterlo entre rejas!—exclamó furioso mientras daba vueltas con su particular andar, por el despacho.

El sonido de unos suaves golpes en la puerta le hizo calmarse.

—¿Se puede?

Ambos nos giramos. Ahí estaba mi padre al que habíamos llamado unos minutos antes reclamando su presencia.

—Claro, John, estás en tu casa— señaló Pepo acercándose a él y estrechando su mano.

Me puse de pie. Nos miramos durante unos instantes

mientras se acercaba. Nos dimos un fuerte y largo abrazo.

—Bruno, sé lo que esto significa para ti, y para todos los que te queremos —dijo con una ligera sonrisa y con sus manos sobre mis hombros— Creo que deberíamos tomárnoslo con cautela ¿No te parece?

Nos sentamos en torno a una pequeña mesa en el lado opuesto del escritorio de Pepo. La opción de contar con la policía quedó descartada en el momento en que les conté mi conversación con Marcelo el inspector, y su consejo.

—¿Has hablado con la familia de Nora?— se interesó mi padre.

—Desde el juicio no he vuelto a verles. Excepto las dos visitas, por llamarlas de alguna manera, que mi suegra me hizo a la cárcel no he sabido nada de ellos.

“Ni falta que hace”

Mi padre permaneció en silencio unos instantes con la mirada fija en el suelo. Conociéndole, sabía que estaba dando vueltas a algo que rondaba en su cabeza. Algo que antes de compartirlo lo analizaba en parte, después, lo sometía a discusión.

—Di lo que tengas que decir.

—Verás, Bruno. Pepo y yo hemos hablado largo y tendido acerca de tu suegra y de tu mujer— miró a mi amigo mientras cambiaba su postura en la butaca— nos resultó extraña su actitud desde el primer momento y...

—En alguna ocasión lo hemos comentado los tres. ¿Qué pasa con ellas?

La pregunta era un tanto absurda por mi parte. Nunca

me sentí atraído por Sonia, mi suegra. Había algo en su mirada que me llevaba a recelar de ella y de Nino, su último marido. Se casaron casi un par de años antes de que sucediese todo. No me transmitía confianza, ninguna. Pero he de reconocer que no había hecho nada que justificara mi aprensión. Excepto aquellas largas y repetidas visitas a mi despacho. Era cuestión de instinto. Yo sabía que ella era consciente de ese recelo y mi mujer también, sin embargo, Sonia jamás sacó el tema, ni hizo nada, ni comentó nada que sirviera como argumento a mi desconfianza.

Hasta esa maldita noche.

A partir de ahí el cambio fue brutal.

—Sabes que a Nora le tengo un cariño especial. Me pregunto si esa constante preocupación por casos complicados no tendrá que ver...

—Lo que tu padre quiere decir es que, —intervino Pepo — quizá Nora, sin que ella sea consciente de que su madre...

Estuvieron intercambiando frases obsesionados por no hacerme daño, por no herir mis más que delicados y maltrechos sentimientos en esos instantes de mi vida. Pero yo...

Yo estaba lejos de allí.

Muy lejos...

—¡Nos veremos pronto! ¡Muy pronto!— Lenita se abrazaba a Pepo y a Bruno llenándoles de besos antes de la despedida.

Manuel esperaba con el coche frente a la casa de los abuelos Lorenzo y Rafaela. Candela aguardaba ansiosa por reunirse con John en Madrid. La guerra había terminado y con ella la estancia en Salamanca de los Hayward.

La despedida de Nora fue más fría. Era como si ambos supiesen que no se volverían a ver. Que sus vidas se dividían sin saber si en algún otro momento se encontrarían de nuevo. Bruno se había sentido muy atraído por ella, casi desde el primer día cuando Lenita hizo las presentaciones. Sin embargo, cuando el momento de la despedida se acercaba, la actitud de Nora cambió, se volvió más distante.

Igual que su madre.

Cierto que su padre falleció unos meses antes del fin de la guerra, no se trataba de su primer padre, su madre se había vuelto a casar. Pero en lugar de alejarles fue como si les uniese un poco más. Bruno se convirtió en el punto de apoyo de Nora, hasta que hubo fecha de vuelta a Madrid.

“¿Se pueden tener dos papás?” se preguntaba Bruno.

Unos meses más tarde Lenita visitó a Pepo acompañada de su madre, Josefina. Después pasaron un par de años sin verse, pero nunca dejaron de escribirse. Bruno y Nora también se escribían pero la frecuencia era mucho menor. Eso le parecía a él, cada vez su chica tardaba más tiempo en responder a sus cartas. Lo primero que le pasaba por la cabeza era que se había olvidado de él o quizá le gustara otro chico del cole o del parque.

“O vete tú a saber”

Un día normal, como otro cualquiera, llamaron a la

puerta de la casa de John y Candela. Francisca fue a abrir como de costumbre. Bruno y Pepo se encontraban en su habitación pasando el tiempo.

—¿Se puede?— una voz muy familiar les hizo girarse lo más rápido que pudieron. Ahí estaban Lenita, y Nora, sonrientes. Sus madres aguardaban en el salón.

—¿Lo sabías?— casi fue un susurro lo que Bruno emitió al dirigirse a su amigo, situado detrás de él no podía evitar sonreír.

Más tarde se dio cuenta que había sido el único que desconocía la llegada de las dos familias, y su intención de instalarse en Madrid. Hasta Antonia, que asomaba la cabeza tras la puerta aguantándose una risa nerviosa al observar la reacción su hermano, parecía estar al tanto de todo.

Pepo y Bruno comenzaban el segundo curso de Derecho en unos días. Volver a sentir por Nora lo que experimentó en Salamanca le llevó un tiempo, no mucho. El suficiente para volver a recuperar la confianza en sí mismo, y por qué no decirlo, en ella también. En Nora había algo que a Bruno le hacía olvidarse de todas las dudas y las decepciones sufridas mientras estuvieron separados. Desde esa primera Navidad que pasaron todos juntos, cuando regresaron a Madrid, no se volvieron a separar, hasta...

Hasta aquella fatídica noche.

—Bruno...hijo— la voz de mi padre me invitó a regresar a la realidad. Últimamente tengo una enorme tendencia a abstraerme en cualquier situación y dejar que mi

mente me lleve por donde ella quiera.

—Sí, perdona. Yo...recordaba.

Antes de continuar, Pepo y mi padre intercambiaron miradas y unos leves movimientos de cabeza. Parecía como si fuesen a compartir conmigo algo que no habían hecho hasta este momento.

No me equivocaba.

—Verás, hijo— dio un corto trago a su café y continuó — Sonia, tu suegra, me hizo una visita durante el juicio. No fue nada agradable por cierto. Llegó acompañada de Nino.

Me esforcé en no perder detalle de lo que iba a contarme, le imité dando otro trago a mi taza de café.

—Estaba histérica, no paraba de dar gritos. Me amenazó con denunciarme si utilizaba mis influencias para sacarte de la cárcel

—Sé que gracias a ellas hubo una revisión del caso— convine mientras me encendía un pitillo.

—Sí, sí, pero eso fue más adelante. Ellos vinieron antes de que tu juicio quedase visto para sentencia.

—No es difícil imaginar que vaya a quejarse al padre de la persona que ella cree que ha asesinado a su hija y su nieta. Creo que es comprensible.

—Parte de sus gritos eran debidos a lo que apuntas. Sin embargo, su visita era para exigir la aplicación de la pena de muerte en casos como el tuyo. Puesto que soy el secretario del Gobernador Civil de Madrid, pensó que estaba en mi mano conseguir una sentencia en ese sentido. ¡La pena de muerte!— exclamó levantando los brazos.

Miré a mi padre, luego a Pepo, de nuevo a mi padre. Movía la cabeza lentamente, como negando, sin respirar apenas durante unos segundos.

“¿Pena de muerte?”

No me podía esperar algo así. Cierto que no congeniamos pero hemos compartido muchas horas en mi despacho y en mi casa. Muchas más de las que yo hubiese deseado. Al menos tanto contacto le debía haber dado una pista sobre mi carácter.

—Pero si fueron a verte antes de la sentencia —expuse a trompicones— todavía estaba en curso mi defensa...

Me callé.

Acababa de entender lo que mi padre y Pepo estaban intentando decirme. A veces hago como Aparicio, mi ansiedad no me permite esperar a que terminen de exponer sus argumentos. Como abogado no tengo perdón al caer en este tipo de interrupciones.

—Estaba convencida de mi culpabilidad— deduje asombrado e incrédulo.

—No sólo eso, amigo mío. Añadiría, si me lo permites, que *esperaba* que fueras culpable. Era como si *necesitara* tu culpabilidad. Desde el mismo día de tu detención ya te veía culpable— Pepo se había levantado para abrir una ventana. El humo de los cigarros comenzaba a hacer irrespirable el ambiente.

No sabía qué añadir. No me esperaba que mi suegra desease mi muerte sin aguardar a las conclusiones del juicio y ni siquiera se plantease la posibilidad de mi inocencia.



—Hijo, si recuerdas, hemos tenido varias conversaciones, cercanas a la discusión me atrevería a decir, sobre algunos casos que se han llevado desde este despacho siguiendo los deseos de tu mujer.

—Sí, lo sé.

—Sonia defendía a Nora diciendo que su actitud era típica de los pájaros que hay en la cabeza de la juventud. Era normal la ayuda a los necesitados, no culpabilizarles sin más.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Entonces por qué esa insistencia, solicitando tu ejecución a gritos en el despacho del Gobernador para que todo el mundo lo oyera?— intervino Pepo visiblemente molesto.

Mi padre y Sonia tienen prácticamente la misma edad, en torno a los 55 años. Uno trabaja en el Movimiento, la otra parece una defensora a ultranza del Caudillo y sin embargo, en ocasiones defiende ferozmente lo contrario.

—Por eso te comenté hace un rato que podía ser interesante enseñar la carta a Sonia y comprobar su reacción — propuso mi padre apagando su pitillo en el cenicero.

Eso hicimos.

No fue sencillo organizar el encuentro. Los primeros intentos de contactar con mi suegra resultaron infructuosos. Nadie contestaba al teléfono ni por la mañana, ni a medio día, ni por la noche. Mi padre pasó un par de veces por su casa con el mismo resultado. Nos comenzábamos a preguntar si le había sucedido algo. Un día Josefina decidió enviar a Lenita en su nombre. Esta vez sí que hubo suerte.

Sonia y Nino asistirían a la merienda organizada por Josefina. La única condición era que yo no estuviese en ella. No asistí, pero no estaba lejos, aguardaba en otra habitación de la casa con Antonia y Jesús.

Les enseñaron la carta.

¿Un error? No lo sé. Pero fue el desencadenante de todo.

El final.

**Nora Vardiola**  
**1926-1952**

# 5

## Madrid

1952

La cena había resultado exquisita. Junto con Loreto, Nora había preparado un poco de ropa vieja con los restos del cocido del domingo. Bruno se iba a chupar los dedos, más aún cuando ese día había supuesto un sin fin de reuniones sin poder salir a tomar un bocado. Así se lo hizo saber cuando le avisó que le sería imposible ir a comer.

Loreto se había tomado la tarde libre, no regresaría hasta el día siguiente antes de la cena. Su hermano llegaba del pueblo a pasar unos días para vender la matanza, como cada año. Se reunirían en una pensión junto a la Puerta del Sol. De haber sabido lo que iba a suceder unas horas después, hubiese cambiado ese día libre por cualquier otro del año. O por todos.

De haberlo sabido...

Cuando llegó al día siguiente por la tarde, le recibió un espectáculo siniestro. La policía le había obligado a entrar en las diferentes estancias revueltas, cubiertas de sangre. Un sudor frío le recorría el cuerpo al imaginar lo que podía haber sucedido durante su ausencia. A pesar de mantener su boca abierta y la palma de una mano sobre ella, era incapaz de articular palabra.

—¿Nos puede explicar lo que ha sucedido aquí?— quiso saber el inspector Rebollo.

Loreto recorría con la mirada el suelo del salón procurando no pisar ningún rastro de sangre, no era tarea fácil. Con los ojos abiertos todo lo que le daban de sí, buscaba una explicación en la cara del inspector que caminaba junto a ella y que repetía constantemente la misma pregunta:

—¿Así que no sabe nada de lo sucedido?

“¿Pero cómo iba a saberlo si acabo de llegar?”

—¿Nada que comentar?— insistía Rebollo.

—¿Los señores? y... ¿la pequeña?— logró decir al fin con un hilo de voz, temiendo la respuesta.

Aquella noche, Bruno había llegado del trabajo cansado de tanta reunión, pero contento. El cambio que había experimentado Nora desde que nació Teresa, le hacía sentirse mucho mejor. Las interminables reuniones con su suegra eran cosa del pasado, al menos en lo que al fondo de las mismas se refería. A las dos últimas había asistido su nuevo marido, Nino, hombre de pocas palabras y gesto hosco.

La madre de Nora y su padrastro se habían marchado un par de horas antes. Se presentaron sin avisar, tal y como hacían últimamente desde que Nora decidió que debía poner espacio entre Sonia y Bruno. Ambos tenían intereses opuestos y ella, bueno Nora, no era la que en su día fue. Aquella asustadiza chica cuando su madre se dirigía a ella, había dado paso a una mujer segura de sí misma, a pesar de que Sonia insistiera en que era tarde para ello.

Demasiado tarde.

Quizá llevara razón, pero tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para que la vida le diera otra oportunidad. Nadie, ni su madre, ni Nino con sus amenazas, lo iban a impedir.

Estaba equivocada. Muy equivocada.

Tras acostar a la pequeña de tres años, Nora y Bruno abrieron la botella de vino que Sonia y Nino habían llevado a casa.

—¿Y esto?— se interesó Bruno con media sonrisa dibujada en su rostro, mientras inspeccionaba la botella—

Magnífico vino.

—Hace tiempo que no tenemos un rato para nosotros. He pensando que te gustaría tomar un vino conmigo— apuntó con esa cara de inocente que a Bruno le provocaba un gran sonrisa.

—¿Loreto?

—Aprovechando que venía su hermano se ha tomado la tarde libre y no volverá hasta mañana a primera hora ¿Te puedes creer?— exclamó fingiendo enfado.

—¡Qué le vamos a hacer! Tendremos que cenar tú y yo solos. Sí, señora, un vino extraordinario— convino tras dar un sorbo lento a la copa.

Terminó su frase a escasos centímetros de la boca de Nora, que abrió levemente sus labios esperando el beso.

Después de la cena, Bruno se sentó en su butacón con una copa de vino que dejó sobre una pequeña mesa y un pitillo en la mano.

—Tengo algo que decirte amor mío— la voz de Nora llegaba feliz desde la cocina.

Al regresar de nuevo al salón cambió su sonrisa por una leve mueca de fastidio. Aunque no pudo impedir que de su boca partiese una suave risita al ver a Bruno, cuan largo era, con las piernas estiradas todo lo que daban de sí, la cabeza hacia atrás. Dormido.

Profundamente dormido.

Mucho más de lo que Nora podía sospechar.

Se sentó en el sofá, colocó unos cuantos cojines en la espalda y cogió la mano de Bruno. Sentía como sus ojos le

pesaban más y más. Antes de dormirse aún tuvo fuerzas para mirar a su marido y musitar las palabras que eran el motivo de la celebración y que el cansancio de Bruno no les había permitido llevar a cabo:

—Cariño, estoy embarazada— murmuró las palabras más con la cabeza que a través de su boca, de la que partió un suave sonido sin significado alguno instantes antes de caer profundamente dormida.

Cuando abrió los ojos pudo ver a través de su pelo, que le cubría la frente, a varias personas que iban y venían de un lado a otro.

“¿Estoy soñando?”

Intentó moverse, pero los músculos no le respondían.

“Sí, debo estar soñando”

Abrió de nuevo los ojos y buscó a Bruno con la mirada. No estaba en su butacón, siguió buscando...

“¡Está en el suelo!”

Nora intentó de nuevo levantarse, con el mismo resultado.

—¡Mamá! ¡Mamá!— los gritos de Teresa parecieron espabilarla e intentó incorporarse torpemente.

—¡Hija!— su voz apenas un susurro.

Una mano sobre su hombro tiró de ella hacia atrás.

Otra persona se acercó y le inyectó una aguja en el brazo.

Antes de caer profundamente dormida, Nora pudo vislumbrar un rostro a su derecha.



—Mamá...

—Te lo advertí, hija. Te lo advertí.

# 6

## Madrid-Moscú

1926-1929

—¡Es una niña!— exclamó la comadrona.

Su grito no reflejaba alegría sino contrariedad. Sabía que su hermano, padre de la criatura, esperaba la venida de un varón.

La puerta del pequeño cuarto se cerró de golpe. Ramón la había dejado unos minutos antes entornada en cuanto los gritos de Sonia y los ánimos de su hermana le avisaron de una pronta llegada de su hijo. Estaba orgulloso y satisfecho del nacimiento. Llevaba meses pensando en su educación y en todo lo que harían juntos.

—¡Es una niña!

—¡Joder!— musitó para sí.

Con un par de zancadas llegó hasta la comadrona para comprobar personalmente como sus sueños se desvanecían.

Miró a su mujer. Y no la vio.

En su lugar se encontraba una chica de pelo castaño, despeinada y sudorosa que le miraba con gesto de súplica, como pidiendo perdón por haberle dado un niño. Ramón dio media vuelta, con un fuerte portazo al salir quiso dejar bien claro, por si alguien tenía alguna duda, lo decepcionado que se sentía.

La revolución necesitaba de hombres.

Hombres duros, valientes y sacrificados.

Con su hija en brazos Sonia lloraba por su torpeza. La culpa era suya, de eso no tenía ninguna duda, aunque desconocía que podía haber hecho para dar a luz un niño y no a esta...esta niña. En pocas semanas partirían hacia Moscú. Su idea era empaparse del espíritu de la revolución Rusa y del asalto al poder de Lenin. El triunfo del Ejército Rojo en la Guerra Civil que asolaba Rusia sobre el llamado Ejército Blanco, apoyado por partidarios del zar y con el apoyo de potencias extranjeras, eliminó cualquier duda que pudiese existir en la cabeza de Ramón acerca de lo acertado de sus convicciones revolucionarias. El último empujón para decidir atravesar Europa con destino a Rusia, se lo proporcionó el ascenso a la jefatura del partido de Stalin.

Iósif Stalin.

Modelo a seguir por aquellos que creían en una igualdad de clases en la que todos tenían derecho a todo. El país para los trabajadores y acabar con el reinado de los burgueses eran las consignas de Ramón que habían calado profundamente en Sonia. Lo importante era el fin buscado, los medios eran necesarios para llegar a él.

Lo que Stalin era para Ramón, éste lo era para su mujer.

Una niña...

¡Necesitaban un niño!

Sonia miraba a su hija pegada a su pecho, que por fin había dejado de llorar. Sus ojos apretados, tanto o más que sus pequeños puños y tapada como estaba, provocó en ella como un destello. Una idea se fue formando en su mente. Nora, como así se llamaría la recién nacida, iba a ser un vivo ejemplo, como su madre, de lo que las mujeres pueden hacer por la revolución. Demostrarían que son igual de capaces o más que los hombres en cualquier cosa que se propusiesen. La idea de tener una hija revolucionaria le cambió las lágrimas por una sonrisa.

Estaba decidida.

El paso siguiente sería convencer a su marido de su visión. Porque eso es lo que era; una visión, de eso estaba segura. Puede que ahora le costase a Ramón aceptar como posible la idea de una mujer revolucionaria, a pesar de que la historia estaba repleta de ellas, pero confiaba en que poco a poco fuera haciendo suya su visión.

Si no...

Ella había aprendido que la Revolución estaba por encima de todas las cosas. Incluso de ellos mismos. Así se lo recordaba Ramón cada vez que se reunían con otros camaradas, como hacían habitualmente los últimos años. Todos son prescindibles, excepto los auténticos líderes, como Stalin.

Si no...

Sonia seguiría adelante, junto con Nora. ¿Ramón? Él era una persona muy importante en su vida, el que le había enseñado todo lo que sabía, su motivación.

Hasta ahora.

Tal y como estaba previsto, partieron de Madrid rumbo a Moscú unas semanas después del nacimiento de Nora. Varias fueron las ocasiones en la que Sonia intentó mantener una conversación con su marido acerca de las ideas que tenía para la hija de ambos. Pretendió, como así se había propuesto, que Ramón hiciera suya su visión, quizá de esta manera si se apropiaba de la idea, todo sería mucho más fácil.

Pero no hubo manera.

Desde el mismo instante en que se acercó junto a ella para comprobar por sus propios ojos si el sexo del bebé que acaban de tener era de una niña no volvió a hablar con ella dos palabras seguidas. Ni con Sonia y menos aún con la pequeña Nora que le dedicaba todo tipo de ruidos y sonrisas tan claras para ella y tan incomprensibles para su padre.

Un día no pudo más. Se encontraban en Berlín

esperando a que se pusiera en marcha el tren que les llevaría hasta Moscú. Viajaban con varios camaradas, junto con todos sus ahorros, para aprender como aplicar en España las ideas de Stalin. Los hombres en sus departamentos, organizando los pasos a seguir una vez alcanzado su destino. Las mujeres atendiendo a los niños. Sonia las miraba una a una desde su asiento junto a la puerta. Eran mujeres orgullosas de sus maridos, les seguirían allá donde fueran, daba igual Moscú, la Revolución o lo que fuese.

No, Sonia no se consideraba una mujer como aquellas. Ya no.

Se levantó y abrió la puerta.

—¿Dónde vas? Estamos a punto de salir— se interesó una de su compañeras de viaje.

—Ahora vengo.

Recorrió los pocos metros que le separaban del departamento donde se encontraba su marido. Atisbó tras el sucio cristal y le buscó con la mirada. Al encontrarle, Ramón desvió la suya atendiendo a sus compañeros. Sonia abrió la puerta. Una espesa humareda pugnaba por salir del reducido espacio. Parte de ella se coló por su boca justo en el momento en el que se disponía a hablar y comenzó a toser. Las voces de los hombres cesaron. El repentino silencio dio paso a incontroladas risas en cuanto Ramón soltó la primera carcajada mirando a su mujer agarrada a la puerta, tosiendo.

—Ramón, tengo que hablar contigo— logró decir entre espasmo y espasmo.

—¿No ves que estoy ocupado con los camaradas?

Déjanos trabajar.

—Será un momento— insistió.

—Ahora no.

Sonia se armó de valor para lo que iba a decir.

—Como quieras— respiró hondo, con los ojos fijos en los de su marido soltó de corrido todo lo que se había callado hasta ese momento— Ramón, quiero que sepas que nuestra hija va a ser capaz de hacer cualquier cosa que un revolucionario pueda hacer.. ¡Como su madre! ¡No sois mejores que nosotras!—gritó todo lo que sus ahumados pulmones daban de sí.

El pequeño compartimento se quedó en silencio. Todos la miraban asombrados por lo que acababan de oír. Jamás habían escuchado unas palabras como esas.

Ramón se puso en pie, enfurecido. Ella no podía hablarle así delante de sus amigos.

“¿Qué se habrá creído? Si al menos me hubiese dado un niño, pero no...”

—Dime el nombre de una mujer que esté junto a Stalin ¡De una sola!— bramó fuera de sí con el dedo índice levantado.

Sus camaradas miraban a la pareja sin atreverse a abrir la boca, hasta que Ramón comenzó lentamente a reírse. Poco a poco se fueron uniendo los que le acompañaban. Aunque no todos. Uno permanecía en silencio.

—¿A ti qué te pasa?— Ramón miraba al que no se había unido a las risas, mientras tomaba asiento de nuevo.

—Tu mujer lleva razón. Ellas son iguales a nosotros.

Así lo dice aquello por lo que luchamos ¿recuerdas? Igualdad, sin embargo, actuáis como si ellas os tuvieran que servir.

Ramón se removió incómodo en su asiento.

—Yo sólo he dicho que no hay ninguna mujer revolucionaria junto a Stalin, no que ellas...

—¿De verdad crees que todo lo que se ha montado en Rusia ha sido únicamente cosa de hombres?

—¡A la guerra van los soldados, los que realmente han luchado por la Revolución!— gritó un camarada puño en alto.

El hombre ladeó la cara.

—El consuelo que me queda es que confío en que en Moscú os abran los ojos, si es que aún estáis a tiempo— concluyó mientras se sumergía de nuevo en su libro.

Aprovechando los segundos de silencio que siguieron a la conclusión del camarada, Sonia le agradeció con un leve gesto su apoyo y miró a su marido. Lo que vio en sus ojos no le gustó nada. Pero no se iba a echar atrás. Seguiría con su plan. Cerró la puerta del compartimento y se asomó al pasillo. Pudo ver algunas compañeras de pie y varias cabezas asomadas a lo largo del vagón, que la observaban en silencio. Avanzó por el pasillo, pensativa. Al llegar a su departamento tomó asiento. Allí se encontró con un panorama similar; más silencio. Pero en esta ocasión la expresión de los rostros que la miraban era diferente de la que observó en los hombres. Muy diferente. Ojos desmesuradamente abiertos, bocas a medio cerrar intentando dibujar una sonrisa de asombro.



De admiración.

En cuanto se acomodó y cerró la puerta corredera del departamento, el silencio fue sustituido por aplausos y gritos de alegría, de ánimo. Unos segundos después varias mujeres, al cruzar por el pasillo, daban pequeños golpes en el cristal de la puerta y la sonreían.

Los ojos de Sonia iban de una a otra, apenas una mueca de agradecimiento logró dibujar en su cansada cara. Tomó a la pequeña Nora en brazos y la apretó contra su pecho.

—Has hablado muy bien— señaló una mujer que debería ser la mayor del grupo y la más voluminosa, sin duda, sentada junto a la ventana.

Entre ella y Sonia se sentaban los hijos de ambas. Nora, en su pequeña cuna, cuando no se encontraba en brazos de su madre, y Ángel, de no más de dos años. No había sitio para nadie más.

—No he dicho nada que no lo pudierais haber pensado cualquiera de vosotras.

—Eso es, Sonia— la oronda mujer volvió la cabeza hacia ella— Nosotras lo hemos pensado, pero tú has tenido los cojones de soltárselo a la cara.

De nuevo una salva de aplausos y felicitaciones, de menor duración que la primera. Algo que agradeció, Sonia. No había sido su intención representar a nadie y menos aún que la tomaran como ejemplo a seguir. Pero bien mirado en eso se basa una revolución ¿O no?

Poco a poco el ambiente se fue calmando.

Unos golpes en el cristal de la puerta la despertaron. Había aprovechado que la pequeña Nora decidió dormir un rato y no dudó en imitarla. Levantó la vista y vio a Ramón haciéndole un gesto con la mano para que saliera. Dejó a la niña en los pechos de su compañera de asiento. Sonia no pudo evitar sonreír al ver como Nora se hundía entre ellos como si estuviese en un mullido colchón de plumas.

Ramón iba delante, pasillo arriba. Sonia le seguía a unos metros de distancia. Desde el nacimiento de la hija de ambos, el distanciamiento entre ellos se había hecho evidente. Nora le había proporcionado una fortaleza y una seguridad en sí misma que a la propia Sonia le sorprendía. Su compañera de asiento, Amparo, llevaba razón. Unas semanas antes ni se hubiera atrevido a afirmar algo así a su marido, y menos aún delante de sus amigos. ¿Debió haberse callado?

Alguien cree que debió hacerlo.

—¿Te has vuelto loca?— musitó Ramón al pararse entre dos vagones.

Apretaba la mandíbula, tanto, que parecería que los dientes le iban a estallar en cualquier momento

—¿Qué pretendías, desgraciada?— echó el puño hacia atrás amenazando con estrellarlo en la cara de su mujer.

—Ni se te ocurra ponerme la mano encima— soltó con la mirada fija en su marido y los labios apretados escupiendo

cada palabra.

Ramón se la quedó mirando estupefacto. Esa no era la Sonia a la que había deslumbrado con su labia e ideales. No, no era la Sonia que le seguía a todas partes sin que él tuviera que pedírselo, sin necesidad de estar pendiente de ella.

No podía retroceder y menos aún delante de una mujer.

De *su* mujer.

—Que sea la última vez que me discutes cualquier cosa delante de los camaradas ¿Te queda claro?—miró con escaso disimulo a su izquierda.

Ramón había visto a algunos de sus compañeros aproximarse por el pasillo. No le podían oír, pero el dedo índice en dirección a Sonia, sí que lo vieron. De momento era suficiente, le valía con que supieran que le había puesto los puntos sobre las íes a su mujer.

Ella había captado la escena. No le interesaba enfrentarse a su marido. No ahora. En Moscú se alojarían en casa de unos tíos del padre de Ramón y no era buena idea hacerle ver con tanta claridad que había perdido esa aureola que a ella le había impactado cuando le conoció. El nacimiento de Nora le hizo comprender que su relación no se basaba en el amor. Él, estaba casado con la Revolución y amaba a Rusia, quería un hijo varón, y ella no se lo había dado. Lo demás...

Lo demás carecía de importancia.

Como ella y como Nora.

El viaje hasta Moscú fue largo, muy largo.

Unas horas después de la conversación con su marido, si a esas pocas palabras se las podía catalogar así, el tren se detuvo. No fue una parada prevista. Las enormes bielas que impulsaban la locomotora dejaron de funcionar. Primero, al perder velocidad el tren parecía ir a empujones. Después, como si resbalase sobre la vía, hasta que se detuvo. La situación podía haber sido aún mucho peor si todo hubiese sucedido en otro punto más alejado de la siguiente estación. Les separaban unos tres kilómetros del núcleo de vida más próximo. Viendo que se acercaba la noche y la reparación se hacía esperar, decidieron recorrer andando la distancia que les separaba. Al menos pasarían la noche entre mantas y café.

El frío era el principal enemigo de los más pequeños, sobre todo de aquellos, que como Nora, apenas contaban con un mes de vida. El invierno aún no había hecho acto de presencia con toda su fuerza, la temperatura no superaba los seis grados y aún les quedaba un largo trecho por caminar. Ramón cogió las pertenencias de su familia, una maleta y una bolsa que se colgó al hombro. Sonia envolvió a Nora en una manta y no se separó de ella en toda la noche. No hubiese podido hacer otra cosa, la pequeña había llegado a este mundo con un hambre atroz. Cada vez que abría los ojitos era para agarrarse al pecho de su madre.

La noche fue complicada. Tuvieron que repartirse entre las oficinas de la estación, un almacén situado unos pocos

metros detrás y en los vagones de un tren estacionado en una vía de servicio. Al menos pudieron tomar, por turnos, café y una cena ligera. Según pasaban las horas el frío se fue haciendo más intenso. Los que estaban en los vagones los abandonaron unas horas antes del amanecer. Sospechaban, no sin razón, que en la nave y en las oficinas no haría tanto frío. Les habían prometido activar el sistema de calefacción bajo los asientos en cada vagón pero con el paso de las horas éste no llegaba y la temperatura no hacía sino descender.

El alarido fue ensordecedor.

Las familias que abandonaban el tren en busca de algo de calor frenaron en seco su carrera alertados por la intensidad de un grito de mujer que provenía del interior del último vagón. La puerta que permanecía cerrada se fue abriendo poco a poco. Durante unos minutos nadie se movió tan pendientes como estaban de que alguien asomara por la puerta recién abierta.

Los gritos continuaban, cada vez más fuertes. Gritos y lamentos. Dos hombres se separaron de sus familias y se encaminaron hacia el vagón. Cuando se encontraban a unos pocos metros de distancia, vieron descender a un individuo con un bulto entre sus brazos. Junto a él y a cada lado una señora mayor y otra más joven con sus manos sobre el bulto sin dejar de gritar y llorar. Detrás les seguían tres niños, ninguno de los cuales superaría los catorce años.

Los chillidos se oyeron desde el almacén donde se encontraba Sonia con su familia y camaradas. Asomados a la

ventana contemplaban en silencio como un grupo de personas se echaban a un lado formando un pasillo, para dejar pasar a otro pequeño grupo.

Cuando estaban a punto de llegar al almacén, abrieron las puertas. En primer lugar entró el hombre, seguido de las mujeres y sus lamentos. Dejó el bulto sobre una mesa y lo destapó. Se hizo el silencio.

Un profundo silencio.

La carita de un niño que acababa de cumplir su primer año de vida asomaba entre la manta. Los ojos cerrados, los pequeños puños apretados como si guardase en ellos su mejor secreto y temiera que se lo fuese a arrebatarse. Durante el viaje comenzó a tener fiebre, un médico que había entre los pasajeros y que pedía paso a gritos al reconocer a la familia, le atendió durante el trayecto. De su boca no salieron palabras de esperanza para los padres. El doctor sabía que en esas condiciones su vida peligraba.

Así fue.

Con lo que no contaban en ese lugar era con que la vida del jefe de estación podía estar también en peligro, pero por otros motivos bien distintos. Se oyó una voz que afirmaba convencido que el niño había muerto de frío al no haber sido activado el sistema de calor de los vagones y varios hombres salieron hacia las oficinas para lincharle. No le mataron, pero unos cuantos puñetazos y patadas sí que le dieron. No le valió asegurar que él no tomaba las decisiones allí, que obedecía órdenes, que era un simple trabajador, que...

Las órdenes de la compañía eran bien claras, no se iba a mal gastar dinero en calentar los vagones para que unos cuantos extranjeros no pasaran frío durante unas pocas horas.

—Como siempre, el trabajador oprimido— señaló Ramón visiblemente disgustado.

—Y apaleado— intervino el compañero que le había dado la razón a Sonia unas horas antes en el tren— ¿O no es un trabajador ese pobre hombre?— dijo haciendo un leve gesto con la cabeza en dirección a un pequeño cuarto donde el jefe de estación estaba siendo curado de sus heridas.

Por respuesta Ramón emitió un ininteligible sonido y se alejó del grupo.

Al fin, a la mañana siguiente, cercano ya el mediodía, el tren hacía su entrada en el andén donde le esperaban sus cansados pasajeros. En un par de días llegarían a su destino. A Sonia le daba la sensación que durante el viaje, habían permanecido más tiempo detenidos en estaciones o por cambios de locomotora que en marcha. Se le estaba haciendo eterno y deseaba llegar cuanto antes.

—¡Una hora! ¡Sólo una hora!— exclamó Ramón, feliz al anochecer del día siguiente abriendo la puerta del compartimento de las mujeres.

Hacía varias horas que el tren atravesaba núcleos urbanos. Sabían que se encontraban en Rusia. La emoción al recibir la noticia fue dejando paso a la desesperación al comprobar que cada vez que se detenían, y fueron varias las

veces desde que entraron en Rusia, no se trataba del fin del largo trayecto a Moscú. Aún faltaba una parada más, y otra.

Hasta que al fin llegaron.

Nadie les esperaba en el andén. Los familiares de Ramón sabían de su llegada pero no la fecha concreta. Ayudados por unos camaradas que chapurreaban el ruso, lograron llegar hasta la dirección que tenían apuntada. Resultó ser un bloque de pisos, de muchos pisos, separados por pasillos angostos y techos bajos. No fue precisamente alegría lo que Sonia y su familia pudieron percibir en cuanto la puerta del apartamento de los familiares de Ramón se abrió.

Una mujer en torno a los cincuenta y siete años les escrutaba con cara de desconfianza. Detrás, sentados en un sofá junto a la pared, un hombre, algunos años mayor que la mujer, y otra pareja más joven, no les perdían de vista. Poco a poco fueron apareciendo niños, hasta cuatro, que rodearon a la abuela sin dejar de observar a los misteriosos visitantes. Uno de los pequeños pareció aprovechar que la puerta se abría para escaparse y entrar en el apartamento de enfrente en el preciso momento en que una mujer asomaba la cabeza.

—¿Sergio?— preguntó Ramón ladeando el cuerpo para poder dirigirse al tío de su padre, que no se había movido del sofá.

El abuelo se levantó sin prisa. La mujer se giró en dirección a su marido, al que obsequió con unas inteligibles frases al término de las cuales soltó el picaporte perdiéndose



por el pasillo, camino de su dormitorio. El hombre asentía a cada frase que ella le decía. Mantuvo la mirada en la espalda de su mujer mientras ésta se alejaba con un esbozo de sonrisa reflejada en su rostro. Antes de dirigirse a los recién llegados sacudió varias veces la cabeza.

—Aquí soy Sergey, te lo debía haber advertido tu padre — aclaró mientras estrechaba la mano de Ramón.

—Perdona, en casa eres el tío Sergio, el que...

—Ya, ya, el que se fue a Rusia detrás de una preciosa joven a la nadie conocía, el loco— cortó la frase del marido de Sonia.

Giró la cabeza en dirección al lugar por el que había desaparecido su mujer unos segundos antes, mientras se rascaba de nuevo la cabeza. Permaneció unos momentos así, como si pensara lo que acababa de decir.

“El loco. Quizá lleven razón”

—Pasad— se echó a un lado con el brazo extendido hacia el interior.

Los dos jóvenes que permanecían sentados en el sofá se incorporaron. Dos de los niños se unieron a sus padres, excepto Misha, el pequeño de cuatro años, que agarrado a la pierna del abuelo observaba curioso, con la barbilla levantada, a los recién llegados.

—Esta es mi hija Tanya y él es su marido, Dima. Es como otro hijo para mí.

Sergey continuó con las presentaciones. Les tocó el turno a sus nietos. Anna, la mayor de seis años, Yuri, el mediano de cinco y por último el que no se despegaba de su

lado y escondía la cabeza entre sus piernas, Misha. Unos minutos después apareció Masha, la abuela.

—Masha es como María en español— aclaró el abuelo Sergey— Disculpada, está preocupada por no poder daros una estancia como nos gustaría.

—Tengo intención de trabajar cuanto antes— intervino Ramón— contamos con algunos ahorros.

—Yo también—a firmó Sonia.

Todos se la quedaron mirando. Las clases de español del abuelo les servían para entender, más que para hablar el idioma.

—En cuanto encuentre a alguien que se pueda quedar con Nora me pondré a trabajar.

La firme convicción de buscar un trabajo que la abuela Masha vio en la joven pareja de españoles suavizó sus rasgos, incluso se permitió dedicarles una sonrisa. Habían despejado la habitación de los niños para ellos. Si trabajaban los dos, no tardarían mucho en buscarse un sitio donde vivir, mientras tanto serían dos más las pagas que entrarían en casa.

Mejor para todos.

Rusia estaba saliendo de la terrible hambruna en la que se vio inmersa como consecuencia de la Guerra Civil. En los últimos cinco años la calidad de vida de la población estaba mejorando. Aquellos trabajadores que contasen con una cualificación y experiencia concreta podían ver facilitada su inserción laboral.

Ramón era uno de ellos.

A la mañana siguiente salió junto a Dima rumbo a la empresa donde éste trabajaba. No le llevó mucho tiempo convencer al encargado de que su experiencia en todo tipo de motores podía ser muy bien aprovechada en la fábrica. Era capaz de montar y desmontar cualquiera de ellos, no sólo eso sino que contaba con conocimientos para construir nuevos tipos de motores, más pequeños que los que allí utilizaban. A las pocas semanas de entrar a trabajar pidió dos ayudantes. Uno, Dima. El otro Miguelón, marido de la que fue compañera de viaje de Sonia en el tren, Amparo.

La idea de Ramón no había cambiado ni un ápice. Por un lado se esforzaba en aprender cómo se hacían las cosas y cómo se miraba por el pueblo y por otro, su interés se centraba en aprender el idioma ruso cuanto antes. Para ello contaba con Dima el día entero, excepto las horas que dedicaba a dormir. Nada más le importaba. Bueno, sí, le propuso a Sonia tener un hijo, ruso. A su mujer le llamó poderosamente la atención como se le había iluminado la cara al decir *hijo ruso*.

No de ellos, sino *ruso*.

—No, no voy a tener más hijos, Ramón. Casi no hace ni tres meses que nació Nora y no tengo la más mínima intención de pasar por lo mismo— aseguró mientras cambiaba a la pequeña, que no paraba de mover sus brazos y sus piernas.

—Imagina lo que sería para nosotros tener un *hijo ruso*, Sonia. ¡Imagínalo por un momento!— Ramón de pie,

con los brazos extendidos y una sonrisa en la cara que su mujer no recordaba haber visto antes, expresaba eufórico lo que podía significar ese hijo.

—Para ti, Ramón. Para ti.

—¿Cómo dices?

—Lo que significaría para ti. Para mí sería mi hijo como lo es Nora—mientras hablaba, Sonia no paraba de moverse de un lado a otro— ¿Y si es niña qué? ¡¿Eh?! ¡¿Vas a hacer lo mismo que con ella, ignorarla?!

—¡Yo quiero un hijo!— bramó dando un paso en dirección a su mujer.

—¡Vete a la mierda!

El tema volvió a salir un par de veces más. Ramón cambió la táctica del yo quiero un hijo por la de un hijo nos ayudaría a los dos. La pregunta de Sonia era siempre la misma y ponía fin a la conversación.

—¿Si es niña?

Las semanas y los meses fueron pasando. Sonia y su familia se mudaron a un par de puertas de distancia. El plan de la abuela Masha había salido a la perfección. Su nieto tenía un sueldo superior desde que trabajaba a las órdenes de Ramón, que en menos de un año iba a asumir responsabilidades con las que no contaba. Asistía a cada reunión de la gerencia con el objetivo de exponer su punto de vista para que aumentara la producción y mejorase la calidad de los motores.

El impulso final para el cambio de vivienda no fue la

mejora experimentada por Ramón en sus condiciones laborales. Sonia llevaba ya dos meses trabajando en el Partido Comunista. Su dominio del español y el francés junto con el gran avance experimentado en el ruso, le había valido un puesto en el departamento de extranjería. Aún quedaban partidarios del ejército blanco, pro zaristas y enemigos de la revolución. Stalin iba a luchar contra ellos y necesitaba traducir documentos, expedientes. Sonia era buena en ello.

Muy buena.

La vida iba a cambiar, no sólo para los rusos, sino también para Sonia y Ramón. Las reformas de Stalin generaron de nuevo la hambruna entre campesinos de algunas regiones. La política de represión emprendida contra los llamados enemigos del pueblo, o espías del imperialismo, creó un estado de tensión entre los ciudadanos. Las acusaciones y peleas en las fábricas eran constantes. Ser enviado a un campo de trabajo, detenido o acusado de enemigo político comenzaba a ser habitual.

La empresa de Ramón no iba a ser menos.

El grupo que controlaba la producción de la fábrica, los contratos de los trabajadores y se encargaba de las materias primas y la venta de los motores terminados, fue perdiendo fuerza hasta casi desaparecer con la llegada de Ramón. Los primeros meses parecía que asumían su nuevo rol en la empresa, no obstante la producción había mejorado. Sin embargo, a finales de 1928, en plena represión, las cosas iban a dar un vuelco definitivo. Se estaba creando enemigos muy a su pesar. Su único delito era ocupar un puesto de

trabajo que había sido de otro y ser más eficaz.

Una noche al salir del trabajo un grupo le cerró el paso.

—¿A qué has venido tú aquí?— quiso saber un antiguo encargado de la empresa.

La oscuridad era casi total en la calle y el frío intenso. Ramón observó las miradas de los que le acompañaban. No le gustó nada lo que vio en ellas.

No le faltaba razón.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que eres un amigo de los que están en contra de la Revolución— soltó las palabras a pocos centímetros de su cara, para lo que tuvo que agacharse un poco.

—Desde que tú has venido han detenido a doce camaradas— intervino otro compañero señalándole con el dedo.

—Yo no he tenido nada que ver.

—¿No será que tu mujercita hace de chivata?

Del trabajo partió con Dima, pero se había adelantado, era el cumpleaños del pequeño Misha y quería darle una sorpresa. Por su parte, Miguelón permanecía en cama debido a unas altas fiebres. El grupo que ahora le increpaba había esperado a que él y Dima se separaran. A su primo le conocían desde hacía años. Nada tenían en su contra, si acaso envidia por el puesto que ocupaba en la actualidad con mayor responsabilidad que cualquiera de los del grupo que allí se encontraban. La discusión fue aumentando de tono así como el número de reproches e insultos que le llegaban por

todos los lados.

A Ramón le vino el primer puñetazo por su izquierda, de abajo a arriba, directo a la barbilla. Le pilló desprevenido, no esperaba que el golpe partiese del individuo que aún no había dicho una sola palabra. El siguiente, cuando se levantó, en la boca del estómago, le hizo retorcerse.

No tenía nada contra esa gente, al menos nada personal, pero tendría que defenderse si quería salir de allí.

Consiguió incorporarse lentamente. El puño que venía hacia su cara logró esquivarlo, balanceó su cuerpo hacia atrás y con el impulso impactó el suyo en el rostro de su agresor. El siguiente, y el siguiente y el otro, no pudo esquivarlos. Poco a poco fue poniendo rodilla en tierra hasta caer hecho un ovillo en el suelo con las piernas recogidas y apretadas contra el pecho, la cabeza escondida entre sus brazos para protegerse de las continuas patadas que le propinaban.

Aunque no fuese creyente estaba convencido de que sólo un milagro le sacaría de allí, en caso contrario lo matarían a golpes.

De repente dejaron de golpearle. Movié un brazo y pudo ver el motivo del repentino silencio. Un coche de policía se había parado a no más de diez metros de donde se encontraban.

“Al menos les detendrán”

No se atrevía a moverse. Tampoco hubiera podido, tal era el dolor que sentía en cada centímetro de su cuerpo. Siguió con la mirada las indicaciones que un agente de

policía daba desde el coche, en dirección al grupo. Dos de estos se acercaron. Tras intercambiar unas palabras mientras gesticulaban en dirección a Ramón, se fueron.

“¿Se van?”

“¿Se están riendo?”

Los dos individuos agitaron los brazos llamando la atención de sus camaradas. Segundos después el grupo se perdía en la oscuridad de la noche.

La policía...

Bueno, la policía le dedicó unas sonrisas al grupo cuando se cruzó con ellos y unas fuertes carcajadas en dirección hacia el lugar donde se encontraba Ramón. No, no se equivocaba. Se estaban riendo.

“¿Este era el milagro que esperaba?”

Al menos las patadas habían cesado.

“¿Por qué?”

Las cosas iban mejor para los empleados desde que él llegó, la empresa incrementaba sus números ostensiblemente.

“¿Entonces?”

Quizá había ascendido mucho en poco tiempo sin conocer primero lo que sucedía en su entorno, sin haber hecho antes los contactos necesarios.

“¿Para qué? Si la igualdad de clases es para todos...”

—¿Sabes dónde está Ramón, Dima?— Sonia se había acercado al apartamento de la familia de su marido.



—¿No ha llegado aún a casa?

—¿Qué sucede?— la voz del abuelo se dejó oír de fondo unos segundos antes de aparecer junto a su yerno.

—Es Ramón, no ha llegado y es tarde...—Sonia no podía esconder su nerviosismo.

Sergey y Dima cruzaron unas miradas que a Sonia no le gustaron.

—¿Qué...?

Dejaron con Tanya a la pequeña Nora. Cuando se quedaba dormida no había nada que le despertase. En casos como este resultaba una bendición su facilidad para conciliar el sueño.

La noche era fría, muy fría. Una fina capa de nieve cubría las calles. Sonia, Dima y el abuelo salieron bien abrigados. El plan era recorrer en sentido inverso el camino que Ramón debería haber realizado desde la fábrica hasta su casa. No había apenas gente, no sólo debido al intenso frío sino a la escasa o nula seguridad que se podía encontrar a esas horas por la calle. No es que de día hubiese mucha más, pero al menos entre policías y soldados el ambiente era algo más seguro.

Pero era de noche.

Noche cerrada.

Sergey llevaba entre sus ropas un viejo fusil del ejército y Dima un tubo de acero. Juntos, atentos a cada esquina, a cada callejuela, aguantando la respiración cuando se cruzaban con alguien, continuaron con el recorrido previsto, con Dima delante. Era el que conocía de primera

mano la ruta habitual.

Avanzaban en silencio, hasta que un ruido llamó la atención de Sergey.

—¿Qué miras viejo?— la voz pastosa de un individuo les sobresaltó.

Escondido entre las sombras a la entrada de un estrecho callejón, permanecía al acecho de una posible víctima. No estaba solo. El objetivo, sencillo, hacerse con el dinero necesario para seguir bebiendo.

Sergey no abrió la boca, siguió andando. Con un gesto indicó a Dima y a Sonia que le imitaran. No llevaban ni tres metros recorridos cuando el otro hombre intervino.

—Mi amigo te ha hecho una pregunta, viejo— dijo sonriente sin prestar atención a Sergey blandiendo un puñal de considerables dimensiones.

Su mirada estaba fija en Sonia. Con la boca medio abierta sus ojos iban de sus pies a la cabeza, deteniéndose en cada centímetro de su cuerpo.

—Vamos, no hagáis caso— murmuró el abuelo. Sin pensarlo más continuó caminando.

—¡Eh!— gritaron al unísono— ¿Dónde creéis que vais? ¡Dadnos todo lo que llevéis encima!

Sergey se volvió rápido sorprendiendo a los dos atracadores. Había desabrochado los gordos botones del abrigo gris. Sacó su rifle, limpio, como nuevo, dispuesto a usarlo como si de una avanzadilla de su unidad se tratase.

Apuntó.

Dima les mostró el tubo de acero que agarraba con

fuerza en una mano. Con la otra situó a Sonia detrás de él.

—¿Quién quiere ser el primero?— preguntó lenta pero firmemente Sergey.

Las víctimas no eran como se lo habían imaginado. Un viejo, una mujer y un individuo con cara de buena persona, eran presa fácil. Eso tenían en sus nubladas cabezas cuando alegremente decidieron abordarles. Se miraron entre sí. El abuelo parecía que no hablaba en broma.

—Deja eso en el suelo—Sergey situó su cara en línea con la mirilla del fusil apuntando al cuerpo del que portaba el cuchillo— ¡Ahora!

Dicho y hecho.

Tras obedecer, dieron media vuelta perdiéndose en la noche. Sonia y Dima le miraban asombrados. Ciertamente que su fama había llegado a oídos del yerno a través de su mujer, pero de esos logros habían transcurrido años.

—Mejor no preguntéis. Vamos a lo nuestro.

Durante los siguientes diez minutos ninguno abrió la boca. Nadie más se cruzó con ellos. La nieve ya cubría toda la calle, los copos eran cada vez grandes y caían con más intensidad. Ráfagas de viento helado les acompañaron en su búsqueda.

—¡Allí!— Dima señaló algo a lo lejos y comenzó a correr.

Primero Sonia y después Sergey aceleraron el paso.

Dima corría más y más agitando los brazos. Según se acercaba, aquello que había creído ver varios metros más allá, algo parecido a un bulto, iba tomando forma.

“¡No es posible!”

Unos pocos pasos más y habría llegado.

—¡Ramón! ¿Qué te han hecho?— se tiró de rodillas junto al cuerpo inerte de su amigo.

Comenzó a quitarle la nieve que le cubría con rápidos y certeros manotazos. Primero la cara, luego el cuerpo.

“¿Pero...?”

Sonia se abalanzó junto a su marido.

—Ramón, Ramón, Ramón— repetía una y otra vez mientras le daba nerviosas palmadas en la cara— ¡Le han matado!

—...está desnudo— murmuró Dima que había terminado el pensamiento que inició unos segundos antes.

—Hijos de puta...— fue lo único que dijo Sergey.

Le habían quitado toda la ropa, dejándole los calzones. Su cuerpo estaba rígido, helado. Su cara amoratada, así como el pecho.

*"Presenta varias costillas clavadas en los pulmones. Derrame craneal, debido a los golpes recibidos y varias lesiones internas de diferente consideración..."* Este fue el parte que reflejaba algunas de las causas de su muerte que a la mañana siguiente les leería el forense.

—Resumiendo —cortó Sergey al doctor— le han matado entre varios de una paliza.

Unos días después, la policía llamó a la puerta de la casa de la familia de Ramón. Lo habían intentado antes en la de Sonia, pero al no responder nadie preguntaron a una

vecina.

—Hemos detenido a unos individuos como sospechosos de la muerte de su marido.

—¡Quiero verles! ¡Mirarles a la cara!— exclamó Sonia fuera de sí.

—Déjenos eso a nosotros, señora.

No iban a dar más explicaciones. Añadieron un par de frases y dieron por terminada su visita. No había más que decir. Mejor dejar las cosas en sus manos, no vaya a ser que alguien les identificase como los dos policías que vieron a unos individuos dar una paliza a un extranjero que se decía así mismo revolucionario.

—¿Eso es todo lo que van a hacer?!— gritó Sonia al ver que se disponían a irse.

Sergey la agarró del brazo.

Los agentes se marcharon.

A la mañana siguiente, pese a la oposición del abuelo, se presentaron en el cuartel de la policía, Sonia, Miguelón, Amparo y Dima. Desde el viaje en tren que les llevó a Moscú las vidas de las dos parejas habían continuado paralelas. Los tres hombres trabajaban juntos. Sergey decidió ir con ellos, no se fiaba nada del ímpetu de Sonia y menos aún del enfado y la rabia que llevaban muy dentro de sí los que le acompañaban.

—Disculpe— Sonia había localizado a uno de los dos policías que la noche anterior fueron a su casa.

—¿Qué sucede?— inquirió el agente con gesto molesto sin soltar el picaporte de la puerta por la que pensaba salir

en breves segundos.

—¿Están aquí los que asesinaron a mi marido?

El policía recorrió con su mirada los ojos de los que acompañaban a la mujer. Sabía perfectamente de quién hablaba, su compañero y él habían presenciado la paliza que recibió Ramón.

—No sé a quién se refiere.

Las pulsaciones de Sonia se elevaron de golpe, apretó los labios y cerró los puños.

—Usted vino ayer a mi casa y me dijo que habían detenido a los asesinos de mi marido. ¿Ya no se acuerda?

—Si usted lo dice, así será, señora. Entenderá que no puedo acordarme de cada visita que realizo, además...

—No falte al respeto a la señora— Miguelón apoyó su enorme mano en el brazo del policía, éste lo miró con desprecio sacudiéndose con un rápido gesto, como si temiera ser contagiado por una enfermedad incurable.

Sergey tomó el mando de la situación. Había vivido no pocos momentos similares, y muchos realmente peores, como para permitir que la chulería de un agente acabara con todos ellos entre rejas. La situación en Moscú no estaba para andarse con tonterías, ni mucho menos para exigir justicia. Bastante tenían con sobrevivir. Se abrió paso entre Miguelón y Dima, apartándoles lo más disimuladamente que pudo.

—Ayer por la noche nos visitaron ustedes ¿Recuerda que primero fueron a un apartamento y de allí, al no haber nadie, vinieron...? —intervino el abuelo con voz pausada intentando eliminar la tensión generada.

—¡Ah! Sí, claro que me acuerdo. Les dije que estaban detenidos y que...

—¿Están aquí?— insistió Sonia.

—No. No tenemos sitio para tantos delincuentes. Se les ha enviado a campos de trabajo.

—¿Han dicho por qué lo hicieron?

—Uno de ellos confesó que no le gustaba nada lo que hacía su marido en la fábrica— el policía había dado un paso en dirección a la calle.

—Pero si Ramón miraba por sus compañeros, por todos nosotros, era un fiel partidario del camarada Stalin— intervino Dima.

—Ese sería el motivo. Se trataba de un grupo de enemigos de la Revolución. Déjennos hacer nuestro trabajo— con un golpe seco al cerrar la puerta, el agente puso fin a la conversación.

La conclusión final del agente de policía iba a tener tal efecto en las convicciones de Sonia que a partir de ese preciso momento sólo iba a perseguir un objetivo en su vida. Si ya tenía asumido que la Revolución era algo por lo que luchar, junto a Nora, a partir de ese momento no solo sería *algo*, sino lo *único*.

# 7

## Moscú

### 1929-1932

Los meses que transcurrieron desde el asesinato de Ramón, Sonia los dedicó a su trabajo de traductora con total entrega. Su esfuerzo se vio recompensado con un requerimiento de la reestructurada NKVD, concretamente del departamento que se encargaba de recopilar información para inteligencia y de operaciones especiales en la URSS.



Sonia se iba ganando poco a poco un puesto entre sus compañeros y sus superiores. Esa llamada le iba a mostrar el rumbo que iba a tomar su vida a partir de ese momento. Debería prepararse mucho y bien para lo que se esperaba de ella.

Por Sonia no iba a quedar.

Su primer cometido, impuesto por ella misma, sería averiguar si el traslado de los asesinos de su marido a campos de trabajo se había llevado a cabo o se trataba de una excusa de la policía para quitársela de en medio. La mirada de los dos agentes que fueron a la casa del abuelo Sergey y de la abuela Masha, no le gustó nada.

No sólo fue la mirada lo que no le gustó a Sonia.

Cuando a la mañana siguiente, acompañada de los suyos, se dirigió a la comisaría a pedir explicaciones, en su encuentro con uno de los policías percibió que la pose autoritaria, chulesca, de la noche anterior fue sustituida por otra diferente, de asombro, de inseguridad. El policía no le aguantó la mirada. Permaneció con la vista fija en el suelo y con unas incontrolables ganas de huir. ¿Por qué?

Sonia iba a averiguar qué sucedía.

No tenía prisa.

Dedicaba el día a su trabajo y a la pequeña Nora que iba camino de su cuarto cumpleaños. En cuanto se quedaba a solas con ella le hablaba y hablaba de la Revolución, de Rusia y de los cambios que iban a suceder cuando volviesen a España. De cómo sería su vida y la de los diferentes compatriotas. Ellas dos aportarían su granito de arena para

que todo por lo que estaban luchando se hiciera realidad.

Todavía quedaba mucho por hacer.

Una visita inesperada iba a precipitar su plan inicial.

Una tarde, Miguelón y Dima llamaron a su puerta. Hacía mucho tiempo que no se veían. Justo era reconocer que Sonia les había esquivado, como al resto de la familia de Ramón.

—¿Qué hacéis aquí?— no pudo ocultar su sorpresa al abrir la puerta— Pasad.

—¡Tío Dima! ¡Tío Miguelón!— con la mejor de sus sonrisas Nora corrió hacia los dos hombres.

—¡Ven aquí, pequeña!

Rodilla en tierra y brazos abiertos Miguelón esperaba sonriente el salto de la niña a su cuello. Una vez bien agarrada Nora no dejaba de reír. Aún le quedaba el tío Dima para que la cogiera y la lanzara al aire. No venía casi nadie a casa y para una vez que lo hacía alguien no iba a dejar pasar, así como así, la oportunidad de divertirse.

Sonia observaba la escena con una leve sonrisa reflejada en su rostro. Interiormente estaba feliz, pero se había propuesto no demostrarlo.

—¿Ángel?— con los ojitos abiertos buscaba detrás de sus tíos a su amigo.

—Está en casa con su mamá. Me ha dicho que tiene muchas ganas de verte.

“Quizá no pase nada porque mi hija salga un poco”

Tras jugar unos minutos con la pequeña y llevarla a la cama, no sin la firme promesa de contarle un cuento antes

de que se fueran, quedaron a solas los tres. La mujer se calentó una sopa, ellos no quisieron tomar nada.

—¿Qué sucede?— Sonia había observado cierto nerviosismo en sus amigos, que no dejaban de mirarse furtivamente.

Dima tomó la palabra.

—Los asesinos de Ramón no fueron detenidos, ni trasladados a ningún campo de trabajo— soltó de corrido.

Antes de hablar Sonia dejó a medio camino la cuchara. Con la boca abierta paseó su mirada de los ojos de Dima a los de Miguelón y de los de éste, de nuevo a los de Dima.

—¿Estáis seguros?

Ambos asintieron.

—Decidme cómo os habéis enterado y dónde están esos hijos de puta—dijo sin poder evitar un leve temblor en su mano.

“La mirada de ese policía” recordó Sonia.

El relato fue a cargo de Dima. No habían pasado ni tres horas desde que salió esa misma tarde de la fábrica. La primera parte del camino de vuelta a casa la recorría junto con Miguelón, luego se separaban. Al cruzar a unos pocos metros del lugar donde meses atrás encontró a Ramón tendido en el suelo, muerto, oyó unas voces en los bajos de un edificio de apartamentos. A Dima le pareció escuchar el nombre de Ramón, nada habitual en Moscú y se acercó. Asomado tras una columna divisó a un grupo de hombres hablando en corro. A algunos de ellos les costaba mantenerse en pie.

No había duda, se trataba de borrachos.

No unos borrachos cualesquiera. Eran compañeros de la fábrica. Días antes habían detenido a unos y expulsados a otros por participar en peleas.

—¡Eh! ¡Tú!

La voz provenía de alguien situado a su espalda. Al volverse vio a un individuo que avanzaba hacia él subiéndose la bragueta. Era uno de los habituales en las peleas de la fábrica. Dima se volvió. No dijo nada. Había aprendido que con cierto tipo de individuos era mejor limitarse a escuchar.

—Tú eres...— balbuceó acercándose despacio para no perder el equilibrio— tú eres el amigo del español al que dimos una paliza... ¿eh?

Dima pensó que no había oído bien. Según la policía los asesinos estaban en campos de trabajo, así que no debió entender lo que decía ese hombre.

—¿Qué dices?

—¡Eh! Chicos, mirad quién está aquí— con voz pastosa apenas era capaz de vocalizar.

Unos segundos después Dima estaba rodeado de cuatro individuos que se tambaleaban. Otros, más al fondo observaban atentos.

—El amiguito del extranjero— balbuceó uno con la mano apoyada en la pared— teníamos que haber acabado contigo también.

“Acabado contigo también, pero entonces...”

—¡Calla imbécil!—ordenó uno de los que permanecían al fondo.

Al oír las palabras de su compañero, en un par de zancadas se puso a su altura. El primer puñetazo lo hundió en la boca del estómago, provocando que su víctima vomitara todo el alcohol que llevaba dentro. El segundo, mientras se agachaba, en el pómulo. Una vez en el suelo, le asestó varias patadas ante la mirada atónita de Dima.

Se formó un pequeño tumulto que aprovechó el amigo de Ramón para escapar sin que se dieran cuenta. De regreso, las palabras del hombre se repetían en su cabeza una y otra vez.

“Teníamos que haber acabado contigo también”

A mitad de camino de vuelta a su casa decidió ir a buscar a Miguelón y comentarle lo sucedido. Juntos coincidieron en que sería conveniente contar con Sonia debido a sus contactos en el Partido Comunista y averiguar que había sucedido realmente.

—Habéis hecho bien en venir. Quiero que sigáis en la fábrica como si nada hubiese ocurrido y que observéis si los que asesinaron a mi marido siguen ahí.

Dima y Miguelón se marcharon unos minutos después, no sin antes cumplir con su palabra. Desde que la dejaron en la cama, en cuanto se despertaba, la pequeña Nora ponía los pies en el suelo y sin meter ruido, gateando, recorría los dos metros que le separaban del pequeño salón. Asomaba su cabeza y observaba sonriente como sus tíos seguían con su madre. Eso quería decir que todavía le quedaba su rato de cuentos. En su última excursión al salón fue pillada a mitad

de camino por el tío Miguelón que se la echó al hombro, entre risas de la pequeña, camino del dormitorio.

Antes de la despedida, Sonia observaba desde la puerta a los dos hombres inventarse un cuento, asumiendo cada uno su papel. En esos instantes renegaba de Ramón, para el que Nora apenas había existido. No, no habían tenido una buena relación como marido y mujer. No, no fue un buen padre, de eso no le quedaba ninguna duda, pero nadie tenía derecho a matarlo, menos así, a golpes, como a un perro. Sonia dio media vuelta y regresó al salón. Con las manos eliminó unas traicioneras lágrimas que resbalaban por su cara.

Lágrimas de rabia.

De venganza.

El requerimiento que recibió, no por inesperado, al menos en ese instante, cogió por sorpresa a Sonia que se encontraba traduciendo unos documentos incautados a unos espías franceses. El motivo del estado de nervios en el que entró nada más ver al soldado que se dirigía a ella, era debido al emisor del mensaje; La NKVD, que entre otras responsabilidades se encargaba de la seguridad del Estado y de funciones policiales.

Como toda persona que era avisada de que Mijail Zasliev esperaba su presencia inmediata, lo primero que le pasaba por la cabeza era una rápida secuencia de imágenes sobre su vida. Buscando a la mayor velocidad posible algo que hubiera podido ser tachado de enemigo de la Revolución.

Algo comprometido.

Sonia no iba a ser diferente.

De poco importaba que el resultado final de la búsqueda diese negativo. Miles eran los ejemplos de personas ejecutadas o enviadas a campos de trabajo por acusaciones infundadas o por simples dudas.

Sonia era española, trabajaba en Moscú y tenía contacto con gente importante dentro del Partido. Si alguien la había acusado de espía, nada podría hacer contra ello. Lo sabía. La fama de Mijail Zasliev le venía de su brutal dirección al frente de la Cheká que actuaba como una fuerza política secreta, caracterizada por sus juicios rápidos extrajudiciales y por sus ejecuciones. Todo en base a una consigna, la misma consigna que Sonia había hecho suya; proteger la Revolución.

Tomó aire y salió al pasillo.

El soldado comenzó a caminar en cuanto Sonia se encontró a un par de metros de distancia. Las grises paredes de los pasillos, la iluminación escasa, la gente iba y venía a paso acelerado sin perder de vista a la mujer que seguía al soldado. Parecía como si supieran el lugar al que se dirigían. Varias plantas, y numerosos pasillos después, su guía se detuvo. Con un gesto le indicó a Sonia la puerta tras la cual la esperaban.

Tras más de dos horas de reunión con Zasliev y otros generales, Sonia abandonó el despacho. Su rostro serio, sin desprender la más mínima emoción aparente, en nada reflejaba el volcán de emociones que pugnaban por salir de

su interior. Tenía ganas de gritar, de reír, de saltar, de abrazar a todo el mundo. La propuesta que acababa de recibir superaba con mucho el mejor de sus sueños. Iba a ser preparada como espía a favor de la URSS. Trasladada de departamento para comenzar su instrucción en comunicaciones, explosivos, salto en paracaídas, conducción de vehículos, motos e incluso nociones avanzadas de enfermería.

Su felicidad no era debida únicamente a la propuesta recibida, que ya de por sí colmaba todas sus aspiraciones, sino a una condición que había impuesto para aceptar el nuevo destino.

—Perdone...— uno de los generales presentes en la reunión no salía de su asombro— A ver si la he entendido bien ¿Nos está poniendo condiciones? ¡¿Usted?! ¡¿A nosotros?!

Sonia permaneció en un respetuoso silencio.

—Escuchemos lo que nos tiene que decir nuestra joven camarada— apuntó con media sonrisa Mijail Zasliev.

“Valor sí que tiene esta jovencita”

—Unos enemigos de la Revolución asesinaron hace unos meses a mi marido mientras regresaba a nuestra casa al terminar su jornada en la fábrica de motores. Dos policías me confirmaron que los asesinos habían sido enviados a campos de trabajo...

—Bien por ellos— señaló el general satisfecho de sus fuerzas policiales.

—...mintieron. Siguen en Moscú y algunos de ellos



continúan trabajando en la misma fábrica— continuó en pie, con el semblante serio mirando a Zaslíev.

—¿Está usted completamente segura de lo que está diciendo?!— el general se incorporó veloz, apoyó firmemente los puños en la mesa, mientras echaba su cuerpo hacia delante y clavaba sus pequeños y chispeantes ojos en Sonia.

—Sí, camarada general. Sé los nombres de dos de ellos. El policía que me mintió —insistía Sonia— podrá decirnos quienes son los demás.

—¿Podrá decirnos? Pero usted quién se cree que es...

—Tranquilo. La camarada lleva razón— cortó Mijail Zaslíev a su general— Si ella va a formar parte del NKVD, nada mejor que comenzar su preparación con trabajo de campo ¿no les parece?

Caminaba eufórica al abandonar el despacho de Zaslíev, de nuevo, tras los pasos del silencioso soldado, esta vez en dirección a su nuevo departamento que se encargaba de recopilar información para Inteligencia así como de otro tipo de operaciones en el extranjero, denominadas especiales,. No volvería a su antiguo puesto, sus escasas pertenencias serían recogidas y enviadas a su nuevo lugar de trabajo.

Al día siguiente, el destino de Sonia tomaría un nuevo rumbo. A primera hora estaban citados los dos policías que le informaron de la deportación de los asesinos de Ramón a campos de trabajo.

“Mentiras”

Estaba convencida de que los que asesinaron a su marido, una vez descubierta la farsa por Dima, nada tenían que ver con grupos antirrevolucionarios. Los policías habían decidido mirar para otro lado, dejando a los asesinos en la calle y quería saber por qué. Seguramente se trataría de una cuestión de soborno. A su familia le había tocado sufrir la corrupción policial al poco tiempo de su llegada a Moscú.

“Pagarán por lo que te han hecho, Ramón. No lo dudes”

De vuelta a casa se encontró la escena de casi todos los días. Tanya, la mujer de Dima, se había ofrecido para cuidar de Nora. En su casa era una más y podía jugar con los primos. Sonia buscó una solución intermedia. Por las tardes contrató a una vecina para que sustituyera a Tanya. No quería deber favores a nadie. Además, con el nuevo destino, los beneficios sociales y su salario aumentarían considerablemente. Había decidido mudarse de casa en unos días.

Al oír el familiar chasquido de la puerta al abrirse, Nora dejó de jugar con su cuidadora y salió corriendo a por su madre. La energía constante de la pequeña continuaba asombrándola.

Un rato después, Dima y Miguelón llegaron por sorpresa con nuevas noticias que querían compartir con Sonia. Para Nora dos visitas tan seguidas suponían doble sesión de cuentos y de risas en esa semana. Se portaría muy bien para que los tíos le fueran a dar las buenas noches

antes de irse. Así pasó las siguientes dos horas, luchando contra el sueño y con la sábana subida hasta los ojos, haciéndose la dormida por si su madre asomaba la cabeza por la puerta y no la regañara por no haberse dormido.

“Pero no me puedo dormir, si me duermo los tíos se irán y no tendré cuento. Jo, que difícil es todo”

Cuando Dima y Miguelón se fueron, sin olvidar la ración de lectura de la pequeña, Sonia contaba con bastantes datos que al día siguiente pensaba utilizar en su turno de preguntas durante el interrogatorio a los dos policías. Dima reconoció en la fábrica a dos del grupo que le cerraron el paso la noche anterior. Uno de ellos, el que le amenazó. De ambos tenía sus nombres, se proponía averiguar el de los restantes, si es que los había. Sonia estaba segura que sí.

No llegó a un par de horas el tiempo que pudo dormir esa noche debido a la excitación de lo que estaba por venir a la mañana siguiente. Su objetivo no se limitaba a dar con los asesinos, sino que ambos policías corrieran la misma suerte.

Llegó con una hora de adelanto a su puesto de trabajo. Confiaba en que le permitieran estar presente en la ronda de preguntas que Mijail Zasljev y algunos de sus generales iban a realizar a los policías. No quería perderse el momento en que la vieran junto a aquellos hombres tan temidos e importantes.

Su deseo se vio cumplido.

Unos minutos antes de la hora fijada fue requerida su presencia ante el improvisado tribunal que juzgaría la

conducta de los dos agentes.

—Nos disponemos a tomar declaración a dos agentes de nuestra policía, confío que sirva como aprendizaje a nuestra nueva y joven camarada— intervino divertido Zasliev— ¡Háganles pasar!

Segundos después hicieron su aparición gorra en mano y con paso inseguro. Al entrar vieron una enorme mesa al fondo con varias personas sentadas frente a ellos. Lo de ver era mucho decir. Un par de lámparas de mesa y otra de pie, situadas a la izquierda de los policías que permanecían parados en medio de la habitación, eran insuficientes para iluminar la estancia. Vislumbraban más que veían cuerpos con ropa militar, con sus caras parcialmente ocultas. A su derecha, en la esquina, había alguien en posición de firmes.

La puerta por la que habían entrado se cerró.

—Camaradas, soy el camarada general Mijail Zasliev Director de la NKVD.

Palabras más que suficientes para que un intenso cosquilleo se agarrase al estómago de ambos individuos y un frío sudor recorriese su cuerpo. Ambos agentes miraron en dirección a la sombra que les hablaba, situada justo en el centro de la mesa. En cuanto oyeron la presentación se cuadraron como señal de respeto.

Y de pánico.

—¡Camarada general Zasliev!— saludaron al unísono.

Sonia no pudo reprimir una risita para sus adentros, no sin cierta repugnancia, al comprobar que diferente era esa actitud de prepotencia, de chulería, cuando estaban en

su ambiente, y que sumisión y falta de un mínimo orgullo demostraban en esos momentos frente a sus superiores.

—El asunto que nos ocupa es de vital importancia— la voz de Zasljev tornó grave— Los camaradas generales aquí presentes, y yo, queremos felicitarles por la detención y posterior envío a campos de trabajo de un grupo de asesinos enemigos del pueblo.

“¿Qué está diciendo?”

Sonia, de pie, entre sombras, asistía confundida a las palabras del director de la NKVD.

Los dos policías intercambiaron una rápida mirada. Sus cuerpos parecieron desinflarse a ojos de los allí presentes. Se sentían aliviados y lo que era mejor aún, eran capaces de imaginar una inminente condecoración. Pensar que durante el trayecto hasta esa reunión sus pulsaciones alcanzaron un ritmo tal que no recordaban otra situación en la que hubieran vivido un estado de incertidumbre parecido.

De incertidumbre y de temor.

—¿A que *campo de trabajo correctivo* se les ha enviado?— preguntó como si se tratase de un mero formulismo.

Mijail Zasljev incidió en el término implantado unos meses atrás por el Partido Comunista, en lugar de la anterior denominación de campo de concentración.

Ambos agentes se miraron antes de responder. No habían preparado las posibles preguntas por dos motivos principales. El primero era por algo que no dependía de ellos; tiempo. Desde que fueron a buscarles hasta el traslado al

NKVD no había pasado ni una hora. El otro motivo era que desconocían el objeto de su llamada. La sensación de ser considerados casi unos héroes fue dejando paso, poco a poco, a otra más amarga, y vieja conocida, una punzante sensación de pánico.

Y algo más...

Un miedo intenso a no salir de allí. Sabían que la respuesta que dieran a la pregunta de Zaslíev sería su llave de salida o su condena.

No se equivocaban en absoluto.

—Solovki...— murmuró el que solía hacer las veces de jefe en las rondas.

—¡No le oigo camarada!

—¡Prisión de Solovki, camarada Zaslíev!

—Solovki...— musitó el director mientras miraba a su izquierda, hacia el lugar donde se encontraba Sonia, de pie, al otro lado de la mesa.

El silencio se adueñó de la estancia durante unos minutos, que a los dos policías se les hicieron eternos.

—¿Cuántos fueron los enemigos del pueblo que intervinieron en el asesinato?— intervino un camarada general.

—¡Cuatro, camarada!

—Bien...

Otro largo momento de silencio en el que los miembros de la mesa debatían entre ellos. Sonia no perdía detalle del interrogatorio, ni de los que dejaron que asesinaran a Ramón. Hacía auténticos esfuerzos para no intervenir, pero

estaba convencida que su momento se acercaba. La interpretación que hacía de las preguntas que Zasljev había dirigido a los dos policías era sencilla. Comprobar si lo que ella había denunciado la noche anterior se correspondía con la versión de ellos. No había duda, ambos coincidían en su relato de los acontecimientos, los asesinos, por tanto, deberían encontrarse en un campo de trabajo.

“Mentira”

Había llegado el momento de su venganza.

—Nos han informado que el individuo asesinado era un español, ferviente seguidor del camarada Stalin.

—En efecto, camarada general— indicó el que menos hablaba.

—¿Cómo lo sabían ustedes?

—Nos lo dijo su mujer el día que vinieron a preguntar por los asesinos y...

—...el día que ustedes le dijeron que habían sido juzgados y trasladados a Solovki ¿No es así?

Sin que ellos comprendieran el motivo, su tono indicaba que se sentía molesto. No siendo una buena noticia, no era lo peor. Lo que les produjo un helado cosquilleo fue la confirmación de que estaba informado de la conversación que mantuvieron con aquella mujer.

—A fecha de hoy me confirman que siguen en Moscú, camaradas. ¿Cómo explican eso?

“Eso es, a ver cómo lo explicáis”

Ambos agentes permanecieron en silencio con la vista al frente. En silencio, porque no sabían qué responder. Con la

vista al frente por no encontrarse con los ojos de Zasliev, que había bajado la cabeza para que la luz se reflejara en su rostro y les permitiera ver su expresión.

La vieron. Nervios, muchos nervios.

El sudor se volvió más intenso.

Efectivamente, seguían en Moscú haciendo cada cual su vida. Sólo se habían cargado a un extranjero que creía estar por encima de auténticos revolucionarios como ellos. ¡Habían hecho un servicio al país!

Sin embargo...

...sin embargo no podían quedar como mentirosos ante el director de la NKVD, nadie daría ni un maldito kopek por sus vidas. Deberían jugar todas sus bazas a una sola carta. Aún a riesgo de perder.

De perderlo todo.

—¿En Moscú? ¿Quién los ha visto aquí, camarada?

Mijail Zasliev se revolvió inquieto en su asiento, comenzaba a estar cansado de esos dos individuos.

—La mujer de la víctima, la camarada Sonia Vardiola— acompañó sus palabras con un gesto hacia su izquierda. Con el brazo extendido en dirección a Sonia, medio oculta entre las sombras, pidió que se aproximara hacia los dos individuos.

No se hizo de rogar.

Su ansiado momento, al fin había llegado.

Los policías observaban como, poco a poco, la sombra que se encontraba a la derecha de la mesa, en posición de firmes, avanzaba hacia ellos. La tenue luz iba iluminando sus



piernas, su cintura. Cuando la cara de Sonia se mostró ante ellos, sus pulsaciones ya de por sí elevadas aumentaron frenéticamente su ritmo. Unas finas gotas de sudor comenzaron a resbalar por su cuerpo.

—Usted...—murmuró el que había hablado con ella — ¿Por qué no me dijo quién era? Yo...yo le hubiera llevado hasta ellos si...

—¡Si qué! ¿Eh? ¡Yo no soy nadie, sólo una camarada más que fui a preguntar por los asesinos de mi marido!—

Sonia escupió cada palabra a no más de un metro de los dos policías.

Mijail Zasliev asistía divertido a la escena. Ella sola había dejado en evidencia a dos experimentados agentes, hasta el punto de haberse atrevido a mentir al improvisado tribunal.

—¡Me mintieron!— gritó Sonia— No sólo a mi, también a todos los camaradas generales aquí presentes.

Durante unos eternos segundos el silencio se adueñó de la sala. La mirada de la mujer de Ramón, fría, helada, iba de los asustados ojos de un policía a los del otro. Por su cabeza pasaban cientos de formas de vengarse de esos dos individuos. Pero no serían los únicos que fuera a pagar por lo sucedido.

Estaba en lo cierto.

Dos golpes en la puerta relajaron el ambiente de la sala. Sólo temporalmente. Un soldado se acercó hasta Zasliev al que comentó algo en voz baja. Segundos después hicieron acto de presencia dos de los cuatro individuos que

dieron la paliza a Ramón, y que hasta ese momento seguían trabajando en la fábrica de motores. El rictus de sorpresa, primero, y de terror después, que se adueñó de sus rostros al entrar en la sala y reconocer a los dos policías, era fiel reflejo del futuro que les esperaba.

Ser ejecutados.

La posterior serie de acusaciones vertidas a base de gritos, insultos y amenazas entre los policías y los dos antiguos compañeros de Ramón, convencieron a Mijail Zasliev, sin lugar a dudas, del destino más conveniente para todos ellos. Para los policías, los trabajadores y sus cómplices, el destino sería el indicado por aquellos; el campo de trabajo de Solovki. Sin embargo, para los que debían representar a la Revolución, los agentes, el castigo sería aún más duro, sus mujeres serían encarceladas en los campos de trabajo para esposas de traidores a la patria y sus hijos enviados a los Maloketi, para menores de edad.

Que cunda el ejemplo.

Sonia iba a poner todo su empeño en que lo sucedido con el que fue su marido no volviera a ocurrir. Ciertamente que su relación con él había perdido toda la admiración que desde un principio le profesó al negarse a tratar a Nora, pero no dejaba de ser el padre de su hija, la persona por la que había iniciado el viaje a Rusia y el culpable de su amor por la Revolución.

A Sonia Vardiola se le encargó que depurase a los trabajadores de la fábrica de motores, comenzando por los

más cercanos a los asesinos de su marido. Al final, las acusaciones que realizaron en su día a Ramón respecto a que su mujer, al trabajar en la sede del partido, estaba detrás de las detenciones de algunos compañeros, iban a ser ciertas. Esta vez tenían toda la razón. Su ingreso como nuevo miembro de la NKVD la mantuvo en secreto tanto a la familia de Ramón como a Amparo y su marido, Miguelón, a los que ocultó su proximidad a ciertos contactos con indiscutible poder. Para ellos seguía siendo traductora.

Nada más lejos de la realidad.

Durante los dos próximos años iba a estar sometida a un duro entrenamiento. Zasliev la tomó bajo su protección personal, lo que no le libró de jornadas interminables y viajes por la patria en busca de traidores y enemigos, fundamentalmente dentro de la propia administración rusa. Se ganó a pulso su papel como defensora acérrima del respeto a los superiores, a la justicia y a las diversas fuerzas y organizaciones que velaban por el orden institucional. De la misma manera exigía una total predisposición con los ciudadanos que requerían de dichas fuerzas su colaboración o ayuda. Esto último le fue creando no pocos enemigos, eso sí, en la sombra. Pocos eran los que se atrevían a levantar el dedo acusador contra la camarada Vardiola, protegida del temido Mijail Zasliev.

Enemigos en la sombra, sí, pero al fin y al cabo enemigos.

De los duros.

Sonia lo iba a comprobar en sus propias carnes cuando

una noche, tras un par de días fuera de casa, regresaba exhausta con el objetivo de meterse en la cama cuanto antes. Llevaba veinticuatro horas interrogando a sospechosos como parte de su preparación y otras tantas destripando y armando todo tipo de dispositivos que le sirvieran para transmitir información.

Apenas le costó un par de segundos, los que le llevó abrir la puerta, comprobar que algo sucedía. Unos pocos meses atrás cambió de apartamento alegando que la distancia con su lugar de trabajo era excesiva, sobre todo para volver andando de noche. Lo cual no era del todo mentira, aunque el motivo principal era la necesidad de discreción. Entrar y salir cuando quisiera, sin ser vista por la familia de Ramón.

Lo primero que esperaba ver, aunque no reparase habitualmente en ello, era la luz de un par de bombillas del salón y lo segundo, a Nora sonriente corriendo hacia la puerta a recibirla. De pie, Marina, su cuidadora.

Ni una cosa, ni la otra.

La oscuridad y el silencio dominaban la estancia.

Sonia buscó despacio el interruptor. Encendió la luz. De pie, con la puerta abierta, recorrió con la mirada el salón. Quizá se tratara de un juego de su hija, una sorpre, como a ella le gustaba llamarlas.

No, no tenía pinta de sorpre. Nora era incapaz de estar más de unos pocos segundos escondida, hasta que salía corriendo de su escondite gritando:

—¡No me has visto! ¡No me has visto!

—¿Nora? ¿Marina?—convencida de que no iba a recibir respuesta, entró en el pequeño comedor.

Nada.

Al volver al salón, lo vio.

Sobre la mesa una hoja doblada por la mitad captó su atención. Aceleró el paso y con él su nerviosismo. Se dejó caer en una butaca, tiró el bolso al suelo y se hizo con el papel.

Enemigos en la sombra.

Con la hoja entre las manos y la vista fija en el techo, no pudo evitar que unas lágrimas recorrieran su mejilla. Su pequeña Nora había cumplido cinco años, ya iba aprendiendo todo lo que ella le enseñaba sobre la Revolución y lo que hacían las dos en Rusia. Era una niña inocente, no se merecía lo que le estaba sucediendo.

Volvió a leer.

*"Su hija y la mujer que estaba con ella se encuentran en nuestro poder. Nuestro trabajo es retenerlas hasta que usted cumpla con las órdenes que recibirá en los siguientes días. No hable con NADIE de esto, si no, lo próximo que verá de su hija será su cadáver mutilado. Usted sabe que no bromeamos"*

De nuevo las lágrimas se deslizaban por su cara. Con rápido gesto de ambas manos eliminó su rastro. De nada le servía llorar, era un signo de debilidad que no estaba dispuesta a permitirse en esos momentos. Lo que peor iba a llevar era la espera.

"¿Usted sabe que no bromeamos?"

Con la mirada fija en un punto del techo daba vueltas a la frase. Quizá sin quererlo le habían dado una información valiosa. No porque le aportase alguna pista concreta, pero sí que podía asegurar que los secuestradores no sólo la conocían a ella, sino que ella también les debía conocer.

“Usted sabe...”

No había tiempo que perder.

De un estante cogió unas hojas, del bolso un bolígrafo. Durante la siguiente hora elaboró una lista de aquellos que pudieran tener algo contra ella y el valor suficiente como para llevar a cabo un acto de esta envergadura. Si la conocían, como así daba a entender la nota, sabrían que se enfrentaban a una persona cercana al director de la NKVD. La propia Marina era una agente proporcionada por Zasliev. Hubiese sido muy arriesgado contratar a alguien ajeno a su profesión y que se quedara con su pequeña a solas. Ese era su punto débil y por ello tomó todas las precauciones para que no sucediese nada.

Algo había fallado.

Cogió el papel entre sus manos y echó una ojeada a la lista. Demasiados sospechosos, seguro que se le olvidaban muchos más.

Había uno de ellos...

Su trabajo no le proporcionaba amistades, precisamente. Con el bolígrafo entre los labios dejó que su mente se fuera del apartamento tras su hija. Le venían las peores pesadillas que se podía imaginar.

“¡Cómo le hagan algo juro que acabaré con todos y

cada uno de...!”

No. Le habían enseñado a canalizar su rabia de otra manera, la agresividad sin cabeza de nada valía. Echó otro vistazo a la lista, fue tachando los nombres de aquellos que estaba convencida carecían de los medios y el valor para secuestrar a su hija. El número de sospechosos se redujo considerablemente. Por un lado, estaban los que encubrieron el asesinato de Ramón y que trabajaban en la fábrica de motores. Algunos habían ido a campos de trabajo. Dos se habían escapado. Trazó un círculo sobre ellos sin convencimiento. Valor no les sobraba y medios...quizá les subestimase en este sentido. Reunir un pequeño grupo de camaradas no sería tarea difícil, con calma y tiempo podrían organizar un dispositivo de seguimiento de ella o de Marina...

Pasó al siguiente de la lista. Tras sopesar su posible implicación en el secuestro añadió una interrogación al final. Su mirada fue directamente al que ocupaba el quinto lugar. Su mano trazó con intensa rabia un círculo tras otro sobre el nombre; Aleksey Nóvitsiov.

Camarada general Aleksey Nóvitsiov.

Todo comenzó unos meses atrás.

Mijail Zasliev requirió su presencia al finalizar unas prácticas destinadas a identificar objetos cotidianos, susceptibles de ser utilizados para construir un transmisor con el número mínimo de piezas posibles.

—¿Camarada Vardiola?— el más alto de lo tres policías

militares que la abordaron, fue el que tomó la palabra.

—Sí, yo soy— contestó Sonia mientras recogía el material empleado en la práctica.

No le hacía falta preguntar que querían, ni siquiera esperar a que hicieran cualquier otro comentario. La simple presencia de esos tres individuos tenía el mismo peso que una orden. Estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, debía dejarlo de inmediato y seguirles. El destino era por todos conocido; el despacho de Mijail Zasliev.

La primera sorprendida al ver a los tres individuos fue ella misma. Creía tener la suficiente cercanía al general para que no utilizase este medio de contacto. Algo sucedía y no tenía buena pinta. Diez pares de ojos la siguieron mientras abandonaba la estancia. Nadie de sus compañeros dijo nada. Si alguno se compadeció lo mantuvo en secreto. Quizá algún otro se alegró, pero se cuidó mucho de esbozar una sonrisa por leve que fuera. Mañana podría tocarle a él. En anteriores ocasiones que vio o tuvo conocimiento de algún camarada acompañado por tres policías militares de Zasliev, de unos no volvieron a saber más, de otros se supo que fueron trasladados.

#### Destino desconocido

No podía negar, mientras caminaba escoltada, que su estado de ánimo había sufrido un revés importante. En el mejor de los casos le esperaba un traslado hacia un lugar frío. No estaba trabajando duro para servir a Rusia como una súbdita más, sino que su esfuerzo estaba encaminado a llevar la Revolución a España, si para conseguirlo debía



trabajar para los camaradas rusos, bienvenido sea. Su lugar estaba junto a Mijail Zasljev, no le interesaba nada más. Hasta ahora había visto en él a su valedor, su guía.

“¿En qué me habré equivocado?”

Si una cosa tenía clara era que no iba a tardar mucho tiempo en averiguarlo, apenas unos minutos. Los que les llevaría recorrer los largos pasillos de la sede. Al llegar al final girarían a la derecha, otro pasillo más corto que los anteriores y unas puertas más allá...

“¿A dónde vamos?”

El militar que le precedía giró a la izquierda. Sonia volvió su cabeza extrañada, la mirada fija en el frente y el rostro serio de los dos individuos que la precedían, la convenció para continuar en silencio tras los pasos del primero. Su cabeza comenzó a elaborar posibles destinos a los que llegar por ese lado del edificio. Ninguno le conducía hacia su valedor. Al menos ningún despacho de su categoría se encontraba por esa zona.

El militar se detuvo ante una puerta flanqueada por dos compañeros. En la parte superior se podía leer “prohibido el paso”. Tras pasar el control y recorrer un ancho pasillo llegaron ante un ascensor privado al que accedieron, tras superar de nuevo otro punto de control. Sonia nunca había ido más allá de aquella puerta, el cartel clavado en ella no dejaba lugar a dudas. En algunas ocasiones había pasado por delante, es verdad que al principio de su estancia en aquel edificio le había llamado la atención, pero corría el rumor que se trataba de un supuesto centro de mando, a modo de

señuelo.

Lo que sucediera a partir de ese momento sería una nueva experiencia para ella, deseaba vivirla para poder contarla...a su pequeña Nora cuando llegase el momento.

Si es que ese momento llegaba algún día.

Mientras bajaba en el ascensor en el más absoluto silencio, pensaba en lo que sus ojos habían visto desde que cruzó el cartel de prohibido el paso. El ir y venir del personal que allí se encontraba, las graduaciones de los militares con los que se fueron cruzando. El alto número de policía militar que patrullaba y, a pesar de que hasta el momento no se consideraba una experta, la tecnología empleada en la construcción de ese lugar le confirmaron que el rumor que corría entre el personal ajeno a esas instalaciones, era sólo eso, un rumor. No se trataba de un supuesto centro de mando creado a modo de despiste de espías extranjeros. No, era el auténtico centro de mando de la seguridad del Estado, de la NKVD. Aún faltaban un par de años para que este departamento se transformara en el Directorio Principal de la Seguridad del Estado, aunando a las diferentes divisiones que estaban vinculados a ella.

Entre el pueblo soviético no estaban muy claras las funciones que asumía este departamento. Para unos seguía manejando cuestiones como las relativas a los bomberos, el transporte, la guardia de frontera. Pero en esos momentos la situación estaba cambiando, su cometido se había ampliado hasta casi tener carta blanca para todo aquello encaminado a la defensa de la revolución. La fama de Mijail Zasliev al

frente de la temida Cheká, le dio un nuevo aire a la NKVD en cuanto asumió el mando.

Un aire difícil de respirar.

Al salir del ascensor, la escolta de Sonia se redujo a dos individuos. Unos metros más adelante, uno de ellos se apostó frente al acceso a un pequeño pasillo. El otro, tras intercambiar unas palabras con los dos individuos que custodiaban una doble puerta, volvió sobre sus pasos pasillo arriba. Uno de los guardianes la abrió y con un leve gesto la invitó a pasar.

Por fin había llegado el momento.

Nerviosa, más de lo habitual en ella, Sonia traspasó el umbral. Lo que vio en un primer vistazo le hizo dar un paso atrás. En su cabeza se había formado durante el trayecto desde la clase de prácticas de transmisiones, mil imágenes. Pero ninguna de ellas se aproximaba a lo que sus ojos contemplaban en aquel lugar.

La estancia era amplia.

A la derecha, un mueble corrido que llegaba a media altura sobre el que descansaban una serie de objetos metálicos que desde su posición no acertaba a distinguir. Frente al mueble, una mesa con más objetos y varias sillas a su alrededor. De éstos no albergaba ninguna duda sobre su utilidad. Un cosquilleo recorrió su cuerpo como si de un calambrazo se tratara. Los objetos que había esparcidos sobre la mesa no brillaban como los del mueble, no. Estaban impregnados de sangre y de algo más. Algo viscoso.

Sonia miró al frente.

Al fondo, en la esquina izquierda, la pared estaba salpicada de sangre. En el suelo pequeños charcos pero muy numerosos. Sobre ellos, dos individuos en ropa interior con la cara deformada. De pie, con las mangas de la camisa remangada y empapado en sangre y sudor, su valedor, Mijail Zasliev la sonreía con una mueca desencajada. Respiraba ruidosamente como si acabara de recorrer una larga distancia. Detrás de él, un individuo armado con unas tenazas ensangrentadas, no apartaba la vista de los dos hombres que permanecían en el suelo con la mirada perdida envueltos en su propia sangre y en sus propios excrementos.

En el ambiente reinaba un olor a calor humano, a sudor. Olía a una mezcla de alientos de los cuatro individuos, a excitación y a sangre. A agresividad y a heces. Pero sobre todos esos olores uno se hacía más evidente.

El olor a pánico. Pánico al dolor, a la muerte.

Y sin embargo, deseo de morir.

—Camarada Vardiola...— con una sonrisa torcida, aún recuperando la respiración, Zasliev le indicó que tomase asiento. Bastó una mirada para que el individuo que se encontraba tras el general comprendiera que debía abandonar la estancia.

Sonia permaneció con el rictus serio. En unos pocos pasos alcanzó la silla que le indicaba y tomó asiento. Le sudaban las manos. El estómago revuelto debido en parte al nauseabundo olor y en parte a la impresión que le causó la

escena. No era la primera vez que veía una paliza, pero sí una tortura, aunque hubiese llegado al final. No se consideraba preparada para tomar parte. Menos aún para ser ella la víctima.

Zasliev estaba cabreado, muy cabreado. No disfrutaba torturando a nadie, a no ser que la ocasión lo mereciera. Esta era una de ellas. Miró a los dos hombres que permanecían recostados con la espalda en la pared y con cara de súplica, mientras se lavaba las manos.

“A veces uno puede equivocarse, pero si no llevo al sospechoso al límite, es imposible saber si me está mintiendo”

Estos dos desgraciados no mentían.

Mejor para ellos.

—En primer lugar, permítame, camarada, que le pida disculpas por el recibimiento. ¿No nota usted un olor desagradable?

—Sí, camarada general— convino Sonia. No era momento para andarse con sutilezas. Sentía unas incontrollables ganas de vomitar y un desconcertante temblor en sus rodillas.

El responsable de la NKVD dejó la toalla sobre el lavabo, cogió la guerrera de un perchero y se caló la gorra de plato. Pulsó un timbre y de inmediato se abrió la puerta.

—Lleven a estos dos hombres a la enfermería.

El siguiente paso sería enviarlos a cualquier lugar lejos de allí. Más tarde daría las órdenes oportunas.

Sonia se incorporó temiendo que su nerviosismo la

dejara en evidencia.

—Sígame, camarada Vardiola.

Una vez en el pasillo, escoltados por varios de sus hombres, caminaron en silencio hasta su despacho. En cuanto estuvieron a solas, Zasliev tomó la palabra.

—Hace una semanas llegó a mis oídos que mi mujer se acostaba con otro hombre— soltó enfurecido.

Sonia hizo esfuerzos por no mostrar su extrañeza ante la confesión de unos de los hombres más temidos de Rusia. La expresión de su cara le hizo ver que su valedor no estaba de broma, sino muy cabreado.

—¡La muy zorra se estaba follando a otro a mis espaldas!

Durante los siguientes minutos el silencio reinó en el despacho del general. Del mueble bar sacó una botella de vodka, llenó un pequeño vaso que apuró de un sorbo. Repitió la operación una vez más. A la tercera, con el vaso en la mano, tomó asiento frente a su imponente mesa.

“Nada como un par de vodkas para relajar los ánimos”.

No quería dar la impresión de ser un susceptible de mierda al que los sentimientos le afectaban de tal manera que no era capaz de controlarse y perder los nervios. No, él no era cómo los demás.

Él era Mijail Zasliev.

Sonia observaba la evolución en el estado de ánimo del general. Poco a poco fue tranquilizándose. Lo que fuera que quisiera compartir no tenía que ver con ella, nada tenía que temer.

—Tengo una misión para usted. Tiene que ver con la persona que se está follando a mi mujer.

Apuró su tercer trago y continuó.

—Uno de los dos desgraciados que ha visto en la sala fue acusado por alguien de ser el hijo de puta que ando buscando. Ambos aseguran que todo ha sido una trampa y no tienen nada que ver con el asunto— expuso mientras se acercaba de nuevo al mueble bar.

Sonia permanecía en silencio, así estaría hasta que su opinión fuese requerida. Mientras tanto se limitaría a escuchar y comprender su papel en todo ese embrollo.

—Como comprenderá, mi mujer lo niega también— señaló mientras se servía otro trago— Admite que los conoce, lo cual no es sorprendente porque son miembros de su personal de seguridad.

Zasljev no estaba acostumbrado a que nadie interviniera cuando él hablaba, sin embargo, con este asunto necesitaba el concurso de Sonia. Quería saber su opinión como mujer y como una de las mejores agentes que iban a salir de la última hornada.

Sonia continuaba observando el ir y venir del general desde su asiento, tras la mesa, hasta el mueble bar.

“¿Qué querrá de mi?”

—Se preguntará por qué le cuento todo esto.

Se sorprendió por la coincidencia de ambos pensamientos. Temía ser como un libro abierto para el general, a pesar de sus esfuerzos para no transmitir la más mínima información sobre sus emociones.

—Los dos individuos de la sala— continuó Zaslíev sin dar tiempo a que ella pudiera responder— me han asegurado que la persona que busco no es ninguno de ellos.

—¿Saben de quién se trata, camarada general?— decidió intervenir ante las constantes señales en ese sentido que Zaslíev le enviaba.

—Sí, me han dicho nombre y apellido. Quiero que con su investigación lo confirme, camarada Vardiola, confío en su discreción. Si el nombre que me han facilitado a mí y el que usted descubra, coinciden...

—Pero...

—Sí, sé que no es una misión habitual— cortó el intento de intervención de Sonia— pero para mí es de vital importancia confirmar las sospechas. ¿Cuento con usted? Estaré tremendamente agradecido.

Se trataba de un asunto personal que nada tenía que ver con los objetivos de la Revolución. Un asunto de faldas, por los que no se sentía mínimamente atraída, pero un favor personal del general Mijail Zaslíev no podía ser nunca rechazado.

Aceptó. No le quedaba otra.

Lo siguiente era descubrir cuanto antes la identidad del sujeto que se tiraba a la mujer del general. Si coincidía con el señalado por los dos individuos del personal de seguridad de la esposa, asunto concluido. Si no, el caso se podría demorar. Sonia tenía prisa, iba a poner todo su saber hacer, que no era poco, y su discreción, que era total, al servicio del camarada general.



La relajación en la que entró al confirmar que ser llamada a la presencia de Zasljev no tenía nada que ver con alguna acción suya, fue sustituida por una firme determinación y ganas de conquistar, aún más, su confianza.

Durante los siguientes minutos el general le ofreció todo tipo de datos sobre los movimientos y actividades diarias de su mujer.

—He reclamado su presencia de esta manera tan fuera de lugar para eliminar sospechas. Excepto nosotros dos y el personal que se encontraba en la sala, nadie más sabe que los dos individuos detenidos han salido con vida del interrogatorio. Nadie— recalcó.

De regreso a casa el estado emocional de Sonia se debatía entre la decepción y el orgullo. Decepción, por que uno de sus primeros casos como agente, aunque fuese en prácticas, consistiera en resolver un posible ataque de cuernos, y no un asunto relacionado con la Revolución y su razón de ser. Orgullo, por haber sido la elegida para investigar un tema tan personal y cercano al propio Zasljev. La única duda que se le planteaba era si una vez finalizado, con éxito por supuesto, no sería enviada lejos de su valedor. A nadie le agrada que se hagan públicas las relaciones extramatrimoniales de su pareja, menos aún a los hombres. Seguro que el camarada general Mijail Zasljev no deseaba tener a nadie junto a él que dispusiera de la más mínima información acerca de las actividades de su mujer. Sin embargo, el general había sabido valorar su capacidad de

discreción.

¿Sería suficiente para sentirse a salvo?

Probablemente no.

En ocasiones el papel que juega el azar resulta determinante para alcanzar aquello que nos hemos propuesto. Quizá el azar no exista y todo sea una simple conjunción de hechos y situaciones que convergen en un punto concreto, un día concreto, a una hora determinada y con unos protagonistas determinados.

Eso fue lo que le sucedió a Sonia cuando a la mañana siguiente entraba en el edificio del Partido.

—¿Camarada Vardiola?— una voz que no le traía buenos recuerdos se dejó oír por su izquierda.

Sonia se detuvo.

—¡Camarada general!— saludó cuadrada frente a Aleksey Nóvitsiov, el militar que la reprendió en el improvisado juicio de los asesinos de su marido cuando Sonia impuso como condición, para aceptar el nuevo destino, que le ayudaran a esclarecer el asesinato de Ramón.

—Relájese. Si dispone de un minuto para un soldado aún en activo le rogaría que me acompañara.

La falsa modestia del general la puso sobre aviso. Algo iba a pedirle y posiblemente ese algo no fuese de su agrado. Siguiendo la indicación del militar abandonaron el edificio. Con las manos en la espalda y a paso lento, buscando dar una imagen de confianza y cercanía, Nóvitsiov caminaba sin abandonar una media sonrisa de su cara.

Con los músculos en tensión, Sonia miraba al frente.

—Tengo entendido que los dos sospechosos que el camarada y jefe Zasljev interrogó ayer, han dejado de ser un problema ¿Estoy en lo cierto?— quiso saber con fingida preocupación por su colega.

—¿Sospechosos dice usted? — no iba a aceptar así como así su asistencia al interrogatorio y menos aún la conversación posterior con Mijail Zasljev.

—Eso he dicho. No me tome por imbécil, camarada Vardiola —señaló sin levantar el tono de voz— sé que usted estuvo presente en el interrogatorio y...

—Disculpe que le contradiga, pero no le han informado correctamente. Yo no asistí al interrogatorio, únicamente...— comenzó a hablar lo más convincente que pudo, pero se interrumpió.

*"...nadie más sabe que los sospechosos han salido con vida. Nadie"*

Las palabras de Zasljev de la noche anterior, resonaron en su cabeza como un aviso. Debería tener cuidado con lo que dijese a Aleksey Nóvitsiov. No iba a ser fácil quitárselo de en medio.

—...únicamente... ¿decía usted?— el general se detuvo delante de ella.

Con la mirada fría y bajando la vista buscando los ojos de Sonia, esperaba con visible impaciencia a que continuase.

—...únicamente fue requerida mi presencia por el camarada general Zasljev, pero le insisto en que no estuve presente en ningún interrogatorio.

Era cierto. Cuando Sonia llegó, el interrogatorio había concluido.

En el momento en que Nóvitsiov iba a replicar a Sonia, la mirada de ambos captó la presencia de una escolta motorizada. En medio de ella destacaba el imponente coche de Mijail Zaslíev. A no más de cinco metros de distancia la escena pareció desarrollarse a cámara lenta. Al llegar a la altura de Sonia y Aleksey Nóvitsiov, Zaslíev volvió su cabeza hacia ellos. Sonia saludó militarmente y Nóvitsiov se quedó a medio camino entre el saludo y la sorpresa. Sonia observó las miradas de ambos, tan diferentes, tan contradictorias. Una de ellas provenía de unos ojos más pequeños de lo habitual, fríos, mirada de sospecha, de confianza en sí mismo, de seguridad. La otra dejó entrever titubeo, duda, los ojos más abiertos que de costumbre indicaban sorpresa. Zaslíev volvió la vista el frente y se hundió en el asiento, gesto que permitió que Sonia y Nóvitsiov pudieran descubrir la identidad de su acompañante, Ekaterina Zaslíeva.

Katia para los más cercanos.

La escena no duraría más de tres segundos, suficientes para que Sonia se hiciera una idea de lo sucedido. Creyó vislumbrar un esbozo de sonrisa en el rostro del responsable de la NKVD al echarse hacia atrás, que coincidió con una leve mueca de asombro en Nóvitsiov. Ambos permanecieron unos segundos firmes, observando como la escolta giraba a la izquierda, unos metros más allá, para entrar en la sede del partido.

“¿Ha sido una coincidencia o...?”

El general Nývitsiov, en cuanto la comitiva se perdió en el interior del edificio, emitió un gruñido ininteligible y dio media vuelta en dirección contraria al acceso principal. Según la información que el día anterior le proporcionó el propio Zasljev su mujer no tenía costumbre de aparecer por la sede.

“¿Entonces, por qué hoy...?”

Antes de entrar en su despacho, que compartía con otros camaradas como ella en período de instrucción, decidió salir de nuevo. Una idea rondaba su cabeza y quería confirmarla. Una vez en la calle y tras decidirse por una ubicación se apostó a unas decenas de metros de la entrada principal. Aguardó con calma. Estaba convencida que la persona que esperaba ver no abandonaría el edificio por ninguna salida lateral.

No se equivocó.

Una hora después de su llegada al puesto de observación, las puertas se abrieron dando paso a una fila de motos que avisaban de la presencia de alguien importante en el interior del vehículo que escoltaban. Cuando la comitiva pasó a su altura, Sonia, escondida tras su gorro y las enormes orejeras, sonrió. Ekaterina Zasljeva iba cómodamente sentada en el asiento de atrás.

A paso rápido entró de nuevo en la sede, tenía que darse prisa. Katia le llevaba ventaja, era absurdo siquiera pensar en seguirla. Algo semejante a un plan se fue formando en su cabeza mientras recorría los amplios y fríos

pasillos que la conducían hacia la sede de la NKVD. Tras no pocas dificultades para ser recibida con urgencia por el máximo responsable de la organización, consiguió al final su objetivo. Si su esbozo de plan tenía éxito podría solucionar el encargo de Zasljev en unas horas, pero para ello necesitaba su apoyo y una buena dosis de suerte. De lo contrario, podía correr el riesgo de terminar como los dos sospechosos interrogados el día de ayer. Primero, torturados. ¿Después....?

Mejor no pensar en ello.

—¡Buenos días, camarada Vardiola!— Mijail Zasljev la recibió con una desacostumbrada sonrisa. Hoy se sentía especialmente feliz.

—Camarada general...

Si una cosa había aprendido en el tiempo que llevaba en Rusia acerca de los hombres poderosos, era que cuando sonreían, sin estar habituados a ello, había que estar alerta.

—Hoy es un buen día, camarada Vardiola, ¿O puedo llamarla Sonia?— quiso saber mientras apuraba un sorbo de café— tome asiento.

—Como usted desee, camarada general Zasljev— indicó mientras obedecía la indicación del militar.

Mientras esperaba a que le preguntase el motivo de su visita, observó cómo se recreaba con su taza de café y unos pequeños bollos. Se le veía especialmente contento. Debía estarlo porque jamás compartía con nadie el tiempo de su desayuno.

A ojos de Zasljev, Sonia no andaba muy

desencaminada con sus sospechas. Sí, se sentía feliz, no iba a negarlo. El día había comenzado mucho mejor de lo esperado. ¿El motivo? El corto viaje que había realizado con Katia desde su modesta mansión hasta la sede de la NKVD y su paseo por los pasillos hasta su despacho. Sólo faltaba que esa chica, sentada frente a él, que tanto prometía, finalizara el trabajo.

—¿Qué se le ofrece Sonia?— preguntó de improviso.

A pesar de que unos minutos antes Zasljev le había preguntado si podía llamarla por su nombre de pila, Sonia se sobresaltó.

—¿Eh? Sí, verá, camarada general. Necesitaría un documento que me permitiera llevar a cabo la misión encomendada, si no la guardia personal de su mujer podría detenerme o...

—Cuenta con ello.

—Y un coche no oficial.

—Y un coche no oficial...— repitió más sonriente si cabe.

Unos pocos minutos más tarde abandonó el despacho de Mijail Zasljev. Contenta, pero alerta. Era evidente que el general disponía de alguna información que no compartía con ella. Dudaba de si realmente su misión era confirmar la infidelidad de Ekaterina Zasljeva o se trataba de una simple prueba. Si Aleksey Nóvitsiov no la hubiese abordado aquella mañana, sus dudas serían mayores, pero la actitud del general le hizo sospechar, escondía algo, seguro. Iba a actuar

de una manera que casi siempre le daba buenos resultados: seguir a su instinto.

Este le decía que el primer paso era localizar a Aleksey Nývitsiov. Sería el hilo del cual tirar para resolver el asunto. Quizá él supiese quién era el amante de Ekaterina Zaslíeva, si es que existía. Para poder concentrarse con los cinco sentidos en su trabajo, decidió dar por cierta la infidelidad.

Armada con el salvoconducto de Zaslíev y de un plano de Moscú, encaminó sus pasos hacia el garaje donde le esperaba un soldado con las llaves de su coche no oficial. Una vez memorizada la ruta hacia la residencia de Katia, se puso en marcha. No se podía decir que el tráfico fuera caótico en Moscú en aquellos días. Unos quince minutos después llegaba a la residencia.

Pasó de largo, un detalle le incomodaba.

Cada vez que miraba por el espejo retrovisor aparecía en el pequeño cristal el reflejo un coche negro. La siguiente vez que miró, el coche ya no estaba. Sonia se detuvo, realizó un cambio de sentido y lentamente volvió sobre sus pasos.

No había muchos sitios a los que dirigirse por un camino cómo aquel. El día estaba nublado, la visibilidad era escasa, pero unos metros más adelante logró distinguir el vehículo detenido metros antes de llegar a la casa de Ekaterina Zaslíeva. No la estaban siguiendo, lo más probable era que hubiesen elegido la misma ruta. Al pasar frente a la entrada de la residencia distinguió algunas motos y vehículos de la escolta de Katia junto a la puerta principal.

Y algo más.



Un hombre corría en su dirección.

Sonia aceleró, unos metros más delante se detuvo al abrigo de unos árboles. El hombre llegó hasta el coche negro, lo puso en marcha y tras realizar un cambio de sentido pasó muy próximo a su escondite. Debía solventar en décimas de segundo el siguiente paso a seguir, estaba siendo un día de coincidencias. Su instinto le decía que volvía a encontrarse en el lugar adecuado en el momento preciso, pero debía tomar una decisión.

¿Seguir al hombre del coche negro o esperar?

Con la vista fija en el frente observaba cómo, con el paso de los segundos, el coche apenas se distinguía como un pequeño punto negro en el horizonte. Sin saber bien por qué, aceleró. Acababa de recordar su decisión de obedecer a su instinto. Un soldado en un coche oficial sólo tenía un cometido; hacer de correo. Podía esperar a ver si esa visita implicaba un movimiento en la residencia de Zasljev, si su mujer salía y seguirla. Aunque llevaba el salvo conducto, si era descubierta podía poner sobre aviso a Ekaterina Zasljeva y dar al traste con su misión y, como consecuencia, con su futuro junto al máximo responsable de la NKVD.

Apretó el acelerador lo suficiente para no llamar la atención pero que le permitiese ir lo más rápido posible. No le llevó mucho tiempo alcanzar al correo. Se mantuvo a una discreta distancia, era preferible perderle de vista antes que ser descubierta. Pero si quería seguir adelante con su sueño de llevar la revolución a España, ninguna de las dos opciones era viable.

Con el paso de los minutos fue cayendo la noche en Moscú y con ella las dudas que asolaban a Sonia. Hacía unos diez minutos que habían abandonado la ciudad y la carretera principal. Continuaban alejándose.

“¿Me habré equivocado?”

No tenía ni idea de dónde se encontraba, ni con el mapa que llevaba consigo se creía capaz de regresar de noche. Jamás había circulado por esos caminos, pero no podía volver atrás.

De repente frenó en seco.

Con la mente más preocupada del camino que de estar atenta a los movimientos de las luces traseras del coche que le precedía, no advirtió que había tomado un desvío hasta que fue demasiado tarde y se lo pasó.

—¿En qué coño estás pensando!?!— exclamó para sí.

Decidió apagar las luces y dar marcha atrás. No venía nadie, lo único que tenía que hacer era mantener el coche recto durante unos pocos metros. Por su derecha veía alejarse al coche negro. Sin dejar de recriminarse por su estúpido despiste, logró tomar el desvío y continuar con la persecución. Con la vista fija en las luces traseras, y con las suyas apagadas, avanzó lentamente. Sin embargo...

Sin embargo, la distancia no aumentaba.

“¡Se ha parado!”

Sonia hizo lo mismo, bajó de su coche para reconocer el terreno y encontrar algún lugar donde esconderlo sin que pudiera ser visto desde el camino. Una vez localizado, se puso en marcha alternado cortas carreras con paso ligero. La

distancia era mayor de lo que parecía en un principio. No podía dejar pasar más tiempo.

Corrió.

A medida que avanzaba pudo ver unas pequeñas luces más allá coche negro y otra más grande en el centro. La oscuridad total fue dejando paso a manchas que según se acercaba iban adoptando formas de árboles, coches y lo que parecía ser una casa de campo. Escondiéndose de árbol en árbol, temerosa de ser descubierta, continuó avanzando.

Las luces que había divisado unos momentos antes iluminaban la puerta de una casa. La espesa arboleda le había impedido ver otra luz en la segunda planta. Sonia se acercó hasta la fachada, escondida tras un enorme macetero de piedra pensaba en el siguiente paso a seguir.

La puerta de la casa se abrió.

Lo que vieron sus ojos la dejó helada. No por esperado la impresión fue menor. Si sus sospechas se confirmaban debería salir de allí cuanto antes. Si era descubierta su vida no valdría nada.

Dos hombres llevaban el cuerpo inerte de un soldado que colocaron en la parte de atrás del coche negro. Sonia le reconoció como el individuo que salió corriendo de la mansión de Zasliev, el conductor del coche al que perseguía.

Pero no fue el único al que reconoció.

Pegada a la pared de piedra de la casa, y aguantando la respiración, observó aterrorizada como el camarada general Aleksey Nóvitsiov, caminaba a paso lento en su dirección fumando un cigarro. Un paso más y llegaría a su

altura.

—¿Qué hacemos con el traidor, camarada general?—  
uno de los dos individuos que llevaba el cuerpo del conductor  
se había aproximado hasta el militar.

—Lo de siempre en estas situaciones soldado, lo de  
siempre.

—A sus órdenes, camarada general.

Tras saludar, regresó al vehículo y abandonó el lugar.

Sonia sabía muy bien lo que significaban las palabras  
repetidas por el general. Lo de siempre, se refería a un juicio  
rápido con condena a un campo de trabajo, conocidos hasta  
unos meses antes como campos de concentración. No podía  
estar más de acuerdo con el trato que merecían los traidores  
a la Revolución, pero ese chófer..

Ese chófer no era un traidor. Sólo se trataba de un  
elemento prescindible. No menos de lo que sería ella si  
Nóvitsiov giraba sobre sus talones.

“Nada como un buen cigarro cuando las cosas salen  
como se ha previsto”

Aleksey Nóvitsiov dejó caer la colilla al suelo. Con calma  
la aplastó con la puntera de la bota. Sonriente y silbando una  
melodía que reservaba para los buenos momentos entró de  
nuevo en la casa. No había sido un día fácil a pesar de que  
amaneció con la más que agradable noticia de la ejecución de  
los dos sospechosos que él mismo denunció ante Mijail  
Zasliev, como hombre de confianza que es.

Sonrió frente al espejo mientras se ajustaba el nudo

de la corbata.

“Hombre de confianza”

Sonrió de nuevo, dedicándose la mejor de sus sonrisas.

Le habían faltado unos pocos segundos para que la protegida de Zasliev le confirmara qué había sido de los sospechosos. Esa zorra no daba su brazo a torcer, seguro que Mijail se la estaba tirando, sino de qué iba a tener esa lealtad si además era una maldita extranjera y no tenía dónde caerse muerta. Ya le ajustaría las cuentas, aunque pensándolo bien la camarada Vardiola se merecía un buen polvo.

Satisfecho con su última ocurrencia se acomodó en su butaca preferida. Hizo sonar la campanilla con insistencia, se había ganado un buen vino, el mejor de su bodega.

Sonia abandonó su escondite y buscó un nuevo refugio junto a un grupo de árboles desde dónde podía vigilar quién llegaba por el camino y quién salía de la casa. Poco a poco fue retomando su ritmo cardiaco habitual. Mientras esperaba, su mente iba repasando cada minuto del día. El motivo no era otro que comprobar si la situación en la que se encontraba en estos momentos se podía considerar como adecuada o acorde con el esbozo de plan previsto esa mañana o si por el contrario estaba perdiendo el tiempo.

*“Lo de siempre en estas situaciones soldado, lo de siempre”*

Recordar las palabras de Nóvitsiov le ayudó a eliminar cualquier atisbo de duda. Ese soldado no era un enemigo de

la revolución, era un simple mensajero. Se encontraba en el lugar correcto, sólo debía esperar.

Esperar...

Se tenía por una mujer de acción, la espera le resultaba complicada.

A pesar de ser media tarde, la noche era cerrada y el frío intenso. Iba bien abrigada pero decidió moverse, andar hasta su coche y regresar.

Una y otra vez.

Al fin lo vio. Unos segundos después ya podía oír el suave ronroneo de un motor que se acercaba. A lo lejos, dos potentes focos iluminaban el camino. La irrupción del desconocido visitante la sorprendió recorriendo el trayecto desde su coche al escondite, junto a los árboles. Sin embargo, el lugar en el que se encontraba era un tramo desprotegido a merced de las luces que se aproximaban.

Miró en derredor.

No, ni un maldito arbusto tras el que poder ocultarse.

“¡Mierda!”

Hizo lo único que podía hacer. Correr sin mirar atrás.

Corrió y corrió cómo si se encontrara en una prueba de velocidad y quisiera ganar a toda costa. Podía sentir el barrer del haz de luz de los faros del coche a unos pocos metros tras ella.

Cada vez más cerca.

Giró la cabeza, ahí estaba. Tan cerca, que pudo ver la cara del chófer del vehículo. Se tiró al suelo justo en el momento en que el vehículo pasaba a su altura. Levantó la

cabeza, a pesar de su estado de nervios no pudo evitar que su cara reflejara una amplia sonrisa.

Ekaterina Zaslíeva viajaba sin escolta cómodamente sentada en el asiento trasero. Su esbozo de plan había resultado todo un éxito. Ahora venía la parte más complicada; avisar a Mijail Zaslíev y alejarse de esa casa cuanto antes.

“¿Pero cómo?”

Mientras daba vueltas a la cabeza en busca de una solución de urgencia pudo ver a Katia descender del coche ayudada por su chófer, que se mantenía firme aguantando la puerta. En ese mismo instante Aleksei Nóvitsiov abrió el grueso portón de madera de la dacha. No se trataba de una dacha a modo de cabaña, típica de la clase media, no, la del camarada general nada tenía que envidiar a las de los más altos dirigentes del partido comunista.

A resguardo de los árboles, Sonia avanzó unos pasos en dirección a la entrada principal. Cuando la pareja se perdía en el interior de la casa y el chófer volvía a su vehículo, el rechinar de unas bisagras la sorprendió cambiando de posición. Con los pies fijos en el suelo, agachándose lentamente, pudo ver a una mujer con uniforme de criada haciendo gestos hacia el coche en el que minutos antes había llegado la esposa de Zaslíev.

La luz situada sobre el dintel iluminaba la cara de la joven que aguardaba nerviosa la llegada del conductor con el que se fundió en un largo abrazo. Segundos después, al cerrar la puerta destinada al servicio, el jardín volvió a

quedarse en penumbra.

“Al menos estarán entretenidos durante un buen rato”.

Parecía que la tranquilidad se había adueñado de la dacha. No aparentaba haber mucha vigilancia esa noche. Era una baza a su favor que debía aprovechar. Se le planteaban dos posibilidades para contactar con el general Zasliev. Una, volver a su coche y regresar a Moscú en su busca. Opción que desechó en el mismo instante en que la imaginaba, puesto que no confiaba en su capacidad para encontrar de noche el camino de regreso en un tiempo prudencial.

Tiempo era precisamente lo que no podía derrochar.

La otra posibilidad era hacerse con un transmisor. Con las clases recibidas durante su instrucción se había convertido en lo más parecido a una experta en su manejo.

Poco a poco se fueron encendiendo varias luces en la planta superior. Sonia pudo vislumbrar las sombras de dos personas tras las cortinas. El balcón situado sobre la puerta principal se abrió, Ekaterina Zaslueva avanzaba envuelta en su abrigo de pieles, contorneándose hasta la barandilla. Segundos después el sonido de un tintineo le hizo girar su rostro hacia la puerta de la habitación. Allí estaba su amante mostrándole lo que parecían ser dos copas.

“Debo aprovechar este momento”

El corazón de la camarada Vardiola comenzó a latir más rápido. Su cabeza le decía que fuere lo que fuese a hacer debía hacerlo ya. La espectacular dacha debía guardar un transmisor o varios, sin duda. La cuestión era saber dónde buscar. Se puso en pie, sudando a pesar del frío que



hacía recorrió el exterior de la mansión en busca de una entrada. Una vez en el interior ya decidiría los pasos a seguir. Al llegar a la parte posterior advirtió unas pequeñas ventanas a la altura del suelo, agachada comprobó si alguna se encontraba mal cerrada.

“¡Sí!”

La del medio no estaba encajada en el marco. Metió una pierna, otra y...

“¡Qué estúpida soy!”

Elevándose sobre los codos salió de nuevo al jardín. Con el corazón a punto de salirse del pecho avanzó a pasos largos y lentos.

“¿Cómo no se me ha ocurrido antes?”

Lamentándose por su falta de profesionalidad, se encaminó hacia el coche de Katia. Todo vehículo oficial destinado a muy altos cargos, como era el de Mijail Zasljev y por extensión su familia, disponía de transmisor. Sólo necesitaba que los dos tortolitos alargaran su pasión en la cocina cuanto más tiempo mejor.

Con diez minutos tendría bastante.

Mientras avanzaba, creyó recordar que el chófer no había llegado a la altura de su coche cuando la criada le hizo gestos para que fuese con ella. Por tanto no debería estar cerrado, puesto que al llegar con Katia no lo hizo. Se limitó a salir del vehículo, ayudar a Ekaterina a bajar y acompañarla hasta la casa. Cuando Vardiola llegó junto al coche pudo comprobar que sus sospechas eran correctas. Incluso la puerta no estaba cerrada del todo.

Sonrió.

“¡Ahí está!”

Que diferente era manipular un transmisor en las prácticas que hacerlo en estas circunstancias. Se sentía empapada bajo su abrigo. Barrió con la mirada el entorno antes de abandonar el coche con su pesado tesoro entre los brazos. Todo parecía estar en calma.

Tras no pocos intentos de contactar con su general, al fin lo consiguió. Tocaba esperar, pero antes, el transmisor debía situarlo exactamente en el mismo lugar que ocupaba antes de apoderarse de él. Mientras introducía medio cuerpo por la puerta del conductor observó que la luz del balcón se encendía de nuevo. Con los nervios a flor de piel dejó el transmisor y salió del coche. Parapetada tras el vehículo recorría con la mirada cada ventana. No parecía haber nadie. Sólo la luz del balcón.

No parecía haber nadie....

No se había alejado ni un par de metros cuando, sin saber por qué, giró la cabeza. Con los ojos abiertos como platos, le vio.

Ahí estaba. Inmóvil, con una mano aguantando la cortina, Aleksey Nóvitsiov miraba fijamente en su dirección.

Presas del pánico, corrió.

Apenas podía distinguir el suelo que pisaba.

Su coche no se encontraba lejos y el conductor del vehículo oficial debería continuar ocupado. Consultó su reloj en plena carrera. En pocos minutos Zasliev y su guardia

personal harían su entrada en la dacha. Sabían cómo llegar, no obstante el responsable de la NKVD le aseguró que conocía el lugar.

“¿Me habrá visto?”

Volvió la cabeza. No fue una buena idea.

Sonia tropezó con su propio miedo.

Al incorporarse, giró de nuevo el rostro. No había nadie en la ventana. Las luces de la planta baja se fueron encendiendo y con ellas el desagradable y agudo sonido de una furiosa sirena. Escondida entre los matorrales, consiguió llegar hasta su coche. Decidió que sería mejor quedarse en él que intentar huir, no vaya a ser que su sospecha en relación a la existencia de un reducido número de escoltas de Nóvitsiov no fuese acertada y le cerraran el paso.

Por la puerta lateral salió el soldado que conducía el coche de Ekaterina Zaslíeva metiéndose la camisa en el pantalón, junto con otros dos militares. Por la puerta principal hizo su aparición, sin aparente nerviosismo, Nóvitsiov. Permaneció unos eternos segundos de pie, quieto, apenas movía la cabeza de izquierda a derecha lentamente. Con un gesto distribuyó a sus hombres.

Comenzaba la búsqueda de la camarada Vardiola.

Sonia no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. No recordaba haber experimentado antes ese sabor amargo en la garganta. Ni tampoco la certeza de que si era descubierta sus días de sufrimiento no habrían hecho más que comenzar, a pesar de ser la protegida de Zaslíev.

¿Qué sería de Nora? un fuerte cosquilleo se agarró a

su estómago.

El soldado que inspeccionaba la zona por la que ella se encontraba no tardaría en llegar a su altura. Algo tenía que hacer. Abrió la puerta del coche y salió despacio. En cuclillas avanzó unos metros hasta perderse tras unos arbustos junto a los que se mantuvo agachada, pero la curiosidad por saber dónde se hallaba su perseguidor le hizo levantar la cabeza.

Le vio.

Él a ella también.

Ambos lo vieron, aunque las reacciones fueron bien distintas. Por el camino potentes focos avanzaban a toda velocidad. El soldado dio media vuelta y corrió hacia la casa. Sonia suspiró.

“Era el chófer de Ekaterina Zaslieva”

Los cuatro vehículos aparcaron frente a la dacha. Al menos una decena de soldados saltaron de los coches y rodearon la dacha. Desde su posición Sonia pudo ver a Mijail Zasliev descender con paso tranquilo de su vehículo y entrar en la vivienda. No le gustaría estar en el pellejo de Aleksey Nóvitsiov, ni de Katia, aunque pensándolo bien tampoco en el de ninguno de los que allí se encontrasen. Regresó a su coche, permaneció unos instantes sin mover un músculo con la vista fija en la casa mientras recuperaba la compostura. Segundos después arrancó dispuesta a regresar como fuera, ya nada le importaba si se perdía, más tarde o más temprano encontraría el camino de vuelta.

Todo había terminado.

Unos metros más adelante pudo comprobar que estaba

equivocada.

A punto de abandonar el camino de acceso a la casa de campo, dos vehículos le cerraron el paso indicándola que se detuviera a un lado del camino. Dos soldados por un lado y otros dos por el otro la rodearon apuntándola con sus armas. Sonia levantó los brazos, asustada.

—¡No disparen, camaradas! ¡No disparen!

—¡Salga del vehículo con las manos en alto! ¡Ahora!

No hizo falta que le repitiesen la orden. Salió despacio. Con un rápido gesto el soldado la obligó a girarse y extender los brazos sobre el capó, a la vez que la cacheaba.

La mayor preocupación de Sonia era que Nóvitsiov la viera cuando le trasladaran a dónde fuesen a llevarle. Al final del camino, junto a la casa, oyeron el ruido de varios coches que se ponían en marcha.

Algo más oyeron.

Disparos.

“Quizá no tenga que preocuparme por que me vea”.

Le sorprendía no sentirse especialmente contenta con la posibilidad de que hubiesen asesinado al general Nóvitsiov por un lío de faldas.

—Tengo un documento del camarada general Mijail Zasljev en el bolsillo de la chaqueta, que debo enseñar a quién me impida continuar con la misión que me ha encomendado— soltó de sopetón lo más seria y convincente que pudo.

“¿Misión del camarada Zasljev? ¿Quién coño es esta?”.

El sonido de los coches que se aproximaban hizo dudar

al soldado. Si Zasliev le veía deteniendo a esta mujer.. pero ¿y si era mentira?

—Déme lo, despacio— ordenó.

Sonia extrajo el salvoconducto de su chaqueta y se lo entregó al asustado militar. Nada más verlo reconoció el papel oficial de la NKVD y la firma de su máximo responsable justo en el momento en que la pequeña comitiva llegaba a su altura.

El soldado giró sobre sus tacones con el salvoconducto de Sonia en la mano izquierda y con la derecha dispuesta para el saludo militar. En el primer coche viajaba parte de la escolta con el semblante serio. En el segundo iba Zasliev, al ver a Sonia le dedicó un leve movimiento de cabeza. El soldado que estaba junto a ella, convencido que iba destinado a él, se cuadró exageradamente.

Mijail Zasliev no viajaba solo.

A su lado, Sonia pudo distinguir a Katia con el porte orgulloso, la barbilla levantada y la vista fija en el frente.

“Ya puedo irme”

Había un tercer vehículo.

Justo antes de introducirse en su coche la camarada Vardiola giró la cabeza hacia ese tercer vehículo de la comitiva. Un rostro vuelto hacia ella la observaba sin aparente interés. Sonia se sobresaltó. Aleksey Nóvitsiov, volvió la vista el frente. No fue más de un segundo escaso el tiempo en el que sus miradas se encontraron, es más, no podría asegurar que la mirase a ella ni que le hubiera reconocido.

Sin embargo...

“Si me ha visto...”

El frío cosquilleo que recorrió su cuerpo le hizo estremecerse.

Sonia trazó una y otra vez un círculo sobre el nombre hasta que la hoja se rompió. Lágrimas de impotencia resbalaban por su rostro. Tenía que averiguar que había sido de Nóvitsiov y si estaba implicado en el secuestro de su hija.

“¿Me habría reconocido el día que estuve en su dacha?”

“*¿Usted sabe que no bromeamos?*”

Se preguntaba por qué hablaba Nóvitsiov en plural en la nota, en el supuesto de que fuese él quien la escribió. Quizá se refería a Ekaterina. De ella no volvió a saber nada desde aquel día. Tampoco era extraño, puesto que no tenía costumbre de aparecer por la sede del partido y lo más cercano que Sonia había estado de la casa de los Zasljev fue aquel día junto al camino que daba a la verja. Sobre el general corrían diferentes rumores. Unos se referían a un repentino destino, otros a un repentino ataque al corazón.

Todo repentino, de eso no cabía ninguna duda.

# 8

## Moscú-Salamanca 1932-1939

Para Mijail Zasljev, sorprender con las manos en la masa a su mujer y a su antiguo colega de la NKVD, fue una satisfacción que debía a su fiel camarada española, Sonia Vardiola. Pagaba sus deudas y no cabía duda que ésta lo merecía. Era consciente de que estaba formando una agente fiel a la Revolución, significara lo que significara eso. Fiel a sus misiones y lo que era aún mucho más importante, fiel a él mismo. Siempre se había considerado con un talento especial para elegir a sus colaboradores, Sonia Vardiola era buena prueba de ello.

Sonrió. Fue una sonrisa breve.



Su mente le trajo rápidas y sucesivas instantáneas de su mayor equivocación; Aleksey Névitsiov. Lo más parecido a un traidor y cómo tal fue condenado y juzgado en un proceso rápido. Aquel que traicionaba al máximo responsable de la NKVD, lo hacía a su propio país. No pudo evitar una sonrisa torcida al recordar el juicio.

“En el fondo no soy más que un sentimental de mierda”

Ekaterina Zaslíeva no fue juzgada. Debido a la magnanimidad de su marido no se le acusó de colaborar con un traidor a la patria y le fue permitido continuar con vida, confinada en la finca del general, disfrutando de las ventajas de ser una sirvienta más. Con derecho a visitar su cama, otra ventaja de ser una sirvienta más.

A su ex amigo y ex compañero le salvó la vida, a pesar de los ruegos de éste para que no le librara de un pelotón de fusilamiento a cambio de ser internado en un campo de trabajo. Allí, un general de la NKVD duraría el tiempo que tardasen los presos en enterarse de quién era.

O de quién había sido. Ahora no era nadie.

Fue enviado por el Gulag, nombre por el que se conoce a la Dirección General de Campos de Trabajo, que dependía del propio Mijail Zaslíev. Aleksey Névitsiov tenía las horas contadas.

Eso era lo que creía el camarada general Zaslíev.

Ese fue su error.

La realidad fue otra bien distinta. Quizá la prepotencia o el saberse ganador le impidió ver que el condenado también provenía de la NKVD. Posiblemente no fuese bien

recibido entre los demás presos, sin embargo, sí podría ser bienvenido entre los oficiales del campo de trabajo.

Eso fue lo que aconteció.

Como bien sabía Zasliev, las deudas se pagan.

La noticia del proceso del general Aleksey Nývitsiov corrió como la pólvora entre los oficiales del ejército ruso y en todas las organizaciones que servían a Rusia. La NKVD era una de ellas, y de las más temidas, sino la que más. Como en toda organización que se precie se forman grupos y partidarios de unos y otros. El comandante encargado de la construcción del Canal de Belomor era un fiel amigo de Nývitsiov, lo que implicaba que no se le podía considerar partidario de Mijail Zasliev, postura que todos se guardaban de hacer pública.

El viaje del condenado a los trabajos de construcción del Canal fue de ida y vuelta. Al llegar, fue recibido con todos los honores, eso sí, en una ceremonia privada en la que se le proveyó de un uniforme de comandante y transporte hasta el punto más cercano a partir del cual se pudiera mover por sí mismo. El fiel camarada de Nývitsiov se ocupó el mismo día de su partida del Canal de Belomor, de que corriese el rumor, lo más directo posible hacia la sede central de la NKVD, del fallecimiento del que fuera camarada general Aleksey Nývitsiov en la segunda jornada de trabajo debido a un repentino ataque al corazón.

El camino de regreso fue lento.

“Los muertos no tienen prisa”

Sonreía en cada ocasión que le venía a la mente su mejor ocurrencia de los últimos días. Quizá no fuese la mejor, nada superaba a la venganza. Una dulce venganza.

“¿Dulce?”

Dolor, sufrimiento, impotencia, desesperación era lo que deseaba que la españolita padeciera. Quería verla sufrir. Se iba a encargarse de todo personalmente. Antes debería cobrarse algunos favores para poder llevar a cabo su plan. Necesitaba saber dónde vivía y averiguar sus puntos débiles. Si había sólo uno, mejor que mejor.

Unas cuatro semanas después de partir del Canal de Belomor, Nóvitsiov llega a Moscú. Había transcurrido algo más de dos meses desde su detención y la de Katia en su dacha de campo.

“Ekaterina Zaslíeva...”

Murmuraba su nombre mientras caminaba entre calles camino del apartamento del individuo que se iba a convertir en su topo en la NKVD. Se hinchaba como un pavo cuando recordaba las horas pasadas con Katia en su mansión.

“Si no puedes tener el lugar que ocupa el tirano de Mijail, al menos fóllate a su mujer”.

Nada le daba más placer que pensar en él cuando tenía a Katia debajo mirándole con esa cara de placer. Todo iba bien, hasta que alguien se fue de la lengua. Creyó tenerlo todo controlado con esos dos pardillos a los que denunció. Lo suyo una trampa, seguro. Cayó como un novato. Alguien iba a pagar por ello.

Sonia Vardiola era la elegida.

El topo le debía uno de esos favores que más tarde o más temprano terminan por pagarse. Su padre y su hermano fueron ejecutados por ser enemigos de la Revolución. Con ellos, toda la familia fue enviada a diferentes campos de trabajo. Todos, excepto Pavel Ologov, a quien Nóvitsiov acogió bajo su tutela de manera discreta. Le buscó una ocupación en la sede del partido, más adelante se las ingenió para colocarle en el departamento de administración en la propia NKVD. Quizá algún día necesitase de alguien que le pudiera informar de todo lo que la organización supiera acerca de cualquier miembro del partido o de la propia organización.

Ese día había llegado.

Acababa de aplastar la colilla de su tercer cigarrillo cuando le vio aparecer. Pavel caminaba con paso distraído, parecía contento.

“Mejor así, más interés pondrá”

Se escondió tras una columna desde la que podía contemplar como se aproximaba el que fuera su defendido. En cuanto se encontrase a su altura lo abordaría.

—Camarada Pavel Ologov— dijo en tono neutro.

Despacio, como si pensara que la voz que acaba de escuchar no podía ser más que fruto de una broma de su imaginación, fue girando sobre sí mismo. El semblante que Aleksey definió como contento segundos antes, dejó paso a la sorpresa, al asombro y al miedo.

—¡Camarada general Aleksey Nóvitsiov...!

—¡Calla, imbécil!

El rostro de Ologov palideció al instante. Temblaba, pero no de frío. Ciertamente que la temperatura era muy baja, pero la visión de su general le hizo recordar las últimas palabras que cruzó con él.

“Nada de lo que he hecho por ti es gratis. Algún día pagarás”

Había llegado el momento de pagar su deuda.

Nóvitsiov pasó la noche en el apartamento de Pavel. Había decidido que ese sería un buen lugar para permanecer unos días escondido elaborando su plan de venganza. Pero no podría pensar en nada hasta que no tuviera en su poder toda la información sobre Sonia Vardiola.

“Si nada más que se trata de esto, es pan comido”

El temblor que se había apoderado de su cuerpo en cuanto oyó la voz del general, fue dejando paso paulatinamente a una sensación de falsa camaradería. Pero al menos no le había pedido nada imposible de conseguir. Contaba con una bien ganada reputación entre sus compañeros y nadie se sorprendería si husmeaba un poco en los archivos.

Aleksey Nóvitsiov le iba a pedir algo más.

Nada más leer la documentación que Ologov le había proporcionado y que afirmaba debía devolver, comenzó a trazar su plan. Tras la primera lectura del documento, sonrió.

—Así que la buena de la camarada Vardiola tiene una hijita de seis años...—apuntó con la sonrisa reflejada en su

rostro—...esta es tu siguiente misión, traerás aquí a esta niña cuanto antes, pero primero debo comprobar la dirección de su casa.

—No puedo hacer lo que me pide, camarada general— su negativa sonó como un balbuceo más que como una convencida protesta. Con la mirada fija en el suelo, Ologov no daba crédito a la petición que acababa de oír.

“¡Quiere que secuestre a una niña! La hija de la Sonia Vardiola ni más ni menos”

—No te estoy pidiendo un favor.

Nóvitsiov salió antes del amanecer camino de la casa de Sonia. La primera parte del plan consistía en averiguar, por un lado, su horario habitual de entradas y salidas y, por otro, si la niña se quedaba con alguien mientras la madre estaba ausente.

“Ahí viene”

Cuando la vio alejarse de la casa, regresó a su escondite. Volvió al final de la tarde. Al día siguiente y al otro y así durante cinco días más repitió la misma operación. Por la mañana una mujer llegaba, siempre la misma, y a los pocos minutos Sonia partía hacia la sede de la NKVD. Por la noche los mismos protagonistas pero a la inversa. La camarada Vardiola regresaba y a los pocos minutos la misma mujer salía de la casa.

El día siguiente sería el elegido.

Pavel no supo cuando se pondría el plan en marcha hasta que volvió del trabajo aquella tarde. Nóvitsiov prefirió

no comentarle nada. Ologov necesitaba algunas lecciones y él se las daría personalmente, pero para ello debería dejar los sentimientos a un lado.

Llegaron a casa de Sonia un par de horas antes de lo que ella solía hacerlo habitualmente. No les fue difícil entrar. Bastó con hacerse pasar por un enviado del partido con una nota para la camarada Vardiola.

Marina abrió la puerta.

No debió hacerlo.

—¡Camarada general Nóvitsiov!— exclamó la mujer mientras le saludaba militarmente.

Tampoco debió mostrar que sabía quién era y menos aún saludarle. Pero ya era demasiado tarde.

Aleksey se la quedó mirando fijamente, no contaba con que la cuidadora le reconociera. Su mente buscaba lo más rápido que era capaz algún lugar o encuentro con ella. Nada. ¿Entonces?...

Con gesto despectivo ordenó a Marina que se echase a un lado. Los dos hombres entraron en el apartamento.

“¡Claro! Seré imbécil”.

Nóvitsiov acaba de recordar que las mujeres de la NKVD podían contar con personal femenino en fase de adiestramiento, como cuidadoras. A Sonia no le correspondía por no ser considerada todavía como agente.

“A no ser que en estos meses Zasliev se haya encargado de ello”.

—¿Mamá?— Nora apareció corriendo tras la puerta situada al fondo del salón.

—No es mamá. Vuelve a tu habitación y espérame allí, debo atender a estos señores.

Nora no parecía muy convencida. Algo había en la expresión del hombre mayor que no le gustaba nada. El otro parecía asustado.

—¿Y tú quién eres?— quiso saber mirando al general— ¿Conoces a mi mamá?

—Ve a tu cuarto— le interrumpió Marina.

A regañadientes, pero al fin, Nora obedeció.

Algo no iba nada bien. El camarada general vestía ropas de comandante y no su uniforme de general de la NKVD.

Diez minutos después los cuatro abandonaban la casa. La pistola del general convenció a Marina que lo mejor que podía hacer era colaborar con las exigencias de aquellos dos hombres. Tras dejar una nota para Sonia regresaron a casa de Pavel. Las muestras continuas de nerviosismo de Ologov incomodaban a Nóvitsiov hasta tal punto que sopesaba la posibilidad de quitárselo de en medio. De momento le sería más útil vivo, no quería que sus compañeros en el trabajo se alarmaran con su ausencia y dieran al traste con todo.

Esa noche apuntaba ser muy diferente a las anteriores. Con el cuello de su abrigo levantado protegiéndose del intenso frío, el general repitió el mismo trayecto de los últimos días camino de la casa de Sonia. Pero en esta ocasión iba contento, quería darse la satisfacción de ver su rostro e imaginar sus lágrimas y su tremendo dolor en cuanto leyese la nota. Su cara reflejó una sonrisa ladeada desde el instante en que la vio aparecer tras la columna de siempre, hasta que



se perdió en el portal. Esperó satisfecho a que Sonia encendiese la luz del salón.

Sonrió de nuevo.

Dio media vuelta y regresó a casa de Ologov. No iba a hacer nada en los siguientes tres días. Le bastaba con recrearse en la imagen formaba en su cabeza, podía apreciar con toda nitidez la angustia de la camarada Vardiola sin noticias de su pequeña.

Por traidora.

Ese tercer día llegó.

Sonia lo vivió como los anteriores, angustiada y vigilando su casa. Si volvían a comunicarse con ella lo más probable es que lo hiciesen de la misma manera que la primera vez. Apenas había dormido ni probado bocado en los últimos días. No tenía estómago para pensar en comer. La ansiedad y el dolor se habían apoderado de ella y de su hambre, pero por otro lado le habían otorgado esperanza.

El primer día que decidió apostarse frente a su casa estuvo un par de horas. El tiempo que pudo apurar de su jornada. El día de ayer y el de hoy había alegado tener fiebre. Zasljev la envió a casa hasta que se recuperase.

Era media tarde del tercer día, abrigada con varias capas de ropa esperaba paciente a que alguien se acercase a dejar otra nota. Se estaba planteando la posibilidad de que su razonamiento no fuese el correcto, y por tanto la espera una idea absurda, cuando una sombra que avanzaba pegada a la pared de su edificio daba unos pasos y se paraba. Cuatro o

cinco pasos más y se detenía.

Sonia cambió de posición, si la sombra se acercaba un poco más podría distinguir su rostro. Otros cuatro pasos más y volvió a pararse. El hombre, que no parecía más alto que ella ni más corpulento, inició de nuevo la marcha tras mirar de un lado a otro.

“Es él, seguro”

“Pero hay algo en esa persona que no encaja, parece un aficionado”

Esperó a que entrase en el portal de la vivienda y se puso en marcha no sin antes barrer con la mirada la zona, por si ese individuo no viniese solo. No sería la primera vez que pusiera en práctica las clases recibidas de defensa personal, pero sí que sería la primera ocasión que estaría ella sola ante una situación de este tipo. Al llegar al portal se asomó despacio, a tiempo para ver como el individuo subía los últimos escalones del primer tramo de la escalera. Antes de continuar respiró profundamente un par de veces. No dudaría en matar si con ello conseguía la vuelta a casa de Nora, pero el hombre que iba delante de ella había venido solo y no debía morir.

De momento.

Con todos los sentidos alerta fue subiendo los escalones uno a uno, despacio, muy despacio. El objetivo lo tenía muy claro, no era otro que averiguar el paradero de su pequeña. Al llegar a los últimos escalones se tumbó. Poco a poco fue asomando su cuerpo hacia el pasillo.

Aquí estaba, frente a la puerta de su casa. Sonia avanzó

a gatas unos pocos metros. El individuo empujó la puerta.

“¡Ahora!”

Incorporada sobre los talones comenzó a correr. Llevaba la pistola que le correspondería como agente y que había tomado prestada. Antes de que Pavel Ologov cerrase la puerta, Sonia se abalanzó sobre ella con todas sus fuerzas. El fuerte empujón envió al intruso contra la pared. Con la ceja partida y una mezcla de sorpresa y miedo, miraba de rodillas a la camarada Sonia Vardiola que bien conocía. Nóvitsiov le había asegurado que sería un trabajo fácil; dejar la nota y regresar a su casa.

“Una mierda”

—¡Levántate!— exigió Sonia apuntándole con la pistola con ambas manos— ¡Vamos!

“Matarle no, pero...”

Ologov recibió en las costillas la rabia concentrada en la puntera de la bota de una madre que llevaba tres días sin dormir ni comer, angustiada por ignorar el paradero de su única hija. Hasta los oídos de Sonia llegó el chasquido de algún hueso y el tremendo alarido que salió de la boca del hombre mientras se retorció de dolor en el suelo.

—Cállate si no quieres que te meta una bala en los cojones— murmuró suavemente junto al oído de Pavel.

—No...por favor, yo no...— una bocanada de sangre le impidió continuar hablando.

Sonia no tenía tiempo para sutilezas.

—¿Sabes dónde está mi hija, cabrón?

Pavel Ologov levantó la cabeza buscando los ojos de la

camarada Vardiola. Lo que se reflejaba en ellos le convenció que debía colaborar con esa mujer. No soportaba el dolor, si no lo hacía por las buenas, al final de todas formas, iba a compartir con ella toda la información que poseía. Le acaba de dar una muestra de lo que era capaz.

Asintió, mientras volvía a escupir sangre.

Con un gesto, Sonia le indicó que se incorporase. De un armario sacó un retal de una sábana vieja para que no le manchara la casa de sangre. Durante los siguientes diez minutos estuvo exprimiéndole toda la información que deseaba. Sí, Marina se encontraba con la pequeña.

—¿Todo esto es obra del camarada general Aleksey Nóvitsiov?— preguntó con rabia, aunque estaba convencida que sabía la respuesta.

—Sí, camarada Vardiola.

—¿Me conoces, desgraciado?— quiso saber asombrada.

Pavel Ologov recomendó a Sonia que le debía dejar marchar, si no el general sospecharía. No había tiempo para elaborar un plan según los cánones. Lo único que deseaba era encontrarse cara a cara con Nóvitsiov. Podía avisar a Zasliev y ponerle al tanto de lo que sucedía. Él sabría como actuar.

“Y yo también”

—Vamos— ordenó a Pavel.

El posible éxito del plan pasaba por que su prisionero fuera capaz de llegar hasta la puerta de su vivienda y entrar sin que el general sospechara nada.

Después...

Después ya se encargaría ella de lo que fuese necesario.

Anduvieron unos veinte minutos, durante los cuales Pavel Ologov pareció recuperarse en parte. Ya no escupía tanta sangre y caminaba más erguido. Sonia no se fiaba del muchacho, pero algo le decía que Nóvitsiov no era precisamente de su agrado y lo iba aprovechar.

—Es ese edificio de ahí delante— indicó Pavel con una mano sobre el pecho.

Sonia se notaba inquieta, imaginar al general con Nora le producía una intensa rabia. No quería ni pensar lo que habría sufrido su pequeña durante estos días. A Marina no le costaba imaginarla asustada por las circunstancias y la leyenda viva de Aleksey Nóvitsiov.

“¿Viva?”

—Vivo ahí, en el primer piso— señaló una ventana que permanecía cerrada.

Por si acaso la ventana no estaba tan cerrada como parecía, Sonia decidió dar la vuelta a la manzana. Durante ese corto trayecto Ologov le aseguró que no iba a plantearle ningún problema, que confiara en él.

—Cállate de una vez...— murmuró Sonia.

Aleksey Nóvitsiov comenzaba a impacientarse. Ologov ya debería estar de vuelta. La misión era sencilla, dejar la nota en casa de esa zorra de Vardiola y regresar. Mirando por entre las rendijas de la persiana recordaba las pocas líneas

que había escrito.

*"Si quiere ver a su hija con vida, vaya a media noche frente a la fábrica de pan. Allí recibirá instrucciones. Estamos vigilando"*

Pensaba marearla un poco, para cuando el cobarde de Ologov la trajese hasta su casa, ya se habría deshecho de la cría y de su cuidadora. A Sonia Vardiola le esperaba un final más lento. Mientras sonreía excitado al imaginarla esa misma noche desnuda en la cama, entregada a él, dos golpes en la puerta captaron su atención.

"¿Cómo es posible?"

Nóvitsiov se puso tenso. Si fuese Pavel Ologov debería haberle visto llegar. Desde las rendijas de la persiana podía ver perfectamente la esquina del edificio por la que debía aparecer, si todo hubiese ido bien.

"Si todo hubiese ido bien..."

Con parsimonia recorrió los cuatro metros que le separaban de la puerta. Al llegar se detuvo y pegó la oreja. La pistola en la mano derecha, la izquierda sobre el pomo. Dos nuevos golpes.

—¿Quién?

—Ologov

Sin saber por qué, Nóvitsiov abrió despacio. La pistola en alto fuertemente agarrada. Algo sucedía, pero no acertaba a imaginar qué podía ser.

Lo primero que vio fue la cara de Pavel Ologov, todo lo demás sucedió en rápidas sacudidas. La sensación de tranquilidad al ver el rostro de Pavel le duró escasamente

unas décimas de segundos, las que tardó en observar los moratones de su cara y la oscura inflamación sobre la ceja.

Lo segundo que vio, cuando su protegido se retiró a un lado, fue algo parecido a una sombra que se abalanzaba sobre él. El canto de la puerta le golpeó en la boca y salió despedido hacia atrás dejando caer la pistola.

El ruido atrajo la atención de Marina. La cuidadora apareció de repente por la puerta que daba a las habitaciones. Por la de la entrada de la casa, Sonia. Nóvitsiov miró a una y a otra. Fijó la vista en la pistola y se lanzó a por ella. Lo mismo hizo Marina, a pesar de encontrarse algo más retirada, en un par de zancadas se puso a su altura.

No fue lo suficientemente rápida. Aleksey Nóvitsiov llegó primero.

Cogió la pistola entre sus manos y apuntó.

Uno, dos, tres disparos salieron del arma de Sonia Vardiola que impactaron en el cuerpo del general sin darle tiempo a apretar el gatillo. Durante unos segundos, Marina, Sonia y Pavel permanecieron inmóviles y en silencio, pendientes de Nóvitsiov por si se movía aunque fuese mínimamente. Obedeciendo a un gesto de Sonia, Ologov cerró la puerta. Despacio, se fueron aproximando al cuerpo inerte del general. De un puntapié Marina retiró la pistola que descansaba a pocos centímetros de la mano de Nóvitsiov.

—¡Mamá!

La pequeña, asomando la cabeza desde el pasillo, acababa de descubrir a su madre. Corrió hasta lanzarse en sus brazos.

—¡Hija! ¿Estás bien?— preguntó mientras la miraba a los ojos y observaba el miedo que reflejaban y las lágrimas que resbalaban por su rostro.

Nora asintió. Tenía la respiración agitada, los ojos escocidos de tanto llorar. No paraba de sorber de manera continua la nariz. Sonia la abrazó esperando que se tranquilizase.

—Lo siento camarada...— murmuró Marina cabizbaja

—No es culpa tuya. Si yo te hubiera informado de quién era este individuo no te hubiese sorprendido en mi casa— afirmó convencida, y enfadada con ella misma por lo que consideraba un imperdonable error.

—Sí, es el camarada general Aleksey Nóvitsiov, una leyenda de la Cheká y de la NKVD ¿cómo iba yo a pensar qué...? — balbuceó Marina mirando el cuerpo.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—¿Está muerto?— Pavel Ologov asistía en silencio a la conversación de las mujeres sin separar la vista del cadáver.

—Está bien muerto— concluyó Sonia.

Si algo le faltaba a Mijail Zasliev para convencerse de que su protegida española era la mejor decisión que había tomado en muchos años, fue enterarse que había quitado de en medio a Nóvitsiov. El asunto de la captura de Aleksey Nóvitsiov no fue contado por los protagonistas de la manera en que había sucedido. Sonia hizo lo mismo que su víctima, en lugar de denunciar ante Zasliev la participación de Pavel Ologov en el secuestro de Nora y de Marina, varió la historia,



haciéndole aparecer como un mero espectador de los hechos. De esta manera se aseguraba su concurso dentro de la organización. Cuantos más tuviera como él, mejor para ella. Nunca se sabe cuando podría necesitar sus servicios.

Casi sin quererlo, Sonia se convirtió en el brazo derecho de Mijail Zasliev. El haber capturado a un fugitivo de la talla del general valió a Sonia un más que importante ascenso en su meteórica carrera. Cuando abandonó Rusia, camino de España, la camarada Sonia Vardiola fue ascendida al grado de Teniente, no sólo por su actuación al capturar al general sino también por sus acciones al infiltrarse entre grupos antirrevolucionarios.

Después de dos años más de servicios llegó el día más esperado, el regreso a España. Su primera misión consistía en buscar un marido que le permitiera libertad de movimientos. Debía organizar e instruir a aquellos grupos partidarios de que la Revolución rusa se implantara en España. Crear células que en un momento pudiesen ser activadas para llevar a cabo las misiones que se les encomendasen. El camino de regreso pasaría por Italia donde le esperaba un espía que trabajaba para los rusos.

En los últimos años, mejor dicho, desde que los asesinos de su marido y los policías que presenciaron el asesinato fueron condenados, no tuvo mucho contacto con la familia de Ramón. Nora insistía en ver al tío Miguelón y al tío Dima, a las tías Tanya y Amparo, y a Ángel, y a los abuelitos y jugar con los que ella consideraba sus primos, Anna, Yuri y el pequeño Misha, pero poco a poco, Sonia fue alejándose de

sus vidas. Un par de cambios de casa le bastaron para que perdieran el contacto. No quería que Nora se encariñara más de lo que ya estaba y el día de partida fuese un problema. La estaba educando para controlar sus emociones y fuese tan fría como lo era ella misma. Si lo conseguía, con el paso de los años se daría cuenta que todo lo que hacía era por su bien, por su protección.

¿O por la Revolución?

¡Qué más daba! Una cosa llevaba a la otra.

—¿Sonia?— una voz conocida, de su reciente pasado, la llamaba a escasos metros de la entrada del portal del edificio donde se alojaba desde hacía un año. Su última vivienda en Moscú.

“No es posible”

Siguió andando como si no hubiese oído nada y pasó de largo de su casa. La voz era de Miguelón, sin duda. Ese tono grave hubiese sido imposible no reconocerlo entre miles de voces.

—¿Sonia?— insistió.

Se dio la vuelta sin aparente interés, como si pensara que ser abordada por un desconocido, en aquel lugar y a aquella hora de la noche, no fuese de su agrado.

—¡Sonia!— esta vez fue Dima el que la llamó— ¡Eres tú! ¡Qué alegría!

En pocos días abandonaría Rusia y no estaba dispuesta a tener que despedirse de nadie. Menos aún de la familia de Ramón, ni de sus amigos.

—¡Eres Teniente! ¡Sonia Vardiola es Teniente! ¡Qué orgulloso estaría Ramón de ti!— exclamó Miguelón cuadrándose sonriente.

La fatalidad había querido que aquel día hubiese una recepción y llevara el uniforme que hacía meses no se ponía.

—¿Eh? Sí, bueno. Es una larga historia— su tono desapasionado, el semblante serio.

—¿Vives por aquí?

—¿Por aquí? Este es barrio de gente importante, Dima. Yo...sólo venía a...cosas de trabajo, ya sabéis— respondió atropelladamente.

Sus dos amigos se la quedaron mirando, desconcertados por su extraña actitud. Poco quedaba de esa Sonia que les cautivó tiempo atrás. La de ahora tenía una mirada fría, el rictus grave.

—¿Nora cómo está? Sus primos preguntan por...

—Está muy bien. Si no os importa tengo trabajo que hacer— cortó a Dima que se quedó con la boca abierta viendo como Sonia se alejaba de sus vidas, para siempre.

Sonia Vardiola, nombre en clave, agente Arena.

En ocasiones, *el para siempre*, es relativo.

—¿Dónde vamos, mamá?— Nora no salía de su asombro ante el ir y venir de su madre y soldados por la casa.

—Vamos a pasar unos días a la casa de campo de un camarada.

—¿Habrá niños para jugar?

—Sí, si... tendrás de todo allí— respondió Sonia distraída mientras señalaba unas cajas a un soldado para que las bajase.

Para Nora se trataba de unos días de vacaciones, para Sonia el inicio de su apuesta por la Revolución. Bastó que llegase la noche del primer día en el tren para que Nora se preguntara cómo era posible que la casa de campo estuviera tan lejos. Ante la insistencia de la niña, su madre la cogió de la mano y salieron del compartimento. En el pequeño descansillo entre vagón y vagón le confesó la verdad.

—¿A Italia?! ¿Qué vamos a hacer allí? —exclamó enfurecida— ¿Y mis amigos? ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me has dejado despedirme?! ¿Por qué...?— cada palabra que salía de su boca llevaba un tono cada vez más alto.

En el momento que Sonia consideró que ese tono estaba próximo al grito, levantó su brazo y estrelló su mano contra la cara de su hija, que con los ojos como platos y las lágrimas pugnando por salir, la miraba boquiabierta sin entender nada.

—Es por tu bien. Te he explicado mil veces cual es nuestra misión y si no te he dicho antes que nos íbamos era para evitar que montases un escándalo como este— Vardiola se esforzaba en que cada sílaba que partía de su boca lo hiciera en el mismo tono pausado que la anterior.

Con los ojos fijos en los de su hija se maldecía al comprobar el poco efecto que habían tenido en ella las horas que le había dedicado. Creyó que su educación se encontraba

en un punto mucho más evolucionado. Marina le vino a la mente

“Una cuidadora demasiado emocional”.

Lo que restaba de trayecto lo pasaron en el compartimento. A ratos leyendo algunos libros que Sonia llevaba para la instrucción de su hija, el resto, en silencio. Cuando había alguna parada y descendían del tren, lo aprovechaba para explicarle una vez más a su hija, cual era el trabajo de su madre.

—Tu padre murió por la Revolución, no lo olvides ¡Nunca!— soltó con los labios apretados, agachada sobre Nora, cuando ésta quiso saber por qué era tan importante la Revolución.

Hasta la fecha no le había contado la actitud de su padre desde el día en que nació, ni cómo renunció a ella mientras vivió. Quizá algún día lo hiciera, cuando la vena sentimental pudiera con su hija. No guardaba especial cariño a Ramón, pero se trataba del padre de Nora y de la persona que le había abierto los ojos.

Eso no lo olvidaría jamás.

El largo trayecto hasta Turín se convirtió para la niña en unas intensas jornadas de preparación política. Aprendió que las emociones y los sentimientos le podían alejar de su objetivo final. Poco a poco se iría transformando en todo lo contrario de lo que apuntaba en sus primeros años de vida, en los cuales la alegría y la felicidad iban siempre de la mano con ella.

“Hasta que asesinaron a Ramón”

Sonia se había prometido que ni su hija ni ella volverían a sufrir jamás por nadie.

En Turín no estuvieron más que el tiempo suficiente para que su colega el espía italiano, Nino Broccenti, le presentara a una persona que había conocido unos años atrás. En palabras del propio Broccenti podía ser el objetivo que Sonia andaba buscando.

—Es militar, está soltero, su familia tiene influencia y una buena posición social. Viven en Salamanca— apuntó Nino.

—Preséntamelo.

El anterior matrimonio de Sonia se celebró por amor. Uno y no más. El siguiente y los que hicieran falta serían distintos. Bastaba con prepararse para ese tipo de vida y Sonia lo estaba.

Emilio Santos-Fraile resultó ser la persona adecuada para los intereses de la agente Arena. No fue complicado conquistar su corazón. Sonia se había dejado el pelo más largo de lo habitual, llevaba su melena castaña suelta con la que resaltaban esos ojos marrón claros. Se sabía una mujer que gustaba mucho a los hombres. A pesar de que los últimos años se había ocupado de que su ropa no marcara sus curvas no había logrado pasar inadvertida entre sus compañeros de partido. Puesto que nadie pudo sostener que Sonia Vardiola había pasado por su cama aunque fuese por unas pocas horas, corrió el rumor de su condición de homosexual. Rumor que le hacía plantearse si alguna

camarada se había apuntado el tanto de acostarse con ella.

“Mejor, así me dejarán tranquila”.

Durante los siguientes cuatro meses, Emilio partió de Turín a Salamanca repetidas veces. Cuando Sonia le conoció, se encontraba de vacaciones, las otras visitas fueron debidas a permisos concedidos. Su condición de militar le impedía actuar como su corazón le pedía.

—Vente conmigo a Salamanca.

—Pero si apenas nos conocemos, Emilio ¡Qué cosas tienes!— subrayó con un mohín de timidez en su rostro

Emilio tomó las manos de la chica, por la que estaba dispuesto a que su vida diese un cambio radical, entre las suyas, y mirándola a los ojos insistió.

—Mi familia quiere conocerte, y yo...bueno yo no tengo ninguna duda...

—¿Ninguna duda de qué?— preguntó con ese suave tono que a él le entusiasmaba.

—De casarme contigo.

Dicho y hecho.

Sonia Vardiola, alias Arena, se encontraba en Salamanca en calidad de esposa de Emilio Santos-Fraile comandante del Ejército de Tierra, perteneciente a una de las familias más influyentes de la ciudad.

“Más no puedo pedir”

A los pocos días de llegar a su nueva ubicación descubrió que no sólo se trataba de una familia con influencias, sino que además eran bastante ricos. Fue

acogida con cariño igual que la pequeña Nora que ya contaba con siete años y unos meses. No le fue fácil hacerse con un lugar entre las amistades de la familia. Para ello extrajo del baúl de los recuerdos su habilidad como retratista, no faltaba fiesta o reunión en la que no se convirtiese en el centro de los invitados. Así conoció a Braulio, marido de una duquesa y amigo de Emilio, fue el primer eslabón de su red de contactos en Salamanca.

Captarle fue sencillo.

En algunas conversaciones mantenidas con el duque, mientras le retrataba, Sonia había percibido cierto distanciamiento con la forma de vida y valores del entorno de su mujer. No se trataba de un hombre de acción, nada iba, por tanto, a hacer por sus ideales pero sí que se le podía sacar partido. La oportunidad le llegó cuando en una reunión informal en la propia casa de Braulio, observó como éste, confiado de estar a salvo de miradas indiscretas, contemplaba detenidamente, con una media sonrisa reflejada en su rostro, a un joven sirviente. Nada le hubiera llamado la atención, si Braulio no hubiese aprovechado una columna y dos plantas tan altas como él para esconder tras ellas su orondo y sudoroso cuerpo. Sonia creyó ver deseo en aquellos pequeños y chispeantes ojos.

No se equivocaba.

Aquella noche abrió su equipo transmisor y se puso en contacto con su colega italiano Nino Broccenti. Necesitaba su ayuda para poner en marcha su plan. Un par de semanas más tarde llegó la persona que estaba esperando. Un joven



homosexual muy bien parecido, con el que se encontró de forma casual, una tarde paseando por la ciudad, explicaba a quién se interesaba por él. A Marco no le faltaba simpatía ni don de gentes. En la primera recepción que los Santos-Fraile dieron en su casa, fue invitado. La imagen de Sonia retratando al desconocido y apuesto joven no pasó desapercibida para nadie.

Ni para Braulio.

—Bonito retrato, Sonia, como todos los tuyos. Pero este es especial— señaló Braulio con la mirada entre en el cuadro y Marco.

—Gracias, duque. Te presento a mi buen amigo, Marco Granado.

Ambos hombres se dedicaron un leve movimiento de cabeza, al que el joven añadió una sonrisa cómplice.

—Te tengo dicho que no me llames así. No me siento a gusto entre tanta pomposidad— aclaró en tono meloso.

Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Lo siguiente sucedió tal y como lo habían planeado. Dos días después Sonia les sorprendió en un hotel del centro de Salamanca en el que habían reservado un par de habitaciones. A partir de aquel día Braulio se convirtió en los ojos y oídos de Arena en cada fiesta a la que asistía y en cada intercambio de opiniones que tuviese con su mujer. Resultó ser una valiosa fuente de información. Sin embargo, había un asunto que a Sonia le preocupaba especialmente. No podría decir cuál había sido el motivo, si es que había

habido alguno, quizá sólo fuese aquello que llaman química o simplemente intuición femenina, pero desde el primer momento en que Emilio le presentó a su prima Josefina, una joven rica y viuda, sintió que no era bien recibida. La sensación era mutua, sin duda.

“Igual que existe el amor a primera vista, es posible el rechazo a primera vista”

Sonia lo había intentado de todas las maneras. Incluso se había permitido presentar a Josefina a un amigo proporcionado por Broccenti, para ver si de esta manera conseguía captarla para sus intereses.

No resultó.

“Podría jurar que se ha dado cuenta de todo desde el primer momento. No debo subestimarla”

Puesto que no podía acercarse a Josefina y por tanto a sus influyentes contactos, puso en marcha el plan B. Nora debería ganarse a la hija de Josefina, Lenita, y a través de ella acercarse a las madres. Para el curso siguiente la inscribió en el mismo colegio al que iba la niña. Llevaban más de un año en Salamanca y de momento, no había conseguido aproximarse a la prima de su marido.

El plan B comenzó con el cumpleaños de Nora, Emilio invitó a su prima Josefina y a su preciosa hija, la pelirroja y pecosa Lenita. Sonia se encontraba satisfecha con el buen hacer de su pequeña. Había conseguido en unas horas lo que para ella resultó tarea imposible durante veinte meses.

Pocas semanas después sucedería algo que iba a dar sentido a la vida e instrucción de la agente Arena en Rusia;

el comienzo de la Guerra Civil española. Por si esto fuera poco, no pudo disimular su alegría cuando Salamanca se mantuvo en el bando nacional donde Franco instalaría su cuartel general.

—Nora, ahora empieza nuestro verdadero trabajo por la Revolución, luchando contra el fascismo— exclamó una tarde junto a su hija— Debemos trabajar juntas y organizadas ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, madre— afirmó la niña convencida.

Sonia la enseñó a manejar el radiotransmisor por si a ella le sucedía algo. La pequeña se lo tomó como un divertido juego que no podía compartir con nadie.

“Es un juego muy divertido hija, pero muy peligroso”.

Las siguientes semanas las pasó informando a Zasliev de los movimientos del ejército de los sublevados a través de confidencias de su marido. Por Arena, los rusos supieron que Franco no entraría en Madrid sin unirse antes a los amotinados en Toledo, lo que les dio tiempo para reorganizarse. Esa fue la tercera condecoración que se le concedió, la primera tras las líneas enemigas.

Cuando su marido se encontraba en el frente, el encargado de proporcionarle información era Braulio. En su casa ofrecía el café de la tarde a militares, esposas, algún sacerdote y miembros del ayuntamiento. Los primeros meses de guerra, la incertidumbre entre los asistentes a casa de lo duques generaba conversaciones en las que cada cual pretendía estar mejor informado que los demás. Braulio tomaba buena nota de lo que en el amplio salón de su palacete se

comentaba, pero con el paso del tiempo lo que en un principio le pareció una dulce venganza hacia su mujer, y sus insoportables amigas, fue provocándole un regusto amargo. El papel de traidor no le iba bien. El juego inicial se había convertido en algo muy serio, era consciente de que algunos conocidos habían muerto debido a la información que había proporcionado.

“Tengo que poner fin a esta locura”

—¡Hasta aquí hemos llegado, Sonia! Me niego a seguir con esta farsa...— expuso en un tono que Braulio pensaba sería tomado como enérgico, pero que quedó como una simple rabieta.

—¿Farsa?!— Sonia se puso en pie— ¡Estamos en guerra contra el fascismo, Braulio!

—Le diré a tu marido lo que haces si no me dejas tranquilo...— balbuceó entre tartamudeos.

—¿Me estás amenazando? ¿Qué crees tú que pensará si le digo que todo es la rabieta de un maricón? ¡¿Eh?!— escupió cada palabra a no más de dos centímetros de la cara de un sudoroso Braulio, asustado retrocedió un par de pasos.

Tras dejar la vista fija durante unos segundos en el suelo, dio media vuelta abandonando la casa de la agente Arena. Las cosas no estaban saliendo como él había previsto.

“La zorra me tiene bien cogido por los huevos”

Braulio, dentro de su desconcierto, tenía algo muy claro, no podía seguir pasando información, pero si no lo hacía, su existencia junto a su mujer se habría terminado y con ella su calidad de vida.

Los músculos de la cara de Sonia se tensaron al límite en cuanto el confidente salió de su casa. Le bastaron pocos segundos para cerciorarse de que iba a tomar la decisión correcta. Abrió el baúl, del doble fondo extrajo su arma. Con ella escondida en el pantalón y a paso decidido se internó en la oscuridad de la noche.

Braulio llegó a su casa más sudoroso que de costumbre. Después de saludar con un rápido gesto a su mujer y a la visita que le acompañaba, se encaminó escaleras arriba cariacontecido. Su gesto no pasó desapercibido para las señoras y el sacerdote que tomaban el te con la duquesa.

—¿Qué le sucede al señor duque?— quiso saber el religioso— parece como ausente.

—Estos tiempos que corren no son buenos para nadie, padre. Mi marido sufre por no poder estar en el frente como los demás. Su trabajo administrativo no le parece suficiente —la duquesa asentía sus propias palabras con un ligero movimiento de cabeza.

Unos minutos más tarde, Braulio abandonó la casa. Al llegar al jardín giró a la derecha camino de las caballerizas.

Sonia llegó al palacete de los duques, accedió al jardín instantes antes de que la puerta de la casa se abriera. A resguardo de las sombras y de un imponente sauce llorón, observó como Braulio salía de la casa encaminándose hacia la parte de atrás.

Le siguió.

El duque llegó a las caballerizas.

Abrió un armario, del cajón inferior extrajo un pequeño arcón, del bolsillo de su chaleco una llave. Al levantar la tapa permaneció un par de minutos mirando el contenido con la mano en el interior, tiempo suficiente para que Arena llegase hasta la puerta. Al ver a Braulio sentado en el suelo con algo parecido a una caja entre sus piernas, llevó la mano a su espalda y se hizo con la pistola. Lentamente, mientras se aproximaba evitando hacer el más mínimo ruido, fue estirando el brazo en dirección a su próxima víctima.

Apuntó.

Con el dedo sobre el gatillo seguía atentamente los movimientos del brazo de Braulio, que de repente sacó la mano del arcón bien agarrada a la empuñadura de una pistola, la llevó rápidamente hasta su boca y disparó. La sorpresa mantuvo a Sonia paralizada durante unos instantes mirando el cadáver del que fue su primer confidente. Unos ruidos no muy lejanos le devolvieron de nuevo a la realidad. Tenía que salir de ahí cuanto antes, sin ser vista. Con un par de rápidas zancadas llegó hasta la puerta de las caballerizas. Con la cabeza asomada observando cada pequeño movimiento de sombras que pudieran alertarla de algún peligro, respiró hondo y se dispuso a abandonar el lugar.

Corrió.

—¡Braulio! ¡Braulio! ¿No has habéis oído eso?

Sonia, escondida tras el sauce llorón escuchaba la voz de la duquesa que con los brazos en alto salía del palacete acompañada de su visita.

—Juraría que fue un disparo— apuntó el sacerdote.

—¡Braulio!— insistía la mujer.

—Es posible que el disparo no haya sido aquí, duquesa — intervino no muy convencida la mujer del alcalde— seguro que se trata de la policía persiguiendo a alguien.

Sonia Vardiola asistía en silencio a la pequeña comitiva que con paso lento se encaminaba hacia las caballerizas. Se puso de pie, paso a paso fue acercándose hacia el portón de salida. Desde allí podía ver la puerta tras la cual se encontraba el cadáver de Braulio tendido en el suelo. Esperó a que le localizaran para escapar.

Un alarido desesperado.

Gritos y exclamaciones.

El momento que Arena esperaba para poder abrir el portón sin ser oída y abandonar el palacete.

“Gracias, Braulio”

Había perdido un buen confidente, pero había ganado tranquilidad.

Nora y Lenita fueron haciéndose amigas. La noticia de que iban a asistir al mismo colegio el curso siguiente las unió aún más. Ese verano de 1937, Lenita le presentó a sus nuevos amigos de los que no paraba de hablar. Para ello, antes tuvo que convencerse de que Nora, a parte de ser su prima, era ya amiga de las de verdad. Nada mejor que dar una pequeña fiesta para celebrarlo.

—Es ese chico de ahí— señaló orgullosa con el dedo hacia el lugar donde se encontraba Pepo junto a la puerta de entrada— verás que le cuesta andar, pero a mí no me

importa.

Antonia agitaba el brazo pensando que Lenita no les había visto.

—¡Estamos aquí!

Hacia allí se encaminaron las dos nuevas amigas, una más sonriente que otra. Una más feliz que otra.

Una más alegre, otra más fría.

—Os presento a mi prima Nora.

La primera en reaccionar fue como siempre Antonia. A pesar de ser la más pequeña era la más osada del grupo. Dio un paso al frente.

—Hola, yo soy Antonia— dio dos besos a Nora— este es mi hermano Bruno...Bruno — repitió agitando su brazo.

—Sí, soy Bruno...— logró vocalizar al fin.

Se quedó a medio camino entre dar un paso y besar a esa preciosa chica o mantener el brazo extendido. No podía negar que la aparente dulzura de la prima de Lenita, esos ojazos oscuros y su firme mirada le habían dejado sin palabras.

Aparente dulzura. Nora sólo obedecía instrucciones de su madre.

—O le das tú el beso... o no os saludáis—intercedió Antonia vuelta hacia Nora, viendo que su hermano no se decidía

Los algo menos de dos años que quedaban para el fin de la guerra lo pasaron los cuatro amigos felices. En ocasiones se apuntaba Antonia, no quería perderse detalle de las dos parejas de enamorados. Así sabría cómo actuar



cuando fuera mayor, como Lenita y Nora, que ya tenían casi once años, y tuviera novio. Aún no lo tenía pero por que ella no había querido.

“Sé que gusto por lo menos a tres chicos”.

Sonia Vardiola estaba muy orgullosa de su hija. Lo que al principio se tomó como algo propio de niños, con el paso de los meses vio una oportunidad en ese chico que parecía enamorado de su pequeña. Bruno Hayward podía ser la puerta, a unos años vista, para colocar a Nora en una familia cercana a los nacionales. Llegó a esta conclusión debido a las largas conversaciones que mantuvo con su hija en las que le informó de quienes eran los Hayward. Antes de ello, a pesar de los esfuerzos realizados y éxitos puntuales conseguidos, había asumido que la guerra estaba perdida, pero que su trabajo debía continuar. Así lo dispuso con el camarada general Mijail Zasliev, quien en la distancia había ascendido a la espía Arena al grado de Capitán.

“Todo estuvo a punto de venirse abajo”

Mientras observaba como su hija y Lenita se despedían de Bruno, Pepo y su familia, que volvían a Madrid tras finalizar la guerra, Sonia recordaba lo cerca que estuvo su misión de fracasar por culpa de Emilio.

“Nos volveremos a ver”

Vardiola había recibido órdenes de Moscú de permanecer en Salamanca junto a la familia de Emilio. En principio, no había motivos para seguir a los Hayward a Madrid. Debía hacer valer su nueva condición de viuda y

sacar provecho de ello.

“Viuda, otra vez”.

Para la capitán Sonia Vardiola, él se lo había buscado. Si aquella noche no se hubiera presentado por sorpresa, nada habría sucedido.

Pero se presentó...

El batallón de Emilio Santos-Fraile había sido relevado un par de días antes de lo inicialmente estipulado. Regresaba feliz por disponer de unas horas más de lo previsto con sus queridas Sonia y Nora, a la que consideraba como su hija. En ocasiones los cambios de planes no resultan ser una buena idea.

En este caso tampoco lo fue para Emilio.

Entró en su casa de puntillas, era más de media noche y pensó que su familia se encontraría durmiendo. Todo estaba a oscuras y en silencio.

Todo no.

Una rendija de luz tenue asomaba por la parte inferior de la puerta que daba al cuarto de juego de Nora. Era muy tarde para que estuviese jugando, su madre no se lo permitiría, seguro. Sin meter ruido recorrió la escasa distancia que le separaba, sonriente, dispuesto a sorprender a la pequeña que andaría entre juguetes sin poder dormir, quizá por su amigo Bruno. Pegó el oído a la puerta, no se escuchaba nada excepto algo como un suave repiqueteo.

Abrió despacio convencido de la sorpresa que iba a causar.

De hecho así fue.

Habría que sumar un pequeño matiz, él fue el primer sorprendido. Lo primero que vio, medio en penumbra, fue una figura de espaldas sentada en una silla frente a la mesa de juegos que manipulaba algo. No se trataba de Nora, de eso podía estar seguro. Entró en la habitación con el mismo sigilo con el que llegó a su casa.

“¿Sonia?”

Entornó los párpados por si acaso la escasa visibilidad que reinaba en la habitación le estaba jugando una mala pasada. No, no había duda, se trataba de su mujer.

“Pero... ¿Qué lleva en la cabeza...?”

Emilio avanzó un paso más.

“¡Auriculares!” “y eso de la mesa es... ¡un transmisor!”

—¿Sonia...?— murmuró Emilio, aún dudando de lo que le mostraban sus ojos.

La agente Arena permanecía en silencio con una mano sobre un auricular, como si escuchara algo.

—¿Sonia...?— Emilio dejó caer la palma de la mano sobre el hombro de su mujer.

Lo que el militar vio a continuación escapaba a todo lo que su imaginación pudiera recrear. Sonia giró sobre sí misma, rápido, muy rápido. Los ojos extrañamente abiertos, inyectados en sangre, reflejaban sorpresa, rabia y algo más. Algo que a Emilio le hizo retroceder un paso, había un intenso odio en ellos. Sin embargo, lo que provocó que diera con sus huesos en el suelo fue el tremendo impacto, seco, como un hachazo, que su mujer le propinó en el cuello con el extremo de la mano derecha.

Quedó aturdido.

A ojos de la agente Arena su marido estaba inconsciente, siguió transmitiendo su mensaje. Sabía que un golpe cómo aquel le podía dar varios minutos de ventaja para continuar con su trabajo, después ya vería como lo solucionaba.

Si es que tenía alguna solución.

Siempre había alguna.

Emilio entreabrió los ojos profundamente mareado. Casi no podía distinguir lo que veía pero la figura de su mujer era inconfundible. Segundos después cayó en un profundo sueño del que sólo se despertaría para ingerir el veneno que horas más tarde iba a terminar con su vida. Veneno insípido e inodoro que no dejaba el mínimo rastro en el organismo.

A partir de ese día, Sonia se convirtió en la viuda del momento. Eran numerosas las mujeres que se hallaban en su misma situación debido a la guerra, pero ella era tan joven y con tanta desgracia. Su marido, de tan buena familia y muerto tan de repente, repetían una y otra vez que tenían ocasión las señoras que se acercaban hasta la desconsolada Sonia a darle el pésame.

Bruno no sabía como reaccionar. Cuando le dijo a Nora que en unas semanas volverían a Madrid, notó como su semblante tornaba más serio. Desde entonces la relación fue fría, hasta que falleció Emilio, al que Bruno consideraba como el padre de su amiga y eso que se había enterado que

su verdadero padre también había muerto. Los pocos meses que compartieron hasta su partida les hizo conocerse mejor, incluso Nora comenzó a sentir una sensación nueva para ella. Cuando pensaba en Bruno ya no le veía como el chico al que tenía que gustar siguiendo instrucciones de su madre.

No, ahora sentía un leve pinchazo en el pecho, que con el tiempo se fue haciendo más intenso. Se estaba volviendo olvidadiza, no lograba quitarse a ese chico de la cabeza, además, en varias ocasiones se sorprendió sonriendo mientras recordaba frases o momentos vividos en su compañía. Pero no todo era color de rosa, su madre, que parecía leerla cada pensamiento, no había pasado por alto su cambio de actitud.

—¿No te estarás encariñando de Bruno, verdad?— soltó una mañana de repente mientras observaba a su hija distraída mirando por la ventana.

—¿Eh? ¿Encariñándome? ¿Pero qué dices? Si es un niño tonto y mimado—abandonó la habitación simulando lo mejor que pudo un supuesto enfado.

“¡Lo sabe, lo sabe! Debo controlarme”

Nora se esforzaba por parecer fría ante Bruno, no siempre lo conseguía. Su actitud le llevaba a ser considerada como una niña con cambios constantes de humor, él lo achacaba al repentino fallecimiento de su querido padre. Esos esfuerzos los llevó hasta el límite de su resistencia el día de la partida. Su madre le había prevenido contra las despedidas absurdas de lloros y tonterías.

—No te preocupes, no pasará nada— aseguró

convencida cuando llegó la hora de salir de casa a despedir a los Hayward.

Si no hubiesen acudido, como era el inicial deseo de Sonia, la familia de su marido habría hecho preguntas.

Mejor así.

Nora asistía con los labios apretados al recital de besos y abrazos que Lenita, y su madre Josefina, repartían a todos y cada uno de los que se marchaban ese día. Besos para Bruno, para Pepo, para Antonia, que se sentía más que orgullosa de haber sido aceptada por las dos parejas. También tuvieron su ración Lorenzo, Rafaela, Manuel y María, con los que Lenita había congeniado desde el primer momento. Con Nora sucedió al revés, la familia de Bruno fue la que se acercó a despedirse de ella y de su madre.

“Nunca he visto algo así”

En el pecho de la niña una punzada de envidia, pero sobre todo, una punzada de rabia, de una rabia infinita por no haberse dejado llevar y compartir una experiencia cómo esa.

“Es igual, yo no soy así”

Sonia Vardiola, nombre en clave Arena, recibió la orden de permanecer oculta durante un tiempo. No hubiera sido prudente que contrajese matrimonio de nuevo. Habría que esperar a que los acontecimientos se desarrollasen de tal manera que pudiera volver a la actividad. Mientras tanto, sabía por Nora que Lenita y Pepo estaban en contacto y que en alguna ocasión la niña había viajado con su madre de

visita a Madrid.

Su hija mantenía su controlada relación por carta con Bruno, menos de lo que la niña creía ya que ni le entregaba todas las que recibía, algunas no pasaban su censura, ni echaba al buzón todas las que Nora escribía.

A través de Josefina, Sonia se enteró de que Bruno pasaba a segundo curso de derecho y de la influencia que John Hayward podía tener como secretario del Gobernador Civil de Madrid. Se daba una circunstancia más que le llevaba a desear trasladarse a la capital. Circunstancia provocada por su labor como espía durante los últimos meses en Salamanca, una nueva víctima. Barajó diferentes opciones que pudieran dar la apariencia de lógica a su cambio de residencia, pero ninguna le merecía un mínimo crédito. No podía presentarse sin más en Madrid.

“Quizá si...”

El año en que Pepo y Bruno comenzaban su segundo curso de derecho, las dos primas y sus respectivas madres cambiaron su residencia de Salamanca a Madrid. Josefina se había mostrado reticente en un principio, pero el buen hacer y la paciencia de Sonia al actuar sin aparente prisa, a lo que hubo que añadir la felicidad e insistencia de Lenita al enterarse de la posibilidad de trasladarse a la capital, hicieron el resto.

Lenita no se enteró por casualidad.

Sonia se ocupó de mantener a la joven adolescente al tanto para que presionara a su madre. Le hubiese gustado contar con la ayuda de Nora pero ésta se mostraba muy

distante. Parecía que Vardiola había logrado que la frialdad se apoderase del corazón de su hija.

El día del cambio de residencia llegó y con él la cara de alegría de Lenita y la enorme sonrisa que dibujaba su rostro desde el instante que se enteró de la noticia.

—No pareces contenta, Nora— le hizo saber a su prima una tarde en su casa, cuando la decisión de trasladarse a Madrid era firme.

—Me da igual irme o quedarme— afirmó con un leve levantamiento de hombros.

—¿Y Bruno? Sabes que está por ti.

—Bueno ¿y qué?

—¿Cómo qué y qué?— Lenita agarró a su prima de los hombros con rabia zarandeándola— A mi no me engañas Nora, te conozco muy bien, mejor de lo que crees. No te lo puedes quitar de la cabeza. Aunque no lo quieras reconocer estás enamorada de él.

—¡No digas tonterías!— exclamó enfurecida al ver a su madre asomada a la puerta de la habitación.

—¿Quién está enamorada de quién?— preguntó Sonia en un tono que pretendía ser simpático.

Había una persona especialmente contenta. Más que los Hayward e incluso más que la propia Lenita y Pepo; Sonia. Por fin volvía a la actividad. Su proximidad al Gobernador Civil de Madrid le hacía sentirse feliz. Si conseguía que Nora y Bruno, con su carrera de derecho, se unieran en feliz matrimonio.

Sonrió al pensarlo.



La familia Hayward, junto con Pepo y sus padres, esperaban ansiosos la llegada de sus amigos de Salamanca. Bueno, todos no. Había un miembro que desconocía el acontecimiento.

Bruno.

Había sido idea de Antonia mantener en silencio la llegada de Nora y Lenita. Los dos últimos años había discutido más con su hermano, y eso no era normal en ellos. Él se pasaba el día triste, sin ganas de hacer nada. Excepto cuando recibía alguna carta de su novia.

“Porque es su novia aunque él no lo diga”

Esos días se le iluminaba la cara, pero cada vez se escribían menos.

“Se que echa mucho de menos a Nora aunque no lo reconozca”.

Cuando Antonia se enteró de la próxima llegada de las dos primas convenció a todo el mundo para mantenerlo en secreto.

“No me quiero perder su cara cuando la vea entrar en casa”

Bruno no supo nada hasta que llamaron al timbre de la puerta aquel día que parecía uno más. No sabía que la chica que se iba a convertir en la mujer de su vida, llegaba para quedarse. No fue llegar y besar el santo, no. Les llevó unos meses recuperar la confianza y sensaciones que un par de años atrás experimentaron. Esa Navidad la pasaron juntos y desde entonces no se separaron.

Hasta aquella fatídica noche de 1952.

# 9

## La Casa del Lago Patria

1952

Había dejado de nevar. Parecía como si ya no hubiera sitio para un solo copo más. Decir que el enorme y majestuoso edificio se encontraba cubierto por un espeso manto blanco, sería quedarse corto en la descripción de lo que podían observar los ojos de los que allí habitaban. Desde los amplios ventanales de la fachada la vista era espectacular. Ya desde primera hora de la mañana, en grupos de tres, con sus respectivas palas, y frente a cada puerta de

acceso al edificio, se afanaban para despejar el paso de nieve. Otro grupo más numeroso luchaba por dejar el camino que llegaba desde el desvío de la carretera lo más transitable posible, para ello contaban con la ayuda de un pequeño tractor.

En la cara de los que se encontraban embutidos en gruesos uniformes de plumas y no menos gruesas botas, de color azul y blanco, se podía entrever un atisbo de satisfacción al comprobar como el trabajo realizado, al despejar los accesos, no se encontraría cubierto una vez más, a los pocos minutos de terminar. El esfuerzo de hoy se vería recompensado. El invierno estaba tocando a su fin y con él, las intensas nieves, y la temporada de patinaje en el lago, dando paso a la enorme y renombrada variedad de plantas y árboles, que poblaban los vastos jardines por los que era reconocida La Casa del Lago Patria.

Después de terminar de colocar las palas en su lugar, junto a la carbonera, y guardar el tractor, todos volvieron a sus trabajos habituales. Unos a seguridad y vigilancia, otros a mantenimiento. Los había que trabajaban en la cocina y otros se encargaban de la limpieza del edificio. Un número importante lo formaba el personal básico de La Casa, enfermeras, camilleros, y una diferente variedad de doctores, entre los que destacaba la especialidad en psiquiatría.

Durante la gran purga llevada a cabo por Stalin en la década de los 30, La Casa del Lago fue un lugar de acogida para aquellos que el gobierno quería quitarse de en medio

pero no de una manera definitiva, si no a modo de retiro para recapacitar. Todos los enfermos mentales que allí se encontraban habían conseguido evitar el viaje, sólo con billete de ida, a campos de trabajo especialmente destinados a este tipo de personas. Se trataba por tanto de una institución privada, mantenida con dinero público. De puertas afuera los internos presentaban graves problemas de conducta tanto en sociedad como a nivel individual. Si pasado un tiempo no habían hecho efecto los *cuidados* del personal, no quedaba otra opción que enviar al paciente al campo de trabajo más adecuado a su problema.

Bastaba que alguien con acceso al cerrado grupo de poder estimara que un individuo presentaba algún tipo de síntomas susceptibles de alguna variedad de trastorno mental. para que, sí lo estimara oportuno, se le buscase acomodo en La Casa del Lago Patria.

Con el paso de los años este establecimiento, temido por todos, se convirtió en una afamada institución psiquiátrica que continuaba disponiendo de un módulo, en el ala sur, destinada a pacientes recomendados por camaradas de reconocida valía y que precisaban de un tratamiento específico.

Nora respondía a ese tipo de paciente.

La agente Arena, ese camarada de reconocida valía.

La llegada a La Casa del Lago Patria de Nora fue mantenida en el mayor de los secretos por parte de su madre. Nadie de su organización tuvo conocimiento de ello,

excepto Mijail Zasljev que permanecía al frente de la NKVD. En los siguientes meses se produjeron en la política rusa una serie de cambios en las diferentes organizaciones, que tras la muerte de Stalin en 1953 vivieron momentos de desconcierto. Unas desaparecieron, otras culminaron en la creación de la agencia principal de policía secreta de la Unión Soviética en marzo de 1954, denominada KGB. Durante los primeros años Zasljev se mantuvo al frente de la nueva organización. Período que aprovechó Sonia para llevar a cabo su plan.

“Te lo advertí hija, te lo advertí”

Fueron las últimas palabras que una aturdida Nora pudo escuchar de boca de su madre aquella noche en su casa de Madrid, antes de caer en un profundo y largo sueño. No tuvo consciencia de despertar hasta que unos días después de su llegada a La Casa del Lago abrió los ojos en una habitación desconocida, tanto, cómo lo era el lugar que desde la enrejada ventana podía contemplar.

Todo estaba nevado.

El plan de Sonia Vardiola era sencillo.

Nada ni nadie iba a mancillar su impoluto historial como espía de la NKVD. No, ni su propia hija. Había dedicado toda su vida a la Revolución, preparándose para actuar en su nombre en cada misión que Zasljev le encomendara. Fruto de su empeño fue condecorada en once ocasiones, cuatro de ellas por su trabajo tras las líneas enemigas en la Guerra Civil española. Tres más, por la información aportada sobre los movimientos que el gobierno de Franco pensaba llevar a

cabo y que fueron frustrados, en parte, debido a su intervención y a la de Nora. Ambas habían logrado conseguir los datos suficientes para llevar a cabo su trabajo a través del despacho de Bruno. Desde que abrió el bufete todo iba bien hasta que...

Hasta que todo cambió...

—Es la última vez que engaño a Bruno, madre. ¡La última!— exclamó Nora una tarde en su casa fuera de sí— Estoy harta de la Revolución y de tu odio a todo lo que no sea...

El gesto de Sonia fue rápido, ágil y sobre todo fue enérgico. Estrelló el dorso de la mano en la cara de su sorprendida hija, que con los dedos sobre el pómulo miraba asombrada a su madre.

—¡Nunca más vuelvas a hablar así de la Revolución! ¡Nunca! Tu padre murió por ella y yo he dado...

—¿Tú?! ¡Tú, estás loca!— afirmó Nora mientras abandonaba el salón de su casa.

La agente Arena nunca supo asimilar lo que para ella constituía un fracaso con el que no contaba. Desde su vuelta a España, diecisiete años atrás, aparte de la información aportada a Rusia, sólo había podido intervenir, dejando aparte su escaramuza en la segunda guerra mundial, en movimientos de protesta, pero nada digno de ella, de su preparación y de sus ideales. Era consciente que se estaban produciendo cambios en Rusia y no quería que se la recordase como la agente que fracasó en lo que para ella

implicaba su más grande apuesta personal. La educación y preparación de su hija Nora Vardiola como la más joven espía que jamás hubiera servido a Rusia.

Sonia estaba resentida con Zasljev por haberla mantenido en Salamanca tanto tiempo, pero le animó saber que su misión era a largo plazo. Debía introducirse en el entorno del gobierno de Franco, para ello contaba con su yerno Bruno

“Si el imbécil fuera más ambicioso”

Josefina, a la que se refería como su cuñada, le ofrecía en Salamanca la posibilidad, como así sucedió, de asistir a reuniones y fiestas con altos mandos del ejército. De ellos pudo extraer valiosa información después de unas insoportables noches de sexo. Cuando uno de los generales se enteró que compartía a su amante con otro, con el que no mantenía buena relación, amenazó a Sonia con hacerlo público, aunque a él le costase su carrera.

“No aguanto que nadie me amenace, general”

Sin abandonar la sonrisa de su rostro, Sonia le dio de beber un supuesto brebaje afrodisíaco.

—Gracias por la condecoración que me han entregado por tu inestimable trabajo— susurró al oído del militar mientras le cerraba los ojos.

Cuando al otro compañero de cama le fue notificado su inminente traslado a Madrid, la camarada Vardiola dedujo que la vida le ponía en sus manos el éxito de la misión por partida doble. Una, continuar con la educación revolucionaria de su hija y convencerla de que se casara con Bruno, así



estarían muy próximos a su suegro y por tanto al Gobernador Civil de Madrid. Otra, convertirse en la señora del general que departía cada semana asuntos de interés con Franco.

Nada salió bien.

Un año después de fijar su residencia en Madrid su amante-general fallece en un estúpido accidente de aviación cuando más cerca estaba de convertirse en su tercer marido.

“Imbécil”

La única persona que conocía sus planes de boda era su hija que en silencio asistía a sus absurdos razonamientos. Al menos seguía obedeciendo.

Hasta que dejó de hacerlo.

“¡Tú, estás loca!”

Las palabras de Nora resuenan en su cabeza mientras pone en marcha su plan. Un plan que nunca quiso llevar a cabo. Estas palabras le convencieron que los años de trabajo dedicados a su desagradecida hija, todo el esfuerzo, las horas sin dormir, habían caído en saco roto.

Pero esto no iba a quedar así.

En La Casa, Nora observaba el lago desde su habitación. Aún aturdida por los fuertes calmantes que la inyectaron se debatía entre si lo que estaba experimentando en esos instantes era fruto de un sueño o se trata de la realidad. Su mente le traía imágenes sin definir que se repetían sin cesar desde que abrió los ojos unas pocas horas

antes. En ellas veía a Bruno, en otras a su madre y Nino, sonrientes. Había también una botella de vino y de nuevo su marido tumbado, parecía dormido.

Estaba cansada, muy cansada.

—¿Dónde estoy?— quiso saber Nora sentada en la cama.

Sonia había entrado unos minutos antes. Sin abrir la boca tomó asiento en una silla a los pies de la cama.

—En Moscú— fue su seca respuesta.

—¿Qué hacemos aquí?

—Esa no es la pregunta correcta, hija —dijo en tono neutro— ¿Qué *haces tú* aquí? sería más adecuada a tu situación. Yo vuelvo a Madrid.

—¿Y yo?— preguntó con mucho más miedo del que su aturdido cuerpo le dejaba manifestar.

Esa imagen de Bruno tumbado en el sofá, dormido, le hacía sonreír. ¿Por qué?

—Te quedarás aquí hasta que te recuperes y entres en razón— aseguró instantes antes de cerrar la puerta.

—Teresa, Bruno ¿Están aquí? ¡¿Dónde están?!— preguntó mientras corría en dirección a la puerta.

Con las manos en el picaporte comenzó a tirar con todas sus fuerzas y toda la ira que llevaba dentro. No cedía. Enrabiada empezó a golpearla con sus puños hasta que agotó sus escasas fuerzas, exhausta, se fue dejando caer hasta quedar sentada en el suelo. Con las rodillas pegadas al pecho comenzó a llorar.

Su mente se empeñaba en mostrarle de nuevo a su

marido, tumbado, quizá dormido. Su feliz sonrisa, mirándola.

“¡Claro! ¡Estoy embarazada!”

En un gesto reflejo llevó las manos a su tripa.

Sonia aprovechó su estancia en Moscú para reunirse con Zasljev y tomar contactos con las actividades que la NKVD llevaba en el extranjero. Siempre estaba dispuesta a colaborar con la causa. Una semana después hizo otra visita a La Casa del Lago Patria, tenía una noticia para su hija.

“Seguro que le interesa”

Nora vio entrar a su madre en la habitación. Al observar la expresión de su rostro le llamaron la atención sus ojos. Más pequeños de lo habitual y con un brillo característico. La visita era para comunicarle algo que no le iba a agradar.

—¿Has pensado en lo que te dije? Puedes volver conmigo ahora, si lo deseas en un par de días estarás con tu marido.

Nora permaneció callada, observándola.

—El otro día preguntabas por Teresa, no te preocupes por ella, está bien. Su futuro dependerá de ti.

—Como le pase algo...

—¡No me amenes, hija, no estás en las mejores condiciones para hacerlo!— Sonia se encamino hacia la puerta.

Al llegar a ella se giró.

—Por cierto, tu marido está en la cárcel— en su rostro una fina sonrisa.

Nora se incorporó en la cama ajena a la flojedad de sus

músculos.

—¿En la cárcel? ¿Por qué...?

—Por asesinato múltiple.

—¿Asesinato? ¿Bruno? ¡Eso es imposible! ¿A quién dicen que ha matado?

Esta era la pregunta que Sonia deseaba contestar desde que puso el pie en la habitación. Con la mano sobre el picaporte, vuelta hacia Nora que esperaba respuesta a punto de un ataque de ansiedad, sonrió.

—A ti. A ti y a tu hija.

Nora se quedó sin palabras. La boca medio abierta y las palmas de las manos sobre ella. Los ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Poco a poco todo iba teniendo sentido. Las escasas imágenes que le llegaban a su cabeza desde que vio a Bruno por última vez, su estancia en ese lugar. Todo, iba adquiriendo forma.

“Se ha vuelto loca”

Las lágrimas comenzaron a brotar sin remedio. Metió la cabeza entre las manos y se dejó llevar. Su madre había cumplido su amenaza. No la había creído capaz de llegar tan lejos.

“Lo siento, lo siento”

Repetía mentalmente la frase dirigida a su hija y a Bruno.

Esa era la imagen que Sonia quería ver.

Cerró la puerta.

# 10

## Madrid

1955

Recibir la carta supuso como una inyección de adrenalina para mí y mi familia, aunque con diferentes resultados. En mi caso se trataba de un rayo de esperanza para volver a ver con vida a mi mujer y a mi hija. Curiosamente no me entraron las prisas, ni la ansiedad por llegar a ellas cuanto antes. Al revés, cuando leí que se encontraban bien, dejé escapar la tensión que me atenazaba

desde aquella noche cuando abrí los ojos en el suelo del salón de mi casa y sólo pude ver sangre y un caótico desorden.

Para ellos fue como si les volviesen a dar cuerda y les colocaran en una dirección determinada. Para mí se trataba de Nora y de Teresa, para mi familia, se trataba de mí, de mi inocencia. Sea como fuere a ambos nos sirvió de válvula de escape. Les veía animados, activos, con ganas de hacer cosas, de proponer ideas. No obstante, si resultaba ser cierta la carta, se trataba de la confirmación de la veracidad de mi historia. Llamarlo historia era mucho decir de una declaración como la que hice a la policía.

Únicamente fueron tres palabras:

No lo sé.

—¿Qué ha sucedido aquí esta noche?

—No lo sé.

—¿Dónde está su mujer y su hija?

—No lo sé.

—¿Las ha matado usted?

—No— esta era la única pregunta a la que respondía con un monosílabo.

Sin embargo, con el paso de los meses, tal y como le confesé a mi hermana Antonia la noche anterior cuando hizo su acostumbrada visita a mi casa, comencé a cambiar la respuesta por la habitual; No lo sé. ¿He matado yo a mi mujer y a mi hija? No lo sé.

Hasta que recibí la carta.

—Bruno, si estás preparado, deberíamos volver a analizarlo todo desde el principio— propuso Pepo un domingo en el salón de mi casa después de comer— Antes de que veamos a tu suegra me gustaría disponer de alguna información con la que ella no cuente.

—Como punto de partida no está mal —intervino mi padre— ¿Se os ocurre alguna idea al respecto?

“¿Algo que Sonia no sepa y yo sí?”

Pepo y mi padre me miraron como si yo tuviese la solución a su planteamiento. Me levanté camino de la ventana de la terraza. Estábamos en junio y el calor comenzaba a hacerse notar. Necesitaba que corriese el aire, algo que gracias a Dios era fácil conseguir en esta casa. Con la terraza y dos ventanas del salón abiertas, la sensación de calor disminuyó considerablemente.

—Sí— respondí convencido al cabo de un par de minutos.

—¿Sí?— exclamaron al unísono.

Mi padre se echó hacia delante con los codos sobre las rodillas. Pepo dio un largo trago a su vaso de agua. Con un gesto me animó a continuar.

—¿Recordáis nuestro viaje de novios?

—¿Te refieres al que hicisteis a Suecia y Noruega?— señaló mi amigo.

—Sí, a ese. Aunque no fue exactamente así.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro viaje de novios incluyó un destino más. Fuimos a ver a su familia a...

Loreto entró en el salón con una jarra de café y una cubitera. En cuanto cerró la puerta al salir pudimos oír el timbre de la calle. Esperábamos a tres personas más que acababan de llegar en ese momento. Mi buen amigo se levantó al ver como mi madre primero, y Lenita y Antonia, después, hacían su entrada en el salón. Le imitamos mi padre y yo. Me encantaba ver como mi pareja de amigos se saludaban cada vez que se veían. Se dedicaban una sonrisa que lo decía todo, muy a mi pesar no pude dejar de sentir un poquito de envidia.

—Muy pronto podrás hacerlo tú también— aseguró mi hermana, mientras besaba mi mejilla. Desde pequeños parecía leer cada gesto y cada pensamiento míos.

Lenita me dio un largo abrazo. Siempre me decía lo mismo, que si no llega a haber visto antes a Pepo, con esos andares tan sexis, que yo no me hubiera escapado. Mi amigo se partía de risa con la ocurrencia de su mujer. De la boca de Lenita salía en cada momento la palabra correcta en el momento justo.

Mi madre me dio dos besos y alargó su abrazo más de lo habitual. La fe que tenía en mí era la misma que tuvo mi abuela Maura cuando cada mañana mientras duró la maldita guerra, recorría cada comisaría, cada cuartel, buscando a mi abuelo. Hasta que le encontró. Desde ese momento, la vida había dejado de tener interés para ella. Se encerró en sí misma, lentamente se fue aislando de todos nosotros. Murió unos pocos años después. No deseaba otra cosa que reunirse con mi abuelo Martin, dónde quiera que se encontrase.



—¿Estás bien, hijo?

—Sí, no te preocupes madre. Siéntate aquí— señalé el sofá junto a Antonia.

Mi padre y Pepo fijaron sus ojos en mí esperando a que continuase. Las tres mujeres captaron el gesto, tomaron asiento en el sofá junto a mi padre y se sumaron a los pares de ojos que me observaban expectantes.

—¿Nos hemos perdido algo?— quiso saber Antonia sentada en su lugar preferido, en la esquina del sofá más próxima a mi butaca.

—Bruno nos iba a comentar algo que Sonia debe desconocer, y que confiamos nos sirva para el día que le enseñemos la carta— aclaró mi padre.

—¿Se la vais a enseñar? ¿Estáis locos?— exclamó Lenita.

Nos quedamos un poco sorprendidos por su reacción. Pensábamos que se trataba de una buena idea,

—Es para ver cómo reacciona— intervino Pepo.

Antonia iba sirviendo el café y algunos cubitos de hielo en cada vaso sin perder detalle de la conversación.

—Estoy de acuerdo con Lenita—dijo mi hermana— Después de cómo se ha portado con Bruno me parece que se la debía mantener al margen. ¡Pidió la pena de muerte para él! ¿No os acordáis?

—¿Cómo olvidarlo hija? Lo único que queremos es observar su reacción cuando la lea. Comprobar de primera mano si sabe algo o no al respecto.

—Me la puedo imaginar poniendo el grito en el cielo.

Nunca reconocerá que Nora y Teresita puedan estar vivas, eso sería tener que pedir perdón por todo lo que ha hecho, papá. Dirá que esa carta es una broma de alguien.

Miré a mi madre.

Quería saber su opinión. No era una mujer de muchas palabras, prefería escuchar, como ella decía. Pero cuando hablaba, de su boca siempre partía una opinión sincera, un argumento a tener en cuenta. Un punto de vista distinto.

—Si yo fuese Sonia, y supiese algo de lo que ha sucedido con tu mujer y Teresita, no podría disimular si me enseñan la carta. Ver su reacción puede darnos alguna pista que nos aclare cómo actuar. Aunque estoy de acuerdo con Antonia y Lenita, Sonia se reirá de vosotros.

“Eso es sinceridad”

En algo llevaban razón las tres mujeres. Sonia no iba a reconocer que su hija y su nieta pudieran estar vivas, pero en cuanto la leyó, la agente Arena, no tuvo la más mínima duda sobre la veracidad de la carta. No se trataba de ninguna broma.

Si no de algo muy serio. Algo que podía dar al traste con todo.

—Quizá lleves razón— convino mi padre— Por eso queríamos, entre todos, pensar si disponemos de alguna información que Sonia desconozca, algo que nos valga para avanzar.

—Bruno nos iba a contar algo de su viaje de novios— recordó Pepo.

—¿Algo nuevo?— preguntó Lenita.

Asentí.

Me acomodé en la butaca.

—Sí. Cuando la policía me interrogó en prisión estaba informada de nuestro viaje de novios, pero sólo les conté una pequeña parte. Me di cuenta que no sabían nada concreto, que daban palos de ciego. Tenían datos de nuestro paso por Suecia, Noruega y otro lugar más, pero carecían del destino más importante.

Mi hermana me miró con el ceño fruncido.

—Sin embargo, sí qué estaban informados de las diferentes visitas que mi suegra realizó a Moscú cuando aún estaba en Salamanca y nosotros ya nos habíamos trasladado a Madrid.

—¿Qué se le había perdido a Sonia tantas veces en Moscú?— se interesó Antonia sorprendida.

Esa era una larga historia que ninguno de los allí presentes esa tarde de domingo de junio siquiera podían sospechar. Bruno intuía que la niñez de Nora no había sido todo lo plácida que pudiera aparentar y que Moscú tenía algo que ver con ello. No era un tema que tratara con nadie de su familia, ya que pertenecía a la intimidad de su mujer.

Comenzó su relato...

—¿Qué te parece si en nuestro viaje de novios nos vamos a Moscú?— propuso Nora de improviso una tarde de

paseo por el parque del Retiro. Agarrada a su brazo observaba divertida la cara de su novio.

—¿A Moscú, a Rusia?

—Claro ¿Qué Moscú va a ser si no?

—¿Por qué quieres ir a ese lugar?— para Bruno, la idea de ir a un país como Rusia no estaba bien visto y tendría que dar muchas explicaciones.

Nora tiró de la manga de la chaqueta de su novio para sentarse en un banco. De su cara desapareció la dulce sonrisa que lucía en contadas ocasiones, y en su lugar un rictus nostálgico se apoderó de ella. No podía compartir con Bruno las andanzas de su madre, ni su fama en la NKVD, y mucho menos su condición de agente encubierto. Pero comenzaba a estar cansada de su papel de hipócrita con Bruno. Era consciente que desde pequeños, en Salamanca, ese chico le gustaba y mucho además. No fueron pocos los intentos que hizo para olvidarle, aunque le ayudó que con el tiempo recibiera menos cartas suyas.

Todo cambió cuando su madre le confesó a los pocos meses de trasladarse a Madrid, una tarde entre confidencias, que se había encargado, como parte de su trabajo, de leer las cartas y no entregarle a ella todas las que recibía de Bruno.

—¿Tampoco echabas todas las mías al buzón, verdad?

—Todas, no.

A partir de ese día la idea de abandonar las exigencias de su madre empezó a ser tomada en serio. Ciertamente se trataba de una pequeña fisura en su especial educación pero

desde ese punto sólo podía ir a más. Así fue. No quería volver a oír a hablar de ninguna Revolución. Deseaba desde lo más profundo abandonarlo todo y dedicarse a su pareja, dejar atrás la manipulación y la mentira.

Lo que Nora no sabía es que eso era imposible.

—He vivido allí unos años— confesó.

—¿En Moscú?— Bruno no daba crédito a las palabras de ella— pensé que fuiste de pequeña a ver a un familiar.

Nora no le había confesado que no siempre estuvo viviendo en Salamanca cuando ellos regresaron a Madrid. Durante un año se trasladó a Zaragoza a casa de una tía suya mientras su madre regresaba a Moscú. La experiencia en Italia, ni nombrarla.

—Sé que algo así te dije, pero no se trató de un viaje de cortesía. Allí mataron a mi padre.

—¡Dios!

Su madre le había explicado, en otra tarde de confidencias, cómo su padre, Ramón, esperaba tener un hijo y no una hija, y cómo se desentendió de ella desde el mismo instante de su nacimiento. Lo que jamás perdonó a su madre, y no iba hacerlo ahora, fue que no le permitiera despedirse del tío Miguelón, ni del tío Dima, ni de la tía Tanya, ni de Amparo, ni de los primos, ni siquiera de los abuelitos...

Ella iba a volver.

—No te preocupes, cariño —dijo agarrada al brazo de Bruno— no quiero que nadie se entere del viaje, ni mi

madre.

Eso pareció sentarle mejor.

—¿Entonces podemos ir en nuestro viaje de novios?  
¿Qué te parece?— preguntó con la mejor de sus sonrisas.

Imposible decirle que no.

Sin embargo, el viaje no sólo obedecía a motivos de reencuentros familiares. Quería comprobar aquellas palabras que un día le dijo su madre, cuando no actuó como ella esperaba que lo hiciera.

—A muchos, por menos, hubo que darles una lección. Como al tío ese de tu padre. ¡Qué engañados nos tenía!

—¿Al abuelo Sergey?

Sonia abandonó la habitación. Señal evidente de que el tema había tocado a su fin. Desde ese día, en la cabeza de Nora se iba gestando la idea de viajar a Moscú y comprobar de primera mano el significado que escondían las palabras de su madre.

—¿Os fuisteis a Moscú y no me dijiste nada?— exclamó un sorprendido Pepo— Pensaba que no había secretos entre nosotros. Menos de este tipo

Asentí algo avergonzado por haberle fallado.

—Cariño, déjale continuar —señaló Lenita— Sus motivos habrá tenido para no haber dicho nada ¿no crees?

—Sí, sí, no lo dudo...pero...

—Sin peros, calla...

Continué.

Lo más complicado para Bruno fue no compartir con su familia el destino de su viaje de novios. Sabía que algún día debería dar explicaciones, pero hasta que llegara ese momento se iba a centrar en el motivo fundamental para mantener ese secreto. Sonia no podía enterarse, jamás. La intensidad con que Nora afirmó qué su madre debía mantenerse al margen con muchos más motivos que nadie, le animó a seguir adelante con la farsa.

El primer paso fue buscar un destino que exigiera ropa de viaje de abrigo. Se decidieron por Suecia y Noruega, unos pocos días después y con pruebas fotográficas de la estancia, continuarían rumbo a Rusia.

La primera noticia que tuvo Bruno de la estancia de Nora con Moscú, fue al poco de retomar su relación una vez que se reencontraron en Madrid. Ella le había ido a recoger a la universidad de derecho, se disponían a salir cuando el sonido de unos silbatos de la policía les alertó de que debían abandonar la facultad cuanto antes.

—¡Ven, por aquí!— mientras tiraba de su manga Bruno señalaba hacia el interior del edificio— ¡Corre!

Varios agentes de los llamados grises pasaron pistola en mano muy cerca, sin reparar en ellos. Bruno tiró de Nora que se había quedado paralizada con las manos en la cara.

—Ven...

Nora no se movía. Comenzó a sollozar.

—¿Qué sucede?

—Пушки не! Пушки не! —balbuceaba Nora—  
Полицейские не!

Repetía una y otra vez las mismas palabras ininteligibles.

Bruno se la quedó mirando con las manos en los brazos de ella intentando que los separase de su cara.

—No logro entender lo que dices.

Al fin consiguió que quitase las manos de su cara. Tenía el rostro desencajado, una expresión de miedo atroz, que no había visto antes en ella.

—No pasa nada, no vienen a por nosotros ¿ves?— a través de la ventana vieron a un grupo de grises que perseguían a varios estudiantes que agitaban al aire unas pancartas.

La respiración de la chica comenzó a ser más pausada y la tensión de su rostro se fue relajando. Cuando se sintió recuperada pasó las mangas del jersey por sus enrojecidos ojos y sonrió.

—Perdona, ya estoy bien ¿vamos?— esta vez fue Nora la que tiraba de la manga de Bruno.

—¿Qué decías? ¿Qué idioma era ese?

—Ruso. No me preguntes más, por favor, hoy no.

No fue hasta cuando se encontraban camino de Moscú, desde Oslo, cuando Bruno se enteró de lo que significaban aquellas palabras que Nora balbuceó en la universidad. Antes, le puso al día de su estancia en Rusia. Del asesinato de su padre. De cómo le daba miedo ver a la policía o al



ejército corriendo detrás de alguien. De su secuestro y el de la chica que la cuidaba, Marina. Bruno asistía a las confesiones de la que ya era su esposa, entre alucinado e intrigado.

De la ocupación de Sonia Vardiola, nada.

De momento.

—Eso se cuenta antes— exclamó con media sonrisa.

—¿Te lo hubieras pensado entonces? ¿No te habrías casado conmigo?—quiso saber fingiendo enfado—sabes que no puedes pasar sin mí desde que nos presentó Lenita— dijo haciéndose la interesante.

—¿Yo?— fue lo único que le salió de la boca de Bruno. Nora llevaba toda la razón.

—Пушки не! Пушки не!, Полицейские не!— repitió para sorpresa de Bruno.

—Sí, algo así creo recordar ¿Qué significaba?

—No eran más que palabras de una niña muy asustada en Moscú. Decía ¡Pistolas, no! ¡Pistolas, no! ¡Policía, no!

—Ven...— Bruno paso el brazo por detrás de Nora. Instantes después de apoyar su cabeza sobre su hombro se quedó dormida.

Moscú les recibió con algo menos de frío de lo que Nora esperaba. Después de dejar las cosas en el hotel dedicaron un tiempo a decidir sobre las pocas opciones que se les ocurrían para acercarse a casa de los abuelos. Los últimos años, Nora los pasó en uno de los barrios más cotizados, del que guardaba algún recuerdo. De su vida en

casa de la familia de su padre, primero, y en el apartamento con su madre, después, apenas guarda en su memoria imágenes puntuales. Necesitaría encontrarse allí para que los recuerdos aflorasen por sí mismos.

Esas imágenes las ocupaba en su mayoría su madre, ese gesto duro, pero a la vez protector. Esa permanente obsesión por enseñarle a abrirse paso en la vida, en su vida, es decir, como mujer revolucionaria. Todo lo demás carecía de importancia. Otros recuerdos la hacen sonreír.

—Me acuerdo del tío Miguelón, que yo creo que no era tío ni nada, pero le llamaba así. Cuando venía a casa, me cogía por la cintura y me cargaba al hombro como si fuese un saco de patatas— recordaba tumbada en la cama del hotel, con las piernas colgando— el tío Dima y la tía Tanya, siempre tan agradables conmigo.

—Y tus abuelos, tus primos— susurró Bruno en su oído, tumbado junto a ella, mientras recorría con su lengua la oreja en lentos movimientos.

Sabía que eso le volvía loca a su mujer y alargó el recorrido por el cuello y de nuevo hasta la oreja.

—Oye...que, tenemos que...—protestó Nora sin la más mínima oposición, dejándose llevar— eres malo, malo, y malo...

Esa tarde el hotel les ofreció apuntarse a un trayecto turístico por Moscú. Eso hicieron, de esta manera podían recorrer la ciudad, visitar la Plaza Roja y ella podía hacerse una idea de los cambios experimentados durante sus casi quince años de ausencia.

—Hasta aquí se limitaba la información que la policía disponía de nuestro viaje— apunté.

Sentía que mi relato les tenía a todos pendientes. Del resto de la historia, ni el comisario, ni mi suegra sabían nada.

Al menos eso creíamos.

—Continúa, por favor —pidió Antonia— Creo que lo que nos vas a contar le servirá a Pepo como justificación de tu silencio.

—Bueno, yo no quise decir que...

—Calla...—le corto Lenita dándole un suave golpe en el antebrazo.

Me recosté en mi butaca preferida y me dispuse a recordar nuestro viaje de novios, tan apasionante como sorprenderte. Una cosa es que sospechara que mi mujer había omitido hablar de su estancia en Rusia y otra comprobar de primera mano como fue su vida unos años atrás. Su padre fue asesinado allí, cierto, pero su familia aún sigue pagando por algo que no han hecho.

Continué...

Decidieron que a la mañana siguiente se acercarán hasta la fábrica de motores. Desde allí, si seguía en

funcionamiento, podían averiguar si el tío Miguelón y el tío Dima continuaban trabajando en ella, y si no era así, Nora se creía capaz de recordar el camino hacia el bloque de viviendas en el que vivían apiladas montones de familias, como la suya. Ese recorrido lo había realizado en varias ocasiones con el abuelo Sergey al ir a buscar a su padre y a los tíos.

Desde el hotel les llevaron hasta un punto cercano a la fábrica de motores a primera hora de la mañana. Quedaron en recogerles para comer, si no estaban regresarían antes de que anocheciera.

—No es una zona recomendable para caminar por ella de noche, señora—aconsejó el recepcionista, visiblemente preocupado.

—Lo sé. Volveremos pronto.

El coche regresó las dos veces convenidas.

No hubo nadie a quién recoger.

Bruno y Nora se vistieron con ropas que no les identificaran a primera vista como turistas. La mejoría respecto a su vestuario habitual, era indudable, sin embargo, a ojos de los residentes no era posible el engaño. No de ese tipo.

Cuando el chófer del hotel les dejó en el punto acordado, no pudieron evitar sentir cierta angustia e incomodidad al ver cómo se alejaba el vehículo en el que habían venido. El cielo estaba cubierto de nubes, algunas de un color tan oscuro que amenazaban lluvia inminente. El frío

de esa mañana era intenso pero dentro de lo esperado.

Al descender del coche les invadió un olor a aceite, a ropa usada, muy usada. Todo lo que alcanzaba su vista, los edificios, el desnivelado y agujereado suelo, las gentes y sus ropas, las columnas de humo que se elevaban tras edificios de viviendas, incluso el cielo, variaban su tonalidad en torno a una gama de grises. La nota de color la ponían ellos dos, con sendas cazadoras azules. Aunque de aspecto usado, eran las únicas que por ahí se veían. Nora estaba convencida de que la Revolución por la que tanto luchaba su madre debería haber llevado a la gente, con el paso del tiempo, a una calidad de vida superior a la que ellas disfrutaron cuando vivieron allí.

Eso fue lo primero que le desconcertó. Durante el recorrido del día anterior con el guía turístico no se había percatado de la situación.

Lo segundo fue el aspecto desolador que presentaba lo que creía recordar que era la fábrica de motores. Las altas paredes se encontraban cubiertas de hollín casi en su totalidad, como si hubiesen estado prendiendo multitud de hogueras junto al edificio formando anchas y largas columnas de un color negro intenso. No menos intenso resultaba el olor a excrementos y orina que aumentaba conforme pasaban junto a algún soportal y se aproximaban a la fábrica.

Se sentían observados.

Sin duda lo estaban.

No sólo por los pequeños y numerosos grupos de

hombres y mujeres apostados frente a lo que ella recordaba debía ser la puerta de la fábrica, sino por las decenas de pares de ojos que les escrutaban detrás de ellos.

—¿Estas segura de dónde vamos?— quiso saber Bruno al que no le gustaba nada lo que veía.

—Sí, es ahí — hizo un leve gesto con la barbilla en dirección a los grupos de personas formados unos metros delante.

—Esto no me gusta nada, Nora.

A ella tampoco, pero no se iba a echar atrás. De algo le tenían que valer las interminables horas de instrucción impartidas por una de las más importantes espías de Rusia. La gente Arena estaba muy bien preparada y sabía entrenar a los suyos. Una de las premisas era no mostrar miedo, nunca, se trate de la situación que se trate, por extrema que pareciese.

Esta era una de ellas.

—No te preocupes, déjame a mí— dijo con una firmeza que a Bruno no le pasó desapercibida.

Se sujetó su negro cabello en un moño y avanzó con determinación como si cada día hiciese ese mismo recorrido. Bruno la siguió, dejando un par de pasos de separación entre ellos. Varios metros más adelante, Nora se detuvo frente a un grupo de mujeres con las que entabló conversación. A cada frase que partía de la boca de ella, Bruno observaba como las mujeres hacían gestos en dirección a la entrada de la fábrica.

—Cada día vienen a ver si hay trabajo, si queda alguna

vacante— explicó al regresar junto a Bruno— por lo visto cae mucha gente enferma y aprovechan para ocupar su plaza. Por eso se reúnen aquí.

Sin dejar de hablar, Nora se encaminó hacia la entrada. Unas fornidas manos le impidieron el paso sobando con poco disimulo sus pechos. Con un rápido gesto golpeó el brazo del hombre, que acto seguido comenzó a reírse secundado por otros dos compañeros. Nora sabía que a ellos les impresionaba ese tipo de reacción en las mujeres.

Durante unos instantes, que a Bruno se le hicieron eternos, intercambió unas palabras con aquellos individuos. Aseguraron no conocer a ningún Sergey Volkov ni a ningún Dima.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando aquí?

—Para ser una mujer extranjera haces demasiadas preguntas —indicó uno de ellos — ¿Quién eres tú? ¿Una extranjera que habla ruso?

—Viví aquí de pequeña. Son mi familia, mi abuelo y mi tío.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Lárgate de aquí!— gritó una oronda mujer.

—Vaya, parece que tu mujercita se ha puesto celosa — repuso uno de los hombres mirando a su compañero. Acto seguido comenzaron a reírse como si hubieran oído el mejor chiste de su vida.

Se estaba formando un grupo de gente en torno a los recién casados, que no presagiaba nada bueno. Algunas de las mujeres que allí se encontraban creían que esa guapa chica pensaba colarse.

—Vámonos— Bruno tomó a Nora del brazo.

—Pero yo quiero...

—Ahora...— insistió con los labios apretados.

A regañadientes, Nora se alejó de allí con su marido. Cuando consideraron que se encontraban a una distancia más que prudencial, se detuvieron

—¿Qué pretendías?.

—Saben algo de mi familia, no me creo que no les conozcan.

En parte no se equivocaba.

Era verdad que aquellos hombres no conocían ni a Sergey ni a Dima, pero la historia del abuelo era bien sabida por todos. Historia que arrastró a su propia familia.

Llevaban un rato en silencio recorriendo el camino que Nora parecía ir recordando. Una casa, una panadería, dos edificios que formaban un estrecho callejón.

—Ahí me escondía cuando me escapaba del abuelo— señaló el callejón, sonriente.

No era la única.

Al llegar a la altura del escondite, un chico unos pocos años mayor que ella, llamó la atención de la pareja.

—¡Eh! Vosotros— siseó en español.

Bruno se situó delante de su mujer mientras miraba en torno sin perder de vista al chico.

—No tengáis miedo, por favor, venid. No deben verme— aseguraba mientras hacía gestos con la mano para que se acercaran.



—¿Qué quieres?— Bruno se mantenía a unos metros de distancia.

Sabía que si era necesario salir corriendo no le cogerían y a ella mucho menos. La había visto correr y era muy rápida.

—¿Eres Nora, la hija de Sonia y Ramón?

Se miraron desconcertados, pero con la suficiente curiosidad para que Nora diera los tres o cuatro pasos que había entre ellos y se pusiera a su altura, amenazante.

—¿De qué me conoces?

—Tranquila, soy Ángel, el hijo mayor de Miguel y Amparo.

—¿Del tío Miguelón?— la sonrisa no le cabía en su cara.

—Sí— afirmó con un atisbo de timidez.

Nora se acercó más aún para recordarle. Ángel debería tener unos dos o tres años más que ella. Buscaba en su mente alguna imagen de aquella época. No era fácil, apenas se conocieron durante sus primeros años de vida. Al mudarse de casa por segunda vez, su madre consiguió que no les pudiesen seguir la pista.

“Sí, puede ser él”

—¿Conoces a mis primos?

—Sí, claro. Se portaron muy bien conmigo los tres, Anna, Yuri y Misha.

—Hablas en pasado...

Cómo si no hubiese oído las palabras de Nora, Ángel continuó hablando.

—Dentro de una hora mi padre saldrá de la fábrica, te oí hablar en la puerta y os seguí...

—¿Miguelón sigue en la fábrica? y ¿Dima?

—Ya te lo contará mi padre. Bajad por esa calle de ahí hasta que os encontréis con un bloque de casas en construcción, tomad la que sube a la derecha y al final, cruzando el puente, vivimos nosotros. Es el segundo portal. Esperad ahí y mi padre os encontrará— nada más terminar su explicación Ángel salió corriendo calle abajo, en lugar de ir hacia su casa, giró a la izquierda como si volviese a la fábrica por una calle paralela a la que se encontraban.

Siguieron las instrucciones y llegaron hasta el punto convenido. Para no levantar sospechas con su presencia decidieron dar una vuelta hasta que se cumpliese el plazo de una hora. Miguelón debía tener horario de noche, el mismo que en ocasiones tuvo su padre.

—¿Nora?— una voz a su espalda sobresaltó a la pareja. La aludida se giró en redondo.

—¡Tío Miguelón!— exclamó feliz echándose al cuello del hombre al que hacía unos quince años que no venía y del que no se pudo despedir. Lloró en su cuello emocionada por los recuerdos que le venían atropelladamente a la cabeza.

—¡Mi sobrina preferida!— casi no se advertía su sonrisa tras las espesa barba— cuando mi hijo me habló de ti pensé que estaba loco ¡Cómo ibas a ser tú! si...si...

—Si... no sabías nada de nosotras, ¿verdad?— Nora terminó la frase— Mamá no me dejó despedirme de vosotros.

—Pensamos que os había sucedido algo, el abuelo

Sergey os buscó y bueno, al final se metió en problemas — se quedó mirando fijamente a su sobrina sin poder borrar la sonrisa de su cara— Venid. Ahora te pongo al día.

—Hasta con esa barba te he reconocido, tío. No has cambiado nada, eres tal y como te recuerdo cuando me subías en tu hombro y dábamos vueltas. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no voy a acordarme, pequeña?— permaneció mirando a Nora unos segundos, con nostalgia— Tú, sin embargo, si que has cambiado, te has convertido en toda una mujer.

—¿Qué le pasó al abuelo de Nora, Bruno?— se interesó Pepo que estaba entusiasmado con la experiencia que narraba su amigo.

—Lo del abuelo Sergey es una historia de coraje— señalé convencido— y de algo más.

—¿Le conociste?— insistía Pepo con sus preguntas.

—Déjale que siga con su viaje de novios y calla...— intervino Lenita dándole a su marido otro suave manotazo en el brazo.

Seguí...

Tras presentar a Bruno, los tres subieron a la casa de Miguelón por las estrechas y oscuras escaleras que conducían

hasta la vivienda. En cada planta eran numerosos los apartamentos que daban al largo pasillo. Las paredes pedían a gritos varias manos de pintura.

Olía a cerrado, a mezcla de guisos.

Se accedía a la vivienda por la última puerta de la izquierda. La entrada daba a la zona de estar, una mesa cuadrada con varias sillas a su alrededor y un viejo sofá junto a la pared de la izquierda, componían todos los muebles de la estancia. A la derecha se encontraba la cocina de dónde salía Amparo moviendo ágilmente su orondo cuerpo. Al ver a Nora no pudo evitar emocionarse. Ambas se fundieron en un largo y cariñoso abrazo. Se encontraba sola en la casa, el otro hijo de la pareja estaba trabajando.

—Ahorramos todo lo que podemos para volver a España. Llevamos aquí demasiado tiempo — dijo el tío de Nora a modo de disculpa por el aspecto de su hogar.

—¿Qué paso con las demás familias que vinieron con nosotros?

—Los que han podido volver lo han hecho, otros se fueron a Francia. Aquí quedamos solamente unos pocos— aseguró con tono cansado.

—Ahora no es momento para penas, Miguel —intervino Amparo sonriente— Hay que celebrar que la pequeña Nora ha vuelto hecha toda una mujercita. ¡Cuánto te hemos echado de menos!

Amparo se acercó de nuevo hacia la causante del feliz revuelo y la abrazó otra vez. Al separarse de ella pasó las manos por su rostro. No había podido impedir que unas

traicioneras lágrimas resbalaran por su cara.

—Perdona, estoy muy emocionada. Pero bueno, cuéntanos a qué se debe esta visita —propuso, no sin pocos esfuerzos para recobrar la compostura— No habrás venido desde España sólo para vernos.

La puerta de la casa se abrió, era Ángel. Después de dar un beso a su madre acercó una vieja silla junto a su padre.

—Cuidado con la prima, antes casi me da un puñetazo cuando quise hablar con ella— señaló divertido.

—Lo siento, no quise asustarte pero te vi escondido y...

—No le hagas caso— medió Amparo— Cuéntanos hija ¿Cómo está todo en España, y tu madre?

Durante la siguiente media hora todos los allí presentes escucharon con atención las explicaciones que les daba Nora, desde sus cambios de casa, hasta su llegada Salamanca dónde conoció a Bruno, y terminó con su regreso a Madrid. Lo que realmente le importaba era averiguar hasta que punto estaban al tanto de las actividades de su madre, por ello hizo un resumen de su experiencia con el general Aleksey Nóvitsiov y Pavel Ologov durante los tres días que estuvo secuestrada. Nada. No observó ningún cambio en sus rostros a excepción de los provocados por la historia en sí.

Se equivocó.

Llegó el turno de las explicaciones a cargo de Miguelón y su familia. En esta ocasión sí que les cambió el rostro. Antes de comenzar con su relato se miraron entre sí, como si quisieran darse ánimos. Las noticias que tenían para la

pequeña Nora Vardiola no eran buenas.

Nada buenas.

—Tu tío Dima y Tanya viven no lejos de aquí. Tu abuela Masha, falleció un frío invierno. No siempre recordaba el camino de vuelta a casa y ese día se perdió, la encontraron acurrucada en el suelo junto a una antigua nave en desuso.

—Pobre...

—Anna, tu prima, se casó y se fue con su marido, Yuri y Misha, murieron un día de revueltas en la calle...

Nora agarró la mano de Bruno.

Miguelón continuó con la puesta al día.

—...estaban al cuidado del abuelo, hubo una avalancha de gente que huía de militares y de varios francotiradores...— Miguelón calló unos instantes, como si le doliera el recuerdo — Sergey intentó ponerse a salvo en un portal, pero antes de lograr alcanzarlo, les empujaron con tan mala fortuna que los chicos quedaron atrapados bajo los miles de piernas que corrían y ruedas de coches que les perseguían.

—¿El abuelo?— murmuró Nora visiblemente emocionada por la historia.

—Al abuelo no le pasó nada, sólo algunos moratones. Esto sucedió unos cuatro o cinco años después de que no volviéramos a saber de ti ¿No es así Amparo?

La mujer asintió. Se la veía entristecida.

—¿Sabes? El abuelo Sergey te buscó. Siempre hablaba de ti. Vuestra desaparición fue un duro golpe para él — intervino Amparo— No sé si debo decirlo pero...—miró a su marido que le devolvió un leve gesto afirmativo con la

cabeza.

—¿Decir qué?— quiso saber Nora.

La mujer dio un trago a su vaso de agua antes de continuar.

—Verás, a tu abuelo no le gustaba nada Sonia Vardiola. Cuando os cambiasteis de casa por primera vez, al poco tiempo se encontró con ella y le pidió explicaciones de su actitud al alejarte de tu familia.

—¿Qué dijo mi madre?

—Le dijo que no tenía porqué darle ninguna explicación, que tenía tres nietos más, que se dedicase a ellos. Además, tú no eras familia suya.

“Típico de mi madre”

—Os volvisteis a cambiar de casa y el abuelo os encontró de nuevo, pero esta vez no se acercó a ti y menos a tu madre.

—Lo entiendo— murmuró entristecida Nora.

—Tu madre, a través de Sergey, nos advirtió de que jamás, insistió mucho en este punto, jamás nos acercásemos a ti, que podía hacernos la vida imposible si se lo proponía.

“¿Por qué será que no me extraña?”

—Pero ¿dónde está el abuelo?— hizo la pregunta con profundo temor a lo que pudiese oír como respuesta. Les miró de hito en hito.

Otra vez Bruno y Nora asistieron a un intercambio de miradas. En esta ocasión Ángel también se unió a ellas.

—No lo sabemos.

—¿Cómo qué no lo sabéis?— no pudo evitar la sorpresa

ante la respuesta de Miguelón.

—El abuelo Sergey desapareció hace unos años.

“*A muchos, por menos, hubo que darles una lección. Como al tío ese de tu padre*”. Las palabras de su madre martillearon su cabeza.

—Sí, hija —intercedió Amparo— no nos mires así, le hemos buscado. No hemos dejado de hacerlo, pero el paso del tiempo nos ha hecho perder esperanzas.

—¿Y el tío Dima y la tía Tanya qué dicen?

—¿Qué van a decir, pobres? Se han quedado, solos, sin padres, sin hijos. Temo que pierdan la calma como le ocurrió al abuelo.

Nora llevó las manos a la cara, recogió su negra melena y se puso en pie. Tenía la amarga sensación de que no estaban siendo del todo sinceros con ella. Algo ocultaban, no por falta de confianza sino por no hacerla daño.

No era la única de los allí presentes que opinaba así.

—Perdonad que me meta en asuntos de familia— Bruno tomó la palabra por primera vez.

Observó la expresión de su mujer al levantarse y decidió echarle una mano.

—Me parece, quizá me equivoque si es así disculpadme, que Nora tiene la sensación de verse obligada a tirar de vosotros para que le contéis qué es lo que sucede y...

Ella tomó asiento de nuevo.

—Veréis— puso una mano en la rodilla de su marido, y mirándole, tomó la palabra— Es cierto lo que dice. Parece que compartís lo que sabéis con cuenta gotas, ¿Por qué no



nos decís...?

—Se llevaron al abuelo acusado de enemigo de la Revolución— soltó Ángel de repente, como sin darle importancia.

Se hizo el silencio en el pequeño salón. Miguel y su mujer tenían la vista fija en un punto indeterminado del suelo. Nora, con los ojos desmesuradamente abiertos miraba fijamente al chico. Bruno observaba las reacciones de los que allí se encontraban. El comentario de Ángel había caído como una bomba. Era consciente de que desconocía los motivos. Estar en contra de la Revolución no debería ser tan extraño en un país que está pasando tantas dificultades.

Extraño o no, lo que Bruno desconocía es que era peligroso.

Tanto, que podía acabar con tus huesos en un campo de trabajo.

—Es cierto lo que ha dicho el chico— Miguelón se aclaró la garganta antes de continuar— Lo que os voy a contar es el relato del abuelo hasta su desaparición.

—Te escuchamos, tío...

Sergey Volkov no era el mismo desde que aquella turba acabó con la vida de sus nietos. Siendo de por sí una tremenda desgracia la muerte de los pequeños Yuri y Misha, lo que le llevó a decidirse por tomar partido contra el régimen establecido fue la reacción de la policía y los militares que avanzaban detrás de la manifestación, unos

corriendo, otros en diferentes vehículos. No tuvieron bastante con ver a Sergey abrazado a los cuerpos inertes de sus nietos, sino que la emprendieron a golpes con él. El abuelo se defendió como pudo, antes de caer por los palos recibidos y perder la consciencia pudo comprobar cómo dos de sus puñetazos tumbaban al bravucón del capitán que parecía ser el jefe.

Cuatro fueron las noches que permaneció encerrado en prisión. A la mañana del quinto de día le permitieron salir.

—Venga abuelo, váyase a casa y no se meta en problemas— le aconsejó un sargento— Muchos de los revoltosos no volverán por aquí. La próxima vez, pese a su edad, no tendrá tanta suerte.

Lo primero que hizo Sergey fue preguntar por sus nietos.

—¿Muertos en la revuelta? Pues si no siguen ahí, estarán enterrados en algún sitio.

Fue toda la información que el abuelo logró conseguir. No fue fácil controlarse ante tanta desconsideración, pero si se dejaba llevar no lograría su objetivo. Durante los cuatro días que estuvo encerrado había tomado una decisión. Ciertamente alguna duda albergaba cuando le avisaron que podía irse. Fue la contestación que le dieron acerca de lo sucedido con sus nietos lo que disipó todas sus dudas. Dedicaría el resto de su vida a luchar contra aquellos que le habían quitado lo poco que tenía. No fue ésta la primera vez que se planteaba algo así. El asesinato de Ramón, al que el abuelo tenía por un fiel revolucionario, “quizá demasiado,” acusado

justo de lo contrario le abrió lo ojos.

Tampoco fue la única.

La segunda ocasión no fue un hecho aislado, sino consecuencia de la primera. Sonia Vardiola aprovechó el asesinato de su sobrino para llevarse a la pequeña Nora de sus vidas. Desde que comenzó a trabajar para el partido se había vuelto muy extraña. Al principio pudo ver a su nieta, a veces en compañía de su hijo Dima, otras, a solas, cuando se la llevaba a recoger a sus tíos y a veces a su padre cuando aún vivía.

Pero eso fue antes.

Después las cosas se torcieron.

El cambio de casa de Sonia y de su hija fue el inicio. Todo parecía ir bien, pero al poco tiempo volvió a mudarse sin comentárselo a nadie. Con lo que Sonia no contaba era con la insistencia de Sergey y el cariño que tenía por su nieta. Cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta llegar al final, nada le detendría. No, ni Sonia Vardiola.

No resultó nada fácil dar con ellas la segunda vez. Debía andarse con cuidado. La mujer de Ramón había sido muy clara la primera vez que se encontró con ella. Fue por casualidad en uno de sus largos paseos por la ciudad.

—¿Sonia?

Vardiola siguió caminando. Había oído la voz del abuelo. Una voz que no deseaba escuchar. Formaba parte de su pasado, mejor dicho del pasado de Ramón.

—¿Sonia?— Sergey puso su brazo sobre el hombro de la que fue la mujer de su sobrino.

Antes de girarse, Sonia respiró hondo, apretó los labios.

—¿Qué quieres?

El abuelo le reprochó que alejara a Nora de su familia, pero la respuesta de ella, al despedirse, fue lo que le sorprendió.

—¡Jamás! ¿Entiendes? ¡Jamás te acerques a mi hija! Ni tú ni nadie de tu maldita familia— con el dedo índice en dirección al aturdido abuelo, escupió sus últimas palabras antes de marcharse.

Sergey permaneció en silencio viendo como se alejaba. Su porte altivo, seguro, firme, le convenció que había que tomarse su amenaza en serio. Nada de volver a abordarla en plena calle

A partir de ahora todo sería diferente.

“Sólo soy un viejo, lo sé, pero también tengo mis recursos”

Dejó que Sonia doblara por la siguiente esquina y la siguió. Se vio a sí mismo de joven, en el ejército, siguiendo algún objetivo por las calles de Moscú. Volvió a sentir la agradable sensación de la subida de adrenalina. Pero ahora se trataba de un asunto diferente. Nada de una misión por cuenta de nadie. Esta vez sería algo distinto.

Algo personal.

Se mantuvo alejado de ella, lo suficiente para no levantar sospechas. En dos ocasiones volvió la cabeza como si sintiera que era perseguida. Sergey era conocido por su capacidad para seguir a los objetivos sin ser visto. Hoy no iba

fallar.

La noche caía sobre Moscú, la escasa iluminación de las calles facilitaba el trabajo del abuelo, pero también le obligaba a recortar la distancia que le separaba. Aceleró el paso. Sonia desapareció al doblar otra esquina.

“¿Me estará esperando al otro lado?”

Continuó avanzando despacio, lo contrario que su respiración que se aceleraba con cada paso. Llegó al cruce. Se asomó justo a tiempo para ver cómo ella se perdía en el interior de un edificio. Aguardó un rato hasta que se encendió la luz de una ventana en la segunda planta.

Sonrió. Había descubierto la guarida de Sonia.

No por mucho tiempo. Ese dato, el abuelo lo desconocía.

No sería hasta la segunda tarde en la que Sergey se acercó hasta la casa, cuando dedujo que era muy extraño que la luz de aquella ventana no se encendiera. Pegado a la pared avanzó pendiente de cada ruido, de cada sombra. Alcanzó la puerta del edificio y subió con decisión como si fuese de visita a casa de unos amigos. Pasó la planta de Sonia de largo y se detuvo en la tercera. Permaneció sentado unos minutos, necesitaba un poco más de aire y algo de calma. Pero sobre todo necesitaba tiempo. Tiempo para esperar. No podía estar sentado en la escalera mucho rato. Alguien se cruzaría con él.

Tiempo era precisamente lo que no tenía.

Voces en el segundo piso. Sergey se puso en pie. Tenía

dos opciones. Subir o bajar. Sencillo. La voz de Sonia le ayudaría a tomar una decisión. Agudizó el oído.

Pasos. No más de tres o cuatro plantas encima de él. Alguien bajaba con prisa. No contaba con más de diez o quince segundos para decidirse.

“¿Qué coño hago?”

De repente se dio cuenta y comenzó a descender escalones, despacio.

“La falta de costumbre, seguro”.

No se trataba de la voz de Sonia.

De la misma manera que oír la voz de Vardiola le hubiese ayudado a tomar una decisión rápida. Lo contrario, no escucharla, debería haber provocado en él, el mismo efecto. A fin de cuentas así fue, pero Sergey se lamentaba que no hubiese sido a la misma velocidad.

“Tardé unos segundos más, pero a tiempo”

Cinco segundos.

En cuanto puso el pie en el último escalón que le dejaba en la segunda planta, la puerta situada justo enfrente comenzó a abrirse. Una mujer apareció bajo el dintel. Las voces que aún llegaban hasta él se aproximaban por su derecha.

—¿Ya se fue la mujer de ahí?— con un gesto señaló hacia una puerta a su izquierda.

—¿Quién sería? vinieron varios hombres uniformados a por sus cosas—convino una de las mujeres que se acercaba por la derecha.

En ese instante las pisadas, como saltos, que

descendían por la escalera llegaron a la altura de Sergey. Se echó a un lado dejando paso a un espigado adolescente, que en silencio recorrió entre brincos el último tramo del rellano perdiéndose escaleras abajo.

—¡Chicos!

—¡Cada vez está peor esta juventud, y eso que se supone que este barrio no es como otros!— afirmó una de las vecinas, la más bajita, con una voz estridente más que desagradable.

Sergey a paso lento, en esta ocasión como si viniera de hacer una visita a unos amigos, siguió la estela del joven.

—Señoras...todos hemos sido jóvenes alguna vez.

La media sonrisa del abuelo desapareció de su rostro en cuanto inició el descenso a la primera planta. Su instinto había estado acertado, como casi siempre.

—¡Maldita sea!.

Sonia se había vuelto a cambiar de casa.

“¿Por qué tanto empeño en que no veamos a la niña?”

Sergey sabía que la relación entre su sobrino y su mujer no pasaba por sus mejores momentos cuando llegaron a Moscú. El motivo se lo había confesado una tarde; él quería un niño y Sonia no estaba dispuesta a intentarlo más. El resto de la familia era feliz con la alegría que Nora aportaba a la casa, a sus primos, en contraste con el rictus serio de su madre.

No era momento de lamentarse.

El siguiente paso consistía en poner en marcha lo que él llamaba sus recursos. Eran concretamente, dos. Igor y

Valentin. Buenos amigos de la vieja guardia, a día de hoy tan aburridos o más que el propio abuelo. No le fue complicado convencerles para que le echaran una mano. Incluso tuvo que insistir para que tuvieran paciencia y esperasen el momento adecuado para comenzar la búsqueda. Se trataba de aguardar unas pocas horas. Las que faltaban para que comenzase, a la mañana siguiente, la jornada laboral de Sonia en la sede del partido. El plan era sencillo, ocuparían cada cual una posición que turnarían cada quince minutos. No era lo más adecuado para una larga espera, pero sí que lo parecía para una que, en principio, no estimaban fuera más allá de un par de horas.

—Nunca supe que el abuelo me buscaba —intervino Nora— Le recuerdo con mucho cariño.

—A nosotros nos contó lo que estaba haciendo cuando os volvió a localizar, pero nada nos dijo mientras os estaba buscando. Te convertiste en algo personal para él. Cada mañana abandonaba la casa a primera hora sin decir a nadie a dónde iba ni qué era lo que tenía entre manos. La verdad es que todos estábamos muy preocupados por él.

—Sigue tío, por favor...

Algo fallaba en el plan.

Habían tenido que cambiar su estrategia de observación.



Eran ya seis los días que esperaban a que Sonia hiciese acto de presencia por la sede, sin éxito. Se estaban arriesgando demasiado. A la mañana del octavo día, la suerte les sonrió cuando menos lo esperaban. Desconcertados, habían abandonado sus puestos, una vez más. El lugar de reunión se encontraba al otro lado del enorme edificio que albergaba la sede del partido. Allí estaban los tres, cabizbajos, en silencio.

—Mirad— con el brazo estirado Valentin señalaba una comitiva que se acercaba por su izquierda.

—Debe ser algún pez gordo— Igor miraba fijamente la banderola del coche por si reconocía a su ocupante. Estaba demasiado lejos.

—¡Vamos!— el abuelo se puso en marcha seguido de sus dos compañeros.

Siguieron por el paseo central de la ancha calle hasta la esquina y doblaron a la izquierda. La comitiva debería seguir ese camino.

Dos personas charlaban a unos metros de distancia de la entrada principal de una de las organizaciones más temidas. No todo el pueblo conocía lo que albergaban las paredes de aquel edificio. Por un lado daban cobijo a la sede del partido, pero por otro, al centro neurálgico de la NKVD. Este dato no era por todos conocido. Los tres amigos sabían perfectamente dónde se encontraban. No era buena idea permanecer parados mucho tiempo ahí.

—¿Qué miras con tanto interés, Sergey?— Valentin siguió con la mirada el punto que había llamado la atención

del abuelo.

Igor hizo lo propio.

—Juraría que ese de ahí es el camarada general Aleksey Nývitsiov, un auténtico hijo de puta— apuntó Valentin.

La comitiva se acercaba por la izquierda.

El abuelo permanecía en silencio, observando.

—No puede ser..—murmuró al fin.

—¿El qué no puede ser, Sergey?

—Esa mujer que habla con Nývitsiov. Es ella....

—¿Ella? ¿Quién?

—Sonia Vardiola.

Ambos amigos se esforzaron en comprobar si el abuelo había identificado correctamente a la mujer de Ramón. Así, de lado, vestida de uniforme no era tarea fácil. En cuanto se volvió hacia la comitiva, que lentamente se acercaba por su izquierda, las dudas de los tres amigos desaparecieron.

—Es ella, Sergey. No hay duda.

—El que viaja en el coche es otro hijo de puta, Mijail Zasliev. La mujer que va a su lado no sé quién es— Igor había podido comprobar en sus propias carnes cómo el responsable de la NKVD, cuando estaba al frente de la Cheká, había destrozado cientos de familias por cargos absurdos. Entre ellas la suya.

Por medio de gestos que pasarían desapercibidos para aquellos que les estuvieran observando, decidieron separarse unos metros. Desde su posición cada uno de ellos pudo advertir la breve conversación mantenida entre Nývitsiov y

Sonia.

—Parecía como si Nóvitsiov le pidiera explicaciones— con las manos en los bolsillos Valentin caminaba de vuelta, entre sus dos compañeros.

—Hasta que apareció Zasliev, vi como ambos se miraban— afirmó Igor.

El único que no había despegado los labios era Sergey. Poco le importaba si alguno de los generales tenía algo con Sonia. Lo que le había dejado impactado era el contacto que parecía mantener con altos miembros de la NKVD.

—¿Crees que pertenece a la NKVD?— no era el abuelo el único que se planteaba esa cuestión.

Igor se hacía la misma pregunta.

—La única explicación para estar tan cerca de la entrada principal, es salir del propio edificio. Nadie entra si no forma parte de la organización. Podría haber la posibilidad de que alguien le hubiera ordenado que se presentase por algún motivo— expuso Valentin buscando alguna explicación.

—¿De verdad creéis que Nóvitsiov hablaría de esa manera con alguien que no fuera importante para él? ¿En ese lugar?— no, el abuelo sabía que Sonia pertenecía al NKVD y eso le hacía peligrosa.

Peligrosa e impredecible.

—Que no salga de nosotros lo que hemos descubierto. No quiero que nadie de mi familia esté al tanto de las actividades de Sonia.

—Cuenta con ello, Sergey, seremos como una tumba. ¿Verdad, Valentin?

El aludido asintió convencido.

El abuelo compartió con su familia la noticia. Había vuelto a localizar a Sonia. Pero nada dijo de su pertenencia a la organización de Zasljev.

La búsqueda de su nieta no se iba a interrumpir, bastaba con extremar las precauciones. Eso sí, al máximo. Al menos, habían averiguado el nuevo destino de Sonia. Si se organizaban bien y cada cual cumplía con su cometido, no sería complicado averiguar el lugar donde vivía.

Durante el turno de Igor se les presentó por primera vez la oportunidad de seguir a Sonia con cierta tranquilidad. En otras ocasiones la habían visto partir en coche, lujo que ninguno de ellos se podía permitir.

Los siguientes días los dedicaron a vigilar la casa. Averiguar el horario más habitual de Sonia Vardiola sería de mucha ayuda. Una vez conseguido, Sergey se ocupó él solo de continuar con la vigilancia. Le bastaba con ver a su nieta, aunque fuese de lejos. Teniendo una idea aproximada de la salida y el regreso a casa de la madre, el abuelo pasaba las horas, en los días de buen tiempo, rondando la casa. Nora tenía que estar al cuidado de alguien. Sobre eso no albergaba ninguna duda. Con paciencia seguro que alguna mañana la vería salir a dar un paseo.

“Pero hace tan mal tiempo...”

Era jueves, ya desde primera hora lo vivió como si se tratara de un día diferente. El cielo amaneció despejado. Un día magnífico para pasear. Salió del apartamento antes de

que Dima partiera hacia la fábrica de motores. Tanya había comenzado días atrás a trabajar en el Hospital General como ayudante de enfermera. Gracias a una vecina había conseguido acceder a una de las plazas y no se le daba nada mal su nuevo trabajo. Con las escapadas del abuelo, era Masha Volkova, la abuela, la que se encargaba de los demás nietos y de la comida.

Un par de horas después, Sergey se encontraba apostado a una distancia más que prudencial de la casa de Sonia, cuando unas lejanas e infantiles carcajadas le hicieron sonreír. Ahí estaba su nieta acompañada de una mujer camino de un pequeño descampado en dirección contraria a donde se encontraba. Se puso en marcha manteniendo la distancia. Si Nora le descubría, su madre no iba a tardar en enterarse. Eso no podía suceder.

No sucedió.

Las siguientes semanas las pasó repitiendo el mismo plan cada día, cuando el tiempo acompañaba. Una tarde vio llegar a Sonia. Embutido en su gorro de lana, y con el cuello del abrigo levantado todo lo que daba de sí, permaneció de espaldas durante unos largos segundos. No era el horario habitual de ella. Cuando consideró que debía haberse alejado un tramo largo, se puso en marcha siguiéndola con la mirada. Con sorpresa pudo ver a dos individuos abordándola. Sergey aceleró el paso. Aunque no congeniaba con aquella mujer, no podía olvidar que se trataba de la esposa de su difunto sobrino y madre de Nora. Desde su punto de observación pudo ver como Sonia giraba sobre sí misma en

dirección a los dos individuos que parecían ser...

“¡Mi yerno y Miguelón! ¿Qué coño hacen...?”

Esa noche Dima le comentó a su suegro el encuentro con Sonia. Cómo ésta se había mostrado esquiva y la pena que sintió cuando a los pocos segundos de encontrarse con ella se despidió.

—Parecía disgustada por haberla encontrado. No veas lo cambiada que está. ¡Es teniente! Impresionante ¿no te parece?

—Ya os avisé que os mantuvieseis alejados de ella. Dejadla en paz— dicho esto el abuelo apuró sus dos últimas cucharadas de sopa.

Sin decir palabra salió a la calle. Un viento helado se coló bajo su ropa.

—¡Joder, sí que hace frío esta noche!— dio una vuelta a la manzana y regresó. El frío le despejaba la cabeza. Minutos después cerraba los ojos bajo las ásperas mantas de su cama.

Cinco fueron los días que Masha consiguió, no sin dificultad, que su marido no saliera de casa. La fiebre le había subido hasta hacerle delirar. La mañana del sexto día, Sergey no pudo más y volvió a su rutina. Ese día, y el siguiente y al otro, llegó a la misma conclusión cuando la noche cubría la ciudad. Conclusión que lo sumía en una profunda tristeza.

“Se ha vuelto a ir. Se ha llevado a mi nieta”.

De nuevo activó la opción de sus recursos. Igor y Valentin volvieron por sus fueros, pero en esta ocasión con

resultados frustrantes. No habían podido localizar a Sonia ninguno de los días de las dos semanas que dedicaron a espiarla. No volvió a la que había sido su casa unos pocos días atrás, ni Nora salió de paseo ninguna mañana, durante esas dos semanas, acompañada de una mujer.

Habían desaparecido.

Otra vez.

—¿Por qué Sonia no quería que Nora se relacionara con vosotros?— se interesó Bruno que no perdía detalle del relato de Miquelón.

—No sabría contestarte. El día que la vimos Dima y yo, nos pareció otra persona. Nada quedaba de la Sonia de los primeros años. Creo que su cambio comenzó cuando Ramón fue asesinado.

—¿Descubrieron quién lo hizo?

—Ella nos dijo que lo dejásemos en sus manos. Nos aseguró que tenía contactos en la sede del partido. Eso hicimos.

—¿Qué pasó? ¿Logró que los cogieran?

Miquelón estiró sus largas piernas y se rascó la frondosa barba en la que destacaba un mechón blanco de unos dos dedos de ancho sobre la barbilla. No parecía sentirse a gusto con la conversación. No por que escondiera algo, sino por que con la visión que le ofrecía el paso del tiempo consideraba que debía haber hecho algo más. No presionó a Sonia lo suficiente cuando en diferentes

oportunidades le solicitó que le mantuviera al tanto sobre lo sucedido con el asesinato de su marido. Como respuesta recibió evasivas.

—Olvídalo Miguelón. Todo sigue su curso.

Un día faltaron al trabajo unos operarios. Al siguiente día tampoco asistieron. Ni al tercero. Se trataba de los que él y Dima habían informado como sospechosos del asesinato de su amigo Ramón. Todo apuntaba a que los contactos de Sonia en la sede del partido habían hecho su trabajo.

“¿Para qué preocuparse entonces?”

—¿Sabes, tío? Nunca pensé que el abuelo me buscara de esa forma, con tanta insistencia— Nora se había emocionado con la historia que salía de labios de Miguelón.

—¿Por qué le detienen por estar en contra de la Revolución? —intervino Bruno.

—El abuelo Sergey no asumió la muerte de su sobrino, menos aún los motivos que aludieron como justificación del asesinato. Tu desaparición, Nora, le dejó muy tocado. A eso hay que añadir que un año y medio después se encuentra a tu abuela Masha, muerta en la calle.

—Pobre, y la muerte de los primos.

—Sí, la muerte de Yuri y Misha, un par de años después. Pero más aún le afectó el trato recibido por las fuerzas del partido...

“¿Esto es lo que queríamos con la revolución de los cojones?”



El abuelo Sergey regresaba a casa. Su cabeza daba vueltas y vueltas al sentido que pudiera tener la dichosa Revolución. No, ningún sentido tenía. O quizá todo el sentido del mundo. Si querían un anti-revolucionario en la familia Volkov, lo habían conseguido. La vida había dejado de interesarle tal y como la había entendido hasta ese momento.

—¿Qué hizo el abuelo?

—Verás. Poco a poco fue pasando más tiempo fuera de casa organizando manifestaciones y luchando a su manera contra la Revolución. Participaba en todo lo que tuviera algo que ver contra...

—¡Pero eso es muy peligroso, tío Miguelón!— cortó Nora, llevándose las manos a la cara.

—Una noche llegó a su casa exhausto —intervino Amparo— Dima le dijo que si seguía así iba a meterles a todos en graves problemas. Cuando a primera hora de la mañana tu tío Dima, la tía Tanya y tu prima Anna salieron, el abuelo estaba en su habitación. Pero al volver del trabajo unos vecinos les dijeron que se lo habían llevado.

—¿Quién? ¿A dónde?— Bruno estaba lejos de imaginar el porvenir que le esperaba a Sergey.

A Nora no le costó imaginar el destino de su abuelo. Con los ojos cargados de lágrimas, se encaminó hacia la ventana. De espaldas a los demás comenzó a llorar. El abuelo siempre había sido un cabezota, pero esta vez había llegado

demasiado lejos. El contacto de las manos de Bruno en sus hombros le hizo volver a la realidad.

—Creo que sé como encontrarle— con un gesto rápido secó las lágrimas que aún recorrían su rostro y tomó asiento de nuevo. No estaba segura, pero existía alguna posibilidad de dar con alguien que les indicara su paradero.

Alguien que conoció durante unos pocos días, años atrás.

Alguien a quién había borrado de su memoria.

# 11

## La Casa del Lago Patria

1953

Desde el momento en que Nora recordó su embarazo, hizo todo lo posible para salir del lugar en el que se encontraba recluida. Pocos días le llevó convencerse que sería muy complicado, por no decir imposible, conseguirlo. Tres rondas diarias de pastillas lo dificultaban aún más. Su principal obsesión era disimular su estado, mientras averiguaba la forma de salir de aquel lugar. No le quedaba mucho tiempo. En pocas semanas la redondez de su tripa le delataría.

“¿Quién espera estar aquí semanas?”

Había dedicado casi todas las horas, desde el instante en que su madre abandonó la habitación, a reflexionar sobre los motivos de su estancia en ese lugar.

“Para que recapacites”

Las palabras de Sonia martilleaban su cabeza a cada momento del día. No porque hubiese olvidado las constantes discusiones que había mantenido con ella durante los últimos tiempos. Sino porque le parecía que su actitud era desproporcionada. ¿La había traído a Moscú drogada desde Madrid, simplemente para que recapacitase? ¿No podían seguir discutiendo cada día cómo madre e hija normales? Así fue, al menos, hasta que apareció Nino en sus vidas. A Nora no le gustaba nada ese hombre, menos aún cuando una tarde intentó pasarse con ella. Se lo comentó a su madre, pero no la creyó. Unos meses más tarde se casaron. A partir de ese momento las discusiones fueron el pan de cada día.

La boda fue como las anteriores, por interés. En esta ocasión Nino no pertenecía a ningún grupo o asociación próxima al gobierno, ni contaba con ningún tipo de influencia. No, esta vez se trataba de una imposición del camarada Zasliev. Los tiempos estaban cambiando, habíamos entrado en lo que llamaban guerra fría. El enemigo era otro, para disgusto de Sonia. La Revolución tal y como ella la entendía había olvidado los valores que promulgaba. Parecía como si hubiera dejado de tener la importancia que impulsó a Ramón a viajar a Moscú hacía ya tanto tiempo.

Casi una vida.

La orden de Mijail Zasljev era bien clara. El primer objetivo; captar a Bruno Hayward, para lo cual Sonia contaba, a ojos del camarada general, con la inestimable colaboración de su hija preparada y mantenida, a tal efecto, por el Partido. Vardiola se mordió la lengua antes de compartir con Zasljev sus impresiones acerca del buen hacer de su hija en ese sentido.

“Con mi reputación no juega nadie”

El segundo objetivo, no excluyente con el anterior, consistía en situarse, aún más, en el entorno del Gobernador Civil de Madrid. Plantearse la posibilidad de eliminarlo, siempre y cuando el siguiente elegido para el puesto fuese John Hayward. Para ello debía casarse con Nino Broccenti, el espía italiano afincado en España que puso en contacto a Sonia con su primer marido Emilio Santos-Fraile. Quien, cosas de la vida, se encontraba disponible debido a su reciente condición de respetable viudo.

Nora no iba a seguir con aquello. El motivo, sencillo. Vivía feliz junto al que consideraba el hombre de su vida. Ambos habían traído a este mundo a Teresita y a otro bebé...en camino.

“Con la vida de mi familia no juega nadie” murmuró Nora, pasando la mano por su vientre.

No fueron muchas las semanas que pudo esconder su embarazo. El cambio de volumen de su tripa no fue la causa del descubrimiento. Fueron los desmayos y algunos vómitos, sin motivo aparente, los que alertaron al personal del centro.

—Debes estar embarazada— aseguró Ana, una joven enfermera, que había congeniado con Nora.

Su cara de pánico logró asustar a su nueva amiga. Ambas contaban con una edad parecida.

—¿No lo sabías?— ante la ausencia de palabras de Nora, insistió —¿Ha sido aquí? ¿Te han violado?

No hubiese sido nada extraño que algún enfermero, médico o cualquier otro individuo con acceso a las habitaciones violase a alguna interna. Si algo podía unir a las mujeres presentes en La Casa del Lago, era precisamente este tipo de hechos que casi siempre quedaban impunes. Lo mismo sucedía aunque la víctima fuese una enfermera. En el peor de los casos era trasladada y asunto concluido.

Nora negó con la cabeza.

Se sentía aturdida. Tanta pastilla...

En el ala en el que se encontraba también podían darse este tipo de circunstancias a pesar de tratarse de una zona diferente al resto de la institución. O quizá precisamente por eso. Sin embargo, en el caso de Nora, la visita de Sonia Vardiola no había pasado desapercibida para la dirección del centro. La vigilancia, en principio, era máxima. Sería complicado que hubiese alguna violación, el culpable sería duramente castigado, siempre y cuando no se recibiese orden en contrario.

De momento no se había recibido.

Ana permaneció unos instantes observando el semblante compungido de Nora. Parecía una niña asustada, así, con los brazos agarrados a sus rodillas y la mirada

perdida.

—Diles lo que quieran oír. Si lo haces podrás abandonar algún día este maldito lugar. Si no...no te dejaran en paz. ¿Me entiendes?

—Sí— apenas un balbuceo partió de su boca— No les digas nada por favor —agarrada a los brazos de su enfermera le suplicaba con una triste mirada.

—Más tarde o más temprano lo sabrán. No puedo esconderlo, si se enteran antes de que yo elabore mi informe, no quiero ni pensar lo que sucedería.

—¿Por qué estás tú aquí? Pareces diferente.

—Te resultará difícil de creer, pero fui yo la que pidió el traslado desde el Hospital General unos meses antes de tu llegada— tenía sus manos sobre las de Nora, en un intento de tranquilizarla— No conocía la existencia de esta zona del edificio. La Casa del Lago tiene fama de ser ahora un lugar de recuperación de enfermos con problemas mentales.

El seco sonido del pestillo de la puerta sobresaltó a las dos mujeres. Había llegado la hora de las pastillas de la tarde. Hizo su aparición un hombre bajito en torno a los sesenta años, moreno, vestido con una bata blanca, dos o tres tallas mayor de la que cualquier sastre le hubiese recomendado. Con gesto grave miró a Ana. Tras él, entraron dos enfermeras. La de mayor edad, de rostro enjuto y mediana estatura, escondía un grueso moño cano en una redecilla. Portaba varias carpetas, seleccionó una y de su interior extrajo un par de hojas que acercó al psiquiatra. La otra mujer, de rollizos mofletes, apretaba sus finos labios

como si temiera dejar escapar lo que fuere de su boca. Sobrepasaba en más de una cabeza al doctor y a su compañera. En sus manos una bandeja con unos pequeños recipientes de plástico, repletos de pastillas.

—Imagino que su presencia junto a la paciente obedecerá a un más que justificado motivo ¿no es así enfermera?

Ana miró de reojo a Nora. No hubiese sido capaz de aguantar su mirada suplicante que sin duda le estaba dedicando en esos precisos momentos. Respiró hondo, elevó los ojos hacia el médico ofreciéndole la cara más seria y convincente que encontró en su restringido repertorio y respondió:

—Así es. La paciente está embarazada.

—¿Está segura de lo que dice?

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

El doctor leía con gesto nervioso las hojas del informe. Extendió la mano pidiendo la carpeta completa. Miraba intranquilo cada papel por ambas caras, como si buscara algún dato que se le hubiera pasado por alto. Arrancó dos de ellas y las tiró al suelo. Comentó algo en tono bajo a las enfermeras. Pegadas a él observaban inquietas cada movimiento del doctor. Ambas negaron con la cabeza.

—¿Por qué no tenemos constancia de ello? ¿Ha sucedido aquí?— en esta ocasión su fría mirada se detuvo en Nora.

—No.

—¿Sabía usted qué se encontraba en ese estado al



ingresar...?

—¡Yo no he ingresado en ningún sitio, me han traído a la fuerza!— logró soltar con las pocas fuerzas que le quedaban.

El psiquiatra dio media vuelta y salió de la habitación. Una pastilla y un pinchazo después, le acompañaron las dos enfermeras seguidas de Ana. Antes de cerrar la puerta se giró. Nora la miraba pero sin verla. Su vista estaba fija en algún punto más allá del límite de esas cuatro paredes. Un punto, lejos de La Casa del Lago Patria.

Muy lejos.

Teresa... Bruno...

Los meses fueron pasando y con ellos el estado de Nora se hizo cada vez más evidente. Ana aprovechaba sus momentos libres para pasarlos con ella, siempre y cuando el doctor, o cualquiera de las dos enfermeras, no estuviesen de guardia.

Todo parecía ir bien.

Hasta que un día...

No sería más de media noche cuando la puerta de la habitación de Nora comenzó a abrirse muy despacio. El fino chirriar de las bisagras no la despertó. Dormía profundamente. Una sombra se coló en la habitación marcando lentamente cada paso. Rodeó la cama. Permaneció inmóvil unos instantes, observándola. Se agachó mientras colocaba su mano con la palma extendida sobre la boca de la adormilada Nora. Sobresaltada abrió los ojos, pero no tenía

fuerzas para revolverse. Como pudo enfocó la vista en la persona que estaba echada sobre ella.

**12**

## **Madrid**

**1955**

—¿Qué se le había ocurrido a Nora para localizar al abuelo?— Lenita, sin soltar la mano de Pepo asistía embobada al relato.

Apuré un largo trago de agua.

—Hijo, creo que vamos entendiendo el porqué de tu silencio en todo este desagradable asunto. Sin embargo, lo que no acierto a entender es por qué dejabas campar a sus anchas a Sonia por el despacho sabiendo que su fin era la

Revolución Rusa.

—John, no es el momento...— intervino mi madre.

—Habrás observado que ya no sucede tan a menudo como antes. Hace tiempo que no aparece por la oficina. Desde que se casó con Nino habrá venido al bufete un par de veces a petición de su marido.

—¡Eh! Vamos por partes. Bruno nos estaba contando su viaje de novios a Moscú— Antonia veía como la conversación tomaba otros derroteros que no le gustaban en absoluto— Cuando termine, papá, vamos a lo tuyo— sonrió cómplice a Lenita que se moría de ganas por continuar con la historia.

—Sigue, hermano.

—¿Por dónde íbamos...?

—Se me ocurre una forma de averiguar dónde se han llevado al abuelo— insistió Nora tomando de nuevo asiento en la silla, junto al tío Miguelón— La verdad es que sé de otra que sería la más directa de las dos, pero dudo que mi madre me eche una mano— apretó los labios antes de continuar.

Pensar en cómo se había portado su madre con el abuelo y su familia le revolvía el estómago.

—¿No será peligroso, hija? Mira lo que está pasando— Amparo se frotaba nerviosamente las manos en un trapo.

—Deja hablar a la chica. No te preocupes, ven, siéntate— Miguelón estiró su brazo ofreciendo a su mujer

una silla junto a él.

Nora estuvo hablando no menos de veinte minutos, durante los cuales las escasas interrupciones llegaron de la boca de Amparo y Bruno. Ni Ángel ni su padre despegaron los labios tan absortos como estaban.

—¿Te secuestraron? ¿Cómo no me lo has dicho antes?  
— Bruno no daba crédito a lo que estaba escuchando—  
¿Quién fue? ¿Por qué lo hicieron?

—Cariño, con tanta pregunta no me vas a dejar que os cuente lo que sucedió— Nora tomó entre sus manos la de su marido y continuó.

Su cabeza buscaba la forma de mantener al margen la presencia de la NKVD en todo este asunto, pero no quería mentir ni engañar a los suyos. Partía con cierta ventaja puesto que ella era la única que sabía como había sucedido todo.

¿La única?

No era del todo correcto ese planteamiento. El día que su madre apareció en el apartamento de Pavel Ologov, allí también se encontraba el general Aleksey Nóvitsiov y su cuidadora Marina. Uno había fallecido, su madre no se encontraba en Moscú. Sólo quedaban dos a los que acudir. Marina la descartó nada más pensar en ella.

Pavel Ologov

—¿Por qué crees que ese individuo puede saber dónde está tu abuelo?— A Bruno no le gustaba nada lo que estaba pasando por la cabeza de su mujer. Este tipo de situaciones, a lo que había añadir encontrarse en un país extranjero, no

le daban buena espina.

—Ahora vengo— se despidió Ángel camino de la puerta.

Nora sabía que la respuesta correcta era bien sencilla. Si supiesen que su madre era conocida en los ambientes secretos rusos como la agente de campo con nombre en clave Arena, que contaba con el grado capitán de la NKVD y que Ologov era su topo, sus oídos y sus ojos en su ausencia en Moscú, todo quedaría bien explicado. Pero de momento no pensaba compartir con ellos todo lo que sabía. Ni con Bruno, a pesar del dolor que le producía no hacerlo. Era por la seguridad de todos. Por la suya propia. No debía correr la voz de que la hija de Sonia Vardiola se encontraba en Moscú, menos aún sin su conocimiento.

—Nos ayudará porque mi madre pudo denunciarle al colaborar en el secuestro y no lo hizo, le mantuvo al margen — contestó lo más convincente que pudo— Estará agradecido por ello.

La mañana transcurrió rápida. El chófer del hotel habría llevado a cabo su primer intento de recogida en el punto convenido.

—Aún nos quedan unas horas para que vuelvan otra vez— dejó caer Bruno con la vaga intención de que Nora se replantease todo lo que tenía en mente hacer y regresaran al hotel.

—Aprovechémoslas.

Un familiar repiqueteo de golpes en la puerta de

entrada hizo sonreír a Miguelón y a Amparo.

—Es Dima— repuso mientras observaba a su mujer encaminarse hacia la puerta.

Ahí estaban, acompañados de Ángel, sus mejores amigos.

—¡Tío Dima! ¡Tía Tanya!— Nora se abrazó a los dos, emocionada.

Tras hacer un resumen de la situación en España, el viaje de novios y todo lo charlado hasta ese momento, Miguelón tomó la palabra.

—Tanya, la pequeña Nora cree que puede averiguar dónde tienen a tu padre.

—¡Eh! No tan pequeña— exclamó fingiendo enfado— Es sólo una idea, tía. No sé si funcionará.

Gracias a las indicaciones dadas por Nora, dedujeron el lugar en el que se podría encontrar la casa de Pavel Ologov. Hasta allí se encaminaron las tres parejas y Ángel. Como Nora no les había comentado que el sujeto al que se disponían a seguir trabajaba en la NKVD, dieron por hecho que la vigilancia debería comenzar en la sede del Partido y continuar hasta la zona donde sospechaban que residía. Se situaron por tramos, y por parejas. Ángel sería el encargado de llevar mensajes de una a otra pareja.

Desde la posición elegida por Nora podía ver la entrada de la NKVD, que bien conocía y parte de la fachada del edificio del Partido. Lo ideal sería que Ologov saliera antes de que cayera la noche. No les quedaba más de una hora de luz. Con la caída del sol la temperatura disminuiría a un ritmo

vertiginoso.

—Se nos ha pasado la hora de la segunda y última recogida del coche del hotel— apuntó Bruno mirando el reloj de un edificio alto.

—No te preocupes, sabremos ir por nuestra cuenta.

La vuelta al hotel no sucedió esa noche.

La oscuridad cayó sobre la ciudad y no había ni rastro de Pavel Ologov. Ángel les trajo el mensaje de Miguelón. Habría que ir pensando en volver a casa. La noche no era nada segura.

—Vamos, cariño— Bruno puso la mano sobre su brazo, tirando suavemente de ella— Quizá ya no trabaje aquí. Has hecho todo lo que has podido. Vamos— insistió.

Con la vista vuelta hacia la entrada de la sede de la NKVD dio un par de pasos dejándose llevar por Bruno.

—Dile a tu padre que vamos hacia allí.

Ángel obedeció.

De repente Nora se puso rígida.

—¿Qué sucede?

Con la mirada fija en la acera situada frente a ellos, observaba a un individuo que caminaba distraído. Hacía unos quince años que no le veía, su cara reflejaba el paso del tiempo. Peinaba poco pelo, pero...

“Estoy segura”

—Es él, Bruno. Es él— insistió mientras hacía un gesto con la barbilla en dirección a Pavel Ologov, que ajeno a todo parecía dirigirse en a su casa— ¡Sigámosle!

Agarrada del brazo de Bruno dio dos pasos y se detuvo



a resguardo de un cartel con la cara de Stalin. Entre bastidores seguía con la mirada a su objetivo, que se disponía a cruzar la ancha avenida.

—Avisa a los demás. No le pierdas de vista— con un ligero empujón le animó a que se pusiera en camino.

—No pienso dejarte sola, Nora...

—¡Date prisa! No podemos llamar la atención. Venga cariño, hazme caso.

Pavel continuó calle arriba.

Por la otra acera, Nora pudo ver como los demás seguían con el plan previsto. Miguelón y Amparo cruzaban la calle y se interponían entre Ologov y Nora. Dima y Tanya permanecían por su acera a la altura de su perseguidor. Al doblar la siguiente esquina cambiarían sus posiciones. Nora mantendría la distancia, con Bruno a su lado de nuevo.

“Sigue el camino indicado por Miguelón”

—Caminemos tranquilos ¿ves como va él?— de algo debía servir el entrenamiento recibido— Sonríe— pidió dando ejemplo.

—¿Habías hecho esto alguna vez? ¿Habías seguido a alguien?

—Prometo algún día contarte en qué ha consistido mi vida. Pero quiero que sepas, que oigas lo que oigas de mi boca todo empezó a cambiar, un poco, cuando te vi en Salamanca, de niños.

—¿Un poco?— Bruno frunció ceño— ¿Qué quieres decir?

—Pues que cuando te volví a encontrar en Madrid,

cambiaste mis convicciones otra vez y me hiciste dudar.

—¿Dudar de qué?

—De todo, Bruno, de todo. Mira, ahora dobla a la izquierda— momento en que aprovecharon las parejas que les precedían para intercambiar sus posiciones.

La persecución no presentaba ninguna dificultad. Ologov caminaba como ausente. No era alegría lo que sus andares contagiaban, más bien transmitían la rutina en la que parecía encontrarse inmerso. Nora y Bruno giraron confiados por la primera calle a la izquierda.

“Todo va bien”

Nora ajustó distraídamente su gorro negro de lana.

Poco faltó para que todo se echara a perder. El encontronazo no fue lo peor, sino la sorpresa al descubrir a Dima y Tanya a no más de un palmo de distancia.

—Perdón— con una media sonrisa acompañada de un leve gesto, Dima les indicó que mirasen detrás de él.

Eso hicieron.

—¿Pero cómo...?— Nora se esforzaba en parecer lo más natural posible.

Pavel Ologov venía hacia ellos charlando amigablemente con un individuo mayor que él con aspecto de trabajar en alguna fábrica.

Cogidos de la mano Bruno y Nora decidieron, tras aceptar las simuladas disculpas de Dima, cruzar la calle. Apenas fue un segundo, pero resultó ser tiempo más que suficiente para que Pavel y Nora cruzasen sus miradas. El

cambio de niña a mujer, junto con el gorro calado no pareció ser obstáculo para que Ologov frunciese el ceño al pasar junto a la pareja.

“¿Me habrá reconocido?”

Sin volver la vista atrás continuaron calle arriba. Nora hubiera dado todo por poder girarse un instante y comprobar si era observada. No tendría sentido que después de tanto tiempo la hubiese reconocido ¿Entonces, por qué esa mirada?

“Serán imaginaciones mías”.

A partir de ese momento la persecución fue algo improvisada. Bruno y su mujer continuaron en dirección a la casa de Pavel. Miguelón y Amparo sustituyeron a Dima y a Tanya. Ángel se mantenía a una prudente distancia de sus padres.

—Es homosexual.

—¿Quién es homosexual?

—El tipo que seguimos— Bruno parecía muy convencido de su apreciación— ¿No te has fijado en su forma de mirar?

—Sí, claro. Creí que me había reconocido, no pensé que te mirara a ti, aunque no me extraña —señaló con una media sonrisa dibujada en su rostro.

—Me parece que es homosexual, me recuerda a Goyo.

Cruzaron un par de manzanas y giraron a la derecha. Al final de esa calle, antes de llegar a un puente, a mano izquierda se accedía al bloque de apartamentos dónde vivía Ologov.

—¿Goyo, el pasante del despacho?

—El mismo.

Nora comenzó a reírse poco a poco, como si le hubieran contado el mejor chiste de su vida. A cada segundo que pasaba, con más intensidad a la vez que hacía esfuerzos por ser silenciosa. Agarrada del brazo de Bruno apenas podía dar dos pasos, sin detenerse.

—Ahora entiendo su interés en que no me preocupase...—consiguió al fin decir— siempre empeñado en convencerme para que me fuera a casa, que él se quedaba contigo trabajando las horas que hiciese falta.

—No es para tanto. Goyo es un gran trabajador.

—Ya, ya. Mira, ahí vive Ologov— señaló un bloque mal conservado de viviendas, a unos treinta metros de distancia.

Decidieron pasar por delante del portal y dar la vuelta unos metros más allá. Desde de su ubicación podían observar quién se acercaba y no perder de vista el acceso al apartamento. Las opciones de que Pavel Ologov viviese en el mismo lugar tantos años después eran elevadas. Las mismas que hacían que la familia de Miguelón no hubiese cambiado de vivienda en idéntico período.

Unos pocos minutos después sucedió lo que Nora temía. La noche cayó sobre Moscú. Lo que para ella significaba peligro, para otros como Ologov, todo lo contrario. Seguridad.

—Mira, allí— murmuró Bruno señalando con la barbilla a dos personas que venían por donde ellos lo habían hecho un cuarto de hora antes.

Las dos figuras se asemejaban más a un par de

sombras que a dos personas, excepto cuando una luz procedente de alguna vivienda caía sobre ellos. Tras ellos se aproximaba una pareja.

—Es Ologov— la seguridad de Nora radicaba en los perseguidores, no en las sombras. La enorme figura de Miguelón recortada en la fachada era inconfundible.

Desde una calle perpendicular, protegidos tras la esquina de un edificio, contemplaban como Pavel y quién fuese junto a él venían en la dirección en la que se encontraban ellos. La entrada del portal, a mitad de camino, debería ser el punto por el que desapareciesen los dos individuos. En ese momento el plan era correr hasta alcanzar la puerta, si optaban por no acceder al interior y continuaban de frente, contarían con unos segundos para esconderse. Les quedaban unos pocos metros para llegar a la altura del portal.

Entraron.

—¡Corre!— apremió Nora.

Alcanzaron el portal sin hacer el más mínimo ruido. Miguelón y su mujer llegaron antes. Unos metros detrás se acercaba el resto del grupo. Una vez dentro, con un dedo sobre los labios, Nora pedía silencio. Necesitarían un poco de suerte para no cruzarse con ningún vecino en los próximos minutos. El interior del edificio se encontraba totalmente a oscuras. Lo siguiente era decidir que dirección tomar.

“¿Era el segundo piso?”

El sonido de unas risas de hombre llegó hasta ellos. Una tenue luz iluminó el hueco de las escaleras. Paso a paso,

en fila, escalón a escalón, subían guiados por las suaves voces. Con la palma hacia abajo Nora les pidió que se detuvieran. Desde su posición podía ver como Pavel Ologov y su pareja entraban en el apartamento.

Agradeció en silencio la suerte que habían tenido. No por el hecho de no haberse cruzado con nadie, sino porque los recuerdos que aún guardaba acerca del lugar correcto dónde pasó tres días secuestrada, no se correspondían con la puerta por la que habían entrado aquellos dos hombres.

Todo tenía su explicación.

Bruno fue el elegido para poner en marcha el plan. Sería el encargado de llamar a la puerta. La idea partió de su mujer. Si Pavel se había fijado en él, le recordaría. A juicio de Nora, eso les iba a facilitar las cosas. Su marido no lo tenía tan claro.

—¡Chist! calla...—con un beso en los labios seguido de un ligero empujón, Bruno se puso en marcha.

—¡No me puedo creer lo que nos estás contando! Mira mis manos cómo están de los nervios que tengo, empapadas de sudor— Antonia mostraba las palmas, sorprendida.

Durante el relato, Loreto había repuesto de café y de hielo los vasos de todos ellos. A una seña de Bruno tomó asiento junto a Antonia.

—¿Qué pensabas mientras te encaminabas hacia esa puerta?— la ansiedad de Lenita la obligaban a sentarse en la

punta de la butaca— ¿Tenías miedo?

—¿Miedo? Pues...— permanecí unos segundos recordando las sensaciones que me invadieron desde el instante en que me puse en pie camino de la casa de Ologov —...no, no era miedo la sensación predominante. Más bien una mezcla de incertidumbre y peligro. Pero también reinaba en todos los que allí estábamos, como una conciencia de grupo.

—Te entiendo perfectamente, hijo. Estabais buscando al abuelo de Nora.

—Exactamente, eso es— di un trago al café helado— La actitud y seguridad de todos ellos me empujaba a recorrer ese pasillo, como si no hubiera vuelta atrás.

—Estáis locos—murmuró Antonia— vaya con mi cuñadita.

Sonreí.

—Sigue, por favor— Lenita cruzó los brazos dispuesta a no perder detalle de lo que iba a contarles.

A Bruno no le separarían más de cinco o seis metros del lugar al que se dirigía. Se encontraba en un largo pasillo al que daban un buen número de puertas a cada lado. Sintió como a cada paso sus pulsaciones aumentaban el ritmo. El olor concentrado a comida que le había pasado desapercibido hasta ese momento, comenzó a hacerse insoportable. Tres pasos más y habría llegado. Detrás de él, a un par de metros,

venía la enorme figura de Miguelón, al que parecía quedársele estrecho el pasillo.

Cuando llegó a la puerta. Dima se puso a la derecha y Miguelón se quedó a la izquierda. A medio camino Ángel y la mujeres, excepto Nora queapuró unos pasos para situarse entre el bueno de su tío y su marido.

Golpeó con los nudillos en la puerta.

—Ve a ver quién es. Yo no espero a nadie.

Ologov obedeció.

No pudo ocultar su sorpresa cuando se encontró con los ojos de Bruno. Ambos permanecieron en silencio unos instantes, mirándose. La cara de Pavel reflejaba una media sonrisa de satisfacción.

—¿Me has seguido?— preguntó Ologov en su idioma natal no sin cierta musiquilla coqueta.

—No hablo ruso, soy...

—Español, veo. Sé algo de tu idioma ¿has venido solo?

Como si fuera la señal que todos aguardaban, Miguelón dio un paso al frente y se coló en el apartamento.

—No, ha venido conmigo.

—¿Este hombretón quién es?— el asustado amigo de Ologov se dejó caer en el desmembrado sofá.

—El que te va a partir la boca como nos crees el más mínimo problema— Miguelón mostraba su faceta más dura a la pareja de amantes.

Tras él entraron todos los demás. El pequeño salón apenas podía dar cobijo a todos los allí presentes.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois?



El tío de Nora se estaba empezando a molestar con tanta pregunta.

—¿Pavel Ologov?— la mujer de Bruno tomó la palabra.

Tras mirar a todos, acertó a asentir con el miedo reflejado en su rostro.

—¿Vives aquí?

Ologov negó con la cabeza.

—Estaba segura ¿arriba, verdad?

—Sí ¿Por qué? ¿Quién eres?— las palabras salían de su boca a trompicones, como si le costase vocalizar.

Nora no quería que todos los que se encontraban presentes estuvieran al tanto de las actividades de su madre. Posiblemente en los próximos minutos alguno tendría que enterarse, pero en su mano estaba mantener la discreción.

—Vamos a tu casa— agarró a Ologov del brazo. Miguelón y Bruno la acompañaron, el resto permaneció con el aterrorizado amigo.

Mientras subían las escaleras, la cabeza del ruso daba vueltas y vueltas en busca de un motivo, por simple que fuese, que explicara la presencia de esta gente en su vida. Por lo menos no actuaban como una banda o grupo antirrevolucionario con intención de hacerle daño. Más bien parecían miembros de una familia.

“¿Sabrán que pertenezco a la NKVD?”

La respuesta más evidente sería que lo ignoraban. Él no era nadie importante en la organización, sin embargo, no había muchos que tuvieran el valor de atacar de esta manera a un miembro de la NKVD.

Una vez en el pasillo se abrió una puerta al fondo. De ella salieron una pareja y un adolescente.

—Te recuerdo que hablo ruso y muy bien además— susurró Nora en el oído de Ologov.

Cogida a su brazo parecían una pareja bien avenida. Si alguien, como esas personas con las que en breve se iban a cruzar, conocía la inclinación sexual del ruso, tomaría a Nora como una buena amiga.

—Mi ruso tampoco es malo— en voz baja Miguelón apoyó las palabras de su sobrina.

Una vez en casa de Ologov la mujer fue al grano.

—Soy Nora Vardiola ¿me recuerdas?

El cambio de expresión en la cara del hombre de la NKVD y su repentina palidez, tuvo el efecto de una respuesta positiva a la pregunta de Nora.

—Vardiola...— balbuceó.

—¿Te acuerdas de mi secuestro, aquí?

Incapaz de articular palabra, sólo pudo asentir lentamente.

Miguelón había tomado asiento junto al ruso con la mirada fija en sus ojos. La intención era sencilla, parecer un tipo mucho más duro de lo que realmente era. Si tenía éxito, Ologov no dudaría en colaborar con ellos.

—¿Sabes dónde está mi abuelo? Te hablo de Sergey Volkov, acusado de antirrevolucionario y desaparecido. Fueron a su casa y se lo llevaron ¿Sabes de quién te estoy hablando?

El hombre frunció el entrecejo extrañado. Sus

investigaciones relacionaban al anciano agitador con Ramón y no directamente con Sonia Vardiola ¿Se habría equivocado?

“¿Abuelo de esa chica? Entonces será el padre de...”

—No, no es lo que piensas. No se trata del padre de mi madre, aunque eso no es asunto tuyo.

El ruso sopesaba las posibles consecuencias de lo que pudiese decir. Era consciente de que no tenía mucho tiempo para valorar las diferentes opciones que se le presentaban.

Nora parecía leerle el pensamiento.

—La única posibilidad que tienes es decirme el lugar en el que se encuentra— sentada frente a él, recordaba una de las lecciones de la agente Arena.

“Ofrécele siempre una salida”

—Es la única forma de que mi madre no se entere nunca de que has colaborado con nosotros. En ese sentido tienes mi palabra.

Pavel miro a Miguelón, que no le perdía de vista.

—La mía también ¿Sabes dónde está Sergey Volkov? Es la última vez que te hago la pregunta sin acompañarla de un dedo roto— con un rápido gesto cogió una mano de Ologov. Dos de sus dedos aprisionaron el meñique, doblándolo hacia la muñeca.

La escasa luz que provenía de una bombilla situada en una esquina del salón otorgaba al ambiente un cariz siniestro. Pavel Ologov nunca se había considerado un hombre de acción, por ello se sentía a gusto en su

departamento de administración en el que había escalado algunas posiciones en los últimos años. El motivo de ese ascenso no era otro que la influencia de su mentora, Sonia Vardiola. No era tonto, sabía que cuanto más alto subiera más acceso a información confidencial tendría. Se trataba de mantenerle en un puesto lo suficientemente alejado de la dirección pero lo más cercano posible al tráfico de datos que se generaba en la NKVD.

—¿Mi madre hizo pública alguna vez tu participación en mi secuestro?

Pavel negó lentamente con la cabeza.

Unas gotas de sudor comenzaban a resbalar por su frente.

—Ahí tienes la palabra de mi familia.

Miguelón apretó un poco más el meñique.

Los ojos de Ologov se abrieron como platos, tanto como su boca de la que partió un leve quejido.

—A mi madre no le dirás nada de nuestra visita, porque sabes bien lo que sucedería contigo si llegase a enterarse. ¿Verdad?

Del rostro del ruso se había apoderado el pánico. De reojo miraba su dedo, doblado, cada vez más, por el pulgar de Miguelón.

—Por favor..— Ologov sentía un pánico tremendo ante cualquier situación que le fuese a causar dolor, por mínimo que fuera. La que estaba experimentando parecía indicar, sin atisbo de duda, que si no colaboraba iba a sufrir y mucho.

El chasquido sorprendió a todos, pero de diferente

manera como era de esperar. Pavel Ologov gritó como si le hubieran arrancado de cuajo la mano. Nora se sobresaltó al ver el dedo meñique del ruso formando un ángulo extraño con su muñeca. Miguelón había reaccionado rápido. Con su enorme mano tapó la boca de hombre que gritaba, con cuidado de no taparle también la nariz. Mientras, miraba a Nora, levantando las cejas y apretando los labios. Había sido sin querer, un fallo absurdo.

Lo que importaba era que Ologov se tomara en serio las amenazas del hombretón situado junto a él.

—Respóndeme y mi amiga que está en el apartamento de abajo te curará, es enfermera— Nora sentía unos calambres en el estómago.

Hacer sufrir al ruso no entraba en los planes.

El dolor que sentía Pavel, era indescriptible. Con el paso de los minutos parecía que amainaba. Sus ojos abiertos del todo iban de Miguelón a la hija de Sonia, y de ésta otra vez de vuelta al primero.

—¡Sí! ¡Sé dónde está Sergey Volkov!— logró decir al fin entre exagerados gestos de sufrimiento— No era necesario llegar a esto ¡Joder!

Bruno salió en busca de Tanya, con la que regresó en menos de un par de minutos. Nora aprovechó ese tiempo para convencer a Ologov que su tío no había tenido la intención de hacerle daño, pero que la desaparición del abuelo les tenía desquiciados. Le aseguró, de nuevo, que no le diría nada a su madre de la información que les facilitara.

—De la misma manera te aseguro que si nos mientes,

le diré lo que nos has contado y haré lo que esté en mi mano para que el general Mijail Zasliev sepa de tu colaboración con Aleksey Nóvitsiov. Créeme.

Dudas no albergaba Pavel Ologov de las palabras de esa muchacha testaruda e implacable como su madre. Los métodos eran diferentes. Sonia Vardiola le hubiese roto el dedo antes de comenzar a hablar. ¿Después? después cabía la posibilidad de que le quitara de en medio.

Para siempre.

Los cuidados de Tanya resultaron balsámicos. No había habido rotura se trataba de una luxación. Un par de gritos después, los pequeños huesos quedaron colocados en su sitio. En cuanto pudo mover el dedo y comprobar que, efectivamente, Miguelón no se lo había roto, Pavel Ologov comenzó a relajarse.

No por mucho tiempo.

—¿Dónde está mi abuelo?

A un gesto de Nora, Miguelón tomó de nuevo entre sus manos la del ruso. La misma mano de unos minutos antes. El mismo dedo. Los mismos ojos desencajados de Ologov mirando a Nora y a su tío. Pero con diferente resultado.

—En La Casa del Lago Patria— acto seguido logró soltarse de las garras del hombre que a punto estuvo de partirle el meñique.

Todos miraron a Nora como si ésta dispusiera de una información desconocida para los demás. No estaban del todo equivocados.

—¿No era el sitio dónde se enviaba a los cabecillas

opositores a la Revolución hace diez años? Creía que ya no funcionaba.

Bruno no había abierto casi la boca desde que llamó a la puerta de Ologov. Asistía en silencio, entre asombrado y admirado, por la actuación de su mujer. Lo que en principio parecía una aventura secreta, un simple desvío en su viaje de novios para ver a la familia rusa de Nora, se había ido convirtiendo con el paso de las horas en un asunto peligroso. Tan peligroso que si no andaban con cuidado podrían acabar detenidos.

—Sí, así era. Aunque hoy día no hay tantos enemigos de la Revolución...

—Algo lógico cuando se ha ido matando a todos, fuesen o no enemigos—Nora escupió con rabia sus palabras—Decías...

—La idea es crear una institución para enfermos psiquiátricos, pero de momento combina las dos actividades.

—Centro de tortura y rehabilitación, quieres decir.

Pavel Ologov no despegó los labios.

—¿Por qué le han enviado a ese lugar?

—Por expreso deseo de Sonia Vardiola.

A Nora le hubiera gustado gritar ¡Mientes! pero creía en las palabras del ruso. Su madre era capaz de eso y de mucho más. Se hizo un profundo silencio en la habitación, roto por unas voces procedentes de la calle.

—Si me vas a preguntar los motivos que le llevaron a encerrarle en ese lugar, los desconozco.

La mirada de Nora le animó a continuar.

—No comenta conmigo sus decisiones. Sólo espera de mi que cumpla sus órdenes a rajatabla.

Sí, su madre también encajaba con esa actitud.

—¿Dónde está esa casa?

Una vez ubicado el lugar, lo siguiente era conseguir algún medio de transporte. Las opciones que se barajaban eran dos. La primera contaba con la aprobación de todos menos de Pavel Ologov. El plan era sencillo. Consistía en hacerse con un coche de la NKVD para personal cualificado, y poner rumbo a La Casa del Lago Patria. No debería implicar riesgo alguno para el ruso, pues contaba con la acreditación necesaria para ello. El único pero radicaba en el supuesto de que algo saliese mal. Los errores se pagaban en ocasiones con la vida, en otras con un lejano destino.

La siguiente posibilidad pasaba por alquilar un vehículo. Tanto Ologov como Miguelón podían conseguir un coche, a cambio de una importante suma de dinero. El aspecto económico no era el principal impedimento si no el tiempo que se podría tardar en reunir la cantidad necesaria para el alquiler.

—No, no es posible— fue la respuesta de Pavel ante la mirada de todos los que se encontraban en su apartamento.

—Tendrá que ser posible. La otra opción nos llevaría un tiempo del que no disponemos— afirmó Miguelón, serio.

—¡No tenéis ni idea de dónde os estáis metiendo!— las palabras de Ologov no fueron tenidas por una amenaza, si no más bien como una inútil protesta.



—La verdad es que ese hombre llevaba razón, Bruno. ¿Erais conscientes de dónde os metíais?

—Me gustaría decirte que sí, Antonia, que todo estaba controlado, pero te mentiría— cambié de postura y crucé las piernas— Tenía miedo, nos encontrábamos en un país extranjero, amenazando a un miembro de una las organizaciones más temidas allí.

—O la que más— apuntó John Hayward.

Asentí.

—El abuelo Sergey realmente no es familia de Nora ¿verdad? De la misma manera que ella y yo decimos que somos primas pero lo cierto es que no nos une ningún parentesco. Excepto que mi tío Emilio se casó con su madre — Lenita continuaba sentada en el borde de la butaca si perder detalle de lo que oía.

—Su padre y el abuelo son familia lejana.

—¿Entonces porqué tanto empeño en localizarle?

—Nora ha vivido siempre a expensas de los deseos de su madre...— di otro largo trago de agua antes de continuar —...pero en esa época aún la dejaba relacionarse con la gente. Ella guarda muy buenos recuerdos del trato que recibió de la familia de su padre.

—Eso lo entiendo, pero poca gente se juega la vida por unos años compartidos siendo tan niña. Hay que estar hecha de una pasta especial— afirmó Antonia.

—Os puedo garantizar que Nora lo está. Yo fui el primer sorprendido al ver como actuaba y se desenvolvía en situaciones que para mí resultaban muy complicadas y algunas de ellas, peligrosas.

—Continúa, hijo, por favor.

—Mi principal preocupación cuando nos fuimos de casa del ruso, era saber si habíamos conseguido asustarle y convencerle de que le convendría colaborar con nosotros.

—El dedo roto debía haber sido suficiente ¿no crees?

—Ese individuo no me transmitía ninguna confianza. Por su seguridad era capaz de hacer cualquier cosa. De vender su alma al diablo...

Bruno no iba muy desencaminado.

Cuando una hora después Pavel Ologov se quedó a solas en la oscuridad de su apartamento, maldecía por la situación que le había tocado vivir. Toda su vida había estado a expensas de las órdenes de los demás. Lo peor era cuando esas órdenes venían acompañadas de amenazas. Esa y no otra era su relación con Sonia Vardiola. Primero fue el general Nóvitsiov, más adelante la agente Arena. Tanto uno como otra buscaban su propio interés.

Él no iba a ser menos.

Cuando tuvo acceso a la información que relacionaba a Sergey Volkov con los disturbios callejeros, investigó a ese individuo. Las conclusiones le hicieron sonreír.

—Vaya, vaya con la camarada capitán Vardiola— murmuró para sí aquella madrugada en la que el trabajo no parecía tocar a su fin— resulta que su primer marido tenía una relación directa con este individuo.

El hombre de la NKVD sabía de primera mano el poder que da la información a quién la posee.

Él la poseía.

Para que ese poder continuara en su mano, los datos que había averiguado no podían salir de aquella oficina. Sería su arma si algún día las cosas se ponían feas para. Sin embargo, no todo eran buenas noticias, le hacía falta algo más. Algo que no poseía.

Valor.

A lo largo de su vida unas pocas personas habían tenido acceso a información comprometida sobre él. No cabía duda de que habían sabido exprimirla al máximo. Ologov no veía llegar el momento en que esa deuda se considerase pagada.

“Es posible que hoy ese día haya llegado”

Pavel se tenía por un individuo estudioso de la personalidad. Le bastaba con un análisis visual para obtener conclusiones que rara vez diferían de lo que el posterior contacto con esos individuos le demostraba. El error disminuía con el paso del tiempo. Consigo mismo le sucedía igual. Conocía cuales eran sus límites y hasta dónde era capaz de llegar. No sólo era suficiente con disponer de información confidencial respecto a alguien. Tanto o más importante era contar con el valor necesario para, llegado el

momento, utilizarla en su favor.

Nóvitsiov y Vardiola contaban con ese valor.

Ologov, no. Él lo sabía.

Su investigación acerca de Sergey Volkov permaneció a buen recaudo durante semanas, hasta que se le ocurrió un plan. Quiso ganarse la confianza total de Sonia Vardiola y compartió con ella todo lo que sabía del tío de su marido Ramón y de su molesta actividad actual a ojos de la organización. De este modo le dejaría en paz y olvidaría el lamentable episodio del secuestro de su hija. Ella era consciente de que su intervención fue meramente circunstancial, obligado por el camarada general de la NKVD, Aleksey Nóvitsiov.

“¿Quién se negaría?”

El resultado de su absurdo plan se hizo esperar. Vardiola parecía tomarle en serio. Lo que Pavel desconocía era que Sonia se encontraba en el frente, pero unas semanas después Ologov recibió la orden de ingresar a Sergey Volkov en La Casa del Lago Patria. ¿Por qué? no era asunto suyo.

Ni quería saberlo.

Lo único que le importaba era que a Vardiola parecía no preocuparle en absoluto lo que él supiera de las andanzas de Sergey. Es más, llegó hasta darle las gracias por haberle avisado.

Hoy volvía a encontrarse en una situación parecida, pero si no manejaba bien sus intereses las consecuencias podrían ser nefastas. Tumbado en la cama y desoyendo los

golpes en la puerta de su casa, que a buen seguro partirían del puño de su amante el vecino de abajo, pensaba en lo que sería mejor para él, por tanto, para su salud y su futuro más inmediato.

“¿Debo compartir con Vardiola la visita de su hija y sus planes?”

“¿Tengo que colaborar con ella?”

A esta última pregunta no le quedaba otra salida que responder afirmativamente. Su colaboración con Nora Vardiola ya había comenzado, quisiera o no.

—¡Mierda!

A primera hora de la mañana volverían a verse. Confiaba en haber tomado alguna decisión cuando llegara el momento.

“¿Sabrían algo de la relación con mi vecino?”

Fue lo último que pensó Ologov antes de caer profundamente dormido. Durante la noche, su mente no le dejó tranquilo creándole escenarios de terribles pesadillas. Sudando, abrió los ojos a la mañana siguiente.

—¡No!— incorporado en la cama, con la respiración agitada, Ologov trataba de retomar la consciencia.

“¿Qué estaría soñando?”

Unos tenues rayos de luz penetraban por las grietas de la persiana. Estaba amaneciendo, pero aún era pronto. No había dejado de dar vueltas a la cabeza durante toda la noche a lo que debía de hacer en unas horas.

—¡Soy un maldito cobarde!— soltó mientras se levantaba de la cama.

A paso lento se acercó hasta la persiana y la subió.

Le gustaba imaginarse como un hombre de acción. Ser capaz de terminar él solo con todo este asunto. Detener a la familia y amigos de Sergey Volkov, y ser condecorado por ello.

Mirando por la ventana, Pavel sonreía mientras reconstruía en su cabeza las imágenes en las que aparecía victorioso. Imágenes que incluían el asesinato de su amante, si esto valía para mantener en secreto su homosexualidad.

Sólo se trataba de imágenes.

De vuelta a la realidad, encendió el resto de un pitillo que encontró sobre la mesilla y se fue hacia el salón. Las mismas preguntas que se hizo la noche anterior en la cama, antes de conciliar el sueño, se reproducían en su mente.

Las mismas preguntas sin respuesta.

—Si llega a oídos de la camarada Vardiola que he visto a su hija y la he informado del lugar en el que se encuentra Sergey Volkov, soy hombre muerto — mascullaba mientras recorría indeciso el salón de su casa de una a otra pared— No quiero ni pensar si se enteran que soy homosexual.

Mientras no se decidiera a actuar en uno u otro sentido no le quedaba más remedio que continuar adelante. En menos de dos horas debía encontrarse con Nora y el grupo de incontrolados que iba con ella. Pero antes tenía que hacerse con uno de los vehículos disponibles para oficiales. Pavel no disfrutaba de ese rango, pero sí contaba con los medios para conseguir uno. Bastaba con rellenar un formulario que supervisaba él mismo y hacer como si fuera a

entregar el coche en mano. Sabía a nombre de quién ponerlo. El ser protegido de Sonia Vardiola de algo tenía que servir. Apenas unas pocas personas lo sabían, aquellas en las que ella había confiado. Una de esas personas le debía algún favor que pensaba cobrarse sin que él se enterase. Quién sabe si después, en su apartamento, se lo confesaría al oído.

A la hora convenida Ologov partió de la sede de la NKVD.

—A mi este tío no me da buena espina— Bruno mostraba su desconfianza al abandonar el bloque de viviendas en el que minutos antes habían dejado cariacontecido al hombre que años atrás secuestró a su mujer.

—No tiene muchas alternativas. No te preocupes— sonriente pero firme, Miguelón intentaba tranquilizarle.

De vuelta a casa discutían por haber dejado la visita a La Casa del Lago para el día siguiente. Dima era partidario de haberlo hecho todo de un tirón, como Bruno. Aunque por motivos bien diferentes. Uno quería encontrar a su suegro y el otro regresar a Madrid.

Para dejar a todos contentos decidieron dividirse en dos grupos. El primero partiría antes de que amaneciese para seguir a Ologov. El segundo iría al punto de encuentro convenido.

A primera hora, los integrantes del primer grupo ya estaban en acción.

—Mírale, ahí va— Dima señalaba a Pavel.

Bruno asintió.

Dejaron entre el ruso y ellos la distancia suficiente para poder seguirle con facilidad. Conocer el destino les facilitaba la persecución. Antes de llegar a la ancha avenida que recorría el edificio de la NKVD, se detuvieron. Desde su posición verían a Ologov en cuanto abandonase la sede y pasara por su lado. Bruno daba gracias por haber podido disponer de una cazadora de Dima bien forrada. El frío era intenso, no recordaba haber sufrido una temperatura tan baja en su vida.

No más de una hora después, Dima dio un paso al frente y agitó las manos. Ologov reparó en él y continuó conduciendo.

—Bien, nos ha visto. Vamos.

No les iba a llevar más de un cuarto de hora alcanzar el lugar donde Nora y Miguelón estarían esperando. Faltaba comprobar si cuando llegaran al punto convenido los encontrarían allí a todos.

—¡Corramos!— Bruno no se sentía a gusto sin tener a su mujer cerca de él. No en ese lugar, ni en esas circunstancias. Aunque sabía que con el tío Miguelón se encontraba a salvo.

Estaba en lo cierto.

Al doblar la última esquina un coche aparcado en el lugar previsto comenzó a hacerles señas. Aceleraron el paso. Cuando se encontraban a escasos metros divisaron la corpulenta figura de Miguelón en el asiento del copiloto. Pasaron detrás junto a Nora y se pusieron en camino.



—¿Todo bien?

—Sí, con ganas de terminar cuanto antes con todo esto.

—No más que yo, Nora. De ese puedes estar segura.

A Bruno se le ocurrió una idea.

—¿Sabes dónde está el Hotel Imperial?— echado hacia delante esperaba la respuesta del conductor.

Ologov le miraba por el retrovisor, extrañado.

“¿Qué querrán estos ahora?”

Sabía perfectamente dónde se encontraba ese hotel. A menudo iba a recoger a generales. Incluso en alguna ocasión, a altas horas de la madrugada, tuvo que resolver una circunstancia más que embarazosa. Una borrachera, una mujer asesinada, una habitación destrozada, restos de alcohol y drogas y lo que era peor; nadie debía enterarse de lo sucedido esa noche.

—Lo conozco.

—¿Queda de camino?

Ologov permaneció en silencio unos instantes.

—¡Contesta!— instó Miguelón.

—Sí, sé cual es.

El tío de Nora se volvió hacia atrás. Con las cejas levantadas pidió información acerca del motivo por el cual preguntaba por ese hotel. Bruno señaló a Nora y a él mismo.

—Claro, es el vuestro.

—¿Queda de camino a La Casa del Lago?— insistió Bruno.

—Sí.

Veinticuatro horas antes habían abandonado el hotel sin saber cuando regresarían. Para su comodidad y por precaución, el director les ofreció enviar un coche a recogerles en el mismo punto en dos horarios diferentes. No se presentaron. Bruno no quería que se alarmaran y avisasen a las autoridades. Nada mejor que hacer acto de presencia.

Ologov aparcó una manzana antes de llegar al hotel. Del coche descendieron Nora y su marido. Después de hablar con el personal de recepción y asegurarles que no les sucedía nada, simplemente se habían encontrado con unos amigos que carecían de teléfono en su casa, subieron a su habitación. Tras cambiarse de camisa volvieron a la calle de nuevo.

Minutos después con Ologov al volante ponían rumbo a La Casa del Lago Patria. Bruno y Nora cogidos de la mano. Todos en silencio, pendientes del camino por el que transitaban. En el interior del vehículo reinaba la sensación de viaje a lo desconocido. Sin vuelta asegurada. En sus miradas se podía palpar la tensión almacenada en cada uno de ellos. Estaban en manos de un individuo de la NKVD que en cualquier momento podría meterles en problemas.

En graves problemas.

La noche anterior, después de abandonar la casa de Ologov, la pregunta que quedó sin respuesta fue una muy sencilla que propuso Bruno Hayward.

—Imaginad que vemos al abuelo, bien ¿Qué os parece

que deberíamos hacer en ese momento?— la pregunta permaneció flotando en el aire durante algunos minutos.

La alegría por saber el lugar donde se encontraba Sergey había nublado la capacidad de todos ellos para ver un poco más allá.

—¿No estaréis pensando que nos lo llevemos de esa institución, verdad?—ante el constante silencio, Bruno barría con su mirada la cara de todos los allí presentes— perdona Dima, no tengo intención de dejar al padre de Tanya encerrado en ese lugar, pero...

El yerno de Sergey miraba a través de la ventana unos lejanos puntos de luz, pero su mente se encontraba junto a su suegro. Dima sabía lo que le había afectado la desaparición de Nora, y la muerte de su mujer y de sus nietos. No quería que sufriera más.

—Dima, cariño— Tanya preocupada por su silencio, se acercó junto a su marido.

—¿Eh? Sí, sí, perdonadme— se volvió hacia su mujer— Pensaba en la pregunta que ha hecho Bruno. Lleva toda la razón. No puedo ponerlos en peligro a ninguno de vosotros en ese lugar y...

—Olvida eso, amigo mío. Estamos todos en esto—convino Miguelón.

No fue hasta un tiempo después cuando Nora propuso una idea que consiguió que todo el mundo se fuese a dormir. Al menos se tumbaron, otra cosa diferente es que conciliaran el sueño.

—¿Qué os parece si lo decidimos cuando mañana

veamos la casa esa? No tiene sentido que le demos vueltas a algo si al final resulta que el abuelo no está allí. O...

—O ha muerto, también tenemos que considerar esa opción, Nora— Dima había tomado asiento de nuevo junto a su mujer.

“¿Y si está?”

Con este pensamiento Bruno se recostó en el sofá.

El mismo pensamiento que rondaba la cabeza de cuatro de los que, a la mañana siguiente, viajaban rumbo a La Casa del Lago Patria en el coche del ruso. Al otro ocupante, al quinto, no le preocupaba en absoluto la suerte que pudiese haber corrido Sergey Volkov, era asunto de Sonia Vardiola. Su único interés radicaba en que terminase el día como empezó el de ayer, sin preocupaciones. No iba a ser fácil. No disponía de mucho tiempo para decidirse de una vez por todas.

“¿Aviso a Sonia Vardiola de lo que pretende su hija?”

Más de media hora después de que partieran del hotel, el silencio continuaba reinando en el coche. Con el paso del tiempo, en lugar de amainar, la tensión aumentaba. Habían abandonado la carretera general, a mano derecha tomaron una bifurcación. Al fondo se erigía majestuoso un imponente edificio. El cielo despejado se reflejaba en el espectacular lago que lo rodeaba como si quiera abrazarlo.

—¿Es ahí dónde vamos?— quiso saber Bruno echado hacia delante.

—Sí, esa es La Casa del Lago Patria.

Una frondosa arboleda impedía ver las primeras plantas de la casa. En el medio, una imponente cúpula sobresalía apuntando hacia el cielo. El vehículo avanzaba por el ancho y despejado camino. Hasta que próximos a su destino, entraron en una suerte de túnel de altas ramas unidas entre sí sobre sus cabezas que partían de unos colosales troncos.

—Te recuerdo que nos has asegurado que apenas hay seguridad— Miguelón quería dejar bien claro este punto— Lo digo por tu bien, Ologov.

El ruso se limitó a devolverle la mirada manteniendo un molesto silencio en opinión del hombre que se encontraba sentado a su lado. La paciencia de Miguelón se hallaba casi al límite, en parte debido a la tensión y en parte al enfado que le producía que le mirasen de esa forma, sin decir nada. Con un rápido gesto se apoderó de la mano derecha del conductor y tiró de un dedo hacia arriba.

—¿Me has oído?— preguntó con los labios apretados.

—Sí, sí.

—¡Contesta entonces, coño!

Unos metros más adelante el camino giraba a la derecha hasta desembocar frente a La Casa del Lago.

—No hay vigilancia en el edificio principal, cómo ya os dije...— masculló entre dientes—... sólo en el ala sur.

No era fácil mantener la compostura conduciendo mientras un bruto como aquel te doblaba el dedo.

Miguelón le soltó el meñique justo en el momento en que finalizó la hilera de árboles que les había custodiado

durante el último tramo del recorrido. De frente, la impresionante estampa del edificio no pasaba desapercibida para ninguno de ellos.

La Casa del Lago fue reconstruida a principios del siglo XIX en piedra, tras un devastador incendio que redujo a cenizas la mayoría de las numerosas dependencias con las que contaba. Las cuatro alas de las que consta en la actualidad se unen en un punto central sobre el que se eleva una impresionante cúpula. A mediados del pasado siglo se construyó un saliente en el ala sur, dedicado a casos especiales.

Como el de Sergey Volkov.

—Aparca en el lugar más discreto que conozcas— dijo Miguelón con la mirada clavada en el conductor.

Veía inseguridad en sus ojos, no le gustaba en absoluto.

—Tú y yo nos quedaremos aquí, esperando.

—Pero yo no puedo...debo volver...—las excusas salían atropelladamente de su boca.

—Volverás, pero con todos nosotros.

—Si piensan salir con Volkov, no lo conseguirán y yo no quiero...

—Sólo te lo diré una vez ¡Cállate!

No hubo que repetir la orden. Pavel no volvió a abrir la boca hasta que no fue requerido para ello. Las preguntas que le pensaban hacer ya se las plantearon en su momento.

Había llegado la hora de poner en marcha la idea que propuso Nora cuando amaneció. Lo positivo de su propuesta

radicaba en que parte era verdad, si daban con alguien que lo quisiera comprobar bastaba con que se pusieran en contacto con su hotel. Allí les confirmarían que, efectivamente, se trataba de una pareja de turistas que llegaron el día anterior. Dima pasaría por la persona que el matrimonio de españoles había contratado para que les enseñara lugares emblemáticos de Moscú donde hubiera el menor número de turistas posibles.

Nora paseaba agarrada de la mano de Bruno. Observaban el lago. No hacía falta el más mínimo disimulo para quedarse ensimismados en su contemplación. Evitando la entrada principal rodearon el ala norte por la izquierda. Desde allí podían ver la doble hilera de árboles que les había escoltado hasta La Casa.

—Habrá que dar la vuelta entera, sin prisas.

—Eso haremos, Nora.

Dima aceleró el paso situándose unos metros por delante de la pareja, mostrando el camino. Sus sensaciones eran difíciles de controlar. Por un lado, el cuerpo le pedía echar a correr, entrar en el ala sur, irrumpir en cada habitación y abrir cada puerta con la que se encontrara a su paso. Hacía mucho tiempo que no veía a su suegro y quería sacarlo de allí cuanto antes. Por otro lado, Sergey había puesto en peligro a su propia familia y a la poca que le quedaba a Dima, su mujer Tanya. Anna, su hija mayor, se casó y se fue a vivir con un militar. Sin olvidar la vida de Miguelón y los suyos. Su locura le hizo borrar de la memoria a los pocos amigos y familiares que aún le quedaban y que

tanto le querían

Cada ala contaba con seis alturas de hileras con ventanas cuadradas. El tejado, a dos aguas, cubierto de placas de pizarra. Rodearon el ala oeste y continuaron. Sólo unos metros, los justos hasta que comprendieron que el regreso de Dima en su dirección no formaba parte de la puesta en escena. Su paso acelerado les alarmó. Al pasar a su lado un par de palabras salieron de su boca.

—Hay vigilancia.

Bruno y Nora se detuvieron. En lugar de seguir a Dima optaron por respirar profundamente y tomar asiento en un saliente desde el que podían contemplar como el lago abrazaba al majestuoso edificio.

—¿Qué hacemos?— susurró Nora con sus brazos rodeando el cuello de Bruno.

—Lo inteligente sería montarnos en el coche del ruso y largarnos.

—Ya, pero sabes que...

—Sí, sí, lo sé. Hemos llegado hasta aquí y no nos vamos a volver. Lo sé. Se me ocurren dos opciones— Bruno hablaba a su mujer sin perder de vista el lago, tal y como lo requería su interpretación— Una, seguir y preguntar por tu abuelo directamente. La otra, entrar por cualquier puerta e intentar llegar hasta el ala sur y buscarle.

Nora tenía la vista fija en un punto a la espalda de su marido.

—Entremos por ahí— de pie, señaló una puerta de una sola hoja, que parecía no dar a ningún sitio importante.



Las pulsaciones de Bruno comenzaron a elevarse aún más.

“¡Cómo nos detengan...!”

Las de Nora no iban mucho más lentas.

“Tengo que encontrarte abuelo”.

—¡No están! ¡No les veo!— con una mano en la puerta y la otra en el techo del coche, Dima, regresaba de reconocer la zona por dónde había visto a la pareja la última vez, con la misma información.

Ninguna.

—¿Cómo que no están? ¿Les han detenido?

—No, Miguelón. No había nadie por allí. Hubiésemos oído algún alboroto.

—En el peor de los casos tenemos a este de aquí para que piense algo—señaló con un gesto de cabeza hacia Ologov.

—Os avisé. No sabéis lo que estáis haciendo.

Dima pasó al asiento de atrás.

—Esperaremos— dijo Miguelón con el semblante preocupado— Aparca ahí delante.

Desde el lugar indicado podían observar sin ser vistos. Unos árboles y lo que parecía un pequeño grupo de casetas de madera les mantendría a cubierto de los que llegaran por el camino. Si Bruno y Nora regresaban los verían, sin lugar a dudas.

Si regresaban.

La puerta cedió al suave empujón de la mano de Nora. Excepto el rechinar de la madera, nada oyeron al otro lado. Asomó la cabeza. Al fondo podía ver una rendija de luz, no se distinguía nada más. Con un gesto le indicó a Bruno que le siguiera. Cogidos de la mano avanzaron guiados por esa rendija. Según se acercaban, la suave luz que penetraba por ella les dejaba entrever que se trataba de una puerta de madera.

Nora colocó su mano sobre el picaporte. Despacio, rezando para que fuera lo más silenciosa posible, tiró lentamente. Poco a poco fue asomando la cabeza. La tenue luz provenía de una pequeña ventana situada en la pared de su derecha. A duras penas iluminaba la estancia, pero lo suficiente como para asegurarse de que no había nadie en ella.

Nadie y apenas nada.

Nada más que unas pocas estanterías, repletas de botes y frascos de cristal, rodeaban las paredes.

Voces.

Como susurros lejanos. Al otro lado de la pared del fondo.

No parecía haber otra salida mas que por la que ellos habían entrado. No tenía sentido que el único acceso fuese una puerta que daba al lago. Quietos, en el centro de la habitación, barrían con la mirada cada tabique buscando una puerta, un paso, que les condujera al interior de La Casa.

—Creo que por ahí— Bruno señaló en dirección a la pared del fondo. En ella se reflejaba un suave haz de luz.

Sin soltarse de la mano recorrieron los cinco metros que les distanciaban. Al llegar a ella observaron a la derecha un estrecho pasillo en forma de ele que moría frente a una gruesa cortina que oscilaba lentamente.

Sin pensarlo dos veces se introdujeron en el pequeño túnel.

—Estoy cansada de este lugar— hasta ellos llegó una voz de mujer.

—¡Calla! como te oigan...

Con un dedo en sus labios Nora rogó silencio a su marido.

De repente un golpe seco seguido de rápidas y enérgicas pisadas.

—¡Vamos! ¡Moveos! Hay que dejar todo los suelos relucientes. Venga ¡Rápido!— otra voz de mujer, no menos enérgica que su caminar.

Nora y Bruno esperaban en silencio tras la cortina, aguantando la respiración. Unos segundos más tarde volvieron a quedarse solos.

—Deben ser del personal de limpieza— apuntó Nora a un gesto de Bruno para que le tradujese la conversación.

Corrieron la cortina y penetraron en la habitación. A su derecha, una fila de batas blancas colgadas en sus perchas. Frente a ellas, en varias baldas, ropa doblada. Dos colores predominaban, el blanco y el azul. Al fondo y a ambos lados, dos armarios. En la pared más corta junto a la cortina había dos bancos de madera.

Despacio se acercaron hacia la puerta situada frente a

ellos. Como antes, Nora agarró el picaporte, pero antes de hacer ningún movimiento pegó la oreja. Asustada se giró hacia Bruno.

—¡Corre! ¡Vamos!— susurró enérgicamente — ¡Corre!

Sin saber qué era lo que sucedía, Bruno se echó a un lado y dejó pasar a su mujer que volvía sobre sus pasos. Aún no habían alcanzado la cortina cuando la puerta se abrió. Por un hueco entre la pared y la tela, Nora observó horrorizada como dos individuos con aspecto de médicos se encaminaban en su dirección.

—¡Hay que salir de aquí!— susurró de nuevo mientras se perdía por el pasillo en forma de ele. Hasta ellos llegaban las voces tranquilas de los dos hombres que venían detrás.

Llegaron a la habitación de las estanterías repletas de botes y frascos. Rápidamente cruzaron para abrir la puerta que les conduciría al pasillo por el que habían accedido al edificio. Al final se encontraba la puerta que daba a los jardines. Mientras recorrían el estrecho túnel, pudieron oír las voces de los dos médicos entre ruidos de frascos de cristal y algunas risas. De repente la puerta se abrió. Bruno y Nora se tiraron al suelo.

—¿Dónde da esto?— dijo uno de los hombres.

—A una puerta que está bloqueada. ¡Cierra, que entra un frío de cojones!

“¿Cerrada?”

Nora se incorporó lentamente. A gatas llegó hasta la puerta que los sacaría de allí aunque fuese temporalmente. Colocó sus dos manos sobre el picaporte y tiró hacia abajo.

Lo dejó subir y empujó de nuevo.

Nada.

El hombre de la bata blanca no se había equivocado. Estaba cerrada.

—Hijo ¿Estás seguro de que Sonia no sabía nada de esta visita vuestra a Moscú?

—¿Qué te preocupa?

—No me fío nada de Ologov. Yo en su lugar hubiera dado aviso antes de quedar con vosotros— los comentarios del abuelo John generaron un repentino silencio en el salón de la casa de Bruno.

—¡Qué valor el de la señora! el suyo también, don Bruno, pero ella como mujer...—fue Loreto la que rompió la incómoda calma. Todos los allí presentes estaban de acuerdo con las impresiones de John.

**13**

## **La Casa del Lago Patria**

**1953**

Con los ojos abiertos todo lo que daban de sí y la boca tapada por la mano de la sombra que se inclinaba sobre ella, Nora luchaba por discernir si lo que sucedía en esos momentos era fruto de la realidad o una mera pesadilla.

—¡Chist!

—Ana... ¿Eres tú?— frotándose los ojos trató de

enfocar su mirada. Por las ventanas de su habitación no entraba nada de luz— ¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Sí, soy yo. Tenemos que irnos. Levántate, vamos.

Nora estaba aturdida. El efecto de las pastillas y de la inyección se encontraba en su máximo apogeo.

—Bebe esto. Te ayudará a despejarte— colocando su brazo derecho sobre su espalda la ayudó a incorporarse.

—Sabe raro.

—Vístete— Ana sacó del armario ropa de abrigo y la extendió sobre la cama— Date prisa.

Al ver los movimientos tan poco ágiles de Nora, debido a la confusión y a su abultado vientre, optó por ayudarla vestirse. A oscuras no era tarea fácil. A la falta de luz había que añadir la escasa colaboración de la paciente.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Ana no sabía como explicárselo. Lo más sencillo hubiese sido soltarlo sin rodeos, contarle la conversación que había escuchado entre el doctor y sus dos fieles enfermeras unas horas antes mientras cenaban. Dedicar su vida a atender a los demás, a los necesitados, era como una vocación, respondía a unos principios.

Sus principios. Algunos de ellos inamovibles.

Estaba a punto de perder la fe en los médicos y en sus compañeras. Su último año en La Casa del Lago no había sido nada fácil. Menos aún cuando estando en ala sur la obligaban a trabajar en el módulo especial para pacientes

conflictivos. Tardó varios meses en comprender que el estado permanentemente inconsciente de muchos de ellos no respondía a un tratamiento específico, sino a un motivo de control de la personalidad del individuo. Comprendió, con el paso del tiempo, que cuando ella les atendía, en el lamentable estado en que se encontraban cuando llegaban a sus manos, venían de estar expuestos a un tratamiento al que los doctores denominaban de choque.

### “Mentiras”

La semana anterior, unos gritos ensordecedores la despertaron a media noche. Asustada, se envolvió en su abrigo y salió al pasillo. Sin dificultad logró identificar la procedencia de lo que a medida que se aproximaba parecían alaridos de algún animal al que estuvieran torturando. Unos pasos más y descubrió de dónde provenían; de la habitación del último paciente llegado a La Casa unos días atrás. Cuando se encontraba a no más de cuatro o cinco metros de distancia, la puerta de la habitación se abrió de improviso. Miró a cada lado buscando un lugar donde esconderse.

Nada. Excepto un recodo en la pared.

Dio un paso rápido hasta situarse en el estrecho hueco. Su único aliado era la oscuridad. De día hubiera resultado hasta grotesco pretender esconderse de esa manera. Pero no había otra opción. El recodo y rezar.

Con la cabeza y la espalda pegadas a la pared, escuchaba con los nervios a flor de piel las voces que susurraban frente a la habitación. Muy lentamente fue echando hacia delante la cabeza. Sólo un poco, hasta que sus



ojos rebasaron el pequeño escondite. Ahí estaban de pie, el doctor, una de sus enfermeras y dos hombres que se limpiaban las manos con una toalla. Ana volvió a pegarse todo lo que pudo contra el frío muro.

Pasos. Pasos que se alejaban.

Tacones. Tacones que se acercaban.

La joven enfermera aguantó la respiración todo lo que pudo. Sentía sus manos empapadas de sudor. El mismo sudor frío que recorría su cuerpo. Si la descubrían allí escondida no tendría salvación posible.

Los tacones se aproximaban a paso lento.

Aterrada, miraba de reojo esperando que la figura de la enfermera cruzase junto a ella y la delatase. La vio pasar a cámara lenta. Vio su fría mirada fija en algún punto al final del pasillo. Vio la pequeña bandeja plateada que llevaba cogida con ambas manos, y también vio sobre la bandeja algo que le hizo ahogar una exclamación; una toalla impregnada en sangre junto con unos extraños instrumentos tan empapados o más que ella. Su mente no tuvo dificultad para relacionar los estremecedores aullidos con los utensilios que acababa de ver pasar en manos de la enfermera.

—Estoy mareada. Déjame sentarme un momento, Ana, por favor.

—No. No tenemos tiempo que perder. Dentro de media hora hay cambio de guardia y tendremos a los soldados recorriendo los pasillos.

—O me dices que es lo que ocurre o no doy un paso

más— sus palabras pretendían demostrar una fortaleza mayor que la que desprendía su ánimo

—Van a provocarte el parto. Tu madre viene hacia aquí para llevarse al bebé.

Nora se quedó en silencio, absorta, con la boca a medio abrir.

—Larguémonos— insistió Ana.

—Pero, no pueden...ellos no pueden...es mi hijo— balbuceaba las palabras que salían a trompicones de su boca

—Sí, sí que pueden hacer eso y mucho más.

Bien que lo sabía Nora.

Ana le cogió el brazo y lo elevó sobre su cuello, con el otro rodeaba su cintura. Abandonaron la habitación adentrándose en el frío y oscuro pasillo. Descendieron por el primer hueco de escaleras hasta la planta baja. Una vez en ella avanzaron guiadas por la tenue luz de la luna que se colaba por los ventanales a ambos lados.

Las piernas de Nora se negaban a moverse a un ritmo más rápido. Parecía como si estuvieran conformes con ir arrastrándose. Su cabeza, dentro de la espesa niebla en la que se encontraba envuelta, dejaba pasar por momentos finos rayos de lucidez. Como ahora, mientras avanzaba por el pasillo casi en brazos de su enfermera dispuesta a jugarse la vida por ella. ¿Por qué? ¿Qué habían hecho ellas para encontrarse en esa situación?

—¡Chist!— Ana se detuvo de repente.

Al final del corredor, no muy lejos de donde se encontraban, le pareció oír voces. Alguien hablaba. Nora la

miraba sin entender, no había escuchado nada, tan inmersa como estaba en su particular rayito de lucidez.

Sin soltar su brazo de la cintura de su paciente y amiga, asomó la cabeza por el pasillo que daba al ala sur y que a su vez conducía hasta la cúpula central. A partir de ese punto la vigilancia disminuía hasta casi desaparecer.

—Vamos.

“¿Bruno?”

Nora no habido sido capaz de eliminar de su cabeza la imagen de su marido tumbado en el suelo. No era una imagen nítida, borrosa más bien.

Pero era la última. Como la que guardaba de Teresa tumbada en su camita, felizmente dormida. Así la dejó cuando salió de su cuarto dispuesta a cenar con su marido. Tenía algo muy importante que compartir con él.

“¡Cielo, estoy embarazada!”

No le suponía el más mínimo esfuerzo imaginar su sonrisa, tan sincera, tan grande, que casi no le cabría en su cara. La misma que le dedicó cuando en el mismo salón, le dio por primera vez, unos años antes, la feliz noticia. Teresa se encontraba en camino.

Pero no, no pudo hablar con él. Ni con Teresita, ni con nadie más desde aquella maldita noche.

Sólo con su madre.

“Mi madre...”

La persona responsable de su estancia en ese siniestro lugar. La verdad era que lo tenía fácil para salir de allí. Bastaba con lo que ella llamaba recapacitar y todo estaría

solucionado. Sonia se había sincerado unos pocos meses antes de llevarla a La Casa del Lago.

—Tienes que conseguir que tu marido trabaje para nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes sois vosotros?

—Lo sabes muy bien. No te hagas la tonta— repuso ofendida.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Con mi vida? ¿Eh?

Sonia Vardiola se tomó unos segundos para contestar.

—Mira— con el tono más suave que encontró en su escueto repertorio, escrutaba con gesto preocupado a su hija — Tengo órdenes que cumplir. Si no lo consigo, mi credibilidad y mi reputación se verán seriamente afectadas y...

Nora se puso en pie, ágil, cómo si de repente se hubiera activado un resorte.

—¿Tu reputación? ¿A cambio de mi marido?— no podía creer lo que estaba escuchando, a pesar de que no le extrañaban las palabras de su madre— No me he casado por interés, como tú. Ni tampoco obedeciendo a ninguna maldita Revolución.

—Hija...no me obligues...

Esa misma persona, su madre, la que se quiere llevar su bebé.

—¡Vamos, Ana!— sin saber de dónde le venían las fuerzas tiró de la sorprendida enfermera. Quizá el impulso se lo transmitió ese rayito de lucidez que instantes antes se

había colado en su mente.

Entre tinieblas.

El pasillo del ala sur era más ancho y alto. El edificio anexo para casos complicados, como el de Nora, se unía con ese ala cerca del final. No podían lanzarse sin más pasillo arriba. Pegadas a la pared pretendían llegar hasta la cúpula. Si la alcanzaban, podrían contar con alguna posibilidad de éxito. Los ruidos que había escuchado Ana unos segundos antes se hicieron más intensos. Mucho más intensos. Varios pares de botas se acercaban por su izquierda, venían desde el centro de La Casa, desde la cúpula.

Soldados.

—¡Mierda! Se han adelantado —exclamó la joven enfermera, asustada.

No había contado con que en esa época del año se cambiaban los turnos de noche

—¡Ay!— exclamó Nora con las manos agarradas a su tripa.

—Vamos, por esa puerta.

Con la oscuridad como aliada, pegadas a la pared y arrastrando los pies, tuvieron el tiempo justo para abrir la puerta a la que se refería la enfermera. Con la oreja pegada en la hoja de madera escuchaban como los pasos se alejaban paulatinamente. Dejaron pasar unos minutos antes de salir.

—¿Te duele mucho?

Nora asintió.

—¿Tenemos algún plan?

—Si, pero pasa por llegar a la cúpula y desde ahí al ala

oeste.

—Pongámonos en marcha.

Así lo hicieron.

Ana abrió la puerta y escuchó. Nada. Sólo silencio.

¿Demasiado silencio?

Con las pulsaciones al máximo, sudando a pesar del intenso frío. Con el miedo bien calado hasta los huesos, pero confiadas en que su escapada tuviera un final feliz, continuaron con su lento caminar. No menos de ciento cincuenta metros medía cada ala. Desde el punto en el que se incorporaron al ancho corredor, les quedaba por recorrer algo más de cien. Nora miraba el final iluminado suavemente por la cúpula.

“¡Qué lejos!”

Una vocecilla le decía: ¡vamos!

No se oía ningún ruido, tanto silencio era sobrecogedor.

“Al menos con ruido sabes qué hacer, buscar un lugar para esconderte”

Ana no las tenía todas consigo. El silencio...

¿Demasiado silencio?

Los grandes ventanales dejaban pasar la azulada luz de la luna.

—Mira...—Nora señalaba la enorme luna llena— ¡Qué bonita!

—Sigamos— ordenó ofuscada, no entendía cómo en esas circunstancias podía fijarse en esas cosas. Se estaban jugando la vida y se le ponía cara de tonta mirando la luna.

No fue fácil, ni rápido, pero al fin consiguieron situarse bajo la inmensa cúpula bajo la cual Nora no pudo ocultar su admiración. Esta vez con menos entusiasmo que el mostrado ante la intensa luna. El constante dolor de tripa le hacía caminar encogida. Elevar la cabeza era un esfuerzo demasiado agotador.

—Por allí.

Rodearon el amplio hall en el que morían las diferentes alas del edificio. Al llegar al pasillo del ala oeste, se internaron en él. Igual que antes, pegadas a la pared, en fila.

Paso a paso.

—Quieta...— con el brazo extendido y con un dedo señalando al frente, Ana advertía de unas voces de mujer, al final del pasillo.

Siguieron andando.

—No puedo más... Déjame aquí, les diré que me he escapado —encogida sobre sí misma, no se sentía con fuerzas para dar un paso más.

—No digas tonterías. Ven— agarrada a su cintura la ayudó a levantarse y continuar— Queda poco. Es por esa puerta de allí delante ¿ves?

Nora no veía nada, pero asintió mecánicamente. Su mirada, fija en el punto indicado por la enfermera. Les separaban unos pocos metros, pero suficientes para no perder la concentración y sacar fuerzas para recorrerlos.

—Venga, ya casi estamos.

Ana empujó la puerta y entraron las dos.

Había menos luz que en el pasillo. Pero las cristaleras

de la puerta permitían la entrada de un poco de luminosidad, lo suficiente para dejar la habitación en penumbra.

—Necesito descansar un rato.

—Ahí delante tenemos dos bancos de madera —señaló— detrás de esas batas colgadas.

Nora vio las batas a la izquierda, según andaba. A la derecha unas estanterías con ropa doblada. De repente se detuvo y miró en torno.

—¿Qué sucede?

Con su mirada recorría de arriba a abajo cada pared, cada rincón, cada objeto de la estancia.

—¿Nora...?

—No sé, algo hay en esta habitación, que...— siguió andando hasta alcanzar los bancos de madera y tomó asiento. Un nuevo dolor, más intenso, le hizo estremecerse— ¡Dios!

—Podemos esperar un rato. No te preocupes— la aparente seguridad de la enfermera contrastaba con su nerviosismo interior.

Les quedaba tan poco.

—Gracias. Será un momento, Ana— echada hacia delante con las manos rodeando su prominente tripa no dejaba de escudriñar la habitación. De analizarla.

Su mente buscaba datos, imágenes que le dieran una respuesta a esa extraña sensación que se había apoderado de ella desde que entraron.

“¿Qué me pasa?”

—¿Vamos?— la ansiedad que dominaba a la enfermera,



le impedía seguir esperando— es aquí al lado. Por esa cortina.

“¿Cortina?”

Nora se incorporó con un brazo en el tambaleante respaldo del banco y el otro sobre su amiga.

Su mente continuaba trabajando. Tantas pastillas...

—Pasa tú primero. En tres o cuatro metros el pasillo gira a la izquierda.

De la mano continuaron con su lento caminar hasta llegar a otra estancia. La extraña sensación que se había apoderado de Nora, le dificultaba respirar. Miraba las estanterías de cada pared, repletas de botes y frascos.

“Botes y frascos...”

“¿Bruno? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?”

—Ya casi estamos, es al otro lado. Ven. No te quedes ahí.

Ana se pegó a la pared dejando pasar a Nora.

—Ahí delante verás una puerta. Saldremos por ella.

Su mente seguía buscando...

*“¿Dónde da esto?— dijo uno de los hombres.*

*A una puerta que está bloqueada”*

De repente todo cobró sentido.

—¡Bruno!— murmuró Nora mirando al final del corto pasillo— Ana, por ahí no hay salida ¡La puerta está bloqueada!

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes saberlo tú?

—Lo sé, Ana. Lo sé— su voz apenas un susurro. Con la espalda en la pared Nora se dejó caer lentamente— He

estado aquí antes.

La joven enfermera dio una larga zancada, rebasó a Nora y llegó hasta la puerta que las debería sacar de allí. Agarró el picaporte y lo bajó. Primero despacio. Después con más energía. Poco a poco más y más fuerte.

Bloqueada.

—Ana, es una trampa...

—¡¡No!! No puede ser.

—Nos han engañado —recostada sobre la dura pared, Nora sentía que las fuerzas estaban a punto de abandonar su cuerpo.

—No, no es posible. Sólo teníamos que llegar hasta aquí.

Un ruido seco.

—La señorita tiene razón.

De repente, alguien abrió la puerta. El doctor, sus dos fieles enfermeras delante, algunos soldados y un chico de personal de limpieza, detrás.

—¡¡No!!— el desgarrador grito de Ana salió de los más profundo de su ser.

Nora miraba sin ver. Sus párpados se empeñaban en cerrarse, cada vez pesaban más y más.

—Ana, perdóname...— murmuró antes de desmayarse.

Pero Ana no la podía oír. El pánico se lo impedía. Dos soldados la cogieron de cada brazo y arrastras la sacaron del angosto pasillo.

—¿Tú?!— exclamó sorprendida al pasar junto al chico que cabizbajo evitaba encontrarse con su mirada.

No dijo nada más. Un pinchazo acabó con su conciencia.

**14**

**Madrid**

**1955**

—¡Eh! ¡Chaval!— Aparicio corría todo lo que sus cortas piernas le permitían. Con una mano en la cabeza sujetando su complicado peinado, y sin dejar de gritar, realizaba considerables esfuerzos por hacer todo a la vez.

“¿Quién me mandaría a mi meterme en estos

embolados?”

El conserje había salido a por un encargo de una vecina. Recoger unos zapatos, junto al mercado, a un par de manzanas de la finca donde vivía. Encarni, su mujer, era la que solía atender este tipo de tareas pero llevaba dos días en cama con fiebre y le había tocado a él. Si se hubiera tratado de otra vecina habría ido igual al zapatero pero refunfuñando, seguro. Sin embargo, doña Amalia, la del cuarto derecha, era una anciana muy generosa con ellos cada mes y, sobre todo, con el aguinaldo.

El chico se giró.

La imagen del conserje, al que había reconocido sin dificultad corriendo hacia él, no le dio buena espina y corrió aún más. Al menos esa era la intención, hasta que al girarse para retomar su huída chocó de frente con la formidable tripa de un individuo de gruesos bigotes y considerable altura, que paseaba plácidamente con su mujer.

Del impacto, el chaval salió rebotado dando con sus huesos en el suelo.

—¡Mira por dónde vas!— exclamó el hombre visiblemente contrariado.

Del susto, la mujer casi pierde las gafas. Una vez repuesta de la impresión, con una mano aguantando una de las patillas miraba con gesto grave al chico caído.

—Con esta juventud no vamos a ningún lado— dedujo convencida.

“Gracias, Dios mío”

Aparicio, que no había perdido detalle de lo sucedido,

agradecía en su fuero interno el encontronazo. Si no se hubiera interpuesto en su huída aquella pareja que veía unos metros más allá, el chico se le habría escapado sin lugar a dudas. Sus pulmones amenazaban con salir de su pecho si se le ocurría dar una zancada más.

Apenas había dado veinte, mal contadas. Por hoy era más que suficiente.

El conserje llegó al lugar del encontronazo

—No se preocupen, le conozco. Es un poco travieso pero buen chico— consiguió decir mientras se recuperaba del esfuerzo.

La pareja le miró de arriba a abajo. Ella se agarró con porte orgulloso del brazo de su marido, al que a duras penas llegaba al hombro con su alto moño incluido.

—Vamos, querida. No merece la pena— acto seguido se pusieron en marcha.

—¡Más disciplina es lo que hace falta!— la mujer volvió su cabeza en dirección a Aparicio que ayudaba al chico a levantarse.

—No te preocupes, no voy a hacerte nada. Sólo quiero hablar contigo, pero haz el favor de no salir corriendo. ¿De acuerdo?

El chico asintió. Eran de la misma estatura.

—Verás ¿Quieres ganarte una peseta?

—¿Quién no?

—Va a ser un momento. Acompáñame a recoger los zapatos de doña Amalia ahí enfrente, y enseguida podrás marcharte. ¿De acuerdo, chaval?

—De acuerdo, pero no se olvide de la peseta.

Aparicio no pudo evitar una sonrisa. Pasó su mano por la desaliñada melena del chico y se encaminó hacia el zapatero.

—Me estás asuntando, Bruno— Antonia no daba crédito a lo que yo les contaba de mi viaje de novios— ¿Cómo salisteis de ese pasillo? Porque te tengo aquí delante, que sino hubiese jurado que os habían descubierto.

—Nora siempre ha sido especial —intervino Lenita— nunca sabías lo que estaba pensando. Al principio no me daba mucha confianza, la verdad, perdona que sea tan sincera, Bruno. Mi madre insistía en que tuviera paciencia, que su infancia no había sido fácil.

—Sí, esa sensación me daba a mí también— convino Antonia.

—Hasta que te conoció a ti, Bruno. A partir de ese día y sobre todo desde que volvimos a Madrid y os hicisteis novios, todo cambió. Ahora es una de mis mejores amigas. Aunque su madre...— Lenita dejó la frase sin terminar.

El sonido del timbre de la puerta atrajo la atención de todos los que allí nos encontrábamos

—¿Quién será?— mi hermana hizo ademán de levantarse.

—Ya voy, yo, señora.

Mientras Loreto se encaminaba hacia la puerta, el salón quedó en silencio. Un silencio roto por las voces que

llegaban desde el hall. A través de los cristales esmerilados de la puerta del salón, podía distinguir la presencia de tres figuras al otro lado. Segundos después se abrió la puerta.

—Señor, se trata de Aparicio. Viene con un crío— Loreto se echó a un lado dejándoles pasar.

—Pase, pase, Aparicio ¿Qué sucede?— me puse de pie.

El conserje no podía evitar el apuro que le embargaba en esos momentos. No esperaba encontrarme reunido con mi familia y amigos. Sin embargo, el chico no perdía detalle de todo lo que su vista alcanzaba.

—Verá, señor. Este crío fue el que trajo ayer la carta que le entregué en mano a Loreto.

—Me ha dicho que me daría una peseta— soltó serio, extendiendo la mano con la palma hacia arriba.

Avancé hasta ponerme a su altura.

—Te daré dos si me cuentas lo que queremos saber.

La cara del chaval se iluminó.

—No te preocupes, no pasa nada. Lo único que queremos saber es cómo era la persona que te entregó este sobre.

Me acerqué a la mesilla que tengo junto a mi butaca y lo cogí. Blandiéndolo en el aire se lo mostré

—Fue una persona mayor.

—¿Mayor? ¿Cuántos años tienes tú?

—Doce.

El concepto de mayor a esa edad podía implicar de veinte en adelante. Era necesario concretar un poco más.

—¿Mayor como yo?



El chico se quedó mirándome, sopesando la respuesta.

—Diferente. Más alto —elevó el brazo todo lo que pudo — Mucho más grande.

—¿Gordo quieres decir?— extendí mi brazo ofreciéndole una peseta. El chico la miró.

—Habíamos quedado en dos...

El conserje entendió la protesta del chaval como una impertinencia y le dio una sonora colleja.

—No es necesario, Aparicio. Llevas razón —dije mirando al chico— pero aún no hemos terminado. ¿Hay algo más de ese hombre que pudieras identificar? ¿Algo que le distinguiera entre otros?

El chico se quedó pensativo mientras se rascaba la cabeza en el punto donde había recibido el guantazo del conserje. Sus ojos miraban la otra peseta en mi mano. Mis padres, Pepo, Antonia y Lenita asistían en silencio al interrogatorio que había improvisado.

—Llevaba barba con unos pelos blancos aquí— señaló su barbilla— y me dijo que entregara el sobre al conserje, pero antes debía asegurarme si usted seguía viviendo aquí.

Viendo que no había más información que extraer del muchacho, le despedí dándole las gracias, sin olvidarme de la peseta.

“¿Hombre, alto, fornido, con un mechón blanco en la barba?”

—¿Qué piensas?— mi padre estaba junto al mueble bar sirviéndose un whisky con hielo.

—La descripción que ha hecho el chico ¿No os recuerda

a alguien?

Todos se miraban entre sí. Ninguno fue capaz de encontrar a nadie entre sus conocidos que encajase con las características del individuo de la carta.

—¿Deberíamos conocerle?

—No, la verdad es que no le conocéis, Pepo. Pero os he estado hablando de él durante toda la tarde.

—¡Miguelón!— exclamó Antonia.

—Sí, Miguelón...— dejé caer la mano sobre la rodilla de mi hermana— Si se trata de él ¿Qué hace en Madrid? y ¿Por qué no ha subido a contarnos lo que sucede?

Estas y otras preguntas se iban a quedar sin respuesta. Por el momento.

“Miguelón...”

Durante unos largos segundos en mi cabeza se reflejaba el rostro del bueno del tío Miguelón.

“¿Por qué...?”

Pepo me devolvió a la realidad del salón de mi casa:

—¿Volviste a ver a Miguelón después del viaje de novios

—No, sólo los pocos días que estuvimos en Moscú.

—¿Qué ocurrió en ese pasillo? El que tenía la puerta bloqueada que daba al jardín.

—Sí, sí. Por ahí íbamos— me recosté en el sofá, cerré los ojos unos segundos antes de continuar...

Nora insistía una y otra vez con el picaporte de la puerta.

—Déjalo cariño, te vas a hacer daño.

—Hemos entrado por aquí hace un momento ¿Por qué está bloqueada?

—No lo sé. Es posible que algún jardinero o alguien que tenga llaves no haya querido dar una vuelta y se ha arriesgado a salir por esa puerta— Bruno tampoco comprendía como unos pocos minutos antes se la habían encontrado abierta.

Decidieron continuar con su plan. Volvieron a la habitación de los botes y de los frascos. No permanecieron mucho tiempo en ella y regresaron al pasillo. Las voces que procedían del cuarto de las batas animaban a ponerse a cubierto. Sentados en el suelo, con una rendija de la puerta abierta, pasaron las siguientes horas esperando a que los ruidos y las voces dejaran paso a la calma. En cuanto se ponían en marcha, y sin haber recorrido aún el pasillo en forma de ele, alguien volvía a entrar en esa estancia y debían regresar una vez más a su escondite.

—Quizá sea un vestuario— sugirió Bruno.

Acurrucados, se quedaron dormidos.

—No puedo permanecer más tiempo aquí. Tengo que regresar a la sede— Ologov llevó su mano al contacto del coche, pero Miguelón fue más rápido y se apoderó de las llaves.

—Mira, estoy dispuesto a deshacerme de tu cadáver

antes de que te lleves el coche— la fría mirada con que apoyó sus palabras pareció convencer al ruso.

—En unos minutos se hará de noche. Si no salen rápido me temo que se queden encerrados— Dima no perdía de vista el lugar por el que deberían aparecer cuando les perdió.

Tenía razón.

Nora y Bruno, no lo sabían aún, pero se habían quedado encerrados en La Casa del Lago Patria. La única forma de salir de allí era por una puerta de una sola hoja situada junto a la entrada principal. Todas las demás que daban acceso al edificio desde las diferentes alas y el anexo, permanecían cerradas hasta las ocho de la mañana, hora de comienzo de visitas aunque no eran muy habituales. La noche se podía hacer larga.

Muy larga.

La oscuridad cayó sobre La Casa.

—Si nos descubren aquí nos enviarán a Siberia— exclamó asustado Pavel Ologov.

Miguelón sabía que estaba en lo cierto. Pero no podía dejar a Nora y a su marido abandonados a su suerte. Se estaban jugando el pellejo por el abuelo Sergey. No, no les iba a abandonar.

—Si me fiara de ti, te dejaría marchar.

La decisión estaba tomada. Aguardarían hasta que apareciesen o hubiera alguna señal que indicara su captura.

—Despierta cariño.

Bruno no tardó en reconocer el lugar en el que se encontraban. Con los músculos entumecidos y calados hasta los huesos debido a la humedad reinante en el pequeño túnel, se pusieron otra vez en marcha. En esta ocasión atravesaron la habitación de los frascos, recorrieron el pasillo en forma de ele y llegaron hasta la estancia de las batas blancas y azules sin el más mínimo contratiempo.

Habían acordado situarse bajo la cúpula y continuar por el ala sur hasta su intersección con el módulo especial. Una vez allí decidirían sobre la marcha. Abandonaron el cuarto que, cómo imaginaron, estaba dedicado a hacer la función de vestuario.

—Por allí— Nora señalaba la imponente cúpula.

En silencio, sin soltarse de la mano, se encaminaron pasillo arriba. Al llegar a la cúpula continuaron de frente. Según sus cálculos, al final de ese corredor, a la derecha, accederían al módulo en el que debía encontrarse el abuelo. Ologov les había dicho que estaría internado en la segunda planta, aunque si no había mostrado buena conducta le podían haber trasladado.

Le habían trasladado, sí, pero no por mal comportamiento.

Algo que Nora y Bruno iban a averiguar muy pronto.

Llegaron al cruce de ambos pasillos sin novedad. Asomaron la cabeza. Casi frente a ellos, a unos pocos pasos de distancia, unas escaleras conducían a la primera planta.

—Tenemos que subir por ahí.

Bruno asintió.

Junto al tramo de escaleras, a unos diez metros de dónde se encontraban, por el estrecho hueco de una puerta abierta salía un suave rayo de luz que apenas iluminaba el suelo en el que se posaba.

—Será el puesto de guardia— susurró Bruno.

Era el momento de regresar, esconderse en el pasillo por el que entraron a La Casa y volver a Moscú como pudieran, y de ahí a Madrid, o bien, era el momento de continuar adelante sin pensar en nada más. Bruno y Nora miraron hacia el cuarto del que partía la luz. Después, con la vista fija en ellos mismos, se preguntaron con un gesto qué hacer.

—¿Estás seguro?

Su marido asintió. Ya no había marcha atrás.

Las pulsaciones de ambos iban al máximo, sus corazones latían como si se les estuviese acabando el aire. Sin poder disimular el miedo que les atenazaba, optaron por continuar adelante.

—Ahora...

Unos pasos más y alcanzarían el hueco de escaleras.

Y de ahí a hasta la segunda planta. La del abuelo.

Sin embargo...

La puerta se abrió de repente. Tan de repente como las risas que surgieron tras ella. Risas y gritos. Una mujer cubierta con un largo camisón corría desesperada. La luz que partía del cuarto de guardia sí que contaba ahora con la adecuada intensidad para iluminar unos metros el suelo. Los suficientes para que la mujer que corría y la pareja que

avanzaba en su dirección en busca de las escaleras, lograsen evitar el inminente choque. Las prisas y el intenso miedo hicieron tropezar a la mujer con su camisón y dar con sus huesos en el suelo. Bruno y Nora se quedaron de piedra cuando vieron que se les echaba encima. Ella gritó aún más del susto.

—¡Chist!— con un dedo en los labios Nora le rogó silencio, mientras de la mano de Bruno continuaba hacia las escaleras— Por favor, no nos has visto— murmuró en ruso.

—¿Qué pasa ahí?— la voz del hombre llegó ellos antes de que el vigilante saliese de la habitación.

Aguantando la respiración subieron peldaño a peldaño sin mirar atrás. Excepto al llegar al rellano cuando Nora no pudo evitar la curiosidad y se giró.

—¿No te ibas?— preguntaba el hombre, entre risas, mientras se acercaba a la mujer caída.

En un primer intento no pudo levantarse, pero sí al segundo. Una vez en pie se remangó el camisón y corrió, perdiéndose pasillo arriba. Antes de perderla de vista, ambas mujeres cruzaron sus miradas no más de unas décimas de segundo. El tiempo suficiente para que Nora comprendiese que esa chica no les iba a delatar.

—¡Putas!— fue lo último que dijo el hombre antes de rascarse la entrepierna y volver de nuevo a su puesto guardia.

Bruno y Nora inmóviles en el rellano tomaban el aire que el susto anterior se había llevado. Una vez repuestos continuaron escaleras arriba. Al llegar al último escalón,

sentados en él y pegados a la pared, escudriñaron el corredor en penumbra. No parecía haber nadie, ningún cuarto que albergase personal de vigilancia. Nada.

Sólo silencio y penumbra...

Y una musiquilla que procedía de la planta inferior.

—Vamos— con un gesto, Nora le indicó que aún debían subir otro piso más.

Despacio, muy despacio, subieron los escalones que les llevaban a la segunda planta. El abuelo Sergey debería encontrarse en una de las veinte habitaciones de ese piso.

—¿Por dónde empezamos?— Nora miraba de izquierda a derecha.

Bruno la cogió de la mano. Comenzarían por las más cercanas a su posición. Justo a su lado había ocho puertas. Cuatro en la pared en la que estaban apoyados y otras cuatro enfrente. Se aproximaron a la primera. Conteniendo la respiración, Nora bajó el picaporte y empujó suavemente. Nada, no se movía. Apoyó el hombro en la hoja y volvió a intentarlo. Esta vez con mayor ímpetu, pero con el mismo resultado.

La puerta no cedía.

Lo intentaron con la segunda. Nada.

El mismo resultado obtuvieron con las dos siguientes. Todas parecían cerradas con llave. Llamar con los nudillos no era una opción a tener en cuenta. Intercambiaron sus miradas que transmitían un punto de decepción. Decepción para la que no tenían tiempo.

Cruzaron al otro lado del pasillo dispuestos a realizar



el mismo ritual. Manos sobre el picaporte deslizándolo con suavidad y empujar con el hombro. La sorpresa al ceder la puerta casi le lleva a Nora a perder el equilibrio. Lentamente fue empujando la hoja mientras introducía la cabeza por la apertura. Al menos la puerta parecía silenciosa. La ventana de la habitación permitía el paso de luz exterior. Ni una cortina, nada la cubría. La pareja, a paso lento se introdujo en el interior.

Nora llevó instintivamente su mano a la nariz y se detuvo.

Un fuerte hedor a heces, orina y a sudor llegó hasta ellos. A la izquierda un bulto parecido a una cama. Sería más correcto describirlo como un estrecho colchón en el suelo, con una persona tumbada sobre él. Nora señaló el lugar.

A los pies del colchón, Bruno y su mujer observaban los rasgos del hombre. Con una ligera elevación de cejas, le preguntó a Nora si se trataba del abuelo. Negó con la cabeza.

—Entonces vámonos...— siseó Bruno encaminándose hacia la puerta.

Al llegar a ella se dio cuenta que su mujer no le seguía. Regresó.

—Nora....

Se quedó mirándola, estaba en cuclillas inclinada sobre el maloliente colchón. El hombre mayor tumbado de lado tenía las rodillas recogidas hasta el pecho. Parecía dormido. Nora puso su mano sobre el hombro del anciano.

—No tenga miedo— dijo en ruso.

El hombre abrió los ojos. Un profundo miedo se apoderó de su rostro. Hundió la cabeza entre sus manos.

—No...no...

Nora miró a Bruno con los ojos cargados.

“¿Mi mujer está llorando?”

—¿Valentin? Soy yo, Nora. La nieta de Sergey ¿Me recuerdas? ¿Valentin?

El hombre sacó la cabeza de entre sus manos y miró a la joven mujer que estaba sentada en el suelo, junto a él. Enfocó la mirada todo lo que sus cansados ojos le permitían. Su mente empezó a desempolvar viejos recuerdos, viejas imágenes. Parques, niños, amigos, Sergey, Igor. El miedo desapareció de sus ojos. En su lugar un esbozo de sonrisa se apoderó de su cara.

—¿Pequeña Nora? ¿Eres tú?— su voz apenas un susurro.

¿Cómo no recordar a la pequeña Nora? En los paseos del abuelo con sus nietos destacaba por su alegría. Siempre riendo, corriendo. Subida en las piernas de cualquiera de los tres hombres. Valentin, Igor y el propio Sergey, no podían disimular lo bien que les sentaban las caminatas con la niña. Apenas compartieron los primeros años de su estancia en Moscú, pero fue suficiente para no borrarla de sus vagos recuerdos. Luego, alguna vez a escondidas mientras Tanya la cuidaba. Después, ya nada volvió a ser igual.

Sonia Vardiola se ocupó de ello.

—Si, Valentin. Soy yo, la pequeña Nora...

—Pequeña... ¿Qué haces en este lugar?

No sin esfuerzo logró incorporarse en el colchón. Ese simple gesto le obligó a mantenerse en silencio mientras sus pulmones se llenaban de nuevo. Sin embargo, no era eso lo que más le costaba. Ponerse en pie requería una energía de la que casi no disponía. Para conseguirlo o al menos intentarlo, primero avanzaba a gatas hasta una esquina. Después, se ponía de rodillas. Con las manos en ambas paredes iba subiendo, como pudiera. Sabía que contaba con un par de intentos. Los que sus pulmones y sus viejos músculos se podían permitir.

Llevaba tumbado por los menos tres días. Los mismos que nadie pasaba por allí para llevarle al baño.

—¡Sólo quiero mear, joder!— gritaba entre sollozos cuando oía pasos por el pasillo.

Podía reconocer quién andaba fuera a través del sonido que emitían sus zapatos, de la frecuencia e intensidad del taconeo. Por eso se asustó mucho cuando oyó que alguien diferente, alguien nuevo, andaba de noche frente a su puerta. Eran dos personas.

—Busco a mi abuelo. No sabía que también estabas tú aquí. Ven, déjanos echarte una mano— entre los dos le ayudaron a levantarse.

—Tu abuelo...Sergey...—murmuró— ¡Hijos de puta!

—¿Sabes dónde está?

El tono de ansiedad de la pequeña Nora le llegaba al corazón, le entristecía enormemente. Tanto o más como le entristecería a ella la respuesta que iba a darle.

—A tu abuelo... lo mataron. ¡Cabrones!

Los ojos de Nora se cargaron de lágrimas. Valentin llevaba razón. La noticia le había entristecido. Mucho. Su madre no había permitido que la relación durase lo que a ella le hubiese gustado, no quería que se encariñase del abuelo, ni de sus amigos. Llegó tarde. La pequeña Nora guarda un recuerdo tan feliz, tan grabado en su cabeza que ni su madre ni nadie podrían borrarlo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? Hace mucho, pequeña. Aquí el tiempo pasa y no pasa. Cada día es igual que el anterior. Lo único que cambia es nuestra salud. Nos estamos muriendo, Nora. Aunque no tan rápido como nos gustaría.

—¿Nos?

—Sí. El viejo Igor también está aquí.

Así le llamaban a pesar de que era el más pequeño de los tres. Siempre le dolía aquí o allí. Fue él quien le cambió el nombre al abuelo de Nora, unos pocos días después de conocerse.

—Olvídate de Sergio. Tú aquí desde hoy serás Sergey.

A su querida Masha no le hizo gracia, pero le pareció correcto el cambio.

—Si yo me hubiese ido a España contigo, mi nombre hubiese cambiado a María ¿no?

Sergio. Sergey desde ese momento, asintió.

—Pues no hay más que hablar —convino abrazada a él  
— Sergey.

Nora se había tomado unos minutos para llorar, para

desahogarse. No pudo despedirse del abuelo cuando se marcharon a Italia y tampoco había podido hacerlo ahora. Llegó demasiado tarde. Desde que decidió buscarle no había dejado de imaginar el reencuentro, ni de recrearse en la expresión de su cara cuando la viera.

—Perdona, Valentin— murmuró sorbiendo la nariz.

—Llora pequeña, llora todo lo que puedas. Yo ya he llorado todo lo que he podido. No lo hago contigo por que ya no me quedan lágrimas para acompañarte.

—¿Sabes dónde está Igor?

El anciano tardó unos segundos en contestar. Con la mirada perdida en algún punto más allá del suelo, intentaba localizar la respuesta correcta a la sencilla pregunta que le había hecho la pequeña Nora.

No la encontró.

—Al principio salíamos a andar. No querían que nuestros cuerpos perdieran su energía. Pensaban que podíamos serles útiles si recapacitábamos.

“Hasta que recapacites hija”

Nora nunca olvidaría esas palabras.

—Más tarde —continuó Valentin— cuando mataron a Sergey poco a poco fueron desentendiéndose de nosotros. Ahora esperan que nos muramos de una maldita vez. No puedo estar más de acuerdo con ellos. Hace mucho que no veo al viejo Igor. Demasiado, pequeña, demasiado.

—Lo que no entiendo es por qué mi madre no me ha dicho que el abuelo murió.

—¿Por qué iba a decírtelo? Nunca te confesó que lo

había encerrado aquí, ¿verdad?— intervino Bruno.

Hablaban en susurros, tono que a Valentin le costaba seguir la conversación.

—No me lo dijo, pero recuerdo que me habló de que le habían dado una lección. Estoy convencida que por hacerme sufrir, me hubiera dicho que había muerto si...

—...si se hubiese enterado... —fue Valentin el que terminó la frase—...el director recibe una buena cantidad de dinero por cada uno de nosotros, en orden a una vieja ley...— apenas le quedaban fuerzas para hablar—...por ello no comunica los fallecimientos. Cuando disminuye el número de presos llega otra remesa para que haya gente en las habitaciones y seguir cobrando...

—Pero al abuelo lo mataron.

—Ayúdame a sentarme, tanto tiempo de pie me agota.

Nora y Bruno se miraron. No habían transcurrido ni diez minutos desde que le ayudaron a incorporarse. Valentin continuó hablando sentado en el colchón, con la espalda apoyada en la pared.

—Sí. A tu abuelo no había quién le dijera lo que tenía que hacer. La muerte de sus nietos, la de su querida Masha y no saber de ti le cambió la vida...— calló unos instantes y continuó—: ...hasta tal punto que todo dejó de importarle. Incluso su propia existencia.

—Vosotros estáis aquí por seguirle en su locura— intervino Bruno.

—Lo hicimos convencidos, hijo. La causa de Sergey era

la nuestra. Nuestra locura, como tú bien dices. Volveríamos a repetir cada acción, cada revuelta, cada asalto...—los ojos de Valentin se recubrieron de un velo de añoranza, de felicidad por los viejos tiempos. Su cara dibujó una suave sonrisa.

—Tenemos que sacarte de aquí y buscar a Igor. Regresaremos a España con vosotros ¿Verdad Bruno?— Nora, con los ojos cubiertos de lágrimas se había girado buscando la mirada de su marido.

Sabía lo absurdo que resultaban sus palabras en cuanto salieron de su boca, pero no se le ocurría otra forma de poner un rayo de esperanza en el amigo de su abuelo.

—¿Qué te parece, Valentin? ¿Te vienes con nosotros?— Nora puso su mano sobre la del amigo de su abuelo.

—Valentin...

El anciano permanecía con sus ojos recordando y la suave sonrisa marcada en el rostro. Sin mirar a ningún lado. Sin reírse de nada.

—Valentin...— agarrada a su antebrazo, Nora lo agitaba ligeramente— Valentin, no...

—Ha muerto, cielo.

Bruno cogió unas hojas que había en el suelo. Parecían haberse caído de una chapa metálica situada a los pies de la cama. En la parte superior había unas pequeñas muescas por las que deslizó la yema de su dedo, sin saber por qué, mientras observaba a su mujer entristecida, pendiente de Valentin.

—Ven, levanta— le acercó el papel que tenía entre sus manos— ¿Sabes qué dice aquí?

Nora echó una ojeada sin mucho interés. Lo poco que leyó le hizo cambiar las lágrimas de pena por la muerte de su amigo por otras de rabia.

De profunda rabia.

—Dice que la extrema locura del paciente recomienda una subida de la dosis. Valentin no estaba loco. Era un hombre alegre, que amaba la vida. Como el abuelo, como Igor...

—Lo sé, pero tenemos que irnos— musitó Bruno cogiéndola de la mano y dejando caer las hojas al suelo.

—¡Cuánto lo siento! ¡Pobre Nora!— Antonia secaba con un pañuelo las lágrimas de sus ojos— lo que ha tenido que sufrir la pobre.

—¿Cómo salisteis de La Casa del Lago?

—Verás, Lenita— me costaba continuar con el relato. Recordar la muerte de Valentin y el dolor de Nora me entristeció muchísimo— No fue difícil. Dejamos a Valentin tumbado en el colchón y salimos al pasillo. No tuvimos problemas para bajar los dos pisos, abandonar el módulo especial, llegar hasta el ala sur y...

—¿No se abrían las puertas hasta las ocho de la mañana, verdad?

—Así es, hermana. En el único lugar dónde había gente toda la noche era en la recepción, pasada la cúpula hacia la entrada principal. Justo donde Ologov nos dijo que



estaba esa puerta que os comenté.

—¿Salisteis por ahí?

Asentí.

—Antes tuvimos que esperar a que las dos enfermeras que entraban y salían de la recepción permaneciesen un rato dentro. Serían las cinco de la mañana cuando llegó alguien que entró por esa puerta, se aproximó a la recepción y se perdió en el interior con las dos enfermeras.

—¿Con las dos...?

—Sí, Antonia, las dos— no pude evitar dedicarle una sonrisa— esa era nuestra oportunidad y no la íbamos a desaprovechar.

—No sé qué te extraña, Antonia. Algo tendrían que hablar los tres. Un cambio de turno o así— señaló Candela, mi madre.

Posiblemente llevase razón.

—¿Os esperaban fuera o tuvisteis que volver andando?

—Nada más salir no les vimos, el coche no se encontraba dónde recordábamos. Creímos que por algún motivo se habrían tenido que ir de La Casa. Decidimos volver andando, ya no teníamos prisa, todo había terminado. Pero cuando nos dirigíamos hacia el camino cubierto de árboles, vimos a Dima de pie, nos hacía señas junto al coche.

—La noticia de la muerte del abuelo debió ser horrible para ellos.

—Sobre todo para Dima, Lenita. Aún guardaba alguna esperanza de encontrar a su suegro con vida. No fue fácil decírselo más tarde a Tanya. Pero... —me quedé pensativo

unos instantes, quizá fuese éste el punto al que quería llegar mi padre.

—¿Qué sucede, Bruno?

Miré a mi amigo con su vaso de whisky en la mano sin dejar de moverlo dibujando pequeños círculos. Era muy típico en él observar los hielos como giraban y giraban, podría parecer ausente pero significaba todo lo contrario; concentración.

—Pensaba que es posible que en este punto de nuestro viaje de novios se encuentre la respuesta a tu pregunta, papá. El motivo de contar esta historia era para ver si dábamos con algo que mi suegra no supiera antes de reuniros con ella en casa de Josefina ¿Verdad?

—Así es, hijo. Pero ya nos has dicho que Sonia desconocía ese viaje vuestro.

Me puse de pie, encendí un pitillo. Rodeé mi butaca orejera, con los codos apoyados sobre el respaldo, continué:

—Sí, sí. Pero había algo más que ella desconocía y que no hemos contado a nadie por la amenaza de mi suegra a las familias de Sergey y de Miguelón.

Podía sentir desde mi posición detrás de la butaca, el interés que despertaba en todos lo que iba a decirles. Si yo estaba en lo cierto podíamos tener un as en la manga, aunque en esos momentos desconocía como utilizarlo.

—Lo que Sonia ignoraba, a parte de nuestro viaje de novios a Moscú, era que el abuelo había fallecido. Cree que sigue encerrado allí.

—¿Tantos años después?— preguntó Lenita.

—Bueno, esa es una carta que podemos jugar — intervino mi padre— Tampoco ha pasado tanto tiempo, seis años ¿no? Sergey no era tan mayor. ¿Qué edad podría tener ahora? ¿Setenta y cinco años?

—Como mucho— convine— apostaría a que alguno menos.

—Esa es nuestra baza. Al enseñarle la carta a Sonia debemos hacerle creer que el abuelo sigue vivo. Hemos averiguado que ella es la responsable de su encierro en La Casa del Lago. En definitiva que sabemos quién es.

Lo cierto era que en esos momentos desconocíamos quién era en realidad Sonia Vardiola. Pensábamos que su poder radicaba en sus contactos, importantes influencias dentro del Partido Comunista. No sabíamos de lo que podía ser capaz si se sentía acorralada.

Muy a nuestro pesar, la acorralamos.

—¿Y si ha vuelto por ese lugar? Quizá sepa que ha muerto, como su amigo Valentin.

—Es posible hija, es posible. En tal caso daremos por terminada la reunión y volveremos a empezar.

—Coincido con John, Bruno. Debemos jugar esa carta, es nuestro farol. Si nos lo ven, como dice Antonia, habremos perdido. No tenemos otro hilo del que tirar.

Si Pepo y mi padre pensaban así, sólo me quedaba estar de su parte. No habían sido pocas las ocasiones en que guiados por su instinto, habíamos conseguidos excelentes resultados. Muchos clientes podrían dar fe de ello. Como bien apunta mi amigo, no tenemos otro hilo del que tirar. No

obstante, no quiero que la ansiedad se adueñe de mis decisiones. No debo dejarme llevar por ella. Nora no me lo hubiera permitido.

El viaje de novios me sirvió, aunque ya estaba profundamente convencido, de lo acertado de mi elección al casarme con ella. Coincido con Lenita cuando dijo que su prima era un tanto especial, que no transmitía confianza. Esta sensación me invadió en cuanto le dije que abandonábamos Salamanca y regresábamos a Madrid, hace ya una eternidad. No logré quitármela de encima hasta unos meses después de nuestro compromiso oficial. Reconozco que a pesar de sentirme enamorado de ella aún albergaba dudas. Sus visitas al despacho con su madre, los casos que aportaba para que defendiera. La actitud de mi suegra, su mirada, ¿por qué no decirlo? no me gustaba, en absoluto, aunque en esos momentos no hubiera podía argumentar algo creíble que apoyara mis impresiones.

Sí, el viaje de novios me mostró a mi mujer en todo su esplendor. Valentía, principios, generosidad, empatía, inteligencia, seguridad en sí misma. Si además uno a este cóctel lo evidente, como es su belleza y feminidad, obtengo la mujer de mis sueños.

Me cuesta un enorme esfuerzo no perder la calma desde que en la noche de ayer recibí ese sobre con la carta dentro. Mi experiencia en la cárcel tendrá mucho que ver en ello. Allí, sin unas generosas dosis de paciencia te vuelves loco.

Paciencia...

Sé que no me sobra en estos momentos. Por eso me anima que mi padre y Pepo hayan llegado a la misma conclusión que yo. El abuelo Sergey desde la tumba nos ofrece un hilo del que tirar. Una baza a seguir.

¿Una baza ganadora?

Para ello debemos jugar bien la partida y hacer creer a mi suegra que llevamos todos los ases. Al menos la mayoría de ellos.

—¿Sabéis? Nora se hacía la misma pregunta. Llegó a la conclusión de que si su madre hubiese tenido conocimiento del fallecimiento de Sergey, se lo habría comentado aunque sólo fuera por verla sufrir. Lo único que desconocemos es si desde que desaparecieron mi mujer y mi hija, Sonia ha sido, o no, informada de la muerte del abuelo.

Nadie hizo ningún comentario acerca de Teresa, temían que su recuerdo me hiciera aún más vulnerable. Se lo agradezco. Me valía yo mismo para acordarme de ella cada minuto del día, como me acuerdo de Nora. Ahora debo concentrarme en seguir el hilo de la carta. Mi única pista. Mi única esperanza. Algo me dice que están vivas.

Lo presiento.

—¿Crees que el tal Ologov no avisó a Sonia?

—Si lo hizo no lo sabemos. Es posible que las amenazas de Miguelón, cuando le aseguró que sabía donde encontrarle, le hubiesen convencido de que estarse callado era lo más conveniente para él. Además ¿Cómo crees que reaccionaría mi suegra si se entera de que este hombre nos

ha llevado hasta La Casa del Lago?

Pepo se quedó pensando las posibles consecuencias de la pregunta que había lanzado. La respuesta seguramente iría directamente relacionada con la salud de Ologov.

—En el viaje de regreso, Nora y yo nos planteamos esa posibilidad. No ya que hubiese avisado a Sonia de nuestra visita, sino que de alguna manera hubiera tergiversado los hechos, limitándose a informarle de nuestra presencia en Moscú y su disposición a seguirnos.

—Si ese hombre ha actuado como apuntas, Bruno, lo sabremos en cuanto hablemos con tu suegra y nos juguemos la baza del abuelo. Bastará con que crea que hemos hablado con Sergey y que está dispuesto a desenmascararla ante las autoridades españolas. Yo, como secretario del Gobernador General de Madrid, llevaré el asunto hasta el propio ministro.

—Confiemos en que se lo crea— expuse no muy convencido.

Habíamos decidido que Josefina ofreciera una merienda mañana por la tarde en su casa. A ella estarían invitados mi familia y el marido de Lenita, mi querido amigo Pepo. Sabíamos que Sonia rechazaría mi presencia. Me acusaba, esa era su actitud pública, del asesinato de su hija y de su nieta. Nunca se refería a ellas como mi mujer y mi hija. Eso, y no otra cosa, eran para mí.

En cuanto me quedé a solas, tras insistir a mi querida hermana que se marchase a su casa, que Jesús la estaría esperando, cerré los ojos. Mi cabeza reproducía

insistentemente una frase. Casi desde el mismo instante en que Pepo hizo la pregunta:

*"¿Crees que el tal Ologov no avisó a Sonia?"*

Si había sido más listo que nosotros, la merienda de mañana podría ser una encerrona. Vendría con su último marido, Nino Broccenti. Su conducta había sufrido cambios drásticos desde que se casó con ese hombre. No exactamente, fue cuando decidí que se habían terminado las constantes visitas a mi despacho, alegando que necesitaba concentrarme en mi trabajo, cuando dejó de disimular su odio hacia mi persona. Nora insistía en que sería mejor que no sospechase que, desde nuestro viaje a Moscú, yo conocía su vinculación con el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Un hecho era evidente. La policía durante sus interminables interrogatorios me preguntó una y otra vez sobre nuestro viaje de novios. Estuvieron interesados en saber cuáles fueron los motivos de ese viaje, así como los que realizó mi suegra. ¿Sería ella la que informó a la policía? Si fuese así, querría decir que disponía de más información de la que yo sospechaba. ¿Cómo sabían de sus visitas a Rusia, si nunca se trataba de un viaje directo, siempre con dos escalas? No me extrañaría nada que Sonia hubiese sido capaz de confesarlo con cualquier excusa con tal de ayudar a la policía a sospechar, más aún, de mí. ¿Si no fuese así?

¿Ologov?

—Mira, ahí van— Dima, con el brazo extendido, indicaba el lugar en el que se encontraban Bruno y Nora. Corrían de la mano, hacia el camino que llevaba a La Casa.

Dima abrió la puerta el coche. Lo rodeó y, con los brazos en alto hacía señas a sus amigos. Al verle, la pareja le imitó. Querían que se acercara a ellos.

—¿Qué os ha pasado? Nos teníais muy preocupados

—Traemos malas noticias. Tu suegro ha muerto y Valentin también. Creemos que Igor habrá corrido la misma suerte —Bruno parecía extrañamente frío— Sé lo que estarás pasando, Dima, pero Ologov no debe enterarse.

Ante la cara de extrañeza del yerno de Sergey, Nora continuó.

—Según Valentin, mi madre desconoce el fallecimiento del abuelo. Quizá no tenga importancia pero no me gustaría que el ruso le diera la noticia. ¿De acuerdo?

Dima asintió mientras se esforzaba por no echarse sobre el hombro de Bruno y romper a llorar. Se encaminaron de nuevo hacia el coche donde Miguelón, con medio cuerpo fuera de la ventana, les observaba. Al llegar junto a él Bruno le hizo un gesto para indicarle que luego hablarían. Una vez dentro del coche pusieron rumbo a Moscú.

“Demasiado silencio”

Ologov husmeaba por el espejo retrovisor los rostros de los recién llegados buscando algún tipo de información en sus expresiones. Durante los siguientes diez minutos nadie abrió la boca. Le resultaba muy extraño que nadie comentase nada



de lo que había sucedido esa noche en el interior de La Casa.

Fue Bruno el que rompió el silencio.

—Va a ser muy complicado sacar al abuelo de allí. Cómo decía él —señaló levantando levemente la barbilla hacia el conductor— hay vigilancia. De día, imposible y de noche está todo cerrado.

—¿Le habéis visto?— preguntó Miguelón vuelto hacia atrás.

—Le vimos pasar con otros más antes de que nos echaran. Hemos dicho que éramos turistas y nos han obligado a irnos, pero nos escondimos.

—Sin darnos cuenta empezaron a bloquear las salidas — continuó Nora con el engaño..

—Hasta que no lo hemos visto seguro no nos hemos atrevido a salir.

—Ya les dije que era una locura plantearse el sacar a nadie de este lugar, ni de cualquier otro bajo la protección del estado— apuntó el conductor deduciendo por los gestos de todos ellos que no habían podido sacar a Sergey.

—¡Cállate y conduce!— Miguelón acompañó la orden con un puñetazo en el hombro de Ologov.

De la boca del ruso no salió ni una palabra más. Ni al detenerse a unas pocas manzanas del hotel, donde se bajaron todos del coche. No le gustaba la actitud de ninguno de ellos. Actuaban como si les debiese algo. Estaba cansado de que la gente le tratara con amenazas.

Desde el mismo instante en que le dejaron a solas algo semejante a un plan rondaba su cabeza. El día que le habían

hecho pasar no podía terminar así, sin más. Como si fuese un simple chófer.

Al regresar a la NKVD posiblemente tendría que dar explicaciones. ¿Qué iba a decir? ¿Qué la hija de la camarada Vardiola le había amenazado con hablar con su madre? ¿O que haría pública su condición de homosexual si no colaboraba y por ello les llevó hasta La Casa del Lago?

En la mente de Pavel Ologov comenzaba a tomar forma la idea de ponerse en contacto con su jefa. Podría hacerle creer que su hija y un hombre le habían visitado con el objetivo de obtener información acerca de Sergey Volkov y que, lógicamente, se había negado a dársela.

Tras pasar el control de seguridad dejó el coche aparcado en una plaza para uso exclusivo de oficiales y subió a la planta en la que trabajaba sin dejar de dar vueltas al asunto.

No sólo se había negado a darles información, sino que además siguió a Nora y a ese al que llamaban Bruno hasta un hotel. Mientras vigilaba vio llegar a unos individuos que se correspondían con la descripción de la familia y amigos del viejo alborotador.

“Me condecorarán, seguro”

En el rostro del ruso se dibujó una mal disimulada sonrisa mientras recorría los últimos metros que le separaban de su mesa. No había tiempo que perder. Descolgó el teléfono y pidió comunicación urgente con la camarada Sonia Vardiola a su teléfono de Madrid.

—No son las ocho de la mañana en España, camarada.

—Le ordeno que me ponga en contacto iahora mismo!  
— nada como dar órdenes.

Toda la vida recibíéndolas de unos y de otros, en cuanto contaba con la más mínima posibilidad de imponer su rango, no lo dudaba. El único requisito era que se tratase de una persona ajena a su departamento. En él, Ologov era un hombre introvertido, que vivía para su trabajo. No le importaba ninguna otra cosa.

Nada más lejos de la realidad.

—Confío que sea importante el motivo de su llamada, camarada Ologov.

Antes de contestar, Pavel hizo el intento de tragar saliva en un par de ocasiones, pero tenía la garganta seca. Muy seca.

—Su hija se encuentra aquí en Moscú en compañía de un hombre llamado Bruno y...

—¿Mi hija? ¿Está usted seguro?

—Sí, camarada, no hay duda al respecto. Vino a mi casa.

Sonia guardó silencio unos larguísimos segundos.

—¿Cómo sabe que se trata de ella?

Ologov compartió la historia que tenía preparada para la ocasión. No le resultó tan sencilla y convincente como cuando la elaboraba para él. Las preguntas de Sonia le hacían sentirse incómodo.

Incómodo e inseguro.

—¿Cómo llegó a su casa, camarada?

—Se acordaba de aquel lamentable episodio de su

secuestro por parte del camarada general Nývitsiov y...

—Le recuerdo que usted también tomó parte en lo que tiene la osadía de definir como lamentable episodio. ¡No lo olvide, jamás! —esta última palabra la soltó con rabia. Rabia que no pasó desapercibida para el ruso.

—No, no, camarada, no lo olvido —soltó a trompicones — me limitaba a responder a su pregunta.

—¿Qué querían de usted?

—Información sobre Sergey Volkov. Si aún vivía y dónde se encontraba. Evidentemente negué cualquier conocimiento al respecto.

—¿Sigue vivo?

—Sí, parece que el abuelo es duro de pelar.

El nerviosismo en ocasiones le hacía soltar algún chiste para hacerse el simpático. Algo que sabía por propia experiencia que no funcionaba con Sonia. La culpa la tenía la pregunta que le acababa de hacer. Volkov continuaba con vida, la propia hija de Vardiola le había visto esta madrugada. No tenía sentido que mintiese

“¿No?”

Además, había ordenado al director de La Casa del Lago Patria que le avisara en cuanto falleciese, por orden explícita de la camarada Vardiola. Claro que debería estar vivo, pero en su fuero interno algo le hacía dudar.

Sonia apuró su segunda taza de café de la mañana antes de continuar. Tomaba notas en una hoja.

—¿Qué sucedió después?

—Se marcharon desesperados porque yo no tenía

información que darles. Bajé tras ellos.

“¿Desesperados?”

Sonia no daba crédito a las palabras de su hombre. Tenía a Bruno por un buen abogado y su hija no tenía secretos para ella, sabía cómo actuaba en cada circunstancia. No obstante, se había ocupado personalmente de su formación. Estaba orgullosa de su trabajo a pesar de que la desagradecida de Nora no supiera reconocerlo. No veía en Ologov a la persona que pudiera desesperar a Bruno y a su hija.

“¿Será capaz de estar mintiéndome?”

—Continúe.

La conversación no transcurría por los derroteros que Ologov pensaba.

“¿Por qué tantas preguntas?”

Estaba convencido que debería haber sido más suficiente con saber que su hija se encontraba en Moscú, buscando a su abuelo, para haber sido felicitado efusivamente por su trabajo.

“Algo no marcha bien”

—Hace unos minutos estaban reunidos frente al hotel Imperial junto con familiares y amigos de Volkov— expuso lo más convencido que pudo.

—Y dígame, camarada Ologov ¿Qué asuntos le traían a tan temprana hora por ese lugar?

La pregunta dejó al hombre de la NKVD en estado de shock. Nada salía de su boca. Lo que era aún peor, su mente se había bloqueado por completo. Debía reaccionar cuanto

antes.

—Camarada Ologov ¿está ahí?— en el tono de Sonia se apreciaba, sin lugar a dudas, que estaba perdiendo la paciencia.

—¡Por favor, déjenme hablar! ¿No ve qué estoy ocupado? Disculpe camarada Vardiola, me insistían en firmar unos documentos y no me dejaban...

—¿Debo repetir la pregunta?

Nadie había junto al ruso. Se trataba de un absurdo intento para conseguir unos segundos antes de responder. Se maldecía por su brillante idea de la que esperaba obtener una condecoración.

“Imbécil. A ver como salgo de esta ahora”

—He pasado la noche de guardia, camarada.

—Quiero que me haga un informe de cada movimiento suyo, desde que supo que mi hija se encontraba en Moscú y con quién se ha reunido. Quiero saber cuál ha sido el procedimiento que usted ha seguido, por si hubiera que felicitarle por ello.

Estas eran las palabras que Ologov quería oír.

—Lo tendrá cuanto antes, camarada Vardiola.

—Hable con el camarada de guardia. ¡Quiero que detengan a todos los que se encuentren con mi hija, en este preciso momento! Que sea trasladada, junto con Bruno, a la sede y los demás al calabozo ¡¿Me ha entendido?! Avíseme cuando esté todo controlado.

Colgó.

Las reacciones a ambos lados de la línea telefónica

fueron bien distintas.

Ologov suspiraba y no podía evitar que su rostro esbozara una suave sonrisa. Había estado cerca de meter la pata hasta el fondo y de que lo detuvieran por falsear los hechos. Ahora disponía de tiempo para escribir con calma una historia convincente.

“A ver si soy capaz”

Pero antes tenía que terminar el trabajo.

Sonia se debatía entre deshacerse de su más antiguo hombre en la NKVD, al que consideraba ya quemado, o idear un plan que podía suponer un definitivo empujón en su carrera. Para encargarse de Ologov aún tenía tiempo. Para trazar las líneas maestras del plan, le sobraba. Imaginar a Bruno detenido en los calabozos de la NKVD le hacía incluso sonreír. Ahora sí que podría convencerle para que trabajase para ella.

“Si Nora me hubiera salido como yo esperaba...”

Era consciente de que el paso de los años iba alejando a su hija de su lado, de sus creencias. Cada año un poco más. Todo aquello por lo que había luchado, lo que le había enseñado, no había servido para nada. Su mejor proyecto se tambaleaba. El culpable tenía nombre y apellidos: Bruno Hayward.

—¡He dicho de inmediato! ¡Si tiene alguna duda llame a la camarada capitán Vardiola a Madrid! Yo me lo pensaré antes de hacerlo.

—En cinco minutos estaremos listos.

—Me uniré a ustedes.

Pavel Ologov colgó el teléfono satisfecho. Era la primera vez que tomaba parte en una detención de este tipo. En anteriores ocasiones fue Sonia la que había tomado el mando recibiendo órdenes del propio Zasliev. A él le reservaba para asuntos relacionados con la gestión, administración y recopilación de datos con un objetivo concreto; descubrir posibles traidores a la revolución dentro del Partido, en general, y de la NKVD, en particular.

Sin embargo, hoy era diferente.

Henchido de orgullo bajaba hasta el sótano, lugar del que partiría el grupo especial. Al llegar se hinchó como un palomo en celo; le estaban esperando. No se habían cumplido los cinco minutos y ya le aguardaban preparados para recibir órdenes.

“Mis órdenes...”

Aún no se cumplía una hora y media desde que Ologov dejó en el hotel Imperial a Nora y los demás. Confiado en que aún se encontrarían en el interior observaba feliz junto a su vehículo el despliegue del grupo especial rodeando el edificio. Fuera no había nadie, los cogerían en sus habitaciones.

“Seguro”

No quería perderse la cara de miedo, de terror, que tendrían cuando le viesen. Sobre todo el que le había partido el dedo: Miguelón.

Y eso que les había avisado más de una vez dónde se estaban metiendo. “Ellos se lo han



buscado”

Ologov esperaba satisfecho la salida de los soldados custodiando a los detenidos.

—Debemos darnos prisa— Bruno agarró a Nora de la mano— Recoger las cosas e irnos.

Subieron a la habitación metieron todo en las maletas como pudieron y bajaron en unos pocos minutos. Fuera les esperaban Miguelón y Dima. Ante la incertidumbre que a todos ellos les generaba las intenciones de Ologov y que se decantase por no guardar silencio, idearon un sencillo plan que esperaba les diese el tiempo necesario para llegar al aeropuerto y partir rumbo a París dónde harían escala.

—¿Cómo qué no están?!— Ologov mirada indignado al teniente responsable del grupo— Me tendré que encargar yo personalmente.

Actuar en nombre de la camarada Vardiola, por tanto del camarada General Zasliev, le daba una autoridad que no iba a desaprovechar.

—¿Dónde han ido?!— en ese momento era el jefe de la recepción el destinatario del enfado del ruso.

Sabía, que en el fondo, sus gritos pretendían esconder el pánico que le producía imaginar que fracasaba.

—Le dijimos a sus compañeros que habían abandonado el hotel— el encargado de la recepción señaló a una mujer rubia en torno a los treinta y cinco años que hacía visibles esfuerzo por no llorar.

—Me pidieron horarios y salidas— logró decir mientras mostraba una hoja en la mano.

—¡¿Horarios de qué?!— sin esperar respuesta arrancó la hoja de la mano de la asustada recepcionista y leyó las notas que había en el papel— ¡Han ido a la estación de tren de Leningradsky!

—¿Qué destino, señor?— se interesó el teniente.

—Helsinki.

La sonrisa había desaparecido por completo de la cara de Ologov. En su lugar, un rictus que no podía esconder la preocupación que le embargaba. En cuanto llegaron a la estación tomaron los puntos clave desde los cuales dominar a quien accediera al tren con destino a Helsinki. Faltaba menos de una hora para que partiese.

—Señor, aquí no están.

—¡Tienen que estar! ¡Tienen que estar escondidos en algún sitio! ¡Miren baños, accesos! ¡Todo!— la preocupación en Ologov se había transformado en un sudor helado.

—Ya lo hemos inspeccionado todo. Si me permite, camarada, yo iría al aeropuerto.

—¿Entonces, para qué iban a consultar los horarios de trenes y destinos? ¿Se le ocurre alguna explicación?

—Para despistarnos, camarada.

—Imposible, no sabían que vendríamos tras ellos. No sospechaban nada de mis intenciones.

“¿O sí?”

Pavel Ologov permaneció en la estación, junto con el grupo especial, hasta que el tren vigilado partió rumbo a

Helsinki. Revisaron cada vagón, cada departamento, de arriba abajo, sin éxito.

—Todo revisado. No están aquí, camarada.

—Tienen que estar si no yo...—murmuraba para sí abatido.

En el grupo especial flotaba la sensación de fracaso. Lo que implicaba que alguien debería pagar por ello. Las miradas que dirigían al hombre de la NKVD lo decían todo.

—¿Camarada? ¿Vamos al aeropuerto?

—¿Por qué me lo pregunta? ¡Estoy esperando a que de la orden y nos pongamos en camino!— la actitud de Ologov obedecía a lo que había observado durante sus años en la organización. Antes que morir humillado hay que hacer lo posible por desviar las culpas, sea en la dirección que sea. Sentirse ofendido a veces funcionaba.

A veces.

*“Llamada a los pasajeros con destino París”*

—¡Vamos! Debemos darnos prisa, Bruno. Nos están llamando— Nora traducía el mensaje que acababa de escuchar por la megafonía.

—¡Por fin!

Con una maleta en cada mano la pareja caminaba a paso rápido por los pasillos del aeropuerto de Moscú-Vnúkovo.

Miraban de un lado a otro temiendo que les fueran a dar caza en el último suspiro. Desconocían si estaban siendo perseguidos, pero actuaban cómo si les pisaran los talones.

Los diez kilómetros que les separaban del centro de la ciudad habían sido los más largos de su vida. Les había costado una buena cantidad de dinero conseguir el transporte más rápido. Sobornar al director del hotel no fue fácil. La primera dificultad fue convencerle que no eran gente peligrosa, ni eran buscados por haber hecho nada digno de ser castigado.

Fue Dima el encargado de exponer su historia al director. Todos los moscovitas tenían algún amigo, marido, mujer, hijos, hermanos o conocidos que desaparecieron o fueron torturados sin motivos excepto por el consabido argumento de antirrevolucionario. La historia de Dima, la de sus hijos muertos en la manifestación, el encierro de su suegro en La Casa del Lago Patria junto con los amigos de éste, más el argumento irrefutable de la cantidad de rublos prometidos, hicieron posible que el director les dejara un coche que el yerno de Sergey se encargó de conducir.

Lo siguiente era hacer un buen papel como actores y convencer al encargado de la recepción de su partida rumbo a la estación de tren de Leningradsky con destino a Helsinki. El director del hotel debía permanecer al margen.

—¿Ha embarcado ya esta pasajera?— Pavel Ologov mostraba una hoja con el nombre de Nora Vardiola.

—¿Sabe dónde se dirigía, camarada?

—¡No! No lo sé. ¡Dese prisa! Iba acompañada de un hombre que se llama Bruno, desconozco el apellido.

“¿Por qué no se lo habré preguntado a la camarada Vardiola?”

—Un momento, por favor.

—Han tenido que salir durante la última hora. Si no han partido deben andar por aquí— dijo mirando nerviosamente de un lado a otro.

El grupo especial revisaba a todas las parejas con aspecto de extranjeros que encontraba en el aeropuerto. Entraron en los baños y abrieron cada puerta cerrada que veían.

—Acaban de embarcar con destino a París.

—¡Rápido!— gritó Ologov al teniente.

—¡Camarada! ¡Camarada! El avión ya ha despegado...

Pavel Ologov no escuchó las últimas palabras de la azafata, tan absorto como estaba en la persecución de la pareja de fugitivos. No iban a transcurrir más de un par de minutos, los necesarios hasta llegar a la puerta de embarque, para que comprendiese que Nora y Bruno volaban ya camino de París.

Había llegado tarde.

“Si hubiera hecho caso al teniente...”

Las palabras que Sonia Vardiola le dedicó unos años atrás llegaron a su cabeza de improviso. *Nunca más me vuelva a decir una frase que incluya "si hubiera". Es de gente insegura y débil.*

Inmóvil junto al enorme ventanal, miraba al cielo. Esa sería la conclusión que obtendría un observador que hubiese fijado su atención en él. Ciertamente que sus ojos apuntaban en esa dirección, pero miraba sin ver. Lo que sentía en esos momentos era una profunda envidia de los fugitivos.

Sentados en el avión, sin preocupaciones. Quizá riendo o ideando algún plan para divertirse. Daría todo por ocupar su lugar.

Su realidad era bien distinta.

Había fracasado y lo que era peor, no tenía a nadie que cargase con la culpa. Durante el trayecto de vuelta se esforzó en no perder su dignidad y mostrar un porte seguro y orgulloso.

Al llegar a la sede subió a su puesto de trabajo y pidió comunicación con Sonia Vardiola. Había estado dudando acerca del siguiente paso a dar. Si huir, inventar una historia o enfrentarse a la verdad con todas sus consecuencias. Esta última opción fue la que salió ganadora.

Por el momento. Hasta que se le ocurriera otra.

No sabía cómo, pero Vardiola le había demostrado que siempre, de una u otra forma, era informada de todo lo que sucedía. Engañarla no era una opción válida. Con los hombros caídos, el codo apoyado en la mesa y el auricular en la mano, esperaba la conexión con Madrid. Mientras, su mente se afanaba en mostrarle multitud de imágenes de presos en los campos de trabajo. Era la primera vez que se ponía en el pellejo del condenado y lo que le depararía su futuro próximo. Si era encarcelado, en cuanto se enterasen que había trabajado para la NKVD, su vida, si no le mataban antes, sería mucho peor de lo que pudiera imaginar.

“No...”

—Camarada Ologov, confío que sean buenas noticias.

El sonido fuerte, seco del disparo se coló por el

auricular del teléfono de Sonia, que sorprendida lo retiró de su oído. Aún aturdida lo miraba como si esperase que le dijera lo que había sucedido al otro lado de la línea.

—¿Camarada Ologov? ¡Responda! ¿Camarada Ologov?

A pesar de su insistencia, Sonia sabía de donde procedía el familiar sonido, la detonación que casi la deja sorda unos segundos antes. Pavel Ologov no iba a contestar. Hablaban por una línea segura, nadie escuchaba. Ni siquiera la persona que en Moscú se había encargado de la conexión.

Mientras esperaba que la telefonista atendiera su petición, Ologov introdujo su temblorosa mano en el cajón inferior de su mesa. El contacto con el frío metal de la culata le hizo estremecerse. Una extraña mueca se apoderó de su rostro.

“Soy un cobarde. Podría enfrentarme a la situación”

“No...”

En su fuero interno sabía que no. Nunca sería capaz de hacer frente a la camarada Vardiola. Su sola presencia le generaba un pánico indescriptible, tanto o más que el miedo que en su día le provocaba el camarada general Aleksey Nóvitsiov. No había vuelta atrás. Ningún campo de trabajo le vería entrar como prisionero.

Sostenía en sus manos la pistola como si se tratase de un recién nacido. La miró por última vez. Respiró profundo un par de veces y apretó los ojos lo más que pudo.

Con el arma apuntando a la sien, sólo le faltaba el impulso final.

El más importante. Sin él no se veía capaz de seguir adelante.

—¡Camarada Ologov, confío que sean buenas noticias!  
¡Si no es así no me dejaré otra opción que trasladarle a...!

No había otro impulso más eficaz que la voz amenazante de la camarada capitán Sonia Vardiola.

Apretó el gatillo.



# 15

## La Casa del Lago Patria

1953-1954

Nora rompió aguas a la mañana siguiente. Su intento de escapada había quedado en eso, en intento. Cuando la intensa luz del sol le golpeó el rostro, se despertó y comenzó a llorar. Lloraba de rabia, de impotencia. Lloraba de miedo. De miedo por su bebé. Por Ana.

—¿A dónde ibais?— preguntó la enfermera en su ronda habitual a primera hora de la mañana— ¿Cómo se os ocurre?

—¿Ana?— encogida como estaba, la pregunta le hizo

apretar aún más sus rodillas hacia su tripa temiendo la respuesta.

La mujer volvió hacia la puerta y la cerró. Estaba cansada de tanto trabajar, la artrosis se había cebado con ella. Sus andares torpes nada tenían que ver con su fina inteligencia.

—Ana...— murmuró mientras regresaba de nuevo a la cama— ¿Quién sabe? No preguntes por ella, nada podemos hacer.

—¿Sabes dónde está?

—No quieras saber. Puedo asegurarte que no lo va a pasar nada bien— la mujer intentaba bajar la sábana que Nora tenía agarrada con sus puños tapándose hasta el cuello.

—Lo siento, yo...

—Anda déjame ver cómo estás. Debo reconocerte, no empeoremos las cosas más de lo que ya están.

Nora aflojó los dedos.

—¡Pero...! ¡¿Cómo no has dicho nada, hija?! ¡Has roto aguas!

—Se van a llevar a mi bebé— Nora, con las manos abrazando su tripa, en un intento casi cómico de evitar que le robaran a su hijo, era la viva imagen de la impotencia.

—Lo sé. Me lo dijo Ana. Pero no voy a permitir que os pase nada ni a ti ni al bebé. No me lo perdonaría.

La mujer abandonó la habitación lo más rápido que pudo. Minutos después acompañada de varias enfermeras y el hombrecillo de la bata blanca regresó a por la parturienta. De nada le valieron sus esfuerzos para que le dejaran en paz

con su hijo. Una inyección le obligó a relajarse y dormir profundamente.

Hasta que despertó.

—Bruno...— siseó estirando el brazo y con la cabeza ladeada hacia su izquierda— Bruno...

Con los ojos entreabiertos recorrió con la mirada la estancia. Bruno no estaba a su lado. Sentía la mente adormecida, su cuerpo parecía flotar. Se encontraba cansada, muy cansada.

“Estaré soñando”

Súbitamente se estiró en la cama y abrió los ojos tanto que amenazaban con salirse de sus órbitas. Su mente le estaba mostrando rápidas instantáneas que le hacían dudar si formaban parte de una pesadilla o eran algo real. Imágenes de Moscú, de Salamanca, otras de Madrid. Fotos de su boda, de Teresa. Caras. La de Bruno, Lenita, Pepo, Antonia...

—¿Quién es...? ¿Ana...?

De repente lo recordó todo.

Llevó las manos a su tripa.

Un grito interminable, desgarrador, se escuchó en toda la planta. Nadie acudió a la habitación de Nora, excepto una persona mayor, con artrosis, que asomó la cabeza por la puerta. Vio a Nora tumbada de lado, con las rodillas tocando su pecho y la mirada fija en la ventana. El alarido sobrehumano fue el último sonido que escucharon de su boca. Desde ese momento no volvió a decir nada. Se pasaba las horas, los días, los meses, mirando el cielo, bien desde la

cama, bien desde una silla que la enfermera le colocaba junto a la ventana.

Nora había perdido el interés por la vida, por lo que sucedía a su alrededor. Desde el instante que comprendió la falta de escrúpulos de su madre, de lo que era capaz, no encontró fuerzas para revelarse contra nada, ni contra nadie. Menos aún cuando oyó al siniestro médico hablar con una de sus enfermeras:

—¿Ha sido niño o niña?

—Nació muerto.

“¿Muerto?”

“¡Mentira!”

Su hijo estaba vivo, de eso no le cabía ninguna duda. Arrebatárselo fue como si le quitaran lo último que le quedaba. Se sentía desnuda rodeada de personas vestidas. Por eso siempre estaba con los brazos abrazando sus piernas. Apretándolas contra el pecho. Así pasaban las horas, los días, los meses.

Recibió una visita. La misma persona.

Cada dos meses.

—Si quieres volver a Madrid ya sabes lo que tienes que hacer.

En las tres ocasiones, la misma frase a modo de saludo. Sonia Vardiola de pie, junto a la ventana, observaba el suave balanceo de su hija meciéndose en la silla. Una suave sonrisa parecía dibujarse en la cara de Nora, que parecía ausente.

—¿Por qué eres tan cabezota?! Nunca hubiese querido llegar hasta aquí, pero tú me has obligado. ¡Desagradecida!

Nora sí escuchaba. Hubiera deseado rodear el cuello de su madre con ambas manos y acabar con ella ahí mismo. El mundo se libraría de un ser egoísta, amargado y cruel. Sin embargo, no iba a hacer nada.

No ahora.

En lugar de eso dedicaría las pocas horas del día que las interminables pastillas le dejaban de consciencia para recrearse en aquellas imágenes que le hacían esbozar esa suave sonrisa que Sonia observaba en esos momentos.

Sabía cuando se aproximaba una visita de su madre. El número de pastillas disminuía. Quería tenerla lo más despejada posible. No cabía duda que así era. Nora lo aprovechaba para viajar más y más. Los muros no podían retener la capacidad de su mente para volar, para recrear escenas pasadas y lo que aún le hacía fijar más esa sonrisa en su boca, imaginar escenas futuras como si fueran presentes. ¡Qué fácil era sentirse bien! Bastaba con reunir en cualquier lugar a Bruno, a Teresa y... a su bebé, al que le había puesto cara.

“Mi bebé...”

—¿Estás llorando?— Sonia Vardiola observaba como, aún con la sonrisa dibujada en su rostro, unas lágrimas resbalaban por el rostro de su hija.

Sí, lloraba.

De pena y de alegría. De tristeza y de esperanza. Sus sentimientos estaban encontrados. Su cuerpo apático, sin

fuerzas, sin ganas de nada. Su mente activa, con una enorme capacidad de creación, la transportaba a miles de kilómetros de distancia.

Iba y volvía.

—¡Doctor! ¡Doctor!— gritaba enfurecida Sonia asomando la cabeza por la puerta

—¿Qué sucede?— una enfermera acudió alarmada.

—¡He llamado al doctor!

—Enseguida.

Unos segundos después el hombrecillo de bata blanca que había supervisado la evolución de Nora, aparecía bajo el quicio de la puerta. En su rostro se podía apreciar el esfuerzo realizado al recorrer los pocos metros que le separaban desde del final del pasillo.

—No le vendría mal hacer un poco de ejercicio— fueron las primeras palabras que Sonia le dedicó al verle entrar en la habitación. Tras él, sus inseparables enfermeras.

El doctor se tomó unos instantes para normalizar su respiración, durante los cuales aprovechó para hacer que buscaba el expediente de Nora Vardiola entre los papeles de una carpeta que le entregó una de sus ayudantes.

—¿Qué sucede, camarada?

—¿Cómo que qué sucede? ¿No lo ve usted?— la agente Arena señalaba con el brazo extendido en dirección a su hija.

—Con su permiso.

El médico se aproximó hasta la ventana, abrió su maletín y examinó a Nora durante unos minutos. Su madre aguardaba impaciente las lentas evoluciones del doctor.

—La paciente está bien. No le sucede nada anormal.

La camarada Vardiola respiró profundamente un par de veces antes de tomar la palabra. Se acercó al médico y, a no más de un par de palmos de su rostro, le habló clavándole su helada mirada:

—¿No ve que está como un vegetal?! Le dije que le disminuyera la medicación en cuanto le avisara de mi llegada. ¿Lo ha olvidado?

Era imposible olvidar la orden. Miró a sus enfermeras por si hubiesen sido ellas las causantes del olvido. Ambas negaron levemente con la cabeza. Por tanto, quedaba decirle la verdad a la camarada. Una verdad que ella ya conocía y que había dado con los huesos de su hija en La Casa del Lago. El diagnóstico era sencillo. Si la paciente no se comunicaba con ella era por falta de interés en hacerlo.

“¿Pero cómo decírselo?”

—No, camarada. No he olvidado sus órdenes. La medicación de la paciente ha disminuido progresivamente desde que nos comunicó su visita.

“¿De la paciente?”

Nora esbozó de nuevo una suave sonrisa.

—Entonces...

—Si ella no habla no es debido a la medicación, camarada.

Con un gesto, Sonia les ordenó que saliera de la habitación.

—¿No quieres saber como están tus hijos? ¿Eh?— la paciencia de Sonia estaba en sus mínimos— ¿Prefieres a ese

estúpido de marido que tienes que a tus hijos?

La última pregunta la realizó con su boca pegada en el oído de su hija, susurrando.

—Te repito lo que ya te he dicho en otras ocasiones. De ti depende que salgas de aquí y regreses conmigo a Madrid.

La agente de la NKVD se incorporó. Mantuvo la mirada firme en su hija, por la que sentía una extraña mezcla de amor y odio. Lo había hecho todo por ella y para ella. Juntas hubiesen alcanzado grandes metas.

—Ingrata...— murmuró antes de cerrar la puerta y salir de la habitación.

El doctor no había acertado de pleno con su diagnóstico. Ciertamente que Nora no estaba tan ausente como creía Sonia, pero la verdad era otra bien distinta, su mente le había fabricado un mundo paralelo en el que refugiarse. Un mundo en el que todo sucedía conforme a sus deseos. Lo que oía a su alrededor lo descifraba, y si guardaba relación con ese mundo interior lo unía a él. Por eso a veces parecía que prestaba atención a las personas que estaban a su alrededor, a lo que decían.

No. Nora no veía a nadie.

Su mente era sus ojos. Su consciencia se hallaba muy lejos de aquel lugar. Así sería mientras necesitara aislarse de la realidad a la que se enfrentaba. El dolor por la pérdida de su bebé había sido tan grande, tan profundo y tan intenso que había construido su mundo ideal en el que habitaban todos sus seres queridos. A veces ese mundo le mostraba



algunas grietas.

“¿Qué si quiero saber cómo están...mis hijos?”

Las grietas se manifestaban en forma de lágrimas que descendían lentamente por su rostro para poco después volver a esbozar su suave sonrisa.

La enfermera mayor había sido trasladada al ala norte. Su aguda artrosis no le permitía cuidar de los pacientes. Fue ascendida a jefa de ala. De vez en cuando visitaba el ala sur, concretamente el módulo especial. Durante los últimos meses, siempre que tenía ocasión, se dejaba caer por allí. No lograba quitarse de la cabeza a esa chica, casi era una niña, agarrada a sus rodillas después de haber roto aguas, para que no le quitasen a su hijo.

“Me lo quieren quitar”

No la creyó. Ana se lo había dicho, pero no las tomó en serio. Poco tiempo le llevó darse cuenta de su error. Apenas unas horas. Las que transcurrieron desde que recogieron a la paciente de la habitación hasta que regresó de nuevo.

Sin su bebé.

La chica llevaba razón. La enfermera pudo comprobar como el hijo de Nora lloraba al nacer a pleno pulmón, lleno de vida. Recuerda como llevó las manos a su cara, de emoción, de alegría. También pudo ver a una compañera suya envolviéndole en una toalla y alejándose con el pequeño.

“Irán a lavarle”

Nada más lejos de la realidad.

A la mañana siguiente esperó disimulando, en recepción, a que llegasen el médico y sus dos enfermeras. Les siguió cuando se encaminaban hacia la habitación de Nora. Pudo escuchar al médico asegurando a su compañera que el hijo de Nora había nacido muerto. Hubiera deseado gritar que mentían, que estaba vivo. Pero no lo hizo. Ella no era más que una simple enfermera que podían quitar de en medio con la misma facilidad que una vaca con su cola espanta una incómoda mosca.

Aguardaba a que su turno hubiese terminado para colarse en la habitación de Nora. Allí estaba, tal y como la había dejado el día anterior, sentada en su silla mirando al cielo, sonriente. Comenzaba a dudar si realmente era una sonrisa debido a algo que pasaba por su cabeza o era la expresión que había adoptado. Unos días peinaba lentamente su corta melena. Otros, se sentaba junto a ella y le hablaba.

Nunca le había dicho lo que vio aquel día. Lo que escuchó. No compartió con ella su alegría al ver su a hijo llorar con tanta fuerza. Quizá no fuese buena idea. No, seguro que no lo era. Lo único que conseguiría era desquiciara más aún y que el director comenzase una caza de brujas buscando al responsable de la filtración. No habían sido pocas las noches que abría los ojos sobresaltada, cubierta de sudor por su silencio. Su cobarde silencio.

Hasta hoy.

La enfermera abrió la puerta como si temiera que el ruido de las bisagras pudiera despertarla. Se apoyó junto a la

ventana y lo soltó.

—Tu bebé está vivo. Tuviste un hijo. Perdona que no te lo haya dicho antes. Lo siento— sus palabras salían atropelladamente de su boca, entre balbuceos.

Las grietas del particular mundo de Nora se resquebrajaron de repente. Las palabras de la anciana enfermera se colaron entre ellas.

“¡Es un niño!”

“Lo sabía”

Nora giró levemente su cara en dirección a la mujer y marcó más su sonrisa. De nuevo con la mirada apuntando al cielo, comenzó a llorar. Esta vez no fueron unas pocas lágrimas. Por sus ojos brotaba parte de la rabia y tensión acumuladas en los últimos meses. Ya podía recrear en su mundo a todos sus seres queridos.

La anciana se emocionó al ver los ojos de Nora fijos en ella. Ojos que le sonreían. Fueron nada más que unos pocos segundos. Suficientes para poder leer en ellos una profunda gratitud. Pasó sus cansadas manos por su cara borrando unas traicioneras lágrimas. Si la descubrían en la habitación podía alegar cualquier excusa, pero si la encontraban llorando las posibilidades de una explicación razonable disminuían considerablemente.

Aquella noche, cuando abandonó el dormitorio de Nora lo hizo con una promesa lanzada al aire. Dedicaría el tiempo que le quedara de vida a intentar ayudar a esa chica. Algo había en ella que le recordaba a su nieta que murió al poco de nacer. Ahora tendría los mismos años que ella.

La anciana enfermera, con sus nudosos dedos entrelazados, caminaba de regreso al ala norte. Era consciente de sus limitaciones a la hora de poder elaborar un plan que ofreciese un mínimo de éxito. No contaba con ayuda externa, ni medios. Sin embargo, sí que había algo que podía hacer y muy bien además. Algo que llevaba haciendo durante los últimos meses, y que seguiría adelante con ello hasta que no tuviera fuerzas para más.

O hasta que todo terminase.

Nora lo merecía.

# 16

## **Sonia Vardiola**

**1939-1949**

La inactividad de Sonia desde que asesinó a su marido Emilio, comenzaba a hacer estragos en ella. El general Zasljev le había ordenado que permaneciese atenta al desarrollo de los acontecimientos en España una vez finalizada la Guerra Civil. No más matrimonios por el momento. Su misión era doble; introducirse en el círculo de Josefina en Salamanca, próximo al general Franco, y

permanecer atenta a las informaciones que llegasen de Madrid acerca de la familia Hayward.

Su actividad debía centrarse en sus retratos en reuniones sociales con el objeto de buscar nuevos intereses para Rusia.

—¿Por qué me mira así camarada Vardiola? Juraría que está planteándose desobedecer mis órdenes.

—Sé respetar las jerarquías, camarada general. Siempre le he demostrado mi fidelidad...

—Pero...— Zasliev parecía hasta divertido con la inquietud de Sonia.

—Verá. No me veo en ese papel que espera de mí. Puedo ser más útil cerca de la acción.

—Confíe en mí, tal y como lo ha hecho hasta ahora. Pero no se preocupe, que también va a tener usted acción y de la buena.

Sonia suavizó su postura. Obedeciendo una indicación de Zasliev tomó asiento en una butaca, frente a él. Parsimoniosamente el general encendió un puro habano. Cuando consideró que tiraba correctamente apoyó los codos sobre la mesa y le dedicó a su agente una sonrisa.

—Me alegro de su insistencia en incorporarse a primera línea. Necesito sus servicios, camarada.

—Soy toda oídos.

Durante las siguientes horas, Zasliev le habló de los planes que tenía para ella. Quería que hiciera una doble función. Por un lado, enseñar todo lo que ella sabía de transmisiones, dándole el poder que necesitase para poner

en marcha cuanto antes los trámites necesarios. Para ello fue nombrada responsable del área de transmisiones.

Por otro, quería que se infiltrase tras las líneas alemanas con el objetivo de interceptar las comunicaciones del enemigo y poner en marcha un sistema de desinformación.

—¿Qué le parece, Sonia?— saboreando el humo del puro, el general esperaba confiado una respuesta que conocía de antemano. Sabía que se encontraba ante la persona ideal para que se encargase de llevar a buen puerto todo lo hablado esa tarde.

El rostro firme a la vez que relajado de Sonia, dejaba entrever el signo de su respuesta. Zasljev pudo captar un fino brillo en sus ojos, más frío de lo habitual. Señal inequívoca de que la cabeza de la agente Arena, estaba analizando los pasos que debía dar en cuanto abandonase el despacho.

—Es un gran honor que haya pensando en mí para desempeñar esas dos misiones, camarada general. Le aseguro que...

—Déjese de historias. Si se lo he propuesto es porque se que cumplirá con su cometido ¿Alguna pregunta?

—En cuanto a la desinformación a los alemanes ¿Quién elaborará los mensajes erróneos?

—Lo haremos entre el general al mando de las tropas en combate, usted y yo. Por cierto, ya que no parece interesarle cómo llegará usted tras las líneas enemigas, le diré que está todo preparado para cuando se aproxime el

momento. En pocas semanas saltará usted en paracaídas.

Sonia asintió.

“Algo más que aprenderé”.

—¡No quiero volver a Zaragoza! ¡La tía es insoportable!— dando un portazo Nora abandonó su dormitorio poniendo fin a la discusión. Ese era al menos su deseo, totalmente opuesto al de su madre.

Sonia comprendía a su hija. La convivencia con su hermana no era nada fácil. Estricta y con un complicado sentido de la educación familiar llevaba a sus hijos con mano dura. No menos de la que recibían en el colegio de curas al que asistían. Colegio al que Nora debería incorporarse los meses que durara la estancia con sus primos.

El marido de Reme había fallecido durante la Guerra Civil a manos de unos obreros que protestaban contra el capitalismo. No se sabe si cayó fruto de un empujón por las escaleras de la nave donde tenía su empresa, o fue debido a una fatal causalidad. Su mujer Reme, no albergaba ninguna duda. A su marido le asesinaron los rojos. No había más que hablar.

La relación entre las hermanas fue de lo más variada a lo largo de su vida. De pequeñas eran inseparables. Donde iba una, la otra la seguía. No sólo eran hermanas sino amigas. Con la llegada de la adolescencia comenzaron a surgir puntos en los que discrepaban, pero seguían



compartiendo cada hora del día. Todo cambió cuando Ramón se mezcló en sus vidas, con esas ideas tan revolucionarias y tan diferentes de lo que Reme hubiera esperado de un amigo de su hermana.

—Me voy a Moscú, con Ramón

No por esperada, la noticia fue menos sorprendente. Ciertamente que en esos momentos la relación entre ambas hermanas había llegado a su punto más frío. Pero en el fondo, no les resultaba fácil olvidar lo vivido juntas durante tantos años.

—¿Eres consciente del viaje al que vas a someter a tu hija recién nacida? Creo que no lo eres, Sonia.

—Hay cosas por las que luchar mucho más importantes que los intereses particulares de cada uno de nosotros.

Reme se la quedó mirando fijamente. No reconocía a su hermana en las palabras que acababa de escuchar de su boca.

—No te conozco, Sonia, no te conozco. Harías un favor a la pequeña Nora si la dejases en mi casa, con sus primos.

—¡Es mi hija! ¡Algún día entenderás de lo que te estoy hablando!

—Ramón acabará con vosotras dos.

Reme regresó a Zaragoza con la sensación de haber perdido para siempre a su compañera de juegos, a su cómplice durante tantos años, a su querida hermana. Sonia se había transformado en otra persona. Ojalá con el tiempo todo quedara en una anécdota y volviesen a retomar la relación.

El cambio de carácter de su hermana influyó en la actitud de Reme ante la vida, con mayor énfasis en sus relaciones. Pensaba que su papel de hermana mayor debería haber servido para influir en Sonia. Si hubiese tomado cartas en el asunto en cuanto observó los primeros síntomas de cambio, nada hubiera sucedido.

Desde el momento en que su hermana partió rumbo a Moscú, las normas en su casa cambiaron de forma radical. Se volvió más estricta, más exigente y lo que era aún peor, desconfiaba de todos aquellos que se acercaban a cualquier miembro de su familia. Incluso de su propia hermana. Aquel día que la visitó con el que entonces era su marido, Emilio Santos-Fraile, militar de profesión, llegó a pensar durante un momento que al fin había comprendido lo que hablaron aquella tarde cuando se despidieron, en Madrid.

Fue sólo durante un momento.

En cuanto se marcharon, Reme se quedó pensando. Apenas había podido compartir unos segundos con ella, pero fueron suficientes para dudar. ¿Dudar de su oído o de su hermana? Se encontraban en la cocina sirviendo la comida en fuentes.

Tenía que preguntárselo.

Sonia no había sacado el tema en profundidad. No podía más. Necesitaba saber que había pasado con Ramón, cómo había fallecido.

Se armó de valor y soltó la pregunta.

—Le asesinaron unos enemigos de la Revolución—  
respondió su hermana camino del comedor.

—¿Cómo dices?

“¡Mierda!”

Sonia sintió un calambre recorriendo su cuerpo. Se había dejado llevar por las emociones, algo impropio de alguien con su preparación y conocimiento. Tomó aire y con la cara más afectada que pudo dedicar a Reme, explicó a su manera lo que había querido decir.

—Te decía que le asesinaron en la calle en plena Revolución.

Sonia fue tras Nora. La encontró en la calle, junto a su casa, con los brazos cruzados sobre un murete, la barbilla sobre el dorso de su mano, miraba a la gente pasar arriba y abajo. Tenía la mirada triste.

Se detuvo a un metro de distancia.

—Ya sé que es estricta, pero debes entender que...

—¿Estricta, dices? Sois igualitas, mamá. Ninguna de las dos dejáis vivir a nadie. ¡Pregúntale a los primos!— dio media vuelta, entró en casa y se encaminó de nuevo hacia su habitación.

Sonia cerró el puño haciendo esfuerzos para controlarse. Podía comprender que desde el punto de vista de su hija, un punto de vista de adolescente con todo lo que ello implicaba, pensase de ese modo. En pocos años sería Nora la que entendería que lo único que buscaba era su protección por encima de todo. Lo hacía por ella.

“¿Seguro?”

Incluso a la propia Vardiola le empezaban a rechinar sus propias palabras.

A pesar de las dudas, Reme no podía ocultar su satisfacción al ver a su hermana en compañía de Emilio, perteneciente a una distinguida familia de Salamanca. Le gustaba su educación, elegancia y finos modales.

“Hacen muy buena pareja”

Había optado por enterrar el hacha de guerra, al menos durante un tiempo. Si había decidido casarse con un hombre como Emilio, sólo podía significar una cosa. Las inconscientes ideas de juventud habían volado de su loca cabeza.

La realidad era otra.

La intención de Sonia era que su marido y Reme mantuviesen una excelente relación que propiciase un acercamiento entre las hermanas. Sabía que más tarde o más temprano iba a necesitarla. Se aseguraría que cuando llegase ese momento pudiera contar con ella.

Unos días después de dar la noticia a Nora del temporal traslado a Zaragoza se pusieron en camino. A Josefina y a su hija Lenita les dijeron que la tía Reme estaba muy enferma. Como se había quedado viuda, necesitaba que le echara una mano con los dos hijos durante un tiempo. Regresarían en unos meses. Les rogaba que mantuviesen un discreto silencio sobre el asunto. Fiel a su instinto de

protección Sonia citó Alicante como la ciudad en la que residía su hermana.

—Nadie tiene que saber a dónde nos dirigimos. Recuérdalo. Vivimos en un país fascista, enemigo de nuestra Rusia— aseguró a su hija cuando abandonaban la casa de Josefina.

Si la camarada Vardiola hubiese podido oír el pensamiento de Nora, posiblemente la educación revolucionaria de su hija hubiera sufrido sensibles ajustes. Nora comenzaba a albergar dudas respecto al sentido de la lucha constante de su madre y de su doble vida. La insistencia de que su futuro pasaba por servir a una Revolución, que cada día que transcurría le resultaba más lejana, le agobiaba. Como toda adolescente, Nora en su fuero interno, se rebelaba contra tal imposición. De momento, se trataba de una rebeldía silenciosa. Había visto actuar a su madre. Su poder la intimidaba.

El último paso antes de partir rumbo a Moscú a ponerse a las órdenes de Zasljev era justificar ante su hermana Reme la estancia de Nora durante unos meses en su casa.

—No será mucho tiempo, Reme. La señora necesita a alguien que la ayude y que esté con ella mientras pasa una temporada en Valencia. Necesito el dinero.

A la hermana de Nora le conmovió saber que Sonia había aceptado un trabajo. Ambas se habían quedado viudas, sin embargo, la situación de Reme era bastante desahogada.

—Por favor, pórtate bien, hija. Volveré antes de lo que

crees— le dijo la mañana de la despedida mientras metía un par de blusas en la maleta.

—¿Y luego qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué sorpresa me espera cuando vuelvas? ¿A dónde iremos? ¡Estoy harta de ir de aquí para allá!

Una de las situaciones que más molestaba a Sonia era la falta de solidaridad de aquellas personas que entendía estaban bajo su mando. Nora era una de ellas.

—Lo hago por ti.

—¿Por mí? Tú sólo haces las cosas por ti misma, siempre es...

No le hizo falta echar el brazo hacia atrás para coger impulso. Bastó con acercar la mano a la cara de su hija y con un gesto rápido estrellar la palma en su rostro. Fue algo impetuoso. Nora cortó en seco su protesta. Con la mano sobre su dolorida mejilla se encaminó hacia la puerta.

—¡Te odio!

No la tomó en serio. Era una pataleta típica de jóvenes de su edad, no podía ser otra cosa. Seguro que a su vuelta todo volvería a su cauce. Al regresar a Salamanca continuaría con sus retratos y Nora de vuelta a su colegio.

De camino a la estación de tren con destino Paris, sentía como su mente y su cuerpo se cargaban de energía. Era la sensación más gratificante de su trabajo. Había experimentado de todo tipo, pero como la adrenalina que generaba al intuir la inminente entrada en acción no había

otra cosa que se le pareciese. Era lo más cercano a la felicidad que había sentido jamás. Se lo debía a la Revolución. Como todo lo que era y lo que tenía.

Rebosaba energía.

En París enlazó con un vuelo a Moscú. Durante el viaje su excitación iba en aumento, tanto, que se obligó a serenarse. Sólo conocía una cosa que la devolvía a su estado de control, pero para ello tendría que ir al baño durante un buen rato. Alzó la vista y comprobó molesto que estaba ocupado, tocaba esperar. Visto que no le quedaba otra opción decidió respirar profundamente y relajarse todo lo que el incesante parloteo de su mente le permitiera. Abrió un ojo. El indicador de baño ocupado seguía activo. Apretó bien las piernas y se quedó dormida.

Unos minutos antes de aterrizar se despertó sobresaltada. Miró en torno suyo buscando alguna cara pendiente de ella, por si había hablado en sueños. Nora le decía que era algo habitual escucharla discutir sin sentido. Como si estuviera enfadada con alguien.

—Igual que cuando estás despierta, mamá.

Miró de nuevo hacia el baño. Ocupado. Un poco antes de iniciar el descenso a Moscú, vio salir a una mujer rellenita. En su cara Sonia creyó distinguir un atisbo de sonrisa.

Al asomar la cabeza por la portezuela del avión, la familiar sensación de frío recibió a la agente en todo su esplendor. Levantó el cuello de su abrigo, recobró su porte y

compostura habitual, y maletín en mano comenzó a descender escalón a escalón, sin prisas.

Levantó la vista y lo vio.

Un coche destinado a generales se encontraba aparcado a pocos metros de distancia. Lo observó detenidamente mientras bajaba. Conocía al chófer. El ocupante del vehículo sólo podía ser uno. El camarada general Mijail Zasliev. A una señal del conductor se encaminó hacia él.

“El general no tiene tiempo que perder”

No podía negar que se sentía atraída por Zasliev casi desde el primer día que la mandó llamar a su despacho. No era su atractivo físico lo que la cautivaba sino su carácter, sus principios. Sin embargo, había algo más que la deslumbraba por encima de todo: su poder.

—Espero que haya disfrutado de un viaje excelente, camarada Vardiola.

Sonia se limitó a esbozar una ligera sonrisa. Si Zasliev se había desplazado hasta el aeropuerto es que tenía intención de aprovechar el resto de la tarde.

—Camarada, debemos acelerar todas las acciones y reducir los plazos al máximo. En la sede le esperan los que serán sus alumnos para comenzar cuanto antes con su instrucción en transmisiones.

Sonia no pudo disimular su sorpresa.

—¿Tan reducidos son los tiempos, camarada general?

—El ejército alemán está avanzado más de lo esperado en todos los frentes. ¡Todos los pronósticos se han quedado obsoletos en unos días!—bramó visiblemente enfadado— Nos



hemos equivocado en todo.

Sonia lo miró extrañada. Pocas veces le había visto tan fuera de sí. Zasljev, con la cabeza apoyada en su mano miraba por la ventana. Los copos de nieve iban aumentando de tamaño conforme el vehículo se internaba en Moscú. Permaneció unos segundos en silencio. Quizá pensativo.

—No han hecho caso de la información que enviamos al frente. Nuestros agentes están allí para algo. A veces me pregunto qué sentido tiene todo esto— el general ladeó su cara mirando a Sonia— ¿Usted no se lo pregunta?

Sonia no sabía que decir. No era esta la primera vez que el general formulaba una pregunta trampa. No a ella, pero sí en un interrogatorio o frente a un posible sospechoso de traición. El resultado en todos los casos había sido el mismo. La deportación del individuo rumbo a un campo de trabajo.

“¿Por qué me hace esta pregunta?”

Vardiola buscaba nerviosamente una explicación, como aquel día que la mandó llamar, esforzándose en recordar algún argumento que hubiese podido hacer dudar a Zasljev de su fidelidad. ¿Quizá su insistencia en entrar en acción?

“No, tiene que tratarse de algo diferente”.

Hubiese jurado que su lealtad a la Revolución y al propio general estaban por encima de toda duda. ¿O no?

—Camarada general, no forma parte de mis funciones plantearme nada, si no obedecer y ser fiel a....

—Tranquilícese —cortó Zasljev sonriente— era una simple pregunta, en confianza.

Sonia respiró algo más tranquila, pero había visto demasiadas cosas como para bajar la guardia. No le resultaba complicado, sus convicciones eran profundas y firmes.

—No, camarada. Soy una convencida de la Revolución y daré mi vida por llevarla a España. No tengo ninguna duda de mi implicación en ella.

El general la observó durante unos instantes como si pretendiese leer su pensamiento, las verdaderas razones que impulsaban a su fiel camarada a actuar con ese ímpetu. En ocasiones era complicado distinguir dónde se encontraba la línea que separaba la paranoia del patriotismo o incluso de la lealtad.

Durante el último tramo del trayecto, primero, y en su despacho, después, Zasljev le puso al día de todo lo acontecido desde que marchó a España a organizar su regreso a Moscú. Debía crearse una excusa convincente para su entorno. Sonia estaba convencida que lo había conseguido. Josefina y Reme habían quedado satisfechas con su explicación. Sólo una persona sabía dónde se encontraba en estos instantes. Nora.

“¿Sería capaz de traicionarme?”

En esos momentos la palabra traicionar no formaba parte del vocabulario de su hija. La relación entre ambas transcurría como las habituales entre una madre y una hija adolescente. La diferencia radicaba en la propia esencia de la relación; el trabajo de mamá.

Nora no se había planteado enfrentarse a su madre de forma radical por su actividad, pero comenzaba a tener sus

propias ideas en cuanto a lo que quería hacer con su vida.

No la traicionaría, de momento.

—La camarada capitán, Sonia Vardiola se va a encargar de su instrucción— Zasljev se dirigía a los veinte soldados que escuchaban con toda la atención posible sus palabras— está al tanto de las habilidades y conocimientos de cada uno de ustedes. Por mi parte, le he asegurado que en pocos días serán capaces de manejar cualquier transmisor y, en ausencia de él, construir uno con un mondadientes. De metal por supuesto —quiso el general acabar su intervención con un atisbo de sonrisa en su rostro.

Sonia escuchaba atenta, sin pestañear.

Con un firme moño y el semblante serio observaba a todos y cada uno de sus alumnos. Su fama le precedía, nadie le aguantaba su fría mirada. Escuchaba, sin mover un músculo de la cara, las palabras de introducción de Zasljev. Como casi siempre, le gustaba exagerar.

Ella no conocía el grado de capacitación de ninguno de los que allí se encontraban, aunque no le sería difícil averiguarlo. Con unas simples preguntas y varias prácticas tendría una idea más que aproximada de hasta dónde podrían llegar. Tampoco creía en las palabras del general en cuanto a la capacidad de esos chicos para construir ningún transmisor de ese tipo en dos semanas. Esperaba que al menos alcanzaran la suficiente preparación para cumplir con su trabajo y servir a su país como se presumía de ellos.

A Sonia le esperaban unos días intensos. Mañana y

tarde con sus alumnos y en algún momento, desconocía cuando, deberían comenzar sus saltos en paracaídas. Zasliev no le había dado detalles sobre ello, pero sabía que dispondría de una sola oportunidad una vez que sobrevolasen territorio alemán. No sólo eso, el salto debería realizarse en una noche lo más próxima posible a la luna nueva. Cuanta más oscuridad mejor.

La primera noche en Moscú la pasó en la cama de Zasliev. Durante las siguientes dos semanas que duraron los preparativos, repitieron en no menos de cuatro ocasiones. No volverían a compartir lecho. Todo comenzó después de la cena. Quizá fuese más exacto decir antes de la cena.

Desde que envenenó a su marido Emilio un par de años atrás apenas había tomado parte en un par de revueltas. Su conciencia le machacaba constantemente acusándola de no hacer nada, de dedicarse a la buena vida. Lo mismo que hacían muchas de las mujeres de su entorno, a las que tanto criticaba en silencio o en presencia de Nora. La propuesta del general le había llegado como caída del cielo. Desde el mismo momento que se lo planteó, iba descontando los días y las horas que faltaban para entrar en acción.

Ese día había llegado.

A la mañana siguiente a primera hora comenzaría el curso de especialización en transmisiones y después una aventura tras líneas enemigas.

“¿Qué más se puede pedir?”

—¿Me acompañaría esta noche en la cena, Sonia? Se

trata de una cena rápida, informal, cómo celebración de lo que está por llegar ¿Qué me dice?

La proposición la formuló Zasliev cuando dio por terminada la presentación del curso a los alumnos. Esperó a que salieran todos. Con la mejor de sus sonrisas se dirigió a su más avanzado discípulo. Sonia no pudo evitar que la propuesta le pillara desprevenida. Cómo tampoco pudo el general disimular el brillo de sus pequeños ojos que delataban lo que se escondía detrás de lo que denominó una cena rápida e informal:

Deseo.

Vardiola captó en seguida el velado mensaje en la mirada de Zasliev.

—Será un placer, camarada general.

—Durante la cena seré Mijail. A las siete pasaré a por usted.

Sonia le observó mientras se marchaba. Como hombre no se trataba de alguien en quien ella se hubiera fijado al cruzarse por la calle. Ni aunque se lo hubieran presentado. No, no tenía un físico atractivo. Sin embargo, su presencia emanaba una aureola a su alrededor que no sólo le atraía, le entusiasmaba. De camino a uno de los apartamentos que la NKVD disponía para sus agentes en el extranjero, Sonia iba sonriendo. Quién se cruzara con ella no reconocería esa expresión en ella.

En cuanto observó el brillo de los ojos de Zasliev, le vino como un flash. Seguramente era el mismo brillo que sus propios ojos emitieron esa misma mañana en el avión,

cuando hubiese dado todo por un poco de intimidad. Se sentía excitada tanto a nivel emocional como sexual. No iba dejar pasar la oportunidad de acostarse con el camarada general Zasliev, máximo responsable de la temida NKVD.

Mijail, para ella.

La cena tuvo lugar en una pequeña dacha que el general guardaba para ocasiones especiales. Desde que se animó a invitar a su subordinada su excitación era más que palpable. Su mujer le preguntó si le sucedía algo. Ella llevaba unos días en cama, aquejada de un fuerte constipado y altas fiebres.

—¿Por qué dices eso, amor mío? Sólo estoy inquieto por ti— sentado en la cama con la mano en la frente de ella, se esforzaba por mostrar preocupación por alguien por quién había perdido el interés tiempo atrás.

—Por eso lo digo, Mijail. Vas de aquí para allá y además me prestas atención.

Desde la aventura que su mujer tuvo con Aleksey Nóvitsiov, Ekaterina fue durante unos meses una empleada más de la mansión del general. Durante ese tiempo, Zasliev se mantuvo al tanto de la repercusión que pudiera haber tenido en los demás generales el romance de su esposa. Tras enviar al traidor como prisionero a la construcción del Canal de Belomor, y con la inestimable ayuda de Vardiola poniendo fin a su vida, comprobó que el asunto no había sufrido el más mínimo alcance. Al menos a él no le constaba lo contrario. Katia volvió a ocupar su lugar. La poderosa familia de ella

también tuvo su parte de culpa. No hubieran admitido una infidelidad como la de su hija y tampoco que fuera tratada como un sirviente. A Zasliev no le quedaba otra opción que jugar su papel, que, pasaba en esos momentos por cenar con la camarada Vardiola dentro de una hora.

Ekaterina sabía que la actitud de su marido significaba que iba a pasar la noche con otra mujer. No era la primera vez ni sería la última. Por motivos conocidos por ambos, llevaban una relación de puertas a fuera como un ejemplar matrimonio. A pesar de lo sucedido confiaba en que algún día todo volviese a ser como antes de que el apuesto Aleksey Nóvitsiov se cruzara en su vida. Si por ella fuera no se hubiese casado con un hombre como Mijail, pero su familia lo veía como un joven con gran futuro en el Partido y no pudo negarse.

La cena transcurrió entre miradas de deseo. No llegaron a los postres, ni tampoco hubo opción a que dieran buena cuenta del plato de caza. La excusa para que se desataran las más bajas pasiones la tuvo una simple botella de vodka. Sonia se levantó, pese a la protesta de Mijail, a servirle otra copa. Mientras caía el líquido, Zasliev aprovechó para introducir la yema de un dedo en el pequeño vaso, empaparla bien en vodka para a continuación deslizarlo por el antebrazo de Sonia. Mirándola a los ojos sacó la lengua, lamió la huella que había dejado su dedo. Volvió a repetir la operación y esta vez fue el cuello de Sonia el que recibió las pequeñas gotas de vodka que resbalaron por su generoso

escote.

Mijail comenzó a lamer el rastro de alcohol a su paso por el pecho de Vardiola. Fuera de sí desabrochó de un tirón la camisa y arrancó el sujetador. La visión de sus duros pezones no hizo si no aumentar la ansiedad que le producía el que por fin, después de tantos años, iba a poseer a su subordinada. Apoyado en la mesa magreaba los pechos de Sonia, mientras su lengua los recorría en grandes círculos. Presa de una excitación que no recordaba haber sufrido, comenzó a mordisquear con ansia los pezones.

—Mijail...—con sus manos en la cabeza del general la agente Arena le rogaba calma— Mijail...

Sonia le separó un poco.

—Me haces daño.

En cuanto lo dijo, se arrepintió. Desconocía la reacción que podría tener un hombre como aquél. Ella era una simple subordinada, no era quién para llamarle la atención. Puso sus manos en la cara y le besó suavemente en los labios. El rostro de Zasljev pareció relajarse. Durante unos momentos pareció como ido.

—Perdóname. No me he comportado como el hombre que soy. He debido controlar mi ímpetu y no dejarme llevar como un vulgar soldado— confesó mientras se ponía en pie— La culpa la tiene lo mucho que te deseo.

Sonia le dijo que se tumbara. Tras quitarle la ropa se separó unos pasos y comenzó a desnudarse lentamente. Sentía los ojos del general en cada centímetro de su cuerpo. Imaginar su mirada la excitaba más que pensar en besarle o



que la tocara. Se tomó su tiempo. Al terminar se recreó acariciándose frente a él sin dejar de mirarle.

Zasliev la observaba embelesado. Ver a Sonia Vardiola tocándose le estaba haciendo perder de nuevo el control. Bajó su mano y empezó a acariciarse.

—No, Mijail— señaló la mano del general mientras negaba con la cabeza.

Subió a la cama y se sentó sobre Zasliev. Despacio inició lentos movimientos, en círculos. Las manos del general recorrían su cuerpo en toda su dimensión. Sonia comenzó a cabalgar más y más rápido, bajó su mano y comenzó a frotar su clítoris. Rápido. Fuerte. La ansiedad del general había traspasado su cuerpo apoderándose del suyo. Zasliev, con sus manos sobre las caderas de ella empujaba hacia arriba, con fuerza. Sonia parecía un caballo desbocado, a punto de caer. Los gritos de ella excitaron aún más, si esto era posible, a Mijail que asistía como privilegiado espectador al orgasmo de su subordinada. Se unió a él. De repente, Sonia ralentizó su frenética cabalgada. Poco a poco fue retomando la respiración. Las miradas de ambos eran fiel reflejo del deseo que ardía en ellos. Si en algo coincidían era en que había sido la primera vez, pero no la última. Tumbada junto al general se quedó dormida, estaba muy cansada. El día había sido largo e intenso. Cerró los ojos hasta que con el alba sintió una sensación húmeda que recorría sus pechos. Abrió los ojos. La lengua de Mijail se deslizaba por ellos buscando su ombligo.

—Buenos días, Sonia. ¿Has dormido bien?

—Mijail...—murmuró con ojos soñolientos.

Cuando los soldados llegaron para comenzar la instrucción, Sonia ya les aguardaba. Una hora antes había comenzado a preparar todo lo necesario. Unos cuantos transmisores con unas anomalías básicas cuya reparación no debía llevar más de quince o veinte segundos. Otras, algo más complejas, con un tiempo estimado de cinco minutos, contando con las herramientas adecuadas, y de no más de quince con objetos que uno pudiera encontrar a su alrededor.

Había contado veinticinco aspirantes al título de experto en transmisores, no veinte como suponía. Demasiados. Las pruebas que diseñó pretendían ser una fuente de información. Si quería obtener algún resultado, el número de alumnos debería reducirse considerablemente. No tenía tiempo para enseñar los conceptos básicos, y menos a individuos seleccionados entre cientos de aspirantes.

—Usted, usted y usted pueden regresar a sus puestos habituales. Usted y usted— añadió dirigiéndose a otros dos individuos situados en la segunda fila, detrás de ella— les digo lo mismo.

—Disculpe camarada, yo he sabido arreglar el transmisor en el tiempo estipulado.

—Igual que yo.

—Llevan razón. Han solventado con éxito la primera prueba. Sin embargo, soy yo quién selecciona a los que me van a acompañar al frente— la fría e intensa mirada de

Sonia puso fin a toda posible discusión.

Al término de la intensa jornada de trabajo, diez fueron los soldados enviados a sus respectivos destinos iniciales. Dos días después la capitán Vardiola trabajaba codo a codo con nueve alumnos que contaban con los conocimientos necesarios para hacer de ellos unos buenos profesionales.

—Me han dicho que la camarada Vardiola es la instructora más exigente que han conocido— soltó Mijail la noche siguiente en la casa rural.

—Te han informado mal. Simplemente he separado la paja del trigo. No nos sobra tiempo para aficionados.

—Me encanta cuando te pones así— Zasljev se levantó con la botella de vodka en la mano. Les esperaba una noche de sexo tan intensa como la primera.

La preparación para su salto había comenzado ya. Una parte teórica y otra práctica, simular el momento de abandonar el avión y ejercitar la técnica de caída, fueron otros de los puntos a tratar. En cuarenta y ocho horas realizaría su primer salto. Esa mañana, Zasljev volvió a recortar los tiempos. El curso debía terminar la semana próxima. Se la esperaba al otro lado de las líneas enemigas un día después.

Sonia lo encajó como pudo.

Los nuevos plazos suponían un ajuste en su plan. La reducción del número de alumnos sería la primera consecuencia. Se centró en los cinco que destacaban sobre

los demás. Tres de ellos eran excepcionales, los otros dos muy buenos. La única mujer pertenecía al primer grupo. Su ímpetu le recordaba a ella misma en sus primeros días en la organización. Sus ganas de aprender, su disciplina y la confianza en sus posibilidades constituían una digna copia de la joven Vardiola. Veía en ella lo que hubiese deseado percibir en su hija.

“Nora...”

Al regresar tendría que pensar en reconducir su educación. Si tuviera una mínima parte de las convicciones que demostraba su alumna todo sería mucho más fácil.

“Aún hay tiempo”

El primer salto lo grabaría en su mente como una de las mejores experiencias de su vida. No podía negar el miedo y el nerviosismo que le invadió en cuanto el instructor dio la orden. Fue mirar hacia abajo y comenzar a temblarle todo el cuerpo. Giró su cabeza hacia el interior del avión y comprendió que no había vuelta atrás.

“¿Cómo será saltar de noche?”

Fue el último pensamiento que pasó por su cabeza en cuanto se lanzó al vacío. Segundos después sintió las manos de su instructor rodeándola por la cintura. A partir de ese momento la inseguridad inicial dio paso a una gratificante sensación de libertad, de volar.

El último salto, el definitivo, no salió como le habían asegurado que resultaría.

—Tranquila. Todo está calculado.

“¡Una mierda!”

Esa noche se iba a lanzar en compañía de tres de sus alumnos y dos capitanes. Una hora antes habían saltado los demás logrando alcanzar las líneas rusas sin contratiempo. Para tomar tierra en el punto convenido, su instructor debería tener en cuenta algunas variables indispensables como la velocidad del avión, la intensidad del viento y la altura.

—Diez minutos— avisó extendiendo la palma de la mano mientras abría y cerraba el puño dos veces.

Sonia sentía su corazón golpear con tal intensidad su pecho que estaba convencida que todo el mundo repararía en su nerviosismo. Con gesto mecánico llevó su mano al bolsillo de la cazadora. Ahí estaba una de las pastillas de cianuro que llevaba consigo, las mismas que portaban los camaradas que iban a saltar con ella. Si eran capturados por los nazis el consejo era que se la introdujesen en la boca. Una vez dentro, de la siguiente decisión dependería si seguían con vida, eran torturados o bien fallecían a causa del fulminante efecto del cianuro. Si pasaba el peligro, con escupir la pastilla sería suficiente.

Sus compañeros y ella debían tener plena confianza en los cálculos realizados por el instructor y su equipo. Durante la corta preparación habían hecho hincapié en las posibilidades de que algo saliese mal. El paracaidismo no era una ciencia exacta. A veces se cometían errores.

Como aquella noche.

Había llegado el momento para el cual se había estado

preparando durante los últimos días. El de hoy sería el salto más importante de su vida. Con ésta eran tres las veces que Sonia se había tirado en paracaídas de noche. En las dos primeras todo había salido como estaba previsto. Incluso habían sido felicitados por su instructor. Pero en diez minutos partirían rumbo al salto más importante de todos los que habían realizado hasta el momento.

El definitivo.

La noche anterior Sonia había visitado por última vez la casa rural de Mijail. En esta ocasión no se quedó a dormir. El chófer la llevó hasta su apartamento.

—¿Sucede algo, Sonia?

—Si no te importa prefiero dormir en mi casa. Mañana como sabes es un día muy importante y me gustaría estar despejada. A tu lado eso es del todo imposible —murmuró estas últimas palabras en el oído del general.

Zasljev se hinchó como un pavo con la explicación. No se le ocurría otro motivo mejor para que una mujer decidiera irse de su lado en mitad de la noche. Sonreía al pensar que le había salvado la campana. Su cuerpo no podía admitir otra sesión de sexo como la de la noche anterior. En cuanto la camarada Vardiola saliese por la puerta dormiría como un bendito.

Sonia no durmió mucho. No sabía por qué pero algo la mantenía intranquila. Precisamente eso, no ser capaz de averiguar el motivo de su nerviosismo le impedía dormir. Desvelarse la inquietaba, necesitaba descansar. No lograba

salir de ese círculo.

Había pasado por muchas situaciones complicadas desde que comenzó a trabajar para el Partido Comunista. Se había jugado la vida en muchas ocasiones, había matado por sus ideales. Pensaba que su preparación y experiencia eran más que suficientes para enfrentarse a cualquier situación.

Al final logró conciliar el sueño durante unas horas. Las suficientes para levantarse bastante recuperada. Las hubiera podido dormir en casa de Zasliev pero no quería que la viese intranquila. Ser su amante esporádico no debía hacerla olvidar quién era en realidad su compañero de cama. De la misma forma que la deseaba, al minuto siguiente podía ordenar que la fusilaran o la enviaran a algún campo de trabajo sin inmutarse.

A la mañana siguiente despertó con otro ánimo, rebosante de energía. A primera hora las cosas se veían de otra manera. Como siempre, llegó antes que nadie a su lugar de trabajo.

Sí, se sentía bien, mucho mejor que el día anterior. De eso estaba segura. Aunque no tanto como le hubiese gustado sentirse en un día tan importante como el que le aguardaba. Sin embargo, no podía ocultar que la sensación que ayer noche se apoderó de ella, continuaba dentro.

Bien dentro.

Con el aviso de diez últimos minutos para el salto Sonia respiró hondo. Cuando el avión hizo un movimiento brusco, la desazón surgió en todo su esplendor. El instructor

se volvió hacia la cabina, a un gesto del piloto se acercó. Sonia observaba las caras de los que se encontraban con ella mientras daban el último repaso a su equipo. Caras que le confirmaban que la incertidumbre, el miedo a lo desconocido se había apoderado de todos ellos. Sus gestos, las miradas buscando alguna explicación a lo que sucedía quedaban apaciguadas por el tremendo ruido en el interior del aparato.

Desde el lugar donde se encontraba pudo ver lo que parecía una fuerte discusión entre los tres hombres que había en la cabina. El piloto se quitó los auriculares enfadado y se los entregó al instructor. Este asintió unas cuantas veces antes de quitárselos. Medio agachado regresó junto a Sonia y su equipo.

—Cinco minutos— más que oírle se fijaron en el habitual gesto con la mano extendida.

Sonia estudió el semblante más de preocupación que serio de su instructor. La explicación era sencilla. Acaba de recibir una orden de algún mando a la que no podía oponerse, por eso se limitó a asentir repetidas veces con los auriculares puestos. Si no obedecía lo mejor para él sería que no regresara a la base. No eran buenas noticias para los que se disponían a saltar. Le hizo un gesto con la cabeza, preguntándole que sucedía. Él negó disimuladamente.

“Sea lo que sea lo que sucede no hay vuelta atrás”.

Así fue.

Uno a uno, fueron saltando.

La oscuridad era casi total. Si todo salía como estaba previsto, bastaba con actuar conforme a lo memorizado. A



medida que descendían podrían distinguir el lugar en el que se encontraban y localizar la zona en la que debían tomar tierra.

Pero no. Nada salió como estaba previsto.

“¡Hay demasiado viento!”

Este era el motivo de la discusión que unos momentos antes mantuvieron los tres hombres en la cabina. El instructor se había negado a que Sonia y su equipo saltaran en esas condiciones. No les había preparado para que se suicidaran de esa forma tan absurda.

—Usted preocúpese de que la camarada Vardiola tome tierra ¿Entendido? Arrégleselas como pueda, pero cuídese de decirle a nadie lo que sucede.

El instructor asintió.

Sonia se sentía impotente para llevar el paracaídas en la dirección adecuada. No lejos de ella, unas decenas de metros más abajo podía distinguir a sus compañeros de salto. Horrorizada advirtió como la intensidad del viento debía ser mayor según descendían. Se estaban separando. Cuatro de ellos parecían llevar la dirección más o menos correcta, pero el resto no. Eso sería lo que el instructor y el piloto dijeron a la persona que daba órdenes al otro lado de los auriculares.

“¿Zasliev?”

Era posible, pero le extrañaba que se jugase su presencia a una sola carta. Ella era la pieza importante de la misión.

“¡Claro!”

Sonia acababa de entender la insistencia del instructor

para que saltara en último lugar y pudiese, de esta manera, comprobar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo.

“¡Hijos de puta!”

La agente Arena entendía que en tiempos de guerra unos son más prescindibles que otros. Sin embargo, ella era la responsable de que el equipo de transmisiones estuviese compuesto por el personal mejor capacitado posible. Si perdían efectivos, la misión lo sufriría. Giró la cabeza hacia abajo y a su derecha. Dos puntos oscuros descendían peligrosamente. Se encaminaban en línea recta al lugar que había que evitar a toda costa: las líneas alemanas.

Todo sucedió rápidamente.

Multitud de fogonazos iluminaron la noche. Los dos alumnos de Sonia, que acababan de abrir sus paracaídas descendieron en picado como un avión que ha perdido el control. Unos potentes focos buscaban más objetivos a los que derribar. Si no conseguía desviar su trayectoria en unos instantes se encontraría a merced de los focos de los alemanes.

Abrió el paracaídas. El impulso la elevó unos metros. Miró hacia abajo y vio a soldados enemigos aproximándose hacia sus compañeros inmóviles. Varias ráfagas la advirtieron cual sería su final si no conseguía enderezar su rumbo. Con desesperación, observaba la zona a la que debía acercarse cuanto antes. Cuando parece que todo está perdido a veces suceden cosas que nos hacen pensar que alguien está cuidando de nosotros.

Es posible que sólo sea cuestión de suerte.

“¿Ramón?”

Fue el primer nombre que le vino a la cabeza en al sentir cómo una ráfaga de viento la desplazaba en la dirección correcta. No era una persona creyente, pero se sorprendió a sí misma al dar las gracias al que fue su primer marido.

“Tonterías”

Quizá lo fueran o quizá no. Lo cierto era que un potente foco, que surgió como de la nada, apuntaba en su dirección. Tras el fogonazo inicial, ráfagas de metrallas salpicaron el aire. Sonia seguía descendiendo. Giró la cabeza en dirección al foco que se mantenía fijo.

“Seguramente disparaban a ciegas”

“No voy a llegar”

Frente a ella apreció un claro en el terreno. El punto acordado para aterrizar era justo al otro lado, cruzando el río. Las ráfagas continuaban incansables. De repente sintió un pinchazo en su pierna derecha y su paracaídas se rajó. Miró hacia abajo. Fueron sólo unos pocos segundos. Los justos para que la película de su vida se proyectase en su cabeza en sucesivos fotogramas.

“Nora...”

Cayó.

El impacto fue sordo, seco, parecido al que sintió al abrirse el paracaídas momentos antes. Balanceándose en el aire observaba como la tela se había quedado enganchada entre las ramas de varios árboles. Al fondo, pequeñas luces se movían en círculos. Otro grupo más surgió a su derecha.

Sonia comenzó a moverse. La caída no era mucha. Si la lona estaba desgarrada podría conseguir caer tirando fuerte. Tomó impulso. Nada. Lo único que conseguía era girar sobre si misma. Le dolía la pierna.

Ladridos.

“¡Piensa!” “¡Vamos!”

De lo aterrizaba que estaba no tenía tiempo ni capacidad para sentir miedo. Esa sensación en lugar de bloquearla la estimulaba. Situó mentalmente las pastillas de cianuro en su bolsillo de la cazadora. Pensaba no tener que utilizarlas.

“¡Seré imbécil!”

Se maldecía por no haberse acordado del cuchillo que llevaba en un bolsillo del pantalón. La postura no era la más adecuada para alcanzarlo.

Pero...

Los ladridos eran más intensos. Cercanos.

Elevó las rodillas hacia el pecho. De su boca partió un leve quejido. La pierna derecha le quemaba justo por debajo del glúteo, volvió a estirar las piernas para relajarlas.

Respiró hondo. Las pequeñas luces se iban acercando.

De nuevo las rodillas arriba, esta vez aguantó al dolor apretando la mandíbula. Con una mano se sujetaba a las correas del paracaídas y con la otra extraía el cuchillo del pantalón. Fue cortando los agarres que la mantenían unida a la tela. El último fue el más complicado al quedar sobre su hombro izquierdo y dejarla inclinada. Con el cuchillo en la mano miraba la distancia que le separaba del suelo. No más

de seis o siete metros. Un esfuerzo más y ya estaba.

Los ladridos eran cada vez más intensos y más nerviosos.

“Los perros saben que estoy aquí”

Lo cortó. Había llegado el momento de aplicar lo aprendido durante la instrucción a la hora de caer. Al tocar con los pies en el suelo se echó hacia delante y rodó sobre si misma. El dolor de la pierna aumentaba por momentos pero no había tiempo para preocuparse por la herida. No podía quejarse de la suerte que había tenido.

Por el momento.

Levantó la vista hacia su paracaídas. Las luces de las linternas y los ladridos histéricos de los perros captaron su atención. Volvió de nuevo su mirada hacia la copa del árbol y otra vez en dirección a los ladridos. No le daba tiempo a subir y hacerse con el paracaídas.

Miró a la derecha y corrió sintiendo los pinchazos del balazo recibido. La única probabilidad que le quedaba para escapar radicaba en que los perros no descubrieran el paracaídas, ni siguieran su rastro. De esa manera cabía la pequeña posibilidad de que se olvidasen de ella y pensaran que no había nadie más por allí. No corría por correr, sabía que tras la arboleda debía discurrir el cauce del río.

“¡Ahí está!”

El murmullo del agua llegó hasta sus oídos. Arrastrándose alcanzó la orilla, lentamente fue introduciendo un pie en el agua, luego el otro.

“¡Joder qué fría!”

El lado positivo era que el frío le haría olvidarse del dolor. Poco a poco fue sumergiéndose hasta el cuello, sin hacer ruido. De noche parecía como si hubiera en algún lugar un enorme amplificador que multiplicara por mil cada pequeño susurro o chasquido. Comenzó a nadar hacia la otra orilla. Los ladridos de los perros parecían mantener la distancia, como si estuvieran en un punto fijo. Sin volver la vista atrás siguió nadando. Al llegar al otro lado continuó corriendo medio agachada hasta que alcanzó la protección de unos árboles. De repente los ladridos se hicieron otra vez más intensos, más cercanos, y con ellos voces, gritos. Ráfagas de metrallata.

“Deben haber encontrado el paracaídas”

Cuando se disponía a continuar con su carrera observó como unas linternas se aproximaban a la orilla. Delante de ellas varios pitbull enseñaban sus afilados colmillos sin un objetivo determinado. Unos corrían río arriba, otros dos quietos, con la mirada fija en el centro del río. Sonia tenía la sensación de que ella era el objeto de esas miradas. Tres soldados que atendían las señales de sus perros, empuñaron sus metralletas y comenzaron a gritar mientras disparaban a diestro y siniestro en dirección al agua. Parecía que se habían vuelto locos, como los pitbull que no cesaban de ladrar y de dar saltos como si les quemara el suelo.

Sonia tiritaba, apretaba la mandíbula para que los malditos perros no oyeran castañear sus dientes. Las piernas entumecidas. La ropa empapada era como su segunda piel, tan pegada la sentía como el temor y la angustia que recorría

cada centímetro de su cuerpo.

Los ladridos, los gritos y las ráfagas cesaron de la misma manera que habían comenzado; de repente. La camarada Vardiola los vio alejarse indecisos. Aún permaneció varios minutos sin mover un músculo, casi sin respirar, con la vista fija en el frente. La noche seguía siendo cerrada, pero sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Sólo los ladridos, cada vez más lejanos, rompían el silencio reinante.

“Ha estado cerca”

Le gustaba entrar en acción, estar en primera línea a pesar de los riesgos que conllevaba. Cuando el peligro había pasado, permanecía en ella una extraña paz interior, de trabajo bien hecho que compensaba todo lo demás. En las diferentes acciones de guerra que había participado, la experiencia que acababa de vivir era lo más cercano a la muerte o haber sido hecha prisionera que nunca antes había estado.

No. Definitivamente el frente que le gustaba no era el de las armas, sino el de la estrategia, el del engaño, el de la búsqueda de información. Pasar ante los demás como lo que no eres. Ser espía colmaba sus aspiraciones.

Cuando los ladridos se calmaron, se puso en pie y se perdió entre los árboles. Al terminar la frondosa arboleda aparecería un claro, una tierra de nadie salpicada de arbustos y terreno empedrado. De matorral en matorral fue avanzando, agachada. Lo que no debía tener en esos momentos era prisa. Varias piedras de considerable tamaño

fueron su siguiente escondite. Volvió la vista hacia el lugar por el que había venido. Los alemanes no habían cruzado el río. Por tanto no debería haber nadie detrás de ella.

“¿Entonces por qué tanta precaución?”

Levantó la vista y lo comprendió. Un cosquilleo recorrió su cuerpo. Si lo que observaba se correspondía a lo que su imaginación le proponía, estaba en manos de la suerte para salir de ahí con vida. Unos pequeños cráteres salpicaban el resto del camino. Corrió hasta los siguientes arbustos. O lo que quedaba de ellos.

Un fuerte silbido, intenso, como el de una...

“¡Bomba!”

Hizo explosión a varios metros de ella, por su izquierda.

“Otra vez disparando a ciegas”.

Había oído que las probabilidades de que dos bombas impactasen en el mismo lugar eran escasas. Decidió jugarse todo a una carta y avanzar de cráter en cráter durante los próximos metros. La siguiente bomba hizo explosión en el lado contrario, a su derecha. Hacia allí corrió, la próxima debería ir hacia el centro o de nuevo a la izquierda.

“Si es que llevan alguna lógica”

No. No llevaban ninguna lógica, pero acertó en los tres siguientes impactos. El cuarto le pilló muy cerca. Tan cerca que se permaneció quieta en el cráter formado durante la siguiente hora. A lo lejos podía apreciar las líneas rusas.

Tan cerca y tan lejos.

No podían hacer nada por ella, más que esperar a que se



aproximara y salir a en su busca. No iban a disparar por miedo a matarla.

Repuesta del tremendo susto de la última explosión, se incorporó. Las tres siguientes impactaron lejos de ella. Después, nada. El silencio volvió a ser el protagonista de la noche. De arbusto en arbusto, de roca en roca y de cráter en cráter fue avanzando. A cada cambio de posición le seguían unos instantes estática, con los sentidos alerta.

Eran ya varios los minutos que el fuerte silbido que precedía al estallido de una bomba no se escuchaba. Aún así decidió no tentar a la suerte y dejarse ver lo menos posible. Si es que algún maldito alemán la podía localizar desde dónde quiera que se encontrase su puesto de vigilancia. Le llevó hora y media más alcanzar su objetivo, pero al fin lo consiguió.

—Soy la camarada capitán Sonia Vardiola— ladró más que habló al soldado de guardia.

—La esperábamos camarada.

—Lléveme ante el camarada al mando.

Los esfuerzos de Sonia por disimular su cojera resultaron del todo infructuosos. Sentía en su cuerpo las miradas de los soldados con los que se cruzaba camino del puesto de mando. Lo que ella acertaba a ver de su uniforme de paracaidista estaba hecho jirones. El color dominante era el del barro, el del fango con pegotes de tierra, como en sus manos y su cara.

—¿Cómo se encuentra, camarada? Hemos sido

informados que unas inesperadas rachas de viento a punto han estado de hacer fracasar la operación.

—Bien, camarada general.

“¿Inesperadas rachas de viento?”

Sonia se mordía la lengua para no contestar. No dudaba que esa era la información que el general había recibido, pero la realidad era otra bien distinta.

—¿Mis compañeros, camarada general? ¿Cuántos alcanzaron el objetivo?

—Relájese. A pesar del contratiempo, con usted son cuatro los soldados que han completado con éxito su misión.

—He perdido dos hombres....

—Usted no ha perdido nada, camarada. La necesitamos aquí. Creo que no hará falta recordarle que estamos en guerra y las bajas forman parte de ella.

Lo siguiente que hizo Sonia antes de pasar por la enfermería fue acercarse a transmisiones. Allí pudo ver que tres de sus alumnos, entre los que se encontraba la única mujer del equipo, y los dos capitanes se encontraban bien. Los otros dos habían caído.

Tras ser curada pidió comunicación con Mijail Zasliev. Quería compartir con él y con el general al mando una idea que se le había ocurrido. Sería su primer trabajo como responsable de transmisiones y de los diferentes mensajes de desinformación al ejército alemán.

Tras los protocolarios saludos de rigor con el que unas horas antes fue su amante, expuso su plan a los dos generales. Era sencillo, creíble y de inmediata aplicación. Lo

que se podría denominar un plan perfecto.

—Los alemanes no saben cuántos hemos saltado esta noche en las dos oleadas. Han capturado a dos de los nuestros— tragó saliva para no desviarse del tema— cuando me perseguían me dieron la impresión que no tenían claro si me encontraba sola o no.

—¿Lo que nos propone es...?— el general al mando no era conocido precisamente por tener en alta estima a las mujeres militares. Menos aún para que su opinión fuese tenida en cuenta a nivel estratégico. Miró con ojo crítico a Vardiola en espera de su respuesta.

—Enviar mensajes a nuestra posición de retaguardia lamentando la caída en territorio alemán de diez soldados.

—¿No a Moscú?

—No, camarada general. La idea que quiero transmitir al enemigo es que preferimos solucionar el asunto entre nosotros, antes que confesar la pérdida de soldados y un equipo de comunicaciones a nuestros superiores. Bastará con que nos refiramos a dicho equipo como especial o alfa, de crucial importancia para nuestros intereses— Sonia no se dejaba amedrentar. Con la mirada fija en su superior, continuó—: Creo que de esta manera, nuestros enemigos darán por buena la información cuando la intercepten.

A pesar de las quejas del general al mando, el plan se llevó a cabo con un éxito que sorprendió a todos, incluida a la propia Sonia. Durante los siguientes tres días con sus respectivas noches, los alemanes estuvieron entretenidos dando palos de ciego. Tiempo que el ejército ruso aprovechó

para avanzar algunos cientos de metros y perfeccionar su red de transmisiones.

Dos meses después Sonia regresó a Moscú. Durante tres semanas entrenó a una nueva remesa de expertos en transmisiones y pidió volver al frente. Fue denegada su petición. No sabía bien el motivo, pero el embrujo que ejercía Zasljev sobre ella se había desvanecido. El asunto del salto tras las líneas enemigas le hizo sospechar de su posible implicación. Cuando le comentó el tema al regresar del frente alemán, en ningún momento dijo que no hubiese tenido nada que ver. No sólo eso sino que defendió enérgicamente la decisión tomada.

Unos días después en la dacha, comprobó desolada como el hasta pocos días atrás admirado camarada general Mijail Zasljev, máximo responsable de la NKVD, se permitía el lujo de hacer bromas acerca de los ideales de la Revolución. Le hacía gracia la vehemencia con que ella exponía sus argumentos.

—No hay que tomarse las cosas tan en serio, Sonia.

A los postres, Zasljev puso en marcha todo su repertorio de seducción, pero esa noche no fue suficiente. Un repentino dolor estomacal de su invitada, unido a fuertes vómitos, le hizo ver que no sería buena idea para él compartir su cama con una mujer en ese estado por mucho deseo que emanara de su entrepierna.

—Por cierto— dijo mientras acompañaba a Sonia hasta la puerta— no he querido comentártelo antes porque me

interesaba más tu trabajo en el frente que los disturbios en Moscú. Ya que estás de vuelta me gustaría que pusieras un poco de orden en la ciudad, teniente coronel Vardiola— Zasljev finalizó con una sonrisa que intentaba ser seductora. A ojos de Sonia se quedó en eso; en un intento.

—¿Teniente coronel?— repitió sonriente.

El general asintió.

Con el paso de los días Sonia se tomaba con otra cara las palabras de Zasljev. Posiblemente llevase razón, la vida había que tomársela con un punto de ironía. Restar importancia a lo que sucede a nuestro alrededor nos permite tomar decisiones limpias de implicaciones personales. ¿Quizá esa actitud ante la vida fue lo que le empujó a Zasljev a seguir adelante con aquel salto suicida? Si fue él quien dio la orden.

Sonia decidió seguir las enseñanzas de su general.

Debería ser más fría.

A la mañana siguiente, después de la reunión mantenida con el general acerca de los disturbios, salió a la calle vestida de paisano. Su mente escribía con grandes letras el nombre de uno de los agitadores a los que se refirió el general; Sergey Volkov. Pavel Ologov le había puesto al día unas semanas atrás.

“Tengo que terminar con esto de una vez por todas”

Siempre que se le encargaba una misión de ese tipo prefería ser ella quién, de primera mano, obtuviera la información necesaria. Zasljev le aseguró que llevaban varios

meses con las protestas. Primero se concentraban un día a la semana. Más adelante dos días, las últimas semanas era raro la noche que no se declaraba algún incendio o ataque contra coches oficiales.

—¡Parece que nos están perdiendo el miedo, camarada!— exclamó furioso Zasliev de pie frente a la ventana, viendo a la gente caminar por el amplio bulevar.

Mientras paseaba por los lugares elegidos por los manifestantes para concentrarse le daba la razón mentalmente. Esas manifestaciones eran fruto de la pérdida de poder del partido. El miedo había disminuido en la población. Podría tratarse de algo mucho peor que una simple disminución del miedo, algo que les diera un plus de motivación para enfrentarse a la policía y al destino que les esperaba si eran capturados. Destino que podía variar desde una paliza en los calabozos a su ingreso en uno de los temidos campos de trabajo.

Y ese algo podría ser la certeza en cada uno de ellos de no tener ya nada que perder. La mayoría habían visto como en los últimos años algún amigo o familiar había sido asesinado, secuestrado o desaparecido por obra y gracia de su propio gobierno.

Sonia no iba a tardar en comprobar personalmente lo acertado de su sospecha. Esa misma mañana logró contactar con un grupo que le avisó de la concentración prevista para esa misma noche. Se presentó como Anna, viuda, cuyo marido fue fusilado tres años antes.

Con el máximo poder otorgado por Zasliev, la agente

Arena organizó una vigilancia discreta del lugar. Debía ser capturada en presencia de los miembros del grupo que estuvieran con ella. De esta manera la próxima vez sería aceptada sin reservas. De ahí, a conocer a los cabecillas, iba un paso.

No se equivocaba.

“Voy por a por ti, Sergey”

Esa noche salió todo como estaba previsto. Tras la aparición de las fuerzas antidisturbios, fue capturada junto con decenas de personas más. A los vigilantes de los calabozos no se les avisó de la identidad de una mujer morena y delgada de ojos oscuros y que parecía ser una de las cabecillas. Sonia recibió los mismos golpes que los demás arrestados. A la mañana siguiente era curada en las dependencias de la NKVD a la que llegó tras activar uno de los múltiples puntos seguros con los que contaba la organización salpicados por Moscú. Horas más tarde se encontraba de nuevo deambulando por las calles.

Se planteaba eliminar al abuelo como sospechoso. Sería demasiado mayor para una empresa de ese calibre, o quizá le habían quitado de en medio desde que recibió el informe de Ologov. En caso contrario ya hubiera sabido algo de él, sin duda.

Eso pensaba.

Nada sucedió hasta una semana más tarde. Se preparaba una manifestación que habían llamado radical. Ahí estarían todos, armados con lo que pudiesen encontrar. ¿El

objetivo? cualquier edificio oficial de la ciudad, todo lo que oliese a Revolución sería atacado. Mientras les dejaran.

En las reuniones mantenidas con Zasliev al respecto, le llamó poderosamente la atención que se refiriera a los manifestantes como criminales revolucionarios.

—Pensé que éramos nosotros los revolucionarios, camarada general...

—No me toque los cojones a estas alturas, Vardiola.

El día llegó y con él los preparativos organizados para dar caza a los cabecillas. Estaba calculado todo hasta el mínimo detalle. A pesar del extenso plan diseñado siempre conviene dejar espacio a lo inesperado, a la sorpresa. Como la que iba a recibir ella esa misma tarde.

Un par de horas antes de lo previsto se dejó ver por el punto acordado. Según le comentaron sus contactos, que ya consideraban a Sonia como amiga, no había un líder concreto sino que se habían unido varios cabecillas que movían a mucha gente. Una de las chicas le dijo que esperaba a unos amigos de su familia que no tardarían en llegar. Esos amigos, aseguró, fueron los primeros que meses atrás se atrevieron a salir a la calle y a los que poco a poco se fueron uniendo más grupos de diferentes puntos de la ciudad.

—Mi familia entre ellos. Mira, ahí están— señaló a un grupo de personas que charlaban animadamente unos metros más adelante— Te vas a sorprender.

No le faltaba razón a la chica.

Se iba a sorprender, y mucho además.



—Papá, abuelo, os presento a mi amiga, Anna...

El impacto fue brutal.

Tres hombres del grupo la miraban con la boca abierta, cómo si no creyesen lo que sus ojos veían.

Sergey, Igor y Valentin no daban crédito.

—¿Sonia Vardiola? ¿Eres tú?— quiso saber, Sergey.

El ojo amoratado y parte del pómulo hinchado le hicieron dudar.

—Así que era verdad— murmuró Sonia entre dientes.

Igor y Valentin miraban en torno suyo por encima de las cabezas de los que allí se encontraban buscando policías o soldados. El número de asistentes aumentaba por momentos. Los gestos nerviosos de los amigos del abuelo Sergey no pasaron desapercibidos para los que allí se amontonaban.

Sonia era incapaz de articular palabra. En silencio se lamentaba por haberle subestimado. Se había olvidado de él.

“¡Estúpida!”

Sergey Volkov no se había olvidado de ella. Ni quería hacerlo.

—¿Qué pasa? Es Anna, no Sonia— intervino la chica, que comenzaba a impacientarse.

—¿Sigues trabajando para el partido?

Sonia continuaba en silencio.

—¿Estás trabajando ahora?— hizo especial énfasis al decir *trabajando*, mientras se acercaba a Sonia.

La gente comenzó a amontonarse en torno al grupo.

—¿Dime, sigues en la NKVD?— la pregunta la hizo a menos de un palmo del oído de Vardiola.

“¿Sabe que pertenezco a la NKVD?”

Sergey sabía la respuesta. La mirada de Vardiola la delataba. Su respiración agitada no dejaba lugar a dudas.

“La muy puta se ha infiltrado entre los míos”

La cabeza de Vardiola buscaba una respuesta que le permitiera salir de allí con vida. No le hizo falta seguir pensando. Uno de los amigos de la chica que estaba justo detrás de ella escuchó la pregunta de Sergey y todo se precipitó.

—¡Es de la NKVD! ¡Es de la NKVD!

Poco hubiera importado que el chico hubiese entendido mal al abuelo o que Sonia estuviese en la concentración a favor de los que allí se manifestaban. Se pronunciaron las palabras mágicas: NKVD.

El primer puñetazo lo recibió en los riñones, el siguiente en el hígado. Con la rodilla en tierra, una lluvia de golpes con palos y pequeños tubos cayó sobre ella. Protegiéndose la cabeza con las manos se hizo un ovillo en el suelo.

—¡¡Basta!! ¡¡Quietos!!

Sergey no tuvo que repetir la orden. Entre los tres amigos detuvieron el linchamiento de Sonia Vardiola. La imagen de su lejano sobrino, Ramón, tumbado en la calle, asesinado, le vino a la cabeza como recordatorio de lo que estaba a punto de suceder.

Nadie merece morir así.

“Ni la zorra esta”

Se lo debía a Ramón, aunque al final no quisiera nada con ella, pero sobre todo se lo debía a la pequeña Nora. Desconocía si estaba al tanto de las actividades de su madre, aunque lo supiese no quería ser el responsable su muerte.

—¡¡Largaos!! ¡¡Estamos rodeados!! ¡¡Corred!

—¡¡Vamos!!— Valentin e Igor ayudaban a Sergey a desalojar a la gente.

Poco a poco se fueron quedando solos. El abuelo abandonó dos antorchas hechas con unos trapos y queroseno junto a Sonia, que había abiertos los ojos ante los gritos de los tres amigos. Se agachó junto a ella.

—Por Nora.

Se marchó.

Un par de minutos después los soldados se llevaron a la camarada camino de la enfermería. Aparte de magulladuras por todo el cuerpo, la cara hinchada, dos costillas astilladas, y un brazo roto, fueron las dos últimas palabras las que más daño le hicieron.

“¿Por Nora?”

Sonia sintió como se le revolvían las tripas al pensar en la desagradecida de su hija de la mano de un enemigo de la Revolución como Sergey Volkov.

“Esto no va a quedar así”.

Aquella noche el abuelo llegó tarde a casa. Dima, Tanya y su hijo Ángel estaban acostumbrados a sus extraños horarios, pero no podrían ni de lejos sospechar que Sergey era uno de los principales cabecillas de los disturbios que los

últimos meses habían asolado Moscú. Cuando a primera hora salieron de casa camino del trabajo el abuelo dormía. Al regresar no estaba.

Nunca más le volvieron a ver.

Sonia se encargó de que así fuese.

A la mañana siguiente la Teniente Coronel Vardiola dio la orden de detener a Sergey Volkov y a todos los que con él viviesen. Lo mismo para sus amigos Igor y Valentin.

—¿Qué vas a hacer con nosotros?— quiso saber el abuelo en los calabozos.

Los efectos del intento de linchamiento de la noche anterior eran visibles en Sonia. Era evidente que le costaba respirar. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Dudaba. Sí, aún no había decidido qué hacer con los tres abuelos. No quería mártires.

“Por Nora”

Recordó las últimas palabras que le susurró Sergey. Si su hija se enteraba algún día que había enviado al abuelo y a sus amigos a un campo de trabajo la perdería para siempre.

“¿Acaso importa ya?”

Las dudas de Sonia se disiparon al asegurar a Zasliev que esos tres abuelos eran los cabecillas de las manifestaciones y que guardaban mucha información en sus enfermas cabezas. De los calabozos fueron trasladados a La Casa del Lago Patria, lugar que no abandonarían nunca más.

—En cuanto te recuperes volverás a España. Tómate unos días de descanso, Sonia— convino el general.

“Ni borracha”

No pensaba discutir con Zasljev.

Los días de descanso ordenados por el general los dedicó a interrogar a Sergey y sus amigos en La Casa del Lago. Nada sacó de ellos. Igor no pudo aguantar y murió días después. A sus amigos les aseguró que había confesado y que fue puesto en libertad. Ni Sergey ni Valentin la creyeron. La verdad era que no confesaban nada porque no había nada que confesar, ni información que compartir. Todo fue fruto de un cúmulo de experiencias que hicieron explotar al abuelo.

—¿Cómo es que has terminado como un vulgar delincuente?— se interesó Sonia durante un interrogatorio.

—Nada peor que lo que tú representas.

Sólo tenía un brazo, pero suficiente para partirle el labio al abuelo.

—Zorra— murmuró mientras se pasaba el dorso de la mano por la boca.

—Eras un héroe para Ramón, si te viera ahora...— escupió las palabras lentamente— Te mantendré con vida...por Nora. ¡Ahora responde!

Sergey tragó saliva antes de contestar.

—Tu Revolución se llevó a tu marido, a mi mujer y a dos de mis nietos. A la tercera te la llevaste tú ¡¿Crees que me importa una mierda tu Revolución?! ¡¿Eh?!—gritó furioso Sergey. Sus ojos parecían estar a punto de abandonar sus órbitas de un momento a otro.

Sonia abandonó la habitación y no volvió a poner un pie en La Casa hasta años más tarde.

Días después, regresó a España.

—Estamos pensando en irnos a vivir a Madrid— Josefina le ofreció una segunda taza de té— No quiero entrometerme en la relación de Lenita y Pepo, que está estudiando derecho. Están muy a gusto juntos y la distancia nunca es buena.

Si ellas se iban de Salamanca, Sonia debía seguirla. Para ello necesitaba un motivo razonable que justificara su cambio de residencia. Dejarse convencer sería la situación ideal.

Su amiga se lo iba a poner en bandeja.

—Desde que John es secretario del Gobernador Civil de Madrid tiene el despacho de abogados algo abandonado. Quiere que Bruno y Pepo se hagan cargo de él en cuanto terminen sus estudios.

—¡Cuánto me alegro!— no era falsa la sonrisa que Sonia le dedicó a Josefina.

Le hacía una tremenda ilusión la noticia, por fin entraba de nuevo en acción. No se trataba de combate pero sí del tipo de acción con la que la agente Arena se encontraba más a gusto.

El engaño.

—¿Por qué no os venís con nosotras? Creo que Bruno y Nora hacen una extraordinaria pareja. ¿No te parece?

Ya tenía su argumento. Ahora quedaba convencer a su

hija.

—Ya sabes cómo son los chicos a esas edades. Una no sabe si tomarles en serio o pensar que se trata de un simple capricho. No quiero que Nora sufra enamorándose de un chico que ha recibido otra educación— el porte afectado de Sonia le parecía real a Josefina— Además, Bruno se marchó a Madrid. Eso que decías del amor a distancia, estoy de acuerdo contigo, no suele funcionar— un suspiro puso punto final a su comentario.

—No digas tonterías. Bruno habrá recibido una educación especial, pero eso no le impedirá salir con tu hija, si así lo desean los dos.

Sonia se dedicó una sonrisa triunfadora para sí misma.

La relación de Nora y Bruno se había enfriado a causa de la falta de comunicación entre ellos, justo lo contrario que la de Lenita con Pepo que cada día estaban más enamorados.

—¿No te apetece ver a Bruno?— quiso saber Lenita unos días antes de la partida.

Por respuesta Nora levantó los hombros.

—Pensé que os gustabais. Te confesaré una cosa, pero sólo si prometes guardarme el secreto ¿Me lo prometes?

Nora asintió con aire indiferente.

—Bruno se acuerda mucho de ti. Echa de menos leer tus cartas.

Los ojos de Nora sonrieron muy a su pesar. A ella le sucedía lo mismo. No sabía por qué ese niño tonto había dejado de escribirle. De todas formas, se trata de hacer lo

que decía su madre.

“No me puedo enamorar de Bruno, tengo que ser una mujer fuerte y segura de mi misma”.

Sabía que no iba a ser nada fácil. Ese chico le había gustado mucho y cuando volviesen a verse...

“No, no puedo ni pensar en ello”.

Sonia y Josefina encontraron casa en el Barrio de Salamanca, no lejos de donde vivían los Hayward. La primera preocupación de Vardiola era instruir a su hija sobre las relaciones de pareja. Cómo mantener a los hombres interesados en ellas, bastaba con utilizar las armas con las que toda mujer contaba. A ella nunca se le había resistido nadie. Lo mismo le sucedería a Nora si ella quisiera. Se había convertido en una adolescente con un físico que le impedía pasar desapercibida, como el de su madre. Ambas morenas, de ojos oscuros, no pasaban inadvertidas para nadie. Sobre todo cuando estaban juntas.

En cuanto llegaron a Madrid, acompañó a Josefina y a las chicas a casa de los Hayward. La madre de Lenita le había confesado días atrás que Bruno era el único que desconocía su llegada y quería ver por sus propios ojos lo que la expresión de su cara reflejara cuando se encontrase con su hija.

Su mirada le daría toda la información que necesitaba. Así fue.

Lo que vio cuando entraron, y los ojos de Bruno repararon en Nora, le tranquilizó. A pesar del tiempo



transcurrido, su hija tenía el campo libre para poner en práctica su plan. Un plan a medio y largo plazo que le podría llevar a la más alta estima entre la dirección del partido y de la NKVD. Su valor tras las líneas alemanas y el éxito obtenido en sus labores de desinformación al mando enemigo, le había valido el ascenso a Teniente Coronel. Entre sus cometidos actuales en Madrid estaba el desarrollo de una red de informadores.

Bruno debía ser la piedra angular de su proyecto. Captarle para la causa rusa supondría un espaldarazo a su influencia, pero sabía que el éxito dependería en gran medida de su hija. En alguna ocasión había mantenido alguna charla informal con él, con el objeto de sondearle. Alguna hubo cuando acabó la carrera. Sin embargo, a pesar de haber percibido un cierto malestar por la falta de derechos en el régimen de Franco, no había podido conseguir que de la boca de Bruno saliese una manifestación concreta a favor de Rusia.

No quería que sospechara de sus intenciones, estaban en juego sus visitas con Nora al despacho y la defensa de lo casos de camaradas españoles que llevaba a Bruno. Se encontraba, a pesar suyo, en manos de la irresponsable de su hija.

Desde que finalizó los estudios hasta que Bruno y Nora se casaron, transcurrieron los meses más prósperos para los planes de Sonia. Habían llevado casos importantes y solventados con éxito. Fue invitada a diversas cenas con el Gobernador Civil de Madrid en casa de John Hayward y

Candela a la que asistieron Pepo, Lenita y su madre. Recibió constantes felicitaciones de Zasljev por su vida social. Quizá debería plantearse un acercamiento más íntimo.

Sin embargo, a la vuelta del viaje de novios algo cambió.

Sonia mantuvo en secreto que sabía lo de su viaje de novios a Moscú y que había preguntado por el abuelo Sergey. Algún día se lo escupiría a la cara, por mentirosa. Decidió no hacerlo por una simple cuestión de interés personal. En ocasiones había que prescindir del orgullo, optó por dejar abierta una puerta a la esperanza, no descartaba la posibilidad de que el simple hecho de que su yerno aceptara haber ido a Rusia, implicase un acercamiento a las ideas que llevaba tanto tiempo inculcando a su hija. Había otro detalle que le animaba en su reflexión. No era la única a la que se había mantenido en secreto el viaje, también lo desconocía la familia de él. De haberlo sabido alguno de ellos, no dudaba que de una u otra manera se habría enterado. No, era un viaje de ellos dos a espaldas de las dos familias.

Dejó pasar un tiempo durante el cual se esforzó en observar la conducta de ambos. Analizaba cada gesto, cada comentario, cada plan que hacían, por si hubiera algún mensaje velado hacia ella. Un acercamiento hacia los conceptos de la Revolución que Nora debería tener bien empapados en su cabeza.

No vio nada.

Nada había cambiado en ellos salvo que estaban más

distantes y que el número de visitas al despacho habían disminuido considerablemente.

“¿Por qué?”

Pregunta que se hacía a menudo y no por que desconociera la respuesta sino por que aún anhelaba que ésta variase. La estúpida de Nora se había enamorado de un pusilánime, de un ser sin ambiciones. Iba a dar al traste con todo.

“Si no cambia tendré que tomar medidas”

“No me temblará la mano”

No sólo le preocupaba la reducción de visitas al despacho de los Hayward, que no podía negar le resultaba extraña. Ni siquiera se planteaba que Nora le hubiese confesado a Bruno quién era en realidad su madre. De haberlo hecho, la hubieran detenido de inmediato sin lugar a dudas y se encontraría en estos momentos juzgada por espionaje y alta traición con destino a un pelotón de fusilamiento.

No, no era eso lo único lo que la mantenía intranquila.

Había otro suceso que la perturbaba. Suceso que coincidía con la visita de la pareja a Moscú. La confirmación del suicidio de Pavel Ologov le había sorprendido sobremanera. Si hubiese sido un asesinato, Sonia ya hubiera olvidado que un día le conoció, pero suicidarse justamente cuando el día anterior y esa misma mañana había visto a su hija...

Demasiadas coincidencias.

“¿Tendrían ellos algo que ver?”

Plantearse esta simple pregunta implicaba imaginarse a Nora o a Bruno, incluso a los dos, con la capacidad de matar a sangre fría, como ella misma había descubierto que poseía. No se los imaginaba así, pero aunque hiciese un esfuerzo para situarles con una pistola frente a Ologov y volarle la cabeza, el ruido del disparo se habría escuchado en toda la planta, tal y como ella lo oyó al otro lado del teléfono. No era fácil entrar en la NKVD, y menos aún salir sin las identificaciones pertinentes. No veía a su hija y a su marido como la perfecta pareja de espías.

“¿Entonces por qué se suicidó?”

A Nora le llevó un tiempo retomar la relación con Bruno. Desde su llegada a Madrid habían hablado en varias ocasiones, pero le daba la sensación que ambos estaban resentidos. A ninguno de los dos les valían las excusas que escuchaba el otro. Preferían pisar sobre seguro antes que volver a exponer su corazón y sus sentimientos a un nuevo fracaso. Eso era lo que para ellos se convirtió su relación en la distancia; un fracaso.

Para entender si su conclusión era acertada, con prestar atención a su pareja de amigos, Lenita y Pepo era más que suficiente. En unas condiciones idénticas habían sido capaces no ya de mantener el contacto sino de continuar tan enamorados o más que en su etapa de Salamanca. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas y se repetían las salidas con Nora, Bruno se mostraba sonriente, feliz y

nervioso.

Muy nervioso.

—¿Cuándo se lo vas a decir?— se interesó Pepo una mañana al salir de la facultad.

Bruno frunció el ceño. No tenía nada claro el paso que debía dar.

—No estoy preparado para que me diga que no. Quizá sea mejor esperar una temporada ¿No crees?

—Cómo quieras. Es tu decisión, pero estás perdiendo el tiempo. Te diré una cosa, apuesto lo que quieras a que te dice que sí.

—¿Cómo lo sabes?— la enorme sonrisa de Bruno reflejaba el efecto que la apuesta de su amigo había hecho en él.

—No preguntes y habla con ella— dijo mientras se despedía con el brazo en alto.

Manuel y Francisca seguían trabajando para John. Ya no vivían en la casa de los Hayward. Habían alquilado un piso cerca de la Glorieta de Quevedo a un par de manzanas de la estación de tranvías. Pepo solía estudiar en casa de Bruno, al llegar la noche Manuel llevaba a la familia de regreso al hogar.

En cuanto Bruno abrió la puerta de su casa tenía ya decididos los pasos a seguir. Las palabras de su amigo le habían animado. No era la única persona que se había percatado de sus dudas en su relación con Nora.

—¿Se lo vas a decir o no? ¿Eh? Por que hijo...— fueron las palabras a modo de saludo de Antonia cuando entró en la

habitación de Bruno.

—¿Decir qué a quién?— que supieran lo que rondaba por su cabeza era algo que le hacía enfadarse consigo mismo.

—Si no me lo quieres decir, vale, pero deberías haberte dado cuenta que Nora está por ti —concluyó mientras salía de la habitación.

—¡Tú qué sabrás, pequeñaja!

—¡Te he oído! No soy pequeñaja, ya tengo catorce años y una chica se da cuenta de estas cosas.

“Parece que todos se dan cuenta menos yo”

Al día siguiente por la tarde, después del cine, fue el momento elegido para declararse a Nora. Bruno pensaba que no debía ser muy normal que un hombre tuviera que declararse a una mujer dos veces. Esta sería la segunda vez. La primera en Salamanca salió bien.

“Pero ésta no sé yo...”

La película se le pasó muy rápido. En cuanto encendieron las luces las manos de Bruno comenzaron a sudar, sentía como si un puño le oprimiera el pecho. Estaba decidido, de esa tarde no pasaba.

—¿Te apetece un batido?

—¡De fresa!— exclamó Nora sonriente.

Ella sabía que el momento se acercaba. Lenita le había confesado una conversación que tuvo la tarde de ayer con Pepo. Bruno estaba preocupado por si ella le rechazaba. Nora, unas semanas atrás, había tomado una decisión que pensaba beneficiaría a las dos, a su madre y a ella. Saldría

con Bruno para evitar conflictos en casa y lo haría también por ella, para poder dormir y quitarse la duda de la cabeza de una vez por todas. Bueno, tenía que reconocer que lo hacía porque era lo que su corazón le pedía con insistencia.

Esa decisión fue el comienzo del fin.

Un comienzo lento de un precipitado final.

Nora debía disimular lo mucho que le gustaba Bruno, su madre no debía enterarse. Ante ella le haría ver que era fría y calculadora, que todo lo hacía por seguir sus enseñanzas.

A la agente Arena era muy complicado engañarla.

—¡Claro que sí, Bruno!

—¿Sí?— con los ojos abiertos del todo, tanto o más que la boca, Bruno miraba a la que ya era de nuevo su novia. Unos segundos antes se había armado del valor suficiente para soltarlo de corrido.

Se lo dijo al oído mientras esperaban sus batidos. La risa inicial de Nora le dejó sin habla. Ella pensaba que lo que le iba a decir era algo referente al orondo camarero que había tomado nota de las bebidas. Se había fijado en que llevaba la bragueta bajada y suponía que Bruno le iba a hacer un comentario al respecto.

—¡Qué sí, tonto!

Él sintió como se relajaba y la sangre volvía a su cabeza. Se encontraba feliz, mucho más de lo que recordaba haber estado en Salamanca.

—Pensé que te reías de mi pregunta.

—¡No!

Nora se acercó a Bruno, con la mano tapando su boca le confesó al oído el motivo de su risa. Ambos miraron al camarero que se acercaba con los batidos, con tan mala suerte que reparó en las miradas de los dos jóvenes. Tras dejar los vasos en la mesa colocó la bandeja delante de él, entre sus piernas. Con toda la dignidad que fue capaz de reunir y no menos disimulo, giró sobre si mismo y se perdió al otro lado de la barra sin mover un centímetro la bandeja de lugar.

Sonia sabía ganarse a la gente con sus retratos. Su buena mano con el carboncillo la convertía en el centro de cada reunión. Incluso el Gobernador Civil de Madrid contaba con más de un dibujo realizado por ella. La noticia del compromiso entre su hija y Bruno la convenció de lo acertado de su decisión al trasladarse a la capital.

Los años que transcurrieron hasta que los dos amigos se licenciaron, Sonia los dedicó a ir acercándose a los Hayward y en fortalecer las relaciones con Josefina, que sin saber la causa, no conseguía llegar hasta ella como hubiese querido. No tendría sentido que sospechara que la muerte de su primo Emilio no fue debido a un accidente y que fue ella quien lo asesinó. Si hubiese albergado la más mínima sospecha, sin duda la hubiera denunciado. Probablemente todo se redujese a una simple cuestión de química.

Dentro de ese acercamiento había abierto varios



frentes. Uno directamente con John, su mujer Candela y el Gobernador, a los que tenía acceso por ser la madre de Nora. Sonia no podía ocultar la rabia que le producía esa sensación. La burguesía le provocaba náuseas, tan separados como estaban de las auténticas necesidades del pueblo. Aunque por otro lado no le costaba adaptarse a la vida cómoda que llevaba.

“Me la merezco”

Otro frente, el más importante, principal objetivo de esa etapa de su vida, lo constituía Bruno Hayward, como en el caso anterior dependía de su hija para captar al que sería su marido.

La venta de sus retratos y la inyección económica que recibía a través de la NKVD, le facilitaba las cosas. En compensación, aunque ella lo entendía como parte de su trabajo, acogía en su casa de forma temporal a algún camarada o agente de la NKVD de misión en Madrid. De cara a su entorno siempre se trataba de un primo lejano, un familiar...

Una noche al volver de la oficina de Bruno, tras hacerse con unos documentos clasificados como confidenciales referentes a casos del Gobernador, decidió jugar su última baza. Había observado que su hija no aprovechaba los numerosos momentos que permanecían a solas para revisar archivos y hacer copias de los que considerasen importantes. Ciertamente habían logrado que el despacho de Bruno defendiera a ciertos camaradas por insistencia de Nora. No menos cierto que Sonia se había

hecho con documentos confidenciales del Gobernador Civil de Madrid sobre casos que llevaban Pepo y Bruno. Documentos que habían servido para poner sobre aviso a los camaradas españoles de una red de espías del gobierno que disponía de información detallada de sus lugares de reunión y cabecillas. Los asesinatos que tuvieron lugar en diferentes puntos del país y que se presentó a la opinión pública como peleas entre obreros de diferentes fábricas, obedeció a la información aportada por la agente Arena. No eran éstos los únicos beneficios que había obtenido en sus registros.

Sin embargo, la alegría de las primeras visitas había dejado paso a las sospechas. Sonia entendió que su hija se iba a casar porque la muy imbécil estaba enamorada.

—¿Yo, enamorada de Bruno? ¡Pero qué tonterías dices!

Cada día le resultaba más complicado dejar a un lado sus sentimientos respecto al que en breve iba a convertirse en su marido. Esa noche al volver del despacho de abogados, después de repetir por enésima vez la misma pregunta. Sonia soltó lo que para ella sería una bomba.

—¡A tu padre lo mataron los enemigos de la Revolución! Como tu querido Bruno y su familia ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Enemigos de la Revolución, en Moscú?

—Sí, al volver del trabajo. Para que triunfe la Revolución hay que terminar con sus enemigos. Con todos.

Nora la miró sin decir nada.

—Ahora que te vas a casar, si quieres te digo como actuaba yo con mi marido y...

—No te equivoques, mamá, yo no tengo nada que ver contigo— se puso en pie— no me interesa como actuabas, ya lo sé —abandonó la habitación camino de su cuarto, necesitaba llorar todo lo que pudiese.

—¡Todo lo hago por ti!— las palabras de Sonia chocaron contra la madera de la puerta que su hija acababa de cerrar de un sonoro portazo.

Las semanas siguientes Nora se mostró como ausente, distraída, pero obediente, sin ganas de discutir. Su madre lo interpretó como una pequeña victoria. Dejó de presionarla para que fuese ella misma quién, convencida por fin, volviese a sus faldas dispuesta a hacer todo lo que le pidiese.

La verdad era otra bien distinta. Nora no entendía como Bruno y su familia podrían ser cómo los pintaba su madre. No les veía así. Había tomado una decisión para la que necesitaba contar con él. Aprovecharían unos días del viaje de novios para ir a Moscú. Necesitaba hablar con el abuelo Sergey, la abuela Masha, los tíos y sus primos, para que le contaran qué era esa Revolución que parecía haber hecho enloquecer a su madre. Se iba a casar y no se le pasaba por la cabeza espiar a su marido, ni a su familia.

Pasaron unas semanas sin que Nora diese muestras de cambiar de actitud. Necesitaba ayuda, sólo había una persona en la que podía confiar y que su reputación no se viese afectada.

Nino Broccenti.

El espía italiano, el mismo que le presentó al que fuera

su segundo marido, Emilio, haría una visita a madre e hija. El fin del encuentro no era otro que presentarle a Bruno. Nino llegó a Madrid un par de meses antes de la boda. Regresó a Italia un mes después. Más tarde volvería de nuevo.

Esta vez para quedarse.

La boda fue un acontecimiento social extraordinario. Los periódicos se hicieron eco del feliz acontecimiento. Madre e hija rivalizaban en sonrisas aunque por motivos bien diferentes. Una, se veía cada vez más cerca el objetivo de estar cerca del poder, y la otra era incapaz de disimular su alegría. Al día siguiente partirían de viaje de novios. Se moría de ganas de ver a la que denominaba su familia rusa, entre los que incluía a Miguelón, a su mujer y a su hijo.

El regreso del viaje supuso un cambio en la relaciones de Nora con la que hasta entonces había dirigido su vida; la agente Arena. Sin embargo, no podía enfrentarse a ella, menos aún después del poder que había comprobado que tenía. La detención del abuelo Sergey y de sus dos amigos le había afectado más de lo que creyó en un principio.

“¿Cómo pudo hacer eso?”

Hubiera dado todo por contar con el valor de hacerle esa pregunta a su madre. Ver la cara de sorpresa que pondría. Decirle que el abuelo había muerto por su culpa encerrado en una maldita habitación, como si fuese un vulgar delincuente. Como sus amigos. Nora deseaba que esas muertes pesaran sobre su podrida conciencia.

“Si es que tiene, a veces lo dudo”

No obstante, se debía esforzar para que no hubiese cambios visibles en su actitud. Hacer que sigue su juego

“Pero llegará un momento en que tendré que negarme”

Al menos a partir de ahora no vivirían juntas y ojalá, con el tiempo, la relación entre ellas se fuera distanciando, cada cual dedicada a su vida y a sus propios intereses. Mientras llegaba ese día, Nora debería actuar con la mayor frialdad posible. Jamás infravalorar a Sonia Vardiola, aunque fuese su madre. Desconocía hasta dónde sería capaz de llegar.

“Siendo su hija, me dejará tranquila”

Pensar así era no conocerla.

A finales de 1949 Nora dio a luz a Teresa. Para sorpresa de Sonia, la madrina no fue ella. Lenita y John fueron elegidos como padrinos de la pequeña, que festejó la llegada a la tierra sin dejar de llorar durante los primeros días.

El motivo expuesto por Nora era sencillo y hasta se podría considerar lógico. Su madre no había pisado por propia voluntad una iglesia desde que Ramón se cruzó en su vida. Cuando lo hizo, fue debido a la puesta en escena de su papel de Sonia Vardiola, retratista y dos veces viuda.

Nora no sabía si lo que Teresa necesitaba era una educación religiosa. No estaba acostumbrada a ella, pero lo que sí tenía claro era lo que no deseaba para su hija; una educación como la suya. Su madre había intentado destrozar

su vida y no iba a permitir que hiciese lo mismo con Teresa.  
Sonia tenía otros planes.

**17**

## **La Casa del Lago Patria**

**1954-1955**

La enfermera mayor regresaba a su habitación en el ala norte. Sabía que esa noche iba a dormir poco, muy poco, si es que lograba conciliar el sueño unos instantes.

—Camarada Petrova, el cambio de turno de noche....

—Encárgate tú, Helena. Tengo que terminar el papeleo

del día.

La mujer había aprendido en sus largos años atendiendo enfermos en hospitales dependientes del mandamás de turno, que siempre debía estar trabajando. Las palabras “estoy cansada” nunca salían de su boca. No, no se sentía cansada, sino extenuada. La artrosis no le ofrecía ni un momento de respiro, avanzaba a un ritmo preocupante. Le dolían los huesos, sobre todo los de sus retorcidas manos. El papeleo ya lo había terminado. Se iba a tumbar en la cama, necesitaba descansar ¿Dormir?

Dormir era un lujo que no se podía permitir.

Un suave repiquetear en la puerta captó su atención.

—Disculpe, camarada Petrova. Ya están todos dormidos.

—Gracias, Tanya.

“¡Cuánto vale esta chica!”

La enfermera mayor daba gracias porque Tanya se hubiera cruzado en su camino en aquellos momentos. La única duda residía en averiguar el tiempo que tardarían en eliminar de ella su interés por los enfermos y su inagotable capacidad de aprendizaje. La habían trasladado del Hospital General, el mismo del que llegó Ana.

“Tan parecida a Tanya”.

En cuanto tenían un momento, que eran más bien escasos, charlaban en su habitación. No bastaba con disponer de tiempo libre, además era imprescindible mantener la discreción. Por ello, la noche era la elegida como primera opción. Ser discretas en cuanto a sus reuniones, mantenerlas



dentro del ámbito privado les evitaría disgustos con la dirección. Las relaciones de amistad entre miembros del personal de La Casa, fuesen del tipo que fuesen, no eran bien vistas.

La enfermera Petrova había vivido en más de una ocasión situaciones de este tipo que finalizaban con el traslado de uno de los empleados o incluso de los dos, si la amistad inicial había degenerado en relaciones íntimas. En este supuesto podría acarrear castigo físico.

Las violaciones quedaban a parte, no eran un caso de relación que pusiera en peligro la estabilidad de La Casa. Eran casos que se solucionaban con destinar a la mujer a otro centro. Si el hombre era reincidente se le leía la cartilla, y quedaba en manos del director el futuro del violador que bien podría ser otro destino, tapar lo sucedido, o ser juzgado si su acción era considerada delito. No recibía el mismo trato una violación en el módulo especial del ala sur, donde se encontraba Nora, que en cualquier otro ala. De la misma manera que era diferente si se trataba de una paciente de ese módulo o de otro. Si la víctima era una enfermera el asunto podía ser considerado delito.

La indefensión de los pacientes del módulo especial era lo que motivaba a la enfermera su visita nocturna diaria. Cada vez había menos internos, cinco de ellos mujeres.

“Ninguna como Nora”

Petrova la había adoptado mentalmente. Iba a encargarse de esa chica, pero para ello debía actuar con

mucha cautela. Eran muchos los años que llevaba destinada en ese centro. No lo había pasado nada bien. Lo suyo era cuidar de la gente, no hacer que enfermasen. Muchos de ellos llegaban sanos y salían rumbo a una fosa común o con las facultades tan alteradas que su vida no duraba más allá de dos días en las calles.

Nadie había vivido lo suficiente para contarlo.

Esa noche se había saltado las normas, las leyes y todo lo que se hubiese escrito o se había dicho referente a las relaciones entre enfermeras, médicos y pacientes. El derecho a la vida de los internos del ala sur, módulo especial, quedaba en manos de los servicios secretos. Por lo demás no había espacio ni pretextos para una relación con ellos. Petrova no sólo se había implicado con una interna, considerada desde la dirección con distintivo rojo, equivalente a vigilancia especial, sino que además le había confesado que su hijo estaba vivo.

De ahí a la traición la separaba un simple chivatazo.

Del destino que habría corrido la pequeña Teresa, nada podía saber Petrova. Desconocía incluso su existencia, pero sabía más, mucho más de lo que hubiera podido imaginar.

“Mi hijo está vivo”

“Mi hijo está vivo”

Como si de un mantra se tratara, Nora repetía una y otra vez la misma frase desde el momento que se quedó a solas. Tumbada en la cama, con los ojos abiertos, sonreía. Pasaba las veinticuatro horas del día soñando. Podía estar

sentada en la silla con las rodillas pegadas pecho o tumbada en la cama durmiendo. Lo que no variaba era la actividad incansable de su mente para mantenerla con vida. Su subconsciente había activado un plan de emergencia con el único objetivo de lograr subsistir.

—Mi hijo está vivo...—balbuceó una noche mirando a Petrova—...mi hijo está vivo.

La enfermera cogió su mano y la colocó entre las suyas. Miró a Nora con infinita ternura. Pasó los dedos por su pelo y le habló:

—No sé si con tantas pastillas e inyecciones han dañado algo de tu linda cabecita, pero si me entiendes, pequeña, no le digas a nadie lo que me estás diciendo ahora. ¿De acuerdo?

—Mi hijo está vivo...— musitó de nuevo con la vista al frente balanceando suavemente su cuerpo.

Una tenue luz del exterior se colaba por la ventana de la habitación, suficiente para iluminar tenuemente la estancia una vez que los ojos se hubieran acostumbrado. Ese fue el detalle que salvó a Petrova de ser descubierta. El azar tuvo la culpa de que se encontrara junto a la puerta con el pomo en la mano contemplando a Nora tumbada en la cama.

La puerta se abrió de repente.

Para el que entrase en la habitación, ésta se encontraba a oscuras. El haz de luz que provenía de una lámpara de mano que portaba el intruso hacía más intenso el contraste. Petrova dio un paso hacia su izquierda, pero no se atrevió a dar el segundo que le hubiera ocultado por completo

temiendo que el movimiento atrajese su atención. Un suave murmullo de voces provenía del pasillo.

—Me quedo aquí— susurró una voz.

—Date prisa.

Apenas fueron unos murmullos, pero Petrova lo captó sin dificultad. Sólo la separaban unos pocos palmos de la procedencia de las voces, al otro lado de la puerta.

“¿Enfermeros...?”

La enfermera sintió un escalofrío que le subía por las piernas. Lo primero que vio cuando se abrió la puerta fue como asomaba a la altura de la rodilla una bata blanca. Lo segundo, el perfil del individuo que entraba. No había duda, se trataba de un médico joven o un ayudante, pero no era de ese módulo. Allí de noche los turnos correspondían a las enfermeras.

El hombre giró la cabeza hacia el pasillo, momento que aprovechó Petrova para pegarse a la pared. Nerviosa, buscaba alguna manera de salir de esa situación. Lo más sencillo sería que quién quiera que fuese el que andaba ahí, se lo pensara mejor y volviera sobre sus pasos.

Si no...

Era muy mayor para enfrentarse a nadie, ni siquiera para imponerse a un ayudante de medicina. Su cargo era superior, pero se encontraba en un ala que no le correspondía, en una habitación y en un horario que sólo la guardia de noche o alguna enfermera que acudiera debido a alguna urgencia contaban con la autorización necesaria. Si se tratara de un médico, el cargo de Petrova de nada le

serviría.

El motivo para que encontrase en la habitación de una interna, a esas horas de la noche, resultaba evidente; atacar sexualmente a Nora. Sin embargo, si fuese un ayudante, el motivo no variaría, pero sí el poder de la enfermera. Su salvación y la de Nora dependían del cargo de la persona, que, de nuevo, empujaba la puerta lentamente, introduciéndose en la habitación.

La mujer quedaba oculta tras la puerta y un estrecho armario. Desde su ubicación pudo ver al individuo apagar la lámpara de mano y dejarla sobre una pequeña mesa a mitad de camino entre el armario y la cama. Nora boca arriba, parecía ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. El sujeto le retiró la manta y subió el largo camisón hasta la cintura.

—No me han engañado— murmuró— eres bien guapa. Lástima que estés loca y no te enteres de lo que voy a hacer ahora. ¡Lo que ibas a disfrutar!

El hombre de la bata se bajó los pantalones hasta la altura de las rodillas, mientras Petrova daba un paso lentamente, cuando le vio subir a la cama, dio otro. Casi podía rozar la lámpara con sus dedos.

Tumbado sobre Nora llevó la mano derecha a la entrepierna.

—¿Bruno?

—Cállate— susurró mientras intentaba penetrar a la chica.

—¿Bruno...?— insistió.

—¿Qué coño dices?

Si algo sabía Nora, aunque se pasase el día imaginando como le gustaría que fuese su vida, era que Bruno no hablaba ruso. El individuo que estaba sobre ella no era él.

Abrió los ojos. Tanto, que el hombre se asustó.

—Pero...

Petrova vio la suave luz del jardín reflejada en la cara de la chica. Sus ojos exageradamente abiertos se habían posado sobre el individuo que intentaba abusar de ella. Vio determinación en su mirada, retrocedió hasta llegar a la puerta y esperó. No conocía la historia personal de Nora, pero no le cabía duda respecto a lo que ella sentía en esos momentos. Sus ojos no reflejaban miedo, sino rabia.

El individuo estiró los brazos, con las palmas de las manos a cada lado de la cara de Nora. La miraba estupefacto.

“Tiene ojos de loca”

Nora aprovechó su desconcierto para elevar rápidamente las rodillas hacia el pecho mientras por el camino las estrellaba contra sus testículos.

—Hija de puta...— murmuró sin voz para gritar.

Con las plantas de los pies sobre el pecho del individuo estiró las piernas con toda la fuerza y la rabia que tenía acumuladas. El hombre saltó de espaldas al otro lado de la cama, con tan mala fortuna que se rompió el cuello al caer. Nora se lanzó sobre él dispuesta a golpearle con los puños o con lo que tuviera a mano. Las enseñanzas de la agente Arena, que había puesto en práctica en alguna ocasión para ahuyentar a un par de tipos con malas

intenciones, salieron a flote.

El crujir de los huesos al chocar la cabeza entre la puerta y el suelo no había pasado desapercibido para Petrova. El hombre estaba muerto. El extraño ángulo con el que estaba girado el cuello no dejaba lugar a dudas.

—Tranquila, pequeña. Ya está, ya está.

Nora elevó la vista hacia la enfermera. Sonrió.

—Mi hijo esta vivo...

—Sí, pequeña, está vivo.

—No era Bruno...

—No, no lo era. Ven.

—Ojalá me perdone...

Petrova ayudó a Nora a levantarse y la acompañó a la cama. Había que pensar algo rápido, muy rápido. El impacto del hombre contra la puerta debía haberse oído en toda la planta. Aunque no era habitual debido a la medicación, tampoco era extraño que algún interno mostrase su enfado dando portazos.

“Date prisa”

Las palabras que escuchó tras la puerta minutos antes se repitieron en su cabeza. Necesitaba la ayuda de Nora para llevar a cabo el plan que acababa de elaborar en su cabeza. La enfermera lo analizaba según se le iba dando forma.

—Es absurdo, pero mejor que dejar el cuerpo aquí y esperar a que lo descubran.

Había que darse prisa. Contaban con un elemento sorpresa, que se lo iba a proporcionar la impresión que se llevaran en cuanto regresaran a buscar a su compañero.

—Tienes que ayudarme —dijo con las manos en la cara de Nora— ¿Entiendes lo que te digo?

Asintió

Entre las dos, aunque con más esfuerzo por parte de Nora, lograron esconder el cadáver bajo la cama. Petrova observó sorprendida como no hubo que repetirle las cosas. En cuanto le comunicó que la primera parte del plan era meter el cuerpo debajo de la cama, Nora comenzó a tirar de él hasta dejarlo a cubierto junto con la lámpara.

Lo siguiente era esperar.

Cinco fueron los minutos que tardó en abrirse lentamente la puerta.

—¡Chist! tenemos que irnos.

Ante la falta de respuesta, el compañero abrió casi del todo. Con el brazo extendido y su lámpara iluminando entre sombras que se movían al compás de la luz de gas, barrió con la mirada la habitación. Nora en la cama boca arriba. La manta medio revuelta le cubría la mitad del cuerpo. Lo que observó el hombre, debió parecerle suficiente

—Lo ha pasado bien el desgraciado.

Fueron las palabras que oyó Petrova, escondida tras la puerta, antes de que la cerrase del todo. No pudo evitar dar un largo y profundo suspiro.

Había llegado el momento de poner en marcha la segunda parte del plan. Se acercó a Nora, le dio un suave beso en la frente y la tapó hasta arriba.

—Ahora vuelvo, pequeña.



Petrova abrió la puerta, con la cabeza asomada comprobó que no había nadie en el amplio corredor. Se encaminó hacia las escaleras, decidida. De una lámpara del pasillo, cogió lumbre para encender la que llevaba el hombre que intentó violar a Nora.

La enfermera sabía que se encontraba en su terreno. Serían los ayudantes los que se esconderían si se cruzaban con ella.

—¿Todo en orden camarada?

El corazón de Petrova dio un vuelco. No pensaba encontrarse con nadie. No tan pronto. Por la esquina del pasillo que unía el módulo especial con el ala sur apareció un vigilante. Por su aspecto no parecía que viniese de hacer la ronda. La camisa medio desabrochada, aspecto desaliñado. La mirada del hombre no transmitía agresividad.

—Todo en orden, camarada. Buenas noches— apuntó la enfermera dando por concluida la conversación.

Descendió un par de escalones. Dio media vuelta y los subió de nuevo. Asomada observó como el vigilante, se perdía pasillo arriba del ala sur.

“Parece como si buscara a alguien”

El aspecto del vigilante le ofrecía la explicación que a Petrova le faltaba. Seguramente habrían dejado pasar a algunos ayudantes de médicos esa noche a cambio de favores o dinero. Ahora buscaba a su compañero. Observar como se alejaba pasillo arriba la tranquilizó. Continuó subiendo escaleras, despacio. No era el posible ruido que pudiera hacer el causante de su lentitud al subir, sino su

capacidad pulmonar. Los escalones eran altos y anchos. A cada paso volvía a repasar el plan. Si alguien le hubiese propuesto cualquier otro, por absurdo que fuera, lo hubiera aceptado. Seguro que contaba con más probabilidades de éxito.

Pero no tenía otro. Ni tiempo para elaborarlo.

Al llegar a la planta de arriba entró en la habitación que quedaba justo encima de la de Nora pero una puerta más allá. Abrió la ventana y se asomó. Por su derecha las gruesas ramas de un árbol llegaban hasta casi un metro de donde se encontraba. Miró hacia abajo. Eran tres pisos de altura.

“Mientras no se me ocurra otra idea mejor”

Deshizo la manta que estaba enrollada sobre la cama,ladeó el colchón y dejó la lámpara encendida junto a la ventana abierta. Cuando hubo quedado satisfecha con su pequeño desorden se marchó dispuesta a poner en marcha la segunda parte de su descabellado plan.

La habitación en la que se encontraba era una de las que los soldados solían utilizar de vez en cuando para reunirse en torno a varios litros de vodka. Todos los que habían trabajado en el módulo especial del ala sur conocían lo que sucedía tras esas cuatro paredes. En ocasiones acaban en peleas. Otras, en visitas a los dormitorios de las internas.

Rezando para no encontrarse con nadie en su camino de vuelta a la habitación de Nora, iba analizando los pros y los contras del siguiente paso que iba a dar. No lograba ver más que objeciones y sólo una ventaja. Sin embargo, ante la

opción de no hacer nada y dejar que las cosas sucedieran por sí mismas, aquella ventaja se veía como definitiva. De todas formas, se concedía el tiempo que le restaba para terminar de bajar los escalones y andar los metros que le llevarían a la habitación de Nora, para encontrar un plan B que le ofreciese al menos una ventaja más.

Llegó a la puerta del dormitorio sin novedades. Ni se había cruzado con nadie, ni se le había ocurrido ninguna idea que pudiera sustituir a la que en breves minutos iba a llevar a cabo. Tras barrer con la mirada el pasillo en penumbras, empujó despacio la hoja y se coló en el interior.

Petrova guardaba en su cabeza la reacción de Nora al ataque del ayudante. Reacción que le daba esperanzas de contar con ella para poner su plan en marcha de inmediato. Agradeció la claridad que entraba por la alta ventana que le permitía distinguir los objetos a pesar de su vista cansada. Tomó asiento en la cama. Con la mano de Nora entre las suyas, susurró:

—¿Recuerdas al hombre que te atacó hace unos momentos?

Nora desvió la mirada del techo a los ojos de la enfermera.

—No era Bruno...

—No, no lo era. ¿Sabes que debemos sacarle de aquí sin que nadie nos vea?

La mirada de la chica volvió a enfocarse en el techo. Como si hubiera algo en él a lo que no pudiera resistirse.

Silencio.

—Necesito tu ayuda para deshacernos del cuerpo. Lo metimos bajo la cama ¿Lo recuerdas?

Nora asintió.

Petrova se incorporó. Retiró la manta, con los brazos extendidos invitó a Nora a que se levantase. No hizo falta que se lo repitiera.

—Tenemos que sacarle de ahí— señaló bajo la cama.

Tirando de un brazo y de una pierna, lograron arrastrarle hasta la pared, bajo la ventana.

—Ahora viene lo más difícil, pequeña.

La enfermera abrió la ventana, un viento helado se coló en la habitación. Por la derecha ascendía el árbol cuyas ramas amenazaban con colarse por la ventana que había dejado abierta en la planta de arriba.

Se asomó.

“Ese árbol nos ayudará”.

—¿Sabes que este hombre está muerto, verdad?

Nora asintió mirando el cuerpo inerte del ayudante a sus pies.

—Tenemos que levantarlo y...

Para su sorpresa, Petrova observaba incrédula cómo la chica sentaba al cadáver contra la pared. En cuclillas pasaba un brazo del hombre por su cuello y dándose impulso con los pies intentaba levantarlo. La enfermera les rodeó. No sin esfuerzo lograron incorporarlo. La espalda del hombre frente al hueco de la ventana. A un gesto de Petrova empujaron el cadáver hacia atrás mientras con la otra mano cada mujer agarraba una pierna y tiraba de ella hacia arriba.

—¡Ahora!— murmuró la enfermera.

El impacto seco, grave, llegó hasta el dormitorio. Cuando Nora iba a asomarse la mujer le detuvo.

—¡Métete en la cama, rápido!

Petrova cerró la doble ventana.

—Venga quién venga no abras la boca, sigue como hasta ahora— pidió mientras la tapaba con la manta.

Echó un rápido vistazo a la habitación por si hubiera algo que pudiese delatar su presencia o lo que allí había sucedido y salió.

“Ojalá piensen que al caer ha rebotado el cuerpo en el árbol y por eso no está debajo de la ventana correcta”

En cuanto descubrieran el cuerpo no iba a tardar mucho en enterarse si su plan había logrado el éxito buscado. Contaba con la esperanza de que ocultasen lo sucedido. Ni a los ayudantes, ni al personal de guardia del turno de noche, ni a los soldados, y menos aún al director, les interesaba que corriera la voz del asesinato de un ayudante médico en La Casa del Lago.

Petrova regresó a paso lento hasta su dormitorio. Se encontraba muy cansada y le dolía la espalda.

“El esfuerzo de levantar el cadáver...”

No quiso terminar la frase, si la descubrían, más le valdría quitarse de en medio. Nada más lejos de su intención que pasar el poco tiempo que le quedara de vida encerrada en una cárcel o peor aún en un campo de trabajo. No le temblaría la mano a la hora de suicidarse, se le ocurrían diferentes formas indoloras de hacerlo. A pesar del enorme

cansancio y de la locura que acababa de cometer, se sentía bien. Incluso feliz. Había encontrado una motivación para el día a día. Rogaba para que Nora mantuviese la boca cerrada y no dijera nada de Bruno, quién quiera que fuese.

—¡Exijo una investigación! ¡Quiero que me aclaren que coño ha sucedido! — gritaba fuera de sí el director a la mañana siguiente.

Lo único que necesitaba era un culpable o una explicación convincente de lo ocurrido, por si alguien se iba de la lengua y tuviera que guardarse las espaldas. A media tarde, el capitán encargado de la seguridad en el centro le dejó un informe sobre la mesa. En él se decantaba por una pelea como la causa más que probable de la caída del ayudante. Nadie de los que estuvieron de turno esa noche había reconocido haber estado en algún lugar que no fuese su puesto de guardia o en la cama. Ni siquiera el que se cruzó con Petrova. El informe también apuntaba la teoría del suicidio como causa posible de la muerte, que por otro lado no sorprendía a nadie.

Si alguno de los internos de las habitaciones que daban al jardín dónde había caído el cuerpo habían sido considerados sospechosos, fueron rápidamente descartados en cuanto se solicitó la opinión del médico. Con la medicación recibida era imposible que ninguno de ellos hubiera podido hacer algo así.

Lo que nadie sospechaba era que la enferma de la 239, que dentro de su particular escudo protector de todo lo que la rodeaba, llevaba varios días sin tomar sus medicación. Contra las inyecciones no podía luchar pero había descubierto que no le resultaba complicado hacer como si tragara las pastillas, aunque dependía de quién fuese la encargada de dárselas. De las dos enfermeras que seguían como una sombra a ese horrible médico, la más joven, cuando Nora hacía su ritual de engaño, metía los dedos en su boca buscando las pastillas bajo los labios, la lengua, hasta asegurarse de que se las había tragado del todo. Con la otra enfermera era diferente. Se la ponía en la punta de la lengua y esperaba a que hiciera el gesto de tragar. Con eso se daba por satisfecha. Nora se había preguntado en alguna ocasión si actuaba de ese modo porque creía en ella o porque pensaba que se las había tragado.

“No, si fuese así no sería tan desagradable, ni tan bruta en compañía de su compañera y del médico”

“Mi hijo esta vivo. ¿Y Teresa?”

No había mejor motivación para ella. Ciertamente que el efecto de las inyecciones era muy potente. La dejaban sin fuerzas, como si flotara, sin ganas de hacer nada más que estar tumbada o sentada en la silla mirando el cielo. Quizá por eso se las inyectaban de día.

Pero algunas noches eran diferentes.

Como esta, en la que había matado a un hombre. No se había defendido antes porque quería esperar a ver que

hacía esa enfermera mayor que se preocupaba tanto por ella. Confiaba en esa mujer. Había que reconocer que valentía no le faltaba, e inteligencia menos aún. Arrojar al cabrón del violador por la ventana había sido una forma de decir a todo el mundo que si le hubiera matado yo no tendría sentido que tirase su cadáver bajo mi ventana.

“Mujer lista”

A pesar de llevar varias noches sin tomar las pastillas, eran muchos los meses “¿años?” que estaba siendo drogada un día tras otro. Se sentía muy floja, ausente, pero feliz con el mundo que se recreaba bajo los efectos de la inyección. Había conseguido que fuese el mismo mundo que cuando se encontraba más despejada.

Su fábrica de sueños.

Dos días después a Petrova le confirmaron el suicidio de un ayudante de médico en el ala sur. No era un asunto que resultase extraño para los residentes en la casa. Quitarse la vida no era un hecho aislado en los tiempos que corrían.

“Todo ha pasado”

Esa noche había quedado con Tanya. Iba a compartir con ella sus vivencias con la paciente de la habitación 239. Entre el personal se tenía terminantemente prohibido referirse a los pacientes mediante sus nombres, sólo valían números. Con su amiga actuaba igual, por mera precaución. De esta forma evitaban que algún día se les escapara.

Tanya también tenía cosas que contarle. Le habían



Ilegado noticias de España, nada buenas. Un buen amigo de ella y de Dima, su marido, había enviado malas noticias.

Muy malas.

# 18

## Sonia Vardiola

### 1950-1955

El nacimiento de su nieta se convirtió en la excusa perfecta para que Sonia retomase las visitas a casa de su hija y de Bruno, sin olvidar el bufete de abogados. Desde la boda solía presentarse sin avisar, pero actuando así era consciente de no ser bienvenida.

Su plan de captar a Bruno se retrasaba más de lo previsto. Unas semanas antes de la boda organizó una reunión, a la que quiso dar un aire de espontaneidad, con Nora, Bruno y Nino Broccenti, que había llegado de Italia

para la ocasión. Sonia le había encargado que le diera su opinión sobre la pareja sin que tuviese en cuenta que se trataba de su hija.

El espía italiano se instaló en casa de Sonia con el objeto de crear un clima de confianza más rápido que si se hospedase en un hotel e hiciera visitas diarias. Podría resultar incluso perjudicial.

Durante la sobremesa Nino hablaba, en confianza, decía, de la influencia que la Revolución rusa había tenido en muchos países europeos, incluyendo Inglaterra y Francia.

—¿No crees que los trabajadores deberían tener mayores derechos que los que obtienen por ejemplo aquí, en España?

Nora miró a su madre antes de contestar. Desconocía si la estaban poniendo a prueba o se trataba de una reunión informal sin la menor importancia. Algo en su interior, le recordó que su madre nunca hacía las cosas "sin la menor importancia".

—Claro que deberían tener más derechos. Si me perdonáis —Nora se levantó de la mesa con la excusa de ir al baño. No le gustaba como la miraba el amigo de su madre.

"¿Ella no se había dado cuenta?"

No volvieron a coincidir en la mesa hasta unos días después. Nora se ausentaba a cada momento con el pretexto de organizar su boda, de la que mantenía al margen a su madre todo lo que podía. Excepto el día que Sonia preparó una comida a la que invitó a Bruno. Otra ocasión para juntarle

con Nino.

Ese día, madre e hija asistieron a la prueba del vestido de novia. Para la elección del modelo Nora la había invitado pero la dejó al margen. El gusto de su madre se alejaba mucho de lo que ella esperaba de un vestido para una ocasión cómo esa. Asistieron todas las mujeres de la familia, Candela, Josefina, Antonia y Lenita. Con el paso del tiempo, desde su regreso a Madrid, y con mayor énfasis desde que Bruno le pidió su mano, Nora sentía como cada vez le unían menos cosas a su madre y más a la que ella llamaba su familia.

El día de la prueba definitiva, Sonia insistió en ir. Se había sentido desplazada la vez anterior, aunque contaba con que en esta ocasión sucediese lo mismo. Decidió tragarse el orgullo, que tantas veces la había hecho explotar, y sonreír abiertamente.

—Tienes un gusto exquisito— convino la dueña de la tienda al ver a la novia sonriente con el vestido recién puesto.

—¿Exquisito?— pensó Sonia— ¡Qué ibas a decir, hipócrita! Es un simple vestido blanco que tú ni siquiera podrías costearte, desgraciada— sus pensamientos no influyeron a la hora de mostrar su mejor sonrisa, de un repertorio bastante limitado.

De regreso a casa su actitud siguió siendo jovial, incluso risueña. Tanta simpatía, a su hija le hacía recelar. Aunque visto de otra manera nada había de malo en

aprovechar los buenos momentos. Lamentablemente cada vez eran menos habituales, nunca fueron una constante en su relación.

A los postres, Nino se llevó a Bruno al salón con la excusa de disponer de unos minutos para asuntos de hombres. Tomarse un licor y fumar algunos cigarros ayudaría a mantener una charla amena. Por la cabeza del italiano pasaba crear un perfil del hombre que tenía frente a él. En esos momentos su lado profesional era el que se estaba encargando de llevar la conversación. Su colega, Vardiola, veía en ese joven abogado la piedra angular de su proyecto. El eje sobre el cual giraría la red de espionaje que estaba creando. El rumor, cada vez más extendido, de la posible renuncia del Gobernador Civil de Madrid a favor de John Hayward la aproximaba Sonia a los círculos de poder.

Fue precisamente ese rumor, que el propio padre de Bruno se encargaba de desmentir cada vez que tenía ocasión, el que le generaba en Sonia una ansiedad que aumentaría con el paso de los meses. Tanto fue así que había diseñado un plan para acabar con la vida del Gobernador a instancias de Zasliev.

A media tarde Bruno y Nora se despidieron de Sonia y Nino.

—Tu madre ha estado encantadora. Simpática y divertida como nunca. Ese amigo suyo ¿le conocías de antes?

Tantas muestras de alegría y cariño despistaban a Nora. No había duda de que algo tramaba, por otro lado le

hacía sentirse mal no darle a su madre una oportunidad para cambiar. Quizá Nino tuviera algo que ver en ese cambio.

Lo que desconocía era que la agente Arena no tenía necesidad de cambiar ningún aspecto relativo a su forma de actuar en la vida. Lo único que en esos momentos le interesaba cambiar era la actitud de su hija. Si lo conseguía, las posibilidades de captar a Bruno aumentarían, sin duda.

—¿Cariño?— con su brazo sobre el hombro de su pareja, Bruno la miraba. Parecía ausente, como si estuviera a kilómetros de distancia.

—¿Eh? Sí, perdona. No, no conocía a Nino de antes.

—Parece que tu madre está contenta con la boda. Me alegro por ello— la atrajo hacia sí y le dio un beso en la cabeza.

—Sí, eso parece, se la ve contenta— añadió distraída.

Dieron un paseo por el Retiro. Las nubes aguantaban sin descargar el agua que habían anunciado para el día de hoy. En silencio, agarrados de la mano, observaban a los niños correr tras los pájaros. Madres y cuidadoras persiguiendo a los más pequeños. Risas, ladridos.

Nora no veía nada de eso. Pensaba en las palabras de Bruno. Claro que conocía a Nino, le vio en Italia cuando salieron de Rusia. Fue él quien le presentó a su padrastro, Emilio.

“¿Cómo voy a confesarle eso?”

No, no le gustaba nada ese italiano. Ni la forma en que la miraba cuando su madre no le prestaba atención. No quería agobiar a Bruno con sus tonterías. Quizá solo fueran

eso, tonterías.

No, no eran tonterías.

Unos días más tarde lo iba a comprobar.

Cuando Bruno y Nora se despidieron, el rostro de Sonia retomó su gesto habitual, grave, serio. En el día a día con Nino, era la agente Arena quien tomaba el mando, en su defecto la Teniente Coronel Vardiola. El papel de madre preocupada por el bienestar de su hija nunca lo había manifestado en presencia de camaradas. Su único interés era la Revolución. Su experiencia le aconsejaba estar siempre alerta, en cualquier situación y ante cualquier persona. No es que desconfiara de Nino, en absoluto, pero la agente Arena siempre estaba vigilante. Era la única forma de no ser sorprendida.

—¿Qué te ha parecido Bruno? ¿Crees qué puede trabajar para nosotros?

Había tomado asiento en una butaca junto al espía italiano. Removía en su mano un humeante café. La cara de Nino le mostraba una información que confiaba se correspondiera con las palabras que iban a salir de su boca.

—Es un joven que ha vivido bien toda su vida. Está convencido que en las empresas de su padre siempre se ha tratado con respeto a los trabajadores y han velado por sus derechos.

—¡Tonterías!— cerca estuvo de tirar la taza de café.

—Cree que lo ideal es una democracia y que...

—¿Qué mayor democracia que aquella en la que todo

el pueblo tiene derecho a todo? ¿Eh?

—Sonia, Bruno habla de lo que ha vivido. No es un adicto al régimen. Recuerda que ya ha defendido a camaradas y se ha expuesto por ello. No debemos olvidarlo— Nino encendió un cigarro al que dio un larga calada antes de continuar— Diría que ya ha trabajado para nosotros.

Sonia asintió reconociendo las palabras de su amigo.

—Pero yo quiero más. Le aseguré a Zasljev que lo captaría para la causa. No puedo fallar. ¡Nunca he fallado! ¡No voy a permitir que ese niño, ni mi hija me pongan en ridículo!

Esta vez la taza no aguantó los nerviosos movimientos de Sonia y terminó cayendo al suelo. Miró la falda en busca de alguna mancha, luego llevó la vista a sus zapatos. La taza daba sus últimos giros junto a sus pies. Vacía. Se agachó a cogerla, mirándola como si no entendiera que acababa de beber el escaso contenido que cabía en ella.

—Si quieres captar a Bruno para que se implique como agente, primero debes conseguir que tu hija se deje de historias y entre en la NKVD. Tú a su edad ya trabajabas para el partido.

Los dos habían llegado a la misma conclusión. Sonia valoraba muy positivamente el hecho de que Nino destacase el trabajo de Bruno como parte de su proceso de incorporación a su red. Ella no había visto de esa manera los diferentes juicios que él había ganado defendiendo a camaradas. Por primera vez aquella tarde, sonrió. Prepararía un informe a Zasljev informándole de los avances



conseguidos. Se maldecía porque el objetivo final de captar a su futuro yerno le había impedido ver los pequeños éxitos conseguidos hasta el momento.

—Quizá fuese buena idea compartir con Nora los avances de Bruno— su cara esbozó una leve sonrisa al pensarlo— Decirle que Zasljev ha sido informado de sus progresos.

—Puede que eso le de la confianza que necesita, o por el contrario que tengas que tomar decisiones incómodas.

Sonia le dedicó a Nino una mirada de concentración. Helada.

—No me temblará el pulso si me obligan a tomar medidas drásticas.

Bien lo sabía Nino. Emilio Santos-Fraile era buena prueba de que la agente Arena no hablaba por hablar.

Vardiola se ausentaba algunas tardes o mañanas para lo que ella llamaba, atender a camaradas. Una de esas tardes Nora entraba en su dormitorio, recién llegada de comer con Lenita y su madre. Se daría un baño antes de salir con Bruno. Apenas faltaban un par de semanas para la boda y se sentía tan feliz como no recordaba haberlo sido antes. Por si eso fuera poco regresaría a Moscú a ver a su familia rusa.

“¡Qué más puedo pedir!”

Sí que podía pedir algo más. Encontrar la manera de dedicarse a vivir su vida sin que su madre entendiese cada decisión suya como un ataque personal. Al entrar en casa no escuchó ningún ruido. No era de extrañar, seguramente su

madre habría salido con Nino. Mejor así, no le apetecía encontrarse con ninguno de los dos.

Había acertado a medias. Su madre había salido.

Pero no estaba sola en casa.

Nino había oído la puerta de la calle. No podría ser Sonia, no hacía ni veinte minutos que se había marchado, y se despidió hasta la noche. Por tanto sólo podía tratarse de su hija, de Nora.

Sonrió.

Saltó de la cama y aguardó unos instantes por si su deducción fuese equivocada. El clic del pestillo de la puerta de Nora al abrirse le invitó a levantarse y a sonreír de nuevo. Despacio, salió al pasillo. La habitación de la chica se encontraba enfrente, a la derecha. Desde su posición podía ver como la puerta no estaba cerrada del todo. Sintió como se excitaba sólo de imaginar lo que podría encontrarse al otro lado. Nino Broccenti se consideraba un mujeriego empedernido. Se le daban muy bien, no podía negarlo.

Ni quería.

Esa cría mal educada no se le iba a resistir. Con su madre aún no se había acostado, le veía como un camarada de trabajo, por el momento. Con el tiempo ya se encargaría de que le mirase con otros ojos. Ahora tenía otras preocupaciones, no lejos de allí, al otro lado de esa puerta entreabierta por la que fisgaba aguantando la respiración.

Oía tararear a Nora, sin duda estaba contenta. No iba a durarle mucho la felicidad, el tiempo que a su madre le

costara convencerse de que necesitaba un fuerte correctivo. Hasta que llegara ese momento, aprovecharía sus opciones. Por la pequeña rendija la vio pasar en ropa interior

“Preciosa la niñita de la camarada”

Desde su posición podía observar a Nora de espaldas desnudándose lentamente. El deseo de Nino iba en aumento. Ni recordaba cuando una mujer le había puesto tan excitado como la cría esa.

No pudo aguantarse y entró.

Nora permanecía de espaldas. Abrió la puerta del armario para coger una bata y le vio a través del espejo.

Fue poco más de un segundo, tiempo más que de sobra para que el cuerpo reflejado de la chica se le quedara grabado en su mente para siempre. Nora se llevo una mano al pecho y la otra a la ingle.

—¿Qué coño haces aquí?! ¡Lárgate, cabrón!

Nino avanzó un paso. La visión le ofrecía diversas alternativas, largarse, no se encontraba entre ellas.

—Lo que tú me has pedido.

Nora se giró dándole la espalda mientras buscaba desesperadamente la bata entre las perchas del armario. El nerviosismo le impedía ver que la tenía ahí delante, junto a un par de camiones.

“No se atreverá, no se atreverá”.

El italiano agradeció mentalmente el espectáculo que se le ofrecía y avanzó de nuevo hasta situarse justo detrás de ella. Con las manos en los hombros de Nora lamió su cuello y pegó su cintura al trasero de la chica. A veces la

valentía queda en segundo plano y es el miedo, la desesperación o el asco quien toma el mando de las acciones.

Un profundo asco y desprecio, fue lo que impulsó a Nora a girar sobre sí misma lo más rápido que pudo a la vez que empujaba con todas sus fuerzas a su atacante. La reacción le cogió al italiano por sorpresa. Agitando los brazos en el aire para no perder el equilibrio fue dando vacilantes pasos hacia atrás, hasta que dio con sus huesos en el suelo junto a la puerta.

Nora aprovechó el momento para coger la bata y ponérsela.

—¡Lárgate!

Nino se incorporó despacio mostrando una media sonrisa ladeada que intentaba ocultar su desconcierto. Podía esperar que la chica gritara o que intentara golpearle, es lo que le solía suceder en situaciones parecidas, pero no que se defendiera de ese modo. Tampoco importaba, al final iba a ser suya por las buenas o por las malas.

—Bien, bien. Si esto es lo que quieres...— en pie, tras sacudir un rastro invisible de polvo de las mangas de su camisa, se dirigió de nuevo hacia ella, a paso lento.

—Ni lo intentes, desgraciado— Nora había abandonado el estrecho margen de maniobra que le dejaba el armario abierto y blandía en su mano una lámpara de mesa.

—Lo estás deseando, lo he visto en tus ojos.

Dibujó un semicírculo en el aire con la lámpara, de derecha a izquierda. Echó el brazo hacia atrás, tomó impulso con toda la rabia que llevaba dentro, lanzándola contra

Broccenti. Con los brazos cruzados, Nino se protegió del impacto en el rostro, pero no pudo evitar que la base metálica rebotase con fuerza en su cabeza haciéndole retroceder hasta golpearse con la puerta.

—¡Zorra!— masculló llevándose la palma de la mano a la frente— Ahora verás.

Nora miró en torno.

De la mesa cogió un pisapapeles, recuerdo de su estancia Salamanca, y lo lanzó contra italiano. Nino reaccionó a tiempo logrando esquivar la réplica de la Casa de las Conchas que volaba en dirección a su cabeza.

—¡Mierda!— de nuevo barrió con la mirada su habitación buscando algo más que arrojar al italiano.

El pisapapeles dejó su huella en la puerta del dormitorio en forma de agujero. El impacto debió oírse en toda la casa. Nino se quedó mirando a la chica sin borrar la estúpida sonrisa de su rostro.

—¿Qué son esos golpes?!

La puerta de la habitación se abrió de improviso, bajo el dintel se encontraba Sonia. Su faceta profesional intentó hacerse una rápida composición de lugar. El corte en la frente de Nino. La lámpara y el pisapapeles en el suelo. El agujero en la puerta. Sin embargo, hubo algo en lo que no reparó a simple vista, al menos no pareció darle importancia: Nora se encontraba en bata. Miró a uno y a otro esperando una respuesta.

—¡Tu hija se ha vuelto loca! Estaba tumbado y oí ruidos. Abrí la puerta, me asomé. Se estaba poniendo la

bata, y comenzó a tirarme cosas. Ya lo ves— dijo señalando al suelo primero y a su frente después.

Ahora sí que Sonia reparó en ella.

—¡Ha intentado violarme! Se ha pegado a mi y ha empezado a lamerme el cuello y...

—¡Cállate!

A un gesto de Sonia, Nino abandonó la habitación, su fama de mujeriego no le era desconocida. Vardiola no descartaba llevarle a su cama algún día, pero no en estos momentos. Antes necesitaba resolver otros asuntos y para ello era conveniente evitar un exceso de confianza.

—¿Te gusta Nino?

La pregunta la dejó boquiabierta, con el ceño fruncido miraba a su madre cómo si no la hubiese entendido.

—Me caso en dos semanas y además...

—Sí, sí, lo sé, pero coincidirás conmigo que entre Bruno y Nino no hay comparación posible, el italiano es un hombre hecho y derecho— Sonia había tomado asiento en la cama. Miraba a su hija entre divertida y cómplice. Cómo si estuviera a la espera de que le confiara algo que iba a quedar entre ellas.

—¡Te he dicho que ha intentado violarme!— no daba crédito a la actitud de su madre— ¡¿Y me preguntas si me gusta?!

—Ya sabes como son los hombres. Seguro que te ha visto desnudándote y no ha podido...

—Tengo que vestirme, ¿Te importa?— señaló la puerta.

Al otro lado, Nino escuchaba sonriente la conversación. Orgullosa de que Sonia se hubiese puesto de su parte no reparó en que acercaba. Su rostro no era capaz de disimular la tremenda sorpresa que le supuso verla aparecer de improviso.

Quedaron frente a frente.

Broccenti se esforzaba en no abandonar su estúpida sonrisa, Vardiola le ofrecía el más frío de sus semblantes. Cuando consideró que se habían alejado a una distancia prudencial, la agente Arena se detuvo.

—Nunca más te vuelvas a acercar a mi hija— escupió cada sílaba a un palmo de distancia de la boca de Nino— ¿Lo has entendido, maldito italiano? Te aconsejo que me tomes en serio.

Cerca, muy cerca había estado de besar la boca de Sonia mientras añadía aquello tan recurrente de, “te pones preciosa cuando te enfadas”. Viendo su mirada decidió dejarlo para otro momento.

—Ha sido ella la que...

Sonia le dejó con la palabra en la boca alejándose en dirección a su dormitorio. Ya no había frialdad en su cara, en su lugar un rictus relajado, casi sonriente. La actitud de Nino con Nora se la podía tomar como una prueba hacia su hija. No le había parecido que estuviera realmente ofendida, sino más bien sus modales eran fruto de una pataleta por aparecer de improviso. De haber llegado un poco más tarde quizá les hubiera sorprendido en una situación que a Sonia le hubiese provocado una inmensa alegría. Pillarles a los dos

en la cama significaría que su hija no se casaba por amor a pesar de que quisiera dar esa imagen. Lástima del golpe en la puerta de la Casa de las Conchas, creyó que sucedía algo importante.

La cabeza de Nora buscaba alguna respuesta a la actitud de su madre y de su amigo. Se había quedado sin palabras cuando le insinuó que quizá ella le había provocado.

“¿Me estaban poniendo a prueba?”

Creía capaz de eso y de mucho más a su madre. Decidió mantener en secreto lo sucedido y no comentarlo con Bruno. Nada iba a conseguir con ello, excepto alterarle. Sabía que su novio en una lucha cuerpo a cuerpo saldría perdiendo con cualquiera de ellos dos, incluso con ella misma. Le faltaba ese punto de maldad que en muchas peleas te daba la victoria. Si vacilaba respecto a sus sentimientos por Bruno y las consignas de su madre, lo sucedido esa tarde había disipado cualquier duda. De momento nada le diría a ella, pero su decisión iba madurando con el paso de los días. La visita a Moscú confiaba en que le proporcionara más argumentos para seguir adelante. Quería ser feliz con el que en unos días se convertiría en su marido. Su madre no lo iba a impedir.

En ese punto Nora se equivocaba.

Sí, su madre iba a hacer todo lo posible para impedirlo.

Nada sucedió hasta el día de la boda. Nino abandonó la casa a la que no regresaría hasta un mes después. Nora había sido muy clara al respecto, si aparecía con su amigo



estaba dispuesta a echarles a los dos de la ceremonia. Sonia decidió no tensar más la cuerda. Su experiencia le había enseñado cuando retirarse a tiempo y dejar que su oponente cantase una victoria que a ella nada le importaba. No era momento de dejarse ver en compañía del italiano. No obstante, por su cabeza no había pasado asistir con Nino cogido del brazo, por ello el aviso de su hija le facilitó las cosas. Fingiendo que cedía, le daba a Nora la sensación de victoria.

Manuel, el chófer, pasó por su casa para llevarlas a la iglesia. Madre e hija lucían vestidos espectaculares que alabaron los invitados. A Sonia se la veía orgullosa de su hija y se hinchaba aún más cuando alguna exagerada insistía en que parecían hermanas. Ambas enterraron el hacha de guerra.

Por ese día.

Todo marchaba como Sonia había previsto, hasta que unos días después recibió una inesperada llamada de uno de sus hombres de confianza en la NKVD, Pavel Ologov.

—Su hija se encuentra aquí, en Moscú, en compañía de un hombre llamado Bruno...

Al colgar se quedó con un regusto amargo. No le había satisfecho la conversación que mantuvo con su subordinado. Por su tono y pequeños matices hubiese jurado que le estaba mintiendo, que le ocultaba algo. En esos momentos Nora debía estar disfrutando de su viaje de novios en Suecia y Noruega. No se le había perdido nada en Moscú

“¿O sí?”

Por eso había ordenado a Ologov que les detuviese, pero el muy imbécil se había suicidado. Por su ineptitud lograron escapar. Mejor estaba muerto que tener a un fracasado como ese en una organización como la NKVD. De todas formas la visita de su hija a Moscú no debería ser motivo de preocupación. En el fondo era lógico que quisiera ver a la familia de su padre.

“¿Lógico? ¿Después de tantos años?”

En ese instante, Sonia cayó en que también sería la familia de Nora. No pudo evitar reconocer el valor de su hija al acechar a Ologov, después de haberla secuestrado de pequeña, para preguntarle por el traidor de su abuelo. Por lo menos algo de provecho hizo antes de pegarse un tiro. No haber confesado el lugar en el que se encontraba Sergey.

“Si no fuese por mí, estaría en un maldito campo de trabajo, donde le corresponde. Ser familia de Ramón ha sido lo único que le ha salvado de pudrirse entre rejas. En el fondo, no soy más que una estúpida sentimental”

Sin embargo, lo que le realmente le preocupaba era si su inmaculada reputación se había visto afectada por el incidente de Ologov. Sí, incidente, eso significaba para Vardiola, un mero incidente de un estúpido subordinado. Esa misma tarde Zasliev se puso en contacto con ella. Nunca le había visto tan enfadado, tan fuera de sí.

—Me han dicho que se ha suicidado un individuo en mi sede. Sé que no es el primero, ni será el último, pero lo que

hace a este suceso diferente es que el suicida apretó el gatillo mientras esperaba una comunicación con la teniente coronel Vardiola ¿Algo que comentar?

Sonia captó la fina ironía del general en su comentario, pero no acertaba a entender qué le molestaba.

—¿No pensabas decírmelo? He recibido un informe del teniente Ivaniev en el que se describen las últimas horas vividas por un tal Pavel Ologov. ¿Le conoces, verdad?

No era momento para negar lo evidente.

—Le conozco, camarada general.

—Bien. Resulta que tuvo a la unidad especial de aquí para allá, tras unos sospechosos de no sabe qué, por orden de Ologov que a su vez las recibía de la camarada Vardiola. ¿Sabes de lo que te estoy hablando?

—Sí, camarada, sé...

—No me toques las narices, Sonia. No es un buen momento. Dime ¡Qué coño está pasando! y por qué no me has puesto al corriente. ¡Quiero saberlo, ahora!

No entraba en sus planes haber compartido nada de este incómodo asunto con Zasliev. Se maldecía por no haber pensado en el teniente Ivaniev y haberle exigido un informe. De esta manera no le hubiera llegado al general.

—No le he comentado nada por que no era un asunto por el cual debiera molestarle, camarada...

—Vardiola...

—El camarada Ologov se comunicó conmigo para informarme de la presencia de mi hija en Moscú y que preguntaba por Sergey Volkov ¿Recuerda el nombre?

—Si me estás poniendo a prueba, ten cuidado, mucho cuidado.

Sonia tragó saliva antes de continuar. La conversación no iba por los derroteros que le hubiera gustado. Debía ser capaz de encauzarla si no los acontecimientos se podían volver contra ella.

“Estúpido”

Dedicó este pensamiento a su hombre de la NKVD y a su suicidio.

—Nada más lejos de mi intención. Ordené a Ologov que detuviesen a mi hija y a todos los que se encontrasen con ella— Sonia se esforzó en dar una especial entonación al decir *mi hija*. Quería que su profesionalidad quedara por encima de todo, incluso de Nora.

—¿Qué hacía en Moscú? ¿Por qué preguntaba por ese traidor?

—Son simples pecados de juventud, camarada. Se encuentra de viaje de novios y querría ver a la que era familia de su padre. Mi hija y su marido iban a Suecia, camarada, no a Moscú.

Unos incómodos segundos de silencio se apoderaron de la línea. Sonia estaba bastante satisfecha con su actuación, sobre todo al final. Había conseguido dar la vuelta a la conversación, sin duda.

Estaba equivocada.

Del todo.

—Hay algo que no entiendo. Verás ¿Por qué tu hija va a ver a Ologov para preguntarle sobre Sergey Volkov? Por

más vueltas que le doy, no lo entiendo.

“¡Mierda!”

No había duda de que estaba perdiendo facultades. Jamás le habían cogido en un asunto así en toda su carrera. Intentaría suavizar las consecuencias.

—Mi hija conocía a Ologov.

Si quería sorprender a Zasljev lo había conseguido.

—Te escucho.

—Fue obligado por el general Aleksey Nóvitsiov a secuestrar a mi hija.

Otros desconcertantes silencios.

—¿Mintió en su informe?

—No quise ensuciar la prometedora carrera de un joven...

Zasljev había cortado la comunicación.

A Sonia se le vino el mundo encima, desconocía cómo actuar en esos momentos. Ciertamente que había modificado el informe, pero en nada afectaba a Zasljev ni a la organización. Había evitado que Ologov terminase en un campo de trabajo y a cambio se aseguraba su lealtad de por vida. No se trataba de nada extraño, todos en la organización habían actuado, y actuaban de ese modo, incluso Zasljev.

“Pero no les habían descubierto”

Sabía que a partir de ese momento su relación con el general no iba a ser la misma. Más le valía obtener más que notables progresos en su objetivo de crear esa red de informadores que llevaba buen ritmo, pero le faltaba la guinda.

Esa era la misma conclusión a la que el general había llegado cuando cortó la comunicación. Él en su lugar posiblemente habría actuado de la misma manera. Sin embargo, lo que no podía consentir era que una persona de total confianza como Sonia le ocultara estos temas. No, no era eso lo que le indignaba, reconocía que era algo habitual. Haberla pillado en una mentira era lo que le llevaba a desconfiar.

“¿En qué más me habré mentido?”

Los siguientes meses que transcurrieron a la boda, Sonia los dedicó a dar cobijo a algunos camaradas y relajar la tensión entre su hija y ella. Algo que no le resultaba nada sencillo, había observado que Nora iba poniendo más y más espacio. Si por su hija fuera no se hubieran vuelto a ver desde que regresaron del viaje de novios. Una cosa era no ahondar en las diferencias que les separaban y otra muy distinta que la desagradecida fuese a dar al traste con el trabajo al que había dedicado toda su vida.

El período de mantener la distancia había finalizado.

Al menos por su parte.

Una mañana de sábado se presentó radiante con Nino Broccenti en casa de Nora y Bruno. Llevaban unas semanas juntos por orden de Mijail Zasliev, debían ir buscando el momento apropiado para casarse. De esta forma ambos podían desarrollar sus funciones tranquilamente sin temer a ser descubiertos por quien viviera con ellos.

Sabían a lo que se refería el general. Ambos habían asesinado a sus respectivas parejas por similares motivos. En el caso de Broccenti su víctima fue una viuda baronesa. La fatalidad hizo coincidir una noche a Nino y a su, hasta ese instante, querida esposa, en el momento menos propicio, en el lugar menos indicado... para la baronesa. La puerta trasera de la pequeña mansión, abierta. Nino ultimando detalles con unos camaradas que iban a atentar contra el Duce. La esposa que regresa a casa antes de lo previsto y atraída por las voces se encamina, cruzando el jardín, hacia el lugar del que parecen provenir. Atónita, llega a tiempo de escuchar lo suficiente para comprender lo que estaban tramando. Una absurda caída al alejarse alertó a los conspiradores de su presencia. A la mañana siguiente su fiel ama de llaves encontró el cuerpo sin vida de la baronesa en la cama.

Causa de la muerte; paro cardiaco.

La pareja quería compartir la feliz noticia de su inminente boda a unos pocos meses vista. De todos era sabido el idilio que mantenían, por tanto, nada mejor que legalizar la situación. Mientras llegaba la supuesta anhelada fecha no compartirían vivienda, no era momento para escándalos absurdos.

Loreto les abrió la puerta invitándoles a pasar al salón. Allí se encontraron con Nora y Bruno cuyos semblantes parecían transmitir la sensación de haber interrumpido un momento especial. Sonia creyó captar una inconfundible alegría en el ambiente. Los rostros de los

jóvenes irradiaban felicidad.

“Parece una buena ocasión para darles la noticia”.

Sonia llevaba razón, su hija y su marido estaban felices, pero su noticia debería esperar, si pretendían que causara un mínimo impacto.

—Nora está embarazada— lo soltó sin más, como si tuviera la necesidad imperiosa de compartirlo con quien fuese.

Sonia y Nino no pudieron disimular su sorpresa. Ella se había quedado con la palabra en la boca. Unas simples décimas de segundo más y hubiera dado lo que para ella era una feliz noticia, que a nadie, ni siquiera a ellos, les alegraba en absoluto.

—¡Qué sorpresa!— exclamó Vardiola con una extraña sonrisa.

—Nos lo acaba de confirmar el doctor, estoy de algo más de dos meses.

La presencia de Nino bastaba para que Nora no mostrase la enorme felicidad que sentía en aquellos momentos. Lo sucedido unos pocos meses atrás, era motivo suficiente para alejarse de ellos. Si por ella hubiera sido no se habrían enterado del embarazo hasta que no fuese evidente.

Sonia estampó dos sentidos besos a su hija. Sólo ellas sabían lo que sus miradas reflejaban. Para cualquier espectador se trataba de una sincera sonrisa de una madre a su hija embarazada.

Nada más lejos de la realidad.



Nino se dirigió a Bruno estrechando su mano junto con un afectivo abrazo. Nora aprovechó el momento en el que los dos hombres se saludaban para encaminarse hacia la puerta del salón. Se organizó un pequeño lío cuando Sonia se volvió hacia su yerno y Nino les rodeó dirigiéndose hacia la futura madre.

—Disculpadme, necesito ir al baño— mintió.

Antes que decirle a Nino que ni se le ocurriera tocarla optó por excusarse. Aún no le había comentado a Bruno lo que sucedió aquel día en su casa y la actitud posterior de su madre

—No te preocupes, cariño— dijo Bruno.

Loreto trajo unas limonadas y un par de cervezas.

—¿Crees que estamos en un país en el que tus hijos se criarán con todo lo necesario?

La pregunta pilló totalmente desprevenido a Bruno. Su cabeza era incapaz de dejar un hueco libre para pensar en algo que no fuese el embarazo de su mujer.

—Confío en que así sea, Nino. Es mejorable y en ello estamos.

—¿No crees que se podría hacer algo más? ¿Qué me dices de las instituciones? pero sobre todo me refiero a nivel popular. Es decir ¿Crees que sería bueno para todos que gente cercana a las ideas del pueblo estuviera próxima al poder?

Sonia escuchaba impresionada a su pareja. Nunca antes ninguno de los dos había sido tan directo con Bruno, pero debía seguir con su papel de mujer conservadora pero

liberal.

—Nino, no creo que le interesen esos temas, menos aún en estos momentos tan especiales.

La agente Arena no sabía que su yerno contaba con más información respecto a ella de lo que podía sospechar. Desconocía lo más significativo, su pertenencia a la NKVD y su cargo de teniente coronel. A pesar de ignorar lo más importante, la intervención de su suegra le pareció todo lo falsa que en realidad era. Sonia y Nino habían acordado sus papeles. Ella se mantendría cercana a los Hayward y él intentaría que Bruno se aproximara a sus intereses.

—La señora dice que la disculpen, no se siente bien— las palabras de Loreto desde la puerta del salón pusieron fin a la visita.

—Da la enhorabuena a tu mujer de mi parte.

La noticia de la boda quedaría para mejor ocasión.

Una vez en la calle Nino tomó la palabra:

—Tu hija no quiere ni verme. Si lo que pretendes es acercarte a ella, no creo que sea una buena idea que nos casemos

—Es posible que lleves razón. Dejaremos pasar un tiempo, mientras tanto me esforzaré en ejercer mi papel de madre, y abuela preocupada por su nieto.

Sonia no había compartido con Broccenti el estado actual de su relación con Zasliev. En los casi tres meses que habían pasado, contactaron en no más de cuatro ocasiones para informarle de los nuevos agentes que se iban

incorporando a su red de espionaje. El general le felicitó por ello. No obstante, ambos sabían que nada volvería a ser como antes. En la última comunicación recibió la orden de casarse con Nino Broccenti en cuanto se dieran las condiciones más ventajosas.

A pesar de las felicitaciones, Sonia percibía cierta presión para que Bruno Hayward se añadiera a la lista. Los rumores que situaban a su padre, John, como inminente sucesor del actual Gobernador Civil de Madrid habían llegado a oídos de Zasljev.

Nino agarró bruscamente la mano de Sonia.

—¡Por ahí! Nos siguen— señaló una calle a la derecha.

—¿Quién nos sigue?

—Tres tipos con aspecto de sicarios.

Corrieron hasta la siguiente esquina. Cruzaron al otro lado calle arriba y doblaron a su izquierda. Al llegar al siguiente cruce se detuvieron. A salvo tras un camión, observaban la acera por la que segundos antes habían subido. Tres hombres embutidos en amplios abrigos y cubiertos con sombreros se aproximaban a paso ligero. Uno de ellos cruzó la calle. Parecían buscar a alguien.

—¿Les conoces?

Nino negó con la cabeza sin perder de vista a los dos que venían de frente.

—¡Taxi!— Sonia levantó el brazo deseando salir de allí. No iba armada y tampoco quería verse envuelta en ninguna persecución.

Los tres hombres se les quedaron mirando viendo como se alejaban en el coche. Vardiola no abrió la boca hasta que se despidió de Nino unas manzanas antes de llegar a su casa. Sólo una cosa le preocupaba, que su tapadera fuese descubierta.

Dos personas se disputaban en su cabeza la etiqueta de sospechosos de lo sucedido. Nora, a la que no creía capaz de haberla denunciado a la policía y Nino, al que veía capacitado para cualquier cosa, como ella misma, pero no imaginaba los motivos.

“A no ser que le siguieran a él y no a mí”.

Puesto que el italiano se iba a ausentar un tiempo debido al retraso de la boda, dispondría de tiempo para comprobar si la teoría de sus dos sospechosos era cierta. No iba tomar medidas especiales. Si Nora la hubiese denunciado, la detendrían al llegar a su casa o al salir. Si por el contrario, era Nino el objetivo de esos tres individuos, no les volvería a ver al menos hasta que su futuro marido regresara de Italia.

Nada sucedió en los siguientes días.

No por esperado dejó de ser un alivio comprobar que su hija no les había denunciado a las autoridades. De haberlo hecho, con toda la información que poseía lo más probable es que hubiera sido ya detenida y acusada de alta traición. No, su hija no sería capaz de algo así, sin embargo, a Sonia no le temblaría la mano para hacer lo que considerara que debía llevar a cabo.

—¡Es una niña!

La abuela Candela abandonó la habitación de Nora con las manos en la cara, cubriéndose las lágrimas de la emoción. Se trataba de la primera nieta.

—Teresa ya está aquí, Bruno— Madre e hijo se abrazaron sin disimular su alegría.

John y Antonia aguardaban su momento para fundirse en un abrazo con el orgulloso padre. El primer turno le tocó a su hermana, que parecía incluso más emocionada que él.

—Ya eres tía ¿Qué te parece? ¿Te sientes muy mayor?  
— Bruno limpiaba unas lágrimas de la cara de Antonia.

La puerta de la habitación se abrió de nuevo.

—Te esperan.

Sonia, sonriente, hacía gestos a Bruno para que pasara a ver a Nora y a la pequeña Teresa. En su estreno como abuela, Vardiola representaba su papel dignamente. Había pasado la noche junto a su hija, tras las esperadas contracciones llamó al doctor. Fue Bruno el que decidió ir a recoger a su suegra a propuesta de sus padres. Si hubiese dependido de Nora, no hubiera sido avisada hasta que todo hubiera concluido.

—¿Cómo te encuentras?— el recién estrenado padre se aproximaba a paso lento hacia la cama. Lo que sus ojos le mostraban en ese momento le convertía en el hombre más feliz sobre la tierra. Su mujer, con la niña tumbada sobre su pecho.

—Menuda carita de bobo tienes, cielo— señaló Nora sonriente— Ven, acércate que no comemos.

Bruno andaba como si temiera despertar a su hija. Asustado, pero no tanto como cuando Nora insistió que la cogiese. Era tal el temor a hacerla daño que sus gestos, expresiones y su forma de acomodar a la recién nacida entre sus brazos provocaron en Nora un ataque de risa.

—Tendrías que verte.

La puerta de la habitación se abrió de repente, por ella aparecieron las cabezas de Lenita y Antonia que se sumaron a las risas de la madre en cuanto vieron el motivo que las producía.

Sonia Vardiola dejó pasar lo que consideró un tiempo prudencial para retomar sus actividades. La red de espionaje daba sus frutos, la guinda no debía retrasarse. Ejerció de paciente abuela, hasta que una tarde en casa de su hija soltó la noticia.

—Dentro de dos meses Nino y yo nos casamos.

En el salón se encontraba la familia al completo de Bruno y Lenita, con Josefina, su madre. Los segundos siguientes a la noticia transcurrieron entre miradas, como si cada cual esperase a que otro hiciese el primer comentario. La que no pudo disimular su desconcierto fue Candela. Con la boca entreabierta buscaba alguna palabra, algo que añadir. A falta de ellas decidió esbozar su mejor sonrisa a los novios mientras se ponía de pie y se acercaba a darles dos besos. Se estaba tomando el tiempo necesario para asimilar que esa mujer pudiera casarse por tercera vez. Tan joven.

—¡Felicidades!— logró decir al fin.

Sus palabras fueron como el pistoletazo de salida para las felicitaciones de todos los que allí se encontraban.

Todos, excepto Nora.

Con Teresa en brazos se excusó para darle el pecho a la pequeña. A Candela no se le escapó el detalle. Aún no le tocaba. Miró a su nuera inquieta mientras abandonaba el salón.

—No se lo toméis a mal, Sonia— intercedió la madre de Bruno— Ya sabes como son los hijos.

—Sí, lo entiendo, para ella es una noticia impactante. Recuerda mucho a su padre y no le gusta que continúe con mi vida. En el fondo es lógico—acompañó sus palabras con una fingida comprensión de lo sucedido. Ya le diría a la maleducada de su hija un par de cosas en cuanto tuviera ocasión.

Bruno observaba a su suegra intentando traer a la memoria conversaciones en las que Nora recordara a su padre. Cierto que en alguna ocasión habían hablado de él, pero no era menos cierto que los recuerdos de ella iban dirigidos al abuelo Sergey y a los tíos Miguelón y Dima. Si de alguien se acordaba con frecuencia era de estos últimos.

Sonia se encargó personalmente de que los pocos recuerdos almacenados en la cabeza de Nora sobre Ramón dejaran de tener la importancia que para una hija pudieran albergar al recordar a su padre. Bastaron unos pocos segundos para conseguirlo. Fue suficiente con decirle que al nacer, su padre abandonó la habitación profundamente enfadado cuando comprobó que su deseado hijo era una

niña. Nunca más volvió a interesarse por ella. Esto último tuvo el detalle de recalcárselo cada vez que se le presentaba la ocasión.

—¡Nunca más, Nora! ¿Lo entiendes? ¡Nunca más volvió a mirarte!

Los dos meses que restaban hasta la boda, Sonia los dedicó a su papel de abuela. Tan convincente fue, que hasta su propia hija estuvo a punto de creerla. Incluso Bruno llegó a recibir a la pareja en su despacho por indicación de su suegra. Algo había en la mirada de Nino que no le gustaba nada. Quizá su gesto hosco o su actitud de suficiencia cuando hablaba con él le hacían recelar.

Sin embargo, tras la calma llegó la tempestad.

Teresa había cumplido dos años. La teniente coronel Vardiola daba por concluida la construcción de su red de espionaje, lo que quería decir que se encontraba en un punto desde el cual podía operar con garantías. Seguía buscando nuevos agentes que no estuvieran fichados. La universidad era un buen filón donde proveerse de ellos. A través de Nino lograron situar a miembros de la red en el consejo de dirección de una compañía dedicada a la manipulación del papel, una petrolera y varios alcaldes a lo largo de la costa.

Faltaba la guinda.

La puñetera guinda.

John Hayward seguía en su puesto de secretario. El paso a Gobernador Civil de Madrid se estaba haciendo de rogar. No para el interesado que aseguraba encontrarse a



gusto en su ubicación actual alejada de los primeros focos de la política. Su nombre sonaba como el elegido, a lo que se oponía el sector duro del movimiento. John era considerado demasiado abierto a reformas y su discurso era a menudo tachado de liberal. Como argumento, sus opositores mostraban algunos de los casos llevados por el bufete que en la actualidad regentaba su hijo.

Sonia necesitaba resultados cuanto antes.

Aprovechó una redada en la facultad y el encarcelamiento de dos camaradas conocidos de ella y de Nora para hablar con su hija al respecto. Era una mañana de un frío martes. El cielo despejado y la escarcha a primera hora alfombrando las calles hacían peligroso transitar por ellas. Nulos argumentos para que Sonia permaneciese encerrada en casa. Se abrigó lo justo, una blusa y sobre ella un abrigo, regalo de su segundo marido, Emilio, y salió a la calle decidida. Al ser un día de diario confiaba encontrar a su hija sola en casa, con la compañía de Loreto.

“Espero que Antonia y Lenita estén ocupadas en otro lugar”

Nora no estaba sola. Teresa no se separaba de su lado.

—¿Hola hija cómo estás? Ya veo que sigue creciendo sin parar— dijo señalando a la niña que jugaba sobre una toallas, y la alfombra, junto a su madre.

Nora observó a su madre durante unos instantes. Su mirada, sus gestos, incluso el tono de voz le decían que no era una visita de abuela, ni de madre. Venía como la camarada Vardiola. Quizá fuese esa la ocasión para terminar

de una vez por todas con su constante acoso.

“Ya me extrañaba su papel de abuela feliz”

—¿Sabes que han detenido al padre de tu amiga Pilar?  
— soltó lo de amiga con una entonación que buscaba claramente su implicación.

—No lo sabía. ¿Qué ha pasado?

Nora sentía especial cariño por Pilar. Conoció a sus padres en uno de los juicios que llevaron en el bufete de Bruno, por insistencia de Sonia, cuando aún era estudiante de último curso. La hija del acusado, Pilar, más joven que Nora era una chica llena de vida con un gran corazón. Las dos congeniaron hasta tal punto que habían ido de viaje con ellos a Comillas, en Cantabria, a casa de los Hayward. Desde entonces, fueron varios los años que interrumpieron las visitas familiares, pero desde que nació Teresa, retomaron las vacaciones en ese precioso pueblo.

—Está acusado de traidor..

A Nora no le extrañaba. Ciertamente se consiguió ganar el juicio, presentándole como un individuo víctima de las circunstancias, que se había encontrado en el lugar equivocado en el peor momento. La realidad no era exactamente así. El padre de Pilar no había intervenido en el asalto pero formaba parte del pequeño grupo del que sólo él salió con vida.

A Nora le entristecía ponerse en el lugar de su amiga. No habían sido pocas las veces que Pilar le rogó a su padre que no se mezclara en ese tipo de asuntos, había otra forma de defender sus ideales. Pocas, la verdad, pensaban Pilar y

Nora cuando hablaban de ello, pero no hay porque ir poniendo cada día a tu familia contra las cuerdas. Al final le detendrán en alguna.

Así fue.

—Lo siento. Iré a verla y...

—¿Qué lo sientes?! ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? — el elevado tono sorprendió a Nora. La tremenda rabia que veía en su rostro llegó incluso a asustarla.

—No grites por favor, la niña...

Teresa dejó de jugar y se quedó mirando a su madre con los ojos muy abiertos y los labios apretados, parecía a punto de llorar. Sonia permaneció con la boca abierta como si dudara seguir soltando todo lo que llevaba almacenado en su cabeza o dejar pasar unos minutos. Optó por la segunda opción, como madre sabía que no era efectivo molestar a la hija de nadie.

Nora aprovechó la entrada de Loreto con café para pedirle que se llevara a la niña a su habitación. Intuía que le esperaba una charla con su madre plena de reproches y reivindicaciones, todas ellas con un punto en común: su propio interés escudado en la Revolución.

—A lo que íbamos. ¿Ir a ver a tu amiga es lo único que piensas hacer? ¡¿Nada más?!

—Si has venido a mi casa a gritarme te rogaría que te fueras, mamá—indicó lo más calmada que pudo— Estoy harta de que siempre me digas lo que tengo que hacer ¿Te has planteado alguna vez qué es lo que yo quiero? ¿Una sola vez?

No, claro qué no.

¿A quién le importaba lo que Nora quisiera? Era su hija, había dado todo por ella y por sus ideales y debería obedecer, de la misma manera que ella obedecía a sus camaradas jefes en Moscú. Vardiola no pudo disimular lo mucho que le sorprendía la reacción de su hija. En otras ocasiones había mostrado su enfado, lo cual no dejaba de ser una señal de carácter, pero lo que acababa de escuchar en esos momentos era una prueba evidente de falta de respeto a la autoridad que una madre debe recibir de su hija. Más aún en circunstancias tan especiales como las que vivían en un país gobernado por un dictador. Ella, Sonia Vardiola, cuyo único pecado era intentar mejorar la vida de todos los ciudadanos no iba a pasar por eso.

Respiró hondo.

—Siempre he pensado en ti, en nosotras. Ojalá algún día abras los ojos y te des cuenta.

Nora no añadió nada. Conocía a su madre mejor de lo que ella siquiera podía sospechar. Lo que fuera a pedirle, lo iba a soltar en unos segundos. Ese era el motivo de su visita. No le gustaba nada lo que se presumía una discusión en toda regla, optó no ponerse a su altura, escuchar y decir lo que fuese de una forma clara y pausada.

—¿Qué es lo que quieres, mamá?— sabía que a su madre le afectaba que la llamase mamá. Recordarle que la mujer, sí, ya una mujer con su propio criterio, que tenía delante, era su hija. No una subordinada de la NKVD, ni cualquier camarada, si no su hija.

—No es lo que yo quiera, se trata del padre de tu amiga. Debes ir a ver a tu suegro para que le ponga en libertad cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Con qué argumento?

“Hasta aquí podríamos llegar”

Sonia se puso de pie de un salto.

—¡¿Aún no eres consciente de que vives con una familia que apoya el fascismo?! ¿Eh? ¡Vas a decirles a tu marido y a su padre que le pongan en libertad!, además, quiero que busques en los archivos información referente a estos camaradas, o...— sin terminar la frase sacó una pequeña hoja de su bolsillo, con el brazo estirado se la ofreció.

Nora miró a su madre, luego al papel. Después volvió la vista de nuevo a Sonia. No hizo el más mínimo gesto para coger la nota. En lugar de eso repitió la última vocal que dijo su madre.

—¿O...?

—Nora, no me obligues. ¡Obedece! —volvió a estirar el brazo.

En esta ocasión dejó el papel sobre las rodillas de su hija. Ambas se quedaron mirando como resbalaba por la falda y caía al suelo.

—Tengo que atender a Teresa, mamá, si el motivo de tu visita era este...

—Si no recapacitas no me dejarás otra alternativa — escupió cada sílaba con los labios bien apretados, antes de abandonar el salón.

A Nora le temblaba el cuerpo. Intuía, más que tenía la certeza, de lo que era capaz su madre, si realmente lo hubiese sabido quizá se hubiera tomado aún más en serio sus últimas palabras. Nunca pudo hacerle ver que coincidían en muchos de sus planteamientos, pero que ella no estaba por la labor de dedicar su vida a ninguna Revolución, ni a servir a Rusia, ni a ninguna otra ideología. Sólo quería ser feliz y colaborar en la medida de lo que pudiera con todo el mundo, pero no de la forma que lo hacía ella.

“¿Tan difícil era de entender?”

Antes de la fatídica noche de 1952 madre e hija, esta vez acompañadas de Nino, mantuvieron una reunión similar. El motivo era el mismo de todos los años. En esta ocasión se le unía el encarcelamiento del padre de Pilar en espera de un juicio que podría alargarse, al término del cual el único veredicto que se vislumbraba era que pasaría el resto de sus días en la cárcel. A pesar de haber salido airoso del proceso anterior, llevado por el despacho de los Hayward, se le iba a juzgar como reincidente.

De la lista que Sonia le quiso entregar a Nora para que comprobase la situación legal de los que en ella figuraban, todos menos uno, de los quince que aparecían, se encontraban en prisión, siete de ellos estudiantes. Todos acusados, entre otros cargos, de pertenencia al partido comunista.

—Si Bruno se hubiese interesado por la causa, nada de esto hubiese ocurrido —concluyó Nino la exposición de Sonia

— No le vamos a pedir que abandone ni el estilo, ni su nivel de vida, al revés queremos que continúe igual, además...

—...además, mi marido estaría en la cárcel acusado de alta traición— a medida que las palabras iban saliendo de su boca, Nora se arrepintió de cada una de ellas. No por que no creyera en lo que decía, sino por que iban a desatar la ira de su madre.

Acertó.

—¿Me estás llamado traidora?!— gritó echada hacia delante con toda la fuerza de sus pulmones. Las venas del cuello y la que le cruzaba la sien parecían a punto de estallar.

—Yo no he dicho...

—¡Sí, claro que lo has dicho, desgraciada!— puesta en pie e inclinada sobre su hija continuó— ¡Me estoy jugando la vida por mi país, por ti!

Si algo había asimilado de su madre, no podía negar que eran muchas las cosas aprendidas, era que nunca debía dejarse amedrentar. No pasaba nada por mantenerse en silencio si la otra persona era un mando superior. En caso contrario la consigna era sencilla: jamás permitir que nadie te intentase humillar.

Ese era el punto de la discordia. ¿Había algún mando presente?

—¡Por la única persona que en tu vida has hecho algo es por ti!— se colocó de pie frente a frente con su madre.

El movimiento del brazo derecho de Sonia fue como un latigazo, de certero y veloz como se produjo el impacto en el

rostro de su hija. Nora cayó sobre la butaca. Se llevó la mano al labio. No había sangre.

“Mejor, así no tengo que dar explicaciones”

Para Sonia la existencia de un mando en esa habitación resultaba evidente. No obstante, era Teniente Coronel del ejército ruso. Nora sólo veía en la mujer que tenía en frente a alguien cercana a la demencia, que pedía a gritos el trato de un especialista.

Lo que no sabían ninguna de las dos era que el general Zasljev no hubiera diferido en gran parte del pensamiento de Nora. Veía en su subordinada un idealismo tan exagerado que podía llegar a poner en peligro su misión. No obstante no albergaba ninguna queja de la contribución de la española a su causa. Los tiempos estaban cambiando y ahora se imponía un idealismo moderado en apariencia.

Sonia aún tenía algo que decir.

—Esta ha sido tu última oportunidad. Si no obedeces, lo lamentarás.

La ausencia de noticias de Nora durante las semanas posteriores al ultimátum demostró a Sonia que todo se reducía a una cuestión personal. Dando vueltas y vueltas a su cabeza durante todos esos días, llegó a convencerse de que la actitud de su hija obedecía a la falta de cariño que le profesaba. Si en lugar de Sonia fuera otra persona la que le hubiese pedido que captara a Bruno o que atendiera a sus demandas, lo habría llevado a cabo sin lugar a dudas.

“Si para ella es un asunto personal, para mí lo será



más aún”

Ningún pensamiento que no estuviera encaminado a conseguir que Nora recapacitara, podía entrar en su cabeza. Visto que por las buenas, con argumentos razonables, y casi rogándole no había obtenido los frutos deseados, no le quedaba otro remedio que aceptar la sugerencia de su actual marido. Si no estuviera tan obcecada, se hubiese dado cuenta de que Nino sí que tenía motivos personales para hacerle la vida imposible a Nora.

—¿Por qué no la llevas a La Casa del Lago Patria? Ya verás como vuelve nueva de ahí.

De entrada no le pareció una mala idea. Sonrió ligeramente ante la propuesta al imaginar a Nora en ese lugar.

“No suena nada mal”

—¿Cómo la convencemos para que venga a Moscú con nosotros?

—¿Convencer? ¿Quién habla de convencer a nadie?

La siguiente hora la dedicaron a darle forma a la idea. Llegaron a la conclusión de que contaban con dos problemas fundamentales a resolver. Uno, el propio traslado a Moscú, no era el medio de transporte lo que les preocupaba, sino en qué circunstancias se produciría. Si simulaban un rapto, la policía buscaría a Nora y todos ellos serían interrogados.

—No podemos atraer la investigación sobre nosotros, Nino. Demasiado riesgo.

El segundo problema lo planteaba la vuelta de Nora a su casa. Si había sido secuestrada, sería necesario

argumentar los motivos y por supuesto alguien debería pagar por ello.

—No te preocupes por ese detalle. Siempre hay algunos camaradas que pueden pagar el pato. Por la causa.

—Por la causa— convino Sonia.

Restaba, por tanto, solucionar el primer apartado. Conseguir llevarse a Nora sin que la policía les incluyese en su lista de sospechosos. No sólo la policía, ni siquiera que los Hayward, con Bruno al frente, pensara en ellos como posibles responsables de su desaparición.

—¿Qué te parece si nosotros aportamos un sólido culpable a la investigación?

—¿Un camarada? No creas que me gusta la idea.

—No, no. Me refiero a alguien más cercano a tu hija. Alguien que pague por su desaparición y la policía considere que ha cerrado el caso.

—Sea quien sea lo negará.

—Claro, como haría cualquiera. ¿No niegan siempre los condenados su participación en los hechos?

Sonia se acercó con aire pensativo al mueble bar para servirse otro whisky al que le añadió un poco de agua. La capacidad estratégica de Nino le había fascinado desde que años atrás le conoció en Italia. Su idea de presentarle al que sería su segundo marido, Emilio, fue extraordinaria. No menos que la de enviar a Marco para que sedujese a Braulio, el orondo marido de la duquesa. No pudo evitar sonreír al recordarlo.

—¿De qué te ríes?

—Me estaba acordando de Marco en Salamanca y me preguntaba qué se te había ocurrido— apuntó en tono meloso mientras le acercaba a Nino su copa.

La respuesta tuvo que esperar a que él encendiera un pitillo en la cama después de satisfacer a su mujer. El sexo entre ellos siempre se desarrollaba de igual manera; a impulsos. Sus movimientos, acciones, gestos, parecían indicar que disponían de un tiempo límite escaso que debían aprovecharlo al máximo, tal era la ansiedad con la que se comportaban.

Con la cabeza apoyada en el pecho de su marido, tras quitarle el cigarro y dar una calada siguió con la conversación por el mismo punto que la habían dejado minutos antes.

—Dime. ¿Quién se te había ocurrido cómo sospechoso?

—Tu yerno, Bruno Hayward.

Sonia se incorporó súbitamente. Sin dejar de acariciarle el pecho le dedicó su mejor sonrisa. No había duda que era lo que tanto le atraía y le excitaba de ese italiano.

—Me gusta...

El plan no era fácil, pero si tenía éxito estaba convencida de que por fin Nora entraría en razón. Cuando Nino le desarrolló su idea, coincidió con él en que estaban ante un planteamiento brillante.

Muy brillante.

Por un lado, Bruno sería, casi con toda seguridad,

acusado del asesinato o como mal menor de la desaparición de su mujer y de su hija. Con tanta sangre lo más probable es que el cargo fuera el primero. Por otro lado, ambos podrían asegurar que la policía no dedicaría mucho tiempo, ni efectivos, en buscarlas.

Sólo restaba llevar el plan a la práctica, para ello nada mejor que organizar una visita a media tarde para ver a la nieta.

El tiempo transcurrido desde el último encuentro había servido para relajar los ánimos entre madre e hija. Ese y no otro era el objetivo de Sonia. Con la guardia baja, Nora era una chica vulnerable, lo cual facilitaba las cosas. Armados con un sombrero para ella, el último modelo de la muñeca de moda, Mariquita Pérez y de su hermano Juanín, para Teresa, junto con una botella de vino que Bruno iba a reconocer como exquisito, llamaron al timbre.

Nora dejó la revista en el brazo de la butaca e intrigada fue a abrir la puerta. Loreto se había tomado la tarde libre para ir a ver a su hermano. Si no conociese a las personas que se encontró al abrir, lo primero que habría pensado por las expresiones de sus caras era que se trataba de una encantadora pareja.

—Venimos en son de paz, hija— Sonia le ofrecía el paquete que contenía el sombrero.

—Son Mariquita Pérez y Juanín— intervino Nino mostrando dos bolsas que llevaba en una mano. En la otra, el vino, del que no hablarían hasta que se marcharan.

La sorpresa de Nora le impidió articular palabra, en su

lugar una sonrisa forzada se apoderó de su rostro. Se echó a un lado permitiéndoles el paso. Podía imaginar a Teresa dando saltos de alegría con sus dos nuevos muñecos. Con un poco de suerte le durarían más que los que le traían los abuelos de la fábrica de juguetes, que inauguraron de nuevo unos pocos años antes.

—Pasad.

—No nos quedaremos mucho. Sólo traerte estos detalles.

—¿Abuelita?— Teresa apareció ante ellos frotándose los ojos con sus pequeños puños.

—¡Pero cómo has crecido!— Sonia la cogió de la cintura dando vueltas, entre risas, con ella en el aire.

Al soltarla, Teresa se quedó mirando los paquetes que Nino llevaba en su mano, con su tobillo fijo en el suelo giraba sobre sí misma como si quiera horadar la madera. Con sus movimientos parecía preguntar “¿Esas cajas son para mí?”

Como si le leyera el pensamiento Sonia le respondió.

—Sí, son para ti. Toma.

Nora, la abuela y Nino observaban, como la familia feliz que no eran, a Teresa divertida, haciendo pequeños jirones el papel de cada envoltorio. Cuando hubo terminado apoyó a Marquita Pérez contra su pecho y con la otra mano, agarrado de las piernas, se llevaba boca abajo a su hermano Juanín.

—Pero bueno... ¿Qué se dice?

La pequeña se volvió sonriente.

—Asias.

Sonia miraba alejarse a su nieta.

“Creo que he hecho un más que aceptable papel de abuela”

A Nino únicamente le preocupaba una cosa.

“Vámonos antes de que vengan Bruno o su padre y quieran abrir el vino”

Nora no sabía qué pensar. Sonreía feliz viendo contenta a Teresa. Sin embargo, no era capaz de creerse la situación que estaba viviendo. Su madre y Nino encantadores, sin entrar en el salón y cerrar la puerta para volver a soltar el mismo rollo de la puñetera Revolución. Observó los ojos de ella que siempre le avisaban de lo que estaba por llegar.

Nada.

Parecían los ojos de una abuela feliz. Pero cuando cruzó su mirada con los ojos de Nino, mientras su madre observaba a Teresa alejarse pasillo arriba con sus nuevos tesoros, vio en ellos lo mismo que aquel día en su casa cuando entró en su habitación; deseo.

“Esta escena no tiene sentido”.

—La niña es un encanto— la abuela rompió el silencio — te dejamos que aún tenemos cosas que hacer. Nino, dale la botella que al final se te va olvidar.

—¿Eh? Sí, sí, perdona.

—Este vino le va a encantar a tu marido —susurró al oído de su hija— Disfrutadlo con la cena.

Al cerrar la puerta Nora permaneció unos minutos con

la espalda apoyada sobre ella y con las manos unidas atrás. No era la primera vez que su madre hacía un papel similar pero nunca tan bien conseguido como el de hoy. Ni siquiera su mirada la había delatado.

“¿Será verdad que las personas cambian?”

Lo raro no era que la gente pudiera cambiar, lo increíble era que su madre pudiera ser una de esas personas. Sea como fuere, hoy no era el día más indicado para pensar en ello. Lo cierto es que su madre y el cabrón de su marido, no se le ocurría otro apelativo más cariñoso, les habían hecho una visita y un cuarto de hora después se habían marchado. Sin más. No hubo gritos, ni amenazas, ni nada por el estilo. Viendo a su hija jugar con los nuevos muñecos, el tiempo que le durasen, los pensamientos negativos o de duda desaparecían de su cabeza. Eso era lo importante. Lo que desconocía Nora era que la pareja no iba a tardar en volver.

Apenas unas horas.

“Ojalá sea real todo esto”

Llevó la botella de vino al salón. Una copita a modo de celebración sí que podría beber cuando le contase a Bruno la noticia. Llevaba todo el día pensando en el momento de decírselo. Esperaría a que se tomara un vino o dos, se relajara y lo soltaría sin más.

“¡Cariño, vamos a ser papás otra vez!”

No quería perderse su cara, todavía guardaba en su mente la expresión de felicidad total cuando le comunicó su primer embarazo. Ya quedaba poco para que volviese a verla.

“Una hora”

No, no iban a ser ni una ni dos horas más tarde. Esa noche su vida y la de su familia quedarían hechas añicos para siempre. De madrugada, ambos emprenderían caminos diferentes. Ella rumbo a Moscú. La Casa del Lago Patria tenía una habitación reservada para ella. Él camino a la cárcel. ¿Teresa? Sonia no se olvidaba de ella.

No les costó mucho conseguir las llaves de la casa de Nora y hacerse una copia. El siguiente paso, sin ser el más importante, resultaba crucial. Nada les aseguraba a Nino y a Sonia, ni a los que venían con ellos, que la pareja hubiese probado el vino. Podría suceder que al entrar en la casa les encontrasen durmiendo o charlando animadamente en el salón. Ese era el riesgo que debían correr. El momento de beber el vino podría no ser el deseado por Sonia. Esa noche el azar quiso aliarse con ellos. Desconocían el estado de Nora y menos aún que esa misma mañana le había sido confirmada la feliz noticia de su embarazo.

Todo salió como habían imaginado en el mejor de sus sueños. Al entrar en la casa la pareja parecía dormir plácidamente. Nora había tomado una copa, se encontraba medio tumbada en el amplio sofá. Bruno, con las piernas estiradas cuan largo era, en su butaca favorita. La botella en la mesa.

—Han bebido suficiente— apuntó Nino mirando a través del cristal.

Guardaron los vasos y la botella en una bolsa. Revolvieron todo sin meter ruido y dejaron la



lámpara de pie en el suelo. Quince minutos más tarde tenían el escenario montado a su gusto. Pero surgió un imprevisto.

No contaron con el embarazo de Nora, apenas bebió unos cuantos sorbos. Abrió los ojos antes de lo esperado.

—¡Teresa!— gritó viendo como se llevaban a su hija.

A un gesto de Sonia le pusieron una inyección que la devolvió al mundo de los sueños.

—¿Mamá...?

—Te lo advertí hija, te lo advertí.

Eran las cuatro de la mañana y todo permanecía en silencio. En cuanto Nino, Sonia y Nora se encontraron a salvo en el coche que les esperaba frente al portal, arriba en el piso, los dos camaradas que acompañaron a Vardiola y a Broccenti, un hombre y una mujer, comenzaron la parte esencial de su trabajo. Gritos y golpes con la intensidad suficiente para que los vecinos optasen por avisar a la policía.

Minutos después llamaron a la puerta.

Por la mirilla pudieron comprobar como un hombre bajito con un extraño peinado aguardaba nervioso. Aparicio, el conserje, había acudido tras ser avisado por varios vecinos de los Hayward alarmados por los ruidos que provenían de su casa.

El hombre y la mujer continuaron con su papel. Era un riesgo. Contaban con que el conserje hubiese subido a comprobar la situación y no hubiera avisado aún a la policía. Aparicio esperó unos segundos entre dudas, al final optó por

llamar al ascensor y regresar a su casa. Necesitaba un teléfono. Al verle marchar entendieron que había que darse prisa, no tendrían más de cinco minutos. Si les cogían, asumirían ellos las consecuencias por su error.

Poco faltó.

Tras abandonar el piso se encaminaron hacia las escaleras. La puerta de uno de los dos ascensores se abrió. Aparicio, y varias personas más en bata y camisón aparecieron en el pasillo.

Diez minutos más tarde llegó la policía. Después...

Después todo fue una locura.

Cuando el teléfono suena de madrugada suele ser síntoma de malas noticias. Eso fue lo que pensaron todos a los que, entre las cinco y las seis de la mañana, les despertó sobresaltados el insistente ring ring.

Todos no.

Una persona esperaba feliz la llamada.

Sonia Vardiola tomaba café en la cocina de su casa. Nino había partido camino de París en coche. Desde allí aprovecharían la salida de un avión ruso rumbo a Moscú. Si todo salía como esperaban, el teléfono de Sonia sonaría en pocos minutos. El papel de suegra, madre y abuela complaciente iba a dejar paso al de la mujer vengativa y cruel que llevaba dentro, y que tan natural interpretaba. Seguiría ejerciendo de madre y de abuela horrorizada por lo sucedido. Como no podía ser de otra manera apoyaría la tesis de la policía desde el primer instante en que insinuasen la

posibilidad de que su yerno pudiera tener algo que ver con lo sucedido.

—¡Todo apunta a su marido! ¿No es así?— de pie, con las palmas de sus manos sobre la mesa del inspector Rebollo, Sonia ofrecía su mejor versión de madre afectada. Estaba a gusto en su papel— ¡Quiero ver al asesino!

Ese fue el sobrenombre con el que se quedó Bruno.

El asesino.

—No es posible, señora. Le estamos interrogando.

—No crean nada de lo que diga, inspector, es un embustero.

En una sala junto a la entrada de la comisaría, aguardaban los padres de Bruno, John y Candela y su hermana, Antonia. Pepo, Lenita y Josefina, acababan de unirse a la familia. Ninguno de ellos daba crédito a lo sucedido. Antonia y Lenita se fundieron en un profundo y largo abrazo. Una le secaba las lágrimas a la otra.

—Ya verás como se trata de un error, habrá una explicación para todo y Bruno volverá a casa esta noche.

Antonia asintió nada convencida.

—¿Qué ha sucedido? A nosotros nos han dicho que ha sido detenido como sospechoso de haber atentado contra Nora y Teresita. Ignoran si están muertas o han desaparecido —expuso Josefina visiblemente afectada.

—Lo mismo que a nosotros. No nos han querido decir más, salvo que los vecinos oyeron gritos y golpes. Aparicio avisó a la policía —intervino John.

Candela, sentada, con la cabeza entre las manos no

podía articular palabra.

—¿Quién se puede creer que Bruno haya hecho algo así? ¿Quién?— exclamó enfurecida Antonia sin dirigirse a nadie en concreto.

Alguien que pasaba junto a la puerta oyó la pregunta.

—¡Yo me lo puedo creer y vosotros deberíais hacer lo mismo!

Todos los que estaban en la sala giraron su cabeza en dirección a la suegra del detenido cuyo rostro reflejaba un odio y una rabia que nunca antes habían visto en la dibujante de retratos.

Candela fue hacia ella.

—Tranquila— murmuró John, cogiéndola del brazo.

—¡Bruno es un asesino! ¡Ha matado a mi hija y a mi nieta! ¡A vuestra nieta!— aseguró señalando a los abuelos.

—Sonia, por favor— Josefina dio los pasos que le separaban de la que en su día fue la mujer de su primo.

—Señora, haga el favor de marcharse— un policía le indicó el camino a la salida— No queremos ningún tipo de escándalos aquí.

Pasó casi un minuto, con sus sesenta interminables segundos, sin que nadie en la sala se moviera, ni abriese la boca, tan alucinados como estaban con la madre de Nora.

Acordaron que Pepo y el bufete se encargarían de la defensa, con el apoyo de John en un segundo plano. Alejado de la prensa podría trabajar con más discreción y ser de mayor utilidad. Su experiencia les decía que las pruebas que

se iban recogiendo no auguraban nada positivo para preparar una buena defensa. El paso lento de los días les fue dando los argumentos que confirmaban sus sospechas. Si hubiese sido una riña familiar que se le hubiera ido de las manos a Bruno, y hubiera dado con su mujer en el hospital la defensa tendría una pauta, un camino a seguir.

Sin embargo, se encontraban con una vivienda, en un barrio de clase alta en Madrid, cubierta de sangre, como la ropa del sospechoso, con todo revuelto y con la mujer y la hija de éste en paradero desconocido. Como puntos a favor contaban con el testimonio de los vecinos. Bruno no habría tenido tiempo material para haber sacado de allí a su familia sin manchar de sangre los pasillos y los ascensores y volver a su casa dispuesto a interpretar el papel de marido aturdido y desconsolado.

Algunos residentes de la finca declararon a la policía que escucharon claramente las pisadas de alguien que bajaba corriendo por las escaleras minutos antes de que llegara la policía. Eran más de uno, afirmaron. Nadie de los que allí vivía confesó ser la persona a la que se referían sus vecinos. Otros creyeron ver desde sus terrazas un coche aparcado frente al portal con alguien en el interior, pero cuando volvieron a asomarse no estaba.

—No, no sabría decirle la matrícula. Era de noche. ¿El color? oscuro.

—Algún detalle que nos pueda ayudar a identificar el automóvil.

Tras pensar unos segundos negó con la cabeza.

—No, era un coche oscuro.

—¿Hombre o mujer?

—Sólo pude intuir que algo se movía en el interior, nada más.

—¿Intuir?

Estas declaraciones de los vecinos pasaron desapercibidas para la policía. No apreciaron nada de interés en ellas. Lo evidente se encontraba en el salón y el dormitorio principal de la casa del sospechoso, aquello que le iba a llevar a dar con sus huesos en la cárcel a la espera de juicio. Durante la vista, Sonia aprovechaba cualquier momento para pedir justicia. Para ella no había duda alguna de lo sucedido.

—Me limito a observar la investigación policial. Todo apunta a que mi hija y mi pequeña nieta han sido asesinadas por Bruno Hayward— eran parte de sus declaraciones a un periódico de la tarde.

Corrió la voz de que el Gobernador Civil de Madrid, a solicitud de su secretario y padre del acusado, pensaba utilizar su cargo e influencias para pedir clemencia.

Vardiola no iba a dejar pasar la oportunidad de sacar provecho de ello. Una tarde, durante el juicio, se presentó con Nino en el despacho de John visiblemente alterada. Los gritos que provenían de la recepción de las oficinas alertaron al secretario, que reconoció la voz de la suegra de Bruno y salió de su despacho.

—¡John! ¡Cómo utilices tus influencias para salvar a tu

hijo te denunciaré!— gritó según se acercaba a su encuentro.

—Pasad— con un gesto les indicó que entrasen a su despacho— Sentaos.

—Prefiero estar de pie.

—Como gustéis.

—El motivo de nuestra visita es otro más importante.

“¿En qué estarán pensando?”

—Exigimos, que como secretario del gobernador pidas la pena de muerte para Bruno Hayward, el asesino de Nora Vardiola y su hija— cada palabra logró llevar una buena dosis de la rabia que Sonia fingía sentir.

John escuchaba las palabras de aquella mujer, estupefacto. Las miradas de ambos le aseguraban que no se trataba de una broma.

—¿La pena de muerte para mi hijo...?

—Sirves al pueblo ¿no es así? ¿O eres de los que se valen de su cargo para beneficio propio y de su familia?— dejó la pregunta en el aire, mientras daba media vuelta camino de la puerta.

—Piensa en ello, John— fue el consejo de Nino.

El objetivo de Sonia no era conseguir la pena de muerte para Bruno. Nada ganaría con ello, su hija no saldría de La Casa del Lago o en el mejor de los casos de Moscú. Si conseguía que se le condenase a muerte, podría forzar a Nora a que de una vez por todas recapacitase y se uniera a su red de agentes. Su aparición en Madrid dejaría sin efecto la sentencia.

Mataría dos pájaros de un solo tiro.

Su actitud pública alejaba de ella cualquier posible implicación en los hechos. Era bien sabido por todos que su relación con Nora distaba mucho de ser un modelo a seguir por cualquier madre e hija. Por ello Sonia pensaba en realizar un esfuerzo especial en ese sentido. Hubiese resultado extraño que se mantuviera en un segundo plano como madre afligida.

Al final las cosas no salieron como habían planeado. Bruno no fue condenado a la pena capital sino a una larga temporada en prisión. La estúpida de su hija estaba embarazada cuando se la llevaron y no había vuelto a abrir la boca desde que dio a luz.

“Eso le pasa por no comentarme lo de su embarazo”

Al menos en las esporádicas visitas que realizaba a Nora en La Casa del Lago siempre podía ponerle el caramelo en la boca. Si quería ver a su marido bastaba con que hiciera aquello para lo que la había preparado. Nada más. Pero ni siquiera hablaba con ella, parecía como si estuviera en su mundo. En eso no se equivocaba, cuando Nora entraba en su particular fábrica de sueños, era muy complicado sacarla de ese lugar.

Ahí era feliz.

Año y medio más tarde su yerno estaba en la calle. Bruno el asesino, como había conseguido que la prensa se dirigiera a él, se encontraba de nuevo trabajando y en su casa. Pocas semanas atrás le había visitado por segunda vez en la cárcel. La primera, al poco tiempo de encerrarle. Le dijo



todo a la cara. Bruno creía que su suegra venía a hacer las paces o a lamentar su actitud.

El motivo era justo el contrario.

—Hola, Sonia, ¿Cómo estás?— quiso saber Bruno al otro lado del cristal— quiero que sepas que yo no he matado a...

—¡¿Qué cómo estoy hijo de puta?! Has matado a mi familia. He venido a decírtelo a la cara. Te han declarado culpable y...

—No, Sonia, yo no he hecho nada...— la voz de Bruno un suave susurro.

No le quedaban fuerzas para repetir el mismo discurso una y otra vez. Estaba cansado, muy cansado.

—¡Ojalá te pudras en la cárcel, asesino!

Era más que consciente de la atención que atraía su puesta en escena, se sentía satisfecha, pero con lo que más disfrutaba en ese momento era con el aspecto demacrado de su yerno.

Bruno se quedó mirándola mientras se marchaba. Cada día se repetía la misma pregunta, ¿Cómo era posible que alguien pensara que podía haber hecho algo así?

Su suegra lo consideraba un cobarde, incapaz de nada.

Pero necesitaba un asesino y Bruno era su mejor opción.

En la segunda visita, cuando la revisión del proceso estaba en pleno apogeo, no pudo montar su particular numerito. Al menos no al completo como había planeado. Cuando Bruno apareció tras el cristal y vio los ojos

encendidos de su suegra dio media vuelta y se retiró. No estaba dispuesto a aguantar más insultos. A sus oídos llegaron los primeros que salieron de la boca de Sonia antes de que el funcionario de prisiones cerrase la puerta tras él.

Pepo y John habían conseguido que se revisara el caso por falta de pruebas, a lo que habría que añadir las erróneas conclusiones de los investigadores sobre lo acontecido aquel día. Lograron demostrar que todo pudo haber sido un montaje, pero tuvieron que admitir, muy a su pesar, que desconocían los motivos por los que alguien podría haber planeado todo aquello.

—Alguien que le quiere mal al señor— dijo una tarde Loreto en casa de John y Candela.

Esa tarde se encontraban preparando los argumentos para la revisión del caso. Al escuchar lo que murmuraba Loreto mientras recogía unas tazas de la mesa, Pepo y John se miraron entre ellos. No conocían a nadie que pudiera querer mal a Bruno. Como abogado, cuando defiendes a tu cliente entiendes que la parte contraria pueda sentirse perjudicada, pero no hasta el punto de ser capaces de tramar algo así.

¿Entonces?

—¿Sonia y Nino?— propuso en un tono bajo Pepo, como si temiera que los aludidos le pudieran oír.

—Si tuviera que decir un nombre, pensaría como tú, pero no se me ocurre un motivo que los impulsara a hacerlo. Es su hija, su nieta ¿Por qué hacerles pasar por una situación

como esta?

John le había dado muchas vueltas al caso y no lograba diseñar una reconstrucción de lo sucedido en casa de su hijo. Nada respondía ni a un robo, ni a un asalto, ni siquiera a una riña. Poniéndose en el peor de los casos, imaginando a Bruno como si fuese el responsable, nadie había dado una explicación que alumbrara lo sucedido con los cuerpos de Nora y Teresa. La conclusión de ambos se decantaba por una venganza de algún grupo organizado o una extorsión, aunque lo extraño del caso es que nadie se había puesto en contacto con Bruno, ni con ellos, reclamando algún rescate o exigiendo nada. Si fuera cierto este planteamiento, la pregunta sería la misma.

¿Por qué...?

Loreto tenía razón, alguien quería mal a Bruno.

¿Quién?

Sonia veía que el plan de Nino se alargaba mucho más de lo que ellos habían podido imaginar. Todas las opciones planteadas en sus interminables reuniones finalizaban de la misma manera: Nora regresaba puesta en libertad por su captores y Bruno volvía a casa.

“¡Una mierda!”

Habían transcurrido ya tres años desde aquel día. Nada iba como lo habían esperado. Nora no hablaba y Bruno disfrutaba de una vida normal. Si es que se podía entender así la vida de alguien acusado de asesinar a su mujer y su hija de tres años a sangre fría, aunque hubiese sido puesto

en libertad por falta de pruebas.

Una tarde llamaron al timbre de la casa de Sonia. Ante la insistencia se vistió con lo primero que encontró, una bata de noche.

—No tardes...—murmuró Nino— no me puedo quedar así.

—Ni yo, todavía te queda mucho por hacer— señaló coqueta.

“¿Quién será?, no esperamos a nadie”

—¡Lenita! ¡Qué sorpresa!

—Hola, Sonia. A mi madre le gustaría que mañana vinieras a merendar a casa, quieren hablar contigo...

—¿Quién estará?

Había dejado entrar a Lenita pero mantenía la mano firme sobre el picaporte con la puerta cerrada.

—Nosotras, Pepo mi marido, John, Candela y...

—Si veo a Bruno me vuelvo. Díselo a tu madre.

—Sí, se lo diré, no te preocupes —Lenita se giró para irse— Sonia...Bruno no ha...

—No lo digas, Lenita, déjalo así. ¿Sabes qué quieren decirme?

—Quieren enseñarte algo por si tú sabes lo que significa.

—¿El qué?

—Una carta.

Sonia regresó a la habitación a paso lento. Sin despegar los labios se sentó en la cama y cruzó las piernas.

Permaneció unos segundos con la mirada fija en la colcha que a Nino se le antojaron eternos. Viendo que no reaccionaba fue introduciendo lentamente su mano bajo la bata, mientras lamía sus rodillas.

—Déjame.

Conocía lo suficiente a la mujer que estaba a su lado como para insistir en momentos como aquel. Entre ellos no había amor, quizá fuera precisamente eso lo que les permitía llevar una relación sin presiones, sin intentar convencer de sus argumentos al otro. Cuando la ocasión lo requería, unían sus fuerzas, tanto si esa ocasión era por motivos laborales o por sexo. Después, cada cual mantenía su amplio espacio.

—¿Qué sucede? ¿Quién llamaba a la puerta?

A Sonia aún le llevó unos segundos contestar. Se cerró la bata y metió los pies entre las sábanas. Su instinto le decía que la visita de Lenita no era algo puntual, sin importancia. Sin saber por qué sentía que su mente estaba alerta.

—La hija de Josefina. Quieren que mañana vaya a su casa.

Nino la observaba, sabía que iba a continuar hablando, bastaba con permitir que ella eligiese el momento. Vio como recogía sus piernas contra el pecho, bajo la colcha.

“Está muy nerviosa”

—Quiere enseñarme una carta.

—¿De quién?

Vardiola miró a los ojos a su tercer marido.

—No me lo ha dicho. Creo que Lenita no lo sabía.

Nino saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Qué problema hay?— habría que esperar a otra ocasión para continuar con lo que estaban haciendo antes de que sonara el maldito timbre.

—No tiene porqué ser nada importante. Pero para ellos si lo será, si no ¿Por qué no la ha traído Josefina o su hija? ¿Qué pintan ellas en esto? Lo único que nos unía era su primo Emilio.

—¿Temes que después de tanto tiempo alguien sospeche de su muerte?

—No lo sé. Pero creo que esa carta es más importante de lo que parece. Desconozco en que medida, pero me va a afectar.

Sonia no se equivocaba aunque los motivos fuesen otros bien distintos.

A Nino Broccenti no se le había escapado el *me va a afectar* en lugar del *nos va a afectar* como hubiese parecido más lógico. Eso le daba una tranquilidad que no pensaba compartir con ella. No tenía ni idea de lo que pudiera contener esa carta, lo cual no dejaba de ser una buena idea para sus intereses. Eran un matrimonio de conveniencia hasta que los compromisos particulares de cada uno los separaran. Ambos confiaban en que cuando llegara esa separación, que ninguno dudaba que llegaría, no fuese la muerte el motivo de la misma si no algo más profesional.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, claro, eres mi marido. Además he observado que tu presencia les intimida.

Durante las aproximadamente veinticuatro horas que restaban para la hora de la merienda del día siguiente, Sonia se mostró ausente y esquiva. Dedicó el resto de la tarde a dar una vuelta por Madrid incluyendo en el recorrido el paso por los portales de los edificios donde vivían Josefina, John y Bruno, por si hubiera algún movimiento de personas entrando y saliendo o se diera cualquier otra circunstancia que le aportara alguna pista sobre el contenido de la carta.

En cualquier otro escenario hubiera contado con Nino para dividirse el trabajo. Hoy no, intuía que se trataba de algo personal. Unas horas después regresó a casa con la sensación de haber perdido el tiempo y lo que era peor aún, convencida de no estar gestionando sus emociones convenientemente, como si fuera una simple principiante. Ella era Sonia Vardiola y debía dar ejemplo, aunque sólo fuese a sí misma.

Al día siguiente se presentaron a media tarde, tal y como habían acordado con Lenita. En circunstancias como esa, Sonia se encontraba como pez en el agua. Se sentía odiada, sin embargo, mostraba indiferencia. Su papel de madre afligida lo llevaba muy bien estudiado, como su vestimenta, de luto riguroso que como esperaba, impactó en sus anfitriones. El objetivo de vestir así era bien sencillo; todos los que allí se encontraban y que durante los últimos años no habían mostrado ninguna predisposición a ponerse de su parte, no olvidaran su condición de familiares o amigos del asesino de su hija y de su nieta.

—Buenas tardes, pasen ustedes— ni la mejor de sus sonrisas le sirvió a la doncella para recibir un mínimo saludo de cortesía de la pareja de invitados— Les están esperando

La casa olía a café, a bizcocho, a pan tostado. Olores a los que se iba unir otro diferente, no por ello desconocido. Desde que Nino y Sonia pusieron un pie en el recibidor, en el ambiente comenzó a flotar un olor amargo que parecía envolverles a los dos. Si conocieran un poco más a la mujer que se escondía detrás de la imagen dura de Vardiola, no hubieran organizado una merienda familiar. Ese ambiente era el que la agente Arena odiaba con toda su alma. De ahí la amargura que les acompañaba de camino al salón. Josefina y Lenita son la madre y la hija que le recuerdan lo que ella no es.

Ni tiene.

Los Hayward, reflejan aquello que le faltaba para ser considerada la mejor agente rusa de lo que va de siglo. Si sólo uno de ellos hubiera trabajado para la NKVD, todo hubiese sido mucho más fácil para todos. ¿Aún estaba a tiempo?

La carta respondería a su pregunta.

—Sonia, Nino. Gracias por venir— Josefina avanzó hacia ellos con una sonrisa radiante, sincera. Había captado ese olor amargo y quería suavizar el ambiente en su casa.

—Hola Josefina. ¿Qué es eso que tenías que enseñarme?

—Sentaos, por favor.

La pareja intercambió sus miradas antes de aceptar la



invitación. Con un imperceptible parpadeo de Sonia acordaron sentarse. John, Pepo, Candela y Lenita permanecían de pie. La presencia de la abuela obedecía a que Sonia no olvidase que Teresa también era nieta de ellos. Tenían el mismo derecho a sentir su pérdida tanto o más que ella.

Los recién llegados no se dirigieron al resto de los invitados. Una vez que aceptaron el ofrecimiento de Josefina y tomaron asiento, los demás les imitaron.

Bruno aguardaba con Antonia en una sala próxima. El avanzado embarazo de su hermana aconsejaba que guardase reposo, pero ante su cabezonería en asistir a la merienda, logró acordar con ella que permaneciese junto a su marido Jesús y a él mismo aguardando noticias en la sala contigua.

El acuerdo no fue respetado.

La doncella les avisó de la llegada de los suegros de Bruno. La incertidumbre por lo que pudieran estar hablando se apoderó de Antonia y abandonó la sala. De pie, junto a la puerta del salón, podía oír perfectamente lo que se hablaba en el interior. Había dado las instrucciones oportunas para que no la cerrasen del todo.

Entre la doncella y Josefina sirvieron las tazas de café y de té. Sonia miraba a cada uno de los allí presentes como si les perdonara la vida. Con esa mezcla de odio y de rabia que destilaban sus ojos resultaba imposible que ni siquiera intuyeran que todo lo que sus sentidos captaban de ella obedecía a una brillante actuación. A una puesta en escena en cada mirada, en cada gesto, estudiados hasta el mínimo

detalle. No siempre lograba mantener sus emociones al margen de su actuación, en ocasiones salía su verdadero yo, que ante los Hayward no distaba mucho de ser su expresión más real.

Esa tarde, en la merienda, sería una de esas ocasiones.

—Queríamos hablar contigo de una carta que ha recibido Bruno— señaló Josefina mirando a John.

Sonia torció el gesto.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—No sabemos si tiene que ver contigo. Ignoramos si tiene que ver con nosotros o se trata de una broma. — intervino el abuelo John— Lo que sí parece indudable es...

—¿Quién es el remitente?— cortó Vardiola con visibles muestras de impaciencia.

—No lo sabemos.

—¡Me quieres decir de una maldita vez que tiene que ver conmigo!— insistía nerviosa puesta en pie.

Antonia no perdía detalle desde su puesto en el recibidor junto a la puerta.

—Contigo, ya te he comentado que no lo sé. Con Nora...

“¿Con Nora, no con Emilio?”

El corazón de Sonia comenzó a acelerar su ritmo. Se había preparado mentalmente para enfrentarse a cualquier posible información o supuesto testigo que asegurara que ella sabía más de lo que afirmó en sus declaraciones acerca de la muerte de Emilio. Incluso que se le acusara en esa

carta de ser la responsable de su muerte. Hubiese salido airosa del trance, seguro. Pero tratándose de Nora.

“Ellos no pueden saber nada...”

“¿Verdad?”

Se volvió hacia su marido. A ambos pareció afectarles que se tratase de Nora. Tenían que reaccionar y pronto.

—Ahora me dirás que te han enviado una carta que dice que tu hijo es inocente ¿No es así? ¡¿Habéis preparado ese papel para demostrar su inocencia?!

“¡Dame la puñetera carta, coño!”

—No, en ella nada se dice de la inocencia de mi hijo. Quizá tu puedas saber su significado— John extendió su brazo hacia Pepo, que le entregó el sobre alargado de avión.

Sonia separó la solapa y extrajo el sucio papel. Antes de extender la hoja, ni de leer una sola línea abrió los ojos como platos. Sus manos comenzaron a temblar de manera menos evidente de lo que a ella le parecía. A su cabeza vino la imagen del pequeño doctor en La Casa del Lago, cuando le mandó llamar, con su cuaderno de hojas unidas por unos soportes plateados algo mayores que unas lentejas en la parte superior. El mismo color amarillento, la misma forma, el mismo papel, aunque el que tenía en sus manos parecía haber envuelto un bocadillo de chorizo.

Leyó cada línea.

*“Donde estamos no llegan noticias, pero nos han dicho por lo que usted ha pasado. Nora está viva, su hija también, pero no pueden volver. No la dejarían, si lo intenta, Teresa lo pagará, seguro. No hable con nadie de esta carta. Quiere que*

*la perdone. Cuando ella pueda escri...”*

Al terminar de leer levantó la vista. Los ojos de todos los que allí se encontraban permanecían fijos en ella, en su reacción. Si había alguien que no había perdido detalle del lento paso de las yemas de los dedos de Sonia sobre la parte superior de la hoja fue Antonia.

—¿Para esto me hacéis venir?— preguntó a nadie en concreto mientras rompía la hoja en dos— ¿Con este papel pensabais que tu hijo iba a quedar impune?

—¿Entonces, no te dice nada esa carta?— intervino John, sin prestar atención a las burlas de Sonia.

—¡Por supuesto que me dice! ¡Estáis locos si creéis que Nora está viva! ¡A mi no me engaños!— pasó repetidas veces la suela de su zapato sobre los restos de la hoja partida.

La puerta del salón se abrió de repente.

Un grito de rabia llenó la estancia.

—¡¡Mentirosa!!

Con las manos en su prominente tripa, Antonia entró todo lo rápido que su estado le permitía. Su rostro encendido, la mirada fría como nunca antes la habían visto. Ni la propia Sonia, que atónita observaba a la que unos años antes era la pequeña hermana de Bruno.

—¡Estoy más que harta de tus insultos a mi hermano, a mi familia! De tus mentiras, Sonia. Hasta las narices de tu presencia y de tu papel de madre que ha perdido una hija. ¡Eres una cínica!— Antonia se había parado a un metro de

Vardiola— ¿Has reconocido ese papel verdad?

—No sé de que estás hablando.

—Te conozco mejor de lo que crees.

Sonia la miró fijamente.

—¿Me vas a pegar como has hecho tantas veces con Nora?

Nino se interpuso entre las mujeres.

—Vámonos, Sonia, aquí ya no hay nada que hacer.

—Sabes que está viva ¿verdad?

—No le hagas caso, está alterada por su estado. Vamos.

—Sí, tan alterada como lo estaba Nora el día que desapareció— las palabras de Antonia parecieron flotar durante unos segundos en el aire como si buscaran a alguien que les diera réplica.

—¿Qué quieres decir, hija?— preguntó Candela.

—Mamá, Nora estaba embarazada. Me encontré con ella esa tarde. La acompañé hasta su casa y la dejé feliz preparando la mejor manera de darle la noticia a Bruno. Tú lo sabías ¿verdad, Sonia?

La reunión estaba yendo por unos derroteros peligrosos para los intereses de Vardiola. Había subestimado a Antonia y se maldecía por ello. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—No digas tonterías— expulsó cada sílaba con rabia contenida mientras le empujaba. Antonia perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Pepo fue a por Sonia.

—¿Cómo te atreves?

—Ni lo intentes— Nino casi tan alto como Pepo, se cruzó en su camino.

Su mirada le convenció de que si continuaba adelante tendría las de perder y con él todos los que allí se encontraban.

El empujón le vino por su lado derecho. Nino tropezó con la silla y cayó al suelo.

—Nunca más, me oyes, ¡Nunca más volváis a poner la mano encima de mi hermana! ¿Habéis oído? —exclamó Bruno que había acudido, junto con el marido de Antonia, atraído por la discusión.

Sonia miraba en torno suyo sin comprender nada en absoluto. Las dos personas que menos esperaba que se levantasen contra ella habían sido los que habían dado la cara.

Nino se levantó rápido, fue a por Bruno. Jesús, bastante más corpulento que Bruno, se coló en el salón y se interpuso entre ambos. En caso de que todo degenerase en una batalla campal, lo más seguro es que Sonia y Nino, al final, se hicieran con la victoria. Ciertamente eran muchos más los oponentes, pero ellos contaban con una maldad y una sangre fría que impediría que la pelea llegara más allá. No obstante, a Vardiola no le interesaba meterse en líos con la policía. A un gesto suyo se encaminaron hacia la puerta.

—¡Sonia!— Bruno había decidido poner el falso asobre la mesa— Nora y yo estuvimos en Moscú en nuestro viaje de novios. Vimos a su abuelo Sergey.

Vardiola no pudo evitar detenerse y mirar a su yerno.

—Nos dijo que tú le llevaste a La Casa del Lago junto con sus amigos. Tengo su declaración escrita en la que lo detalla todo.

—Ni siquiera tú sabes de lo que estás hablando, asesino— la mujer torció el gesto.

Su fría mirada se clavó en los ojos de Bruno, que aguantó como pudo el odio que desprendían. Aún así dio dos pasos hacia ella.

—Te voy a denunciar. Voy a ir a por ti.

La agente Arena parecía fuera de sí. Nino no recordaba haberla visto nunca antes en ese estado. Estaba a punto de echarlo todo a perder.

—Vámonos, Sonia.

—¡No tenéis ni idea de lo que acabáis de provocar! —amenazó— ¡Estúpidos!

De camino a casa repetía la misma amenaza una y otra vez.

—¡Cómo encuentre al que haya escrito esa carta lo mataré!

—Tranquilízate. No tienen nada, además...

—¿Que me tranquilice? ¡Hay alguien traicionándome en La Casa del Lago, amenazan con denunciarme y me dices que me tranquilice!— gritó fuera de sí— ¿Sabes lo que hacen aquí a los espías?

—Nada peor que lo que les sucede en Rusia. Este asunto te está volviendo loca

Sonia se volvió hacia él con el rostro desencajado.

—No vuelvas a decir eso o te mataré ¿Me has entendido?

Sí, la había entendido perfectamente. La fama que precedía a la favorita de Mijail Zasliev no dejaba lugar a dudas. Cuando Sonia Vardiola amenazaba no era en vano.

Por la cabeza de la agente Arena pasaban multitud de pensamientos. Infinidad de preguntas para las que no encontraba respuesta. La estúpida de Antonia llevaba razón. Sonia había reconocido sin lugar a dudas la procedencia de ese papel. Su predicción del día de ayer en la que aseguró que esa carta le iba a afectar no había ido nada desencaminada. Su tapadera, todo por lo que había luchado durante su vida desde que partió con Nora en sus brazos rumbo a Moscú, se tambaleaba.

Todo.

“¿Ahora qué?”

Lo primero requería analizar la situación con calma, dejando pasar unas horas que le dieran otra perspectiva de los hechos. Calma, era lo que en esos momentos no encontraba. Su corazón no había parado de acelerarse desde que vio el dichoso papelito, luego el texto sólo confirmó sus sospechas. Alguien en La Casa del Lago Patria estaba conspirando contra ella.

“¿Nora?”

No, su hija no se encontraba capacitada para ningún tipo de actividad que no fuera dormir o mirar por la ventana. Excepto el director y el jefe médico nadie más conocía la



verdadera identidad de la paciente de la 239. En cuanto se hizo este planteamiento lo rechazó de inmediato. Alguien conoce a Nora, a Bruno y ha dado con la forma de hacerles llegar un papel que su hija no había escrito.

“¿Quién?”

Sólo había una forma de averiguarlo.

—Me voy a Moscú.

—¿Quieres que te acompañe?— se ofreció Nino.

—No. Si preguntan por mí, diles que me he ido a ver a mi hermana.

—¿Estas segura?

—No. Estoy cabreada. Voy a terminar con este asunto de una vez por todas —exclamó dando un portazo a la puerta de la casa— ¡Aunque sea lo último que haga!

La teniente coronel Sonia Vardiola se preparaba para una nueva misión. Una misión personal.

Su última misión.

**19**

## **La Casa del Lago Patria**

**1955**

Tanya llegó puntual a su cita en la habitación de Petrova. Los sucesos de los últimos días habían generado un gran nerviosismo entre el personal de seguridad y los médicos. A pesar de que la versión oficial sobre el hombre muerto encontrado al pie de los muros del módulo especial, hablaba de suicidio, nadie creyó en ella. Alguien había

asesinado al joven ayudante y ese alguien residía o trabajaba en La Casa de Lago.

A Tanya le hacía sentirse bien cuidar de los enfermos. Su traslado desde el Hospital General se debió a que le aseguraron que necesitaban enfermeras con su nivel de conocimientos en la que definieron como la institución más avanzada en psiquiatría de Moscú:

La Casa del Lago Patria.

Este hubiera sido el último lugar al que Tanya hubiese deseado ser trasladada. No había pasado tanto tiempo desde que su marido Dima, Miguelón y Bruno, junto con la loca y encantadora Nora, habían encontrado a su padre, Sergey, precisamente en este lugar. No pudieron hablar con él, pero sí con Valentin que les aseguró antes de morir que su amigo Sergey había fallecido. No podía negarse al traslado, mejor así. No vaya a ser que descubrieran su relación con Sergey Volkov y toda su familia se encontrara en peligro.

Otra vez.

—¿Qué se dice por ahí?— Petrova se acomodó en torno a una pequeña mesa en su habitación. Le cedió una silla a Tanya y tomó asiento en otra. No hacía falta concretar la pregunta, las dos mujeres sabían a lo que se refería.

—Lo del suicidio o la pelea no se lo cree nadie. Pero no se atreven a hablar, ya sabes.

—Normal. Han dado por concluida la investigación. A nadie le interesa que corra la voz de un asesinato no resuelto. Lo peor de esta situación es que podemos regresar

a peores épocas— la enfermera mayor suspiró mientras masajeara sus nudosos dedos.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora está todo mucho más tranquilo. No se llevan a la gente así como así. Hay menos vigilancia en toda La Casa, esperemos que continúe de esta manera— su hablar pausado envolvía el ambiente en una particular burbuja de relajación.

Tanya cruzó las piernas. Le gustaba ese rato que pasaba con su compañera. Aprendía de ella todo lo que necesitaba saber de ese sitio.

—¿Y si fue un asesinato? ¿Tenemos un asesino entre nosotras?

—No. No te preocupes por eso. Fue un accidente, hija. No debió pasar, pero él se lo busco.

La compañera de Petrova se llevó la mano a la boca ahogando una exclamación. Con su mirada pedía a gritos que le diera más detalles, si quería. Una de las cosas que había aprendido de Petrova era que no saber te podía salvar la vida. La mujer mayor se la quedó mirando un instante mientras sopesaba si continuar o no. La verdad era que necesitaba ayuda. Ella sola no podría con todo. Si le sucedía algo no quería ni plantearse qué sería de Nora.

—No me queda otra opción que meterte en esto. Perdóname— murmuró mirando a los ojos de su compañera.

Tanya seguía boquiabierta.

—Continúa, por favor.

—Verás, se trata de la interna de la 239 del módulo...

Durante veinte minutos Petrova le contó lo sucedido

con el ayudante de médico y como la paciente se deshizo de él y entre las dos le arrojaron por la ventana. Antes de relatar los hechos, le puso al día de sus sentimientos por aquella chiquilla, así como de sus visitas para hablarle del hijo que creía perdido y cómo, cuando supo que no era así, que estaba vivo, se había recargado de una energía que se manifestaba en su dulce mirada y su alegre sonrisa.

—Incluso durante esos momentos cuando mira por la ventana, en los que parece que no te escucha, no pierde detalle de nada. Es una chiquilla muy inteligente.

—Pobre chica. ¿Qué habrá hecho para acabar en lugar cómo este?

—Nada, como la mayoría de los que aún están encerrados en el módulo especial del ala sur.

En esos momentos Tanya recordó a su padre.

Un velo de tristeza cubrió su rostro.

—¿Qué sucede pequeña?

Después de lo que le había confesado Petrova, poniendo en riesgo su vida al contarle el asesinato, fortuito sí, pero asesinato al fin y al cabo en el que no podía negar su participación, se veía con la confianza suficiente para hacerle partícipe de su historia.

—Mi padre y unos amigos suyos estuvieron aquí también.

—¿Sí? No me digas... ¿Cómo se llamaban?

—Sergey Volkov, Valentin e Igor.

La anciana enfermera no pudo disimular su sorpresa.

—Sergey...— murmuró con la mirada perdida en algún

punto de la pared. Parecía encontrarse lejos de allí. Llevó las manos a la boca y sus ojos se humedecieron.

—¿Le conociste?

—Sergey Volkov...Sí, le conocí. Ojalá nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias...— calló unos segundos antes de continuar, sin desviar la vista de ese punto lejano— ... un hombre extraordinario pero muy cabezota.

Tanya le dedicó una amplia sonrisa.

—Le dije que contara lo que sabía, que aquí no se andaban con tonterías. Me respondió que esos hijos de puta le habían quitado todo —Petrova puso la voz grave y el rostro serio imitando al abuelo— Que habían hecho mucho daño a su familia.

—Sí, mi padre era muy cabezota.

—¿Sergey era tu padre? ¿Sabes? me dijo que lo mejor para su familia era que no saliese de aquí, que lo mataran. De esta forma conseguiría que se olvidaran de ellos. ¿Así que eres la hija de Sergey?

Tanya no pudo evitar emocionarse.

—Mañana seguimos. No hay que tentar a la suerte.

Esa noche, Petrova la pasó entera en duermevela. No necesitaba muchas horas para recuperar fuerzas, pero no logró conciliar el sueño. Tanya le había traído gratos recuerdos del cabezota de Sergey. Se lamentaba no haberle conocido antes de que ingresara en La Casa, quizás hubiera podido darle al menos una pequeña parte del cariño que le habían arrebatado. Cuando le conoció ya llevaba unas

semanas en el módulo. Le trataban como si fuera un activista peligroso que pudiese poner en jaque al país. Si se hubieran preocupado por conocerle, se habrían dado cuenta que estaban ante un pobre viejo testarudo, que había decidido suicidarse poniendo la rabia y el odio, que llevaba bien dentro, al servicio de los camaradas que habían sufrido la gran purga de Stalin. No era de extrañar el cuantioso número de seguidores que apoyaban sus reivindicaciones.

Hasta que le detuvieron.

Sonia Vardiola se encargó de ello.

A partir de ese momento, los que habían salido junto a él a la calle para manifestarse dejaron de hacerlo. Desde que llegó a La Casa del Lago, recuerda Petrova con tristeza, Sergey continuó su particular cruzada, esta vez en solitario. Nunca le dejaron ver a sus amigos, Valentin e Igor, encerrados a pocos metros de distancia. No tardó en comprender que al abuelo no le interesaba la vida, ni la venganza, sólo quería morir.

Al final lo consiguió.

Unas semanas después lo hizo Igor. Tampoco pudo aguantar los interminables e inhumanos interrogatorios sufridos. Valentin fue el que más resistió, el motivo fue que al morir Sergey dejaron de interesarse por los demás. No pusieron en libertad a los amigos del abuelo para que el pueblo no les viera como héroes.

No necesitaban mártires.

Pasaron varios días, casi una semana hasta que

podieron volver a reunirse de nuevo. La vigilancia había aumentado considerablemente, lo que dejaba al descubierto que la teoría oficial del suicidio no contaba con muchos seguidores. Durante esas noches, Petrova no fue a visitar a la paciente de la 239, muy a su pesar. Con un poco de suerte, la teoría del suicidio volvería a cobrar fuerza en cuanto comprobasen que se trataba de un hecho aislado y que los días transcurrían como de costumbre en el módulo especial. No así entre los ayudantes de médicos, que fueron sometidos a una vigilancia severa, interrogatorios incluidos. Gracias a ellos, el capitán encargado de la investigación pudo llegar hasta miembros de su personal de guardia de los que él era el principal responsable.

Nadie supo decirle que fue lo que sucedió aquella noche. En el aire quedaba la sospecha de encontrarse ante un encubrimiento generalizado. No quedaba otra solución que actuar de cara al director de La Casa. Todos lo que de alguna manera participaron en lo que denominaron, la apuesta, fueron expulsados. Tres ayudantes y cuatro miembros del personal de seguridad. Uno de estos, el que acompañó al violador a la 239 y le dejó allí, fue el que peor destino tuvo; un campo de trabajo.

Como preso.

Nora no había tenido mucha suerte durante esos días. La encargada de darle la medicación cada noche fue la enfermera más joven. La habitual postura complaciente de Nora le animó a bajar la guardia y poner fin a la limpieza de



sus asquerosos dedos entre sus encías, debajo de la lengua, y en cualquier recoveco de su boca, asegurándose que las pastillas no se encontraban allí, y se las había tragado. Las dos últimas noches logró que no le hurgase y se diera por satisfecha. Procuero imitar cada gesto y movimiento suyo habitual. Con la lengua buscó un lugar a las pastillas en un lateral de la boca, miró a la enfermera y, mientras se recostaba de lado, las dejó caer en la cama. La primera de esas noches se llevó un buen susto. Cuando parecía que la enfermera se marchaba de la habitación y comenzaba a relajarse, observó por el rabillo del ojo como giraba rápidamente sobre sus talones inclinándose sobre ella.

—Abre la boca— volvió a introducirle los dedos sin el más mínimo cuidado.

Nora se dejó hacer. En esos momentos hubiera preferido estar lo más drogada posible para no sentir el asco que le daba.

La enfermera se dio por satisfecha al no encontrar rastro de las pastillas, señal inequívoca de que al fin había domesticado a la paciente de la 239. Abandonó la habitación sonriente.

Durante la investigación recibió la visita del capitán al mando de los interrogatorios acompañado del doctor y sus inseparables enfermeras. No, la paciente de la 239, que no dejó de mirar por la ventana mientras la inspeccionaban, no hubiera podido agredir a un hombre en ese estado, y menos aún arrojarle por la ventana.

—Hubiera necesitado ayuda, camarada capitán. Me

atrevería a añadir que si el fallecido cayó por la ventana de esta habitación, la paciente no hubiera podido colaborar— apuntó el doctor por el pasillo, camino de otra visita— Ha visto con sus propios ojos el estado en que se encuentra.

—Coincido con usted. Por lo que me cuenta, estos internos no tienen relación entre ellos. Pensar que ha sido algo premeditado entre varios no se sostiene ¿verdad doctor?

El capitán buscaba alguna solución a su problema. La crueldad de su interlocutor y la de sus dos ayudantes no le era desconocida. Podían perfectamente haber sido ellos mismos los que arrojaron a su compañero por la ventana. Disponían de la fuerza y, si le hubiesen encontrado en la habitación abusando de la paciente, del motivo. No por caridad, si no por esconder un incidente que posiblemente se les habría ido de las manos.

—Como podrá comprobar en este módulo ninguno puede valerse por sí mismo. Excepto en circunstancias extraordinarias, no salen de sus habitaciones.

Al capitán no le gustaba nada el trío que caminaba junto a él. Pero le gustaba menos aún el rumbo que iba tomando su investigación. Varios de sus soldados estaban involucrados en los hechos, aunque nada apuntaba a que uno u otro hubiesen participado en el asesinato o hubiera ayudado a suicidarse al fallecido.

Poco importaba.

Alguien debía pagar, y no iba a ser él, precisamente.

El familiar repiqueteo en la puerta de Petrova le hizo esbozar una sonrisa sincera.

“Ahí está”

—Parece que llevabas razón. Se acabaron las patrullas por el edificio.

—No, no te lo creas aún. Han bajado la intensidad de la vigilancia para que nos confiemos —apuntó la enfermera mayor— Por lo que he podido oír, sus esfuerzos se centran en los ayudantes y el personal de vigilancia.

A la mujer le cambió la cara.

—¿Qué sucede?

—No me podría perdonar que fusilasen a alguien por algo que no ha hecho...

—¡Iba a violarla, y sus compañeros lo sabían!— exclamó Tanya con gesto enérgico.

—¡Chist! Sí, sí, pero no levantes la voz —rogó— No es la primera vez que lo hacen, lo sé. Ni la primera compañera que trasladan después de haber sido violada.

—Además, tú no lo mataste.

—Hoy pensaba ir a verla— dejó la frase en el aire esperando que Tanya se adelantase. Como así fue.

—¿Puedo ir contigo?

Eso era lo que esperaba oír, pero sabía que si las descubrían las consecuencias podían ser desastrosas. Más, con los últimos sucesos acaecidos. Alguien debía cuidar de la paciente de la 239. Alguien con buen corazón, tan difícil de encontrar por ese lugar. Tanya parecía la persona ideal, pero hacerle cargar con ello equivaldría que asumiera una enorme

responsabilidad para la que no sabía si se encontraba preparada. No se le ocurría otra solución que no implicase la ayuda de alguien.

“De alguien como Tanya”

Petrova no se sentía bien, algo muy dentro de su fatigado cuerpo le avisaba que su fin se encontraba cerca.

Estaba en lo cierto.

—¿Petrova...?— Tanya posó su mano sobre la de su compañera encima de la mesa.

Le enternecían sus finas y oscuras venas. La piel amoratada, tan pegada a los huesos, que parecía no albergar músculo alguno. Los nudosos dedos con sus irregulares formas por culpa de la artrosis.

—Sí, perdona. Pensaba que si nos descubren se habrá acabado todo.

—No nos descubrirán y si lo hacen sabrás como salir del embrollo— afirmó convencida sin soltar su mano.

—Eso espero, Tanya, eso espero. Pero dime, sé que algo te preocupa ¿verdad?

—No puedo quitármelo de la cabeza. ¿Te acuerdas de lo que hablamos de mi padre?

“¿Cómo olvidar?”

—Claro que me acuerdo.

—Pues verás. Hace años llegó a Moscú el hijo de un primo suyo, con su mujer y una niña casi recién nacida. Eran unos convencidos de la Revolución. Querían llevarla a España.

—Si...

—Al chico lo mataron aquí, en la calle. Más tarde, madre e hija volvieron a su país. La madre trabajaba para el Partido.

Tanya no quería dar nombres de momento. Era una costumbre generalizada, no sólo en La Casa. Nunca se sabía quién podía estar escuchando. Una simple conversación podía terminar con los huesos de una persona o de una familia entera en la cárcel.

—¿Qué pasó?

—Hace unos cinco o seis años apareció esta chica en Moscú con su marido. Estaban de viaje de novios.

Petrova sonrió. Ella también se había casado, tuvo tres hijos. Dos varones y una hembra. Todos murieron. Los chicos en el ejército, como su marido. La chica un día se fue y no había vuelto a saber nada de ella.

Tanya le habló de que le habían llegado noticias de un amigo español que vivió en Moscú. Le llamó por su nombre, Miguelón.

—Le llaman así porque es muy grande— elevó los brazos hacia arriba y bien abiertos— En sus cartas decía que el marido de esa chica estaba en la cárcel acusado de asesinar a su mujer y su hija.

Petrova la miraba sin perder detalle.

—Le soltaron hace año y medio por falta de pruebas. Por lo visto no estaba nada claro lo sucedido. ¿Sabes? Ese chico no le hubiera puesto la mano encima a su mujer. Te lo aseguro.

—¿Ha podido ver Miguelón a vuestro amigo?

—No, no. No debe hacerlo. La madre de la chica ya nos dijo que ni se nos ocurriera acercarnos a ella. Tiene influencias en el partido.

Petrova permaneció unos instantes con la vista fija en Tanya pero con la mirada más allá. Lejos de esa habitación. Tan lejos que estaba escuchando a Sergey hablando de su vida.

“Me han quitado a mi mujer, mis nietos y mi nieta”

—¿Dices qué esa chica es familia de Sergey, de tu padre?

—Sí, eso es.

—Él me contó que la Revolución le había quitado a sus nietos, y una nieta.

Tanya escondió la cabeza entre sus brazos y comenzó a llorar.

—Pequeña...

La dejó llorar hasta que poco a poco comenzó a calmarse. Le ofreció un pañuelo que sacó bajo la manga de su uniforme.

—¿He dicho algo?— quiso saber Petrova visiblemente preocupada.

—No, no. Esos nietos de Sergey eran mis hijos.

Petrova se levantó, dio un rodeo a la pequeña mesa que les separaba y se fundió en un largo abrazo con su joven amiga. La dejó llorar con la cabeza sobre su pecho. La mujer mayor no pudo evitar que sus ojos se le llenasen de lágrimas.

—¡Cuánto lo siento!—murmuró— ¿La nieta? ¿También

era hija tuya?

—No. Ella no murió. Al menos mi suegro nunca supo que hubiese muerto. Esa nieta es la mujer de la que te hablo. A la que dicen que asesinó su marido en España junto con su hija. Sergey se refería a su madre, que huyó con ella.

La cabeza de Petrova empezó a dar vueltas. Era como si su mente quisiera mostrarle una serie de imágenes a las que debería dar sentido

“No puede ser..sería mucha coincidencia, demasiada. Además, dice que está muerta”

—¿Cómo se llama esa nieta de Sergey?

—Nora.

A la enfermera mayor comenzaron a temblarle las manos. De repente sintió que tenían que darse prisa, no sabía para qué, pero no iba a hacerse preguntas. No en aquellos momentos. Bastaba con seguir a su instinto y éste nunca le había defraudado.

—¿Te encuentras bien?— se interesó Tanya viendo la palidez de su rostro.

—No. La verdad es que no, hija. Estoy muy cansada.

—Ven, déjame que te ayude a acostarte y...

—No, no, ahora no hay tiempo para dormir— puesta en pie logró esquivar un repentino mareo— Acompáñame — la cabeza comenzaba a dolerle. No se trataba de un dolor fuerte, pero sí molesto.

—¿Dónde vamos?

Petrova puso las manos en sus hombros y la miró fijamente.

—Tanya, vamos a ir a la habitación 239 del módulo especial. Quiero enseñarte algo. No preguntes. Debemos tener mucho cuidado.

Salieron al pasillo.

Unos metros más adelante se incorporarían a otro pasillo más pequeño al que daban las habitaciones de las demás enfermeras. Al finalizar este, a la izquierda, la compañera de guardia debía dormir plácidamente. Por debajo de la puerta no se distinguía la más mínima claridad. A la derecha saldrían al corredor central. De ahí al ala sur, y luego al final, de nuevo a la derecha entrarían en el módulo especial.

Excepto el chisporroteo de las lámparas que iluminaban tenuemente el corredor, no se oía nada más. Con el corazón latiendo más de lo que a Petrova le convenía, se pusieron en camino. A paso lento, pero sin descansar, recorrieron los metros que les separaban hasta llegar bajo la cúpula.

Silencio.

A Tanya le sudaban las manos. Notaba su respiración agitada pero lo que más le preocupaba era Petrova. La expresión de su rostro había cambiado totalmente un poco antes de salir de su habitación. Se la veía acelerada.

—Despacio, te vas a cansar mucho— susurró a su oído.

Las palabras de Tanya parecieron despertarle de un profundo sueño.

—Sí, llevas razón, me estoy cansando más de lo debido.

El sonido de pisadas, que sin duda provenían de un



pequeño grupo, le sirvió para detenerse y recuperar el aliento. Quizá se tratase de la patrulla terminando su inspección. En cuanto los pasos se alejaron continuaron con su camino. Unos minutos más tarde llegaron a la habitación 239.

Abrieron la puerta lentamente evitando el crujir de los goznes.

Petrova asomó la cabeza, si Nora estaba despierta quería que la reconociera y no se asustase. Tanya la siguió. La enfermera mayor buscó el lado derecho de la cama. Al ver la silla bajo la ventana, supuso que se había acostado en cuanto oyó que alguien se aproximaba.

Así fue, en efecto.

—¿Cómo estás?—susurró acariciándole la cara— Hoy he venido con una amiga, no tienes que tener miedo de ella.

Eso era lo que a Nora le había asustado, no venía sola, como siempre. Pensaba que se trataba de la enfermera más joven que volvía para que se tomara las pastillas, otra vez. Como si se hubiera dado cuenta que las había escupido.

“¿Amiga suya?”

Abrió los ojos.

Petrova se echó a un lado.

Tanya se acercó. Las dos mujeres se miraban como intentando recordar algo que evidentemente no podía ser. No, no, era imposible. Nora miraba a una y a otra. Su cabeza le estaba jugando una mala pasada, sin duda.

Petrova se volvió hacia su compañera:

—Te presento a Nora.

“¿Nora?”

Tanya se sentó en el borde del camastro sin dejar de mirar a Petrova. Enfocó sus ojos sobre la mujer que estaba en la cama. La claridad que entraba por la ventana no parecía suficiente para reconocer unos rasgos.

Sí, sí era suficiente, pero estaba tan cambiada.

—¿Nora? ¿Eres tú? —susurró entre balbuceos. Giró su cabeza en dirección a Petrova que sin poder ocultar su emoción, asintió.

A la paciente de la 239 le sonaba esa voz y ese rostro, pero por muchos esfuerzos que hacía no llegaba a ponerle un nombre. A no ser que se tratase de...

—¿Tanya?

—Nora... ¿Pero qué haces aquí? ¿Qué te han hecho? Me habían dicho que habías... —balbuceó mientras la apretaba suavemente contra su cuerpo. Temía hacerle daño si forzaba un poco más.

Con la barbilla apoyada en el cuello de Tanya Nora miraba a la enfermera mayor. Sus ojos lo decían todo. Lloraba, sí, pero de esperanza. Ver, tocar, abrazar a alguien de su pasado en un lugar cómo ese era una sensación indescriptible. No estaba sola.

—Mi hijo está vivo ¿sabes?...—murmuró mirando a Tanya a los ojos con una sonrisa tan grande que apenas le cabía en la cara

“¿Tu hijo?”

La mujer de Dima puso un gesto de sorpresa, giró su

rostro en dirección a Petrova que había tomado asiento al otro lado de la cama.

Asintió.

—Llegó aquí embarazada.

Volvieron a abrazarse. Tanya temía preguntar por Teresa. Si Nora no estaba muerta ¿Teresita? Pregunta tras pregunta se fueron agolpando en su cabeza en busca de respuesta. Bruno había sido encarcelado y puesto en libertad, sin embargo, ni Nora ni su hija habían aparecido.

—No sé cómo, pero te sacaremos de este lugar. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí — afirmó sin que la sonrisa abandonase su rostro.

—Debemos irnos. Volveremos pronto, pequeña — susurró Petrova mientras la besaba en la frente y acariciaba su rostro— Ya queda menos— no recordaba haber visto en su protegida una cara tan rebosante de felicidad y de gratitud como aquella.

Nora las miraba mientras se despedían de ella y abandonaban la habitación. En muchas ocasiones le costaba discernir entre lo real, lo imaginario y los sueños. Estaba segura que no, que ahora no soñaba. Tanya podía haber sido fruto de su imaginación pero la enfermera mayor, no. Sonrió con la manta subida hasta el cuello. El resto de las imágenes que pasarían por su cabeza durante esa noche sí que serían fruto de un sueño. De un largo y maravilloso sueño. Nadie le iba a quitar la capacidad de imaginar lo que deseara. Cerró los ojos y sonrió. Sabía que iba a disfrutar con Bruno, Teresa, su hijo...

“¿Cómo te gustaría llamarle, cariño?”

Se durmió.

Con la misma tensión y sigilo, las dos enfermeras regresaron a la habitación de Petrova. De la estancia donde una compañera debería estar de guardia, partían suaves jadeos. Mejor así, se ahorrarían excusas y justificaciones que en esos momentos no deseaban dar a nadie. Petrova era toda una institución en La Casa, nadie se iba a atrever a pedirle explicaciones pero si no la veían salir y entrar, mejor.

—¡Era Nora! ¿Por qué me dicen que está muerta? ¿Qué es lo que está pasando?— con los codos en la mesa, y los dedos metidos entre su pelo, pedía una explicación a nadie en concreto.

Tanya, por fin, había podido dejar salir la indignación y rabia que sentía desde que vio a su amiga. El camino de vuelta lo habían realizado en completo silencio. Estalló al encontrarse de nuevo en la habitación de Petrova.

—Lo sabemos muy pocos, pero puesto que estás metida en esto y se puede decir que es familia tuya, te puedo contar cómo ha llegado hasta este lugar. A Nora la ha traído su madre.

—¿Sonia? No sé por qué no me extraña. Es una auténtica hija de puta—soltó con rencor— ¿Pero qué hace aquí?

—Eso no lo sabemos. Ella no se comunicaba con nadie desde que le quitaron a su hijo.

Tanya no perdía su capacidad de asombro.

—¿Qué se lo quitaron? ¿Sabes dónde está?

—Sí, me encargo de que lo cuiden. Su abuela lo dejó en nuestras manos.

—¿Y Teresa?

—No lo sé, pero no creo que esté con la camarada Vardiola. Debe encontrarse en algún lugar de Moscú.

—Sonia es una fanática de la Revolución, seguro que querrá instruir a su nieta. Si está en Moscú, como dices, tiene que ser en un sitio en el cual se enseñe a los niños todo lo relacionado con la Revolución. ¿Conoces algún lugar así?

Petrova se tomó su tiempo antes de dar una respuesta.

“Claro que conozco. ¡Que tonta soy!”

—¡Sí! A los hijos de los militares de alta graduación se les educa y adoctrina en un centro al otro lado del lago. Si estás en lo cierto, esa mujer se las habrá arreglado para ingresar a Teresa y que cuiden de ella. Me pregunto cómo podremos reconocerla.

—¿Estás pensando en ir allí?

—Yo no, tú. Apenas tengo fuerzas para otra visita más a Nora —apuntó con un esbozo de sonrisa.

—Me acercaré mañana y la llamaré por su nombre, aunque se lo hayan cambiado espero que lo recuerde. Pobre niña...

En eso quedaron. A la noche siguiente se volverían a ver en el mismo sitio. Debían poner algún plan en marcha cuanto antes.

El día amaneció despejado. Los rayos del sol no eran

suficientes para contrarrestar mínimamente el intenso frío que reinaba en el ambiente. La escarcha que cubría la hierba y las gotas heladas sobre las hojas de los árboles aún se resistían a convertirse en agua. Olía a hierba fresca, a tierra mojada. Tanya se maravillaba con el espectáculo que le ofrecían los jardines de La Casa del Lago Patria.

Tras localizar el pabellón que Petrova le había indicado la noche anterior, entró en la vigilada recepción. Por si las cosas se torcían le dio el nombre de una enfermera que le ayudaría, sin dudarlo. No eran pocas las personas, que después de tantos años le debían algún que otro favor. No era partidaria de cobrárselos pero no le quedaba otra opción.

Ni tiempo.

La mujer de Dima no esperó a meterse en problemas. Nada más llegar se presentó a la responsable de cuidadoras y amiga de Petrova.

—¿Cómo está? —quiso saber— Si vienes de su parte es que ella no ha podido hacerlo ¿me equivoco?

—Así es. Está muy cansada. Me ha pedido que venga yo.

—Nos vamos haciendo mayores, hija.

Tanya se interesó por una niña española que debía llevar en torno a tres años allí y tendría ahora unos seis. Sí, pero no había sólo una, necesitaba algún dato más.

—¿No puedes decirme algo concreto? Cómo por ejemplo quiénes son sus padres o quién la ha traído

Tardó unos segundos antes de decidir jugárselo todo a una carta. Sonia tendría contactos y fieles seguidores en

cualquier lugar. Posiblemente ahí también.

—La camarada Sonia Vardiola.

Ahora fue la enfermera la que se tomó su tiempo. En ese pabellón añadían a sus funciones habituales las de cuidadoras,

—¿Sabe de quién le hablo?

Sin abrir la boca, con un gesto le indicó que la siguiera. Atravesaron dos pasillos y llegaron hasta el comedor. No menos de cincuenta niños estaban desayunando. Entre ellos se encontraban los futuros hombres y mujeres destinados a dirigir aquel vasto país.

—Esa de allí. La de la segunda mesa por la izquierda. En la esquina de...

Tanya puso su mano sobre el brazo de la mujer.

—Sí, la veo. Es igual que su madre —no le costó reconocerla.

Era la viva imagen de la pequeña Nora jugando con el abuelo Sergey.

—¿Su madre? La camarada me dijo que había fallecido.

Antes de despedirse Tanya le pidió que estuviera pendiente de ella. Petrova se lo iba a agradecer de por vida.

“Imposible negarse después de lo que esa mujer hizo por mi hijo”

La noche siguiente, al llegar la hora de volver a reunirse con Petrova, Tanya iba radiante, feliz por ser portadora de buenas noticias. Teresa estaba bien.

—¡Cuánto me alegro, hija! No nos queda mucho

tiempo —señaló Petrova mientras arrancaba una hoja de un cuaderno usado del que solían llevar los médicos en La Casa — ¿Puedes hacer llegar este papel a ese amigo tuyo, Miguelón?

Tanya asintió.

—Por si alguien lo encuentra no voy a nombrarte, ni a decir nada del hijo de Nora. Pero creo que su marido y su familia deben saber que se encuentra bien de salud y que ese chico no ha matado a nadie. Les pido que no la busquen, si alguien se entera...—dejó la frase en el aire sin terminar.

—Se lo haré llegar a Miguelón a Madrid a través de un amigo de mi marido. Él sabrá que hacer.

—He cogido ese cuaderno de la basura del doctor — señaló sobre su cama— espero que nos valga. Toma, escribe por favor.

Con la hoja sobre la mesa y la pluma en la mano, Tanya se dispuso a tomar nota. *"Donde estamos no llegan noticias, pero nos han dicho por lo que usted ha pasado. Nora está viva, su hija también, pero no pueden volver..."*

Voces en el pasillo.

—¡Corre! Date prisa— pidió la mujer mayor.

*...No la dejarían, si lo intenta, Teresa lo pagará, seguro. No hable con nadie de esta carta. Quiere que la perdone...*

—¿Qué la perdone?

—Sí, eso me dijo un día, pero venga, no te entretengas.

Voces cada vez más cercanas.

—¡Camarada Petrova! ¡Camarada Petrova!



*Cuando ella pueda escri...”*

—No hay tiempo para más —murmuró mientras quitaba la pluma a Tanya y le ordenaba que se escondiera tras la puerta— Guarda la hoja. Cuando yo salga espera unos minutos y sal tú.

Golpes en la puerta.

—Sí, voy, voy.

—Camarada, el doctor Irionov requiere su presencia en la 167. Uno de sus pacientes se niega a colaborar si usted no está delante.

“El bueno de Ivan”

Tanya esperó como le dijo Petrova.

A la mañana siguiente le entregó la hoja a Dima. Ambos estaban ansiosos por ayudar a Nora. Gracias a ella habían podido localizar el paradero del abuelo, aunque fuese demasiado tarde.

—¿No la podemos sacar de allí?

—No lo sé, Dima. ¿Imaginas la que organizará Sonia si su hija y nietos desaparecen? Porque ya puestos no deberíamos dejar a ninguno de los tres allí. No quiero ni pensar cómo reaccionaría.

Dima quedó en silencio. Su mujer tenía razón. Deberían buscar alguna forma de poder llevar a Nora y a sus hijos de vuelta a España.

“¿Pero cómo?”

**20**

**Madrid**  
**La Casa del Lago Patria**

**1955**

El portazo que puso fin a la visita de Sonia y Nino a casa de Josefina les hizo despertar. En la cabeza de todos se repetía la frase que Antonia había dicho segundos antes.

“Mamá, Nora estaba embarazada...”

—¿Estás bien?— Jesús ayudaba a levantarse a su mujer.

—No lo sé— balbuceó Antonia. El empujón de Sonia la había enviado contra el suelo— creo que he roto aguas— dijo mirando su falda.

Palabra mágica que puso a todo el mundo en acción. Sería más justo especificar que fue el mundo femenino el que se puso en marcha.

—Voy a llamar al médico, hija. No te preocupes— afirmó Candela vuelta hacia el teléfono.

—Vamos a la habitación, tranquila, estás en buenas manos— Josefina y Lenita acompañaban a la parturienta camino del dormitorio de invitados. Jesús iba detrás sin tener muy claro qué era lo que se esperaba de él en estos momentos

—Ve al salón. Te avisaremos cuando llegué el bebé.

Asintiendo con la cabeza agradeció internamente la propuesta de Josefina. No había nada peor que ver sufrir a su querida Antonia. Esperaría, tal y como le habían sugerido, pacientemente sentado.

—¡Bruno! ¡Bruno!— los gritos de Antonia llegaron hasta mí, alarmado corrí por el pasillo seguido de los que se encontraban en la casa.

—¿Qué pasa?—pregunté mirando a las dos mujeres que acompañaban a mi hermana.

—Bruno, lo que dije antes...

—No te preocupes por eso ahora, ya me lo contarás en otro momento.

—Déjame hablar, por favor. Nora me lo confesó el mismo día que desapareció. Me di cuenta que no había podido compartir contigo la noticia, por que nos lo hubieses dicho— Antonia se había tumbado en la cama sobre unas toallas que la doncella acababa de extender— supuse que si pensabas que a la pérdida de Nora y Teresa debías sumar la de otro bebé, después de todo lo que estabas pasando yo...

—Hiciste muy bien, ahora relájate, el doctor está a punto de llegar.

Nada podía reprocharle a mi hermana. Si había algo peor que perder a mi mujer y a mi hija, era añadir a esa pérdida la de otro hijo. Ella no lo ha debido pasar nada bien guardando su secreto y la promesa que le hizo a Nora, con tal de no verme sufrir más. Mi hermana siempre ha tenido la cualidad de leer mi estado de ánimo. Era incapaz de esconder mis emociones y sentimientos en su presencia. Le bastaba con mirarme para saber cómo me encontraba. Sabía cuando me gustaba una chica o había surgido algún problema en el trabajo o con alguien en particular. Yo debía ser como un libro abierto para ella. Esa cualidad tenía éxito no sólo cuándo se trataba de mí. De pequeña era incluso como una diversión para ella, sin embargo, con el paso de los años la dejó a un lado. Había notado que algunas personas se molestaban cuando les aseguraba que les sucedía algo y éstas lo negaban.

Me convertí en el único objetivo de esa cualidad, a excepción de Jesús que había aprendido a no intentar

engañar a su mujer, en nada.

—Siempre sabe lo que pienso o cómo me siento— me dijo un día.

—Sé bien a lo que te refieres.

Por eso, porque sabía bien a lo que se refería, no dejaba de pensar en los gritos de mi hermana a Sonia unos minutos antes en el salón. Los mismos gritos que hicieron que Jesús y yo abandonásemos nuestro escondite y saliéramos corriendo.

“¡Mentirosa! ¿Has reconocido ese papel, verdad?”

Si mi hermana afirmaba algo así, no sería yo quién pusiera en duda sus palabras. Si además a la negativa de Sonia, responde que la conoce más de lo que cree, sólo me queda sentarme e intentar poner un poco de sentido a sus acusaciones.

En el salón, mi padre y Pepo atendían a Jesús, que no sabía si tomarse una limonada, mirar por la ventana o ponerse a correr. Optó por lo primero y por escuchar pacientemente las experiencias sufridas por ellos dos mientras vivieron una situación similar a la suya.

—¿Sabéis dónde está la carta?— pregunté.

Los cuatro que quedábamos en el salón barrimos con la mirada cada esquina, cada estante. Yo buscaba por las mesas, por las repisas, bajo alguna revista. Nada. Pero ellos miraban por el suelo.

—Sonia la rompió en dos pedazos y luego la pisó— me dijo Pepo, intuyendo lo que pasaba por mi cabeza. Confío en que haya sido cuestión de azar y no una influencia de mi

hermana— Por aquí debería estar —señaló mi amigo junto a un cojín en el suelo.

Ahí estaba.

Arrugada y en dos pedazos, pero aún legible.

—¿Qué sucede hijo?

Coloqué las dos mitades sobre la mesa y las uní.

—Antonia dijo que mi suegra había reconocido esta carta ¿verdad?, que mentía.

—Sí, así es. Seguramente lo habrá dicho porque estaba harta de ella, igual que lo del embarazo de tu mujer ¿Cómo iba a saberlo Sonia?— se preguntaba mi padre.

Yo no tenía la respuesta. No creo que Nora se lo hubiese contado a su madre antes que a mí. Lo de Antonia era diferente, seguro que lo intuyó nada más encontrarse con ella aquel día. No, no lo dijo porque estuviera hasta los mismísimos de mi suegra, que sin duda lo está como todos nosotros, había algo más. Ese algo es que estaba convencida de lo acertado de sus palabras.

—No sé por qué lo dijo, pero no dudo que ella está convencida de lo que ha dicho. Si piensa que Sonia mentía. Sonia mentía.

La llegada del médico elevó, si es que era posible, el estado de nervios de Jesús y aplazó nuestros pensamientos para más adelante.

—Tu mujer está muy bien, no te preocupes— mi madre asomó la cabeza por la puerta con una feliz sonrisa. Iba a ser abuela de nuevo. La duda radicaba en si lo sería por segunda o tercera vez.

No podía evitar sentir como si un puño agarrase mi estómago al pensar en Nora embarazada. Si estaba viva ¿habría tenido el bebé? ¿Cómo habrá podido sobrevivir con los dos pequeños? ¿Dónde?...

Si estaba viva...

Álvaro llegó a este mundo avisando a todos de su venida como si pretendiese demostrar la fortaleza de sus pulmones. Mi hermana estaba radiante con su hijo junto a ella. Mi cuñado no pudo más y acabó desmayado en el sofá del salón al oír los gritos de su mujer durante el parto.

—Sonia sabe algo de esa carta. Estoy segura— insistió mi hermana cuando fui a verla.

Antes de abandonar la habitación por orden del doctor, me hizo un gesto para que me acercase a ella.

—No sé que puede significar lo que dices. Ahora descansa— le di un beso en la frente y me encaminé hacia la puerta.

—Bruno. O sabe quién ha escrito la carta o...— permaneció unos segundos como sopesando si terminar o no la frase.

—Di lo que tengas que decir.

—...o sabe más de Nora y de tus dos hijos de lo que nunca ha confesado. Perdóname si me equivoco pero no puedo callármelo.

Me marché a casa. Sabiendo que mi hermana y su hijo se encontraban en perfecto estado podía retomar mis

pensamientos acerca de sus palabras y la carta. Me serví un whisky y encendí un pitillo. Puse los dos trozos de papel sobre la mesa, los pegué con cinta adhesiva y les presté toda mi atención observándolos de todas las maneras posibles. ¿Habría reconocido la letra? Si Sonia sabía quién había escrito la carta, yo no tendría ninguna forma de averiguarlo.

Si no se trataba de la letra, me preguntaba qué era lo que podía haber reconocido ¿el papel? La conclusión a la que llegaba era la misma. A mí nada me decía ese trozo de papel.

Tumbado en el sofá coloqué los pies sobre la mesa, cerré los ojos y permití que mi mente me llevase por dónde quisiera. Sentía que mis ojos se cargaban al imaginarles a ellos tres dónde quiera que estuviesen.

Tan lejos. Tan cerca.

Debí quedarme dormido porque de repente me desperté sobresaltado, envuelto en sudor. La sucia carta se encontraba a mis pies, bajo la mesa. Desde mi posición, sentado en el sofá, no lograba alcanzarla, me puse de rodillas, estiré el brazo y me hice con ella. Al observarla entre mis dedos se formó en mi mente una imagen, como un flash. Llegó tan rápida como desapareció.

Pero lo vi...

“¡No puede ser!”

“No es posible...”

Me incorporé tan rápido y tan asustado que me golpeé la cabeza con la mesa. Sentado de nuevo en la butaca miré el papel que tenía cogido con las puntas de los dedos, como si temiera romperlo. Cerré los ojos intentando recordar todos



los detalles que pudiera de esa foto que durante décimas de segundo se había formado en mi cabeza al recogerlo del suelo. Pasé, sin saber el motivo, la yema de mi dedo por las pequeñas muescas que tenía la hoja en la parte de arriba. De repente mis manos comenzaron a temblar

“¡Eso es!”

El fotograma de mi cabeza dio paso a una película en la que podía ver una habitación medio a oscuras. A Nora junto a un hombre que parecía haber muerto. Sí, era Valentín. Veo como me agacho y recojo del suelo un papel que parecía haberse descolgado de una placa junto a los pies de la cama. Las pequeñas muescas eran muy parecidas a las que presentaba la sucia hoja que tenía entre las manos. Ese era el tipo de papel que Sonia había reconocido.

“¡Alguien había escrito la carta en La Casa del Lago Patria!”

Quince minutos más tarde Pepo y John llamaban a mi puerta. Me encontraba entre nervioso, muy nervioso, e impotente por no saber qué podría significar.

—¿Estás seguro que se trata del mismo lugar en el que visteis a Valentin?— preguntó Pepo mientras se encendía un pitillo.

—Sí, pero si Antonia no me hubiese puesto sobre aviso y Sonia no hubiese actuado de esa manera cuando le nombré La Casa del Lago, es posible que por mi cuenta nunca lo hubiese deducido.

—¿Entonces Nora y Teresa están en esa casa?

—No lo sé, Pepo. Si obedezco a lo que dice el texto y doy por buena mi teoría de que este papel —lo blandí en el aire— procede de ese lugar, las dos deberían estar allí.

—Supongamos que es así —John se encontraba de pie junto a una librería, tras el sofá— entonces lo que aseguras, o lo que crees, es que tu suegra se las ha llevado hasta Moscú y os ha hecho pasar por todo esto pero ¿Por qué?

—Tampoco lo sé. No tengo ninguna respuesta para las preguntas que nos planteamos, papá. Lo único que quiero ahora es ir a la puñetera Casa del Lago y revisar cada habitación... —callé unos segundos, recordando—...tengo una idea del ala en la que se pueden encontrar, si siguen ahí...

Esta última coletilla que salió de mi boca indicaba los altibajos de mi estado de ánimo y de la mínima esperanza que tenía de verlas con vida. Mi padre tenía razón, Pepo también. Todo sonaba tan increíble que parecía fruto de una mente retorcida.

—Si estoy en lo cierto, apostaría a que Sonia va camino de Moscú —un cosquilleo trepó por mis piernas al escuchar mis propias palabras— No tengo otro plan, ni otra idea. Después de lo vivido necesito comprobar si están allí.

—Bien ¿Cómo podemos ir a Rusia, regresar con ellas y vivir para contarlo?— preguntó mi amigo a nadie en concreto.

Iba haber añadido “y con él” pero no me quería hacer ilusiones.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Ni yo, ni los que conmigo se encontraban hubiésemos

podido imaginar quién podría hallarse al otro de la puerta.  
Mejor dicho, quiénes.

—¿Crees que vendrán a buscar a Nora y a sus hijos?—  
quiso saber Tanya tumbada en la cama con la cabeza sobre el  
pecho de Dima.

—No basta con llegar hasta aquí. Deben recogerlas y  
volver. Con un enemigo como Sonia Vardiola no parece  
posible.

—¿Cuándo crees que les llegará la carta?

—En unas pocas semanas. Mi amigo tomará todas las  
precauciones necesarias.

—Entonces pueden haberla recibido.

—Sí, es muy posible que a estas alturas Bruno ya la  
haya leído.

Nora había recibido la visita de Tanya repetidas veces,  
la última semana casi a diario. Sin embargo, Petrova sólo lo  
había hecho en una ocasión. El trayecto desde su dormitorio  
hasta las escaleras, subir los dos pisos hasta la planta en la  
que se encontraba Nora, se le antojaba cada día más difícil  
de recorrer. La dificultad radicaba en la ida y su inmediata  
vuelta a un ritmo que exigía de ella unas fuerzas de las que  
no disponía. Esa misma mañana, Nora advirtió que volvían a  
reducir su medicación, señal inequívoca de que su madre  
preparaba otra visita.

Si hasta el momento no había accedido a sus demandas, ahora ya era demasiado tarde. Tanya le había confirmado que Teresa y su hijo se encontraban bien y que haría lo posible para que los tres salieran de La Casa.

—No va a ser fácil, Nora, pero por nosotros no quedará.

—No os arriesguéis más de lo necesario. No podría soportar que os sucediese algo. Quién intenta ayudarme, termina pagándolo —recordaba a Ana, la enfermera joven que la ayudó y de la que no había vuelto a tener noticias.

Habían conseguido que la dejasen salir por la mañana unos minutos a caminar por el pasillo. Los primeros días le costaba un enorme esfuerzo recorrer el corto tramo que la llevaba desde su habitación al corredor del ala sur. Poco a poco fue encontrándose mejor. Ese permiso llevaba implícito un cambio en el horario de las pastillas de la mañana, que se retrasó hasta después del ejercicio, como así llamaban a su paseo.

Durante el lento caminar, Nora ofrecía su mejor versión. Continuaba sin tragar la medicación de la noche. Cuando por la mañana llegaba Tanya a acompañarla en su paseo, eran ya casi veinticuatro las horas transcurridas sin medicación. La euforia de esos momentos debía guardársela para sí misma.

—Mi madre está de camino...—murmuró una mañana al regresar del ejercicio.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes?

—Por la medicación. Me la han reducido igual que las otras veces que apareció por esa puerta. Ten cuidado y no te dejes ver por aquí cuando ella esté, podría reconocerte.

Unos minutos después, con la dosis diaria, aunque en esta ocasión reducida, Nora ingresó, de nuevo, en su particular fábrica de sueños. Tanya había decidido no contarle las vivencias de Bruno para que no sufriera más. De haberlo hecho le habría dado una buena noticia, pero ignoraba que Sonia ya le había puesto al día de la estancia de Bruno en la cárcel. Lo que Nora desconocía es que su marido se encontraba en libertad desde hacía año y medio.

-

Bruno estaba en lo cierto, Sonia Vardiola había decidido regresar a Moscú, pero no se trataba de una decisión que pudiera tomar a la ligera, necesitaba una excusa para abandonar su puesto en Madrid. En sus últimas conversaciones con Mijail Zasliev pudo comprobar cómo su relación con el camarada general se había vuelto estrictamente profesional, más aún desde que asumió el mando de la nueva agencia, la KGB. Tenía la sensación de que se daba por satisfecho por sus servicios prestados y que la mantenía en Madrid por su posición y conocimiento de la ciudad y del país.

En un principio, a Zasliev le pareció extraordinario el plan urdido por Sonia, en compañía de Nino, para conseguir la colaboración de la rebelde de su hija y captar para la causa al hijo del más que probable Gobernador Civil de Madrid. Lo que ambos desconocían es que John había decidido dejar pasar un tiempo para aceptar la propuesta, si la aceptaba. No era el momento más apropiado para cargar con más presión a Bruno. Si querían esperar a que las

circunstancias fuesen otras, perfecto, si no, apoyaría al próximo gobernador. Lo primero era su familia y ahora se necesitaban los unos a los otros más que nunca.

Con el paso del tiempo el general le hizo ver a Vardiola que su plan no parecía funcionar. La libertad de Bruno y el retraso en el ascenso político de John parecían apoyar su tesis.

—Si habéis sido capaz de organizar una puesta en escena como la que hicisteis, no te temblará la mano para deshacerte de tu hija— expuso una noche Zasliev en uno de los viajes de Sonia a Moscú— con tu nieta puedes hacer lo que estimes más conveniente. Si tiene tu sangre sería una gran incorporación a nuestros intereses de cara al futuro.

En aquella conversación se limitó a asentir. No había llegado hasta ese punto para enviar a su hija a un maldito campo de trabajo. Respecto a Teresa, ya estaba recibiendo la educación que el general proponía.

No podía regresar a Moscú con las manos vacías. Necesitaba un golpe de efecto que le permitiera presentarse ante Zasliev como la agente Arena. Una vez conseguido podría poner patas arriba La Casa del Lago Patria en busca del traidor. Después...

Después nada sería igual.

—¿Quién será?— pregunté a nadie en concreto sin esperar respuesta.

Miré el reloj, extrañado. No es que fuese tarde, faltaban unos minutos para las nueve y media de la noche, pero no esperaba a nadie. Me levanté a abrir la puerta.

—Quizá algún vecino o Aparicio— respondí a los gestos de mi padre y de Pepo.

No se trataba de ninguna de las dos opciones que me había planteado. No, jamás hubiese imaginado una visita como aquella, en aquellos momentos concretos, en aquel día tan especial.

—¡Amparo! ¡Miguelón! Pero...pasad, pasad.

Me fundí en un abrazo, primero con ella, después con el que mi mujer llamaba tío Miguelón. Una persona enorme, con un corazón gigante. Al abrazarle no pasé más allá de sus hombros, me resultaba imposible abarcar más con mis brazos, y eso que paso del metro ochenta.

Me quedé sin palabras durante unos segundos, mirándoles embobado. Los dos eran seres muy importantes en la vida de Nora, formaban parte de un pasado cercano para ambos.

—Sé que no es una buena hora, Bruno, pero...

—Para vosotros siempre es una buena hora recibirlos en mi casa. Pasad por favor— les indiqué el salón.

Mi padre y Pepo estaban de pie, esperando a la pareja. Me habían oído hablar en los últimos días mucho y bien de ellos.

—Os presento a Amparo y a Miguelón— expuse sonriente.

—Sabemos quiénes son hijo. Perdona, ha sido

imposible no oír tus gritos cuando les has abierto.

Tras dedicar unos pocos minutos a manifestar nuestra alegría por vernos, y explicarnos que llevaban algo menos de dos años en Burgos, fuimos directamente al grano.

—Fui yo el que traje esa carta. Mi mujer no ha parado de insistirme cada hora desde entonces que debía venir a hablar contigo.

—¿Recuerdas la amenaza de tu suegra?

—¡Cómo olvidarla, Amparo!

Mi padre y Pepo se miraban sin comprender.

—Sonia les amenazó con la peor de las consecuencias si se acercaban a Nora— les expliqué.

—Como no sabíamos si ella andaba por aquí— se paró unos segundos antes de seguir— decidí darle la carta al chaval. Me llegó a través de un buen amigo común con Dima.

Mi corazón se iba acelerando a cada palabra que salía de su boca.

—¿Sabéis algo de Nora, si está viva o...?— no tuve valor para terminar la frase.

La pareja se miró entre sí antes de responder.

—Le contamos a Tanya lo que sabíamos sobre ti. Las noticias, ya sabes —intervino Amparo con sus manos entrelazadas junto a sus rodillas.

—Ninguno creímos lo que la prensa decía de —apuntó Miguelón mientras aceptada una whisky que le sirvió mi padre— sigue tu Amparito.

—Un día nos llegó la carta que te trajo mi marido. Nosotros, bueno...—miró a Miguelón azorada— nosotros...



—Díselo mujer, ya da igual.

—La leísteis— propuse sin darle la mayor importancia.

—Si, Bruno, la leímos— convino Amparo mirando al suelo. Dio un lento trago a un vaso de agua que acababan de servirle— después de lo que has pasado, bueno, y tu familia también, no queríamos entregarte algo que te hiciese más daño aún.

—Pensamos que quizá era Sonia la que andaba detrás de ese papelito, y iya estamos más que hartos de esa mujer! con perdón...— añadió mirando a Pepo y a mi padre.

—¡Leímos que Nora y tu pequeña estaban vivas, Bruno!— los ojos de Amparo se llenaron de lágrimas— ¡Qué alegría! después de lo que han dicho de ti...

—Llevábamos unos días en casa de mi hermana. ¿Recuerdas en Moscú cuando vigilamos al ruso ese...? ¿Cómo se llamaba? Sí, Ologov.

Asentí.

—Lo mismo he hecho con esta casa para asegurarme que tu suegra no andaba por aquí. Te preguntarás a qué hemos vendido.

Llevaba razón.

Con sus explicaciones ya me había hecho una idea. Seguramente querrían saludarme después de todo lo sucedido. No, no se trataba de eso, me equivoqué, sus intenciones iban más allá.

—Nora se arriesgó, como tú, por el abuelo Sergey. Queremos ayudarte, conozco Moscú y aún me debe quedar algún contacto allí. ¡Tenemos que traer a tu familia de

vuelta! ¡Qué cojones! —exclamó— con perdón...

Mi padre y Pepo no pudieron disimular una sonrisa cómplice. Durante los siguientes minutos les expuse mi teoría acerca de La Casa del Lago Patria y mi sospecha de que Nora se debía encontrar ahí, y quién quiera que fuese la persona que había escrito la nota, sabría dónde estaba Teresa. No me olvidé de la reacción de Sonia al ver la nota, aunque fue Pepo el que lo contó. Yo me encontraba en la sala de al lado con Jesús.

—¡Claro! Eso que dices tiene sentido —Amparo se había secado las lagrimas y nos dedicó una gran sonrisa— Tanya trabaja allí como enfermera.

Me había puesto de pie incapaz de disimular mis nervios. Encendí el segundo pitillo desde que entraron por la puerta estos dos buenos amigos que la providencia había puesto en mi camino.

“¿Tanya?”

—¿Entonces es ella la que ha escrito la carta?— quise saber.

Me encontraba con las manos apoyadas en el respaldo de la butaca donde había tomado asiento Pepo.

—No sabríamos decirte si es su letra— Amparo torció el gesto con el sucio papel entre sus dedos— No olvides que la amenaza de tu suegra nos convenció a todos. Quizá ella la leyó, y pensaría que con que supieras que estaban vivas y bien, de momento te darías por satisfecho.

—Así fue el primer día, Amparo. Ahora quiero tenerlas aquí.

Miré a mi padre. Hasta el momento sólo había abierto la boca para saludarles. Le conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba intentado encontrar una solución a lo que escuchaba.

—Papá...— le animé a que compartiese con nosotros sus pensamientos.

Se echó hacia delante, extrajo el último pitillo de un arrugado paquete de tabaco y me miró durante unos instantes.

—Me preocupa más la salida de Rusia que la entrada.

—No es complicado llegar a Moscú, señor Hayward— intervino Miguelón asintiendo a las palabras de mi padre.

—John, por favor, o me obligarás a llamarte don Miguelón.

“¿Don Miguelón?” Sonreí al pensarlo.

—Para la vuelta tengo una idea, pero antes debo realizar unas llamadas a unos colegas franceses. Quizá ellos nos puedan ofrecer cobertura diplomática.

—¿En qué estás pensando?— pregunté con mis cinco sentidos puestos en lo que tuviera que decirnos.

—Antes que nada, vamos a organizar la salida de Madrid. ¿Cuántas personas crees que deberían ir?— preguntó en dirección a Miguelón.

—Cómo decía, es fácil llegar, pero allí más de tres personas por las calles es multitud.

—Iremos él y yo— apunté convencido y sobre todo enormemente animado. La visita de Amparo y Miguelón había sido como una inyección de moral.

Unas horas más tarde subíamos al tren con destino París.

—¿Puedo ver al hijo de Nora?— hasta ese momento, Tanya no se había atrevido a preguntar por él. Esperaba a que Petrova se lo dijera, pero no pudo aguantarse.

La enfermera mayor se encontraba en la zona destinada al hospicio, supervisando el trabajo de varias jóvenes ayudantes.

—Claro, ven por aquí.

A paso lento la llevó a una habitación. En el suelo jugaban varios niños de edad similar al hijo de Nora. Cuando fuesen más mayores pasarían a otras dependencias de La Casa.

—¿Ves ese moreno de allí? Ese que sonrío.

Tanya le reconoció en seguida.

—Se parece a su padre.

—¡Mijail!

“¿Mijail?”

Tanya miró asombrada a su compañera. No se esperaba ese nombre, aunque conociendo a Sonia no debía sorprenderle en absoluto. La elección de Mijail respondía a una idea de Vardiola, por si llegara el día de enternecer a Zasliev confesándole que su nieto se llamaba como él y que además se le está formando como un buen soldado del mañana. No podría negar que ella, Sonia Vardiola, había

dado su vida por la Revolución.

Y la de su familia.

El niño se acercó corriendo.

—¿Cómo te llamas para mí?— preguntó con el pequeño de pie frente a ella, sentada en una de las viejas sillas del lugar.

—Pequeño Bruno...— murmuró.

—¿Ese es nuestro secreto, verdad?

El pequeño Bruno asintió sonriente.

—Secreto, secreto... — murmuró poniendo un dedo sobre sus labios.

Ante la inminente llegada de Sonia Vardiola habían decidido posponer cualquier intento de fuga. No querían ni imaginar la reacción de esa mujer cuando pusiera un pie en La Casa del Lago y se encontrase con que ni su hija ni sus nietos estaban en ella. Lo más acertado sería que la recibieran como en cualquier otra ocasión. Es decir, manteniéndose lo más alejadas posible.

—Haz caso a lo que te ha dicho Nora— Petrova avanzaba cogida del brazo de Tanya— y no pongas un pie en el módulo especial mientras Vardiola se encuentre aquí.

—¿Nora se quedará sola?

—Ya me encargaré de que una enfermera la acompañe en sus paseos. Contigo alegraré que necesito a alguien de tu experiencia junto a mí.

Nadie le ponía la más mínima pega a Petrova en La Casa. Guardaba una buena relación con el director por una

simple cuestión de supervivencia. No aprobaba su forma de actuar, ni el trato que recibían los internos del módulo en el que se encontraba Nora. La Casa del Lago Patria ya no era lo que fue en los peores años de redadas y asesinatos en masa de los propios súbditos rusos. Pero aún quedaba un reducto, un módulo especial, gracias a gente de la vieja guardia como Sonia Vardiola. Gente que aún contaban con mucho poder a pesar de que los tiempos estaban cambiando.

Rusia necesitaba un lavado de cara entre los que fueron sus socios europeos y ante el mundo. Contar con unas instalaciones pioneras destinadas a la investigación y tratamiento de enfermedades mentales, les servía para ofrecer una imagen de preocupación y respeto por el ser humano, que en las últimas décadas había dejado mucho que desear. Se organizaban visitas y se intercambiaban conocimientos entre colegas de otros países en uno de los pabellones anexos a La Casa de Lago Patria.

—Pensé que estas reuniones se hacían en el Hospital General— apuntó Tanya señalando un cartel anunciador del inminente evento.

—Así era. Aquí tenía prohibida la entrada todo aquel que no tuviera algo que ver con el objetivo al que se destinaba este lugar. Los extranjeros no eran bien recibidos.

—¿Qué sucedía... aquí?

Mientras hablaban, observaron como se aproximaban dos camiones de los que descendieron numerosos soldados. Una vez por semana se producía el relevo del personal de

vigilancia de La Casa

—No quieras saber, hija. Sólo te diré que para la pobre Nora esto es un paraíso comparado con lo que era esta institución. Incluso te diría que ha tenido suerte de que alguien con el poder de su madre, haya decidido que Teresa y Bruno sigan aquí, con vida.

—¡Petrova! ¿Pero cómo puedes decir eso?

—Deberíamos dar las gracias por estar como estamos en estos momentos. Eso nos permite tener esperanza, Tanya. Queda poco tiempo, pero no nos precipitemos... no nos precipitemos— repitió para sí mirando al suelo junto a la recepción de La Casa.

Al día siguiente de su visita a Josefina, Sonia partió de Madrid. Durante la noche le había dado vueltas al plan que poco a poco se había ido forjando en su cabeza. En el apareamiento de una mantis religiosa en ocasiones sucede que la hembra se come al macho. Sonia iba a tener sexo con Nino por última vez. Sería de la manera más salvaje que nunca antes lo había hecho. Sentía de nuevo la tremenda excitación y la adrenalina de una inminente misión.

No, no se lo iba a comer, aunque lo hubiese deseado tampoco tenía tiempo para ello, pero sí que iba a forjar su tumba. Su actual marido sabía mucho de ella, demasiado a su parecer. Él no lo sabía pero le iba servir en bandeja la excusa que necesitaba para volver a Moscú. Si no fuese

porque ella no tuvo nada que ver con la muerte de Ramón, se hubiese bautizado a si misma como la auténtica viuda negra.

—¿Viuda negra? ¿Pero qué dices?— balbuceó Nino con Sonia cabalgando como un caballo desbocado sobre él.

En ocasiones pensaba en voz alta. Esas ocasiones eran mayoría cuando había sexo de por medio. Sonia se limitó a sonreírle excitada y a acelerar sus movimientos, cada vez más y más rápido.

Había leído en algún sitio que la araña que se conoce como viuda negra, actúa como la Mantis, pero al terminar de aparearse enrolla al macho, si antes no ha logrado escapar, en su tela de araña, para que le sirva de alimento. Lo mismo que ella estaba haciendo en aquellos momentos. Cuando terminase, se daría una ducha para eliminar todo rastro de contacto con Nino y partiría rumbo a Moscú. Bueno, esa sería la versión para su marido, la realidad era bien distinta. Pasaría un día más en Madrid con varios camaradas a los que les pediría su testimonio por escrito sobre los comentarios que Nino realizaba cuando se encontraban juntos. A algunos de ellos los había acogido en su casa cuando llegaron a Madrid. Sonia sabía que con esos argumentos, Zasljev le recibiría.

De noche tomó un avión rumbo a Berlín. No había encontrado ninguna dificultad para conseguir la firma de los camaradas, ni siquiera para redactar el documento. Sonia había advertido a Nino en varias ocasiones que sus ácidos comentarios sobre los valores de la Revolución y su ferviente



crítica a Stalin le terminarían por acarrear problemas.

—¡No te consiento que en mi presencia hables de ese modo! Una Revolución implica separar el polvo de la paja, pero hay que mirar el futuro.

—Cierto, pero eso forma parte del pasado, Sonia. Ahora sólo gobiernan para ellos mismos. Es una revolución para el pueblo pero sin el pueblo.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Luchar por los valores iniciales.

“No podrá decir que no estaba avisado”

Por la ventana del avión podía ver Madrid, de noche se asemejaba a una multitudinaria reunión de diminutas luciérnagas. Se recostó en su asiento con la intención de dormir aunque fuese una hora. No fue capaz. De su cabeza no desaparecía la escena de ese sucio papel entre sus manos.

“Un traidor”

Por si esto fuera poco, el cobarde de Bruno amenazaba con denunciarla.

“De momento vuelo a Berlín”

¿Cómo era posible que hubiesen llegado hasta La Casa del Lago y que además hubieran podido hablar con Sergey? se preguntaba incrédula. La respuesta le vino rápidamente a su atormentada cabeza: Pavel Ologov tenía la culpa, sin duda. La decisión de suicidarse, lo mejor que podía haber hecho. ¿O la advertencia de Bruno se trataba de un farol para ponerle nerviosa? Si tuvieran alguna declaración de Volkov se la hubiesen enseñado, seguro.

“¿O no?”.

Si llevaban a cabo su amenaza, la cómoda vida en España se habría terminado, de eso no le cabía ninguna duda. Con ella caería la familia Hayward al completo. Pero primero había un asunto del que se tenía que ocupar en persona y cuánto antes...Sergey Volkov. Vardiola sentía como su cuerpo se tensaba al recordar ese nombre. Él había sido el culpable de que Nora regresase a Moscú por su cuenta y de que Zasliev le llamara por primera vez la atención.

—Si ahora ya no puedes ni mantener el orden en tu familia ¿Cómo quieres que crea que estoy ante la enérgica camarada Sonia Vardiola que conocí años atrás?

—Te prometo que pondré orden en mi familia, camarada— no consideraba al abuelo como parte de su familia, pero no iba a discutir esos pequeños detalles con su superior. No en esos momentos.

Cumplió su palabra. Puso orden.

Poco después el abuelo y sus dos más fieles amigos dieron con sus huesos en La Casa. A partir de ese momento las calles se calmaron durante un largo período. Durante los disturbios encabezados por los tres hombres mayores, Sonia sintió una extraña sensación. Un sabor agridulce en su garganta que no se desapareció hasta mucho tiempo después. El pueblo estaba manifestándose contra los que gobernaban en esos momentos y ella, una estalinista convencida, no estaba de su lado. Formaba parte del objetivo de la ira de los ciudadanos. Era una más en el entorno del poder establecido. Solucionó su malestar de una forma sencilla, bastaba con pensar en esos alborotadores como

enemigos de la Revolución a los que había que combatir.  
Como Sergey Volkov.

Como Valentin.

Como Igor.

En Berlín pasó el resto de la noche, a la mañana siguiente partiría en un vuelo de Aeroflot rumbo a Moscú. Mijail Zasljev la esperaba a media tarde, apenas dos días después de la visita a Josefina.

Volvía a sentirse bien.

Su vida iba a dar un giro de 180° una vez que hubiese puesto punto y final a su relación con Nino Broccenti y se hubiera ocupado de Sergey. ¿Nora? De ella dependía. Si ella no pudiera regresar a España tampoco lo haría su hija, ni sus nietos. No dejaba de ser un as en la manga para volver con todas las garantías.

Zasljev esperaba en los próximos minutos a la agente Arena con un sentimiento contradictorio. No podía negar que había pasado buenos momentos junto a ella. Sonreía y se excitaba al recordarlos. Le había ayudado con Ekaterina y puesto fin a su aventura con el traidor de Nóvitsiov terminando con su vida. Había conseguido innumerables éxitos y fue condecorada por ello. Sin embargo, desde un tiempo a esta parte, el odio y la ira impulsaban todos sus movimientos. En las diferentes conversaciones que mantuvieron en los últimos tiempos no había conseguido hacerle ver que actualmente se vivía una etapa en lo que lo político estaba por encima de lo militar, de puertas afuera,

sin duda. Sus mejores años como agente habían pasado ya. Sólo le pedía que gestionara la red de espionaje que había creado, que viviera en Madrid junto a los Hayward y que esperase su momento dibujando retratos de la alta burguesía.

“¿Por qué no lo entendía?”

El general tampoco pudo hacerle ver que su descabellado plan para que su hija decidiera colaborar con ella, se estaba alargando demasiado. Había resultado tan cabezona o más que la madre. De pie en su despacho, caminando de un lado a otro, el viejo militar negaba con la cabeza. No había duda de que el asunto se le estaba escapando de las manos a Vardiola, si no lo había hecho ya.

“O pone remedio cuanto antes, o deberé tomar medidas drásticas”

Tras los saludos iniciales, la agente Arena fue directamente al grano. No tenía tiempo que perder. Esa noche no, pero a la mañana siguiente a primera hora iría a ver a Sergey, sin falta.

—Nino Broccenti, con el que ordenaste que me casara se ha convertido en un serio peligro para la causa. Temo que pueda ser captado por nuestros enemigos— confesó seria, convincente, como si los años no hubiesen pasado por ella.

Zasliev la miró de arriba abajo. Broccenti era, como Sonia, uno de sus mejores agentes. No era tan idealista como ella, pero nunca le hubiese catalogado como un traidor, ni como agente doble. Los años nos pueden cambiar a todos, pensaba el jefe de la KGB mirando a su pupila.

—No soy yo la única que piensa de esta manera— dejó el documento que había redactado y firmado, en Madrid, junto a varios camaradas.

El general lo leyó en silencio. Su semblante reflejaba sin lugar a dudas los efectos de la acusación de Vardiola. Algunos le habían visto hablando con conocidos agentes del bloque aliado. La información era valiosa y requería tomar una decisión de inmediato.

Pulsó un timbre.

—Póngame con nuestra escoba en Madrid.

Sonia esbozó la más grande de sus sonrisas sólo para ella. A simple vista su imagen exterior no revelaba lo que su interior sentía. Su primer problema estaba solucionado. La escoba acabaría con su compañero de cama sin dejar rastro.

—¿Vuelves a Madrid?

—Antes quiero pasar por La Casa del Lago.

Zasliev rodeó su enorme mesa hasta situarse frente a Sonia, que permanecía de pie. Tenía que reconocer que valor seguía teniendo.

—Me parece buena idea. Pero cuando vuelvas a Madrid no quiero que quede rastro de nada, ni de nadie, que tenga que ver contigo en La Casa ¿Me he explicado correctamente, camarada Vardiola?!

De vuelta al apartamento en el que se alojaba en sus visitas a Moscú, se felicitó por su actuación. Sin embargo, no le había gustado en absoluto la orden del general. Tendría que pensar en algo para poder acatarla.

Un día después de la merienda en casa de la madre de Lenita, Miguelón y yo llegábamos a Moscú. La escala que hicimos en París coincidió con el retraso de un avión que debía haber salido unas horas antes. Retraso que nos permitió subir a bordo aprovechando unas plazas libres que aún quedaban. No hubo tiempo de avisar de nuestra llegada. Ni tiempo, ni forma de hacerlo. Nada más aterrizar fuimos directamente a casa de Tanya y de Dima.

Era tarde pero aún así decidimos presentarnos.

—Es posible que Sonia haya llegado a Moscú—me temía. Esa mujer era capaz de cualquier cosa.

—Tendremos que ir con cuidado— convino mi Miguelón.

No, Sonia en aquellos momentos subía a un avión en Madrid, con su documento bajo el brazo firmado por sus camaradas. Miguelón y Bruno contaban con más de veinticuatro horas por delante. Pero lo desconocían.

Cuando llegamos frente a la casa de nuestros amigos, permanecemos unos minutos observando a los que por allí transitaban por si hubiera alguien vigilando. Me costaba relajarme, a pesar del frío sentía mis manos húmedas. En cuanto puse un pie en Moscú no pude evitar estremecerme. Había llegado a este mismo lugar seis años antes con la idea de conocer a la familia de Nora. Hoy volvía

a por ella, a llevármela de vuelta a casa junto con mis hijos.

“Mis hijos...”

Si alguno vivía.

La capital rusa nos recibió tranquila y con un frío moderado para lo que ambos esperábamos. Las calles estaban desiertas, como si el paso de los años no hubiese variado las costumbres de los moscovitas; costumbres de los que acechaban en cualquier esquina, o junto a un callejón oscuro, en busca de una víctima a la que despojarle de algún rublo o al menos de unos pocos kopeks; costumbres de aquellos que no salían de noche por temor a ser objetivo de los delincuentes.

No parecía haber nadie acechando la vivienda. Decidimos entrar y subir escalón a escalón sin meter el más mínimo ruido. Frente a la puerta tuvimos que armarnos de paciencia, el suave repiqueteo de nuestros nudillos no parecía ser suficiente para animar a Dima a abrirnos. No era de extrañar, lo más probable era que a esas horas no esperase a nadie. Menos, a nosotros.

Al final nuestra insistencia dio sus frutos.

—¿Qué coño...!?!— Dima no llegó a terminar la frase. La sorpresa le dejó con la boca abierta, tanto o más como se quedó la mía cuando Miguelón y Amparo llamaron a la puerta de mi casa— ¿Pero qué hacéis...?

—Ni que hubieras visto un fantasma, viejo amigo. ¿Podemos pasar?—Miguelón no esperó respuesta y entró.

Tras su fuerte abrazo con Dima me llegó el turno.

Dima situó sus manos en mis hombros, me dedicó una

sonrisa tan grande que parecía que la noticia que pensaba darme le haría más feliz a él que a mi.

Eso era imposible.

—¡Están vivas, Bruno! ¡Tanya ha visto a los tres!

—¿Los tres...?— mi voz apenas un balbuceo

Mis amigos intercambiaron sus miradas.

—Quizá he metido la pata. No sabías que Nora estaba...

—Sí, sí, me lo dijo mi hermana ayer.

—¿Ayer?— Dima apretó los labios— Según mi mujer por lo visto tienes un hijo precioso.

La confirmación de lo que hasta entonces eran sospechas acerca de la suerte que podían haber corrido mi mujer y mi hija, a las que desde unas horas antes, debía unir la de mi hijo, provocó en mí un estado de debilidad que nunca jamás había experimentado hasta ese momento.

—Perdonad— dije mientras tomaba asiento.

Coloqué los codos sobre las rodillas, metí la cabeza entre mis manos y comencé a llorar. Lloré como si me fuese la vida en ello.

Nada tenían que ver esas lágrimas con las miles y miles que resbalaron por mi cara, cada día, durante los últimos años. Aquellas eran de pena, de impotencia, de rabia, de dolor, de mucho dolor. Estas eran bien diferentes. No sabría como explicarlo. Sentía que necesitaba dejarlas salir, como si fuera la única forma de eliminar la tensión, el insomnio, el flagelarme diario. Eran como la respuesta a la multitud de preguntas que me había hecho desde aquel día. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién? y sobre todo las que más me



atormentaban ¿Están vivas? ¿Están bien?

Las primeras lágrimas salieron atropelladas como si al sentarme hubiese abierto las compuertas de mis lacrimales. Salían a borbotones. Agarraba con fuerza mi cabeza para evitar más espasmos. No podía parar, mi cuerpo me pedía que le dejara estar, que necesitaba vaciarse para recuperar de nuevo un mínimo de tranquilidad.

Lo dejé hacer. Por mí no iba a quedar.

Como hubiera dicho mi madre. Lo estaba llorando todo y lo estaba llorando bien.

—Lo siento...— logré al fin serenarme.

Me sorprendió lo bien que me quedé, como si todo se redujera a haber experimentado la peor de mis pesadillas y tras abrir los ojos volviera a retomar mi pulso habitual. La realidad era bien distinta. No se trataba de un maldito sueño. Me encontraba a una distancia tan próxima a Nora como hacía mucho tiempo que no estaba. Hasta que escuché las palabras de Dima, nuestra distancia era infinita pero a la vez tan próxima que el aire no podría correr entre nosotros.

Tan lejos. Tan cerca.

—Te sentará muy bien desahogarte, Bruno— apuntó Miguelón, que junto con Dima me habían dejado mi espacio hasta que conseguí serenarme.

—¿Tanya duerme?

—No, viene a primera hora de la mañana. Verás la alegría que se va a llevar en cuanto sepa que habéis llegado.

—¿Sonia sabe que vivís aquí?

Dima se pensó la respuesta a mi pregunta durante

unos instantes. Intercambió algunos gestos con Miguelón, como mudas preguntas. Posiblemente se planteaba que si nosotros habíamos encontrado el lugar, mi suegra también.

—Cuando se llevaron a mi suegro nos cambiamos de casa. Desde entonces no hemos vuelto a saber de ella.

Los siguientes minutos los dediqué a escuchar de boca de Dima todo lo que Tanya le había contado desde que vio por primera vez a Nora. Me habló de su valentía, de sus ganas de vivir al saber que Teresa y el pequeño estaban vivos. De su fortaleza y de su capacidad de superación. No pude evitar emocionarme con su relato. Hablar de ellas en presente, como si su ausencia se debiera a que habían salido a visitar a alguien y no tardarían en volver, me producía una alegría sin límites.

Llegamos al punto crucial de nuestra llegada a Moscú; idear algún plan para poder sacarles de La Casa del Lago sin que nadie se enterara y si lo hacían que al menos no pudiesen detenernos. De esta opción se encargaría mi padre, la política y la diplomacia eran sus armas.

A veces los planes toman su propio rumbo.

—Sólo tendrá efecto si logramos actuar por sorpresa, Bruno. Deben darse una serie de circunstancias que coincidan en el tiempo. No será nada fácil— me dijo en Madrid mi padre segundos después de colgar el teléfono tras hablar con algunos colegas del consulado francés. Seguidamente nos despedimos de él.

Dima insistió en que debíamos descansar un poco. No

sabíamos lo que nos iban a deparar los próximos días y lo sensato sería encontrarnos lo más enteros posibles. No le faltaba razón. Les animé a que se echaran unas horas.

—Tú también deberías intentar dormir, Bruno— apuntó Miguelón.

Llevaba razón.

Me quedé en el sofá. Mi cuerpo parecía tener bastante con los minutos que desconecté en el avión. Quizá no fuera así exactamente. Esos minutos fueron los que mi mente, agotada, dejó de enviarme mensajes una y otra vez. Con los ojos cerrados, tumbado lo más relajado que podía encontrarme, buscaba esa duermevela que tanto me gustaba. Era incapaz de evitar imaginar el momento en el que viera a Nora, a Teresa a... ¿cómo se llamará?

Nora...

De repente abrí los ojos.

Me llevó unos segundos reconocer el lugar en el que me encontraba y algunos más el sonido metálico de algo parecido a unas llaves. Me giré en dirección a la puerta de la casa que se abría lentamente. Por no mover ni un solo músculo casi me olvido de respirar. Entre penumbras como me encontraba, me pareció ver una mano que se colaba y buscaba algo.

El interruptor.

La luz del pequeño salón me pareció como un repentino fogonazo. Cerré los ojos. Cuando los volví a abrir tenía a una mujer a medio metro de mí.

—¿Bruno? ¡Eres tú! ¡Qué alegría!— exclamó sentada

en el sofá y abrazándome— Sabía que vendrías.

—¡Tanya! Gracias por todo— murmuré en su oído, aún sin separarnos.

—¡Todos están bien, Bruno, todos! ¿Te puedes creer?— su bonita sonrisa no abandonaba su rostro ni para hablar.

—¿Es que no se puede dormir en esta casa?— la grave voz de un Miguelón soñoliento y sonriente llegó hasta nosotros.

—¡Tú también estás aquí! ¡Qué sorpresa!

Dima fue el siguiente en aparecer. En pocas horas debía entrar a trabajar. Dejó la fábrica de motores, en la que había estado tantos años, por miedo a que Sonia le localizara después de detener a su suegro.

Las palabras de Tanya, que ya habíamos oído en su mayor parte de boca de su marido, volvieron a emocionarme. Su alegría al relatar cada pequeño detalle me enternecía. Me aseguró que la experiencia de Nora había sido horrible y que le costaría algún tiempo llevar una vida normal pero que era una mujer con una fortaleza impresionante.

—Se llama como tú... —soltó de repente—...tu hijo se llama pequeño Bruno, así le ha bautizado Petrova.

Sonreí.

“Pequeño Bruno”

Lo de esa mujer era algo extraordinario. No dejaba de ser una muestra de la buena gente que hay en todos los lados del mundo. Gente que se juega la vida por las cosas que considera justas y nobles. Tenía muchas ganas de darle un abrazo y agradecerle todo lo que había hecho.

Pero antes...

Antes había que sacar a mi familia de allí.

—Sonia esta a punto de llegar— afirmó preocupada Tanya.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la medicación.

A la mañana siguiente Sonia se iba a presentar en La Casa del Lago. Buscar a Sergey, primero, y a la persona que escribió la carta, después, sus objetivos iniciales.

Por este orden. Para Nora tenía tiempo.

—Contamos con una baza que ella desconoce.

—¿A qué te refieres?— quiso saber Dima.

—Ella no sabe que estamos aquí. Conociéndola, es posible que piense que cuando le aseguré que Nora y yo fuimos a La Casa del Lago en busca del abuelo, se trataba de un farol. Lo único que tenemos seguro es que aún no ha llegado ¿verdad, Tanya?

—Cuando mis compañeras y yo hemos salido de La Casa, era muy pronto. Petrova me ha ordenado que mientras esté ella por allí no me acerque a Nora.

—Estoy de acuerdo —convine— podría reconocerte. ¿Por qué no duermes un poco?

Los siguientes minutos hasta que Dima salió rumbo a su trabajo los pasamos agobiando a preguntas a Tanya. No

tardó en regresar, su puesto lo ocupó un amigo suyo. Entre todos buscábamos alguna forma de salir de aquel lugar sin ser vistos.

Nos habló de un evento que comenzaba esta misma mañana, al que asistirían psiquiatras de diferentes países, en un pabellón de los jardines del lago. Quizá podríamos aprovecharlo, pero según Tanya sería complicado llevar a Nora hasta allí.

Se me estaba ocurriendo una idea que no quería analizar del todo, como es obligado hacer con cualquier plan, por temor a que me pareciera tan absurdo que lo abandonásemos a las primeras de cambio. Pero no teníamos otro. Sonia se acercaba. No había tiempo que perder.

Mi plan fue aprobado por todos.

Al final, nada sale como estaba previsto.

Lo primero era informarse de si mi suegra había llegado a Moscú. En esta ocasión íbamos con dinero suficiente para gastos imprevistos. Dima pudo conseguir un coche a cambio de una buena cantidad de rublos. No mucho menos me costó comunicar con mi padre para compartir con él lo que nos proponíamos. Dejamos dormir a Tanya unas pocas horas y partimos hacia La Casa del Lago. Era mediodía y el sol se esforzaba para hacerse notar entre las nubes. Su esfuerzo no era en vano.

Me estaba planteando si quitarme la gruesa pelliza que llevaba puesta. Al ver a los demás, íbamos los cuatro en el coche, que no hacían ademán de despojarse de sus abrigos,

me planteé la posibilidad de que mi exceso de calor tuviera una relación directa con mi estado de nervios. La humedad de mis manos no dejaba lugar a dudas. No era para menos, cada segundo que pasaba la distancia entre Nora y yo disminuía.

Llevábamos tan solo un proyecto de plan cogido con hilos. No teníamos tiempo para ponerlo a prueba, la parte positiva radicaba en que podía adaptarse a las circunstancias. Es lo mismo que decir que buena parte de ese plan dependía de la improvisación de cada uno de nosotros. El objetivo estaba claro; regresar a España con mi mujer y nuestros dos hijos. Lo más sencillo y directo era salir por la puerta con cada uno de ellos, subir al coche y largarnos como alma que lleva el diablo.

“Un plan sencillo, sí, y absurdo también”

Contábamos con la colaboración desde dentro de Petrova y Tanya. Fuera, con el conocimiento del idioma y de la ciudad, de Dima y Miguelón. Todos esos ingredientes bien mezclados podían conformar un cóctel interesante, un final feliz.

No iba a resultar tan fácil.

Los aspectos no controlables parecían contar con un valor muy superior a la ayuda desde el interior en La Casa y a los conocimientos de mis amigos. Desconocíamos las intenciones con las que llegaba Sonia. Si había reconocido la carta, como aseguró Antonia, pondría patas arriba la institución hasta dar con el responsable. La responsable en este caso, Petrova. Sólo Tanya y ella, sabían de quién era la

letra.

Otro aspecto a tener en cuenta y que tampoco podíamos controlar, era el alcance del poder de mi suegra. ¿Cómo reaccionaría el director cuándo fuese informado de que alguien, bajo su tutela, enviaba cartas al exterior? ¿Le habría avisado ya Sonia de este hecho? Si fuese así, La Casa de Lago andaría revuelta en estos momentos. Antes de meternos en el coche nos planteamos esta última pregunta. Todos coincidimos en que Sonia era partidaria de tomar el mando de la situación y actuar en primera persona. Descartamos, por tanto, que hubiera contactado con el director porque implicaba ponerle sobre aviso. La agente Arena desconfiaba de todo el mundo, cada día más.

A pesar de nuestra deducción unánime nos dejamos llevar por la incertidumbre que provocaba tener frente a frente a un personaje como Sonia. Necesitábamos asegurarnos que La Casa del Lago continuaba como siempre.

Recorrimos el trayecto en un concentrado silencio. Al pasar bajo la hilera de árboles a ambos lados del tramo final del camino que unían sus altas copas formando una profunda cueva, un cosquilleo recorrió mi cuerpo. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza, Nora, Sergey, Valentin.

La carta...

Aprovechando el congreso de psiquiatras y la imagen de apertura que se pretendía dar al exterior, aparcamos sin problemas junto al pabellón que albergaba el evento. La



primera parte del plan se ponía en marcha. Tanya bajó del coche camino de La Casa. Debía comprobar si todo continuaba como en un día cualquiera.

—Volveré cuanto antes— aseguró.

Lo peor para mí en esos momentos era la espera. Mis hijos y mi mujer se encontraban a pocos metros de distancia. Me moría de ganas de bajar del coche y salir corriendo gritando sus nombres. Eso me pedía el cuerpo, el corazón. La razón me rogaba que aguardase un poco más.

Sólo un poco más.

Nuestra inocente visita iba a provocar que los acontecimientos se precipitaran. Tanto, que nuestro plan pasaría a depender por completo de nuestra capacidad de improvisación.

Y de la suerte.

Al llegar a la recepción, la mujer de Dima pudo comprobar que todo discurría por los cauces habituales. A simple vista no daba la sensación de que sucediera algo fuera de lo normal. Para confirmar sus impresiones decidió transitar por algunos de los pasillos de las cuatro alas del grandioso edificio. Finalizó su recorrido llamando a la puerta de Petrova.

—Adelante.

Tanya entró sonriente. Llevaba buenas noticias.

—¿Qué haces aquí?— la enfermera mayor, visiblemente cansada, mostró su enorme sorpresa. Aún era pronto para que se incorporase a su puesto.

—¡Bruno está fuera!— soltó feliz.

Los ojos de Petrova se abrieron todo lo que daban de sí. Su rostro incrédulo y la arrugada palma de la mano tapando su boca, borraron toda sonrisa de la cara de Tanya.

—¿Qué has hecho, hija? ¿No leíste la nota? Si Vardiola se entera que alguien viene a por Nora, los pequeños lo pagarán caro...— calló unos segundos antes de continuar con un hilo de voz—...muy caro.

—Bruno se presentó ayer por la noche en mi casa, con Miguelón, el amigo del que te hablé, el que le entregó la carta, ¿Qué iba a hacer?

Petrova permaneció en silencio. Meditando.

—¿Aún no ha llegado la camarada Vardiola?

—No.

Tanya le puso al día de los motivos de Bruno para venir a Moscú. De la reacción de su suegra cuando vio la carta.

—¿Le enseñaron la carta?— murmuró sin mirar a ningún punto en concreto.

No hacía falta que su joven compañera le advirtiese de lo complicada que se podía volver su situación si Sonia llegara a sospechar de ella. No era su salud lo que más le preocupaba. Llevaba varios años cuidando del pequeño Bruno y haría todo lo que estuviera en sus manos para mantenerle a salvo.

—Esto lo va a precipitar todo. No tenemos tiempo que perder— Petrova se puso en pie no sin dificultad— Será mejor que cuando Vardiola llegue no os encuentre a ninguno aquí. Dejadme que sea yo la que hable con ella e intente poner fin a todo esto.

—No puedes hacerlo sola. Me quedo contigo y les digo a...

—No, no. Debe estar a punto de llegar. Cuando vuelvas esta noche a trabajar por favor no vayas a ver a Nora.

Sonia ya estaba en Moscú, en dos horas se reuniría con Zasliev.

Tanya no pensaba desobedecer a su jefa. Al menos de momento. La visita a Nora la iba a realizar de inmediato. La alegría nerviosa que le invadió unos minutos antes cuando se disponía a comunicar a Petrova la llegada de Bruno, la arrastraba ahora camino de la habitación de su amiga.

“¿Cómo iba a marcharme sin decirle que Bruno está aquí?”

Si ella estuviera en su lugar, saber que su marido había llegado hasta Moscú le hubiera aportado una energía, una esperanza tal que le hubiese dado fuerzas para afrontar cualquier situación. No era capaz de callárselo, lo sentía por Petrova pero no podía hacerle eso a Nora.

Recorriendo los pasillos con los cinco sentidos alerta, por si alguno le daba la alarma de la llegada de Sonia o de algún suceso fuera de lo habitual, Tanya no podía dejar de pensar en los últimos acontecimientos. Sentía que podían acabar entre rejas, muertos o felices. Esta última posibilidad era la que les proporcionaba a todos la valentía necesaria, quizá suicida, para seguir adelante.

Frente a la habitación golpeó con los nudillos suavemente. Al no obtener respuesta volvió a intentarlo con

el mismo resultado. Lentamente fue abriendo la puerta e introduciendo la cabeza temerosa de encontrarse con algo o alguien que no deseara ver. Todo parecía estar correcto.

—Nora...—murmuro mientras bordeaba la cama.

Sintió como se revolvía bajo las sábanas.

—Nora...

—¿Tanya? perdona, pensé que se trataba de mi madre — dijo volviéndose hacia ella— ¿Sabes? A veces echo de menos estar drogada, el tiempo se me pasaba más rápido y ahora...

—Bruno está en mi casa, vino con Miguelón— cortó su frase con una enorme sonrisa reflejada en su rostro.

Nora permaneció unos instantes sin mover un músculo. Con la boca a medio abrir miraba fijamente a su amiga. Barrió con la mirada la habitación buscando algún indicio que le convenciese que no se trataba de un sueño.

—¿Bruno...? Pero si mi madre se entera...

—Han venido para llevarte a de vuelta a casa. Vamos a sacarte de aquí a ti y a tus hijos. Al menos vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos. Esto no puede seguir así, Nora— Tanya había tomado asiento en la cama. Cogió la mano de ella entre las suyas mientras advertía como la sonrisa que recordaba de una Nora feliz se apoderaba de su rostro.

—Bruno...—repitió—... está aquí. ¿No estoy soñando verdad? Dime que es cierto, que no se trata de otro sueño

—No estás soñando. Está en Moscú, pero debemos tener cuidado.

Unos pasos rápidos en el pasillo de varias personas, captaron su atención.

—Métete debajo de la cama ¡Corre!

Segundos después la puerta de la habitación se abrió de repente. Por ella apareció la cara del director y tras él dos soldados. Nora dormía profundamente. Nadie como ella para interpretar ese papel. Tanya desde su escondite veía los zapatos y las botas de los hombres junto a la puerta. Si la descubrían todo habría terminado. Apretó los ojos y esperó.

—Todo en orden— convino el director al cerrar la puerta.

Había recibido el aviso de la llegada de la teniente coronel Sonia Vardiola a través del médico que trataba a la interna de la 239.

Las dos amigas tardaron unos minutos en recuperar las pulsaciones. Ambas pensaron que era la propia Sonia la que aparecería tras la puerta.

—He venido a decirte que Bruno está con nosotros para darte ánimo. Te sacaremos de aquí—afirmó. Le dio un beso en la frente y se encaminó a la salida— Volveremos pronto.

En cuanto Tanya abandonó la habitación Nora comenzó a llorar todo lo que no lloraba desde años atrás. Ahora sí que podía visualizar claramente a Bruno y a sus dos hijos. Ni recordaba la última vez que se sintió así. Como un fogonazo, quizá para contrarrestar su felicidad, la imagen de su madre se formó en su cabeza.

—¡¡No!!— gritó para sí.

“Tengo que hacer algo”

Cuando Tanya regresó al coche, aguardó unos segundos a que Dima y sus amigos la vieran para aproximarse. Se habían separado para no llamar la atención.

—Bruno, he hablado con Nora, sabe que estás aquí. Si no me controlaba iba montar el numerito otra vez.

—¿Cómo está?

—Feliz con la noticia. Necesitará toda tu ayuda para recuperarse mentalmente.

—Lo sé, lo sé.

Iba a contar con toda mi ayuda, la de mi familia, y la de mis amigos. Sólo deseaba que estuviésemos todos juntos cuanto antes.

—Podrás demostrar a todos tu inocencia, al fin.

—Eso ya no importa, Tanya. Siempre he contado con vuestro apoyo, de no ser así no estaría en este lugar con vosotros.

Asintió con la cabeza.

—Petrova me ha dicho que le dejemos hablar con Sonia. Cree que el haberle enseñado la carta lo va a precipitar todo.

—Lleva toda la razón. Lo peor de todo es que desconocemos qué puede suceder— intervino Dima.

—Perdona por lo que voy a decir, Bruno, pero estando tu suegra por medio, mejor pongámonos en lo peor.

No podía estar más en lo cierto el bueno de Miguelón.

—Cuando regrese esta noche me enteraré como va

todo...

—Cuando regresemos, Tanya. De hoy no puede pasar—  
apunté no muy convincente.

“Antes debo llamar a mi padre para ver si había logrado avanzar con la diplomacia francesa”

A pesar de no tener un plan que presentara un mínimo de dignidad, la ausencia de una Seguridad estricta nos animaba bastante. Contar con el apoyo de Tanya y Petrova en el interior de La Casa aportaba un punto de certidumbre al plan.

Lo que ni unos ni otros sabían era lo que cada uno de los implicados en la trama estaba haciendo en esos precisos momentos; la guerra por su cuenta por temor a involucrar a los demás. Precisamente esto y no la fragilidad del plan, como se temía Bruno, ni el exceso de improvisación que requería, era lo que podía dar al traste con todo. Para que tuviese éxito era necesario que algo uniera las diferentes acciones que ya se estaban llevando a cabo, aunque ellos las desconocieran.

¿Quizás ese algo pudiera ser el azar?

A veces es lo único que queda.

Petrova no iba a esperar a que Vardiola hiciese su aparición en La Casa. Le habían avisado que se encontraba reunida con Zasljev. Dedujo, con razón, que llegaría a la

mañana siguiente cuando hubiese más personal trabajando, a esas horas poco iba a averiguar.

Una hora antes de que comenzase el turno de noche de Tanya y la joven llamase a su puerta, abandonó su habitación. Si por ella fuera se hubiera quedado en la cama. No le quedaban fuerzas para nada, pero se obligaba a realizar un último esfuerzo. Esa chica y su familia se lo merecían. En La Casa del Lago Patria se habían llevado a cabo muchas atrocidades y ya era hora de poner fin a todo.

“Aunque sea lo último que haga”

La poca luz que irradiaban las lámparas de los pasillos y su escasa visión la obligaban a moverse a un paso más lento de lo habitual. Calculaba que le llevaría en torno a una hora hacer lo que tenía previsto. Visitaría a la cuidadora de Teresa y la recordaría ciertos favores que le debía, sólo si fuera necesario. Aprovechó esos minutos con ella para descansar. Atravesar el jardín del lago de noche era toda una heroicidad para sus extenuados pulmones.

Petrova era consciente de que se encontraba enferma desde hacía bastante tiempo, pero había conseguido llevar una vida más o menos como se esperaba de una mujer de su edad. Debía regresar de ver a su amiga la cuidadora antes de que el suelo del jardín se congelase aún más. Una caída en esos momentos implicaría romperse algún hueso y lo que es peor, contestar a muchas preguntas si alguien daba con ella antes de que muriese congelada.

No podía entrar por la recepción pero sí por una puerta lateral de la que, como jefa de enfermeras, contaba con la



autorización necesaria para disponer de una llave. Esa puerta daba al ala este, una de las más tranquilas de La Casa. De ahí, saldría por otra justo enfrente y cruzaría un pequeño jardín al que daban las fachadas interiores de las alas este y sur. Una puerta más y se encontraría en el corredor que la llevaba al módulo especial.

Quizá lo más seguro hubiera sido recorrer el pasillo hasta la cúpula central donde confluyen las diferentes alas, y una vez allí dirigirse al pasillo sur.

Lo más seguro sí, pero no lo más corto.

Una vez en el ala sur habría que extremar las precauciones. Aún siendo escasa la vigilancia, la había. Ciertamente que los soldados del turno de noche se dedicaban más a descansar que a recorrer las diferentes galerías, como había podido comprobar en reiteradas ocasiones. Pero no era menos cierto que, desde la muerte del ayudante de médico, la tensión se palpaba entre el personal de seguridad del módulo especial, en el que Petrova se encontraba en estos momentos subiendo uno a uno los escalones que la llevaban hasta la segunda planta.

Al llegar arriba aguardó unos minutos para recuperar su ritmo cardíaco. Realizar todo el recorrido le había llevado más tiempo del calculado. Tanya ya debe haber regresado, pensó mientras entraba en la habitación de Nora. Bordeó la cama y tomó asiento.

No podía más.

“No me quedan fuerzas ni para respirar”

—Nora...—siseó moviendo su cuerpo— Nora...— esperó

unos instantes.

“Deben de haberle suministrado ya su medicación”

“Estará dormida”

No, no estaba dormida.

—Nora...—insistió de nuevo agitando el cuerpo con un poco más de intensidad.

No era su cuerpo.

—¿Pero...?

Petrova retiró la manta y llevó su mano a la boca.

“¿Qué has hecho, hija mía?”

En su improvisado plan no había contado con encontrarse con algo así. No había nadie en la cama. En lugar del cuerpo de la interna de la 239 había una vieja almohada. Nora había decidido escapar.

“¿Por qué ahora?”

Sólo había una cosa que la enfermera mayor pudiera hacer por Nora en esos momentos. Sólo una, que además beneficiaba a las dos. Se introdujo en la cama y se tapó con la manta por encima de su cabeza.

“Estoy tan cansada”

Si alguien venía, o los soldados estaban de ronda, nadie repararía en la ausencia de su protegida a no ser que lo comprobasen, algo que nunca llevaban a cabo.

—Que tengas mucha, mucha suerte...pequeña—murmuró Petrova con los ojos cerrados.

Las bisagras de la puerta de la habitación 239 comenzaron a crujir. Una cara se asomaba lentamente. Tras comprobar que Nora parecía dormir plácidamente, Tanya

regresó a su ala.

Antes de comenzar su turno esa noche pasó por la habitación de Petrova, al no encontrarla se temió lo peor.

“¿Sonia?”

Eso fue lo primero que se preguntó. Su cabeza le dibujó el peor de los escenarios posibles. Sonia había regresado, Petrova había asumido su culpa y Nora... Salió lo más rápido que pudo sin llamar la atención de las compañeras de guardia. Con el corazón latiendo todo lo que daba de sí recorrió los corredores que la separaban del módulo especial, no sin antes esconderse para dejar pasar a dos soldados que animadamente charlaban mientras hacían su ronda.

“Ojalá esté en su habitación, ojalá...”

Se tomó unos pocos segundos antes de abrir la puerta. El suave crujir de las bisagras se le antojó el mayor de los ruidos posibles. Asomó la cabeza y se coló en la habitación. Nora parecía dormir plácidamente.

“Menos mal”

De nuevo en el pasillo se hacía la misma pregunta una y otra vez,

“¿Dónde estará Petrova?”

Tras terminar su ronda de trabajo en el ala sur, regresó a la habitación de la enfermera mayor dispuesta a hablar con ella. Teresa y el pequeño Bruno parecían estar bajo control, al menos mientras su abuela no se interesase de improviso por ellos. La dificultad radicaba en sacar a Nora de allí. Quién

lo hiciese, si era capturado, tendría el peor final que nunca antes hubiese imaginado.

Tanya llamó suavemente a la puerta de Petrova. Igual que cuando se reincorporó a su puesto aquella noche, no le contestó y tampoco se encontraba en el interior.

“Algo anda mal, muy mal”

Los últimos días había observado como la salud de la jefa de enfermeras se deterioraba por momentos. No hubiera podido andar de un lado para otro durante las últimas horas. No lo hubiese resistido. Cabía la posibilidad, por pequeña que pudiera parecer, que fuesen motivos profesionales lo que la mantenían ocupada a esas horas. Decidió esperar. Si preguntaba por ella a las compañeras que se encontraban de guardia podía dar la voz de alarma y parecer una estúpida en cuanto la localizasen.

“Habrá venido Sonia y...”

Tal y como se formaba la frase en su angustiada cabeza la rechazó. Recordar que unas horas antes había visto a Nora en su habitación durmiendo, parecía indicar que su madre aún no había hecho acto de presencia. Pasó el turno intranquila y muy nerviosa. Al final regresó una vez más a la habitación de Petrova confiando en encontrarse con ella allí y mantener una de sus habituales charlas nocturnas.

No había nadie. Esperó.

Con su cabeza buscando una explicación, Tanya se quedó dormida con los brazos cruzados sobre la mesa. Despertó sobresaltada, como si algo le avisará de un inminente

peligro. Sin saber por qué salió corriendo de la habitación de Petrova. Ese algo le decía que todo debía organizarse hoy, sin falta. Llegó justo a tiempo para unirse a sus compañeros que terminaban turno como ella y llegar al centro de Moscú.

Al entrar en su casa comprobó satisfecha como los tres hombres charlaban animadamente con un papel en medio de la mesa.

—¿Qué sucede, Tanya?— preguntó alarmado Dima, al ver el rostro desencajado de su mujer.

—Petrova ha desaparecido.

—Hay que regresar a La Casa del Lago— apuntó Miguelón.

—¡Vamos!— dije sin dudarlo.

Sonia amaneció satisfecha por su actuación de la noche anterior. A esas horas Nino Broccenti sería historia. Se permitió una suave sonrisa frente al espejo al recordarle. No tenía ninguna duda respecto a lo que él hubiese hecho en su lugar.

“La que hubiera pasado a la historia hubiese sido yo, seguro”

Lo que no le gustó en absoluto fue la actitud de Zasljev. Parecía no entender que todo lo hacía por él, por el partido, por la Revolución, por su lucha contra el fascismo. A ella, que había dado su vida entera a sus ideales, se le ordenaba que pusiese fin de una vez por todas a lo que tuvo el valor de referirse como *el asunto* de La Casa del Lago.

“Que no tenga la más mínima duda de que hoy terminaré con todo”

Conduciendo por las calles de Moscú, volvía a sentir la llamada de la adrenalina y la excitación que le producía. Ahora no, se dijo, quizá cuando todo termine visite a Mijail Zasljev, lo estará deseando más que yo. Su cabeza pasó a ocuparse de la primera de sus preocupaciones en cuanto pusiera un pie en La Casa del Lago; trasladar al traidor de Sergey Volkov lejos de La Casa, cuanto más lejos, mejor.

No había dejado de lamentarse por haber tirado la carta al suelo y no habérsela llevado consigo. Con ella en su poder, alguien podría haber reconocido la letra del traidor. Al llegar a su destino observó con desagrado un cartel anunciador de unas charlas impartidas por psiquiatras de diferentes países. No lejos de allí había un autobús aparcado y un numeroso grupo de personas de pie hablando entre sí.

“¿Estos son los nuevos tiempos?”

Contrariada por el erróneo discurrir de los nuevos tiempos, entró en La Casa del Lago Patria. Situada bajo la cúpula, respiró hondo y se encaminó hacia el despacho del director. A cada paso que daba sentía cómo se iba enfureciendo más y más. El asunto del viejo loco había durado demasiado tiempo.

—El director aún no ha llegado, camarada Vardiola.

—¿Cómo es posible? ¿A qué hora comienza su jornada?

La secretaria la observaba recelosa, no era la primera vez que discutía con esa mujer que siempre parecía estar enfadada. Sonia también era consciente de ello, cada vez

que regresaba a La Casa la negativa de Nora a cooperar le ponía de un mal humor difícil de controlar. Algo no aconsejable en un agente de su nivel; eso era precisamente lo que más le enfurecía.

—Tiene que estar a punto de llegar, camarada. ¿Le apetece un...?

—No, no quiero nada— respondió antes de que la secretaria terminara la frase.

Unos minutos más tarde hizo su entrada el director en el despacho.

—Un placer tenerla de nuevo entre nosotros, camarada Vardiola.

—Vengo a ver a Sergey Volkov— fue al grano, tras un escueto buenos días.

El rostro del hombre pasó por toda la gama de colores posible. Cuando llegó al amarillo abrió la boca. De ella partió un sonido entrecortado ininteligible.

—Doy por sentado que usted sabe de quién le estoy hablando.

A Sonia no le había pasado desapercibida la reacción del director. Era evidente que no esperaba esa pregunta. Le había cogido por sorpresa totalmente y quería saber por qué.

Por la cabeza del hombre circulaban multitud de excusas en relación a la suerte corrida por Volkov. Ninguna le resultaba convincente.

“Esta mujer no se dará por vencida”

—Verá, varios internos sufrieron una fuerte intoxicación y...

—¡Me está diciendo que ha muerto!— gritó furiosa con los brazos estirados, pegados al cuerpo y los puños tan apretados que las uñas se clavaban en la palma de su mano.

—Si, eso es— repuso nervioso.

Tener problemas con la NKVD o la KGB de ahora, no era algo que nadie en su sano juicio quisiera experimentar. Eran varios los internos fallecidos pero hacía tiempo que el director no lo comunicaba para no dejar de recibir la correspondiente subvención para su manutención y tratamiento.

—¿Cuándo?

Esperaba esa pregunta, pero no le quedaba otra opción que mentir y mantener su postura con la mayor firmeza posible. Simuló mirar unas notas.

—Hace mes y medio.

La mente ofuscada de Sonia le impedía disponer de una visión global de los hechos. Por ello dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Segundos después recorría los largos pasillos de La Casa más enfurecida de lo que había llegado. En otras circunstancias le hubiese preguntado al director que a quién había dado parte del fallecimiento de Volkov.

Pero ahora, no.

Su cabeza le decía que las palabras de Bruno en casa de Josefina, afirmando que contaban con un testimonio de Sergey, podrían ser ciertas.

“Saldré de dudas en un momento”.

Sonrió al pensar que en breve se lo preguntaría a



Nora.

Al llegar frente a la puerta entró como siempre, sin llamar. Le recibió un extraño olor que no logró identificar.

—Nora...—la llamó desde los pies de la cama— Nora— repitió.

Rodeó la cama y agitó con vehemencia el cuerpo bajo la manta.

—¡Nora!

Nada.

Agarró con fuerza la manta y tiró de ella con rabia.

—¡Nora!... ¿pero?

La agente Arena permaneció unos instantes como petrificada, incapaz de articular palabra. El cuerpo de una mujer mayor vestida de enfermera ocupaba el lugar en el que debía encontrarse su hija.

Los gritos que profirió en el pasillo atrajeron la atención de los soldados que se encontraban en la planta inferior.

—¿Qué coño pasa aquí?!

El teniente de guardia miraba el cuerpo de Petrova sin comprender.

—Avisaré al doctor.

Mientras esperaba, Sonia se aproximó de nuevo al cuerpo y lo agitó despacio. No se movía. Fuera de sí, esperó impaciente los minutos que tardó en llegar el pequeño doctor con sus inseparables enfermeras, como si fuesen horas.

—Camarada Vardiola, he seguido sus instrucciones, la medicación ha sido rebajada. Si ella no quiere hablar yo no...

—fueron las primeras palabras que salieron de la boca del médico hasta que dio los pasos necesarios para situarse junto a la cama.

Una vez allí, silencio.

—¿Quién es esta mujer?!

—Es, es...es la camarada Petrova. Jefa de enfermeras, pero...— logró vocalizar mientras con una mano comprobaba si seguía con vida—...está muerta.

—¿Dónde está mi hija?

El doctor miró a sus ayudantes en busca de alguna de alguna información que le ayudara a salir airoso de esa situación.

Ambas negaron levemente con al cabeza.

—Debería encontrarse aquí, camarada.

—¿Me está diciendo que mi hija ha desaparecido?!— escupió la frase a escasos centímetros de la cara del asustado médico.

Sonia Vardiola giró su cabeza en dirección al teniente que estaba al mando del reducido pelotón que vigilaba el edificio.

—¡Quiero que ponga La Casa del Lago patas arriba hasta que encuentren a la interna de esta habitación!

La agente Arena regresó al despacho del director. Por el camino se maldecía por ser incapaz de controlarse. No era esta forma de actuar la que le había llevado al éxito en su profesión, sin embargo, había días en que todo lo que guardaba relación con la familia de su primer marido, Ramón

y con la de Nora, le generaba un estado de nervios y de impotencia, imposible de dominar.

Hoy era uno de esos días.

El cuanto entró por la puerta, el director supo que esa mujer le podía meter en graves problemas. Su cara le advertía que lo que iba a compartir con él no serían buenas noticias. Nada buenas. Sonia le resumió en diez segundos el estado de la situación.

—Mi hija ha desaparecido, en su cama se encontraba muerta la jefa de enfermeras— se le quedó mirando fijamente a los ojos como si estuviera dándole la absurda oportunidad de que le diera una explicación.

“Primero Volkov, ahora su hija”

—Es la primera noticia que tengo. Voy a ordenar que busquen...

—Ya lo he hecho yo, póngame con el camarada general director de la KGB Mijail Zasliev ¡De inmediato!— era consciente del efecto que causaba recitar el nombre completo del general. Abría puertas y eliminaba preguntas.

No siempre.

El director se levantó de su cómodo sillón, con un gesto se lo cedió.

—¡Déjeme sola!

Vardiola esperaba confiada la comunicación. Era evidente que algo extraño sucedía en esa institución en la que nadie se enteraba de nada. En cuanto le confirmaron que Zasliev se encontraba al otro lado de la línea le puso al tanto de lo sucedido en pocos segundos. El general se tomó

un tiempo antes de contestar a la petición de Sonia relativa al envío de refuerzos para buscar a su hija.

—¿Estamos ante una situación que ponga en peligro al estado, o al partido o al menos a algunas instancias de la KGB a la que represento?

—No, camarada, ya sabe usted el valor que puede tener mi hija para nosotros— la vuelta al tratamiento oficial la incomodaba, sabía que el motivo era sencillo, que no olvidara con quién estaba hablando.

Había estado en varias ocasiones con ese hombre en la cama y ahora parecía como si fuese una simple subordinada más.

—Entiendo, por tanto, que nos encontramos ante un asunto de índole familiar, camarada, no voy a hacer de ello un tema oficial. Le recuerdo que cuando regrese a Madrid no debe haber ningún rastro suyo, ni de su familia, en ese lugar.

Colgó.

Sonia observaba el teléfono alucinada. Si algo había aprendido era a no cuestionar las órdenes de sus superiores. Recorrería cada rincón, cada cuarto, cada recoveco de ese maldito lugar hasta que Nora apareciese. No podría andar lejos, en su estado las posibilidades de haber salido más allá de su planta, sin ser vista y sin ayuda, eran casi imposibles.

“¿Sin ayuda?”

Recordó la puñetera carta en casa de Josefina.

El coche con los cuatro amigos llegó a La Casa.

Aparcaron en el mismo lugar del día anterior, junto al pabellón en el que se celebraba la segunda jornada de psiquiatría.

—Voy a ver si Petrova ha aparecido. Enseguida vuelvo.

Tanya se encaminó hacia la recepción. En cuanto puso un pie en el interior supo que algo sucedía, pasara lo que pasara no pintaba nada bien.

Miró en torno.

—¡Chist! ¡Tanya! Tanya Volkova...—sirviéndose de gestos más que de palabras, una compañera suya intentaba atraer su atención.

—¿Qué pasa, Helena?

—No lo digas por ahí, pero han encontrado a Petrova, muerta.

—¡Qué dices! Si ayer...—sintió como sus ojos se cargaban de lágrimas.

—Estaba en la cama de la interna 239 del módulo especial. ¿Qué raro, no?

Unos pasos enérgicos que provenían del final del amplio corredor captaron la atención de ambas mujeres. Seis soldados se acercaban en su dirección.

“Sí que es raro, sí”

—¿Y la interna?— preguntó temiendo la respuesta.

—Creemos que la están buscando— señaló en dirección a los militares.

La cabeza de Tanya se había bloqueado por completo. No podía ir a la habitación de Nora porque estaría vigilada, como todo el módulo al completo. ¿Qué habría pasado?

—Esto es para ti— Helena le entregó un sobre— Lo ha traído una compañera de las cuidadoras. ¿Por cierto, no deberías haber terminado ya tu turno por hoy?

—Gracias. No digas a nadie que me has visto. ¿De acuerdo?

—¡Que no quede ni un solo hueco de este maldito edificio por mirar! ¿Entendido?

La voz de Sonia Vardiola se coló por el oído de Tanya desbloqueando su mente al instante. Un sudor frío recorrió su cuerpo. No le hacía falta pensar cómo acceder a la habitación 239. Esa voz le decía que Nora no se encontraba en ella. Al girar sobre sí misma sus miradas se cruzaron, unas décimas de segundo tan solo, pero suficientes para sentir la fría mirada de Sonia. A paso lento se encaminó en dirección a la salida.

“Espero que no me haya reconocido”

Vardiola era una extraordinaria fisonomista, cualidad adquirida por su pasión por los retratos. El uniforme de Tanya, el cambio de peinado y sobre todo el paso de los años le impidieron descubrir a unos metros de ella a la hija de Sergey Volkov. Antes de abandonar la recepción Tanya no pudo evitar volver la vista hacia su izquierda. Al fondo, la teniente coronel se perdía a paso firme en dirección al pasillo del ala sur.

Desde mi posición vi llegar a Tanya. Me encaminé de

nuevo hacia el coche. Miguelón y Dima se unieron segundos después.

—¡Nora no está en su habitación! En su cama han encontrado a Petrova, muerta.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

—¿Cómo qué no está? ¿Se la han vuelto a llevar?— pregunté temiendo la respuesta.

—He visto a Sonia. Está buscándola por toda La Casa.

—¿Se ha escapado?— pregunté incrédulo.

—No lo sabe nadie, pero todo apunta a que se ha ido por su propio pie. Por eso Petrova debió meterse en su cama, para hacer bulto y retrasar su búsqueda.

—Si la encuentra Sonia...— dejé la frase sin terminar.

Me había jurado regresar a España con los tres o no regresar. Desde un recóndito lugar desconocido para mí, en algún punto de mi cuerpo, estaba recibiendo una inyección de valentía unida a unas fuertes dosis de locura. Justo la mezcla que necesitaba en esos momentos.

—No debe andar lejos. Ojalá no la encuentren— murmuró asustada Tanya.

Al final, ni plan con alfileres, ni nada. Lo único que habíamos hecho bien era alquilar un coche y conseguir realizar algunas llamadas de teléfono a mi padre. Debíamos llegar hasta la embajada francesa. Una vez allí todo sería más fácil.

—Me han entregado este sobre de parte de la cuidadora. Sí, Bruno, la que está con tu hijo— me aclaró Tanya al leer la expresión de mi cara.

—Léelo por favor.

*"Si estás leyendo estas líneas quiere decir que no he podido contártelo en persona y que mis sensaciones eran acertadas. Sentía que mi final estaba cerca, Tanya, pero antes debía hacer algo por esa chiquilla y su familia. No puedo involucrar a nadie más. Teresa y el pequeño Bruno están a cargo de la cuidadora. Sé que tú regresarás antes de tu turno de esta noche. Llévatelos lejos de aquí. Voy a la habitación de Nora para decirle que sus hijos están en buenas manos. Gracias por tu compañía tantas noches, Tanya, me diste fuerzas para continuar"*

Mi amiga no pudo evitar que unas lágrimas descendieran por su rostro. Yo sentía mi corazón cabalgando desbocado. Mis manos comenzaron a temblar.

—Me hubiera gustado conocer a esa mujer— dije a nadie en concreto— ¿Dónde está ese lugar que dice en esa nota?

—Al otro lado del lago.

Miguelón pidió con un gesto que nos moviéramos.

—Mirad, si Sonia sospecha que Nora se ha escapado, yo, si fuera ella, iría sin falta a comprobar si Teresa está dónde debe estar. Ni ella, ni nadie, se creerán que va a escapar de este lugar sin sus hijos. Si sigue buscándola es porque los pequeños continúan aquí.

Tenía todo el sentido el planteamiento de Miguelón.

—En el caso de que Sonia sospeche que Nora tenía información de Teresa y del pequeño Bruno.

—¿Qué quieres decir?— quise saber.



—Estoy segura de que ella estaba convencida de que tu mujer nunca supo nada de Teresa y de tu hijo. Es muy posible que no se acerque por el módulo infantil.

Por lo escrito en la carta, Petrova parecía coincidir punto por punto con Tanya. Sólo restaba que las sospechas de ambas fueran ciertas. Podíamos ir a por los niños, montarnos en el coche y largarnos, seguro que Nora habría firmado eso.

Yo no.

No pensaba separarme otra vez de mi familia.

Habíamos movido el coche de lugar para no llamar más la atención.

En varias ocasiones pequeños grupos de soldados habían salido y entrado en La Casa después de recorrer los jardines.

“Mientras sigan buscando...”

Hacia frío, pero bien abrigado y con la ayuda del sol se podía aguantar. Nos dividimos en dos grupos como si fuésemos participantes de las jornadas de psiquiatría. Segundos antes lancé una pregunta al aire.

—¿Dónde puede esconderse? ¿Por dónde podemos comenzar su búsqueda?

Era complicado para mí mantener una tensa calma sabiendo todo lo que sucedía a mí alrededor pero sin poder hacer nada. No podíamos buscarla como hacían ellos.

—¿Por qué ahora?— murmuré.

—¿Qué quieres decir?— Tanya se había parado frente a

mí.

—Disculpa, pensaba en voz alta. Me preguntaba qué podría ser lo que le habría impulsado a mi mujer a escaparse precisamente en estos momentos. No lo entiendo.

Tanya pensó unos segundos qué responder.

—Posiblemente porque sabía que vuestros hijos están a salvo. Petrova había ido a su habitación a confirmárselo, además, le dije que tú estabas aquí. Si se ha escondido será por que no quería encontrarse con su madre.

—Sí pero... ¿dónde?

De repente la vi en mi cabeza.

Ahí estaba.

“Nora...”

Seguro que era una locura, pero no se me ocurría nada mejor ni nada más. Teníamos que darnos prisa pero a la vez andar con mucho tiento. Expliqué el plan a Tanya y le pedí que se lo transmitiese a Dima y a Miguelón.

—Faltan veinte minutos para que los psiquiatras se tomen un descanso—indicó Tanya mirando el cartel anunciador de las jornadas.

Para tener éxito debíamos movernos rápido y sin llamar la atención, pero por encima de todo nos hacía falta algo imprescindible en estos momentos; suerte.

Mucha suerte.

—Quizá sea el golpe de fortuna que necesitamos. ¡En marcha!— murmuré para darme unos ánimos que necesitaba como el aire que respiro.

Me encaminé hacia La Casa del Lago Patria animado y

nervioso en proporciones similares. Tanya me había dado el nombre de un paciente del ala norte por si alguien me ponía alguna pega. En la distancia pude observar como dos jóvenes soldados custodiaban la entrada, respiré hondo y continué con mi caminar lo más desenfadado posible. Al llegar a la altura del acceso principal pude sentir que me temblaban las piernas. Mi primera duda, absurda lo sé, era si debía saludar o no a los soldados de la puerta. Les miré a los ojos para devolver su posible saludo con un ligero movimiento de cabeza, pero al pasar junto a ellos no repararon en mí.

En el interior pude advertir cierto ajeteo entre el personal de enfermeras. Bajo la cúpula se encontraba otro punto de vigilancia, desde esa posición podían vigilar a cualquiera que se acercara por las cuatro alas del edificio. Hacia allí me encaminé mientras me quitaba la pelliza y la doblaba sobre mi brazo izquierdo. Me crucé con diferentes grupos de personas a los que no les interesé lo más mínimo, lo mismo que a los dos soldados a los que alcanzaría unos metros mas adelante.

Al llegar a su altura giré a la izquierda por el ala norte esperando que me dieran el alto. Nada. La presencia de estos puntos de vigilancia me animaba y aceleraba aún más mis pulsaciones. Nora seguía sin aparecer.

Al fondo pude distinguir a un grupo de personas en torno a un reducido corro. Una de ellas movía enérgicamente sus brazos señalando aquí y allá. Al poco se separaron en diferentes direcciones. La persona que gesticulaba dio media vuelta encaminándose hacia mí mientras mantenía la vista

fija entre sus manos. Parecía ojear un cuaderno.

“¡Sonia!”

El lugar al que me dirigía tenía el acceso por una puerta situada a unos pocos metros de donde me encontraba. Había reconocido a mi suegra por sus andares. Según nos acercábamos, si albergaba alguna duda acerca de la identidad de la persona con la que en breves momentos me cruzaría, se había difuminado del todo.

“Tranquilo”

No podía darme la vuelta. Mientras mantuviera el interés, en lo que fuera que estuviese leyendo unos pocos segundos más, me perdería por esa puerta. En un acto reflejo aceleré el paso. No fue una buena idea. Sonia levantó la cabeza justo en el momento en el que yo ponía la mano en el picaporte y empujaba la hoja. Me quedé quieto unos segundos, esperando oír mi nombre a gritos.

Silencio.

—Доброе утро!

—Доброе утро!— respondí a un hombre con el que me crucé.

Mi conocimiento del ruso se limitaba a unas pocas frases hechas. Buenos días era una de ellas.

Entré en la estancia.

A mi derecha, diferentes tamaños de batas blancas y azules en sus correspondientes perchas alineadas a lo largo de una barra. A la izquierda, baldas con ropa doblada. De frente, una cortina que me traía muchos recuerdos.

Al cruzarla, mi corazón comenzó a sacudirse, histérico,

como si quisiera soltarse de una eterna y dolorosa atadura. Mi respiración agitada, nerviosa. Mis manos húmedas como cada poro de mi cuerpo. Continué por el estrecho y corto pasillo en forma de ele que desembocaba en una habitación con unas pocas baldas llenas de botes y frascos de cristal. Frente a mí una puerta que conducía a un corto y oscuro pasillo en el que hace una eternidad nos quedamos encerrados Nora y yo.

“Tienes que estar ahí, cielo, tienes que estar..”

Repetí mentalmente la frase diez veces en los escasos metros que me separaban de la puerta.

“Tienes que estar..”

Me dije por última vez mientras empujaba rezando para que no sonasen las bisagras clavadas en la vieja madera. Asomé la cabeza en cuanto tuve hueco para ello. Un olor penetrante me golpeó en la cara. Me daba la impresión que había algo a mitad del pasillo. Parecía un pequeño montículo de ropa.

—Nora...— susurré desde la puerta. Tal era el ritmo de mi corazón que casi no podía ni vocalizar — Nora...— repetí al bulto.

Ya que había llegado hasta allí debería apurar la limitada esperanza que aún mantenía en el éxito de mi absurdo plan.

Abrí la puerta un poco más y me colé en el interior.

—Nora...— insistí a punto de un ataque de nervios.

Di dos pasos más y me detuve en seco. Obligué a mis ojos a adaptarse lo más rápido posible a la oscuridad, me

estaban jugando una mala pasada. Me había parecido que el bulto se movía ligeramente.

Di otro paso, me aclaré la garganta y elevé el tono de voz.

—Nora— repetí de nuevo mientras posaba suavemente mi mano sobre lo que me parecía una gruesa manta.

“Sí, se mueve...”

Una esquina del bulto se desplazó hacia a mi. Pude ver los dedos de una mano.

—Soy Bruno...— murmuré para que no se asustase.

Si fuese ella...

—¿Bruno? ¿Eres tú?— su voz leve como un susurro.

“¡Era ella!”

Me había quedado sin palabras. El pecho me oprimía tanto que casi no podía ni respirar. Cogí su mano y tiré despacio hacia mí. Se incorporó, y con su cara asustada me analizó durante unos segundos.

—¡Bruno!

—¡Amor mío!

Me abracé a ella, no con todas mis fuerzas porque la vi tremendamente frágil, pero lo suficiente para sentirla pegada a mi. Comenzamos a llorar sin decirnos nada. Cada lágrima que resbalaba por nuestro rostro lo decía todo. En esos instantes no había espacio para las palabras, era momento para dejar fluir nuestros sentimientos, nuestras emociones. Sólo cabían miradas, besos y lágrimas. Puse mis manos una a cada lado de su cara y la besé suavemente como si temiese hacerle daño. Un beso entre lágrimas, con sabor salado. La

miré a los ojos.

Seguimos abrazados y llorando.

—Bruno, eres tú... no estoy soñando ¿verdad?— me dijo al oído.

La separé de nuevo.

—Gracias a Dios no es sueño, cielo— musité mientras me dedicaba la mejor de sus sonrisas. Nos quedamos un largo rato abrazados, en silencio.

¡Ruidos en la habitación junto al pasillo!

“Imbécil”.

Me había dejado la puerta abierta. Lentamente y con toda la precaución que mi estado de nervios me permitía me acerqué a ella y comencé a cerrarla. Los pasos de acercaban. Volví junto a Nora, abrazados aguardamos acontecimientos.

Tal y como la había cerrado instantes antes comenzó a abrirse. Sentí como mi mujer se agarraba a mí brazo con todas sus fuerzas.

—No, no...—la oí sisear— otra vez no, por favor..

—¿Bruno?

—Es Tanya— dije para tranquilizarla.

Al instante noté como disminuía la presión de sus manos.

—¿No es un sueño...? ¡Nuestro hijo está vivo!— Nora me miraba con una enorme sonrisa.

—Lo sé, lo sé...

—Tenemos que darnos prisa. Poneos esto— con sus brazos extendidos, Tanya, nos ofreció lo que parecían unas batas de enfermeros.

Ayudé a mi mujer a levantarse.

—Estoy sucia, no te acerques mucho.

No pude evitar sonreír

—Está más guapa que nunca— dije mientras sostenía la bata abierta frente a ella.

—¿Están...?— pregunté a Tanya.

Asintió sonriente.

—¿Has conseguido las llaves?— mi plan requería salir por esa puerta que daba al jardín, la misma por la que entramos cuando vinimos a buscar al abuelo.

—No. Tenemos que salir por la puerta principal.

No parecía una buena opción.

Las posibilidades de tener éxito disminuían considerablemente. Todas ellas pasaban por no cruzarnos con mi suegra. En caso contrario todo habría terminado.

Para todos.

Para Vardiola esa hubiese sido la mejor opción. Capturando a la pareja de fugitivos se aseguraba que ambos trabajaran para ella. Sin embargo, desconocía que Bruno se encontrara en La Casa en esos momentos. Por ese motivo no le extrañó ver en el jardín a un médico y a una enfermera empujando una silla de ruedas. El hombre le recordaba a alguien pero no tenía tiempo para rememorar el pasado. Se había asomado a la ventana de la habitación 339, justo encima de la que fue la cárcel de su hija durante los últimos años.



Continuaba enfurecida como nunca antes lo había estado, al menos durante tanto tiempo seguido. La negativa de Zasljev a dejarle unos cuantos soldados para buscar a su hija le había decepcionado sobremanera. Los que vigilaban La Casa eran unos malditos ineptos. Nora no podía andar lejos. En las condiciones en las que se encontraba debería estar muy cerca de ella en esos precisos instantes.

No se equivocaba en absoluto.

Miraba sin prestar atención a la pareja que empujaba la silla. Parecían dirigirse hacia el módulo donde habían organizado no sé qué para médicos extranjeros. Junto a la entrada varios grupos de personas charlaban animadamente. De un coche bajó un hombre corpulento, alto, al que el médico le hizo señas.

La sangre de Sonia comenzó a hervir. Había reconocido a Miguelón.

“¿Qué coño hace ese imbécil aquí?”

Sonia volvió a fijar la vista en el médico, la enfermera y la silla de ruedas.

—No es posible, pero si la de la silla es...

“¡Ahí va Nora, el médico debe ser Bruno!”

“¡Mierda!”

—No vais a escapar, desgraciados...— Vardiola sacó medio cuerpo por la ventana—¡¡Bruno!! ¡¡Bruno!!— gritó con todas sus fuerzas mientras sacaba su pistola reglamentaria.

Apuntó.

El disparo retumbó en La Casa del lago Patria. Con la

mano agarrada al cuello, sintiendo como se le cubrían los dedos de sangre Sonia giró sobre sí misma.

—No eres la única que tienes contactos, querida. ¿Por qué crees que el general nos ordenó que nos casáramos?

Una voz que no esperaba oír nunca más.

Vardiola se quedó de piedra. No por que se encontrara en La Casa sino por que el que fuera su tercer marido, Nino Broccenti, debería estar muerto.

—Tú...— fue lo único que acertó a decir.

Con él se encontraba el director al que había amenazado con denunciar a Zasliev por las muertes de los internos no declaradas.

Nino dio dos pasos al frente apuntándola con su pistola. Sonia a su vez movía su arma en abanico daba igual el blanco.

Uno, dos, tres disparos sacudieron a la agente Arena contra la ventana haciéndola perder el equilibrio y saltar por ella.

Cuando oí mi nombre me giré. A los pocos segundos vi a Sonia caer al vacío. Instantes después me pareció reconocer a Nino asomado a la ventana, mirando en nuestra dirección. Hice un gesto a mis amigos.

—Vámonos.

—¿Qué ha sido eso?— preguntó Nora al oír los disparos.

—Todo ha terminado, cariño. Volvemos a casa— afirmé empujando la silla.

Me sonrió feliz mientras pasaba sus manos por los ojos. No quería retrasar más su encuentro, el nuestro, con Teresa y el pequeño Bruno que aguardaban en el coche.

Nino Broccenti se asomó a la ventana. Sus vivos ojos buscaban ansiosos el cuerpo de Sonia Vardiola.

—Viudo otra vez, ¡Qué lástima!— sonrió viendo a la que fuera su mujer tumbada en el suelo con la cabeza cubierta de sangre y dibujando una extraña postura con brazos y piernas.

Levantó la vista y buscó a Bruno, había oído con claridad el alarido de Sonia, segundos antes.

“Ahí van...”

Distinguió al abogado y a Nora entrando en un coche.

—¿Qué hacemos con la hija de la teniente coronel?— quiso saber el director que permanecía firme en el centro de la habitación.

—Ha dejado de ser un problema para esta gloriosa institución, camarada director. Nadie volverá a molestarle por ella, se lo garantizo.

El italiano volvió la vista hacia el coche que partía de la Casa del Lago Patria y murmuró mientras encendía un pitillo:

—Sé mucho de ti, Nora. ¿Cómo crees que reaccionarán

tu suegro y tu marido si se enteran de todo lo que has hecho en nombre de la Revolución? Comerás de mi mano, no lo dudes...

---

Muchísimas gracias por haber llegado hasta aquí, ojalá haya cumplido con mi objetivo de entreteneros durante una cuantas horas. Estaré encantado de recibir vuestros comentarios.

**Os dejo mi e-mail:**

[federico-correa@hotmail.com](mailto:federico-correa@hotmail.com)

**Mi página de Facebook:**

<https://www.facebook.com/FdricoCorrea>